

# VIDA DE LOS PADRES

DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

CON UNA INTRODUCCIÓN, NOTAS Y CITAS HISTÓRICAS

Por M. Eugenio VEUILLOT

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

EL PRESBITERO DON JOSÉ PERER REINA

Doctor en Sagrada Teología y Cura dimisionario de la Iglesia parroquial del  
Apóstol San Pedro de la ciudad de Antequera.

---

TOMO CUARTO



PARIS

LUIS VIVÉS, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13

—  
1895





Int. de Chantouant. Paris.

1701. Paris.

*Saint-Cyriaque.*

*San Ciriaco.*



VIDAS DE LOS  
PADRES DE LOS DESIERTOS  
DE ORIENTE

---

SAN CIRIACO, EL SOLITARIO

San Ciriaco, ó Quiriaco, estuvo unido con la más estrecha amistad á san Juan el Silenciarío, Juntamente con él combatió á los herejes, y como, él, honró la vida monástica con su eminente piedad. No se sabe positivamente, si el monje Cirilo es el que escribió su vida, dando origen á esta duda, el que el autor de ella habla del de ésta como de una persona distinta, llamándole el admirable Cirilo. Pero pudiera muy bién suceder que esta fuese una adición de Metafrastes, y que san Cirilo fuese el verdadero autor de esta obra. Así lo cree un crítico tan severo é imparcial como Baillet, quién tampoco rehusa admitir que fuese el autor de la vida de san Cirilo el mismo que lo es de las de san Eutimio, de san Sábás y de san Juan el Silenciarío.

Nació san Ciriaco en Corinto, Peloponeso, el en año 448, hacia el fin del imperio de Teodosio el Jóven. Su padre, que ascendió al sacerdocio, llamábase Juan, y su madre Eudoxia. Fué educado en la piedad y en las ciencias por Pedro, obispo de Corinto, su tío materno, que le hizo lector, aunque era muy jóven. La meditación de las sagradas Escrituras era su principal ocupación. Admiraba la con-

ducta de Dios para con los santos de la antigua Alianza, sus virtudes, las gracias de que les colmó, la protección y la gloria con que los honró, y sobre todo, lo que nos enseña el nuevo Testamento acerca de la encarnación del Verbo divino, de la vida de Jesucristo, de su cruz, de su triunfo sobre el infierno por medio de su muerte, y de la libertad que dió á los santos cautivos que en el limbo esperaban su advenimiento. Estas verdades, con que santamente alimentaba día y noche su alma, le conmovian tan vivamente, que, abrazado de amor divino, determinó abandonar su patria, sus parientes y todas las esperanzas del siglo para retirarse á la soledad, y entregarse únicamente á la práctica de la perfección cristiana.

Confirmáronle en este piadoso designio estas palabras de Jesucristo en el santo Evangelio, que oyó un domingo en la Iglesia : Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz ; y sígame <sup>1</sup>. Salió inmediatamente del templo, y sin decir á nadie una palabra, se dirigió á la orilla del mar, y subió á una embarcación que se aprestaba á salir para la Palestina. Anastasio, sucesor de Juvenal, era patriarca de Jerusalem hacía ocho años, y Ciriaco tenia á la sazón dieciocho. Despues de visitar los santos Lugares, se presentó al monasterio que acababa de edificar el abad Eustorgio, en el cual fué recibido por su superior con marcadas pruebas de una ternura paternal. No pasó, sin embargo, allí más que aquel invierno, pues, hallándose este monasterio muy cerca de la ciudad, no encontraba en él la completa soledad por que ardientemente suspiraba.

Era muy grande en aquel tiempo la reputación de san Eutimio : por todas partes se hablaba de esta gran lumbrera del desierto. Así es que, oyendo Ciriaco con admiración todo lo que se referia de sus virtudes, concibió un vehemen-

<sup>1</sup> Luc. ix.

tísimo deseo de sujetarse á su dirección. Consultó con el abad Eustorgio, quién, por más que lo amaba tiernamente, no quiso oponerse á tan santa resolución, sino que le dió su bendición para que se trasladase á su nueva morada. San Eutimio, como hemos hecho notar en su vida, hacía vida anacorética en una caverna, y no venia á su monasterio más que en ciertos dias. Ciriaco fué recibido en él por dos religiosos de su pais, que eran hermanos. Anatolio, presbítero, y Germán. Esperó que volviese Eutimio, y tuvo la dicha de recibir de sus manos el hábito monástico. Pero como este Santo no admitia jóvenes en su monasterio, y san Teoctisto, á quién los enviaba ordinariamente, habia muerto, lo envió al monasterio de san Gerásimo, cerca del Jordán.

Viendo Gerásimo que su nuevo discípulo era joven, vigoroso y dotado de buena voluntad, lo dedicó á los ejercicios más laboriosos. Le dió el encargo de partir leña, llevar agua, amasar pan y servir á la cocina. Muy trabajosos eran estos diferentes empleos, y le ocupaban todo el dia; pero en lugar de entregarse durante la noche al reposo, la pasaba casi toda entera en fervorosa oración, cantando salmos é himnos. No se alimentaba más que de pan y agua, y esto un dia sí y otro no... En fin, dice su historiador, llevaba en el monasterio la vida de un anacoreta, más bién que la de un cenobita, por su asiduidad á la oración, por su recogimiento en medio de sus múltiples ocupaciones, y por su rigorosa abstinencia.

Su santo abad, testigo de la regularidad de su conducta y de las hermosas disposiciones de su corazón, le cobró tal afecto, que le escogió para que le acompañase durante la cuaresma al desierto de Rubán, á donde se retiraba ordinariamente, lo mismo que san Eutimio, desde la Epifanía hasta la dominica de Ramos. Le llevó también consigo, cuando, habiéndole Dios revelado la muerte de san Euti-

mio, cuya alma le hizo ver llevada al cielo por los ángeles entre esplendores de gloria, fué á su monasterio para tributar al cadáver los honores de la sepultura.

Apénas le sobrevivió un año san Gerásimo, y Ciriaco, que entónces tenia veintisiete años, volvió al monasterio de san Eutimio, en que el abad Elias, que sucedió á este Santo, le dió una celdilla, en la cual pudo gustar, como deseaba, las dulzuras del recogimiento y del silencio. Allí contrajo amistad con un excelente religioso llamado Tomás, al que tomó por modelo, y cuya vida, que era perfectísima, se propuso imitar. Hemos dicho, al hablar de los discípulos y sucesores de san Eutimio, que, bajo el gobierno de Elias, se convirtió la laura en monasterio, y los religiosos continuaron viviendo unidos con los de san Teoctisto, tanto en lo relativo á los bienes temporales, como á la forma de gobierno y á la regla : de suerte que ambas comunidades parecían ser una sola, pues que eran dirigidas por el mismo espíritu, por las mismas leyes y por los mismos intereses. Pero la injusticia del abad Pablo, superior del monasterio de san Eutimio, que quiso apropiarse á sí solo los bienes que el sarraceno Therebón, de que hemos hablado en la vida de san Eutimio, habia dejado en común á las dos comunidades, fué causa de un litigio entre los religiosos de ambas casas, lo cual no pudo ménos de disgustar á san Ciriaco, determinándolo á retirarse á la laura de Suca, en que esperaba encontrar más unión y desinterés. Diez años habia habitado en la laura ó monasterio de san Eutimio, gozando en su celda de las dulzuras del recogimiento ; pero cuando llegó á Suca, no se le dejó ocioso, sino que se le ocupó sucesivamente en la panadería, en la cocina, en la enfermería, en el cuidado de asistir á lo huéspedes y en otros oficios, demostrando en todos ellos tanta humildad, tanta paciencia y tanta caridad, que se le consideró digno de ser consagrado al ministerio de los altares. Fué, pues,



ordenado de sacerdote á la edad de cuarenta años, confiándosele el cargo de sacristán y la custodia de los vasos sagrados y del tesoro de la Iglesia.

Entre sus virtudes se admiran principalmente su dulzura y su mortificación, pues jamás se le vió arrebatado por el más leve movimiento de cólera, y nunca probó la comida ántes de la tarde. Sin embargo, llevado nuevamente del deseo de consagrarse sólo á Dios en la soledad del desierto, despues de haber desempeñado durante dieciocho años el cargo que se le habia confiado, entregó, á la edad de setenta y siete años, á sus hermanos el tesoro de la Iglesia, y se retiró al desierto de Natuph en compañía de uno de sus discípulos. Era tan estéril aquel lugar, que no encontraban frutos silvestres, ni yerbas de ningún género, sino sólo una especie de hongo marino muy acre y amargo. San Ciriaco dijo á su discípulo que lo amasase y lo hiciese hervir con sal, y habiendo hecho su oración, perdieron aquellos hongos su amargura, y con ellos se alimentaron durante cuatro años.

Al cabo de este tiempo, un caritativo habitante de la villa de Thecue supo por un pastor el lugar en que se hallaba retirado, y le envió un asno cargado de panes frescos, con los cuales él y su discípulo se alimentaron durante algún tiempo, rindiendo á Dios fervorosa acción de gracias. Pero habiendo querido su discípulo comer, sin que se lo ordenase, de los hongos que tenia preparados según su costumbre, encontró que conservaban toda su primitiva amargura, y le hicieron daño. El Santo le curó con su oración, y cuando se concluyeron los panes, le mandó que de nuevo preparase los hongos. Obedeció, pero temiendo que le hiciesen daño, no quiso comer de ellos. San Ciriaco los bendijo haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y perdieron nuevamente su amargura.

Hubiera permanecido siempre en su desierto, que tan

bién cuadraba á su amor por el silencio y la penitencia ; pero un año despues, el haber librado con sus oraciones á un poseido atrajo cerca de su persona á tanta gente, no tan sólo de la aldea de Thecue, sino de los parajes circunvecinos, que tuvo que retirarse al desierto de Rubán. Allí vivió alimentándose con raices y hojas de rosales que Dios sazónaba con la unción de su gracia y con los consuelos interiores que le hacia experimentar. Pero despues de cinco años se vió nuevamente obligado á abandonar aquel retiro, porque de todas partes venian á buscarle, como habia sucedido en Natuph, y su caridad no le permitia dejar desconsolados á los que venian á encomendarse á sus oraciones.

Quiso, pues, buscar un lugar más solitario en que pudiese vivir desconocido, y escogió el paraje en que afluyen las aguas del Laura y del Suca, y que se llamaba desierto de Susac ó de Susacim. En él nunca habia habitado ningún anacoreta, y se consideraba como un paraje inaccesible á los transeuntes ; pero la fé que se tenia en sus oraciones y el deseo de recibir sus santas instrucciones hicieron que se franqueasen todas las dificultades del camino para venir á verle. Allí permaneció durante siete años, y sólomente salió á instancias de los religiosos de Suca, que, movidos por el hambre que afligia á todo el pais y que era causa de que pereciese mucha gente, le rogaron con la mayor urgencia, que volviese á su laura, esperando que su presencia les atraeria las bendiciones del Señor.

Escogió para morada la gruta de san Caritón, en la cual vivió durante cinco años. En este tiempo es cuando contrajo estrechísima amistad con san Juan el Silenciaro, que habitaba en la laura de san Sábás, cuando recibió de él una carta que le fué llevada por el monje Cirilo, y cuando impugnó con la mayor energía á los moujes origenistas, que reconocian por jefes á Nono y Leoncio, como hemos visto

en otro lugar. Al entregarle Cirilo la carta de san Juan, le refirió todos los males causados por los herejes tanto en Jerusalem como en las diferentes comarcas de la Palestina y sobre todo en un grán número de monasterios que habian infestado con sus errores, en particular la nueva laura. El Santo no pudo ménos de de gemir y derramar abundantes lágrimas al escuchar su relato; pero lleno de confianza en Dios, dijo á Cirilo « Decid de mi parte al que os ha envia- » do : Cese, Padre mio, vuestra aflixió : dentro de poco » tiempo veremos á Nono y á Leoncio perecer miserable- » mente : los lobos que se han introducido en la nueva » laura serán vergonzosamente cazados, y la's ovejas dóci- » les serán alimentadas en paz con la sana doctrina, sin » que nadie ose turbarlas. » En otro lugar hemos visto como se verificó esta profecía por la trágica muerte de Nono y por la expulsión de los herejes de la nueva laura.

Cirilo, despues de conferenciar con él sobre los errores de los origenistas, le dijo que pertenecía al monasterio de san Eutimio. A estas palabras contestó el Santo lleno de gozo : « ¡ Ah ! hermano mio, somos religiosos de un mismo » monasterio ». De aquí tomó motivo para hablar extensa- mente de las virtudes de san Eutimio y de san Sábás, cuyas palabras recogió con el mayor esmero este escritor para consignarlas en la vida de estos santos.

Los origenistas de aquellas comarcas se habian mezclado con ellos despues de la muerte de Nono y Leoncio, y turbaron su reposo con importunas visitas, por lo cual resolvió volver á su desierto de Saracim, esperando que allí no vendrian á buscarle. A pesar de su avanzada edad de noventa y nueve años, emprendió su viaje, y permaneció en aquel retiro durante otros ocho años. Edificó una pequeña celda con un jardín, en que plantó algunas yerbas, y Dios le envió un león de extraordinaria corpulencia, que impedia la entrada de otras bestias que pudieran dañarle, y dejaba

libre la entrada de los hombres que venian á verle.

El monje Cirilo hizo por sí mismo la experiencia. Tuvo pensamiento de visitarle en esta soledad, y con este fin se dirigió á la laura de Suca, para rogar á uno de sus discípulos que le acompañase. Cuando se aproximaban á la celdilla, vieron acercarse al león, y Cirilo aterrizado huyó; pero Juan le persuadió que perdiese todo temor, y efectivamente, el animal les abrió libre paso. San Ciriaco tuvo grande gozo de verles, y los recibió con marcados testimonios de afecto. Reconoció á Cirilo, y dijo á Juan. « Me » habeis traído á un hermano, pues éste es del mismo monasterio que yo ». Juan le constestó sonriendo: « Sí, Padre mio, pero temo mucho á vuestro león... Y ¿ qué temeis? dijo el Santo. Éste es el fiel guardián de mi jardín: no permite que entre en él ningún otro animal, pues si alguno se atreve á acercarse, le hace morir. Lo mismo hace con los bárbaros y con todos los que quisieran robarme ó insultarme. Guardándome él, vivo con completa seguridad ».

Despues les habló de los santos padres del desierto, á quienes conocia, y refiriéndoles sus virtudes, les animó á que siguiesen sus huellas. Por último, les hizo sentarse á la mesa, y mientras comian, se presentó el león, cual si fuese un animal doméstico. Le dió un poco de pan, y lo envió á que fuese á guardar el jardín. Despues de la comida, reanudó su conferencia espiritual, y dándoles su bendición, los despidió.

Habiendo pasado allí san Ciriaco ocho años y disipada ya la facción de los origenistas, le rogaron los religiosos de la laura de Suca que regresase á la gruta de san Caritón. El monje Cirilo aprovechó esta ocasión para visitarle con frecuencia, y el escritor de su vida, ó más bién, él mismo Cirilo, asegura que sacó de estas entrevistas muy grande provecho para su alma. Este grán Santo vivió aún dos años

más, y murió en 554 ó 555, á la edad de ciento siete años<sup>1</sup>.

Se nota en él lo mismo que en san Juan el Silenciarío, cuya vida no fué ménos corta, que cuanto más avanzaban en edad, tanto más vigorosos se hallaban para los ejercicios de su instituto. Su historiador dice también que tenia un carácter dulce y agradable para con todos, una salud inquebrantable, una fuerza constante de espíritu y de cuerpo, una estatura muy alta y recta, sin que el peso de los años le hubiese encorvado ni enflaquecido. Pero lo que sobre todo debe admirarse en él es la pureza de sus contumbres y de su fé, que conservó inviolablemente durante su larga vida.

---

## EL HISTORIADOR CIRILO

Mucho debemos á este excelente solitario, para que no dejemos de darle un lugar preferente. Recogeremos lo que de él digamos de lo que él mismo ha dejado consignado en las Vidas de san Eutimio, de san Sábás y de san Juan el Silenciarío : pues por más que su modestia le haya hecho callar sus propias virtudes para hacer resaltar las de estos santos, siempre aparecerá como un religioso instruido en sus deberes por los grandes maestros de la vida monástica, y que supo aprovecharse de la santa educación que de ellos recibió.

Natural de Scithópolis en la Palestina, hé aquí lo que

<sup>1</sup> Baillet le dá 109 años ; pero sus actas, á las que se atiende Bulleau, no le dan más que 107.

dice de sí mismo en la vida de san Sábás y en otras de sus obras. « Habiendo venido este Santo á Cesarea y más tarde » á Scithópolis con objeto de hacer publicar las órdenes » del emperador Justiniano, Teodosio, nuestro obispo, » salió á recibirle acompañado de todo el pueblo. Mi pa- » dre, que era su administrador y consejero, formaba, co- » mo es consiguiente, parte de la comitiva. Despues que se » publicaron las ordenanzas imperiales, se dirigió el santo » anciano al palacio episcopal, alojándose en la Iglesia del » mártir san Procopio. Mi padre le veia con mucha fre- » cuencia, y como yo, que le acompañaba, era muy jóven » me puso á sus pies para que me diese su bendición. Me » la dió en seguida, me levantó, y abrazándome tierna- » mente, dijo á mi padre : Desde este momento considero » á este niño como discípulo mio : será hijo de la soledad, » y volviéndose hacia el obispo, le dijo : Señor, os ruego » que tomeis á este niño bajo vuestra solicitud, porque » tengo necesidad de él ».

» Mi padre no dejó de referir este suceso á mi madre, » que queria también saludar al santo anciano y recibir su » bendición. Aprovechóse para conseguirlo, por aviso que » le dió mi padre, de una visita que debía hacer al solitario » Procopio, y le esperó en el camino que conduce á la igle- » sia del apóstol santo Tomás. Habiéndose detenido allí el » Santo, le habló á solas mi padre, y le presentó á mi madre » para que le diese su bendición, y sabiendo que era una » sierva de Dios, se la dió de muy buena voluntad. Al ver- » me, repitió á mi padre lo que ántes le habia dicho, y le » recomendó que aprendiesé de memoria el salterio ».

» Habiéndose retirado mi madre, le seguimos nosotros » hasta la morada del abad Procopio, de donde, despues » de haber comido, volvimos á la casa del obispo. A la ma- » ñana siguiente el Santo, que debia volver á Jerusalém, » honró nuestra casa con su presencia : en ella oró, nos

» dió á todos su bendición, despues de lo cual, parti6 para  
 » la Ciudad santa juntamente con los padres que le habian  
 » acompañado. Desde este tiempo nuestro obispo pregun-  
 » taba frecuentemente á mi padre, diciéndole con bonda-  
 » dosa sonrisa : ¿ Qué hace el discípulo del bienaventurado  
 » Sábas? Procurad que aprenda bién el salterio y las epis-  
 » tolas de san Pablo. Además me admitió al órden del cle-  
 » ricato, dándome la prima tonsura. »

« En el año sexto del imperio de Justiniano tomé el há-  
 « bito monástico, y sintiendo en mi corazón un deseo  
 « vehementísimo de morar en el desierto, huscaba una oca-  
 « sión oportuna para realizarlo. Pero no encontrando otra  
 « más propicia, tomé por pretexto la dedicación de la Igle-  
 « sia de Jerusalém, y obtuve permiso para ir á ella. Cuando  
 « me disponia á marchar, me recomendó mi madre como  
 « último consejo, que nada hiciese sin la autorizaci6n de  
 « Juán el Silenciarío, pues temo, me decia, que te dejes  
 « seducir por los origenistas, y que te arrastren á sus erro-  
 « res. »

« Despues de visitar todos los santos lugares de Jerusa-  
 « lém consagrados por la presencia de Jesucristo y de  
 « adorar la santa cruz, fuí á ver al bienaventurado Juán, el  
 « cual me dió el último consejo, diciéndome : Si quieres  
 « santificarte, retírate al monasterio del grán Eutimio.  
 « Pero como todavía era yo un jóven aturdido, no hice  
 « caso de este consejo, y me dirigí á las orillas del Jordán,  
 « para entrar en algunos de los monasterios que hay en  
 « este desierto. Muy pronto tuve ocasi6n de arrepentirme,  
 « pues caí enfermo en la laura de Calamón<sup>1</sup> en donde,  
 « viéndome extraño y abatido por el mal, me entregué á  
 « una grande tristeza. El bienaventurado Juán vino en-  
 « t6nces en mi auxilio, y apareciéndome en sueños, me

<sup>1</sup> La laura de Calamón estaba situada entre la de Jarán y la de Tours. De ella hemos hablado en el PRADO ESPIRITUAL, cap. XL.

« dijo : Has sido castigado por no haber hecho lo que te  
 « aconsejé : levántate, y vé á Jericó, y en el hospital del  
 « abad Eutimio encontrarás á un anciano de pequeña  
 « estatura, que te llevará a su monasterio en el cual  
 « recuperarás la salud. »

« Cuando desperté, se habian renovado mis fuerzas, y  
 « despues de recibir la sagrada Comuni6n y alg6n alimento,  
 « me dirigí á Jericó, quedand6 admirados y sorprendidos  
 « los religiosos de verme curado. Llegué en el mes de julio  
 « al monasterio de san Eutimio. El abad Leoncio era en-  
 « t6nces su superior, y todos los dias iba á dar cuenta de  
 « mi alma al bienaventurado Juán. Habia conocido á sus  
 « discipulos en Scith6polis, porque se hospedaban en mi  
 « casa, y mis padres les daban limosna para los religiosos  
 « de la laura, desde que nuestro santo padre Sábás se dign6  
 « honrarla con su visita. Esto hacía que yo fuese á verle  
 « con más confianza, y que aprovechase la dicha de re-  
 « cibir sus enseñanzas y de participar de sus oraciones. »

« Un dia me sentí acometido de una violenta tentaci6n  
 « que le declaré, y apénas hubo orado por mí, me ví libre  
 « de ella. Miétras que yo le hablaba y recibia sus conse-  
 « jos, un hombre, llamado Jorge, le llevó á su hijo que  
 « estaba poseido del demonio. Este niño lloraba, y sin que  
 « el padre manifestase el motivo por que lo traia, com-  
 « prendió el Santo que se hallaba poseido del maligno es-  
 « píritu. Se compadeci6 de él, or6, le ungi6 con el aceite  
 « de la lámpara que ardia ante la santa cruz, y al punto  
 « sali6 el demonio dejándole libre. »

« En este mismo monasterio de san Eutimio fuí también  
 « testigo de otro milagro realizado en su tumba en favor  
 « de un monje de Cilicia, llamado Pablo, y perteneciente  
 « al monasterio de Martirius. Hallábase poseido del demo-  
 « nio, y sus compañeros le llevaron al sepulcro del Santo,  
 « dejándole ante sus preciosas reliquias. El Santo apareció



« de noche, y le curó. Levantóse al punto, y se unió á los  
 « religiosos que cantaban el santo oficio, siguiendo la  
 « salmodia con ellos, y refiriéndoles la manera prodigiosa  
 « con que habia sido librado. Al saber los religiosos de su  
 « monasterio que habia sido curado, vinieron por él ; pero  
 « quiso permanecer allí para manifestar mejor su recono-  
 « cimiento al Santo, y prestar sus servicios en aquel mo-  
 « nasterio, en donde cumplió todos sus deberes con un  
 « santo gozo y una grande fidelidad. »

Nada se sabe de lo que hizo Cirilo en el monasterio de san Eutimio, en donde permaneció hasta que, arrojados los origenistas de la nueva laura, vino à ocuparla según las intenciones de san Juan el Silenciaro, con los religiosos ortodoxos, llamados por el patriarca Eustoquio, para que florecieran en ella la regularidad y el espíritu de san Sábás mediante la observancia de su regla.

En este nuevo retiro es en donde compuso la historia de san Eutimio y de san Sábás, ó más bién, en donde ordenó las memorias que habia reunido. El mismo refiere como concibió el designio, y como lo realizó. « Habiendo reci-  
 « bido, dice hablando de san Eutimio, habiendo recibido  
 « por sus oraciones muchas gracias y auxilios, tanto corpo-  
 « rales como espirituales, y viendo los frecuentes milagros  
 « que se obraban en su tumba, admiraba el grande crédito  
 « que tenia en la presencia de Dios, y sentia brotar en mi  
 « corazón el deseo de conocer con toda exactitud todas las  
 « acciones de su vida, y la manera con que habia llegado  
 « á la admirable santidad que tan grato le habia hecho á  
 « Dios. »

« Habiéndome, pues, informado con el mayor esmero de  
 « muchos padres de esta soledad, algunos de los cuales  
 « sabian por relaciones fidedignas todo lo que á san Eutimio  
 « se refiere, miéntras que otros habian vivido con el bie-  
 « naventurado Sábás, recogí fielmente todo lo que pude

« oir de unos y otros, y consigné estas memorias, pero  
 « sin ponerlas en orden. Algún tiempo despues se reunió  
 « el quinto concilio general de Constantinopla, en que  
 « fueron condenados los errores de Orígenes y de Nestorio.  
 « Así es que, arrojados los origenistas de la nueva laura,  
 « y reenplazados los Padres ortodoxos, fuí llamado á ella  
 « por permisión de Juan el Silenciarío. Apenas llegué,  
 « recibí de él letras llenas de bondad paternal, en las que  
 « me animaba à componer la historia de los bienaventura-  
 « dos Eutimio y Sábás. »

« Dos años pasé en el silencio de la laura pensando en el  
 « modo de llevar á cabo mi designio ; pero cuando quise  
 « poner manos á la obra, por lo mismo que no habia estu-  
 « diado las letras humanas, no sabia por donde empezar.  
 « Viendo que no podia salir adelante, acudí á la oración, y  
 « despues de orar con el mayor fervor que me fué posible  
 « y de derramar abundantes lágrimas, sin conseguir resul-  
 « tado alguno, me resolví á abandonar una empresa que  
 « era superior á mis fuerzas. »

« Sin embargo, un dia en que me hallaba sentado, te-  
 « niendo entre las manos mis memorias, y lleno de extrema  
 « tristeza, me quedé dormido. Eran las primeras horas de  
 « la mañana, : entónces los bienaventurados Eutimio y  
 « Sábás se me aparecieron en hábito de monjes, y el vene-  
 « rable Sábás dijo al grán Eutimio : Hé aquí á vuestro hijo  
 « Cirilo que tiene en sus manos las memorias que ha re-  
 « cogido, pero que no sabe como poner en orden. A lo  
 « cual respondió : No podrá conseguirlo sin el auxilio de lo  
 « Alto. Alcanzádselo, pues, replicó el bienaventurado  
 « Sábás. Entónces el santo padre Eutimio metió la mano  
 « en su seno, y sacó un vaso de plata lleno de un licor, del  
 « cual derramó por tres veces algunas gotas en mi boca.  
 « Tenia la apariencia de aceite ; pero por el gusto creeria  
 « degradarlo comparándolo á la miel. Confieso que mis

« palabras son insuficientes para expresar su dulzura. El  
 « placer que hube de experimentar me despertó, dejando  
 « en mi boca un gusto el más delicioso. Lleno de dulce  
 « consolación, puse manos á la obra, y no sólomente em-  
 « prendí la vida de san Eutimio, sino que al propio tiempo  
 « me sentí interiormente movido á escribir la del incom-  
 « parable Sábás. »

« No tenemos necesidad de justificar aquí la verdad de  
 « esta visión, que está suficientemente justificada por los  
 « efectos. Los críticos, que han tenido ocasión de hablar de  
 « la obra de Cirilo, no han podido ménos de tributarle los  
 « mayores elogios. No puede dejar de admirarse, dice  
 « Bulteau, que un hombre que carecia de todo género de  
 « estudios, haya ejecutado tan perfectamente su designio,  
 « marcando los lugares con la mayor exactitud, así como  
 « los tiempos y las personas, pues que ha escrito una obra  
 « del más excelente mérito. En sentir de Baronio, si se  
 « exceptuan san Atanasio y san Jerónimo, ninguno de los  
 « antiguos escritores de las Vidas de los Santos lo ha hecho  
 « con tanta perfección como él, con tanta buena fé y ver-  
 « dad, como con orden y distinción de tiempos<sup>1</sup>. »

Antes de referir Cirilo esta visión, hace una nota que prueba su buena fé y exactitud. « Hé aquí, dice, una pequeña parte de lo que hemos visto y oído á muchos acerca del grande Eutimio. Hemos referido, de una parte, los prodigios de su vida, y de otra, los que se han obrado despues de su muerte, para que no fuesen ignorados de las generaciones venideras: pues se vé que los unos son confirmación de los otros, y prueban manifiestamente la santidad de este excelente padre. En efecto ¿ como han podido obrarse estas grandes maravillas sobre su tumba y des-

<sup>1</sup> BULTEAU, HISTORIA MONASTICA, lib. IV, cap. vi. Puede verse también lo que dice Baillet en sus notas sobre las Vidas de san Eutimio, san Sábás, san Juan el Silenciarío y san Ciriaco.

« pues de su muerte, si no hubiese sido un santo durante  
 « su vida? ¿ Y como dudar de la santidad de su vida,  
 « atestiguada con tantos prodigios despues de su muerte?»

Dá principio también á la vida de sán Sábás con un pequeño prefacio dirigido á Jorge, superior de la nueva laura, en el cual consigna estas hermosas palabras, que siempre probarán su sinceridad en la composición de su historia.

« Ruego á todos los que lean mis obras que pidan al Señor  
 « que me conceda el perdón de todos los pecados de mi  
 « vida, que ha sido tan miserable. No exijo que se preste  
 « una fé absoluta á todo cuanto expongo; pero aseguro  
 « que he marcado expresamente los tiempos. los lugares,  
 « las personas y los nombres con toda fidelidad, para que  
 « cada cual pueda asesorarse y examinarlos por sí mismo. »

Iba frecuentemente á la laura para consultar á san Juan el Silenciaro, su padre espiritual, y al fin fijó en ella su residencia. Un dia que iba para prepararse una celdilla, fué testigo de un prodigio que se obró en la tumba de san Sábás, y que refiere de la siguiente manera. « Se habia  
 « edificado una grande cisterna bajo la torre de nuestro padre san Sábás, en la gruta, desde la cual se sube por una  
 « escalera, tomada de la iglesia de san Teoctisto, á esta  
 « misma torre, y sobre la cual habian construido los padres un depósito, en el cual se reunian y filtraban las  
 « aguas ántes de caer en la cisterna. Una y otra obra habian sido ejecutadas por un arquitecto llamado Mamas.  
 « Pero cuando trabajaba con uno de sus oficiales para concluir el depósito, se levantó de pronto un torbellino tan  
 « impetuoso, que, cayendo las aguas con grande violencia, destruyeron el depósito. Mamas tuvo suficiente agilidad para librarse del peligro, pero no así su oficial,  
 « que fué arrastrado por los trozos de piedra que se desprendieron, y cayó en el vestibulo que hay entre las dos  
 « iglesias, en el cual está la tumba de nuestro padre san





Imp. Ch. Blanchin succ. Paris

Goussier del.

*Theodosie le Cenobiarque.*

*San Teodosio el Cenobiarco.*



« Sábas, desde una altura de cerca diez codos. Cuando  
 « cesó la lluvia, se encontró al jóven bajo un montón de  
 « piedras sin haberse causado el más leve daño. Yo mismo  
 « fuí espectador de este milagro obrado en el mismo dia  
 « en que yo vine á esta nueva laura con intención de  
 « escoger el sitio en que edificar mi celdilla. »

Además de los célebres solitarios de los monasterios de san Eutimio y san Sábas que conoció Cirilo, y cuyos relatos, unidos á lo que él mismo vió, le ayudaron à formar las memorias de las vidas de estos santos, tuvo la dicha de conocer personalmente á san Ciriaco. Iba con frecuencia á visitarle al desierto de Susacim y á la laura de Suca, llevándole cartas de san Juán el Silenciaro, relativas á los males que causaban los herejes en aquellas comarcas. De este Santo aprendió también muchas particularidades en orden á las acciones y prodigios de los Santos. Por último, hallándose retirado en la grán laura, escribió en 557 la vida de su padre espiritual, san Juán el Silenciaro, que aún vivia. Se ignora el tiempo que vivió despues, así como la época de su muerte.

## SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA<sup>1</sup>

Margariazzo, ciudad de Capadocia, se ha hecho célebre en la historia monástica por el nacimiento de san Teodosio, como la aldea de Mutalasco lo ha sido también, en la misma

<sup>1</sup> Opina el cardenal Baronio que el mouje Cirilo, á quien con tanta frecuencia hemos citado, es el que escribió la vida de san Teodosio; pero no se desprende así del método de este historiador, que acostumbra marcar con más exactitud los lugares, los tiempos y otras circuns-



provincia, por el de san Sábás, su amigo particular y su compañero en la dirección de los monjes de la Palestina. Este santo, llamado el Cenobiarca, para distinguirlo de san Teodosio el Antioqueno, que nació hacia el año de 423, bajo el imperio de Teodosio el Joven. Su padre, llamado Procereso, y su madre Eulogia, eran excelentes cristianos, que lo recibieron providencialmente como un don de Dios, según la significación de su nombre. Le educaron con el mayor esmero en la piedad que fervorosamente profesaban, y tuvieron el consuelo de verle crecer en mérito y en virtud.

No se sirvió de su razón, cuando llegó al uso de ella, sino para dar en su corazón una entera preferencia á los ejercicios de devoción sobre los bienes del siglo y los placeres á que de ordinario se consagra la juventud. Su alma no gustaba más que de las cosas divinas, y únicamente suspiraba por la soledad. Fué, por lo tanto, admitido en el clero, y ordenado lector, siendo todavía muy joven, cuyo oficio le obligaba á leer más asiduamente las sagradas Escrituras, en las cuales adquirió un grande conocimiento, y cuyo sentido explicaba con admirable facilidad. Así es que, cuanto más alimentaba su alma con su estudio, tanto más le impresionaban las verdades en ellas contenidas, y le desprendían de las cosas de la tierra, para hacerle avanzar en la perfección evangélica.

El ejemplo de Abrahám, que, siguiendo la voz de Dios, salió de su país, le solicitaba á abandonar el suyo, y el deseo de caminar en pos de Jesucristo por el camino estrecho le atraía á la vida religiosa. Anduvo algún tiempo preocupado con estos pensamientos, é hizo largas oraciones para cono-

tancias. Debe haberlo sido, por lo tanto, algún religioso de su monasterio, que vivió muy poco tiempo después del Santo. Su historia ha sido reconocida como muy verdadera por escritores de la mayor competencia. Véanse el cardenal Baronio y los Bolandos.

cer la voluntad de Dios, diciéndole desde lo más íntimo de su corazón: « Ponedme, Dios mío, en el camino que os plazca, para que yo marche por los senderos de la verdad. » Resolvió, por último, ir á Jerusalém á visitar los santos Lugares, llevando siempre el objeto de adquirir nuevas luces, para escoger el estado de vida que más agradase al Señor.

Sus plegarias fueron escuchadas ántes de que llegase allí, y san Simeón Estilita fué el intérprete que le dió á conocer los designios que Dios tenia sobre él.

Habitaba este Santo en una columna, ofreciendo con su prodigiosa vida un espectáculo digno de admiración á los ángeles y á los hombres. Quiso Teodosio aprovechar la ocasión de pasar por Antioquía para visitarle y recibir su bendición. San Simeón, desde lo alto de su columna, le vió acercarse, y llamándole por su nombre, le dijo: Teodosio, hombre de Dios, sé bién venido. Quedó sorprendido de oirse llamar con su nombre por un Santo, que jamás le habia visto: así es que, lleno de respeto y temor, se postró ante él.; pero el Santo le hizo subir á su columna, le abrazó tiernamente, y le predijo su suerte futura, anunciándole sobre todo que seria pastor de numerosas ovejas espirituales, á las que defenderia del furor del lobo infernal.

Estas predicciones que escuchó con un grande espíritu de fé le confirmaron en su piadoso designio. Salió de la presencia del Santo lleno de confianza en sus promesas y en sus oraciones, y siguió su camino con el corazón lleno de gozo y abrasado de santo ardor. Despues de visitar los santos lugares de Jerusalém, de donde Juvenal era obispo, deliberó algún tiempo si abrazaria una vida enteramente solitaria, ó si entraria en algún monasterio para vivir en compañía de otros religiosos. Este último estado le pareció más seguro en un principio, atendidas

su propia debilidad y falta de experiencia. Pues decía :  
« ¿ No sería una temeridad, ó más bién una locura, que  
« un soldado, apénas entrado en la milicia, dejase su  
« instrucción para ponerse frente al enemigo? ¿ Como,  
« pues, no hallándome aún formado en la milicia espiritual,  
« tendré la temeridad de exponerme á luchar solo en la  
« soledad del desierto con las potestades de las tinieblas?  
« Conviene, por lo tanto, que aprenda de los santos Padres,  
« que ya tienen experiencia, la manera de combatir,  
« hasta que, suficientemente dirigido por sus instruccio-  
« nes, pueda recoger el fruto de sus lecciones en la soledad  
« del desierto. »

Vivia por entónces en un rincón de la torre de David un recluso, llamado Longino, que habia envejecido en los trabajos de la penitencia, y que á sus virtudes monásticas unia luces admirables para la dirección de las almas. Su reputación era muy grande, y Teodosio quiso ponerse bajo su dirección para instruirse perfectamente en los deberes del estado que habia escogido. En él encontró todo lo que podia esperar para su aprovechamiento espiritual, entregándose con tanta confianza, que en poco tiempo hizo progresos que llenaron de gozo el corazón de su maestro.

Miéntas que experimentaba bajo su dirección todas las ventajas de la obediencia religiosa, y cuando Longino creia tenerle á su lado el resto de sus días, una piadosa señora que habia consagrado sus riquezas á la religión, edificando una iglesia en honor de la Santísima Vírgen en el camino de Betléem, vino á suplicar al santo anciano que le cediese á su discípulo para que se encargase de su dirección. Hubo de rendirse á sus reiterados ruegos, y Teodosio, que habia hecho profesión de obedecerle en todo, se sometió á él no sin repugnancia, teniendo la pena de separarse de un maestro, á quién se hallaba unido por los lazos de la con-

fianza y del reconocimiento, y por las ventajas espirituales que habia encontrado en su dirección.

Tanta virtud demostró en este nuevo ministerio, que era objeto de universal admiración. Pero no pudiendo sufrir su humildad el verse obligado á dirigir á los que se hallaban consagrados al servicio de esta Iglesia, y siéndole repulsivas las muestras de estima y veneración que le atraia su reputación, suplicó que se le separase de aquel cargo, y se retiró á una caverna que habia en una montaña inmediata, en la cual, según la tradición, pasaron los Magos la noche para ocultar su partida al rey Herodes, cuando volvian á su pais despues de haber ofrecido sus adoraciones al tierno niño Jesús.

La vida que emprendió en este paraje fué enteramente celestial. Allí inmoló su cuerpo á la penitencia, y entregó su espíritu y su corazón á la oración y á los ardores de la caridad. No se alimentaba más que de frutos y yerbas silvestres, ó de legumbres mojadas en agua, y esto muy sobriamente, y cuando era absolutamente necesario para impedir que su cuerpo sucumbiese á los rigores de la penitencia: régimen que observó durante más de treinta años, sin que en todo este tiempo comiese una sola vez un pedazo de pan.

Pero miéntras que así mortificaba su carne con un ayuno tan austero, daba á su espíritu todo el vuelo de un santo fervor, pasando de pié toda la noche en la contemplación, y en el canto de los salmos, derramando unas veces lágrimas de compunción, y gustando otras las delicias inefables que Dios en su misericordia hace experimentar á las almas abrasadas en los ardores de su santo amor. « Así « es, dice su historiador, que miéntras que estenuaba su « cuerpo con los rigores de la penitencia, alimentaba su « alma con una oración no interrumpida, pudiendo compa- « rársele á aquel árbol de que habla el Profeta de los

« salmos <sup>1</sup>, y que, hallándose colocado en la corriente de las  
« aguas, dá en su tiempo abundante fruto. Añade que no  
« observó esta vida tan austera sólomente para reprimir las  
« pasiones de la juventud, sino que la practicó hasta el fin  
« de su vida, que fué muy larga. De suerte que su alma y  
« su cuerpo fueron como dos compañeros embarcados en  
« un mismo bajel, que no dejan de llevar un mismo  
« camino, sino cuando se separan en el puerto ».

Aún cuando todos los preceptos divinos, añade, le eran muy gratos y preciosos, y se esforzaba, por cumplirlos con la mayor perfección, miraba, no obstante, con atención especial, y trabajaba por cumplir con la más exacta fidelidad la ley suprema de la caridad, á imitación del apóstol san Pablo que fué su más perfecto modelo.

Debemos considerar como un efecto que esta reina de las virtudes producía en su corazón, el sacrificio que hacía de su afecto al reposo y al silencio en favor de los que venían á gozar de su compañía, y le escogían para que dirigiese sus almas. No fueron estos en un principio más que seis ó siete, y se consagró á inspirarles los mismos sentimientos de aversión á las delicias de la tierra y de amor á los trabajos de la penitencia, de que él mismo se hallaba poseído, y que le habían preparado á las más eminentes virtudes. Como estaba persuadido de que el pensamiento de la muerte era un medio efficacísimo para formar en ellos estas santas disposiciones, les ordenó un día que preparasen una tumba, para que, teniéndola constantemente ante sus ojos, se acordasen de su fin último. Cuando estuvo concluida la tumba, fué á verla, y teniendo á su lado á todos sus discípulos, les dijo con un tono mezclado de gozo y gravedad : Ya está preparada la fosa, ¿quién será el primero que la ocupe? Uno de ellos, llamado Basilio, y que era

<sup>1</sup> Ps. I.

sacerdote, movido del deseo de unirse á Dios, y teniendo un presentimiento de lo que iba á ocurrir, se postró de rodillas, diciéndole : Padre mio, dadme vuestra bendición : yo soy el primero que voy á ocuparla. Ilustrado el Santo con luces de lo alto, conoció que decia verdad, y quedó sumamente satisfecho de ver sus buenas disposiciones.

Desde entónces se consideró á Basilio cual si no estuviese en el mundo. Hiciéronse por él las preces que acostumbra la Iglesia por los difuntos en los dias tercero, noveno y cuadragésimo despues de su muerte y al llegar este último, este religioso, sin fiebre, ni dolor de cabeza, ni ninguna otra apariencia de enfermedad, se durmió dulcemente en el Señor. Desde entónces se conserva la memoria de este suceso, y en el siglo XII se mostraba aún el paraje en que fué enterrado. Así lo atestigua Juan Focas, que hizo en aquel tiempo el viaje á Tierra Santa.

Dios añadió á este un nuevo milagro. San Theodosio vió á Basilio, durante los cuarenta dias que siguieron á su muerte, unirse á los otros religiosos en el tiempo de la salmodia y cantar con ellos las alabanzas del Señor. En un principio sólamente él lo vió, pues Aecio, uno de sus discípulos y el más fiel imitador de sus virtudes, oia su voz, pero no lo veia ; así es que suplicó al santo abad que le alcanzase de Dios esta gracia. A la noche siguiente le fué concedida, pues, habiéndose presentado Basilio como en las noches anteriores para cantar con los otros religiosos, san Teodosio rogó al Señor que abriese los ojos de Aecio para que pudiese verlo. Así sucedió, y apercibiendo á Basilio corrió á abrazarlo ; pero éste desapareció, diciendo con una voz que fué oida de todos : Dios os guarde, Padre y hermanos míos ; en adelante no me vereis más. « De esta « manera, dice el escritor de la vida de nuestro Santo, se « verifico este oráculo del Salvador del mundo : *El que cree* « *en mí vivirá aunque esté muerto.*

Este primer testimonio de la santidad de san Teodosio dado por el mismo Dios á sus discípulos, fué seguido de otro que sirvió para confirmarlos más y más en la idea que tenían de su santidad y para inspirarles mayor confianza. Era la vigilia del santo día de Pascua, y no habia provisión alguna en el monasterio, ni aún de pan para consagrar á la mañana siguiente. Los religiosos se hallaban en extremo afligidos, temiendo ser privados de la Misa en un día tan solemne, lo cual les apenaba mucho más que el ser privados del alimento corporal. Pero el Santo, lleno de confianza les dijo : Preparad todo lo que se necesite para la santa Misa, y Dios proveerá. En efecto, ántes que se pusiese el sol, se presentó un hombre con dos mulos cargados de provisiones, las cuales alcanzaron para el sustento de la comunidad hasta la fiesta de Pentecostés, siendo aún mucho más grato para los religiosos el que aquel hombre les trajo pan preparado para la santa Misa.

En otra ocasión les hizo el Señor sentir los efectos de su providencia de una manera no ménos admirable. Habia en aquellos parajes un hombre rico, que distribuia grandes limosnas á los monasterios, pero que nunca se acordaba del de nuestro Santo. Dijéronle sus discípulos que seria conveniente hacerle conocer su pobreza, para que pudiesen participar de sus liberalidades. Pero san Teodosio, que confiaba más en la providencia de Dios que en la caridad de los hombres, no quiso atender á esta advertencia. Muy pronto experimentaron los religiosos [que Dios cuidaba de ellos mucho más de lo que pudieran esperar de las criaturas ; pues cuando ménos lo esperaban, un hombre que llevaba á otro monasterio un mulo cargado de provisiones, sintió que, al pasar por éste, se detuvo el animal sin poder hacerle pasar adelante. En vano lo castigó : tuvo que dejar al animal á su capricho, y éste se entró en el monasterio del Santo, en el cual, viendo el hombre la pobreza de los

religiosos, reconoció que era un aviso del cielo el que la bestia se hubiese detenido, para que dejase allí su carga.

El número de sus discípulos, que hasta entónces habia sido de doce, aumentó considerablemente. Su gruta no podia contenerlos, y fué preciso pensar en construir un monasterio en forma. Aunque ne le faltaba celo, no podia verse á la cabeza de tanta gente sin que sufriese su corazón. Representábase per una parte las dulzuras de la vida solitaria que ántes habia practicado, y los consuelos que en ella experimentaba; miéntras que, por otra, consideraba el ejemplo de Jesucristo que habia vivido con sus discípulos para gloria de su Padre celestial. Sentíase, pues, atraído por estos dos encantos, por el del retiro y por el de la caridad para con el prójimo, lo cual le preocupaba mucho.

Por último, tomó el partido de entregarse enteramente en manos de la divina Providencia que tantos religiosos le enviaba para dirigirlos, confiando que, al encargarse de ellos para guiarlos según la voluntad divina, no perderia su espíritu en medio de las solicitudes inherentes á su ministerio; puesto que más que la solicitud por el bién temporal, constituye al verdadero religioso la tranquilidad de espíritu por la sumisión á las órdenes de Dios.

Tenia, sin embargo, que deliberar en que paraje habia de edificar su monasterio, y pidió al Señor que se lo manifestase por algún signo sensible. Con este objeto tomó un incensario, puso en él carbones sin fuego, y se dirigió á diferentes parajes del desierto, que consideró adecuados para su designio, esperando que Dios encendiese milagrosamente los carbones en el lugar que le fuese más grato y propio para que le sirviesen los religiosos. Despues de haber recorrido varios sitios sin efecto alguno, llegó á uno que se hallaba á póca distancia de su gruta, y vió que de pronto se encendieron los carbones, y que empezó á subir el humo del incienso, y no pudiendo ya dudar de la volun-



tad de Dios, comenzó á echar los fundamentos de su monasterio, que muy pronto se hizo el más célebre y considerable de toda la Palestina.

Su reputación, ó por mejor decir, Dios, que queria servirse de él para la santificación de innumerables almas, atrajo á él á personas de todas las condiciones y de todas las partes del mundo. Unos pertenecian á la magistratura y á las dignidades del mundo : otros á la profesión de las armas, y otros se hallaban consagrados á las ciencias profanas ; pero que todos consideraban las ventajas del mundo como pasajeras y llenas de ilusión. Así es que acudieron de la Europa, del Asia y del Africa, para someterse humildemente á su dirección, y marchar por los senderos de la salvación eterna.

Un cuerpo tan vasto, formado de tantas naciones, de caracteres y condiciones tan diferentes, suponía en san Teodosio talentos muy superiores para dirigirlo. Pero si no habia cultivado las ciencias profanas, ni el arte de gobernar según las reglas de la política mundana, se hallaba ilustrado y guiado por el espíritu de Dios, y prueba evidente de ello es el órden admirable que, merced á sus cuidados y vigilancia, reinó en aquella numerosa comunidad. En ella estableció el ejercicio de todas las artes necesarias para la vida, tanto para que sus religiosos distribuyesen el tiempo entre las ocupaciones manuales y las de la penitencia, como para que dentro del monasterio tuviesen todo lo preciso, sin necesidad de que saliesen fuera, y conservasen de este modo la santidad de su estado.

Edificó tres iglesias ; una para los que hablaban la lengua griega ; otra para los armenios, en los cuales se comprendian los que hablaban el persa y el arabe, y la otra para los europeos que venian de la Tracia ó de la Mesia, y que hablaban la lengua eslavona y rúnica. En estas diferentes iglesias alababa cada nación á Dios en su lengua natal, can-

taba los salmos, y se oraba siete veces al día, conformándose de este modo al oficio canonical. Se celebraba también la Misa de los catecúmenos, que consistía en la parte del santo Sacrificio que precede al Ofertorio, y después de la lectura del Evangelio se reunían todos en la Iglesia de los griegos, que era la principal, para participar de los santos misterios. Créese que en estas iglesias se observaba la liturgia de san Basilio: porque además de que san Teodosio la había aprendido en Capadocia, hace notar el historiador de su vida que profesaba grande veneración á este santo Doctor: que llevaba grabadas en su corazón sus excelentes máximas: que leía sus obras con especial predilección, y que se esforzaba por conformar á ellas sus costumbres, y hasta por imitarle en su modo de expresarse en las instrucciones que daba á sus religiosos.

Algunos de estos, llevados de un fervor indiscreto y presuntuoso, se habían retirado á las montañas y cavernas, para hacer vida de anacoretas, emprendiéndola con una necia confianza en sus propias fuerzas, y atribuyéndose á sí mismos lo bueno que creían hacer, sin considerar que el hombre no puede hacer nada bueno en orden á su salvación, si no es ilustrado y sostenido por la gracia de Jesucristo. Dios castigó su temeridad, *entregando sus cuerpos al demonio, para que sus almas fuesen salvas*, según la expresión del apóstol san Pablo <sup>1</sup>, y permitió que les atormentase el enemigo invisible. Viéndose en tan deplorable situación, acudieron al Santo, quién, movido de compasión, los acogió con una bondad enteramente paternal, edificó para ellos un monasterio con su capilla, no permitiéndoles entrar en las otras iglesias, para que, en los accesos de su mal, no turbasen el oficio divino, y atendió á todas sus necesidades espirituales y corporales con maravillosa caridad.

<sup>1</sup> I Cor. v.

Los cuidaba con el mismo esmero que á los demás, y los visitaba con frecuencia para consolarlos en su aflixión y exhortarlos á llevar sus trabajos con espíritu de penitencia. Les recordaba que es mucho mejor sufrir en esta vida las penas de los pecados, que padecerlas mucho más rigurosas en la vida futura. A algunos los libró con sus oraciones, y exhortó á los demás á que no se desanimasen, sino que sacasen de sus trabajos el fruto de una humilde paciencia. « No debeis, les decia, no debeis desear tanto el ser librad<sup>os</sup> de los males que padeceis, como el sufrirlos con una constancia generosa, que indudablemente os será meritoria ».

En cuanto á sus religiosos, les dirigía frecuentemente exhortaciones tan dulces como conmovedoras, tanto para animarles á combatir valerosamente las tentaciones y pasiones, como para que adelantasen en el camino de la virtud. Ya hemos dicho con su historiador, que no se había aplicado á leer los autores profanos : así es que no tomaba de ellos su elocuencia para sus exhortaciones ; sino que el espíritu de Dios, que lo animaba, era el que le prestaba su unción y su moción, siendo muy raro que pudiese resistirse á la fuerza de su palabra. Exhortaba sobre todo á sus religiosos, á que aprovechasen el tiempo de esta vida para adelantar en la perfección, no sea que les sorprendiese la muerte sin haber trabajado, y se atrajesen la cólera divina en el dia del juicio.

» Yo os conjuro, mis amados hermanos, les decía, yo  
» os conjuro por la caridad de Jesucristo, que ha querido  
» dar su vida para librarnos de la muerte del pecado, que  
» comenceis cuanto ántes á velar por vuestras almas, En-  
» tremos, pues, en los sentimientos de un verdadero ar-  
» repentimiento por el tiempo que, tan vana como inútil-  
» mente, hemos perdido en la vida pasada, Trabajemos  
» en adelante por la gloria de Dios y de su Hijo adorable :

» no quedemos en una pereza criminal, que nos haga dejár  
 » siempre para mañana el trabajo, en lugar de aprove-  
 » charnos del día presente. Este es un artificio de nuestro  
 » enemigo, que no procura otra cosa que seducirnos y se-  
 » pararnos del convite celestial, impidiéndonos practicar  
 » las buenas obras con las cuales se entra en él. En la  
 » muerte no será ya tiempo de llorar, si en el tiempo de  
 » la vida somos negligentes. Entónces y en medio de las  
 » penas que sufriremos, serán estériles nuestras lágrimas,  
 » y no seremos admitidos á penitencia. »

» Hé aquí, pues, el tiempo aceptable : éste es el dia de  
 » la salud : éste es el tiempo de la penitencia, despues del  
 » cual vendrá el de la recompensa. Ahora es preciso tra-  
 » bajar, para recibir despues el salario. Este es el tiempo  
 » del sufrimiento : despues vendrá el de los consuelos. En  
 » esta vida Diós quiere ayudar con su gracia á los que  
 » sinceramente se convierten á él ; pero en la vida futura  
 » ejercerá la severidad de su justicia, y su juicio será tan  
 » inexorable en el exámen de nuestros pensamientos, de  
 » nuestras palabras y de nuestras acciones, como miseri-  
 » cordioso ha sido para con nosotros. Ahora podemos  
 » aprovecharnos de su paciencia ; pero si abusamos, ten-  
 » dremos que reconocer la equidad de sus juicios, cuando,  
 » dando á cada uno según sus obras en el día del juicio,  
 » llamará á unos á la vida eterna, y á otros á los suplicios  
 » del infierno, ¿ Qué decidimos, pues, mis hermanos ?  
 » ¿ ser fieles á Jesucristo que nos llamó á su reino celes-  
 » tial, ó permauecer en un letargo habitual sin esforzarnos  
 » por trabajar en la perfección evangélica ? ¡ Ah ! si así  
 » es, ¿ qué será de nosotros, y como podremos soportar  
 » el dia terrible de las venganzas divinas, en que, miétras  
 » los buenos, colocados á la derecha del Salvador por los  
 » méritos de sus buenas obras, entrarán con él en su  
 » reino, aquellos, por el contrario, que tengan las manos

» vacias, serán separados y precipitados en el fuego y  
» en las tinieblas eternas, en que no se oirá otra cosa  
» que llanto y rechinamiento de dientes ? ¿ Será tan  
» necia y tan deplorable nuestra ceguedad ? Todos decimos  
» que aspiramos al reino celestial, y sin embargo, nada  
» hacemos para merecerlo. ¿ Pretenderemos participar de  
» este reino, trabajando sólomente por evitar el pecado,  
» pero sin hacernos violencia para ejecutar las órdenes del  
» Señor ? »

Tales eran las saludables verdades que este excelente superior trataba de inculcar en el espíritu de sus religiosos, para animarles á la compuncion, à combatir consigo mismos y á adelantar en la virtud. Unia á su celo una discrecion y una caridad tan tierna como compasiva, que le hacía sentir todos los males espirituales y temporales de sus hermanos, y de su prójimo en general, como pronto veremos. Pero lo que no podremos admirar suficientemente es que en tan grande número de religiosos de tantas condiciones, de paises y caracteres tan diferentes, se portase con tanta discreción y prudencia, que, acomodándose á la capacidad de cada uno, se hacia amar y temer al mismo tiempo : pues obraba de tal manera, cuando á ello le obligaba la salvación de las almas, que no podia ménos de reconocerse la pureza de sus intenciones y de su celo, y que no corregia por humor ni por autoridad, sino por la gloria de Dios y por el bién de las almas. Nada tan admirable como ver algunas veces á este gran hombre postrado á los pies de aquellos á quienes no bastaban las amonestaciones ordinarias, vencer su resistencia con su humildad, y obligarlos, por decirlo así, á doblegarse al yugo de la obediencia, pidiéndoles en esta actitud suplicante que le concediesen como una gracia, lo que era un deber, que estaban obligados á practicar para gloria de Dios y salvación de sus almas.

Diríase que en estas ocasiones llevaba su caridad, siempre dulce y compasiva, hasta el exceso, si sólomente se consultase la prudencia humana. Pero fácil era reconocer en ella la del mismo Jesucristo, por las bendiciones con que Dios la acompañaba y los efectos maravillosos que producía aún en los corazones más indóciles. Así lo demuestra la mudanza de uno de los religiosos, que, à causa de una falta grave, se habia visto obligado à separar de la comunión de los demás. Léjos de someterse à la penitencia que le impuso el Santo con justa severidad, se rebeló este religioso indócil, más sensible à la confusión que à su falta, y tuvo la insolencia de excomulgarle à su vez. Viéndole el Santo, con profundo sentimiento de su corazón, rechazar, como un frenético, el remedio que le proporcionaba un médico tan caritativo de su alma, no apeló à la autoridad que sobre él tenía, ni à la indignación que naturalmente debia producir su desvergonzada conducta, sino que dirigiendo sus ojos à Jesucristo que, por amor de los pecadores, se habia anodadado hasta aparecer como pecador el que era la santidad por esencia, quiso sufrir él mismo exteriormente esta falsa é injusta excomunión, lo que cubrió à este discípulo rebelde de tanta confusión, que, entrando en sí mismo, se humilló à semejanza de su maestro, y se sometió à todo lo que exigió de él. De este modo, la condescendencia del Santo tuvo más eficacia para vencerle, que toda la autoridad que hubiese podido emplear, é inclinándose humildemente hacia el que habia caído, lo levantó con más facilidad.

Acabamos de decir que su caridad se extendia à todos sus prójimos en general, y este sentimiento no lo expresaba sólomente con sus palabras, sino que lo realizaba con la mayor perfección en sus obras. Su historiador nos representa su monasterio como un asilo en que encontraban consuelo todas las desgracias, y su corazón, como un

puerto en que se refugiaban todos los que se hallaban agitados por las aguas de la tribulación. No habia quién no recibiese todas las pruebas y todos los auxilios de la caridad más compasiva. Edificó cuatro enfermerías ; una para sus religiosos : otra para los demás religiosos, ya fuesen ancianos, ya estenuados por los trabajos de la penitencia : otra para personas seculares de distinción, y otra para gentes de más baja condición. Admirando una señora muy piadosa su grande caridad, quiso secundarla, facilitándole medios para construir una quinta enfermería. Aún hizo más ; no sólomente dió al convento sus bienes y sus propios hijo, sino hasta á sí misma. Lo cual hace suponer que se construyó otro monasterio para mujeres, en que la madre de nuestro Santo hizo vida religiosa, constituyéndose en hija espiritual suya, y viviendo bajo su dirección.

En estas enfermerías es en donde la caridad de san Teodosio se entregaba á los cuidados más prodigiosos y á actos verdaderamente heróicos. Allí es en donde triunfó de las más grandes repugnancias, y en donde las enfermedades más difíciles y repugnantes eran objeto de su más tierna compasión. Allí es en donde servia á Jesucristo en sus miembros con un afecto inconcebible. Sus religiosos demostraron en un principio alguna repugnancia á asistir á estos enfermos, algunos de los cuales estaban cubiertos de úlceras y llagas en extremo repugnantes ; pero su ejemplo los animó, y en adelante se portaron con la misma caridad que su maestro.

Por último, dice su historiador, no sólomente era su monasterio un puerto de refugio para todos los afligidos, sino que era como una botica de remedios saludables para todos los males, y como una casa á la que tenian los enfermos los mismos derechos que los religiosos, puesto que sus bienes lo mismo se aplicaban á unos que á otros. ¿ Qué

más ? Los enfermos, los menesterosos, los peregrinos, los pobres transeuntos, los que carecian de vestidos con que cubrir su desnudez, todos, sin excepcion alguna, eran socorridos con arreglo á sus necesidades. A unos daba medicinas, á otros vestidos, á otros alimentos, y era tan grande el número de personas que acudian, que los que, bajo sus órdenes, las atendian, confiesan que algunos dias se necesitaron cien mesas.

Pero¿ en donde podia encontrar este hombre de una caridad tan extraordinaria recursos para dar con tanta profusion. Aquí es precisamente en donde puede conocerse la grandeza de su fé, y de su confianza en Dios, á quién tan agradables eran estas liberalidades. Su tesoro era el de la divina Providencia; de él sacaba mucho más de lo que pudieran darle las criaturas. Siempre tenía abierto este tesoro, y con mucha frecuencia de una manera prodigiosa; pues en ninguna de las necesidades le faltó la Providencia paternal de Dios.

En un tiempo en que toda la provincia se hallaba afligida por el hambre, se reunió, en vísperas de la Pascua, un número tan prodigioso en su monasterio, que, viéndole los que estaban encargados de repartir las limosnas, consideraron que no era suficiente lo que se hallaba preparado para atender á tan grande multitud. Dispusieron, pues, las cosas de modo que, si no hubiese para saciarlos á todos, se distribuyese proporcionalmente entre todos. Pesaron pues el pan, no con arreglo á la necesidad de cada cual, sino teniendo en cuenta el número de los que lo pedian, y cerraron las puertas del monasterio para evitar confusion. Pero llega oportunamente san Teodosio, y ordenó que se abriesen las puertas, que se dejase entrar á todo el mundo, que se pusiesen las mesas, y que cada cual tomase lo necesario para quedar satisfecho. Sus discípulos, llenos de confianza en la santidad de su maestro, no du-



daron que Dios secundaria su caridad por medio de algún prodigio. Obedecieron ciegamente sus órdenes, y tuvieron el consuelo de ver multiplicarse entre sus manos el pan que distribuian; llenarse los canastos á medida que sacaban de ellos, y por último, quedar, más pan del que habían distribuido.

El mismo milagro se renovó de una manera igualmente visible y admirable en una fiesta de la santísima Virgen, que habia atraído un concurso muy numeroso al monasterio. Las provisiones que en él habia entónces eran tan cortas y poco proporcionadas á tan grande muchedumbre, que apenas podia ponerse un pan sobre cada mesa. Sin embargo, se multiplicó éste á medida que lo distribuian los ecónomos, de modo, que no sólomente quedaron todos satisfechos, sino que todos llevaron consigo alguna porción, y quedó en el convento lo necesario para los religiosos.

¿ Y no podríamos colocar en el número de los prodigios por él realizados la inalterable tranquilidad y recogimiento de espíritu que conservaba en medio de tan diversas ocupaciones, sin que bastasen éstas á disiparlo? De ninguna manera, dice su historiador: se le veia siempre entregado á todos sin salir nunca de sí mismo: tan tranquilo se hallaba en medio de tantos negocios como le agoviaban, cual si estuviese en el más apartado desierto; siempre estaba en la misma disposición de ánimo, ya tuviese que conversar con el mundo, ya se hallase solo. Atento á los demás por caridad, lo estaba á sí mismo por la vigilancia religiosa: trabajando con un celo infatigable por asistir espiritual y corporalmente al prójimo, no perdía de vista lo que debia á su alma, y sabía tan bién aliar ambas cosas, que era para él lo mismo atender á la santificación de los demás que á la suya propia.

Uno de los principales medios que empleaba para sos-

tenerse en este recogimiento espiritual era la asidua lectura de los Libros santos. Este fué el estudio de toda su vida : á él se aplicó con el mismo ardor, con el mismo gusto y la misma afición al fin de sus días que al principio de su vida, y de él sacaba ese fondo inagotable de instrucciones que con tanto provecho comunicaba á los demás, y de que él mismo se llenaba. De esta manera la palabra de Dios alimentaba su alma, y este alma, saciada, por decirlo así, con este maná divino, lo hacía caer, como otro Moisés, sobre sus religiosos, para que á su vez quedasen tambien satisfechos.

Su celo por el servicio divino, y sobre todo por la salmodia, nunca se entibió ni aún en los días de la vejez. Cuando ya en esta edad no le permitian sus enfermedades asistir con los demás á matines, no por eso dejaba de vigilar para que se rezasen con todo el respeto y decencia convenientes. El nombraba al que debía entonar y dirigir el canto, así como al que debía leer mientras que los demás estaban sentados, pues queria que todo se hiciese con la mayor perfección. Hábiase reservado este cuidado, para que ya que no tuviese el consuelo de orar con los demás, pudiese vigilar desde su celda, y no se hallase privado de este ejercicio de penitencia, tan ordinario en los monjes de aquel tiempo. Así lo hace notar expresamente el historiador de su vida.

Despues de exponer este escritor la exhortaciones que hacía el Santo á sus religiosos para animarlos á la práctica de la virtud, habla de su vigilancia para conservarlos en la pureza de la fè, ya impidiendo que se contagiaseu con los religiosos acéfalos, ya enseñándoles con firmeza lo que debian hacer en aquellos tiempos calamitosos, en que el emperador Anastasio perseguia á los católicos, y protegía á los herejes.

Ya hemos hablado de este particular en la vida de san

Sábas, y nuestro Santo que estaba unido á él con la más estrecha amistad, combatió con la misma firmeza por la fé de la Iglesia, y ambos fueron como un escudo que sirvió de defensa no sólomente á los solitarios, sino á todos los fieles de Palestina.

El emperador Anastasio, muy adicto á los enemigos del concilio de Calcedonia, empleó todos los medios imaginables para corromper á los ortodoxos. A unos halagaba, á otros amenazaba, y á otros procuraba seducir por medio de larguezas. Éste fué el artificio que empleó en un principio para atraer á este gran Santo : pues como sabía que no tenía límites su caridad para con los pobres y áfligidos, se valió de este pretexto para enviarle una considerable suma. El Santo no quiso rehusarla, para que no se considerase como un desprecio hecho á la majestad imperial ; sino que la aceptó, entre otros motivos, para castigar la avaricia que era uno de los vicios más salientes de este príncipe. Penetrando las intenciones que se ocultaban bajo esta especiosa caridad, congregó á los religiosos de diferentes monasterios, y les exhortó á que combatiesen por la fé, y á que imitasen la constancia de que él mismo les daba ejemplo.

Algún tiempo despues se le presentaron unos afciales de Anastasio, persuadiéndole que se declarase en favor de las materias de controversia á que se mostraba adicto este emperador, y halagándole con los beneficios que de él podría reportar. Pero no pudieron quebrantar su constancia en la fé ; ántes por el contrario, escribió una carta al mismo emperador, en la que impugnaba con poderosas razones los argumentos de los acéfalos, y de la cual sólomente nos ha trasmitido su historiador estas palabras : « Puesto que se « nos propone, ó emperador, que deshonremos nuestra fé « y nuestra vida, siguiendo los errores de los acéfalos, ó « que suframos gloriosa muerte sosteniendo los dogmas de

« los santos Padres, sabed que preferimos morir. Estamos  
 « tan léjos de profesar las novedades de estos herejes, que  
 « no sólamente nos mantendremos firmes en la fé de los  
 « Padres que nos han precedido, síno que rechazaremos  
 « con horror, y condenaremos á todo aquel que sostenga  
 « sentimientos contrarios, y por grandes que sean las vio-  
 « lencias que se empleen, jamás comunicaremos con los  
 « acéfalos. Dios nos preserve. ¡ O Jesús, rey de la gloria !  
 « haced que no caigamos en semejante desgracia. Sí, ó  
 « emperador, tomamos por testigo á Dios que preside to-  
 « da verdad, ó mejor dicho, que es la verdad suprema, y  
 « á quién los herejes atacan hoy con sus blasfemias, de que  
 « resistiremos hasta derramar nuestra sangre : pues si  
 « todo ciudadano está obligado á dar su vida por la patria,  
 « lo que todos haríamos en caso necesario, ¿ como no la  
 « hemos de dar con mucha más razón en defensa de la fé,  
 « que es la salud de nuestra alma ? Preferiremos que los  
 « santos Lugares sean consumidos por el fuego, ántes que  
 « abrigar sentimientos que les sean contrarios : pues ¿ á  
 « qué llamarlos santos, si al propio tiempo se les deshonna  
 « con las impiedades de la herejía ?

« Jamás permitiremos que la fé sea atacada, y mucho  
 « ménos abrazaremos un lenguaje que le sea contrario.  
 « Ésta fé es la que nos han enseñado los concilios ecumé-  
 « nicos : el de Nicea contra Ario, el de Constantinopla  
 « contra Macedonio, el de Éfeso contra Nestorio, y el de  
 « Calcedonia que, siguiendo fielmente la doctrina de los  
 « anteriores, ha puesto fuera de la Iglesia al desgraciado y  
 « execrable Eutíques con todas aquellos que no sigan la  
 « doctrina de la Iglesia. Que se encienda el fuego, que se  
 « prepare la espada, que se nos amenace con los más crueles  
 « suplicios y hasta con la muerte, no una sola vez, sino  
 « innumerables veces, jamás haremos traición á nuestra  
 « religión, ni permitiremos que se desprecie la doctrina

« de los santos Padres, que tantos trabajos han sufrido  
« para establecerla. Esta fé permanecerá firme é inmuta-  
« ble en nuestros corazones, y en los de todos aquellos que  
« quieran permanecer fieles á Dios. Pidamos á este Dios  
« soberano que os dé su paz ; que á nosotros nos confirme  
« en nuestros pensamientos, y que proteja y dirija vuestro  
« imperio. »

El historiador de nuestro Santo no podia aducir una prueba más brillante de su celo por la pureza de la fé, que este fragmento de su carta. Debió indudablemente san Teodosio haberla consultado con san Sábás, pues que, como hemos visto en la vida de éste, escribia á Anastasio con la misma energía y hasta con las mismas expresiones.

El emperador, ya fuese por disimulo, ya por otro cualquier motivo, no se mostró ofendido ; ántes por el contrario, le hizo el honor de contestarle, llamándole hombre de Dios, y haciéndole notar que él no era el autor de estas innovaciones : que se hallaba apenado con las controversias que turbaban á la Iglesia : que ambos partidos se esforzaban por tenerle de su parte : que le era conveniente no inclinarse á uno ni otro lado : que todo el mal procedia de los eclesiásticos y monjes que se empeñaban en penetrar verdades incomprensibles, y en tratar los misterios de la religión, cual sí no fuesen misterios, siendo así que es más conveniente adorarlos con el silencio, que profundizarlos con el estudio. Concluye recomendándole que pida al Señor que haga cesar estas divisiones, y que dé su paz á la Iglesia.

Juntamente con su carta le había remitido el Santo algunos eulogios, y el emperador hace notar en su contestación que le habían sido muy agradables. Se mostró algo más afable con los católicos ; pero no permaneció mucho tiempo en esta disposición de ánimo, y cual si se arrepin-

tiese de haber tenido algunos sentimientos de equidad, no tardó en renovar la persecución, é hizo publicar nuevas ordenanzas contra los defensores del concilio de Calcedonia. El escándalo subió entónces de punto : muchos católicos, por debilidad, cedieron á su autoridad, y se unieron á los herejes, á lo ménos exteriormente. Otros sin resolverse sobre el partido que habian de tomar, esperaron á que san Teodosio se decidiese. Pero éste no tardó en hacerlo con la mayor claridad : pues como hemos visto en la vida de san Sábás, despues de haber separado á Juán de Jerusalém del partido de los acéfalos, que le habian colocado en la silla patriarcal en lugar de Elias, y de animarle á que se declarase decididamente en favor de la fé católica, lo que hizo desde la misma cátedra sagrada el día de san Estéban en la iglesia de este santo y en presencia del gobernador, de los oficiales del emperador y de una concurrencia numerosísima, y teniendo á su lado á los santos Sábás y Teodosio, despues, repito, de todo esto, subió san Teodosio á la cátedra, y pronunció en alta voz estas palabras : « Si alguno « no admite los cuatro concilios, como se admiten los cuatro Evangelios, sea anatematizado ». Todo el mundo quedó maravillado, cual si hubiese hablado un ángel. El santo descendió en seguida de la cátedra, atravesó la multitud que lo contemplaba con muda estupefacción, cual si fuese más sueño que realidad lo que contemplaba, y el fruto de esta santa y generosa libertad fué que los decretos, ó á lo ménos los nombres de los cuatro concilios fuesen escritos en los sagrados dípticos.

No se contentó con esta declaracion, sino que recorrió las ciudades y aldeas afirmando á los que vacilaban, atrayendo á los que se habian extraviado, confirmando á los que habian permanecido fieles, secundando el celo de los que defendian la religion, combatiendo vigorosamente á los herejes y explicando la doctriua cristiana.

El emperador Anastasio se enojó extraordinariamente con la conducta de Juan de Jerusalén, é hizo sentir de una manera especial á nuestro santo los efectos de su cólera, enviándolo á un destierro. Pero él, que se hallaba dispuesto á todo, consideró esta orden como un favor del cielo, estimándose muy dichoso con padecer por la fé de Jesucristo. No fué, sin embargo, muy larga su ausencia, pues la muerte de Anastasio, acaecida poco tiempo despues, le dejó en libertad para volver á su monasterio.

Dios quiso justificar la firmeza de su celo con el don de milagros con que le honró. Una mujer que padecía de un cáncer fué curada tocando su hábito. Otras dos que sóla-mente habian dado al mundo hijos muertos, obtuvieron la gracia de que en adelante les viviesen. Impidió que la langosta destruyese un campo de que se habia apoderado, é hizo por la fuerza de su oración que tan peligrosos insectos se acogiesen á unos espinos y que no dañasen el grano. En otra ocasión destruyó esta misma plaga con aceite por él bendito. Libró de un naufragio á unos marineros, apareciéndoseles en medio de la tempestad, y otros que estaban en peligro de ser devorados por los bestias salvages, alcanzaron su auxilio sólomente con invocar su nombre. Cheric, conde de Oriente, que á su gran piedad unia un valor indomable, teniendo que ir á combatir á los persas, se dirigió ántes al monasterio del Santo, y le rogó que le diese su cilicio. De él se servia cual si fuere una coraza, y cuando se halló en presencia de sus enemigos, lo vió delante de sí dirigiendo sus operaciones, mostrándole á los que debia atacar y á los que debia dejar, hasta el momento en que, apoderándose de los bárbaros el temor, fueron enteramente deshechos. Predijo también el terremoto que destruyó la ciudad de Antioquía : pues habiendo ordenado una noche al que tenia la obligación de llamar á los religiosos, que lo hiciese ántes de la hora acostumbrada, y hallándose todos

reunidos para el oficio, les dijo : « Roguemos, padres míos, « porque veo brillar la cólera de Dios por la parte de Oriente.» P pues nada vemos nosotros, respondieron ellos ; pero á los seis ó siete días supieron el terrible terremoto, de que tanto se han ocupado los historiadores, y que tuvo lugar el año 526.

Este hombre incomparable, dice su historiador, despues de imitar la fé de Abraham, dejando su patria y todo lo más caro que hay en el mundo para seguir la voz de Dios, despues de imitar la obediencia de Isaac en la que protesó á sus padres espirituales, despues de imitar la inocencia de costumbres de Jacob, así como la soledad y la penitencia del Bautista, el fevor ardiente de san Pedro y los trabajos de san Pablo, se hizo también una copia fiel de Job por su paciencia heróica en el curso de una larga y dolorosa enfermedad, que al fin le llevó al sepulcro. Un año entero pasó entregado á dolores tan violentos y agudos, que no se le podia ver sin experimentar profundísima amargura, pues en poco tiempo fueron consumiendo su cuerpo hasta dejarlo reducido á un esqueleto. No se comprende como en una edad tan avanzada se pueda resistir una enfermedad que apénas podrian soportar personas jóvenes y robustas. La sufria, sin embargo, con una dulzura de espíritu y una resignación tan perfecta á la voluntad de Dios, que no podia ménos de admirarse. Viéndole un santo anciano en tanto exceso de dolor, le dijo que rogase á Dios, para que se dignase mitigarlo ; pero mirándolo el Santo, no con aquel aire de dulzura y afabilidad que acostumbraba, sino con cierto ademán de queja por el consejo que acababa de darle, le dijo. « ¡ Ay! Padre mio ; ¿ porqué me hablais así ? Algunas veces he pensado hacerlo, pero he rechazado este « pensamiento como una sugestión del demonio, más bién « que como un sentimiento bueno y agradable al Señor. « Debo considerar que, habiendo llevado adelante todas mis



« empresas, y adquirido tanta reputación y gloria durante  
 « el curso de mi larga vida, es preciso que sea afligido y  
 « que experimente la amargura del dolor ántes de salir de  
 « este mundo, no sea que en el otro me vea privado de los  
 « consuelos que nos están prometidos, y que se me diga,  
 « como dijo Abraham al rico avariento : *Acuérdate que re-*  
 « *ribiste bienes en tu vida* <sup>1</sup> ».

En este estado conservó la misma tranquilidad de espíritu, la misma fortaleza de ánimo, la misma unción en sus discursos y el mismo ardor amoroso por la palabra de Dios. Testigos de ello eran todos los que asistian á sus instrucciones, los cuales aseguran que durante el sueño, le veían mover los labios cual si orase, y que, cuando despertaba, recitaba dulcemente los salmos y los cánticos.

Sus religiosos no le abandonaban un solo momento, remudándose unos á otros. Derramaban abundantes lágrimas, considerando que perdían un padre excelente á quién amaban con ternura, y que á su vez les amaba con la más cariñosa solicitud. No había uno solo, dice su historiador, que no prefiriese morir con él, más bién que verle morir. Estaba en medio de ellos, cual otro Jacob expirando entre sus hijos, instruyéndoles y anunciándoles, por una luz celestial muchas de las cosas que habían de acaecer despues de su muerte. Les exhortó con mucha dulzura y piedad á que perseverasen en su estado, á que combatiesen animosamente al demonio, á que sufriesen con invencible paciencia las tentaciones que les suscitase este enemigo, y á que obedeciesen á los superiores, que despues de él gobernasen el monasterio. « Si el número de religiosos aumenta, les decia, « si adelantan estos en perfección, esperad que se cumplan las promesas que os he anunciado. Pero si decaen de « su espíritu, nada bueno espereis. »

<sup>1</sup> Luc. xvi.

Tres obispos se encontraron á la hora de su muerte, y mezclaron sus lágrimas con las de los religiosos. Dios le anunció esta hora tres dias ántes; veia acercarse este momento con santa alegría, y miéntras que sus prelados y todos los que le rodeaban estaban llenos de amargura, él expresaba el santo gozo que experimentaba su alma, porque iba á unirse á su Dios. Los que le asistian, dice su historiador, estaban llenos de desolación, porque iban á ser privados de un padre tierno y casiñoso; miéntras que se dilataba el corazón del moribundo, porque iba á entrar en los tabernáculos del Padre celestial. Ellos miraban su muerte como el principio de las muchas penas que habian de experimentar por la privación de su presencia; miéntras que él consideraba su muerte como el fin de todos los trabajos que había experimentado durante su vida. Por último, levantó sus manos al cielo, movió sus labios en actitud de orar, lo que hizo creer á los que le veian, que, en santo éxtasis, entraba en colloquio con Dios, y poco despues cruzó sus manos sobre el pecho, y entregó su alma generosa en manos del Criador, el año 529 de la era cristiana, y el ciento dieciseis de su vida.

Dios manifestó en seguida con un milagro insigne la santidad de su siervo. Un habitante de Alejandria, llamado Estéban, poseido hacia muchos años de un espíritu maligno que le atormentaba cruelmente, habia acudido muchas veces á las oraciones del Santo, pero nunca habia alcanzado lo que deseaba. Abrigaba, sin embargo, la esperanza de obtener alguna vez esta gracia por su mediación; pero cuando le vió morir, perdió toda esperanza y quedó inconsolable. En este estado de desolación fué á arrojarse sobre el féretro del Santo, y abrazó sus preciosas reliquias, protestando que queria ser sepultado con él, ántes que vivir con el despiadado huésped que tanto le atormentaba. En este momento el demonio le separó del santo cadáver,

le arrojó en tierra, como si quisiese despedazarle, para hacer ver á todos los asistentes el odio que profesaba á los hombres, y que sólomente por una fuerza superior se separaba de éste. Salió efectivamente de su cuerpo, y el afortunado hombre recobró la más perfecta salud.

La admiración que produjo este milagro, obrado en presencia de tantos testigos, se difundió juntamente con la noticia de su muerte. Pedro, patriarca de Jerusalem, se trasladó juntamente con otros obispos al monasterio para asistir á los funerales. Acudieron también muchos religiosos y personas seculares, deseosos de tocar su cuerpo y de llevar consigo algún cabello ó trozo de su hábito, ó de tener, á lo ménos, el consuelo de verle. Era tan grande la concurrencia, que fué preciso diferir su sepultura para satisfacer la devoción de todos, hasta que, aprovechando una ocasión en que habia ménos gente, se le depositó en la tierra, no para ocultarlo á las miradas de los fieles, sino para conservar este precioso tesoro. Asegura su historiador que se obraron muchos milagros en su tumba.

Los griegos llaman á este Santo el *Cenobiarca*, es decir, el abad ó superior por excelencia, ya sea porque su monasterio fuese uno de los más considerables, ó más bien el principal de toda la Palestina, ya por el grán número de discípulos que formaban su comunidad, ya, en fin, porque hubiese sido fundado por el patriarca Salustio, superior general de los diferentes monasterios, como san Sábás lo habia sido de todas las lauras y de todos los solitarios que habitaban en el desierto en cualidad de anacoretas, como hemos tenido lugar de ver en su vida. Estos dos santos obraban con admirable uniformidad para hacer florecer el estado monástico en toda la provincia. Como se hallaban poco distantes sus monasterios, se visitaban frecuentemente para tratar de todos los asuntos concernientes á los mismos. Esta hermosa unión producía maraválicos efectos, que no se

ceñían al recinto de los monasterios, de las lauras y ermitas particulares, sino que se reflejaban en toda la Iglesia, cuyos dogmas defendían contra los herejes con celo infatigable, al mismo tiempo que cultivaban las virtudes en el corazón de sus religiosos con una solícitud la más constante.

Podemos, pues, contar entre los monasterios de san Teodosio, todos aquellos que se hallaban bajo la jurisdicción del patriarca de Jerusalén, puesto que había sido constituido superior general de todos ellos. Todos los religiosos que los habitaban eran en cierto modo discípulos suyos, por lo mismo que eran sus súbditos. Pero propiamente sólo puede llamarse su monasterio el que edificó él mismo, y discípulos suyos los religiosos que en él moraban.

Este monasterio ocupó el primer rango entre todos los de Palestina, tanto por la veneración universal que se profesaba á su santo fundador, cuanto por el número de sus religiosos, que fué aumentando despues de su muerte, así como por los grandes hombres que dió á la Iglesia, que fueron el terror de los herejes y el sostén de la fé católica. Esto es lo que nos enseña el historiador de nuestro Santo, cuando dice, que, para formar juicio de su mérito, bastaba sólomente dirigir los ojos sobre la vasta extensión de los edificios por él fundados, sobre el número prodigioso de individuos que los habitaban, y sobre las virtudes incomparables que en ellos florecían.

En efecto, además de que este santo tuvo la satisfacción de enviar al cielo, ántes de que él muriese, á seiscientos noventa y tres de sus discípulos, á quienes engendró espiritualmente en la religión con paternal solícitud, dejó otros cuatrocientos á su sucesor, los cuales fueron herederos de sus virtudes, y conservaron hacia su maestro el amor y respeto de verdaderos hijos, así como ellos habían encontrado en él toda la ternura de un verdadero padre.

Pero, dice su historiador, que este amor recíproco no se

fundaba en la naturaleza, que, bajó este punto de vista, no habría merecido alabanzas ni recompensas, sino que estaba cimentado en la gracia, en la buena voluntad, en la conducta edificante y en el amor y perseverancia en el bién. Podría, añade, si no temiese prolongar excesivamente este escrito, hacer mención de un número considerable de discípulos suyos elevados al episcopado y al régimen de los monasterios, que desempeñaron laudablemente sus ministerios, y de otros muchos que, buscando su perfección en la soledad del desierto, sostuvieron heróicos combates contra el enemigo común, y envejecieron en los trabajos de la penitencia hasta consumir gloriosamente su carrera. De suerte que, puede decirse, que no hubo lugar que no participase de los beneficios y desvelos de este Santo por la salvación de las almas.

De desear sería que este historiador nos hubiese transmitido un conocimiento exacto de estos excelentes religiosos, como la hizo el monje Cirilo de algunos de los discípulos de san Eutimio y san Sábás; pero el temor de ser más extenso le hizo suprimir esta parte tan esencial<sup>1</sup>. Sólomente sabemos que Safronio, sacerdote, gobernó despues de san Teodosio su numerosa comunidad, y que fué archimandrita ó superior de todos los religiosos que habitaban el desierto de Jerusalem. Estuvo revestido del espíritu de este Santo, é imitó sus virtudes. Bajo su gobierno aumentó en el monasterio el número de religiosos, y se conservó en todo su vigor la observancia. Envió para que lo representase en el Concilio de Constantinopla, celebrado el año de 536, á Hesiquio con Polieucto, diácono, y Juliano, monje. En este concilio presentaron los abades de Constantinopla y de las cercanías de Palestina, del monte Sinaí y de Raitha, una demanda contra Eutimio, Severo, Pedro y Zoara, cuyo

<sup>1</sup> El P. Martin se ha servido para esta segunda parte de los trabajos de Ros Weyde, *Vita Patrum*, y de los de Cotelier.

objeto puede verse en la *Historia ecclesiástica*. Hesiquio la firma en los siguientes términos. « Yo Hesiquio, por la » misericordia de Dios, sacerdote y monje del monasterio » del bienaventurado abad Teodosio, representante de » Sofronio, sacerdote y archimandrita del mismo monaste- » rio y del desierto de Jerusalém, he firmado con todos los » archimandritas de Jerusalém, que han sido enviados á » esta ciudad imperial, y que representan á todos los ar- » chimandritas y monjes del desierto y de las tres Palesti- » nas. »

Hesiquio sucedió á Sofronio, y es llamado en este concilio unas veces prior, y otras archimandrita, ya porque fué abad de algún monasterio particular sujeto á la jurisdicción del de san Teodosio, pues muchas veces se daba el título de archimandrita al abad de un solo monasterio, aunque se reservase ordinariamente este título al superior general de muchos monasterios, ya sea también porque hubiese sucedido á Sofronio en el gobierno general de los monasterios del desierto de Jerusalém.

Estratego, Gregorio y Jorge gobernaron también el monasterio de san Teodosio. Juan Mosch dice que los ancianos de este monasterio aseguraban que el primero se distinguió sobre todos los monjes de su tiempo por la severidad de sus ayunos y de sus vigiliass y por su trabajo casi continuo. Despues hablaremos de los otros dos ; pues es preciso que algo digamos de los que vivieron en el mismo tiempo que san Teodosio.

Juliano fué entre sus discípulos el que participó más de su afecto y confianza ; pues se puso bajo su dirección, siendo aun muy jóven, y bajo ella se hizo un perfecto religioso. Refería de este santo abad que, pasando un dia por la ciudad de Bostra<sup>1</sup>, una señora de consideración, pero

<sup>1</sup> O de Borra.

poco piadosa, dijo de él que era un impostor, y al punto fué herida de muerte. De esta manera tan sensible castigó Dios semejante calumnia, para que sirviese de ejemplo á los que la habian oído.

« Salimos despues de la ciudad, añade Juliano, para ir  
« á la iglesia de los Santos Apóstoles, que no está muy  
« léjos, y en cuyas cercanías habia un monasterio, cuyos  
« religiosos eran acéfalos y del partido de Severo, falso pa-  
« triarca de Antioquía. Tan luego como nos vieron, hicie-  
« ron señal para congregar á los religiosos al oficio, aun-  
« que no era la hora acostumbrada. San Teodosio compren-  
« dió que no lo hacían con otro fin que con el de tenderle  
« un lazo, y animado de un santo celo por la fé, pronunció  
« contra el monasterio la maldición lauzada por Jesucristo  
« contra el templo de Jerusalém, diciendo que no quedaria  
« en él piedra sobre piedra. No tardó en cumplirse tan ter-  
« rible predicción : pues algunas noches despues vinieron  
« los sarracenos al monasterio, y le prendieron fuego, que  
« lo consumió enteramente con todos los muebles que en él  
« habia, y llevaron cautivos á todos los monjes heresiar-  
« cas. »

Juliano fué hecho obispo de Bostra, ciudad de la Arabia desierta, perteneciente al patriarcado de Antioquía. El historiador Sócrates le coloca en el número de los obispos que resistieron con mayor energía á los herejes acéfalos, y en particular al impío Severo, que no omitió medio alguno para atraerlo á su comunión. El abad Jorge referia también de él á Juan Mosch, que, cuando fué obligado á dejar el monasterio para gobernar la iglesia de Bostra, algunos de sus habitantes, llevados por su odio al nombre de Jesucristo, pues que unos eran idólatras y otros acéfalos, resolvieron envenenarle, subornando para ello á un malvado. Pero Dios se lo manifestó por especial revelación, y sin decir cosa alguna al que le llevaba el mortífero veneno, puso el

vaso sobre la mesa, y llamó á los principales de la ciudad, entre los cuales se hallaban los que habian concebido el criminal designio de asesinarle. Pero no queriendo darlos á conocer, dijo con extrema dulzura á todos los que se hallaban presentes. « Puesto que con este veneno quereis dar « muerte al humilde Julián, voy á tomarlo. » Hizo tres veces la señal de la cruz sobre el vaso, diciendo, tomo este breva-je en el nombre del Padre, del Hijó y del Espiritu Santo. No le hizo efectivamente daño alguno, lo cual llenó de admiración á los culpables, que se arrojaron á sus piés, pidiéndole perdón.

Ya hemos dicho en la vida de san Sábás, que este santo abad mandó algunos de sus religiosos á la torre que había construido la emperatriz Eudoxia á una legua de la laura de san Eutimio. El Santo les habia dado por superior á un excelente discípulo de san Eutimio, llamado Juán, que de oficial de la guardia del emperador se habia hecho un humilde religioso, y habia cumplido tan fielmente los deberes de su estado, que san Sábás lo encontró digno de este cargo, y se lo pidió á san Teodosio. Este monasterio se llamó despues el Escolario, ó del Oficial de la guardia, como hemos tenido lugar de ver en otra parte.

Los griegos en sus *Méneos* hacen mención de un religioso, llamado Cópris, del cual merece referirse lo poco que sabemos. Hallándose su madre embarazada de él, fué perseguida por los sarracenos, y lo dió á luz en la fuga, teniendo que dejarlo en un estercolero cerca del monasterio de san Teodosio, en donde poco despues lo encontraron los religiosos. Dieron parte al santo abad, y éste ordenó que llevasen el niño al monasterio, en donde fué criado por una cabra. Se le llamó Cópris, es decir, estercolero, para que se acordase del lugar en que le habia dejado su madre. Creció en edad y en virtud, y se distinguió tanto en la profesión religiosa, que á causa de su piedad se le honró



con el sacerdocio. Recibió del Señor gracias extraordinarias, y entre otras la de que le obedeciesen las bestias feroces, pues habiendo herido en una ocasión un oso á un asno cargado con leña que habia cortado en el borque, le obligó á que llevase la carga, y á que le sirviese hasta que se curó la herida del asno. Se le apareció san Teodosio para llevarle al cielo despues de haber vivido noventa años.

Juán Mosch hace en pocas palabras, en su *Prado espiritual*, el elogio de algunos religiosos del monasterio de san Teodosio, valiéndose de los datos que le habían proporcionado el abad Jorge y otros padres de su tiempo. Dice que hubo en este monasterio un santo anciano, llamado Conór. de Cilicia, el cual, durante treinta y cinco años, no tomó más que un poco de pan y agua una vez por semana. Siempre estaba orando en la iglesia ó aplicado al trabajo. Otro religioso del mismo monasterio, llamado Teódulo, practicaba también un ayuno en extremo rigoroso, y dormia siempre en una posición muy incómoda. Habia tambien otro religioso de Sebaste, llamado Patricio, que vivió ciento trece años. Habia sido ántes abad del monasterio de Abazanes ; pero temiendo los peligros que son inherentes al cargo de superior, se retiró al de san Teodosio para vivir sujeto á la obediencia, que consideraba más útil á su alma ; pues decia, que sólomente los hombres extraordinarios debian apacentar las ovejas espirituales. Uno de estos religiosos, llamado Antonio, que practicaba una grande abstinencia en el desierto de Cutila, fué percibido un día por algunos sarracenos, y destacándose uno de ellos, vino con la espada en la mano para matarle. Viéndole el solitario acercarse, levantó sus ojos al cielo diciendo : Señor mio Jesucristo, hágase vuestra santa voluntad. En aquel mismo instante se abrió la tierra y tragó al sarraceno.

El mismo abad Jorge habló también á Juán Mosch y á Sofronio, de un hermano de Capadocia que llevaba el

mismo nombre que él, y habia estado encargado de la panadería en el monasterio de Jazélida, cerca del Jordán. Añade que él mismo, hallándose trabajando en la erección de una iglesia dedicada á san Ciriaco, vió durante el sueño á un monje cubierto con hojas de palma, y que le decía : ¿ Porqué, abad Jorge, despues de tantos ayunos y trabajos como he sufrido en esta soledad, quereis dejar mi cuerpo fuera del recinto del templo que os proponeis edificar ? Movido Jorge de respetuoso temor ante la majestad que brillaba en el aparecido, le respondió : ¿ Quién sois, señor ? Soy, replicó, Pedro, solitario del Jordán. Habiendo despertado Jorge de su sueño, hizo una excavación en las cercanías del templo, y encontró el cuerpo del solitario vestido en la misma forma en que se le habia aparecido. Le dió sepultura en la nave derecha del templo, y levantó un monumento á su memoria.

El abad Jorge tuvo un discípulo, llamado Teodosio, que se distinguia por su humildad y dulzura y fué obispo de Capitolíade. Teodosio copió con la mayor exactitud las virtudes de su padre espiritual, y durante doce años que le observó de cerca, pudo ver que no experimentó el más ligero movimiento de ira, mucho más, cuando en este tiempo se habia entibiado un poco el primitivo fervor, y relajado la observancia. Añadia este religioso, como exclamando : ¿ quién, mejor que Jorge, ha regulado sus ojos, ha cerrado mas discretamente sus oídos, y reprimido con mas prudencia su lengua ? ¿ Brillará el sol sobre la tierra con mas claridad, que ha brillado este Padre en nuestros corazones con sus ejemplos é instrucciones ?

## MONASTERIO DE SAN SÉRIDO

SAN BARSANUFO Y JUAN EL PROFETA <sup>1</sup>

El monasterio de san Sérido, así llamado por creerse que este santo fué su fundador, se hallaba situado cerca de Gaza en la Palestina, y fué habitado por religiosos de virtud consumada, entre otros por san Barsanuvo, por su discípulo Juán, llamado el profeta, y por san Doroteo, que tuvo á Juán por su padre espiritual, así como él lo fué á su vez san Dositeo. Nada de particular sabemos de san Sérido; pero los religiosos que educó en la vida monástica, y que con tanta perfección cumplieron sus deberes religiosos, forman el mejor de sus elogios. Evagrio, en su *Historia eclesiástica*, habla también de san Barsanuvo.

« En aquel tiempo había hombres enteramente divinos que  
« obraban maravillas extraordinarias, y cuya reputación se  
« extendía por todas partes. San Barsanuvo brilló entónces  
« con admirable claridad. Nacido en Egipto, se retiró á un  
« monasterio situado en las inmediaciones de la ciudad de  
« Gaza, en donde vivía cual si no tuviese cuerpo: pues pasó  
« cincuenta años sin ver á persona alguna, ni tomar nin-  
« guna clase de alimento, y obrando multitud de milagros. El  
« patriarca de Jerusalem, llamado Sallusto <sup>2</sup>, no pudiendo  
« creer lo que se le decía, quiso verle, y mandó que se  
« hiciese un agujero en la muralla de su celda; pero al

<sup>1</sup> San Doroteo, por los Bolandistas.

<sup>2</sup> En la *Biblioteca de los Padres*, edición de Lión, se llama Eustaquio en lugar de Sallusto; pero hemos seguido la opinión de los Bolandistas.

« intentarlo, salió una llama que estuvo á punto de abrasar  
« á los que le acompañaban. »

Esto es sólomente lo que sabemos de la vida de este Santo, y preciso es que fuese muy grande su reputación, pues que se colocó su imágen en la gran iglesia de Constantinopla al lado de las de san Antonio y san Efrem. Créese que vivió cien años, ó mas, y la Iglesia celebra su memoria el 11 de Abril.

Juán fué discípulo suyo, y se le dá el nombre de profeta, porque tuvo la gracia especial de predecir muchas cosas futuras. Pero más notable que esto es su eminente piedad. San Doroteo le cita algunas veces en sus instrucciones, y dice, que, hallándose un dia apenado por no tener nada que sufrir, le propuso su dificultad en estos términos: « Padre  
« mio, nos enseña la sagrada Escritura que no se entra en  
« el reino de los cielos sino por medio de los trabajos y  
« tribulaciones, y como quiera que yo no tengo nada que  
« sufrir, ni aun me veo atormentado por ninguna tentación,  
« deseo saber que he de hacer para que no se pierda mi alma.  
« A lo cual respondió: No te aflijas, hijo mio, por no tener  
« nada que sufrir, pues todos aquellos que se entregan á la  
« obediencia de sus superiores, viven sin inquietud, y goza-  
« rán de un verdadero y eterno reposo ».

En otra ocasión vino el Santo á manifestarle una sospecha que tenía de una persona, y le dijo: Y ¿ qué, hijo mio, no tienen todos sus defectos naturales, y se les corrige por sus cuidados y trabajos? Así pues, desecha estos pensamientos. Las sospechas son reglas encorvadas, que hacen tortuosas las cosas más rectas: son mentiras que no pueden ménos de producir grandes perjuicios.

Llegó Juán á una dichosa senectud, y teniendo necesidad de que otros le prestasen sus auxilios, ya por su avanzada edad, ya por sus achaques, cayó enfermo el que le asistia, y vino á sustituirle san Doroteo. El relato de éste nos ma-

nifiesta toda la dulzura de carácter de este respetable anciano y su celo por san Doroteo, al mismo tiempo que el respeto y amor con que le servía este fiel discípulo, y con que recibía sus instrucciones. « El que asistía, dice, al abad « Juan cayó enfermo, y mi abad me mandó que fuese á « á sustituirlo. Yo veneraba la puerta de su celda, cual si « fuese una cruz preciosa. ¡ Con cuanto celo y religión le « prestaba mis servicios ! ¿ quién no se creerá dichoso con « asistir á un varón tan santo ? Siempre tenía para mí « alguna palabra de consuelo, y todos los días, despues que « concluía de asistirle, me postraba de rodillas ante él para « pedirle su bendición, y me retiraba despues de darme « alguna instrucción ».

« Este santo anciano tenía siempre en su boca cuatro « diferentes sentencias, y todas las tardes me repetía alguna « ántes de separarme de él. Empezaba ordinariamente por « ésta. El anciano os dice, hermano mio (pues siempre se « servía de esta expresión), que Dios os conserve en su « caridad. Despues añadía : Dicen los santos Padres, que « el cuidado que se tiene de no escandalizar al prójimo, « produce la humildad. Otras veces me decía : Nos enseñan « los santos Padres, que nunca debe preferirse la propia « voluntad á la de un hermano. En otra ocasión me decía : « Nos enseñan los santos Padres, que nos desprendamos « de todas las afecciones humanas, si queremos salvarnos : « *Llebad los unos las cargas de los otros*, y de esta manera « cumplireis la ley de Jesucristo <sup>1</sup> ».

« Era tan puntual en esta práctica, añade san Doroteo, « que nunca me separaba de él, sin que me repitiese algu- « nas de estas máximas, cual si me diese provisiones para « un largo viaje. Desde entónces las he conservado como « una especie de salvaguardia y de defensa para toda mi « vida. »

<sup>1</sup> Gal. vi, 2.

Esto nos manifiesta la clase de instrucciones que aquellos ancianos daban á sus discípulos, y el respeto con que estos las recibían, y las ponían en práctica. Debemos también hacer notar que los antiguos no enseñaban sino lo que habían aprendido de sus maestros, cuya autoridad citaban ordinariamente, como muy pronto veremos que hacia san Teodosio hablando á sus discípulos, el cual les repetía constantemente lo que decían y hacían los antiguos. De esta manera los religiosos de aquel tiempo transmitían las sentencias de los que les habían precedido, y de esta tradición es de donde han llegado hasta nosotros las encantadoras máximas que se encuentran en la *Colección de sentencias de los santos Padres*.

Entre las instrucciones de san Doroteo se encuentran algunas cuestiones que propuso á san Barsanuvo y al abad Juán, juntamente con sus respuestas. Haremos aquí un resumen de su doctrina espiritual, porque contiene avisos muy útiles y edificantes.

*Pregunta.* — ¿ Como puede dominarse la lengua ?

*Respuesta.* — Por la tristeza de la penitencia.

*P.* — ¿ Como puede conservarse esta tristeza en medio de los negocios que me obligan á vivir entre los hombres ?  
¿ Puede hallarse esta tristeza sin lágrimas ?

*R.* — La tristeza no procede de las lágrimas, pero las produce. El que destruye su voluntad propia, y no se fija en las faltas de los demás, por más que viva entre los hombres, conseguirá esta tristeza: pues estando recogido en sí mismo, sus buenos pensamientos producirán la tristeza que agrada á Dios, y que produce santas lágrimas.

*P.* — ¿ Como es que la paciencia en las humillaciones nos alcanza la paz del alma ?

*R.* — Un deudor, en cualquiera parte en que se halle, se encuentra expuesto á que sus acreedores le llenen de confusión, hasta que les pague ; pero cuando les ha satisfecho,

se puede presentar con entera libertad. De la misma manera, si procuramos satisfacer á la justicia divina, sufriendo con paciencia las injurias, los desprecios y las humillaciones, alcanzaremos la remisión de los pecados, y con ella la paz del corazón. Para animarnos á ello, levantemos nuestros ojos á Jesús crucificado; consideremos las ignominias, las injurias y los oprobios que sufrió, y que, despues de esto, quiso ser enclavado en la cruz por nuestro amor. Luego nadie puede gozar de la perfecta paz que espera, ni elevarse á la perfección que proporciona santa tranquilidad, si no sufre con Jesucristo.

*P.* — ¿ Cual es el camino que conduce más seguramente á la salvación? ¿ es el de los trabajos, ó el de la humildad?

*R.* — No hay verdadero trabajo, es decir, que sea útil, sin la humildad: pues el trabajo, por sí mismo, de poco sirve. Por esta razón la sagrada Escritura los une: *Mira, Señor, mi humillación y mi trabajo, y perdóname todos mis pecados*<sup>1</sup>. Al que á sí mismo se humilla y anonada, este anomadamiento le sirve de trabajo, y puede decirse que tiene el uno y la otra. Todo el que quiera, por lo tanto, alcanzar una humildad perfecta, procure no aficionarse á ninguna cosa del mundo. En esto consiste la verdadera humildad.

*P.* — Decidme, Padre mio, alguna cosa acerca del olvido de Dios, del afecto que profesamos á algunas personas, y de la vigilancia sobre los ojos.

*R.* — El que recibe el fuego que Jesucristo ha venido á traer á la tierra, no cae en el olvido de Dios, ni en el afecto de las criaturas, porque siente la actividad y la fuerza de este fuego. Si quieres, pues, librarte de la servidumbre de las cosas de la tierra, procura atraer á tu alma este divino

<sup>1</sup> Ps. xxiv.

fuego, porque su calor hará que se disipen todas estas afecciones. Ahora bién, para alcanzar este divino fuego, es preciso no desear más que á Dios. No se puede desear ningún bién, sin que su posesión no cueste trabajo. Arregla, pues, tus ojos de tal manera, que á ninguna persona miren, y no llenarán tu corazón de una licencia peligrosa, que haga inútiles los trabajos de un solitario.

*P.* — ¿ Es necesaria la humildad exterior? ¿ No basta la interior? ¿ Para que se necesitan los desprecios, las injurias y los ejercicios bajos y triviales?

*R.* — Hay dos clases de desprecio de sí mismo: el uno procede de nuestro corazón, y el otro de parte de los hombres. El primero nos causa mayor amargura, por que el corazón sufre mucho en los desprecios que otros nos hacen; por lo cual es muy útil la humillación que de ellos nos resulta. Podemos dedicarnos á obras bajas, á hablar humildemente de nosotros por vana gloria, la cual, léjos de ser útil, es muy perjudicial al alma. Pero aceptar, porejemplo, un precepto que nos humilla, y ejecutarlo con perfecta sumisión es lo que nos hace adelantar en la virtud. La humildad propiamente dicha es un sentimiento por el cual no hacemos caso de nosotros mismos, y que nos mueve á prescindir en todo de nuestra propia voluntad, á ponernos á los pies de todo el mundo, y á sufrir sin inquietud ni turbación todas las molestias que nos proporcionen los hombres. No es preciso hablar humildemente de sí mismo; basta con decir: perdonadme y orad por mí <sup>1</sup>.

*P.* — Si se me impone un mandamiento que exceda mis fuerzas, ¿ deberé pedir que se me dispense para no exponerme á este trabajo?

<sup>1</sup> Esta práctica estaba muy recomendada entre los Padres del desierto, los cuales exhortaban á sus discípulos á que respondiesen de este modo á las acusaciones verdaderas ó falsas, y á las correcciones que se les hacian.



*R.* — Obedece en todo á tu superior, porque él, y no tú, será el que dará cuenta á Dios de tus acciones. Si su mandato te pareciese muy difícil, házselo presente, y te ordenará lo que has de hacer. Si son tus hermanos, y no el abad, los que te imponen el precepto, que consideras perjudicial á tu salud ó superior á tus fuerzas, consúltalo con el abad, y haz lo que te diga. Todo lo que procede de esta fuente de la obediencia tiene que ser necesariamente útil, y no puede causar turbación ni tristeza.

*P.* — Si alguno desea que yo pida por él, ¿deberé levantar mis manos al cielo y hacer lo que me pide ?

*R.* — Sí, cuando venga alguna vez un hermano á pedirte que ofrezcas á Dios tus oraciones, escústate tres veces, suplicándole que te dispense ; pero á la cuarta vez hazlo con humildad ; pero si tú pides á alguno esta gracia, y se excusa, no lo importunes más.

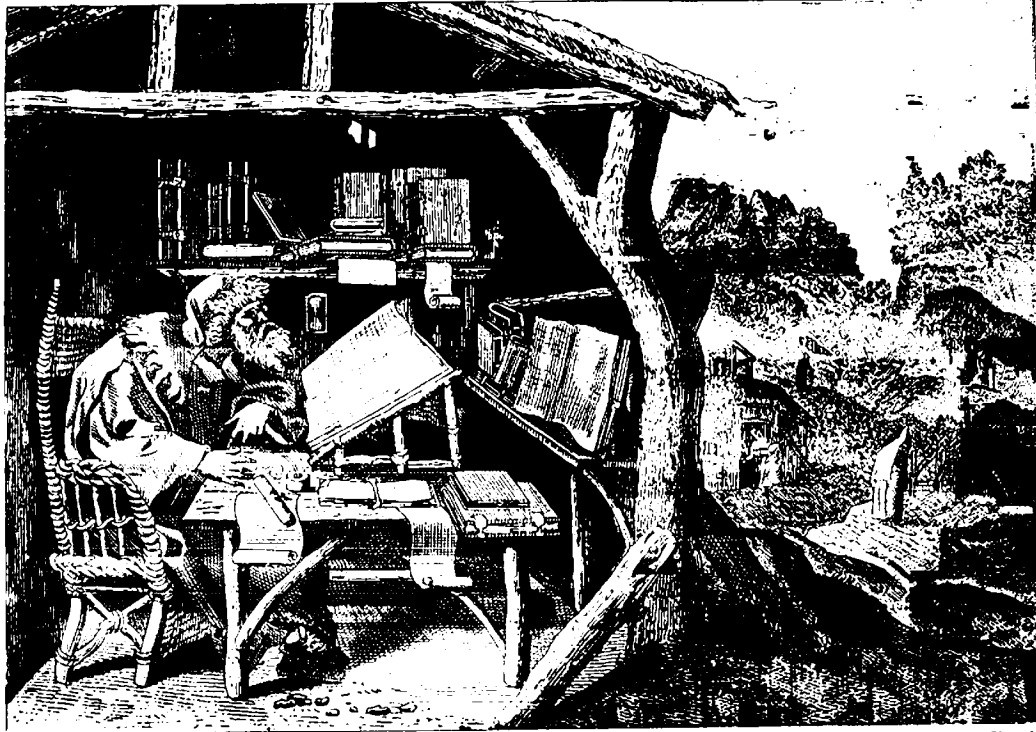
*P.* — ¿ Es preciso conceder algún alivio al cuerpo, cuando no se halla muy enfermo, ó cuando no se quieren tomar viandas ordinarias, por temor de que hagan daño ?

*R.* — El demonio hace creer algunas veces á aquellos á quienes hace guerra por medio de las pasiones, que se hallan enfermos, con el fin de que se permitan algún alivio. Esto no deja de ser un artificio de ese mortal enemigo, pues cuando alguno está realmente enfermo, se apacigua y nos deja en calma el ardor de las pasiones. Pero si la causa de la enfermedad es evidente, ó por haber pasado grandes fatigas ó por cualquiera otro accidente, entónces es necesario dar algún alivio al cuerpo, pero guardando siempre la moderación y las reglas que convienen á nuestra profesión.

En cuanto á aquellos á quienes repugnan algunos alimentos, es preciso que se hagan violencia. Pero si absolu-

<sup>1</sup> Los antiguos solitarios oraban ordinariamente levantando sus manos al cielo.





Imp. Ch. Chardon aîné, Paris.

Gravé d'après

*Saint Dorothee.*  
*San Doroteo.*



tamente pueden traspasarlos, debe guardárseles alguna consideración, pues esta misma repugnancia es una especie de enfermedad.

P. — Cuando he concluido de comer ántes que los demás hermanos, ¿ debo retirarme á esperar á que todos se levanten, ó será mejor ir calculando que la cantidad de pan que se me dé vaya durando todo el tiempo de la comida ?

R. — Conveniente es en este caso permanecer en la mesa, hasta que todos los hermanos se levanten : pero mejor aun es comer con alguna pausa para concluir al mismo tiempo que los demás.

P. — Cuando estoy en compañía de otros temo tanto que me desprecien, que hasta me olvido de mí mismo ; sin embargo, tengo pena de dejarlos, ¿ Qué debo hacer ?

R. — Sí no tienes ninguna ocupación más perentoria, y tu presencia les sirve de edificación, permanece con ellos todo el tiempo que dure la conversación. Pero si se habla de cosas inútiles, no temas decir que te hallas delicado, y tienes que retirarte, y disipa este temor recordando la confusión eterna que sufrirán los pecadores en el dia del juicio.

---

## SAN DOROTEO

Cuando nouviésemos otro testimonio en favor de san Doroteo que el de san Teodoro Estudita, seria muy suficiente para considerarlo como uno de los más distinguidos personajes que el estado monástico ha dado á la Iglesia para edificar á los fieles con sus virtudes y su doctrina.

Pues queriendo san Teodoro dejar á la posteridad una protestación pública de la pureza de su fé y de su adhesión á la doctrina de los antiguos Padres, puso entre aquellos, cuya fé y sentimientos seguia, á san Barsanuvo y á san Doroteo. Este testimonio debe ser de tanto más peso, cuanto que este ilustre abad, según Baronio, era entónces el oráculo de Oriente, y él protector de la verdad y de la gloria de la Iglesia.

No se sabe cual era su patria, ni cuando nació : parece, sin embargo, haber sido natural de una de las aldeas de las cercanías de Ascalón, y ciertamente vivió bajo los emperadores Anastasio, Justino y Justiniano, puesto que habla de san Bersanuvo y de otros muchos que florecieron en este tiempo.

Como su vida no se halla entre la de los Padres del desierto, ya sea porque no fuese escrita, ó ya porque se haya perdido, hemos extraido de sus propias obras la que vamos á exponer. Aplicóse con grande ardor en su juventud al estudio de las letras humanas, despues de haber vencido la inmensa repugnancia que á esta ocupación tenia. « Cuando comencé, dice, á estudiar las ciencias humanas, « tenia tanta dificultad, que cuando tomaba un libro, me « parecia tocar una serpiente ; pero perseverando en combatir esta repugnancia, Dios vino en mi auxilio, y cobré « tal afición al estudio, que me olvidaba de beber, de comer « y hasta de dormir. Desde entónces ningnno de mis compañeros pudo retirarme de esta ocupación para que comiese con él, ni permitia que ninguno viniese á visitarme, quitándome el tiempo precioso que consagraba á este ejercicio, por más que gustase un rato de conversacion y de íntima amistad. »

« Iba á bañarme desde que me dejó mi maestro : pues « tenia necesidad de hacerlo todos los dias á causa de la « extrema sequedad que me habian producido la asiduidad

« y el exceso de mis lecturas. Pero en seguida volvía á casa,  
« sin acordarme siquiera de que tenía que comer, pues  
« ni aún me lo recordaba el criado que tenía, y que no  
« quería privarme de mis aficiones. Cuando me instaba la  
« necesidad de comer, continuaba leyendo al mismo tiempo,  
« y cuando me rendía el sueño, ponía el libro á mi lado, y  
« despues de brevísimo descanso volvía á mi lectura ; pues  
« no encontraba placer ni satisfacción más que en mi es-  
« tudio. »

Hizo, pues, por este medio grandes progresos en las ciencias, y sabemos por una carta <sup>1</sup> que se halla en la biblioteca de los Padres, que fué muy versado en los antiguos filósofos. Pero aumentáronse extraordinariamente sus conocimientos, cuando, habiendo entrado en la religión, cambió el objeto de sus estudios. Se consagró enteramente á la lectura de los santos Padres que le habian precedido, y si, como hace notar el autor de la carta á que acabamos de aludir, recogió de los libros de los filósofos todo lo que encontraba útil para la edificación de sus hermanos, lo hizo con preferencia de los de san Clemente de Alejandría, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio Nacienceno y otros Padres del desierto que vivieron ántes que él, cuyos testimonios cita en sus instrucciones, y de los cuales, para usar de la comparación del mismo autor, formaba su miel espiritual para consuelo de sus hermanos, como una abeja forma el suyo del jugo de las diferentes flores que encuentra.

Ignoramos la edad en que abandonó el mundo y los motivos que á ello le impulsaron. Pero si se tienen en cuenta los progresos que hizo en la religión, no puede du-

<sup>1</sup> Creese que esta carta fué escrita por uno de sus discipulos que la dirigió á uno de sus religiosos de otro monasterio que le habia pedido la colección de las instrucciones de este Santo. La expondremos extensamente al fin de su vida. — Véanse los Bolandistas, 23 de febrero.

darse que su vocación fué efecto de la divina gracia, y que sólomente á ella consultó para retirarse á la soledad. Escogió para lugar de su recogimiento el monasterio de san Sérico, en que se hallaban hombres de consumada virtud. Este santo abad le puso bajo la dirección de Juan el Profeta, que á su vez era discípulo de san Barsanuvo, pudiéndose juzgar por la santidad del maestro, de las instrucciones que recibiría. Se aprovechaba al mismo tiempo de las de san Barsanuvo. De esta manera concurriéron á formar su espíritu tres de los más ilustres maestros.

El recuerdo de la grande aplicación con que se habia consagrado al estudio de las ciencias profanas, le servia de aguijón que le animaba á conseguir la de los Santos. « Cuando entró en el monasterio, me dije á mí mismo : si « tanta pasión y ardor se siente por las ciencias profanas y « extrañas, y si la aplicación que á ellas se consagra llega « á constituir un hábito, con mucha más razon se contrae- « rán hábitos santos, ejercitándose en la virtud y en la pie- « dad. Esta consideración me fortalecia en mi propósito de « consagrarme á ellas. »

Una de las prácticas que más eficazmente contribuyó á sus progresos en la virtud fué la de no tener ninguna cosa oculta á sus padres espirituales, y de guiarse por sus luces con una perfecta docilidad. Recibia sus consejos con humildad profunda y vivo reconocimiento. Ya hemos visto en el capítulo precedente, que, sirviendo á su maestro el bienaventurado Juan en su vejez, se creía recompensado de los buenos oficios que le prestaba, cuando, al retirarse por la tarde, recibia de él algunos consejos espirituales y su bendición. Una sola palabra de este santo anciano era para su corazón cual abundante rocío que penetra y fecunda una tierra bién preparada.

Él mismo refiere la grande exactitud con que daba cuenta á sus superiores de sus trabajos y de las interioridades de



su alma. Vamos á referir sus mismas palabras. « Durante  
« todo el tiempo que estuve en el monasterio exponia todos  
« mis pensamientos al abad Juan, porque nada podia ha-  
« cer sin su consejo, y algunas veces decia yo dentro de mí  
« mismo. Sí mi superior no ha de decirme una cosa dis-  
« tinta de la que yo pienso, ¿ para que he de importu-  
« narle? Y me respondia á mí mismo: Es verdad; pero  
« si todo mi discurso, toda mi sabidúna, toda mi intelligen-  
« cia, y todo mi saber son malos, y no sé otra cosa que lo  
« que he aprendido del demonio. Me iba en seguida en  
« busca de mi abad, y de ordinario me aconsejaba lo mismo  
« que yo habia pensado. No dejaba mi razón de decirme:  
« si precisamente te ha de aconsejar lo mismo que has pen-  
« sado, ¿ para que molestas á este anciano? pero yo vol-  
« via á replicarme: mi pensamiento es bueno sólamente  
« porque procede del espíritu de Dios, pues todo lo que  
« procede de mí es malo, es un efecto de mis desarregla-  
« das pasiones. De esta manera y con estas reflexiones,  
« nunca me dejaba llevar de mi propia razón, sino des-  
« pues de haberme asesorado con el consejo de mi direc-  
« tor, gozando por este medio mi espíritu de una paz y de  
« una tranquilidad perfecta. »

Reconociendo san Sérido sus talentos, y siendo testigo, por otra parte, de su perfecta obediencia y de los progresos que habia hecho en las demás virtudes, quiso encomendarle algún cargo y hacerle útil á su comunidad. En su consecuencia lo destinó á servir á los enfermos, y á recibir á los huéspedes, confiándole además la delicada misión de oír á sus hermanos en sus trabajos interiores y en la declaración que le hiciesen de sus pensamientos. Doroteo aceptó muy gratamente el primer cargo, que tan perfectamente se acomodaba á las inclinaciones de su caridad, sobre todo para con su padre espiritual el bienaventurado Juan, cuya eminente virtud respetaba, y á quién profesaba tieruísimo

afecto ; pero esta felicidad fué objeto de envidia de parte de algunos religiosos, que con sus contradicciones le proporcionaron una nueva ocasión de enriquecer su corona y de ejercitar su paciencia.

El tenia dos títulos para ejercer este cargo : el de la obediencia, pues que lo habia elegido su superior, y el de bienhechor de la enfermería, que habia sido edificada por un hermano suyo. Hubiera, pues, podido hacer valer estos dos títulos para cerrar la boca á sus émulos ; pero no les opuso mas que un silencio humilde, y de esta manera encontró el medio de acrecentar el tesoro de merecimientos que le procuraba su caridad en el servicio de los enfermos. Llevó aun más léjos su paciencia, pues aun cuando se creia muy favorecido sirviendo á su padre espiritual en sus enfermedades, viendo que un hermano deseaba prestar este servicio, empeñó á san Sérido para que le contentase, y no habiéndolo conseguido, sufrió con resignación y sin proferir una queja el mal humor de su hermano, y cuando lo notó san Sérido y quiso imponer una penitencia al descontento, se arrojó á los pies del santo abad, é hizo todo lo que pudo para justificarle, echándose á si mismo la culpa.

No se entregaba con ménos celo y caridad al servicio de los huéspedes ; pero este oficio le proporcionó nueva ocasión de ejercitar su paciencia, pues tenia que sufrir muchos trabajos. Pero lo que no puede ménos de admirarse en este religioso es que, por más que tuviese que acostarse de ordinario muy tarde, no dejaba de asistir á los maitines con los demás, aun cuando se hallaba enfermo. Dios quiso que diese esta prueba de su fervor con tanta sencillez como verdad, y que nos sirviese para condenar nuestra pereza, y para enseñarnos á vencerla, cuando nos impide cumplir nuestros deberes con exactitud.

« Nuestro abad, dice, me dió el cargo de recibir á los « huéspedes. Yo acababa de salir de una enfermedad. Los

« huéspedes venian al monasterio, y tenia yo que asistirlos  
« hasta muy tarde. Venian despues los camellos, y yo tenia  
« que cuidarlos. Con mucha frecuencia ocurría, que acababa  
« de acostarme, y tenia que levantarme en seguida ; de  
« suerte que llegaba la hora del coro sin haber podido  
« tomar un momento de descanso. Hallábame fatigado con  
« tanto trabajo, y adquirí una grande debilidad, dejandome  
« como reliquia una lenta calentura que hacía que casi  
« pudiese sostenerme. Así es que, cuando me llamaban al  
« oficio, respondia al religioso encargado de hacerlo : Que  
« Dios tenga en memoria vuestra caridad, y os la recom-  
« pense. Voy en seguida ».

« Apenas se habia retirado, me dejaba llevar del sueño,  
« y mi corazón se apenaba en extremo, considerando que  
« mi pereza me impidiese asistir. Rogué, pues, á uno de los  
« religiosos que no me dejase hasta que estuviese despierto,  
« y á otro que no me permitiese dormir durante el oficio, á  
« los cuales profesaba una veneración casi tan grande como  
« si fuesen la causa de mi salud ».

Con una caridad y una paciencia no ménos maravillosa cumplió el tercer oficio que le habia encomendado san Sérico, á saber, el de escuchar á sus hermanos en sus dudas y trabajos interiores. Pero esta función, que tan útil era para los otros, era para él un motivo de profunda humillación, pues se consideraba inepto para ella, como desprovisto de talentos y luces suficientes. Así es que, cuanto más confianza le manifestaban los religiosos, ménos concebía él que pudiese merecerla. « Ignoro, decia, porque vienen á descubrirme sus pensamientos ; no sé si lo hacen por obediencia ó por voluntad. » Estaba, pues, tan léjos de abrigar sentimientos de ostentación, ó de creerse más ilustrado, que los demás, que nunca llegó á preferirse á nadie, sino ántes por el contrario, citaba su gloria en manifestar deferencia y sumisión á los demás.

Demostraba en esto una humildad tanto más admirable, cuanto que sus talentos le hacían sobresalir sobre todos los religiosos de su monasterio ; pues habiendo cultivado, como hemos dicho, las letras humanas con mucha asiduidad ántes de abrazar el estado monástico, había hecho tantos progresos en las ciencias, que le hubieran sido una tentación muy peligrosa, si no hubiese estado cimentada en la más profunda humildad. Pero léjos de prevalerse de sus talentos, no hizo uso de ellos, sino en cuanto podían ser útiles á sus hermanos, ocultando todo cuanto pudiese hinchar su amor propio, no haciendo alarde de su erudición y elocuencia, y cubriéndolas con el velo de la sencillez y de la modestia religiosa.

Como efecto de esta profunda humildad, ponía en práctica con el mayor respeto las órdenes de su abad y de su padre espiritual, y era tan ciega y absoluta su obediencia, que, después de recibir sus mandatos, no vacilaba ni oponía la menor reflexión ni resistencia. Hallábase tan desprendido de su propio juicio, que « si su razón sola le hubiese dicho, son sus palabras, que el sol es sol y que las tinieblas son tinieblas, no se hubiera fiado de ella, y le hubiese costado trabajo el creerlo ». Así es que en una instrucción que hizo á sus religiosos para demostrarles que nadie debe fiarse de su propio juicio, insiste en la necesidad de guiarse por las luces de los superiores y ancianos. Generalmente en todas las exhortaciones que hacía á sus hermanos, les daba el mismo ejemplo, pues nunca exponía sus propias ideas, sino los consejos y autoridades de los antiguos, empleando ordinariamente estas palabras : *Dicen los antiguos, nos enseñan los antiguos*. Además de las sentencias de los Doctores de la Iglesia, cita también las de muchos Padres del desierto, como sus maestros en la ciencia de la salvación : pues deseaba que todos los considerasen y respetasen de la misma manera.

Como los más grandes Santos fueron siempre los que más pruebas experimentaron, no podía ser exceptuado san Doroteo de esta regla. Tuvo que sufrir contradicciones de parte de los hombres, y el demonio nunca le dejó tranquilo. Pero estas contradicciones, á la vez que depuraban su virtud, afirmándola y haciéndola crecer, fueron de una grande utilidad para los demás: puesto que la experiencia que en ellas adquirió, le puso en mejor situación para consolar y fortalecer á los que se hallaban sometidos á su dirección.

No hay congregación, por santa que sea, en la que no se encuentren algunos individuos que hagan sufrir á los demás. Dios lo permite así por un consejo de su infinita sabiduría, que debemos adorar y no escudriñar, y que contribuye á su gloria y á la santificación de las almas. El monasterio de san Sérido se hallaba formado de religiosos de eminente virtud; pero si la mayoría de ellos eran ángeles por la santidad de su vida, no faltaban tampoco algunos que eran hombres por su fragilidad. Su estado, aunque muy santo, no los hacia perfectos sólomente con abrazarlo, sino que les daba medios en abundancia para serlo; medios de que se aprovechaba la mayor parte, miéntras que eran practicados por algunos con pecaminosa pereza que los retenia en sus defectos. La conducta de estos desgraciados no podia ménos de ejercitar la paciencia de sus hermanos, probando y confirmando la verdad experimental, de que donde quiera que hay hombrés aparece la debilidad humana.

De parte de algunos de estos religiosos imperfectos tuvo que sufrir san Doroteo no pocas amarguras, ya por las palabras injuriosas que la envidia ponía en su boca, ya por las acciones maliciosas con que le manifestaban su aversión. Su conducta en estas ocasiones consistia en sufrir en silencio, sin quejarse á nadie, sin replicar ni una sola palabra á los que le injuriaban. Nunca tuvo que acusarse de

haber dejado escapar una sola palabra injuriosa, ni de haber contrariado á nadie. Y no le bastaba el no quejarse de las molestias que se le ocasionaban, sino que excusaba á sus hermanos atribuyendo á sencillez á imprudencia lo que cualquiera otra persona ménos acostumbrada á la paciencia, no hubiera excusado de malicia.

Con este motivo, y cuando gobernaba á sus religiosos en cualidad de abad, les daba estas excelentes lecciones : « Aprended, hermanos míos, á soportaros unos á otros, y á trataros con respeto. Si alguno os dijese ó hiciese alguna cosa que os molestase, no os enojeis contra él, no sea que en el tiempo del combate, que es el de la victoria, se encuentre vuestro corazón abatido, sin vigor, sin fuerza é impotente para resistir los embates de vuestros enemigos. Esforzaos, por el contrario, en daros unos á otros ánimo y fortaleza, para que vuestra caridad supere todas las molestias que mutuamente os proporcionéis ».

Refiriendo todas las cosas á Dios, encontraba en lo más íntimo de su alma una fuerza superior que le daba paz y tranquilidad en medio de las adversidades. En una de estas ocasiones experimentó de una manera milagrosa, cuán cerca se halla el Señor de aquellos que le invocan con fé. Hé aquí como él mismo lo refiere.

« Cuando todavía me hallaba en el monasterio (de san Sérido), tuve una aflixión muy grande, y me hallaba en un abatimiento tan profundo, que poco faltó para que me produjese la muerte. Era una tentación que me suscitó la envidia y la malignidad del demonio. Fué muy cruel y de poca duración, pero llena de tinieblas y de espantoso temor. A cualquiera parte que me volvía, no encontraba más que aflixiones y amarguras. Pero Dios no tardó en acudir con su gracia en auxilio de un alma que no encontraba consuelo alguno ».

« Otro día, hallándome abatido en la presencia de Dios,

« y pidiéndole que me asistiese en el exceso de mi tristeza,  
« vi de pronto un grave personaje que tenia apariencias de  
« obispo, y que teniendo en sus manos un vaso sagrado,  
« penetraba en el santuario. Yo no tenia costumbre de  
« recibir á los huéspedes que venian al monasterio, y sólo-  
« mente lo hacia en caso de necesidad ó por mandato ex-  
« preso : pero atraído por no sé que, le seguí. Se des-  
« tuvo algunos momentos, elevando sus ojos al cielo,  
« y yo también lo hice encomendándome á Dios, pues  
« esta visión extraordinaria me habia llenado de mie-  
« do ».

« Cuando concluyó su oración, se volvió hacia mí, y á  
« medida que se aproximaba, disminuia mi temor. Extendió  
« su mano tocándome en el pecho con sus dedos, y me  
« dijo estas palabras : He esperado con paciencia en el  
« Señor : ha dirigido sobre mí sus miradas, ha escuchado  
« mi oración, me ha sacado del abismo de tristeza en que  
« yo habia caído, ha afirmado mis pies sobre la piedra, y  
« ha puesto en mi boca un cántico de alabanza á nuestro  
« Señor. Repetió tres veces estos versos, tocándome en el  
« pecho, como he dicho, y se retiró. En aquel momento mi  
« corazón fué lleno de luz, de consuelo y de dulzura, y me  
« encontré enteramente transformado. Corrí en pos de él ;  
« pero inútilmente porque desapareció. Desde este tiempo  
« me hallo, por la misericordia de Dios, libre de toda  
« agitación, de toda tristeza y de todo temor, y Dios me  
« ha protegido por la intercesión de nuestros ancianos y de  
« nuestros Padres. »

Es de suponer que san Doroteo tuvo esta visión ántes de que san Sérido le encomendase cargo alguno, puesto que dice expresamente que no recibia á los huéspedes sino en caso de necesidad ó por órden del superior, y esta gracia nos dá á conocer cuán amado era de Dios, y nos causa grande pena el que no se hubiese escrito su vida, en la que

hubiéramos aprendido muchas cosas muy convenientes para nuestra edificación.

Pero por lo poco que hemos referido se comprende que este Santo sobresalió en todas las virtudes, y que habiendo renunciado al mundo con generosidad, y entrado en la religión por vocación divina, puso, como fundamento sólido de su perfección, una entera renuncia de sí mismo, que le llevó á la práctica de una obediencia continua y ciega, y de una paciencia á toda prueba. Sobre este fundamento levantó el edificio de una santidad tan consumada, que le ha hecho digno de los elogios de todos los grandes hombres que vivieron en aquella época, y que conocieron las obras de virtud en que se ejercitó.

El bienaventurado Juan, su padre espiritual, murió, y san Barsanufo que, aún cuando más anciano, le sobrevivió, hubo de encerrarse en una celda para guardar riguroso silencio. Con este motivo se retiró san Doroteo á una soledad no muy lejana, entre Gaza y Majuma, en la cual edificó un nuevo monasterio. No sabemos ninguna de las circunstancias que le impulsaron á verificar este cambio : pero es de creer que, deseando vivir en el más absoluto recogimiento, á imitación de san Barsanufo, escogió aquel lugar, á donde su reputación atrajo á muchas personas que querian vivir bajo su dirección. No pudiendo su caridad rehusarles los cuidados que demandaban, se vió obligado á admitirlas en su compañía.

Dedúcese de las instrucciones que daba á sus religiosos, que observaban una disciplina muy estrecha, y que su monasterio fué uno de los que alcanzaron más reputación en la Palestina. Tal vez se refieran á esta época la mayor parte de las exhortaciones que daba á personas seculares, que, atraídas por el encanto de sus talentos y por el resplandor de sus virtudes, venian á consultarle y á recibir de su boca la palabra de vida. Fijase su muerte



hacia el año de 560, si bién nada puede asegurarse.

Un autor, que se cree haber sido discípulo de nuestro Santo, como hemos dicho en una nota, accediendo á los ruegos de un religioso, le envió un resúmen de sus instrucciones, haciendo con este motivo su elogio, que se ha puesto á la cabeza de sus obras en la *Biblioteca de los Padres*. Hé aquí como se expresa.

« Es alabar la virtud, es alabar á Dios, es trabajar por  
 « adquirir la verdadera vida, que es la eternidad, el querer  
 « conocer la vida de nuestro bienaventurado y dignísimo  
 « padre Doroteo, que, según la interpretación de su nom-  
 « bre, nos ha sido dado por Dios como un don precioso ;  
 « pues, según el pensamiento de san Gregorio, la alabanza  
 « que se hace sirve de estímulo para imitar á los que son  
 « alabados, y esta emulación nos anima á la virtud y á la  
 « verdadera felicidad. »

« Buscó la verdad : fué dulce y humilde de corazón :  
 « imitó á san Pedro renunciando á todo lo que poseía, y  
 « desprendió tan perfectamente su corazón de todo afecto  
 « á las cosas visibles, que pudo decir con la misma confi-  
 « anza que el Príncipe de los Apóstoles : *Hé aquí, Señor,*  
 « *que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido* <sup>1</sup>.  
 « Así es que, habiendo llegado en poco tiempo, con los  
 « auxilios del Señor, á una elevada perfección, cumplió el  
 « curso de su santa vida, no ocultándose en el fondo de  
 « una soledad, ni sobre la cúspide de las montañas, ni  
 « viviendo entre las bestias silvestres, sino conservando su  
 « corazón en una paz profunda, deseando elevarse á los  
 « montes eternos, y hollando con sus pies las serpientes y  
 « escorpiones invisibles que matan las almas.

« Sí, llegó felizmente, con los auxilios del Señor, á los  
 « montes celestiales, y para conseguirlo, declaró la guerra

<sup>1</sup> Mat. XIX.

« á su propia voluntad, entrando por medio de esta per-  
 « fectísima renuncia en los caminos de los santos Padres.  
 « Abrazó el yugo de Jesucristo que es dulce, y su carga  
 « que es ligera, y su humildad le llevó con seguro paso  
 « por el camino que conduce al cielo, observando fielmente  
 « esta hermosa máxima : *Sé dulce y misericordioso, y escu-  
 « cha con docilidad los palabras de los santos Padres para  
 « ponerlas en práctica.* »

« Este santo hombre, adornado de todas las virtudes,  
 « tenia constantemente en su boca esta sentencia que habia  
 « aprendido de los antiguos : *El que trabaja denodadamente  
 « por someter su propia voluntad, llegará á conseguir la  
 « paz del corazón.* Hablaba así por propia experiencia,  
 « pues despues de examinar con el mayor cuidado la causa  
 « de las agitaciones que turban esta paz, encontró que no  
 « era otra que el amor de sí mismo y el placer de hacer su  
 « propia voluntad. Para contrarrestarla, empleó el Santo  
 « la más absoluta renuncia de sí mismo : pues este remedio  
 « eficacísimo hace secar en el corazón esta planta nociva,  
 « y arranca hasta sus más pequeñas raices. »

« De esta manera arrojó la incorruptible semilla de la  
 « virtud, que produjo abundantes frutos de vida eterna.  
 « Buscando el tesoro oculto en el campo evangélico, tuvo  
 « la felicidad de encontrarlo, de poseerlo y adquirirlo en  
 « las riquezas celestiales, que se hallan muy por encima  
 « de las que puede afrecernos el mundo. »

« Quiera Dios que, para edificación de los fieles y para  
 « que yo pueda presentarles un modelo de perfecta santi-  
 « dad, consiga hacerles conocer la vida de este santo  
 « hombre, y manifestarles como recorrió el camino estrecho,  
 « pero ancho al mismo tiempo por las ventajas que en él  
 « se encuentran, de una penitencia laboriosa que ha sido  
 « objeto de la admiración de todo el mundo : cual ha sido  
 « la parea de sus costumbres, la rectitud de sus intencio-

« nes, y la vigilancia con que evitaba toda indiscreción y  
« todo peligro de ilusión y de error : pues así, y sólomente  
« así, nos enseña el gran amigo de Dios, san Basilio, que  
« debemos conducirnos. De esta manera marchó por el  
« camino seguro, combatiendo sus pasiones, descansando  
« con entera confianza en los que estaban encargados de su  
« dirección, y ejercitándose en esa humildad profunda,  
« que, según la máxima de san Antonio, nos pone á cu-  
« bierto de todos los artificios y ataques del demonio. »

Después de hacer notar este autor que el Santo, durante el tiempo que estuvo en el siglo, se aplicó al estudio de los filósofos, como ya hemos dicho al principio de su vida, prosigne su elogio en los siguientes términos :

« Tengo una especial satisfacción en exponer los senti-  
« mientos de su corazón, cuando abrazó la vida monástica,  
« y los bienes espirituales que encontró en este dichoso  
« género de vida. Me complazco en recordar cuán perfecta  
« era su obediencia á sus superiores, cuán absoluta su  
« renuncia, cuán grandes la pureza de su conciencia, su  
« celo, su exactitud y su amor al bien, y cuán asidua la  
« atención con que siempre seguía las luces purísimas de  
« la verdad.

« Por eso fué tan firme é inquebrantable en la fé, y de  
« este principio, cual de fuente purísima, brotaba su cari-  
« dad y toda la perfección de su vida. Era afable para to-  
« dos sus hermanos, dulce, complaciente y lleno de bondad  
« y de ternura para con todos aquellos que de él depen-  
« dian. No sabía lo que era formar sospechas ; no era  
« descuidado, ni perezoso, ni apegado á su propio juicio :  
« á nadie juzgaba, y amaba sobre todo la concordia y  
« unión fraterna. »

« Era incansable en el trabajo, diligente, prudente y  
« atento á lo que hacía. Estaba dotado de una dulzura y de  
« una rectitud sin igual, pudiendo, por lo tanto, ser pro-

« puesto como perfectísimo modelo de todas las virtudes.  
« Era exacto y solícito en todo lo que hacía ; no se le po-  
« dia mirar sin respeto ; queria en todo el órden y la dis-  
« ciplina : nunca obraba sin reflexión, y á todos excedia  
« en discreción, en vivacidad y penetración de espíritu.  
« Era humilde en todas las cosas, agradable, constante en  
« el bién, sobrio, vigilante en todos sus deberes y ocupado  
« siempre en buenos pensamientos. »

« Pero el pretender la enumeración detallada de tantas  
« y tan extraordinarias cualidades es más difícil que con-  
« tar las gotas de la lluvia ó del agua del mar. De sus  
« obras pueden colegirse las eminentes virtudes de este  
« santo hombre, y aprender los caminos por que le con-  
« dujo al convencimiento de estas divinas verdades Aquel  
« que con su Providencia gobierna todas las cosas. Ellas  
« dicen claramenté cuanta fué la santidad de su vida, y  
« cuanto atractivo le concedió el Señor para ganar las  
« almas y conducir las al camino de la salvación. »

« Tenia entrañas de verdadero padre para todos aque-  
« llos que estaban bajo su dirección, y era verdaderamente  
« digno de servir de guía y de luz á los demás. No habia  
« cosa alguna que no penetrase su espíritu, y era aún  
« mucho más digno de estimación por los auxilios que á  
« todo el mundo prestaba.

« Habiase elevado á altísima contemplación, era muy  
« enriquecido por los dones divinos, y muy pobre de  
« bienes terrenos. Era muy agradable en el modo de es-  
« cribir, y mucho más aún en su conversación. No habia  
« enfermedad espiritual á que no aplicase oportunos re-  
« medios. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignoran-  
« tes, los hombres y las mujeres, los ancianos y los jóvenes,  
« los que padecian tristeza y los que gozaban de alegría,  
« los extraños y los compatriotas, los servidores, los súb-  
« ditos, los esclavos, todos los hombres, en una palabra,

« encontraban en él un manantial de consuelos y auxilios  
« para curar las llagas del alma. A ello consagraba todas  
« las luces que había recibido de Dios, como otros tantos  
« talentos que constantemente empleaba este siervo fiel.  
« Digámoslo de una vez, todo lo hacía para ganar almas á  
« Jesucristo. »

Aún cuando este elogio no fuese, como se supone y hemos dicho, de un discípulo del Santo, nos haría conjeturar que ha habido un relato, por lo ménos, de las virtudes de san Doroteo, y del cual ha formado este autor lo que dice. Al hablar de una manera tan vaga, dá á entender que ha leído las pruebas de sus aserciones en alguna historia detallada de las acciones de su vida. Se observa además que lo que dice está perfectamente de acuerdo con lo que se lee en sus obras, y sin embargo, no puede decirse que de estas haya tomado toda la materia de los justos elogios que le tributa. Todo lo cual hace suponer que este autor hubo de hablar con algún testigo ocular. Muy de lamentar es que se hayan perdido los escritos que se refieren á la vida de muchos Padres del desierto ; pero debemos adorar los desígnios de la divina Providencia, y confiar que en el dia del juicio se manifestarán en todo su esplendor las virtudes que hoy se hallan ocultas, y que llenan de gloria en la bienaventuranza á los que las practicaron.

No debemos ignorar, por último, que hubo dos Barsanufos y dos Doroteos muy diferentes ; pues los dos de que hemos hablado fueron lumbreras de la Iglesia ; mientras que los otros dos que vivieron en la misma época, eran sectarios del impío Severo.

---

## SAN DOSITEO, DISCIPULO DE SAN DOROTEO

No se distinguió este santo por extraordinarias penitencias ; pero no por eso fué ménos agradable al Señor el sacrificio de su voluntad.

No se conocen el lugar ni el tiempo de su nacimiento : sólomente se sabe que fué educado en la casa de uno de los principales oficiales del ejército imperial en cualidad de paje ó de pariente, el cual le amó tan tiernamente como si fuese su hijo. Le dió, por lo tanto, una educación puramente hummna, sin cuidarse en nada de la religiosa. El jóven Dositeo tenia un buen carácter y un corazón susceptible de las impresiones de la piedad ; pero como tenía tan mala escuela, corria peligro de inficionarse con las corrompidas máximas del mundo, si en él permanecía mucho tiempo.

La Providencia vino en su auxilio. Hablaudo un dia con otros amigos, recayó, la conversación sobre la ciudad de Jerusalém, que se llamaba la Ciudad santa, y concihió veementes deseos de emprender un viaje á ella. Pidió permiso á su bienhechor, que por lo mismo que nada le rehusaba, se lo concedió, y rogó á uno de sus íntimos amigos, que se preparaba precisamente á emprender este viaje, que lo llevase consigo, y lo cuidase con el mayor esmero. Accedió gustoso este amigo, y durante el viaje le prodigó toda clase de consideraciones.

Despues de visitar los santos Lugares pasaron à Gethsemaní, en donde, entre otras curiosidades, encontró Dositeo un cuadro que representaba las penas con que la justicia divina castiga á los pecadores en el infierno. Fijó en él su

mirada, y su espíritu quedó impresionado de santo temor, no comprendiendo lo que significaban estos terribles tormentos, que se representaban de una manera tan viva. Mientras se hallaba, absorto en esta contemplación, vió cerca de sí á una señora de una majestad y de una belleza extraordinarias, que le explicó todo lo que aquel cuadro significaba, y le expuso detalladamente las penas de los réprobos. Escuchóla Dositeo con el mayor silencio y sorpresa: pues era la primera vez que habia oido hablar del juicio y del infierno.

Este discurso le impresionó de una manera extraordinaria, y el temor de caer un dia en la desgracia cuya triste imágen tenia ante su vista, le hizo suplicar á esta señora, que le dijese lo que debia hacer para evitarla. Ella le dió bondadosamente una lección, haciéndole conocer con la mayor claridad, que estaba destinado á la vida monástica: « Es preciso, le dijo, que ayunes, que te abstengas de comer carne, y que te apliques á una oración continua. » La que así hablaba no era una criatura mortal, pues, habiéndole dado esta lección, desapareció.

Dositeo, despues de esta aparición, se transformó enteramente, y comenzó á poner en práctica los consejos que acababa de recibir. Los que le veian quedaron admirados sin saber á que atribuir tan repentina mudanza, y le dijeron que aquel género de vida no convenia á un hombre de mundo, y que si tenia intención de seguirlo, debia retirarse á un monasterio.

Ignoraba en absoluto lo que era un monasterio, y habiéndose informado, manifestó deseos de retirarse á él. Dios, cuya Providencia le conducía paso á paso á sus fines, hizo que uno de los que le acompañaban y que conocía personalmente á san Sérido, lo presentase á él. El Santo, al ver á un jóven de gallarda presencia, educado esmeradamente y vestido con rico traje militar, formó desfavorable juicio

de su vocación, y temió ó que quisiese engañarle, ó que, deseando sinceramente ser monje, fuese su resolución efecto de un fervor pasajero.

En esta duda hizo llamar á san Doroteo, encargándole que lo examinase escrupulosamente. Hízolo el Santo, y viendo que todas sus aspiraciones se dirigian á salvar su alma, declaró á san Sérido, que, á su juicio, se hallaba animado aquel jóven de buenos sentimientos, y que no encontraba obstáculo en que se le admitiese á la profesión de la vida monástica. Entónces el santo abad le encomendó su dirección, hasta que adquiriese la instrucción necesaria para el estado á que aspiraba. San Doroteo se excusó en un principio, pues su profunda humildad le hacia creer que carecia de la capacidad suficiente para un cargo tan delicado, y suplicó á san Sérido que lo encomendase á san Barsanufó, que era el oráculo del monasterio. Pero san Barsanufó le envió á decir que lo tomase bajo su dirección, anunciándole que Dios queria servirse de él para salvar aquel alma.

San Doroteo no habia educado todavía á ningún discípulo, y demostró en este primer ensayo que se hallaba dotado del espíritu de sabiduría y discreción necesario para la dirección de las almas. Comprendió que Dositeo no se hallaba todavia en disposición de soportar todas las austeridades de la regla, y de sobrellevar los trabajos de los demás religiosos. Asi es que le impuso sólamente lo que podian sostener sus fuerzas, y recompensó la falta de austeridades con la continua renuncia de su propia voluntad.

Le fué imponiendo una abstinencia gradual, diciéndole en un principio que comiese todo lo que quisiera, dándole cuenta de la cantidad de manjares que consumiese. Díjole el primer dia que habia necesitado pan y medio. Está muy bién, le respondió el Santo. Pocos dias despues le or-



denó que cercenase una parte, y preguntaodole si habia quedado satisfecho ; no del todo, respondió Dositeo ; pero me va muy bién. Algún tiempo despues le ordenó que cercenase mayor cantidad, y viendo que soportaba esta abstinencia, le redujo á que no comiese más que seis onzas de pan, y algunos restos de peces y otras cosas que se reservaban para los enfermos.

Pidióle Dositeo ayudarle en el cargo de la enfermería que San Sérido habia encomendado á san Doroteo, y se consagró á este cargo con tanto celo y caridad que consolaba á los enfermos y edificaba á cuantos le veian. Era tan grande la vigilancia que sobre sí mismo ejercia, que, si alguna vez se le escapaba alguna palabra poco dulce, ó percibia haber faltado en alguna de las cosas que se le habian ordenado, concebía un vehementísimo dolor, se retiraba á su celda, y postrado en tierra, derramaba abundantes lágrimas, y pedia humildemente perdón de su fragilidad.

Los que le ayudaban en la asistencia á los enfermos, se enforzaban por consolarle, y no podian conseguirlo, sino llamando á san Doroteo, el cual le decia con aquella caridad que rebozaba en su corazón : ¿ Qué tienes, Dositeo ? Perdonadme, padre mio, respondia el humilde discípulo : me he dejado llevar de la cólera contra uno de mis hermanos, y le he hablado con aspereza. Pues bién, le replicaba el Santo, te has impacientado : ¿ sabes que todos aquellos á quienes sirves son miembros de Jesucristo, y que á este amorosísimo Salvador es á quién sirves en su persona ? ¿ porqué has obrado así ? ¿ quieres affigir á este dulcísimo Padre, que considera como hechas á él las ofensas que se hacen á los demás ?

El humilde Dositeo no respondia á esta dulce corrección mas que con lágrimas y suspiros, y san Doroteo, que consideraba su dolor, añadía : levántate y cobra ánimo : es preciso comenzar de nuevo y no volver atrás : procura no

caer en semejantes faltas : confío que Dios, en su misericordia, te concederá esta gracia.

La confianza que Dositeo tenia en la palabra de este Santo hacia que recibiese sus palabras, cual si brotasen de los labios del mismo Jesucristo. Se levantaba al punto, y volvía á su oficio con el mismo contentamiento y tranquilidad de espíritu, que si el mismo Dios le hubiese asegurado el perdón de su falta.

Ya hemos dicho que san Doroteo no habia considerado conveniente que practicase las austeridades corporales con el mismo rigor que los demás religiosos, porque era de una complexión muy delicada, y se contentó con reducirle á la sobriedad que hemos indicado, no obligándole á asistir por la noche más que á la última parte del oficio ; pero le redujo á la más perfecta obediencia, al desprendimiento más absoluto de todas las cosas, y á darle cuenta exacta de todos sus pensamientos y de todo lo que pasaba en el fondo de su alma. Dositeo observó estas prescripciones no sólomente con fidelidad, sino con grande gozo, no oponiendo nunca la más leve repugnancia. No quiere decir esto que san Doroteo le tratase siempre con dulzura y le dispensase las faltas pequeñas ; ántes por el contrario, le reprendia con mucha frecuencia, le humillaba en muchas ocasiones, y le obligaba á pedir perdón de las más pequeñas faltas.

Un dia en que el Santo visitaba la enfermería para ver si se hallaba todo en orden, le dijo Dositeo : Creo, Padre mio, que encontrareis limpias y bien hechas las camas. Es verdad, le respondió : eres muy buén enfermero ; pero veo que no eres tan buén religioso.

Reprendiéndole en otra ocasion de que, á causa de los hábitos que habia contraído en el mundo, hablaba algunas veces con cierta rudeza : Aquí no falta, le dijo, más que una botella de vino : traela.

Obedeció al punto trayendo un pan y una botella. El Santo, que se lo habia dicho con otro fin, quedó sorprendido y le preguntó que para qué habia traído aquello. « Me habeis dicho que lo trajese, y vedlo aquí : dadme vuestra bendición. ¡ O insensato ! le replicó el santo abad, te he dicho esto, porque, á semejanza de los godos, hablas con tono rudo y con gritos. Toma esta botella para tí, pues que hablas como ellos. Entónces Dositeo se prosternó, pidlió perdón y llevó la botella al sitio de que la habia tomado.

Cuando veia san Doroteo que necesitaba un hábito, le daba la tela para que lo hiciese, y cuando lo tenia concluido, en vez de dejárselo llevar, le ordenaba que se lo diese á otro religioso é hiciese otro para él, que una vez terminado tambien, se lo mandaba entregar á otro. El buén discípulo obedecía con diligencia y gozo, complaciéndose en que su padre espiritual contrariase su voluntad.

El procurador del monasterio llevó un cuchillo para el servicio de la enfermería, y lo entregó á Dositeo. Presentólo éste a san Doroteo pidiéndole permiso para usarlo. Tráelo, le dijo, para que yo vea si es bueno. Sí, respondió Dositeo, es muy bueno y á propósito para lo que yo quiero. Conoció el Santo por estas palabras, que le habia agradado mucho, y queriendo arrancar de su corazón hasta la más pequeña raiz de apego á las cosas terrenas, le dijo : ¿ Porqué tienes satisfacción en estas cosas que nada valen ? ¿ quieres ser esclavo de un cuchillo, ó siervo de Dios ? ¿ no te dá vergüenza de que un triste cuchillo se enseñoree de tu corazón ? El santo discípulo bajó los ojos, demostrando con su actitud y su silencio que pasaria sin él por obedecerle, y san Doroteo añadió : Dá ese cuchillo á otro, y no toques á él. Obedeció inmediatamente, y vió con corazón tranquilo que los demás se sirviesen de él, sin pensar siquiera en que lo que á otros se permitia á él se negaba, y

no procurando otra cosa que obedecer con la más ciega prontitud.

En otra ocasión le sujetó san Doroteo á una prueba durísima, que resistió con la misma sumisión y tranquilidad de espíritu. Permittede que leyese la sagrada Escritura, y como lo hacia con un corazón puro, comenzaba á comprender sus ocultos misterios, pues Dios recompensaba su piedad con sus divinas luces. Cuando encontraba alguna dificultad, iba á consultarla con su padre espiritual. Éste, que no procuraba otra cosa que inspirarle una humildad profundísima, en lugar de satisfacerle, le respondia que nada tenia que decirle, y Dositeo se contentaba con esta respuesta seca, sin que por eso dejase de volver á consultarle. Un dia en que vino á rogarle que le diese la explicación de un pasaje que no entendia bién, le respondió el Santo que fuese á pedírsela á san Sérido : pero san Doroteo habia prevenido á este santo abad, que le abultase la dificultad, en vez de resolvérsela, y le diese algún nuevo motivo para humillarle más.

Dositeo fué con la mayor sencillez en busca del santo abad, y san Sérido, en vez de contestar categóricamente á la pregunta que le hacía, le dijo con un tono severo. Muy inoportuno es que un hombre tan ignorante hable de cosas tan elevadas. Pensad más bien en vuestros pecados y en la vida tan mundana que llevasteis en el siglo. Añadió otras palabras no ménos mortificantes, y lo despidió de una manera destemplada. Pero todo lo sufrió el piadoso Dositeo con una dulzura angelical, comportándose de la misma manera en todas las pruebas á que le sometió san Doroteo : pues no fijaba su atención en lo que tenian de humillante y trabajoso, ni veia en ellas otra cosa que el deber de practicar la obediencia.

Bien pronto llenó la medida de la santidad con esta abnegación tan perfecta, pues al cabo de cinco años se

encontró cargado de merecimientos, cual si hubiese recorrido una larga carrera, y Dios le llamó á sí para recompensar su fidelidad. La enfermedad que le llevó á este venturoso término, fué una afección de pecho, acompañada de continua hemorragia, y aún cuando eran agudísimos los dolores que le producía, los soportó con la paciencia de un hombre consumado en la virtud, y hasta el último instante de su vida se ejercitó en la renuncia de su propia voluntad.

Habia oído decir que los huevos frescos servían para contener la sangre, y con frecuencia pensaba en este remedio tñn fácil, por un efecto de la naturaleza que se resiste á la muerte. Se lo dijo á san Doroteo, á quién nada de lo que sentía en su corazón ocultaba; pero al manifestárselo, le rogó que no le obligase á tomarlo, porque pensaba frecuentemente en ello, y no quería hacer nada de lo que deseaba, sino sólomente lo que le ordenasen sus superiores: « Padre mio, le dijo, me han hablado de un remedio que dicen ser eficaz, y como nada os oculto, debo manifestároslo; pero os pido que no me lo mandeis, porque veo que me preocupa, y que pienso mucho en él. Dime, le » respondió san Doroteo, ¿ cual es ese remedio? Dicen, replicó, que consiste en tomar huevos frescos, y yo os ruego « en nombre de Dios que no me lo mandeis, porque no « quiero hacer otra cosa que lo que proceda espontáneamente de vuestra voluntad. Sí, dijo el Santo, así lo haré, « y tú no te intranquilies. » En lugar de este remedio que no creyó eficaz, le dió todos aquellos que podían contribuir á su curación; pero el mal se fué agravando.

Durante todo este tiempo no perdía la presencia de Dios, y decía frecuentemente con devoción tierna y afectuosa: Señor mio, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, tened piedad de mí: Hijo de Dios, venid en mi auxilio. Estas palabras son las que principalmente le habia encomendado

san Doroteo. « Dositeo, le decia, no dejes la oración. No « la dejo, le respondia ; pero orad tambien vos, padre mio, « por mí.

« A medida que se agravaba la enfermedad, le decia de cuando en cuando el Santo. « ¿ Como va la oración, Dositeo? Procuro, padre mio, no dejarla, y á vuestras oraciones sólomente debo esta gracia. De esta manera continuó, hasta que, no pudiendo ya hablar, le recomendó el Santo que fijase en Dios su mirada interior, y que le considerase como presente.

Por último, como sufría mucho, dijo á san Barsanufio, que habia venido á verle : Padre mio, mandad que muera, porque ya no puedo más. Tén un poco de paciencia, le contestó el Santo, pues ya está cerca, hijo mio, el momento de la misericordia divina. San Doroteo, que no le abandonaba y que veia los agudos dolores que experimentaba, llegó á temer que el demonio le tentase de impaciencia con detrimento de su perfección, y pocos dias despues dirigiendo Dositeo una mirada á san Barsanufio, le dijo con dulzura : Padre mio, no puedo vivir más. Pues anda en paz, le respondió, preséntate ante el trono de la Beatísima Trinidad, y ruega por nosotros. Entónces el hijo de la obediencia durmió el sueño de los justos en el seno de esta virtud, que habia sido como su nodriza en la religión, y que le habia elevado á la más tierna y sólida piedad.

Los religiosos que se hallaban presentes quedaron admirados de la seguridad que san Barsanufio le habia dado de su salvación. Su sorpresa llegó hasta la murmuración. ¿ Como, decian, por qué títulos ha merecido Dositeo estas palabras tan consoladoras? ¿ en donde están las grandes obras que ha practicado? Hacian comparación con las extraordinarias austeridades de otros religiosos, algunos de los cuales pasaban dos dias sin comer, y entregados á continua vigilia. Como nada de esto habian visto en Dositeo,

que, ántes por el contrario, habia sido dispensado de estos trabajosos ejercicios, no podian comprender, que, habiendo vivido tan pocos años en el monasterio, hubiese llegado á una perfección á que ellos aspiraban con maceraciones y prácticas laboriosas.

Pero pensaban de esta manera, porque ignoraban el camino de renuncia y abnegación, por el cual Dositeo habia llegado á ella, camino tan trabajoso para la naturaleza como las mortificaciones exteriores, en que se apoya muchas veces el amor propio; miéntrás que la muerte á la propia voluntad, á que habia tenido la dicha de llegar Dositeo, fué á un mismo tiempo la muerte de su amor propio y la vida de su alma. Así es que no tardó Dios en manifestar á estos religiosos cuán injustas eran sus quejas, y á cuán sublime grado de gloria habia elevado la obediencia á Dositeo. Pues habiendo venido algún tiempo despues á este monasterio un solitario de una virtud eminente, y habiendo pedido á Dios que le manifestase los méritos y la gloria de los religiosos de esta casa, los vió reunidos en coro, y en medio de estos venerables ancianos á un joven novicio, fijándose en todas las señas de su rostro, en su talla, en sus cabellos y en todo aquello que lo distinguia de los demás. Habló de él con grande admiración á todos los religiosos, y por el retrato que hizo, vinieron en conocimiento de que era Dositeo. Estó les movió á glorificar al Señor y á alabar las riquezas de su misericordia. Entónces comprendieron todo el mérito de la obediencia, y la sabiduría y discreción con que habia conducido san Doroteo á su discípulo á esta santidad consumada.

Hablando de él mismo san Doroteo en sus instrucciones ascéticas, hacía mencion de esta visión y del mérito de san Dositeo á quién proponia como modelo de santo desprendimiento. « Ved aquí hermanos míos, les decia, cuantos « progresos se hacen destruyendo poco á poco la propia

« voluntad. Prueba evidente de ello es el ejemplo del bienaventurado Dositeo. Vosotros sabéis que, durante el tiempo que estuvo en el siglo, vivió en la molicie y en medio de los placeres : sabéis también con cuanta prontitud este hombre, que nunca había oído hablar de Dios, se elevó á una perfeccion eminente, renunciando á su propia voluntad y abrazando una perfecta obediencia. Tampoco ignorais la manera con que Dios ha glorificado á su siervo, no permitiendo que una virtud tan resplandeciente permaneciese oculta á los hombres, puesto que en una visión lo ha mostrado á un solitario, gozando en la compañía de los santos de la eterna bienaventuranza. »

Este pasaje de san Doroteo es un resúmen de lo que acabamos de decir de su bienaventurado discípulo, y confirma la verdad de su historia, que los críticos, especialmente los Bolandistas y Baillet, consideran muy digna de ser leída, y que fué escrita por otro discípulo del mismo Santo, y por consiguiente, por un autor contemporáneo, que pudo ser testigo ocular de los hechos que refiere. A este mismo autor se atribuye el fragmento de la carta que hemos copiado al fin de la vida de san Doroteo.

## DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN DOROTEO

San Doroteo no fué sólo un autor ascético, sino un fiel depositario de la fé. Así lo dice el autor en el prólogo de sus obras, asegurando que siempre fué considerado como uno de los Padres de más autoridad en la Iglesia griega. Créese que este autor era un religioso del célebre



monasterio de Estudio. El testimonio que cita de san Tareso, patriarca de Constantinopla, y de san Teodoro Estudita, demuestra que san Doroteo era tenido en grande veneración, y en mucha estima sus escritos. Añade este autor que un hereje, llamado Panfilo, vino á Oriente, y tuvo la osadía de atacar la reputación de este Santo y la de san Barsanuvo; pero esto no sirvió más que para hacerla brillar con más esplendor, pues este hereje no se hubiera atrevido á calumniarle, si su fé no hubiese sido sana y eminente su virtud: porque propio es de los enemigos de la Iglesia exhalar su veneno contra los que defienden la sana doctrina, y edifican con sus virtudes.

Tenemos en favor de san Doroteo un testimonio muy respetable, es el de san Juan Clímaco, Padre también de la Iglesia griega, el cual aprendió los deberes de la vida monástica en los escritos de este Santo, y enriqueció su *Escala Santa* con muchos pasajes que tomó de sus instrucciones, y que refiere casi literalmente.

No poseemos todas las obras de san Doroteo; pero de las que nos quedan se desprende, que leyó la de todos los santos Padres que le precedieron, no sólomente en la parte que se refiere á la moral, sino en la que atañe al dogma. En este no hizo más que imitar á la mayor parte de los solitarios, quienes, con motivo de los errores que en aquella época se propagaron, viéronse obligados á instruirse de la tradición en las obras de los santos Padres, con el fin de defender la fé contra las artificiosas sutilezas de los herejes, y para no verse arrastrados por todo viento de doctrina. San Doroteo, pues, no quedó encerrado en el retiro de su claustro, consagrado únicamente á recibir, en cualidad de discípulo, las instrucciones de san Barsanuvo y del abad Juan, ó á darlas, en cualidad de superior, en el monasterio por él fundado. Dios lo dió á su Iglesia para defenderla del error, y á un gran número de personas de

« voluntad. Prueba evidente de ello es el ejemplo del biena-  
 « venturado Dositeo. Vosotros sabeis que, durante el tiem-  
 « po que estuvo en el siglo, vivió en la molicie y en medio  
 « de los placeres : sabeis también con cuanta prontitud este  
 « hombre, que nunca habia oido hablar de Dios, se elevó á  
 « una perfeccion eminente, renunciando á su propia vo-  
 « luntad y abrazando una perfecta obediencia. Tampoco  
 « ignorais la manera con que Dios ha glorificado á su sier-  
 « vo, no permitiendo que una virtud tan resplandeciente per-  
 « maneciese oculta á los hombres, puesto que en una visión  
 « lo ha mostrado á un solitario, gozando en la compañía de  
 « los santos de la eterna bienaventuranza. »

Este pasaje de san Doroteo es un resúmen de lo que acabamos de decir de su bienaventurado discípulo, y confirma la verdad de su historia, que los críticos, especialmente los Bolandistas y Baillet, consideran muy digna de ser leída, y que fué escrita por otro discípulo del mismo Santo, y por consiguiente, por un autor contemporáneo, que pudo ser testigo ocular de los hechos que refiere. A este mismo autor se atribuye el fragmento de la carta que hemos copiado al fin de la vida de san Doroteo.

## DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN DOROTEO

San Doroteo no fué sóloamente un autor ascético, sino un fiel depositario de la fé. Así lo dice el autor en el prólogo de sus obras, asegurando que siempre fué considerado como uno de los Padres de más autoridad en la Iglesia griega. Créese que este autor era un religioso del célebre

« iniquidad: la muerte estableció su imperio en el mundo, y  
 « no quedó en él ningún vestigio de piedad. La ignorancia  
 « se hizo general: los hombres perdieron el conocimiento  
 « de Dios, y á excepción de un pequeño número que perse-  
 « veró en la ley natural, los demás quedaron en el más  
 « mísero estado. El demonio desplegó entónces toda su  
 « malicia: la iniquidad se estableció y dominó toda la  
 « tierra, y viéronse nacer la idolatría, la magia, el homici-  
 « dio y toda clase de excesos. »

« Sin embargo, Dios tuvo misericordia de la obra de sus  
 « manos: dió una ley á los hombres, á fin de que de ella  
 « pudiesen servirse para rectificar su vida, para corregir  
 « sus costumbres y salir del abismo en que se habian  
 « precipitado. Envió también profetas; pero el mundo no  
 « se aprovechó de sus enseñanzas. Por último, movido por  
 « un exceso de misericordia, envió á su Hijo unigénito:  
 « pues sólomente Dios podia remediar estos males. »

Se extiende despues san Doroteo en consideraciones sobre los ejemplos y doctrina que hemos recibido de nuestro señor Jesucristo, y sobre los medios que nos ha dado para curar la llagas del pecado y entrar en el camino de las virtudes. Distingue dos clases de estados: uno en el cual se observan los mandamientos necesarios para la salvación, y otro en que se abrazan los consejos para llegar á la perfección evangélica. Su instrucción se refiere á los deberes de este segundo estado, puesto que la dirige á los religiosos.

« Los mandamientos, dice, se han dado á todos los cris-  
 « tianos, y no hay uno solo que pueda dispensarse de su  
 « cumplimiento. Este es, si así puedo expresarme, el tri-  
 « buto que se debe pagar al príncipe, y el que lo rehu-  
 « sase, merecerá ser castigado. Pero así como hay en el  
 « mundo personas de un rango distinguido, que no se  
 « contentan con cumplir para con el rey esta obligación

« común, sino que le ofrecen mayores homenajes para  
 « hacerse dignos de mayores honores: así también los  
 « Padres no se han limitado á la observancia de los pre-  
 « ceptos, sino que ofrecen á Dios dones y presentes volun-  
 « tarios. Estos dones son la castidad, la pobreza y la obe-  
 « diencia. Han añadido á la práctica de las otras virtudes  
 « la observancia de los consejos, y han crucificado el mun-  
 « do á sí mismos, segun el lenguaje de san Pablo (1), es  
 « decir, que por virtud de la cruz de Jesucristo, es el  
 « mundo objeto de horror, cual reo en el suplicio, para  
 « aquel que de él se retira, y abandona sus pecados, sus  
 « posesiones y todas las esperanzas del siglo: así como  
 « también se ha crucificado al mundo todo aquel que des-  
 « pues de haber abandonado y de haberse despojado de las  
 « cosas sensibles, se propone combatir sus halagos, des-  
 « truir el apego á la voluptuosidad, sujetar su propia vo-  
 « luntad, y domar sus vicios y pasiones. »

« Ved aquí lo que han hecho nuestros padres y prede-  
 « cesores. Y ¿ podemos nosotros gloriarnos de hacer lo  
 « mismo? El mundo nos es crucificado, desde que lo aban-  
 « donamos y nos ocultamos en las sombras de la soledad;  
 « pero nosotros no nos hemos crucificado al mundo, por-  
 « que aún tenemos afecciones tan vivas como ántes: to-  
 « davía buscamos los placeres, nos impresiona el deseo  
 « de la gloria, buscamos la buena comida, los adornos y la  
 « buena forma de los vestidos, nos agradan los buenos  
 « muebles y los objetos llenos de atractivo, y permitimos,  
 « como dice san Zozimo, que lo que no es más que una  
 « bagatela ocupe el lugar del céntuplo que nos ha ofrecido  
 « Jesucristo. »

« Creemos, hermanos míos, que hemos renunciado al  
 « mundo, porque nos hemos encerrado en un monasterio,

(1) Gal. vi, 14.

« aún cuando conservemos por otra parte todas las pasio-  
 « nes que nos apegan á las cosas que no deberían merecer  
 « nuestra atención. Lo cual no deja de ser una necesidad,  
 « pues habiéndonos despojado de cosas grandes y pre-  
 « ciosas, ó habiendo abandonado, por lo ménos, todo lo  
 « que teníamos, y habiéndonos retirado al monasterio, es  
 « una locura satisfacer nuestras concupiscencias con cosas  
 « pequeñas, y alimentar nuestras inclinaciones con placeres  
 « insignificantes. »

Después que san Doroteo ha dado esta idea general de la verdadera renuncia de los religiosos, descende á algunos detalles, y les muestra la imágen ó representación continua de ella en el hábito mismo que llevan.

« Necesario es, mis hermanos, necesario es saber en que  
 « consiste precisamente esta renuncia, y por que nos hemos  
 « retirado á la soledad. Esto se halla significado en el  
 « hábito que llevamos : con él debemos expresar la santidad  
 « de nuestra conducta, emprendiendo el mismo género de  
 « vida y los mismo combates, que con tan buén éxito em-  
 prendieron nuestros padres. »

« Nuestro hábito es, en contra del uso ordinario, una  
 « túnica sin mangas, para enseñarnos que no debemos  
 « tener manos ó acción para hacer las obras del hombre  
 « viejo, como herir, robar ú otros excesos semejantes. Hay  
 « en él una marca de color de púrpura, para enseñarnos  
 « que así como los que hacen la guerra para servir á su  
 « rey llevan algún distintivo en su traje, para significar que  
 « combaten bajo sus banderas, así también nosotros nos  
 « hallamos alistados bajo el estandarte de Jesucristo, y es-  
 « tamos obligados á sufrir trabajos semejantes á los de este  
 « divino Mæstro, que se dignó entregarse á todo género de  
 « tormentos y ser vestido con una túnica de púrpura. El  
 « cíngulo que llevamos significa que debemos estar siempre  
 « dispuestos á trabajar, y siendo de piel de una bestia muer-

« ta, y ciñendo nuestros riñones, nos enseña á morir á  
« todos los deseos desarreglados.

« El escapulario en forma de cruz que llevamos en  
« nuestras espaldas, nos recuerda que es preciso llevar  
« nuestra cruz, si queremos seguir á Jesucristo, y esta  
« cruz consiste en practicar una mortificación perfecta,  
« basada en la fé que tenemos en Jesucristo. »

« Por último, la capucha que cubre nuestra cabeza es el  
« símbolo de la humildad en que debemos vivir, pues tiene  
« la forma de la que llevan los niños, cuyo carácter es la  
« sencillez humilde é inocente. Es al mismo tiempo figura  
« de la gracia divina, por que, á la manera que cubre y ca-  
« lienta la cabeza de los niños, así también, según el pen-  
« samiento de los antiguos, la gracia de Jesucristo cubre y  
« defiende nuestra alma, y la protege en su infancia espi-  
« ritual. »

« Sean, pues, mis hermanos, sean nuestra vida y nuestra  
« conversación conformes á nuestros vestidos, y procure-  
« mos no hacernos indignos del hábito que llevamos. De la  
« misma manera que hemos renunciado á las cosas gran-  
« des, renunciemos á las pequeñas : habiendo ya renuncia-  
« do al mundo, renunciemos también á las afecciones que  
« á él nos ligan, y si queremos hacer efectiva esta renun-  
« cia, trabajemos principalmente por destruir nuestra pro-  
« pia voluntad. Nada hay tan ventajoso como esta renun-  
« cia, que nos conducirá á la práctica de todas las virtudes.  
« De la misma manera que el viajero busca siempre el  
« camino más corto, así el que enfrena su propia volun-  
« tad encuentra un medio más breve y fácil para vencer las  
« inclinaciones viciosas. »

« Ahora bién, hermanos míos, de diferentes maneras y  
« hasta en las más pequeñas ocasiones podemos vencer la  
« propia voluntad. Por ejemplo, un religioso que sale un  
« instante del monasterio, vé por casualidad un objeto que

« llama su atención, si en lugar de fijarse en él, retira su  
 « mirada, habrá triunfado de su voluntad. Encuentra á  
 « algunas personas que están conversando, entra en deseos  
 « de detenerse con ellas, si resiste á este deseo, habrá ven-  
 « cido la propia voluntad. Se le ocurre ir á ver lo que se  
 « prepara en la cocina, si no va, ha vencido su voluntad. »

« Un religioso que ponga su esmero en combatir y con-  
 « trariar su voluntad en cosas tan pequeñas, podrá adqui-  
 « rir el hábito de vencerse en las grandes, y aún encon-  
 « trará gozo y satisfacción en ello, pudiendo de esta  
 « manera elevarse á tan alto grado de virtud, que no  
 « tenga voluntad propia, y se halle contento con todo lo  
 « que suceda, ya sea próspero, ya adverso. Entónces se  
 « puede decir con toda propiedad que se cumplirá siempre  
 « su voluntad, pues todo suceso es conforme á la voluntad  
 « del que no tiene ninguna. »

Refiere despues san Doroteo algunos ejemplos, y en primer lugar, el de la obediencia de san Dositeo, que hemos citado al final del capítulo precedente. Pone en segundo lugar, otro, de que él mismo fué testigo en el monasterio de san Sérido. « Vino, dice, de las comarcas de Ascalón  
 « un religioso enviado por su superior, anciano de rara  
 « virtud, con órden expresa de regresar ántes de que el sol  
 « se pusiera. En aquel mismo dia se levantó una furiosa  
 « tempestad acompañada de truenos y de una lluvia tan  
 « abundante, que el torrente próximo al monasterio en-  
 « grosó hasta inundar las tierras inmediatas. Esto no im-  
 « pidió que partiese el religioso para obedecer el manda-  
 « miento de su abad. Le suplicamos que no lo hiciese, por  
 « que era imposible que pasase el torrente; pero viendo  
 « que no podíamos disuadirle, le acompañamos para que  
 « viese el desbordamiento de las aguas. Más cuando hubi-  
 « mos llegado, se despojó de sus vestidos, no quedándose  
 « más que con el escapulario para cubrirse : hizo un paque-

« te con sus ropas, que puso sobre su cabeza ; y atravesó á  
 « nado el torrente. Todos nos horrorizamos temiendo que  
 « pereciese ; pero á poco le vimos al otro lado, en donde  
 « poniéndose sus hábitos, se postró de rodillas para pe-  
 « dirnos la bendición, y partió para su monasterio, deján-  
 « donos llenos de admiración al considerar cuán intrépido  
 « le hizo la obediencia en tan gran peligro. »

Añade el Santo otro ejemplo que hemos citado en otra parte, y despues otro de san Basilio, que demuestra quanto se esforzaba este santo Doctor por renunciar á su propia voluntad. « Se refiere, dice, que, visitando san Basilio uno  
 « de sus monasterios, preguntó al superior, si habia al-  
 « guno de los hermanos que se salvase. A lo cual respon-  
 « dió el abad: espero que no habrá uno solo que no se  
 « salve con el auxilio de vuestras oraciones. Hízole el santo  
 « obispo otra vez la misma pregunta, y comprendiendo el  
 « abad, que tenia el espíritu de Dios lo que queria decir,  
 « hizo venir á uno de los religiosos. Viéndole san Basilio, le  
 « rogó que le lavase los pies, y al punto fué complacido.  
 « Despues tomando el Santo la vasija, permitid, le dijo,  
 « que yo haga otro tanto con su caridad. El religioso no  
 « opuso la más leve resistencia. Entónces reconociendo el  
 « Santo por esta prueba el espíritu de este religioso, le di-  
 « jo : Cuando yo entre en el santuario, seguidme, y recor-  
 « dadme que os imponga las manos. Obedeció con la misma  
 « sencillez, y en su consecuencia, lo llevó san Basilio con-  
 « sigo. ¿ A quién mejor que á un discípulo tan obediente  
 « convenia estar al lado de un Santo tan lleno del espíritu  
 « de Dios? »

---



## INSTRUCCION II.

## DE LA HUMILDAD

La segunda instrucción de san Doroteo se refiere á la humildad. Empieza probando su mérito y necesidad: demuestra despues que así como hay dos clases de orgullo, hay también dos especies de humildad, y se ocupa, por último, en los medios de adquirir esta excelente virtud. Hé aquí en sustancia lo que dice acerca de estos tres puntos.

« 1º Un Padre de la antigüedad decía: La humildad nos  
 « es necesaria sobre todas las cosas, y en todas ocasiones  
 « debemos confesar que hemos faltado, y decir: *Perdo-*  
 « *nadme* (1): pues á todas horas sufrimos los ataques de  
 « nuestros enemigos y los esfuerzos de nuestro adversario.  
 « Pero, hermanos míos; ¿ porqué dice este solitario que  
 « tenemos más necesidad de la humildad que de la tem-  
 « planza, de la fé, de la limosna y de las demás virtudes que  
 « nos son tan necesarias? Es para enseñarnos que sin la  
 « humildad no podemos adquirir las demás virtudes. De  
 « aquí se desprende cuán grande es el poder de esta vir-  
 « tud, y la fuerza de esta palabra: *perdonadme.* »

« El demonio se llama nuestro enemigo y adversario.  
 « Nuestro enemigo, porque nos odia; nuestro adversario,  
 « porque se opone al bién que nos proponemos practicar.  
 « Pero así como él nos pone todos los obstáculos que  
 « están á su alcance, así nosotros hacemos inútiles todos  
 « sus esfuerzos por medio de la humildad, por lo cual nun-  
 « ca comprenderemos en toda su extensión el mérito de

(1) Los solitarios se valian de esta formula siempre que eran reprendidos, o manifestaban sus culpas.

« esta virtud. Todos los santos han marchado por este camino, que abrevia el de la salvación según las palabras de un profeta : *Me he humillado, y el Señor me ha salvado.* »

« Humillémonos, pues, hermanos míos, y aseguraremos nuestra salvación. Si la enfermedad ó la debilidad no nos permiten emprender grandes trabajos, pongamos todo nuestro esfuerzo en humillarnos, y esperemos de la bondad de Dios que, por poco que hagamos, nos hará partícipes de la felicidad de los Santos. Nos hallamos enfermos, no podemos trabajar : está muy bien : pero ¿ que nos impide humillarnos ? »

« Felices, hermanos míos, todos aquellos que alcanzan esta virtud, que, como declara un hombre de Dios, es la base de todas las demás ; pues el que la practica no se llena de cólera, no se enfada ni molesta á ninguna otra persona. Notadlo bien : esta virtud no tiene otro enemigo que la vana gloria, y como por otra parte no conoce la ira, atrae la paz de Dios sobre el alma ; la pone á cubierto de la cólera, y preserva de las demás pasiones, como fué revelado á san Antonio, cuando representándosele en visión toda la tierra cubierta de lazos, se le dijo que solamente con la humildad podia escaparse de ellos. »

« ¿ Qué hay, por lo tanto, que iguale al poder de la humildad ? Si al hombre humilde ocurre alguna desgracia, se condena á sí mismo, y cree haberla merecido : no se queja de nadie : á nadie molesta, ni por nadie cree ser molestado. Así es que nunca se turba, y goza de perfecta tranquilidad. »

« 2º Hay dos especies de humildad, como hay dos especies de orgullo. La primera consiste en despreciar á los hermanos, y pretender hacerse superior á ellos ; mientras que la segunda se verifica, cuando se hace poco caso de Dios. Del primer orgullo se cae en

« el segundo, cuando no se tiene cuidado de reparar la  
 « falta por medio de la humildad. Yo mismo he tenido  
 « lugar de observar un ejemplo en un religioso. Cuando  
 « comenzó á dar pruebas del primer orgullo, si le daba  
 « un consejo alguno de sus hermanos, se enfadaba, y le  
 « respondia con cierto desdén. No os metais en esto,  
 « decia : sólomente el abad Zozimo y los que viven con él  
 « merecen ser estimados y escuchados. No paró en esto,  
 « pues al poco tiempo trataba de la misma manera al abad  
 « Zozimo, y decia que sólomente merecia alguna conside-  
 « ración el abad Macario. Poco tiempo despues desprecia-  
 « ba también á éste, y más tarde á san Basilio y á san  
 « Gregorio. Más aún, llegó á despreciar á san Pedro  
 « y á san Pablo, diciendo que sólomente guardaba consi-  
 « deración á la Santísima Trinidad, y llegó, por último, al  
 « exceso de sublevarse contra este santo Misterio. »

« Puede decirse que hay ade más otras dos clases de or-  
 « gullo: una que ataca á las gentes del mundo, y otra á los  
 « solitarios. Las gentes del mundo se creen más dignas  
 « de estimación que las demás, ya porque sean más ricas,  
 « más nobles ó mejor formadas, ya porque se hallen do-  
 « tadas de otras facultades naturales, como una voz agra-  
 « dable, un carácter dulce, ó mayor agilidad en las cosas  
 « que hacen. Los solitarios pueden caer en este orgullo de  
 « las gentes del mundo, cuando se llenan de vanidad por  
 « que tienen algunas de estas cualidades naturales, ó por-  
 « que su monasterio es más rico, más grande ó mas nu-  
 « meroso. »

« Pero el orgullo que de una manera especial inficiona  
 « á los monjes es aquel por el cual se glorifican á sí mismos  
 « por sus vigiliass, por sus ayunos, por su piedad, por la  
 « prudencia de su conversacion, ó por el celo en el cum-  
 « plimiento de la regla, y también cuando se humillan y  
 « rebajau con el designio de atraerse las miradas de los

« hombres. Ved aquí las dos especies de orgullo : hablemos  
« ahora de las dos especies de humildad. »

« Consiste la primera en creer á los demás mejores que  
« á sí propio, ó como decia un Padre de la antigüedad, en  
« que no haya nadie á quién se considere inferior ; mientras  
« que la segunda consiste en atribuir sólamente á Dios  
« todo él bién que se hace. Esta es la humildad perfecta de  
« los Santos. Son estas dos especies de humildad como dos  
« brazos de un árbol que se inclinan hacia la tierra, cuando  
« están cargados de fruto. Así pues, cuanto más llenos de  
« virtudes se hallan los Santos, tanto más se humillan, y á  
« medida que más se acercan á Dios por su santidad,  
« tanto más pecadores se consideran. »

« Ésta verdad parecerá incomprendible á los que no  
« conocen bién la humildad de los Santos. Hablaba yo  
« un dia con uno de los principales personajes de la ciu-  
« dad de Gaza, y como le dijese que aquel que más se  
« acerca á Dios, se considera más pecador, me dijo en  
« tono de admiración : ¿ Como puede ser esto ? Para ha-  
« cércelo comprender, le pregunte : ¿ cual es la persona que  
« hay de más consideración en vuestra ciudad ? Creo que  
« soy yo, me respondió. Y ¿ qué papel, insistí, representa-  
« riais en Cesarea ? Pues seria, replicó, la última de las  
« personas caracterizadas ¿ Y si fueseis á Antioquía ? Sería,  
« dijo, un simple ciudadano. ¿ Y si fueseis, por último, á  
« Constantinopla, y os acercaseis á la persona del empera-  
« dor ? Pues entónces seria una persona insignificante.  
« Ahora bién, le dije, eso es precisamente lo que hacen los  
« Santos : cuanto más se acercan á Dios, tanto más peca-  
« dores se consideran. »

« Abraham tuvo la felicidad de ver al Señor, y se dió á  
« sí mismo el nombre de tierra ó de palvo. Isaac exclama-  
« ba que era un miserable é impuro. No hay duda que la  
« humildad fué la causa de que los leones no dañasen á

« Daniel en el lago. Moisés y Jeremías se excusan por hu-  
 « mildad, cuando Dios les envia para que sean los defen-  
 « sores de su pueblo. »

« 3º Nadie puede expresar con exactitud en que consiste  
 « esta humildad, y como puede producirse en el alma, si  
 « no lo aprende por experiencia, pues la enseñanza de los  
 « hombres no se lo podrá dar á conocer. Preguntado un  
 « anciano por un religioso en que consistia la humildad,  
 « respondió, que era una cosa grande y divina, y que los  
 « medios de conseguirla eran los trabajos corporales, la  
 « oración y los sentimientos del corazón, por los cuales  
 « llega cada uno á considerarse inferior á los demás. Dice  
 « este santo Padre que los trabajos corporales conducen á  
 « la humildad, por que así como el hombre que goza de  
 « una salud vigorosa tiene disposiciones muy diferentes de  
 « las del que se halla enfermo, así como el que esta satis-  
 « fecho piensa de diferente manera que el que tiene hambre,  
 « y el que está sentado sóbre el trono tiene diferentes aspi-  
 « raciones que el que habita humilde hogar, así también el  
 « trabajo material humilla el cuerpo, y esta humillación  
 « trasciende al alma. El sentimiento de desprecio que se  
 « concibe de sí mismo combate la primera especie de or-  
 « gullo de que hemos hablado, y la oración, por la cual  
 « acudimos á Dios en nuestras necesidades, ó le atribui-  
 « mos el bién que hacemos y le damos gracias por él, com-  
 « bate la segunda especie. Una vez destruido este doble  
 « orgullo, se abre la humildad paso en nuestro co-  
 « razón. »

---

## INSTRUCCION III.

## LA CONCIENCIA

Despues de explicar san Doroteo en pocas palabras lo que es la conciencia, demuestra cuán peligroso es sofocarla, y cuanto importa seguirla, entrando despues á tratar de lo que dicta tanto para con Dios, como para con el prójimo y para consigo mismo.

« 1° Cuando Dios creó al hombre, dice, le inspiró algo « divino: á saber un sentimiento interior, un fuego, una « luz para ilustrar su razón y darle medios para que pueda « discernir el bién del mal. Así es que la conciencia subsiste « siempre en el fondo de nuestra alma, y no deja un mo- « mento de advertirnos nuestros deberes y obligaciones. Por « ella se guiaron los Santos ántes de que se les diese la ley « escrita; pero habiéndola ofuscado los hombres con la « multitud y enormidad de sus pecados, se les dió la ley, « hablaron los Profetas, y descendió, por último, el mismo « Jesucristo, para reanimar por la observancia de su san- « ta ley esta luz, que casi se habia extinguido. »

« Está en nuestras manos el apagarla de nuevo, ó hacer « que nos ilumine, si nos dejamos llevar de sus impre- « siones. Cuando nos inspira que hagamos una cosa y de- « jamos de hacerla, ó cuando nos prohíbe algo y lo ha- « cemos, entonces se dice que se sepulta la conciencia, « cual si se cubriese de tierra, y en este caso no se puede « oír clara y distintamente, á causa del peso de los pecados « con que se halla oprimida. Así pues, el hábito que con- « traemos de despreciarla y prescindir de sus inspiraciones, « hace que no fijemos la atención en lo que nos dicta. De « esto se lamenta precisamente el profeta Oseas, cuando

« dice: *Efraim ha vencido á su adversario, y ha hollado el juicio* (1) ».

« Llama ó la conciencia su adversario, y en el mismo sentido se expresa Jesucristo, cuando dice: *Acomódate con tu adversario, miéntras que estás en el camino, no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado en la cárcel* (2). Pero ¿ porque se llama nuestro adversario? Es porque combate nuestra propia voluntad, ya sea cuando nos reprende, porque faltamos á nuestro deberes, ya sea cuando nos acusa porque no hacemos lo que debemos. El camino durante el cual hemos de ponernos de acuerdo con ella es el tiempo de esta vida, despues de la cual hemos de ser juzgados y condenados, si no seguimos su dictámen.

« Procuremos pues, hermanos míos, conservar durante esta vida la pureza de conciencia: no permitamos que nos acuse, no desatendamos sus inspiraciones ni aún en las cosas pequeñas: no empecemos á decir dentro de nosotros mismos: ¿ qué importa esta palabra insignificante? ¿ qué mal se sigue de que yo coma éste ó aquel manjar? ¿ qué inconveniente hay en hacer esto ó aquello? De esta manera se va llegando poco á poco hasta embotar la conciencia; en un principio no causan remordimiento las cosas leves; despues tampoco lo causan las graves, y se concluye por caer en el abismo de la insensibilidad y del desprecio de la ley divina. »

« 2º Se observa el dictámen de la conciencia de muchas maneras: á saber, para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Se observa para con Dios, cuando se guardan sus preceptos sin consideraciones ni respetos humanos y por el contrario, se peca contra la conciencia

(1) Os. v, secund. LXX.

(2) Mat. v, 25.

« en lo que á Dios se refiere, cuando no se le dá con fidelidad lo que se le debe, aún cuando no haya otros testigos que Dios y la conciencia ».

» Se observa lo que dicta la conciencia en lo que al prójimo se refiere, cuando nos abstenemos de todo aquello que puede ofenderle, tanto de palabra como de obra ; pues á veces un gesto, un movimiento cualquiera, ó una mirada son suficientes para causarle molestia. »

» Por último, se sigue el dictámen de la conciencia para con nosotros mismos, cuando tenemos cuidado de todas las cosas que nos sirven, sin permitir que ninguna nos haga daño, ni se pierda (1). Así, por ejemplo, se peca contra la conciencia en este punto concreto, cuando no se tiene cuidado de limpiar y componer los hábitos ; cuando se lavan ántes que sea preciso, ó cuando se destrozan ».

» Se peca también contra la conciencia, cuando pudiendo descansar en un lecho pobre y modesto, se desea uno mullido y regalado, ó cuando teniendo una almohada de crin, se busca una más tierna, ó cuando, pudiendo contentarse con una cubierta ordinaria, se desea otra más vistosa, ó en fin, cuando, viendo lo que se dá á otros religiosos, se desea para sí. »

(1) Debe observarse que el espíritu de pobreza obligaba á los solitarios á tener un cuidado especial de los muebles y de todas las cosas de su uso, y esto por dos razones especiales que ya hemos expuesto en otro lugar. Es la primera, que estas cosas no pertenecen al religioso en propiedad, sino al monasterio, y por consiguiente, deben conservarse con el mismo esmero con que se custodia un depósito : pues en virtud del voto de pobreza nada propio tenían los solitarios. La segunda es, que todo lo que pertenecía al monasterio se miraba como consagrado á Dios, y por consiguiente, en lugar de despreciarlo, debía mirarse como cosa santa y conservarse con veneración. Todo esto nos dá idea del verdadero espíritu de pobreza enseñado por los Padres de la autigüedad.



» Tampoco se adelanta en la virtud, sino que se obra  
 » contra conciencia, cuando, despues de tender el manto  
 » al sol, no se retira á su debido tiempo, con peligro de  
 » que sufra detrimento : así como aquel que, pudiendo  
 » contentarse con algunas legumbres ó yerbas, procura  
 » un alimento más delicado. Por esta razón nos advierten  
 » nuestros Padres, que es de la más absoluta necesidad  
 » que procure el religioso, que no le acuse su conciencia.  
 » Conduzcámonos con tanta discreción, atención y sabi-  
 » duría, que nos garanticen de semejante desgracia.

---

## INSTRUCCION IV.

### DEL TEMOR DE DIOS

Habla san Doroteo en su cuarta instrucción del temor de Dios, y distingue tres clases de temor : el de los castigos, que es propio de los siervos ; el de perder la recompensa, que es propia de los mercaderes, y el filial, que conviene á los hijos. Despues de hablar de todos ellos y particularmente del último, cuyas ventajas demuestra, habla de los medios de adquirirlo y de los vicios que le son opuestos, en especial de la presunción. Entra despues en consideraciones acerca de la conducta que debe observarse con los hermanos de religión en conformidad con las reglas del temor de Dios.

» 1º Nos enseña san Juán, dice, que *la caridad echa*  
 » *fuera el temor* (1); miéntras que el real Proteta dice, que  
 » *los Santos temen al Señor* (2). A primera vista parece esto  
 » una contradicción ; pero la santa Escritura nos indica

(1) I, JOAN. IV, 18.

(2) Ps. xxxv.

» con esto que hay un temor que es propio de los que en-  
 » tran en los caminos de la piedad, y otro que sólomente  
 » poseen los santos que han llegado á la cumbre de la ca-  
 » ridad. »

» Nos enseña además san Gregorio Nacianceno que hay  
 » tres disposiciones diferentes para hacernos agradables á  
 » Dios. Si procuramos agradarle sólomente por el temor  
 » del castigo, nos hallamos en el estado de siervos. Si le  
 » obedecemos por hacernos dignos de la recompensa, nos  
 » hallaremos en la condición de mercenarios ; pero si úni-  
 » camente nos mueve á obrar el amor del bién, nos halla-  
 » remos en el número de los hijos. Tan luego come un  
 » hijo llega á la edad de la discreción, empieza á cumplir  
 » la voluntad de su padre, no porque tema que le castigue,  
 » ni porque espere sus recompensas, sino porque le ama,  
 » y entónces merece esta palabra de bendición : *Ya no eres*  
 » *siervo, sino hijo: y si hijo, tambien heredero por Dios*(1). »

» Cuando decia san Antonio que no temia á Dios, sino  
 » que le amaba, se referia al temor servil, y cuando á  
 » Abrahám, que se hallaba dispuesto á sacrificar á su hijo,  
 » le dijo el ángel : *Ahora veo que temes al Señor*, se refle-  
 » ren estas palabras al temor filial. Unas veces nos dice la  
 » Sagrada Escritura que el temor de Dios es el principio de  
 » la sabiduría, y otras que es su consumación ; más el real  
 » Prufeta nos marca la diferencia que hay entre estos dos  
 » temores cuando dice : *Venid, hijos, oidme, yo os enseñaré*  
 » *el temor del Señor*. Dice en primer lugar *venid*, exhortán-  
 » donos con esta palabra y animándonos á buscar la virtud.  
 » Añade, hijos *mios*, para hacer pasar á los que invita, del  
 » vicio á la virtud, y despues de exhortárlos á esta santa me-  
 » tamórfosis, continua, *yo os enseñaré el temor del Señor*.  
 » Explica despues en que consiste este temor, diciendo :

(1) Gal. iv, 7.

» ¿ Quién es el hombre que quiere vida, y desea ver días buenos ? Guarda tu lengua de lo malo, y tus labios no hablen engaño. Apártate de lo malo, y haz lo bueno : busca la paz y vete tras ella. »

» De esta manera nos conduce como con la mano, y nos exhorta á huir de lo malo por temor del Señor. Con su auxilio se pasa á la práctica del bien y se llega á la paz, que debe buscarse con santo ardor. Y ¿ qué hay, hermanos míos, más dulce y consolador que la dicha de recibir esta gracia tan excelente, esta venturosa paz ? Porque bienaventurados los pacíficos, dice Jéscristo, porque serán llamados hijos de Dios (1). Despues de haber explicado en que consiste el amor perfecto de los Santos, sólo nos resta saber como podemos adquirirlo, y como perderlo. »

» 2° Nos enseñan los santos Padres que este temor se produce en nosotros por la meditación de la muerte y de los castigos de la otra vida, por la exactitud en examinar por la noche las obras del día, y por la mañana las de la noche, por el cuidado de desechar de nuestros corazones toda presunción y de acompañarnos de las personas que temen á Dios. Se pierde, por el contrario, este temor empleando medios opuestos, es decir, por el olvido de la muerte y de los castigos eternos, por no velar ni examinar nuestra conducta, por vivir en la negligencia y acompañarnos de los negligentes, y por dejarnos llevar de la presunción y de una libertad inmoderada en nuestras acciones y palabras. Esta presunción, más que ninguna otra cosa, puede arrancar de nuestra alma el temor del Señor. »

« Sabed, hermanos míos, que esta presunción tiene por

(1) Mat. v, 9.

» decirlo así, faces casi infinitas. Se ejerce con la palabra,  
 » con la acción y con la mirada: excita á decir cosas vanas, á  
 » decir necedades, y á producir movimientos de risa con-  
 » trarios á la gravedad religiosa. Es presunción tocar al-  
 » guna cosa sin necesidad, tender la manos y hacer gestos  
 » al que rie, empujarlo, quitarle alguna cosa, ó tratar á las  
 » personas sin respeto. »

« Es también presunción referir á otros lo malo que se ha  
 » visto, distraer á alguno de los hermanos en cosas inúti-  
 » les, cuando se halla entregado á la oración ú ocupado en  
 » algún ejercicio santo. »

« Es preciso, mis hermanos, que nos tratemos unos á  
 » otros con toda la honestidad y circunspección convenien-  
 » tes: que evitemos manchar la conciencia de nuestros  
 » hermanos tanto como la nuestra: que nos honremos unos  
 » á otros, y que nos abstengamos de esas familiaridades  
 « que nos llevan á hacer signos de ojos ú otros actos impro-  
 « pios de nuestro estado y que los antiguos Padres com-  
 « prendian con el nombre de presunción. »

Despues de estas explicaciones, se fija san Doroteo en un punto de la mayor importancia, y que se refiere á la denuncia que debe hacerse á los superiores de los faltas de los hermanos, y á la pureza de intención con que debe hacerse en los casos en que obliga.

» Si llegase el caso, dice, de que viésemos á alguno de  
 » nuestros hermanos caer en pecado, en lugar de despreciar-  
 » lo, de decirle palabras mortificantes ó de permitir que se  
 » pierda por nuestro silencio pongámoslo, por compasión y  
 » por amor de Dios, en conocimiento de quién pueda levantar-  
 » lo, ó digámosle nosotros mismos con caridad y humildad:  
 » Perdonadme, hermano mio; pero me parece que eso no  
 » está bién hecho. Si no os escucha, manifestadlo á alguno  
 » otro con quién tenga confianza, y si nada se consigue,  
 » advertídselo al superior ó al abad según la cualidad de

» la falta, y despues estad tranquilo de haber cumplido  
 » vuestro deber. »

« Pero tened un especial cuidado de que, al denunciar,  
 » no lo hagais por deseo de hablar, de condenar ó de difamar  
 » á otros, sino únicamente por el deseo de sacarle de su  
 » falta, y de curar la llaga de su alma. Sondead vuestro cora-  
 » zon y procurad no hacerlo por alguna secreta pasión. Si  
 » despues de este exámen, estais seguros de que vuestra  
 » intención es pura, decid entónces al superior ó al abad:  
 » Padre mio, mi conciencia me dicta que no tengo otro  
 » objeto en lo que os voy á manifestar que la corrección de  
 » un hermano: siento que se mezcle algún otro fin en la  
 » pureza de mi intención, y que me haga no ver claramente  
 » si tengo alguna prevención contra él, ó si es más que  
 » otra cosa un escrúpulo lo que me mueve á hacer esta de-  
 » nuncia. Despues de este descargo de conciencia, manifes-  
 » tad lo que sepais. »

« 3º Procurad también, hermanos mios, atestiguar el te-  
 » mor de Dios por el mútuo respeto de unos á otros, de suer-  
 » te que, cuando os encontréis, os hagais caritativo saludo,  
 » inclinando la cabeza. Humillaos ante Dios y ante vuestros  
 » hermanos sometiendo vuestra voluntad á la suya, pues el  
 » que cede hace más en beneficio propio, que en el de  
 » aquel en cuyo favor cede. »

« Si á alguno se le ha encomendado un oficio, por ejem-  
 » plo, si tiene el cargo del jardín, de mayordomo, de la coci-  
 » na ó alguno otro, procure no extralimitarse, vigilar cons-  
 » tantemente sobre sí mismo, y agradar en un todo á Dios,  
 » no dejando nunca las cosas en desórden, ni obrando  
 » por inclinación ó afecto natural, ni pretendiendo  
 » seguir la propria intención, ni haciendo el bién guiados por  
 » las luces naturales, ni descuidando ó despreciando el  
 » empleo que se le ha confiado, pues esta indiferencia es  
 » mala y desordenada. Pero así como no debe despre-

» ciarlo, tampoco debe entregarse á él con tanto afán,  
» que pierda la paz de su alma. »

« Además, mis amados hermanos, sea cualquiera el ofi-  
» cio que tengais en la comunidad, y cualquiera la dili-  
» gencia que exija de vosotros, procurad no hacer cosa  
» alguna por envidia, como queriendo que os salga mejor  
» que á los demás, ni por espíritu de emulación y sober-  
» bia. Mejor quisiera yo que faltaseis en alguna cosa á vues-  
» tro oficio, que el que se alterase vuestra paz y la de vues-  
» tros hermanos, cumpliéndolo con extrema exactitud. Los  
» únicos motivos que deben impulsarnos en nuestras obras,  
» son sacar alguna utilidad de ellas, y ¿ como hemos de sa-  
» carla, si en lugar de tratarnos con caritativo afecto,  
» damos ocasión á estar los unos poco satisfechos de los  
» otros? No pretendo, sin embargo, que no cumplais con,  
» vuestro oficio de la mejor manera que os sea posible, ni  
» que os desanimeis con el más pequeño obstáculo. Esto  
» sería faltar á la conciencia; y yo deseo que ésta la con-  
» serveis siempre pura por el sentimiento de una humildad  
» sincera, y por el mútuo respeto, y consideración de los  
» unos para con los otros, y que en todas las cosas obreis por  
» temor y por amor de Dios.

---

## INSTRUCCION V.

### DEL PROPIO ESPIRITU.

Todo lo que dice san Doroteo en esta instrucción es tan interesante, que lo expondríamos literalmente, si no temiésemos extendernos demasiado. Haremos, pues, un resúmen, pero con pena de no poder copiarlo íntegramente. Dos cosas nos enseña el Santo: primera, que nadie se basta á sí mismo para dirigirse espiritualmente: segunda, que de-

bemos dejarnos conducir con la mayor docilidad, cuando hayamos escogido un prudente y sabio director.

« 1° Se dice en el libro sagrado de los Proverbios, que  
 » *en donde no hay gobernador caerá el pueblo, y que, hay*  
 » *salud en donde muchos consejos* (1). Con esto se nos ma-  
 » nifiesta que no debemos marchar por nosotros solos, y  
 » que no nos debemos considerar capaces de guiarnos á  
 » nosotros mismos. Tenemos necesidad de dirección espiri-  
 » tual, y nada hay tan deplorable y expuesto á peligros y á  
 » las sorpresas del demonio, como la falta de esta di-  
 » rección que nos guie y nos sostenga en los caminos del  
 » Señor.

» A los que carecen de esta dirección compáralos la  
 » sagrada Escritura á las hojas de los árboles, que en un  
 » principio son verdes y agradables, pero que poco á poco  
 » se secan y caen á tierra. No se hace caso de ellas, y se pi-  
 » san. Lo mismo sucede á los que carecen de un director.  
 » Empiezan consagrándose con ardor á las vigiliás, á los  
 » ayunos, al silencio y á las demás prácticas de virtud; pero  
 » insensiblemente disminuye este fervor, y no teniendo quién  
 » los dirija, quién los aliente y sostenga el fuego del amor  
 » divino en su alma, se debilita, cae, y se hace el juguete  
 » de sus enemigos.

« Otra cosa sucede con los que tienen un director á quién  
 » declaran todo lo que pasa en su corazón, y nada hacen sin  
 » su consejo. Dice la Escritura que estos encuentran la sa-  
 » lud, para significarnos que, si queremos obrar con se-  
 » guridad nuestra salvación, debemos tomar consejo del  
 » director en quién hemos depositado nuestra confianza,  
 » y á quién es preciso descubrir todo nuestro interior, sin  
 » ocultarle lo más insignificante; pues la salvación sóla-  
 » mente se encuentra allí en donde hay mucho consejo.

(1) Prov. xi, 14.

» Sí, por el contrario, se le oculta alguna cosa, como algún hábito que se contrajo en el mundo y que aún no se ha desechado, ó algún afecto de la educación que se ha recibido, el demonio, que vé que todavía conserva su voluntad, aunque inclinada al bién, no deja de atacarle por este lado, y al fin le vence. »

« Cuando este enemigo encuentra personas que no quieren cometer la menor falta, no estan poco hábil en el arte de dañar á los hombres, que las tienta con cosas que les causarían horror, como por ejemplo, con un crimen. Pero las encuentra aferradas á su propia voluntad, y bajo el pretexto de un bién aparente, no deja de sorprenderlas, y de causarlas mayores daños.

» Es indudable, mis hermanos, que, cuando estamos llenos de nosotros mismos, y no nos apoyamos más que en nuestras fuerzas, pensando hacer lo bueno, nos tendemos lazos á nosotros mismos, y sin ponernos en guardia, trabajamos por nuestra propia perdición. Porque, decidme: ¿ como podremos conocer, y mucho ménos encontrar, la voluntad de Dios, confiando en nuestro propio espíritu, y no guiándonos más que por nuestra voluntad? » Decía el abad Pastor que nuestra propia voluntad es como un muro de bronce entre Dios y nosotros. Ved ahora la fuerza de esta expresión. Es como si dijese que la voluntad propia se opone, contradice y rechaza la de Dios, y cuando prescindimos de ella, podemos exclamar con el Profeta de los Salmos: *Por tí seré librado de la tentación, con mi Dios traspasaré la muralla* (1). Y efectivamente, cuando prescindimos de nuestra propia voluntad, entónces es cuando conocemos la de Dios, única pura, única santa. Por el contrario, nos es desconocida esta voluntad, cuando sólamente seguimos la nues-

(1) Ps. xvii, 30.



» tra, y si se nos aconseja alguna cosa para nuestra se-  
 » guridad y salud, no la podemos sufrir : la rehusamos y  
 » desechamos.

« Dice además el mismo abad Pastor que cuando sóla-  
 » mente nuestra propia voluntad es la que nos conduce al  
 » bién que hacemos, no es verdadera nuestra conversión  
 » ¿ Qué debemos deducir de esta sentencia ? Que es darnos  
 » la muerte el seguir nuestra propia voluntad en el bién  
 » que practicamos. Hay en ello tantos peligros, que pa-  
 » rece segura nuestra perdición. Porqué, ¿ quién podrá  
 » persuadir al que cree que conoce mejor lo que le conviene  
 » que el que le aconseja ? ¿ quién podrá convencer al que  
 » no quiere seguir más que el dictámen de su razón ? El  
 » enemigo concluye por vencerle, y por hacer de él lo que  
 » quiere.

« Así es que nada teme tanto el demonio, ni á nada se  
 » opone con tanto empeño, como á que las almas tomen  
 » consejo, pues teme en gran manera ser conocido. Cuan-  
 » do un alma se asegura manifestando sus disposiciones  
 » interiores, y un director prudente le dice : haced esto, y  
 » evitad aquello : esto es bueno, y aquello malo ; esto es  
 » justo, y aquello un movimiento de vuestra voluntad, en-  
 » tónces este alma se halla en las mejores disposiciones,  
 » por lo mismo que es guiada por Dios y defendida por todas  
 » partes. De este modo encuentra el camino de la salva-  
 » ción. »

« Pero esto no lo quiere el demonio. El se goza cuando  
 » vé que algunos monjes se dirijen á sí mismos : estos son los  
 » que le agradan, porque no siguiendo más que sus propias  
 » luces, están conformes con él, y como él son enemigos de  
 » su salvación. No creo que la causa de la caída de algunos  
 » sea otra que la confianza que tienen en sus propias luces,  
 » y si sabeis que alguno se ha separado del verdadero ca-  
 » mino, sabed que es porque ha seguido su propio juicio. »

« Procurad, hermanos míos, tomar siempre consejo, y  
 » no fiaros de vosotros mismos. Esta desconfianza es un  
 » grande bién : pues es efecto de una sincera humildad, y  
 » produce à su vez un gozo verdadero, una paz profun-  
 » da. »

« Pero me direis tal vez : ¿ qué hago si no encuentro  
 » una persona que me dirija ? Es verdad, hermanos míos ;  
 » pero al que busca la voluntad de Dios con pura intención  
 » y con todas las fuerzas de su corazón, Dios no le dejará  
 » sin auxilio, sino que le llevará como con la mano á la eje-  
 » cución de su santa voluntad, y hasta en caso necesario un  
 » niño le dará á conocer lo que de él exige. Pero si al-  
 » guno no busca la voluntad de Dios con un corazón recto  
 » y puro, aún cuando vaya á consultar á un profeta, Dios,  
 » que ve la malignidad de su corazón, permitirá que el  
 » profeta le responda según lo que se dice en la Escritura :  
 » *Cuando errare el profeta, y hablare la palabra, yo el Se-*  
 » *ñor engañé al profeta* (1).

» Necesario es, por lo tanto, que caminemos con recta  
 » intención, si queremos conocer la voluntad de Dios. Si  
 » alguna cosa nos parece buena, y como tal nos la propo-  
 » ne un director ilustrado, sigámosla, no por el juicio que  
 » de ella hemos formado, sino por el consejo que se nos  
 » ha dado. Quiera Dios preservarnos de los peligros en que  
 » se encuentran los que siguen su propio juicio, y conce-  
 » dernos la gracia de que sigamos el camino que nos tra-  
 » zaron nuestros Padres, que tuvieron la dicha de seguirle  
 » y agradarle.

(1) Erech. XIV, 9.

## INSTRUCCION VI.

## SOBRE LOS JUICIOS

No hay un pecado que con tanta energía hayan combatido los santos Padres, como el de juzgar con ligereza al prójimo, pues conocían que este pecado procedía de un principio de orgullo y de preferencia de sí mismo, que destruía la caridad fraterna y se oponía al espíritu de Jesucristo, lleno de misericordia para con los pecadores. Por esta razón san Doroteo, á semejanza de los Padres que le habían precedido, se expresa en esta instrucción con la mayor viveza, para hacer sentir la fealdad de este pecado, é inspirar á sus religiosos el horror que merece. No sólomente las personas religiosas, sino hasta las seculares, pueden encontrar en esta instrucción, lo mismo que en las que preceden y en las que siguen, enseñanzas que pueden servirles de mucho provecho. Es verdad que san Doroteo se dirige á los religiosos ; pero también lo es que combatía pasiones que sufren todos los hombres, y que todos están obligados á combatir.

« El pecado de juzgar temerariamente al prójimo es muy » grave en sí mismo, y Dios lo odia en extremo, como di- » cen los santos Padres. Él atrae, efectivamente, sobre no- » sotros la indignación divina, nos despoja de las virtudes » adquiridas, y nos incapacita para alcanzar otras nuevas. » Por esta razón dice Jesucristo en el santo Evangelio : » *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y despues verás » para sacar la mota del ojo de tu hermano* (1). En este pa- » saje compara el Maestro celestial la falta del prójimo con » la paja, y con la viga la del que juzga, demostrándonos

(1) Luc. vi, 42.

» de esta manera que este pecado es tan grave, que excede  
 » á todos los demás. Cuando el fariseo (1) daba gracias á  
 » Dios por sus buenas obras, no mentía : así es que Jesucris-  
 » to no lo condenó tan severamente por ello, pues todos  
 » estamos obligados á dar gracias á Dios por los bienes  
 » que de su mano misericordiosa recibimos ; pero censuró  
 » con la mayor dureza su conducta, por juzgar temeraria-  
 « mente al publicano en su persona y en sus disposiciones  
 « interiores. Así pues, condenando á éste, se condenaba á  
 « sí mismo.

« ? Porqué, en vez de juzgar á los demas, no nos juz-  
 « gamos á nosotros mismos ? ¿ porqué no fijamos nuestra  
 « consideración en tantas y tantas acciones malas, de que  
 « hemos de dar estrechísima cuenta á Dios ? ¿ porqué  
 « mezclarnos en las acciones é intenciones del prójimo ?  
 « Suficiente, y más que suficiente materia de considera-  
 « ción tendríamos con nuestras propias acciones. Sucede  
 « de ordinario que un religioso, por pura sencillez, comete  
 « alguna falta, y por lo tanto con esta sencillez agrada  
 « á Dios ; miétras que el que le censura se hace reo de  
 « verdadera culpa en la presencia de Dios. Pero suponga-  
 « mos que este religioso ha caído en alguna tentación :  
 « ¿ sabemos cuantos combates ha sostenido ántes de caer ?  
 « Dios, que ha visto los trabajos y esfuerzos que ha prac-  
 « ticado para resistir á la tentación, tiene compasión de él ;  
 « y sin embargo, nosotros le juzgamos. ¿ Sabemos las lágri-  
 « mas que tal vez ha derramado para expiar su falta ? Sa-  
 « bemos su pecado, pero no sabemos su penitencia.

« Pero aún hay otra cosa peor, y es que, no contentos  
 « con juzgar al prójimo, añadimos el desprecio al juicio.  
 « Estas dos cosas son diferentes, pues el desprecio consiste  
 « en hablar injuriosamente del prójimo y en ridiculizarle. En

(1) Luc, XVIII.

« verdad, mis amados hermanos, que los que sólomente  
 « piensan en su salvación están muy léjos de fijarse en las  
 « faltas de los demás: tienen constantemente ante sus  
 « ojos sus propios males, y semejantes á aquel solitario,  
 « que era testigo de la caída de uno de sus hermanos. ex-  
 « claman suspirando: ¡ Desgraciado de mí! tal vez me ocu-  
 « rrirá mañana á mí lo mismo.

Ved aquí cuales fueron sus precauciones: ved las dispo-  
 « siciones de su corazón: ved la prentitud con que encuen-  
 « tra medios para no condenar á su hermano. Se llena  
 « de temor por el pecado que él mismo hubiera podido  
 « cometer, y se abstiene de condenar á su hermano.

« Pero nosotros, hermanos míos, obramos desgraciada-  
 « mente de otra manera muy distinta: nos cuesta trabajo  
 « sobrellevar á nuestros hermanos: los rebajamos, y si  
 « hemos visto, ú oído, ó sospechamos de ellos alguna falta,  
 « somos injustos, no sólomente por juzgar mal de ellos,  
 « sino por la necia satisfacción de inculcar esta falta en el  
 « corazón de los demás, sin temor de atraer sobre nosotros  
 « la maldición fulminada por el mismo Dios ¡ *Ay del que*  
 « *da de beber á su amigo, y le mezcla su hiel!* (1).

« ¡ Ah! mis amados hermanos, si la caridad ocupase  
 « en nuestros corazones el lugar que le corresponde tendria-  
 « mos compasión de nuestros hermanos, sentiríamos sus  
 « males y nos afanaríamos por ocultarlos. Todos los san-  
 « tos nos han dado ejemplo de esta hermosa virtud. Cuan-  
 « do los pecados de los hombres eran visibles y públicos,  
 « ellos tenían ojos para verlos, pero procuraban disculpar-  
 « los. ¿ Qué hay más odioso para los santos que el pecado?  
 « Sin embargo, no odiaban al pecador, no lo condenaban,  
 « sino que hacían los esfuerzos que estaban á su alcance  
 « para corregirlos. Los exhortaban, los consolaban, y los

(1) Habac. II, 15.

« trataban como á miembros enfermos, no omitiendo nada  
« para su curación.

« ¿ Habcis observado lo que hace el pescador cuando siente  
« un pez en su ansuelo? Si ve que salta y se agita mucho,  
« no lo saca de una vez con violencia, no sea que se rompa  
« la cuerda, y escape su presa; sino que le dá carrete, lo  
« deja ir, hasta que se van paralizando sus movimientos.  
« Entónces lo atrae poco á poco á la rivera.

« Pues de esta misma manera atraen los santos á los  
« pecadores con su caridad y su paciencia. No los ofenden,  
« no los desprecian, sino que los animan y ayudan á levanta-  
« tarse, impidiendo de este modo que su falta perjudique á  
« los demás. Tengamos nosotros el mismo espíritu de com-  
« pasión para con nuestro prójimo; no lo ofendamos, no  
« lo condenemos, no lo depreciemos. Ayudémonos unos  
« á otros, como haríamos con los miembros de nuestro  
« propio cuerpo.

« ¿ Quién hay que, teniendo heridos un pié ó una mano,  
« descuide la curación de estos miembros, se los corte, ó  
« los deje morir? No se tiene horror á este miembro, ni  
« al mal olor que produce su podredumbre, y nada se  
« omite para su curación. Pues bién, los monasterios  
« son un cuerpo, y los religiosos sus miembros: el  
« superior es su cabeza: los que velan por la dirección  
« de los demás son sus ojos: los encargados de la  
« prédicación son su boca: los que los oyen son los  
« oidos, y las manos y pies los constituyen los que ejer-  
« cen los diferentes oficios. Ahora bién, si sois la cabeza,  
« gobernad: si sois los ojos, velad; si sois la boca, ins-  
« truid: si sois el oido, la mano ó el pié, obedeced, tra-  
« bajad: que cada uno preste á este cuerpo el servicio que  
« le corresponde: que todos caminemos unidos, para que la  
« unión y caridad de los unos con los otros nos lleve á la  
« unión con Dios.

« Los santos Padres nos enseñan esta verdad importantísima por medio de esta comparación. Imaginaos que el mundo es un círculo de que Dios es su centro, todos, los caminos que recorren los hombres, todos los oficios que ejercen, deben ser como las líneas trazadas de la circunferencia al centro. ¿ No es verdad, que cuanto más se acercan las líneas al centro, tanto más se acercan también unas á otras, y que, cuanto más se separan de este centro tanto más también se separan entre sí? Otro tanto sucede con los hombres : cuanto más se acercan á Dios, que es el centro, por el deseo de unirse á él, tanto más se acercan unos á otros por la mútua caridad, y cuanto más se alejan de Dios, tanto más se separan unos de otros. »

---

## INSTRUCCION VII.

### ACUSARSE Y REPRENDERSE A SI MISMO.

En esta instrucción nos dá san Doroteo un medio eficaz para sacar provecho de los trabajos que nos vienen de parte del prójimo, y que excitan nuestra sensibilidad. Demuestra que, acusándonos y reprendiéndonos nuestros propios defectos, impresionan ménos las cosas que hay que sufrir de parte de otros, y que en las contradicciones, ya sean grandes ya pequeñas, debemos elevarnos á Dios, sin considerar las disposiciones de la criaturas, ya favorables ya adversas para nosotros.

« 1º ¿ De donde, hermanos míos, procede, dice, que algunas veces no nos impresionan las palabras duras y humillantes ; mientras que otras veces nos mortifican? Puede ocurrir que seamos insensibles á ellas, porque acabemos de salir de la ocación, y se halle nuestro espíritu en un temperamento apacible, ó que profesemos tanto

« afecto á aquel hermano, que soportemos con facilidad  
« todo cuanto de él proceda, ó que despreciamos, por  
« último, al que nos ofende, y no hagamos caso alguno  
« de lo que nos diga.

« Voy á referir lo que sobre este particular he visto en  
« nuestro monasterio ántes de que yo saliera de él. Había  
« un religioso jóven á quién los demás trataban con despré-  
« cio y poca caridad ; sin embargo, nunca le ví impresionado  
« ni conmovido, ni indispuerto con ninguno, pues todo  
« lo sufría con resignación y hasta con gozo. Estaba yo  
« admirado de su paciencia, y un dia le pregunté, qué ha-  
« bia hecho para adquirir tan eminente virtud. Con la  
« mayor naturalidad me respondió : Hago con los que me  
« desprecian lo que el perrillo á quién castiga su amo :  
« acariciarlo. Me sorprendió esta respuesta, bajé la cabeza,  
« y me dije á mí mismo : este religioso ha encontrado el  
« verdadero camino. Hice la señal de la cruz al separarme  
« de él, y pedí á Dios que me concediese la misma gra-  
« cia. »

« Por el contrario, lo que hace que nos turbemos  
« cuando recibimos una ofensa, es que en este momento  
« nos hallamos en malas disposiciones, y por consiguiente,  
« si queremos averiguar el principio de nuestra emoción,  
« veremos que consiste en no haber cuidado de reprender-  
« nos y acusarnos á nosotros mismos. De aquí nacen las  
« agitaciones que no nos dejan gustar la paz del alma.

« No hay mejor medio para conseguir esta paz, segun la  
« doctrina de los Santos, que acusarse y reprenderse á sí  
« mismo. Nuestros Padres hablaban por experiencia, y de-  
« cía muy bién el abad Pastor, que tan sólo tiene paz y con-  
« solación el que se reprende incesantemente, porque si le  
« ocurre alguna aflixión, ó se le hace alguna injuria, la  
« sufre creyendo que la ha merecido.

« Pero me direis : Cuando ni hermano me ofende, y exa-



« minándome, veo que no le he dado motivo, ¿ como puedo  
 « acusarme á mí mismo ? Convengamos, hermanos míos, en  
 « que en aquel momento no le hayamos dado ocasión, ni de  
 « palabra ni de obra, para la ofensa ; pero tal vez se la ha-  
 « yamos dado ántes, y si no se la hemos dado á este her-  
 « man», quizá se la hayamos dado á otro.

« Indudablemente no somos tan sensibles, sino porque  
 « aqueja à nuestra alma alguna pasión secreta que no  
 « conocemos, por no tener cuidado de profundizarla ni de  
 « reprendérsola. De aquí resulta que, aunque estamos  
 « en paz, cuando nada se nos dice, nos turbamos en el  
 « momento en que se nos dirige una palabra mortificante.  
 « Pero el que nos ha dicho esta palabra no ha puesto en  
 « nuestro corazón la pasión que nos agita ; lo que única-  
 « mente ha hecho es darnos á conocer que la tenemos  
 « oculta. »

« Las tentaciones no siempre tienen el mismo peso : se  
 « hacen más ó menos ligeras á medida de los progresos  
 « que hacemos en la virtud. A la manera que una bestia de  
 « buenas condiciones lleva fácilmente su carga, y si res-  
 « bala casualmente, al punto se levanta ; mientras que otra  
 « que se halla enferma se vé agoviada por la más pequeña  
 « carga, y si cae, se levanta con mucha dificultad : así  
 « nuestra alma, cuando se halla debilitada por el pecado,  
 « se vé agoviada por cualquier accidente, por pequeño que  
 « sea. Lo cual no sucede cuando se adelanta en la virtud,  
 « pues entónces las cosas que parecían duras, se hacen  
 « fáciles y provechosas, y no turban la paz, porque se con-  
 « sidera que nada ocurre sin una disposición especial de la  
 « divina Providencia. »

« 2º En cualquiera affixión, en cualquier trabajo que se  
 « nos ofrezca, en cualquiera necesidad en que nos encontremos,  
 « no nos quejemos, hermanos míos ; sino digamos,  
 « por el contrario ; Jesucristo sabe mejor que yo lo que ne-

« cesito, y él tendrá cuidado de mí en todas las cosas. El  
« maná, con que alimentó á los hijos de Israel en el desierto,  
« era uno en especie, y sin embargo, tenia el gusto, que cada  
« cual deseaba. De la misma manera, si alguno necesitase  
« comer huevos, y no tiene más que yerbas, es necesario que  
« diga : Si me fuese verdaderamente necesario comer hue-  
« vos, Dios me los proporcionaría, porque es suficientemente  
« poderoso y misericordioso para hacerlo.

« Hay unos que nadan en la abundancia, miéntas que  
« á otros faltan las cosas necesarias. Dios dá á algunos  
« más de lo que necesitan, para que conozcan el exceso de  
« su liberalidad, y aprendan à manifestarse reconocidos ;  
« pero cuando rehusa à otros hasta lo necesario, lo suple  
« con su gracia, y les enseña à ejercitar la paciencia. De  
« suerte que, en todas las cosas, ya sean favorables, ya  
« adversas, debemos considerar la mano de Dios : debe-  
« mos levantar los ojos al cielo, darle gracias, hallar-  
« nos siempre dispuestos à condenarnos à nosotros mis-  
« mos, y decir como nuestros padres y maestros, que si nos'  
« viene algún bién, es por una disposición especial de la  
« divina Providencia ; pero si experimentamos algun mal,  
« se debe únicamente á nuestros pecados.

« Pero nos hallamos, hermanos míos, muy léjos de pensar  
« de esta manera, puesto que pecamos todos los días,  
« puesto que seguimos el impulso de nuestras pasiones, y  
« abandonamos el camino que nos han trazado nuestros  
« mayores, que consiste en reprendernos y condenarnos á  
« nosotros mismos. Habia en una ocasión dos religiosos in-  
« dispuestos entre sí, y vinieron á exponeme sus quejas.  
« El de más edad me dijo que el otro no tenia caridad :  
« que no le guardaba ningún género de consideraciones, y  
« que cuando le ordenaba alguna cosa, era tanta su indoci-  
« lidad, que rehusaba hacerla. A esto respondió el más jó-  
« ven. Perdonadme, Padre mio ; pero este religioso no me

« habla en nombre de Dios, me manda con imperio y cual  
 « si tuviese autoridad sobre mí, y ésta es la causa de que yo  
 « no le guarde la consideración debida. Ved aquí como en  
 « vez de acusarse cada uno á sí mismo, se acusaban el uno  
 « al otro ».

« Habia también otros dos que frecuentemente tenían  
 « diferencias, se daban en seguida satisfacción : pero con-  
 « tinuaban en la misma aversión, pues decia el uno : No  
 « me dá de corazón estas excusas, así es que no me inspira  
 « confianza. El otro á su vez decia : Como siempre está  
 « prevenido conmigo, recibe mal mis excusas, y procuro,  
 « por lo tanto, estar alejado de él. Ved aquí, mis hermanos,  
 « el error en que se hallaban estos dos religiosos. Bién sabe  
 « Dios cuanto me aflijo de ver que no nos aprovechemos  
 « de las instrucciones de nuestros Padres. ¿ No hubiera  
 « sido mejor que estos dos religiosos depusiesen sus que-  
 « jas? ¿ No debiera haber dicho el uno : este religioso se  
 « queja de mí, porque le hablo destempladamente, y el otro :  
 « yo soy indócil y desobediente?

« ? En donde encontraremos hoy un hombre semejante  
 « á aquel Sauto, que, preguntado cual era, á su juicio, la  
 « práctica más necesaria para agradar á Dios, respondió  
 « que era acusarse á sí mismo en todas las cosas? Así lo  
 « recomendaban con el mayor encarecimiento el abad Pas-  
 « tor y san Antonio, y todos sabemos que nuestros Padres  
 « no alcanzaron la paz tan perfecta en que vivieron sino por  
 « el hábito que tenían de acusarse á sí mismos, y de acudir  
 « á Dios en todas las cosas.

« Por lo que á nosotros toca, hermanos míos, nos halla-  
 « mos muy léjos de hacerlo así : en vez de acudir á Dios  
 « en las cosas adversas, nos indignamos con nuestro pró-  
 « jimo. Si se nos dice una palabra, la tomamos en mal  
 « sentido, diciendo, si no tuviese el propósito de ofender-  
 « me, me hubiera hablado de otra manera. Ved aquí como

« en vez de acudir á Dios, nos quejamos : del prójimo ;  
 « en vez de sacar provecho de todas estas situaciones,  
 « nos precipitamos en el mal. »

---

## INSTRUCCION VIII.

### DEL RECUERDO DE LAS INJURIAS.

Ya en otro lugar hemos hablado del recuerdo de las injurias, que forma el objeto de la octava instrucción dada por san Doroteo á sus religiosos, así es que sólomente expondremos aquí los puntos más culminantes.

Nos han enseñado nuestros Padres, dice, que nada « hay tan contrario á la profesión monástica, como montar « en cólera y afligir al prójimo : pues el que vence la cóle- « ra vence al demonio. ¿ Qué deberemos, pues, decir de « aquellos, que no sólomente se encolerizan, sino que con- « servan el recuerdo de las injurias ? ¿ Qué hacer, sino la- « mentarnos de sus malas disposiciones ? Es preciso, mis « hermanos, no considerar este sentimiento como insigni- « ficante, sino ahogarlo al punto. Hay una gran diferen- « cia entre el recuerdo de las injurias y la cólera : diferen- « cia que os voy á dar á conocer por medio de una compara- « ción. Cuando se quiere encender candela, se enciende « primeramente un carbón pequeño. Este carbón es pre- « cisamente la palabra que nos ofende. Si la habeis sopor- « tado con paciencia, habreis apagado el carbón. Pero si « os deteneis á considerarla, diciendo : ¿ porqué « me habrá dicho esto ? ya le responderé yo lo que con- « viene : no me habria hablado de este modo, si no « hubiese tenido intención de ofenderme : sepa que le exi- « giré entera retractación. Semejantes pensamientos son « como la leña que se echa al fuego, y el humo que produ

« ce este fuego es la turbación del ánimo, es decir, la agitación, el concurso de los diversos pensamientos que concurban el corazón, y le inspiran el deseo de la venganza. Ved á lo que puede conducirnos una sola palabra, si no procuramos acallar en su nacimiento la turbación que nos proporciona. »

« Pero nada me admira tanto en esto, como ver que ignoramos lo que casi continuamente tenemos en nuestra boca. No hay un solo día en que no nos carguemos á nosotros mismos de imprecaciones, cuando recitamos estas palabras de los Salmos: *Si pagué con mal á los que me lo hacían, caiga con razon bajo mis enemigos sin esperanza, Persiga el enemigo á mi alma, y alcáncela, y pise en la tierra mi vida, y reduzca á polvo mi gloria* (1). Somos, pues, muy desgraciados, hermanos míos, cuando conservando en nuestro corazón el recuerdo de las injurias, no nos apercebimos de que en estos cánticos pronunciamos el decreto de condenación contra nosotros mismos. »

« Hay algunos que no creen devolver mal por mal, porque no lo hacen con sus obras sino con sus palabras. Otros no devuelven mal por mal, ni aún con sus palabras, pero alimentan en su corazón sentimientos de odio y de desprecio para con sus hermanos. No manifiestan estar ofendidos de ellos; pero si saben que alguien los ha maltratado ó causádoles alguna amargura, se sienten llenos de satisfacción. Hay otros, por último, que no se gozan en hacerles mal alguno; pero se alegran de que otros se lo hagan, ó de que se les prive del honor y de la estimación. Pues bién, todo esto es recordar las injurias. »

« Quiero también hacerlos observar que hay algunos que, habiendo tenido alguna diferencia con sus hermanos y ha-

(1) Ps. VIII, 5-6.

« biéndoles dado satisfacción, no dejan de conservar al-  
 « guna prevención contra ellos, y aún cuando se hayan  
 « curado de la cólera recociándose, no han olvidado  
 « enteramente la injuria. Otros, despues de haberlos per-  
 « donado de buena fé, si llegan á recibir una nueva ofensa,  
 « recuerdan, no sólamente la injuria reciente, sino aque-  
 « llas primeras que ya parecían olvidadas. Pues bién, estos  
 « se asemejan á un hombre que, aún cuando curado de la  
 « herida que recibió, se conserva siempre débil, y se resiente  
 « de la parte lesionada. »

« Trabajemos pues, mis hermanos, por curar nuestras ci-  
 « catrices, y hagamos de modo que se cierren perfectamen-  
 « te, y que no dejen deformidad alguna. El medio más eficaz  
 « para conseguirlo es rogar á Dios con todas las fuerzas de  
 « nuestro corazón por aquellos que nos hayan causado  
 « alguna molestia, diciendole : Haced, Señor, misericordia  
 « á mi hermano y á mí. »

---

## INSTRUCCION IX.

### SOBRE LA MENTIRA.

« Mi designio, hermanos míos, dice san Doroteo en esta  
 « intrucción, es deciros alguna cosa acerca de la mentira,  
 « porque, á mi juicio, no teneis toda la exactitud necesaria  
 « para regular los movimientos de vuestra lengua, lo cual  
 « es causa de que en algunas ocasiones se os escapen al-  
 « gunas cosas contra vuestro deber. »

« Está escrito que el demonio es *mentiroso y padre de la*  
 « *mentira* (1); por el contrario, Jesucristo es *el camino,*  
 « *la verdad y la vida* (2). Considerad, pues, que, dejando la

(1) Joan. VIII. 14.

(2) Joan. XIV, 6.

« mentira, dejais al demonio, y que siguiéndola, seguis  
 « al demonio. Si teneis un verdadero deseo de la sal-  
 « vación, amad la verdad con todo vuestro corazón, y pre-  
 « servaos de la mentira, que os separa de Aquel que es la  
 « verdad y la vida. »

« Se puede cometer la mentira de pensamiento, de pa-  
 « labra ó de obra. Se cae de pensamiento en la mentira, for-  
 « mando sospechas del prójimo : por ejemplo, cuando vé  
 « un religioso que alguno de sus hermanos habla con otros,  
 « y sospecha que lo hacen de él, ó si interrumpiendo su  
 « conversación, sospecha que lo hacen por su causa, ó si  
 « imagina que tal ó cual palabra la han dicho en sentido  
 « ofensivo para él : en una palabra, si en lo que oye decir, ó  
 « vé hacer á sus hermanos, se considera aludido, y pre-  
 « tende penetrar los motivos de sus palabras ó accio-  
 « nes. »

« Ved aquí como se comete la mentira de pensamiento :  
 « nada se dice de verdad, todo se funda en meras sospechas,  
 « que producen esos juicios erróneos que formamos de las  
 « acciones del prójimo, esas murmuraciones, esas calum-  
 « nias, esas rencillas, esas libertades, en una palabra, con que  
 « juzgamos ó condenamos á nuestro prójimo. »

« Sucede algunas veces que son fundadas nuestras sos-  
 « pechas ; pero no por eso dejan de ser perniciosas, pues la  
 « mayor parte de las veces nos hacen ver cosas que no exis-  
 « ten ni han existido. Para probarlo voy á aducir un hecho  
 « extraordinario, de que fui testigo, cuando estaba en mi  
 « primer monasterio.

« Habia en él un religioso dado á este vicio, y que daba  
 « tal fé á sus sospechas, que consideraba como verdad evi-  
 « dente é innegable todo lo que se le venia al pensamiento.  
 « Un dia entró en el jardín para curiosar, según su  
 « costumbre, lo que allí pasaba, y creyó ver que un religioso  
 « cogia higos y se los comia. Era muy de mañana, y

« aquel día debía prepararse toda la comunidad para acercarse á la sagrada Mesa.

« Persuadido de que era verdad lo que habia imaginado, se retiró sin decir una palabra, y esperó la hora de la Comunion para ver lo que hacía aquel hermano. Como viese que lavaba sus manos y que, como los demás, se acercaba al altar, se dirigió al abad, y le dijo : Impedid que este religioso comulgue, porque le he sorprendido comiendo higos en el jardín.

« Llamóle en seguida el abad á solas, y le dijo : ¿ Qué vais á hacer ? Sorprendido el religioso, le respondió : os ruego que me digais á que aludís. ¿ Qué haciais esta mañana en el jardín ? continuó el abad. ¡ Ay ! Padre mio, contestó nuevamente : yo no he estado hoy en el jardín más aún ni en el monasterio, pues el mayordomo me envió á un mandado. El abad se informó de éste, el cual, confirmando lo dicho por el religioso, añadió : Perdonadme, padre mio : estabais dormido y fatigado de la vigilia de la noche, y por no turbar vuestro reposo, no quise que el hermano fuese á pedirnos la obediencia antes de salir del monasterio.

« Informado el abad de todo lo ocurrido, llamó al religioso que habia formado la sospecha, le privó de la comunion, le reprendió severamente, y congregando á todos los religiosos, les manifestó con lágrimas en los ojos lo que habia sucedido, llenó de confusión al religioso, y nos hizo ver a todos los males que acarrearán las sospechas.

« En cuanto á las mentiras que se cometen de palabra, ved aquí un ejemplo. Un religioso llevado de la pereza, no quiere levantarse al oficio de la noche, y en lugar de confesar su falta, se excusa pretextando hallarse enfermo. Si se le reprende por alguna cuestión tenida con otro religioso, procura siempre justificarse, echando la culpa al



otro. Al obrar así, solo se propone evitar que se le humille. Si desea alguna cosa, emplea rodeos para alcanzarla, finge necesidades, y no cesa de mentir hasta satisfacer su capricho. »

« Un hombre que de semejante manera procede no es digno de que se le dé crédito : pues si por casualidad dice alguna vez la verdad, no se le puede creer, pues á lo menos, saldrá de su boca acompañada de nebulosidades y equívocos. »

« Se miente, por ultimo, de obra, cuando se finge tener una virtud de que en realidad se carece. Por ejemplo, cuando siendo avaro, se fingen sentimientos de compasión y caridad : cuando siendo soberbio, se alardea de humildad : cuando se manifiesta admiración por una virtud que no se practica ; pues entónces se obra, no para evitar el escándalo que se causaría hablando de otro modo, sino para aparentar que no hay un vicio, ó que hay una virtud. Efectivamente, si, alabando una virtud de que se carece, quisiéramos hablar con sinceridad, se empezaria por humillarnos confesando que estamos desprovistos de ella, y encenagados en el vicio contrario. Ahora bién, no se habla de una virtud, no se la alaba, no se toma su nombre, si no para escubrir mejor los propios defectos, engañando de esta manera á los demás. »

« Ved aquí como se peca mintiendo de obra. El que así procede carece de sencillez : es un falso, y sus acciones se hallan en oposición con los sentimientos de su corazón. »

---

## INSTRUCCION X.

DEL CUIDADO CON QUE DEBEMOS CORREGIRNOS Y ADELENTAR EN LA  
VIRTUD.

Exhorta muy encarecidamente san Doroteo en esta instrucción á sus religiosos, á fin de que aprovechen el tiempo en domar sus pasiones, en desarraigar sus vicios, en adquirir la virtud, y en conservarse entre los extremos, que siempre son viciosos.

« Apliquémonos, mis hermanos, dice, á vigilar sobre  
« nosotros mismos, y trabajemos : porque, ¿ quién nos de-  
« volverá el tiempo que tengamos la desgracia de perder ?  
« Podemos muy bién buscar los dias que hemos perdido,  
« pero nos los encontraremos. San Arsenio se decia á sí  
« mismo constantemente : Arsenio, ¿ para qué has dejado  
« el mundo ? Por lo que á nosotros toca, vivimos en una  
« negligencia tan grande, que no sabemos para que lo  
« hemos dejado, ni para que hemos venido á la soledad.  
« De aquí, que en vez de adelantar, vivimos en la inquie-  
« tud y en la turbación sin velar por nosotros mismos. Si  
« quisiéramos combatir y hacernos violencia, no nos falta-  
« rian ocasiones en que acrecentar el tesoro de mereci-  
« mientos : pues cuando desde el principio nos esfuerza-  
« mos por superar los obstáculos y por hacer todas las  
« cosas según á nuestro deber cumple, no deja Dios de  
« concedernos los auxilios necesarios. »

« Declarémonos, pues, la guerra á nosotros mismos :  
« levantemos el edificio de nuestra santificación sobre só-  
« lidos cimientos, y tengamos siempre ante nuestros ojos  
« el bién que podemos hacer, pues aún nos falta algo para  
« llegar á la perfección. No olvidemos, que, para adquirir

« la virtud, es preciso que no trabajemos con tibieza é indi-  
 « ferencia, sino que nos entreguemos enteramente á ella  
 « noche y dia. »

« La virtud tiene un término medio entre dos extremos  
 « opuestos, y este medio es el que se llama vulgarmente  
 « *camino real*, único que nos recomiendan los Santos. Por  
 « ejemplo, la fortaleza se halla entre la timidez y la teme-  
 « ridad : la humildad, entre el orgullo y la vana compla-  
 « cencia, y el temor respetuoso, entre la desvengüenza y  
 « el falso pudor que nos sonroja sin motivo. »

« Tal es el camino que emprendieron los Santos, y por  
 « el cual también debemos nosotros marchar, si hemos de  
 « imitarles. Un santo anciano decia : Seguid el camino  
 « real, y medid las millas que adelantais, queriendo ense-  
 « ñarnos con esto, que debemos considerar en donde nos  
 « hallamos, cuanto camino hemos recorrido, y á que grado  
 « de virtud hemos llegado. Por ejemplo, somos como los  
 « que se proponen ir á Jerusalem, y habiendo partido to-  
 « dos de un mismo paraje, unos se detienen despues de ha-  
 « ber andado cinco millas : otros despues de haber hecho la  
 « mitad del camino : otros se extravian y vuelven al mis-  
 « mo lugar de que partieron, y otros, por último, llegan  
 « hasta las mismas puertas de la Ciudad santa, pero no  
 « entran en ella. »

« Pues otro tanto nos ocurre á nosotros : todos hemos  
 « abandonado el mundo y entrado en el monasterio sin  
 « otro designio que el de adquirir la virtud ; pero algunos  
 « han adelantado un poco en ella, y se han estacionado :  
 « otros han adelantado algo más, y también se han dete-  
 « nido : otros no han hecho absolutamente nada : otros  
 « han adquirido disposiciones para la virtud, pero se glo-  
 « rian de ello, y desprecian á sus hermanos. De aquí el  
 « que ninguno penetra en la ciudad santa, todos se quedan  
 « fuera. Piense cada uno con la mayor atención, y consi-

« dere, si ha adelantado, si ha retrocedido, si ha llegado  
 « hasta Jerusalem, si ha entrado en ella, si ha sido reci-  
 « bido en el número de sus moradores. »

« Hay en los hombres tres disposiciones diferentes : la  
 « primera, cuando siguen sus pasiones ; la segunda,  
 « cuando las reprimen, y la tercera cuando las arrancan  
 « de raiz. Estas tres diferentes disposiciones suministra-  
 « rían materia para un larguísimo discurso ; pero, para no  
 « ocuparnos hoy de todas ellas, hablemos, por ejemplo,  
 « de la vana gloria. Hace este vicio que un religioso no  
 « pueda sufrir una advertencia de ninguno de sus herma-  
 « nos. Si le dicen una palabra, se turba : contesta con  
 « diez ; disputa y se incomoda. Cuando ha pasado la con-  
 « tienda, no por eso ha pasado su preocupación : conserva  
 « resentimiento, y arrepintiéndose de no haber contestado  
 « con más energía, se dice á si mismo : ¿ Porqué no he re-  
 « plicado esto á aquello ? pero no hay cuidado : me lo re-  
 « servo para otra ocasión. »

« No permita Dios, mis amados hermanos, que abri-  
 « guemos semejantes disposiciones. No hay castigo sufi-  
 « ciente ni adecuado para ellas : pues todo lo que ha llegado  
 « á constituirse en hábito, conduce al infierno. Por esta ra-  
 « zón os recomiendo con tanta frecuencia que destruyais  
 « estos vicios, que arraigan y se fortifican con el há-  
 « bito. »

« En cuanto á los que reprimen sus pasiones, no todos lo  
 « hacen igualmente. Hay unos que con una sola palabra  
 « que se les diga se sienten molestados, no porque se les  
 « desprecie, sino porque no tienen suficiente virtud para to-  
 « lerarla con paciencia. Otro tanto debemos decir de aque-  
 « llos que resisten, aunque con trabajo ; pero que sucum-  
 « ben algunas veces á los continuados embates de la pasión.  
 « Hay otros que quieren resistir, pero á quienes arrastra  
 « el hábito. Otros se hacen mucha violencia para no decir

« nada ; pero se molestan en extremo de verse desprecia-  
 « dos, y despues se indignan consigo mismos y se arrepien-  
 « ten. Pongo á todos estos en el número de los que resisten  
 « á sus pasiones, por más què algunas veces se dejen  
 « arrastrar de ellas ; puesto que se hallan dispuestos á re-  
 « sistirlas, aunque no siempre lo hagan. Pero debo obser-  
 « var, como hacen los santos Padres, que aquellas cosas  
 « á que nuestra voluntad no se aferra, no son de dura-  
 « ción : por lo tanto, es preciso procurar que, aún cuando  
 « no nos arrastre la pasión, no se conserve en el corazón  
 « cosa alguna que pueda fomentarla, y ser ocasión de  
 « que, en determinadas circunstancias, se sucumba á ella.  
 « Por ejemplo, un religioso nada dice, y guarda silencio ;  
 « pero lo hace por vana gloria. Otro lo hace por compla-  
 « cencia ó por algún otro motivo que no es laudable. El  
 « abad Pastor decia á este propósito, que la iniquidad no  
 « destruye la iniquidad : así es que algunos se hallan en  
 « hábito malo, sin creer que lo están. »

« Resta hablaros de aquellos que se aplican á desarrai-  
 « gar sus pasiones. Hay unos que sufren con gozo las inju-  
 « rias ; pero lo hacen por mero interés. Estos no desarrai-  
 « gan meritoriamente sus pasiones. Otros, por el contrario,  
 « se gozan de verse despreciados, y se hallan persuadidos  
 « de merecerlo. Estos las desarraigan meritoriamente. Otros  
 « van aún más léjos : pues no sólamente reciben con gozo  
 « las humillaciones y se acusan á sí mismos, sino que se en-  
 « tristecen por el pecado que comete el que les ofende.  
 « Quiera Dios, mis hermanos, que os halleis en esta santa  
 « disposición. »

« Ved aquí cuanto tendríamos que hablar acerca de esta  
 « materia. Que cada uno, pues, se aplique á conocer el es-  
 « tado en que se encuentra : que examine si se halla en el  
 « número de los primeros, ó sea de aquellos que con plena  
 « voluntad siguen sus pasiones, ó en el de aquellos que

« sucumben á ellas, más por la fuerza del hábito, que por  
 « la malicia de la voluntad ; que considere, si, despues de  
 « haber sido vencido, se ha excitado á dolor, y ha hecho  
 « penitencia, y si, cuando se esfuerza por reprimir sus pa-  
 « siones, lo hace por motivos justos y santos, y no por otra  
 « pasión cualquiera. »

« No sólomente debemos hacer exámen cotidiano de  
 « nuestras faltas, sino que de tiempo en tiempo, todos los  
 « meses, todas las semanas, debemos preguntarnos :  
 « ¿ qué impresión me ha hecho durante este tiempo esta pa-  
 « sión ? ¿ como me encuentro al presente ? El año pasado  
 « me veia dominado por ella, ¿ y ahora ? De este modo es  
 « preciso examinar los progresos que se han hecho ; si el  
 « estado en que nos hallábamos era mejor ó peor que el  
 « actual. »

---

## INSTRUCCION XI.

DEL CUIDADO DE COMBATIR LAS PASIONES ANTES DE QUE SE CON-  
 VIERTAN EN HABITOS.

La instrucción que san Doroteo dá á sus religiosos sobre este punto es muy excelente, y puede servir á toda clase de personas. Exhorta muy encarecidamente á no descuidar la enmienda, á no dar lugar á que se fortifiquen las pasiones, sino á combatirlas incesantemente, y aprovechar el tiempo que Dios nos concede. Demuestra, por último, cuán difícil es reprimirlas, cuando, por haberlas descuidado, se han convertido en hábitos, lo cual confirma con más de un ejemplo.

« Hacedlo todo, dice, mis hermanos, con atención, y no  
 « obreis con indiferencia ; pues el más pequeño descuido

« nos expone á grandes peligros. Hace poco tiempo que  
 « ví á un religioso todavía convaleciente de una enferme-  
 « dad, y supe que sólamente le habia aquejado siete dias la  
 « fiebre, y que á los cuarenta dias no se habia restablecido  
 « del todo. Ved aquí lo que es caer en alguna indisposi-  
 « ción : se descuidan los males que parecen leves, y sin em-  
 « bargo, el que es de una complexión delicada, por pe-  
 « queña que sea su enfermedad, necesita de muchos cuida-  
 « dos para restablecer su salud. Otro tanto acaece á las  
 « almas.

« Tres causas diferentes impiden la curación de las en-  
 « fermedades corporales : ó bién porque los remedios son  
 « antiguos y han perdido su virtud, ó bién porque el médico  
 « no es suficientemente instruido y emplea un remedio  
 « por otro, ó bién, por último, porque el enfermo no guarda  
 « el régimen que se le prescribe. Otro tanto sucede con  
 « las enfermedades del alma. Pero no puede decirse que el  
 « médico no sea perito, que no suministre remedios ade-  
 « cuados, ó que estos remedios sean viejos y sin virtud ;  
 « pues el médico de nuestras almas es Jesucristo, que con-  
 « noce perfectísimamente con su sabiduría infinita las en-  
 « fermedades del alma, y aplica los remedios más adecua-  
 « dos para curarlas. Por ejemplo, él dá la práctica de la  
 « humildad contra la vana gloria : la limosna contra la  
 « avaricia, etc. Los remedios de este médico celestial nunca  
 « envejecen ; cuanto más se aplican, tanto más nuevos y  
 « eficaces son. Luego ninguna otra cosa se opone tanto á  
 « la curación de nuestras almas como nuestros propios de-  
 « sarreglos. »

« Por esta razón, mis hermanos, nos es de la más abso-  
 « luta necesidad no perder el tiempo. ¿ Porque somos des-  
 « cuidados ? Hagamos ahora el bién, á fin de que encontre-  
 « mos consuelos y auxilios en el tiempo de la tentación  
 « ¿ porque hemos de pasar inútilmente la vida ? Vemos que

« hoy muere un hermano, y mañana otro, sin que esto nos  
« impresione, y mucho más sabiendo que no hemos de tar-  
« dar en seguirles.

« Desde que nos reunimos en este lugar y dimos prin-  
« cipio á esta conferencia, han pasado tres horas de nues-  
« tra vida. El tiempo ha volado, y no obstante, vivimos sin  
« considerar esta verdad terrible. El que pierda un poco  
« de oro ó de plata, decia un anciano, puede encontrar  
« cantidad suficiente con que sustituirlos ; pero el tiempo  
« que se pierde por negligencia es irreparable. Vendrá un  
« dia, en que quisiéramos tener una sola hora, y siu embar-  
« go, ésta nos será rehusada. ¿ Cuantos querrán entónces  
« oír la palabra de Dios, y no habrá quién se la prodigue ?  
« Y sin embargo, hoy que se nos dá con grande abundan-  
« cia, apénas hacemos caso de ella, y por lo tanto, no  
« adelantan nuestras almas. Yo me espanto de ver hasta  
« donde llega la insensibilidad de nuestros corazones :  
« nuestra salvación está en nuestras manos, y no queremos  
« obrarla. Nuestras pasiones son todavía nuevas, y pode-  
« mos vencerlas ; pero en lugar de hacerlo, las dejamos  
« crecer y fortalecerse. »

« Un anciano de una virtud eminente hallábase un dia  
« con sus discípulos en un lugar plantado de cipreses, y dijo  
« á uno de ellos: arranca este arbolito, lo cual hizo con una  
« sola mano, porque era pequeño. Le dijo que hiciese  
« lo mismo con otro más grande, y también la consiguió,  
« aunque con algún trabajo. Le mostró otro tercero ma-  
« yor aún, y con grandísimo esfuerzo pudo arrancarlo.  
« Por último, necesitó de la ayuda de otro hermano  
« para arrancar otro mayor. De aquí tomó motivo para  
« decirles, que estos cipreses eran imagen de nuestras  
« pasiones, que fácilmente se destruyen cuando acaban de  
« aparecer ; pero que, si las miramos con indiferen-  
« cia, porque las creemos pequeñas, se fortifican, y no



« podremos vencerlas, sino con grandísimo trabajo. »

« Nos enseñan los santos Padres como debemos obrar para purificar nuestras almas. Examinemos, dicen, por la tarde lo que hemos hecho durante el día, y por la mañana, lo que hemos hecho durante la noche, para arrepentirnos y pedir á Dios perdón de las faltas que hemos cometido. ¡ Ay ! son tantas nuestras faltas, y las olvidamos tan pronto, que no estaria de más el que las examinásemos a todas horas. »

« Es preciso, pues, examinar si se ha faltado á la caridad en alguna palabra ; si se ha formado un mal juicio del prójimo ó se le ha despreciado : si se ha murmurado del mayordomo porque no diera lo que se le haya pedido, ó del cocinero por no haber puesto todo su esmero en la comida : si se ha contristado á alguno, ó si se han recibido con impaciencia las amonestaciones de los superiores

« En cuanto á lo que se hace durante la noche, debe examinarse si ha habido diligencia para levantarse y asistir al oficio : si se ha murmurado del encargado de despertar á los religiosos : si se ha asistido al oficio, tanto del día como de la noche, sin dejarse llevar del sueño : si durante la oración, se ha dejado que divague la imaginación, ó no se ha prestado la atención debida, y por último, si se ha dejado el oficio, ó se ha salido de la iglesia. Si ponemos cuidado en examinarnos de esta manera y arrepentirnos, nuestros pecados se irán disminuyendo insensiblemente. Si hoy cometemos nueve, dentro de algún tiempo cometeremos ocho, y de esta manera, avanzando poco á poco, conseguiremos, con la ayuda de Dios, que no se fortifiquen nuestras pasiones, y alcanzaremos la paz del alma. »

« Permitidme que interrumpa un momento el hilo de mi discurso, para deciros algo acerca de las vigili-  
as de

« la noche. Hemos de tener presente que el que se halla  
 « encargado de despertarnos para asistir al oficio, nos ha-  
 « ce un favor especial, y nos procura grandes bienes :  
 « pues nos despierta para que podamos ofrecer nuestras  
 « oraciones á Dios, y alcanzar de su misericordia el conoci-  
 « miento y el perdón de nuestros pecados y por lo tanto, con-  
 « tribuye muy poderosamente á nuestra salvación. »

« Os referiré á este propósito una cosa muy maravillosa  
 « que aprendí del santo Padre Diorático. Hallábase en la  
 « iglesia, y cuando empezaron los religiosos á cantar, vió á  
 « un hombre que salia de la sacristia, rodeado de resplan-  
 « deciente luz, y teniendo en sus manos un vaso lleno de lí-  
 « quido y una especie de hisopo. Despues de mojar este  
 « hisopo en el líquido, fué dando vueltas y señalando los  
 « asientos de algunos religiosos. Lo mismo hizo despues de  
 « terminado el oficio. El bienaventurado Diorático lo detu-  
 « vo, se postró á sus pies, y le conjuró que le dijese quién  
 « era, y qué habia querido significar con esta ceremonia.  
 « Soy le respondió, el ángel del Señor : he sido enviado para  
 « señalar á los que tienen suficiente fervor para estar en el  
 « coro ántes de empezar el oficio y para no retirarse hasta  
 « el fin. — Pero ¿ porqué habeis señalado los asientos de  
 « algunos que están ausentes? — Todos, respondió, todos  
 « los que, teniendo una piedad sincera y una intención  
 « pura, se hallan ausentes, con licencia de sus superio-  
 « res, ya por hallarse verdaderamente enfermos, ya  
 « por estar ocupados en algún oficio á que les llama la  
 « obediencia, han sido señalados como si estuviesen pre-  
 « sentes, porque se hallan interiormente dispuestos á es-  
 « tarlo. Pero á aquellos que por negligencia no asisten,  
 « tengo órden expresa de no señalarlos, porque son indi-  
 « gnos de ello. De aquí podeis deducir cuán buenos servi-  
 « cios nos prestan los que tienen el oficio de despertarnos  
 « para la oración de la noche. »

« Volvamos á nuestro asunto. Os he dicho que, si des-  
 « cuidamos el combatir nuestros vicios y pasiones, se com-  
 « tituyen éstas en hábitos, y se hace muy difícil extirparlas,  
 « por grandes que sean los esfuerzos que se empleen. Es-  
 « cuehad una historia digna de lágrimas. »

« Cuando me hallaba en el monasterio de san Sérido,  
 « venian los religiosos á declararme sus pensamientos, por-  
 « que el abad, por consejo de los ancianos, me habia con-  
 « fiado el cargo de oirlos. »

« Un dia vino un religioso y me dijo: Tened piedad de  
 « mí, Padre mio, y rogad á Dios por este miserable que  
 « hurta y se come lo hurtado. — Y ¿ porqué haceis esto ?  
 « le pregunté : ¿ es que teneis hambre ? — Sí, padre mio,  
 « y no me basta lo que me ponen en la mesa. — Y ¿ por-  
 « qué no se lo habeis dicho al padre abad ? — Porque no  
 « me atrevo. — ¿ Quereis que se lo diga yo ? — Haced lo  
 « que os plazca ».

« Hícelo presente, en efecto, al abad, quién me ordenó  
 « que me encargase de proveer á la necesidad de este re-  
 « ligioso, y en su consecuencia, dije al mayordomo que le  
 « diese todo lo que le pidiera, el cual, prometió hacerlo. »

« Algunos dias despues vino á buscarme nuevamente  
 « este religioso, y me dijo que todavía robaba. Le pregunté  
 « si le habia rehusado el mayordomo alguna cosa, y me  
 « respondió que le daba vergüenza de pedírsela. Pues acu-  
 « did á mí, le dije, y no volvais á robar. Venia efectivamen-  
 « te, y yo, como encargado de la enfermeria, le proporcio-  
 « naba lo que necesitaba. »

« Pasaron algunos dias más, y vino otra vez á decirme  
 « que todavía robaba. Pero ¿ os niego yo alguna cosa ? le  
 « dije ¿ temeis pedírmela ? ¿ no os doy todo lo que quereis ?  
 « ¿ porqué, pues, habeis de robar ? — Perdonadme, padre  
 « mio, respondió, no sé porque lo hago, y lo singular es  
 « que no puedo dejar de hacerlo. — Confesadme la verdad :

« ¿ qué haceis de lo que tomáis? — Se lo doy á un asno.  
 « — En efecto, se supo que tomaba habas, dátiles, higos,  
 « cebollas, y todo lo que podia, lo colocaba bajo su le-  
 « cho ó en algún lugar oculto, y cuando ya no sabia que ha-  
 « cer de ello, ó se podría, se lo echaba á las bestias. »

« Ved aquí, mis amados hermanos, lo que es contraer  
 « hábito, y á que excesos de miseria conducen. Sabía este  
 « pobre religioso que el hurto es un pecado, y que hacía  
 « mal robando : se afligía por ello ; se lamentaba, y no obs-  
 « tante, se dejaba arrastrar por la violencia de su pasión,  
 « y todo ello no por otra causa que por haber descuidado  
 « el combatirla en un principio. Con muchísima razón decía  
 « el abad Nesteros que el que se deja llevar de una pasión  
 « se hace esclavo de ella. »

---

## INSTRUCCION XII.

### DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

« San Doroteo hace en este discurso una descripción vi-  
 « sísima de las penas del infierno. Hace notar que las ma-  
 « las disposiciones, en que se halla el hombre al tiempo de  
 « su muerte, forman su suplicio. De donde concluye que es  
 « de la más absoluta necesidad el destruirlas ántes de mo-  
 « rir á fin de que no nos sigan despues, y nos atormenten  
 « durante la eternidad.

« Hagamos todas nuestras obras en honra y gloria de  
 « Dios, hermanos míos, dice, y en todos los actos de nues-  
 « tra vida reconozcamos siempre que todo viene de él, y  
 « que todo lo dispone para nuestra utilidad. Es verdad que  
 « hay personas que se dejan agoviar bajo el peso de sus afli-  
 « xiones : que no pueden soportar la vida, y que desean la  
 « muerte, esperando poner término á sus trabajos. La

« causa de esta desanimación es la pusilanimidad y la igno-  
 « rancia del estado terrible en que se hallará el alma tan  
 « luego como se separe del cuerpo. Consideramos las  
 « affixiones de esta vida como grandes males, porque no  
 « sabemos cuales serán las de la otra. Diciendo á un an-  
 « ciano un religioso que sufría muchos trabajos corporales,  
 « y que su alma suspiraba por la muerte, le respondió el  
 « anciano : Quereis evitar los trabajos de la vida presente,  
 « é ignorais que son infinitamente más grandes los que os  
 « esperan en la futura. »

« Por lo que á nosotros, hermanos míos, se refiere, por  
 « lo mismo que, viviendo en la negligencia, quisiéramos  
 « ir al cielo, nos hallamos sin fuerza y sin ánimo, y las más  
 « pequeñas affixiones nos abaten. Deberíamos más bién  
 « dar continuamente gracias á Dios, y considerarnos muy  
 « dichosos de estar destinados á sufrir en este mundo al-  
 « gunos trabajos, para gozar en el otro de consuelos eter-  
 « nos. »

« El alma, por lo mismo que en esta vida está unida al  
 « cuerpo, se halla como aliviada y distraída de las pasio-  
 « nes que la atormentan, siéndole, por lo tanto, ménos sen-  
 « sibles sus estímulos : mientras que comemos, bebemos, ó  
 « conversamos, nos hallamos en medio de personas queridas ;  
 « Pero cuando el alma se separa del cuerpo, se halla sola  
 « con sus pasiones, que no cesarán de afligirla y atormen-  
 « tarla : ellas constituirán su única ocupación, y la devora-  
 « rán. Su ardor, su violencia, su agitación la turburán in-  
 « cesantemente. Para haceros comprender esta verdad por  
 « medio de un ejemplo, representaos á uno que enferma  
 « en una oscura celda, y que pasa tres días sin comer, sin  
 « beber, sin dormir, sin hablar con persona alguna, sin  
 « orar y hasta sin tener ningún pensamiento, y com-  
 « prendereis la impresión que le producirán sus pasio-  
 « nes. »

Pero ¿ qué es todo esto en comparación de lo que sufrirá el alma, cuando, al salir del cuerpo, se encuentre sola con sus pasiones! Si teniendo un cuerpo recargado de humores melancólicos, dá tanto que sufrir este temperamento, y produce una vida llena de dolor y de tristeza, con mucha más razón, poseída por sus pasiones, será cruelmente atormentada por ellas, y por decirlo así, devorada.

¿ Quién podrá, por último, representarse con entera propiedad aquellas criaturas despiadas, que no mueren nunca, y que están destinadas á ser los ministros de los suplicios eternos, á que están condenadas las almas pecadoras? ¿ quién podrá expresar el ardor y la violencia de aquellas tinieblas, aquellos espíritus implacables, aquellos terribles vengadores de los crímenes, aquel número infinito de diferentes torturas, de que nos habla la Escritura, y que Dios ha establecido en proporción á la diversidad de actos y á las voluntades criminales á que han sido abandonadas las almas? Pues así como los Santos reciben en herencia una morada resplandeciente de luz, y una bienaventuranza que guarda proporción con la santidad de su vida, así también los pecadores serán encarcelados en lugares tenebrosos, llenos de horror y de espanto: en los abismos en que fueron precipitados los demonios, y en que sufren juntamente con ellos.

« ! Oh! ! cuán terrible es lo que á este propósito dice  
 « san Juan Crisóstomo! Aún cuando no hubiera en este  
 « lugar de horror y de suplicios estos rios de fuego: aún  
 « cuando no se encontrasen en él estos espíritus despiadados, sólomente el discernimiento y la distinción, que  
 « se hará entre los hombres, de los cuales unos serán  
 « llamados por Dios á una gloria inmortal, mientras  
 « que otros serán rechazados con confusión y privados de

« la eterna bienaventuranza: sólomente este discerni-  
 « miento, repito, será para los pecadores un motivo de  
 « ignominia, de pena y de suplicio, con que no puede  
 « compararse ningún castigo, por riguroso que se le  
 « suponga. Además los remordimientos de la conciencia  
 « y el recuerdo de los pecados cometidos, son trabajos  
 « tan difíciles de soportar, que la imaginación no puede  
 « concebir cosa que se les asemeje. »

« Las almas, como enseñan los Santos Padres, se  
 « acuerdan en este estado de todas sus palabras, de todas  
 « sus acciones y de todos sus pensamientos. No hay  
 « un solo acto de la vida humana, que se borre de su  
 « memoria. Es verdad que dice la Escritura que en aquel  
 « día se desvanerán todos los pensamientos de los im-  
 « píos (1); pero estas palabras se refieren á los proyectos  
 « de la vida presente, como edificar palacios, comprar  
 « tierras, educar hijos, y hacer contratos relativos á los  
 « bienes del mundo. Los pensamientos de todas estas  
 « cosas pasejeras, se desvanecen tan luego como el alma  
 « se separa del cuerpo: ya no tiene que ocuparse de ellas.  
 « Pero el recuerdo de lo bueno ó malo que ha practicado  
 « jamas se borrará; sino que cada vez estará más claro y  
 « vivo á los ojos del alma, que estará desprendida de los  
 « lazos del cuerpo terrestre, que ha oscurecido la vivaci-  
 « dad de sus conocimientos. »

« Por esta razón no dejaré nunca de exhortaros á que  
 « alimenteis vuestro espíritu con santos pensamientos,  
 « para que los encontreis, cuando salgais de este mundo;  
 « pues lo que hayais hecho os seguirá despues de la muerte  
 « para no abandonaros jamás. Concluyamos de todo esto,  
 « hermanos míos, que el que tiene un verdadero deseo de  
 « salvarse, no debe ser negligente, ni debe considerarse

(1) Ps. cxlv. 4.

« seguro hasta haber exhalado el último suspiro. Es  
 « necesario que trabajemos mucho ; pero principalmente  
 « es necesario que oremos para alcanzar que Dios nos  
 « proteja, y para que obre en nosotros nuestra salvación  
 « por el poder de su misericordia, y para gloria de su santo  
 « nombre. »

---

## INSTRUCCION XIII

### DE LA PACIENCIA EN LAS TENTACIONES

Es de la mayor utilidad lo que dice san Doroteo en esta instrucción, y puede servir en gran manera para consolar las almas que se hallan afligidas por la tentación ; pues demuestra que se nos ofrecen por un designio misericordioso de la divina Providencia : que pueden convertirse en beneficio de nuestras almas, si las soportamos con paciencia y fortaleza, si en lugar de dejarnos abatir por ellas, pedimos al Señor, no ya que nos libre de sus instigaciones, sino que las superemos, y si le damos la debida acción de gracias por la asistencia que nos dá contra los enemigos de nuestra salvación. Dá principio este Santo á su discurso con una sentencia del abad Pastor, el cual decia que en la tentación es en donde se manifiesta el perfecto solitario.

« Es preciso, dice, que el que se ha consagrado al  
 « servicio de Jesucristo con pura y sincera intención,  
 « se prepare para las tentaciones con toda la sabiduría  
 « posible, á fin de que, cuando se vea atacado, no  
 « caiga en la turbación ; que se persuada de que nada  
 « acaece en la tierra sin la permisión de la divina Provi-  
 « dencia, y que todo lo que ésta hace es justo y en-



« caminado al bién de nuestras almas. Su caridad y su  
 « misericordia son los motivos de nuestra esperanza.  
 « Así es que, én vez de dejarnos llevar del abatimiento  
 « y de la turbación, debemos, como dice san Pablo,  
 « darle acciones de gracias, y conservar la humildad,  
 « la paz y la esperanza. »

« Cuando un hombre ha recibido de otro que le ama  
 « alguna cosa que le molesta, no por eso cree que deja  
 « de amarle, ni que le ha perdido su buena voluntad.  
 « Con mucha más razón debemos creer que Dios, que  
 « nos ha criado, que se ha hecho hombre, y que ha  
 « dado su vida por nosotros, no hace cosa alguna en  
 « órden á nosotros, sino por una disposición de su bon-  
 « dad y de su amor. »

« Podremos decir que un amigo que nos ama ha  
 « faltado á la prudencia molestándonos, ó que, aún  
 « cuando no haya faltado á la prudencia, no ha estado  
 « en su mano el molestarnos. Pero á Dios no se puede  
 « acusar de imprudencia ni de impotencia. Así pues,  
 « sabiendo, como sabemos, que es la sabiduría por esen-  
 « cia; que nada le es imposible, y que está lleno de  
 « amor y de misericordia para con nosotros, debemos  
 « persuadirnos que todo lo que hace, lo hace en bene-  
 « ficio nuestro, y recibirlo de su mano, como de un padre  
 « lleno de bondad y de amor. »

« Suele decirse algunas veces, cuando se vé que alguno  
 « cae en alguna tentación: ¿ Como es posible que estas  
 « cosas sean ordenados por la divina Providencia para el  
 « bién de los hombres? Fácil es responder que no se peca  
 « por instigar la tentación, sino por consentir en ella, pues,  
 « según el Apóstol, Dios es fiel, y justo, y no permite que  
 « seamos tentados más allá de lo que alcanzan nuestras  
 « fuerzas, ayudadas de la divina gracia (1). Pero muchas

(1) I Cor. x.

« veces nos falta la paciencia, y no nos resignamos á sufrir  
 « con humildad y sumisión, por lo cual nos dejamos abatir,  
 « y sucumbimos á la tentación. »

« Los que tienen experiencia en el arte de nadar, se  
 « hunden en el agua, cuando viene una oleada, pues si se  
 « propusiesen resistirla, serian arrastrados por su impetuo-  
 « sidad. Ved aquí, pues, una imágen de lo que acontece  
 « con las tentaciones. Cuando se resisten con humildad y  
 « paciencia, se disipan sin causarnos ningún daño ; pero  
 « si nos turbamos y agitamos, si atribuimos á alguno otro  
 « la causa de la tentación, se aumenta su efecto y su peso,  
 « y en lugar de procurarnos algún alivio, no hacemos más  
 « que aumentar el trabajo. Las tentaciones son de utilidad  
 « para los que sufren con firmeza y constancia ; la turbación  
 « que producen, por el contrario, es un efecto de nuestra  
 « ignorancia y de nuestro orgullo, que demuestra el  
 « poco conocimiento que tenemos de nuestro estado y  
 « nuestra oposición al sufrimiento, y hace ver que desea-  
 « ríamos adquirir la virtud sin esfuerzo alguno. »

« No es de extrañar que, cuando nos hallamos poseidos  
 « de una pasión, nos turbe y atormente, mientras nos  
 « hallamos bajo su impresión : pues los pensamientos que  
 « produce en nosotros nos ligan y cautivan, siempre que  
 « voluntariamente nos entreguemos á ella. Pero no nos  
 « dejemos turbar ; combatamos, y pidamos á Dios que  
 « nos asista. Esto es lo que debemos hacer, cuando nos  
 « veamos atacados. No nos inquietemos por ser librados  
 « de ella, sino por que no nos venza. »

« Los santos Padres dan á un pasaje del profeta Jere-  
 « mías una interpretación, que nos facilita la compren-  
 « sión de esta verdad. Temiendo los judíos el poder del  
 « rey de Asiria, quisieron abandonar su país y retirarse á  
 « Egipto ; pero el profeta les dice : *No abandoneis vuestro*  
 « *país, ni marcheis á Egipto, pues los Asirios os perseguirán*

« rán y os harán cautivos. Humillaos y someteos al rey de  
 « Asiria, y permaneced en vuestro país, en donde se os dejará  
 « en paz (1). Esto nos enseña en sustancia la santa Escri-  
 « tura : ved aquí ahora la interpretación de los santos  
 « Padres. »

« El Egipto significa la falsa paz y el falso reposo que se  
 « busca en la exención de las tentaciones. El rey de Asiria  
 « es emblema de los malos pensamientos y de las tenta-  
 « ciones de que nos vemos asediados. Si queremos, como  
 « los judíos, ir á Egipto, es decir, si queremos gozar de  
 « una paz exenta de trabajos y tentaciones, nos persegui-  
 « rán los Asirios, y nos reducirán á servidumbre, es decir,  
 « nos combatirán y subyugarán nuestras pasiones. Pero si,  
 « por el contrario, nos sometemos al rey de Asiria, es de-  
 « cir, si soportamos humildemente la tentación, gozaremos  
 « de la verdadera paz que trae consigo la paciencia, y no  
 « nos dominará la tentación, porque Dios vendrá en nues-  
 « tro auxilio. »

« No es preciso, por lo tanto, desear con desasosiego é  
 « inquietud vernos libres de la tentación, por eximirnos  
 « del trabajo de combatirla : pero es muy necesario humi-  
 « llarnos, y pedir á Dios que nos dé fuerzas para rechazar-  
 « la. Se lee á este propósito que un discípulo de un santo  
 « solitario se hallaba muy afligido por una tentación en  
 « extremo molesta, y que, viéndole el maestro muy acon-  
 « gojado, le preguntó, si queria que le pidiese al Señor que  
 « lo librase de ella : Es verdad, padre mio, respondió, que  
 « sufro mucho ; pero como veo ante mis ojos la recom-  
 « pensa : pedidle más bién que me dé paciencia para sopor-  
 « tarla. »

« De esto se deduce, hermanos míos, que los que de-  
 « sean su salvación con más ardor, llevan con más humil-

(1) Jer. XLII, secund. LXX.

« dad el peso de las tentaciones. Así es que, cuando aquel  
 « santo anciano oyó la manera con que su discípulo se ex-  
 « presaba, le dijo: reconozco que has adelantado en los  
 « caminos del Señor, y que sabes más que yo. Así pues,  
 « cuando alguno se vé acometido por una pasión, y co-  
 « mienza á resistirla, se encuentra humillado y contristado  
 « en un principio; pero poco á poco se vá purificando por  
 « el trabajo que le cuesta la resistencia, hasta que llega á  
 « sacar provecho de la misma tentación. »

« Ved aquí, mis amados hermanos, otra figura de lo que  
 « acontece con ellas. Cuando los hijos de Israel se halla-  
 « ban en Egipto sometidos á la dominación de Faraón,  
 « hacian ladrillos, que emplearon en la construcción de  
 « tres ciudades, Fitón, Rámes y Heliópolis. Este ladrillo,  
 « que se compone de tierra labrada con los pies, significa  
 « que, cuando el alma se halla dominada por el demonio,  
 « pone su razón á los pies de este enemigo, sofoca todos  
 « sus sentimientos espirituales, y no piensa, ni vé, ni obra  
 « sino para la tierra. Estas tres ciudades son figura de la  
 « voluptuosidad, de la vana gloria y de la avaricia, que son  
 « las fuentes de toda iniquidad. »

« Pero cuando Dios envió á Moisés para sacar á los  
 « Hebreos de la servidumbre de Faraón, este tirano au-  
 « mentó sus penatidades, diciendo que se hallaban sin tra-  
 « bajo, y que por esta razón querian marcharse, bajo pre-  
 « texto de servir á su Dios y de ofrecerle sacrificios. De la  
 « misma manera, cuando vé el demonio que Dios, compa-  
 « deciéndose de un alma, quiere librarla del yugo de sus  
 « pasiones, entónces empieza á apimirla, aumenta el peso  
 « de las pasiones que le hacen guerra, y la combate con  
 « más saña y violencia. »

« Por esta razón los santos Padres ponen todo su esmero  
 « en animarnos, en fortificarnos con sus instrucciones y en  
 « impedir que caigamos en el desaliento. Uno de ellos dice :

« habeis caído, levantaos : caeis segunda vez, levantaos de  
 « nuevo. — Otro nos dice de la misma manera : Todos los  
 « esfuerzos de los que trabajan por adquirir la virtud de-  
 « ben dirigirse á no desanimarse por haber resbalado, y á  
 « aplicarse con más ardor á combatir las pasiones. »

« Cuando Moisés hubo sacado á los Hebreos de la es-  
 « clavitud de Egipto, les hizo atravesar el mar Rojo ; pero  
 « no los llevó al lugar de las setenta palmeras y de las doce  
 « fuentes, sino despues de pasar por Mara, en que se  
 « vieron acosados por la sed, sin encontrar más que agua  
 « muy amarga. Pues de la misma manera, cuando nuestras  
 « almas han salido del yugo del demonio, y han pasado el  
 « mar espiritual de la culpa, empiezan tomando la resolu-  
 « ción de combatir, de sufrir y de llegar por el camino de  
 « la tentación al reposo y á una tranquilidad santa, repre-  
 « sentada por el lugar de las setenta palmeras y de las  
 « doce fuentes ; pero es preciso que sean las tribulaciones  
 « las que nos abran las puertas del reino de los cielos,  
 « puesto que son las que nos alcanzan las misericordias  
 « divinas. »

« Por último, mis amados hermanos, la negligencia, la  
 « falta de cuidado, la languidez espiritual debilitan las al-  
 « mas, y las hacen perezosas ; miéntas que las tentaciones  
 « las encierran, por decirlo así, en sí mismas, las hacen  
 « más fuertes y vigorosas y las unen á Dios, según la frase  
 « de un profeta : Nos hemos acordado de vos en las tribu-  
 « laciones (1). »

« Por esta razón, mis hermanos, es preciso no turbarse  
 « ni desanimarse en las tentaciones, sino permanecer fir-  
 « mes y constantes, dar gracias á Dios, y pedirle con fer-  
 « vorosas oraciones y humildad profunda, que nos forta-

(1) Is. LVI, secund. LXX.

« lezca en la tentación, y que, para hora y gloria suya, no « permita que nos abata la tentación. »

---

## INSTRUCCION XIV.

### DEL EDIFICIO ESPIRITUAL DE LAS VIRTUDES.

Nos enseña san Doroteo en este discurso, que debemos levantar en nuestras almas el edificio espiritual de las virtudes, así como las relaciones que tienen éstas unas con otras. Se sirve para ello de la comparación de un edificio material, y de los medios que se toman para construirlo, hacerlo sólido y cómodo, y darle la perfección posible.

« La Escritura, dice, hablando de las parteras de Egipto, « que, contra la órden de Faraón, conservaban la vida á « los varones que nacian, que esto lo hacian por temor « al Señor, y que éste las recompensó edificándoles ca- « sas (1). Tomemos estas palabras en un sentido espiritual : « no entendamos por estas casas edificios materiales y sen- « sibles ; puesto que la misma Escritura nos dice en otro « pasaje, que aquellos que temen y aman á Dios, lejos de « edificar casas sobre la tierra, abandonan las que poseen, « enseñándonos el Espíritu Santo con estas palabras, que el « temor de Dios dispone el alma para que guarde sus pre- « ceptos, y que observándolos, se edifica una casa entera- « mente espiritual y santa. Vigilemos pues, hermanos « míos, temamos al Señor y edifiquemos estas casas espiri- « tuales, para que tengamos un asilo seguro, en que nos « hallemos al abrigo de los inclemencias del tiempo ; pues « las tempestades producen grandes perjuicios á aquellos á « quienes sorprenden sin una morada en que refugiarse. »

(1) Exod. 1, 21.

« Si queremos ahora saber como ha de edificarse esta  
 « casa espiritual, no hay más que fijar la atención en lo  
 « que se hace para levantar una material. Ante todo, es  
 « necesario asegurarla y afirmarla por todas partes; pues  
 « si se levanta de un lado con mucha solidez, y alguno de  
 « los otros se descuida, se perderá el tiempo, el trabajo y  
 « el dinero. Otro tanto puede decirse del edificio espiritual:  
 « debe cuidarse igualmente de todas las partes que lo com-  
 « ponen: pues, como decía el abad Juan, quiero que los  
 « hombres tengan algo de todas las virtudes, y que no  
 « escojan una virtud descuidando las demás. Podría ocurrir  
 « que los que así proceden no fuesen combatidos por el  
 « vicio opuesto á esta virtud; pero las demás pasiones no  
 « dejarían de atacarle y vencerle. Luego es preciso propo-  
 « nerse adquirir todas las virtudes. »

« Supuesta esta verdad, lo primero que debe hacerse es  
 « abrir un buen cimiento. Este cimiento es la fé, *sin la*  
 « cual, dice el Apóstol, es imposible *agradar á Dios*. Sobre  
 « este cimiento tan santo se levanta el edificio espiritual  
 « por la práctica de todas las virtudes. Si se presenta, por  
 « ejemplo, la ocasión de practicar la obediencia, es preciso  
 « poner esta virtud como una piedra de este edificio. Otro  
 « tanto debe hacerse cuando hay que ejercitar la paciencia,  
 « la mortificación ó alguna otra virtud. De esta manera  
 « colocaremos sobre este cimiento otras tantas piedras,  
 « cuantos sean los actos de virtud que practiquemos, y  
 « tendremos el consuelo de elevarlo, ora con la caridad pa-  
 « ra con el prójimo, ora con la renuncia de nuestro propia  
 « voluntad, ora con la dulzura, etc. »

« Pero ante todas cosas necesitamos de paciencia, de  
 « fortaleza y de ánimo, porque estas virtudes son como las  
 « piedras angulares que sostienen y unen las diferentes  
 « partes del edificio. Además es preciso emplear buen ce-  
 « mento para unir las piedras, porque sin él se separarian

« unas de otras, y pronto se reduciría á ruinas el edificio.  
 « Ahora bién, este cemento que se halla compuesto de  
 « arena y otras materias que se trabajan con los pies, es  
 « emblema de la humildad, porque toda virtud que no la  
 « tiene por base no es verdadera. Y por esta razón, nos  
 « enseñan los santos Padres, que es más difícil salvarse sin  
 « humildad, que construir un buque sin clavos. »

« Pero la humildad no es sólomente como el cemento  
 « que une y enlaza las piedras del edificio espiritual, sino  
 « que es como una especie de enlucido que lo preserva.  
 « Por ultimo, nos dedicamos á ornamentar y embellecer  
 « una casa, y á cubrirla con vistosa techumbre. Pues bién,  
 « otros ornamentos son las demás virtudes : el techo es la  
 « caridad, por cuanto es como la cúspide y el complemento  
 « de todas las virtudes. »

« Ya está, mis amados hermanos, concluida la casa : ¿ le  
 « falta algo ? Sí, le falta una cosa de que no hemos ha-  
 « blado : le falta el hábil arquitecto que dirija su construc-  
 « ción, pues si falta inteligencia para dirigir esta obra, no  
 « podrá llevarse adelante. Pero un arquitecto no es hábil,  
 « sino en cuanto obra con conciencia de lo que hace. Por  
 « faltar esta condición, por no haber un buén director,  
 « sucede muchas veces que se abandonan todos los tra-  
 « bajos de la virtud, se deja de obrar con sabiduría y pie-  
 « dad, se pone en confusión y se destruye todo lo que á  
 « la virtud se refiere, lejos de conducirlo á la perfección.  
 « Se pone una piedra, pero se quita otra, y muchas veces  
 « se quitan más de las que se ponen. »

« Por ejemplo, os dice un hermano una palabra que os  
 « afende : ¿ guardais silencio, y os humillais á él ? Ésta es  
 « una piedra que poneis en el edificio. Pero os encontráis á  
 « otro hermano, y le referis que éste ó aquel ha dicho esto  
 « ó aquello : ésta es una piedra que quitais. Añadis á esto,  
 « que vosotros nada habeis dicho, ó que os habeis humi-



« llado: ésta es otra piedra que también quitais. Todo lo  
 « cual prueba que obráis sin conocimiento de este santo  
 « arte, y que no sois hábiles arquitectos. »

« Trabajemos, pues, hermanos míos, y pongamos las  
 « piedras del edificio espiritual unas en pos de otras, pero  
 « sin quitar ninguna, y hagámoslo con la ciencia y habili-  
 « dad que ha caracterizado à los santos. Apliquémonos de  
 « tal suerte al ejercicio de cada virtud, que las podamos  
 « convertir en hábito. No nos figuremos que las virtudes  
 « sean cosas tan elevadas, que no las podamos adquirir.  
 « Este pensamiento no puede proceder de otra cosa que de  
 « falta de esperanza en la gracia de Dios, ó de poco ánimo  
 « y celo por el bién. Pero si deseais verdaderamente adqui-  
 « rir alguna virtud, comenzad por ejercitaros en ella, y es-  
 « tad seguros de que la conseguireis con los auxilios del Se-  
 « ñor. Dios, por ejemplo, nos dice, amad al prójimo como  
 « á vosotros mismos. No os detengais á considerar que  
 « estais muy léjos de esta perfección; no os desauimeis  
 « creyendo que es imposible. Comenzad desde ahora, po-  
 « niendo toda vuestra confianza en la bondad divina. Ofre-  
 « ced al Señor vuestras intenciones y vuestros deseos y  
 « experimentaréis sus auxilios. »

« Figuraos que hay dos escalas, por una de las cuales  
 « se sube desde la tierra al cielo, y por la otra se descende  
 « desde el cielo hasta el fondo del abismo, y que os hallais  
 « sobre la tierra en medio de estos dos extremos. No di-  
 « gais, ¿ como podré subir paso á paso desde la tierra al  
 « cielo? Lo que desde luego debéis hacer es no descender  
 « un paso por la segunda; es decir, que no hagais cosa  
 « alguna, por la cual se lastime vuestra caridad para con el  
 « prójimo ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Y  
 « cuando de esta manera hayais evitado lo malo, comenzad  
 « á practicar el bién, dirigiendo al prójimo palabras afec-  
 « tuosas, dándole pruebas de que tomáis parte en lo bueno

« ó malo que le acaece, y prestándole vuestros auxilios  
 « cuando los necesite. De esta manera, subiendo insensi-  
 « blemente las gradas de la caridad, llegareis poco á poco á  
 « tener el mismo ardor por sus intereses que por los vues-  
 « tros, y á amarle como á vosotros mismos. »

« Si buscamos á Dios, le encontraremos : si acudimos á  
 « él, nos ayudará, porque así nos lo tiene prometido,  
 « cuando nos dice en el santo Evangelio : *Pedid y se os*  
 « *dará: buscad y hallareis: llamad y se os abrirá: porque*  
 « *todo aquel que pide recibirá, y el que busca hallará, y al*  
 « *que llama se le abrirá* (1). Nos advierte en primer lugar,  
 « que debemos pedir, es decir, instar á Dios con nuestras  
 « oraciones. Quiere, en segundo lugar, que busquemos, es  
 « decir, que examinemos los medios de alcanzar la virtud,  
 « y nos dediquemos todos los dias á esta investigación.  
 « Quiere, por último, que llegemos á la puerta, es decir,  
 « que á esta investigación unamos la acción : porque se  
 « llama con la mano, y la mano significa la acción. No  
 « debemos, pues, sólomente pedir, sino que á la oración  
 « debemos añadir el exámen, la acción y la diligencia. »

*Avisos sobre la manera de gobernar y de obedecer.*

« Si teneis á vuestro cargo algunos religiosos, guiadlos  
 « con fortaleza y caridad, é instruidlos, más que con la pa-  
 « labra, con el ejemplo. Procurad que no se dejen arre-  
 « batar de sentimientos de indignación contra sí mismos, si  
 « han caido en alguna falta; pero hacedles comprender al  
 « mismo tiempo el perjuicio que ocasionan á su alma, y si  
 « en alguna ocasión necesitan de castigo, procurad que sea  
 « eficaz y oportuno.

« No seais extremadamente severos, fijándoos en cosas  
 « muy minuciosas : pues la excesiva y continua corrección,

(1) Luc. xi, 9-10.

« lejos de producir buen efecto, se hace dura é insopor-  
 « ble, y llega á causar insensibilidad y hasta desprecio. Nun-  
 « ca mandeis con imperio, sino con humildad, y aconse-  
 « jándoos, cuando sea necesario, de otros religiosos de más  
 « experiencia. Este modo de conducirse es más propio para  
 « persuadir, y llevar la tranquilidad á los espíritus. »

« Si veis que alguno de los que están bajo vuestra  
 « dirección se halla turbado y os resiste, callad por el  
 « pronto, no sea que se os escape alguna palabra de cólera,  
 « y no os indignéis contra él ; sino considerad que es vues-  
 « tro hermano ; que es un miembro de Jesucristo : que es  
 « una imágen de Dios seducida por el demonio, y por lo  
 « tanto, tened compasión de él, no sea que por culpa vues-  
 « tra se haga mortal su rencor, y causeis la muerte á un  
 « alma, por la cual Jesucristo ha dado su vida. »

« Pensad que vosotros podeis también caer en la cólera,  
 « y que vuestra debilidad os obliga á tener compasión de  
 « la suya, y si teméis que vuestra paciencia pueda serle  
 « perjudicial, recordad que el Apóstol nos enseña, que  
 « debemos vencer el mal con el bien, *y no pagar el mal con*  
 « *el mal* (1). Nos diceu también, los santos Padres, expli-  
 « cando estas memorables palabras, que, si, cuando re-  
 « prendemos á nuestros hermanos, nos dejamos llevar  
 « de un movimiento de cólera, habremos satisfecho nues-  
 « tra pasión. Sin embargo, un hombre prudente no echa  
 « abajo su propia casa, para levantar la agena. »

« Si subsiste la turbación que experimentais, haceos vio-  
 « lencia para apaciguar vuestro corazón, y dirigid á Dios  
 « esta plagaría ; O Dios mio, que estais lleno de miseri-  
 « cordia, y que tan tiernamente amais nuestras almas : vos,  
 « Dios mio, que por vuestra inefable bondad nos habeis  
 « sacado de la nada para comunicarnos vuestros dones y

(1) Rom. xii, 17.

« riquezas, y que por un efecto de vuestra piedad, y cuan-  
 « do nos habíamos separado de la observancia de los man-  
 « damientos, nos habeis traído á Vos por los méritos de  
 « vuestra sangre adorable, asistidme en el estado de mise-  
 « ria y de debilidad en que me encuentro : Así como en otro  
 « tiempo mandasteis que se sosegasen las encrespadas olas  
 « del mar, dignaos apaciguar la turbación de mi corazón,  
 « y no permitais que á un mismo tiempo se pierdan dos de  
 « vuestros hijos, ni que sean víctimas del pecado. »

« Despues que con estas súplicas se halla calmado la agi-  
 « tación del corazón, podreis reprender, según el consejo del  
 « Apóstol (1), á vuestro hermano, y aún castigarle ; pero  
 « siguiendo siempre las reglas de la prudencia y de la hu-  
 « mildad, y aplicándoos á la curación de este miembro  
 « enfermo con toda la caridad y compasión á que estais  
 « obligados. Vuestro hermano, por su parte, convencido  
 « del amor que le profesais, recibirá humildemente vuestra  
 « corrección, y condenará la dureza de su corazón. De esta  
 « manera le dareis la paz, y os la dareis á vosotros  
 « mismos. »

« No obvideis, por último, este precepto de Jesucristo ;  
 « *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (2).  
 « Conservad siempre en paz vuestra alma, de tal manera  
 « que jamás seais turbados por la cólera, aún cuando  
 « creais tener razones legítimas para ello ; puesto que no  
 « nos enforzamos tanto por observar los mandamientos,  
 « como por adquirir la caridad y la pureza de corazón. »

« Si os hallais bajo la obediencia, nunca os fieis de vo-  
 « sotros mismos : no os apoyeis en vuestro propio juicio ;  
 « no os determineis á ninguna cosa, sino despues de haber  
 « pedido consejo, ni creais que vuestros sentimientos son

(1) II, Tim. IV.

(2) Mat. XI, 29.

« más razonables y justos que los del superior que os di-  
 « rige. No os ocupeis en examinar sus acciones ni las razo-  
 « nes de su conducta, no sea que os engañen vuestros jui-  
 « cios : pues el demonio tiende á impedir que os sometáis  
 « á él con entera confianza, y se apone á los beneficios que  
 « resultan de la obediencia. »

« Aplicaos á vencer la propia voluntad, y á acusaros de  
 « todas vuestras acciones. Suspended vuestro juicio en las  
 « cosas dudosas. Estad persuadidos de que Dios regula y  
 « dirige los más insignificantes acontecimientos. Tened  
 « como una verdad infalible que las humillaciones son los  
 « remedios más apropiados para curar el orgullo de nues-  
 « tra alma, y que los que nos contrarían son verdaderos  
 « médicos, por los cuales debemos orar. »

« No procureis conocer lo malo que hacen los demás.  
 « Rechazad las sospechas, y si la malignidad de los hombres  
 « levanta alguna, procurad interpretarla en sentido favo-  
 « rable. Conservad siempre puras vuestras conciencias tanto  
 « para con Dios como para con el prójimo, de tal manera  
 « que de nada os acuse. Consultemos la voluntad de Dios  
 « ántes de hablar y de obrar : pidámoslo así en nuestras  
 « oraciones : expongámosle nuestra impotencia, y estemos  
 « seguros de que su misericordia nos ayudará.

#### DE LAS CONFERENCIAS

« 1º. — Dicen los santos Padres, que el que se encierra  
 « en su celda no cumple más que la mitad de su deber : con  
 « lo cual nos enseñan, que ya permanezcamos en ella, á ya  
 « nos veamos obligados á salir, debemos siempre vigilar  
 « sobre nosotros mismos. »

« Cuando un religioso está en su celda, debe ocuparse en  
 « la oración, en la meditación, y en el trabajo manual,  
 « vigilando siempre sobre su pensamiento. Si se vé obliga-

« do á salir de ella, y tiene que sortener conversación con  
 « alguno de sus hermanos, debe considerar si ha sido úti-  
 « á nociva, y si, al volver á su celda, lleva la misma pureza  
 « de conciencia que al salir. Si no es así, su misma debili-  
 « dad le hará comprender que no ha adelantado en la virtud:  
 « se humillará y gemirá en la presencia de Dios, rogándole  
 « con lágrimas de contrición que le cure de sus mise-  
 « rias. »

« 2º. — Si nuevamente vuelve á ocurrirle lo mismo,  
 « nuevamente se humillará y encomendará á Dios el estado  
 « de su alma con más fervorosa oración; porque la perma-  
 « nencia en la celda puede hinchar el corazón; pero la con-  
 « versación con los hombres nos prueba y hace ver lo que  
 « somos. »

« 4º. — Nunca salgais de vuestra celda sin una razón  
 « legítima: porque un viajero que camina sin un fin deter-  
 « minado, se fatiga sin resultado alguno. »

« 5º. — Cuando tengamos que reunirnos con alguno,  
 « debemos hacerlo: 1º para conservar entre nosotros una  
 « caridad sincera: 2º para escuchar la palabra de Dios:  
 « 3º para conocernos mejor á nosotros mismos. Por ejem-  
 « plo, si concebimos envidia de que un hermano sea más  
 « estimado que nosotros, ó si juzgamos mal de alguno,  
 « porque sea de carácter más expansivo. »

« 6º. — También la mesa es una ocasión oportuna para  
 « conocer lo que somos. Por ejemplo, si hay suficiente for-  
 « taleza para mortificarse en alguna cosa mejor ó peor  
 « condimentada, ó si se toma más cantidad de la necesaria,  
 « ó si se concibe envidia porque á otro se sirva más can-  
 « tidad. »

« 7º — Cuando vayamos á visitar á nuestros hermanos,  
 « debemos imitar á san Antonio, que consideraba única-  
 « mente sus virtudes, y las conservaba en su corazón para  
 « practicarlas. Este debe ser principalmente el asunto de

« nuestras conversaciones ; y preciso es que, cuando vol-  
 « vamos á la celda, anotemos con cuidado la ganancia ó  
 « perídida que se ha tenido. »

« 8º — Debemos sobre todo guardarnos de juzgar á nues-  
 « tros hermanos : pues esto indicaria que nos hallamos en  
 « malas disposiciones. He oido decir á este propósito, que,  
 « habiendo ido un solitario á vez á otro, y encontrando su  
 « celda en desórden, se dijo á si mismo : ¡ que felix es este  
 « hermano tan desprendido de las cosas de la tierra, y tan  
 « ocupado en las cosas de Dios, que no piensa siquiera en  
 « arreglar su celda ! Despues visitó á otro, cuya celda es-  
 « taba, muy limpia y ordenada, y formó juicio que su alma  
 « estaba tan limpia como su celda. De esta manera no acu-  
 « só al primero de pereza, ni al segundo de vanidad. »

#### REMEDIOS CONTRA LA INSENSIBILIDAD DEL ALMA Y EL RES- FRIAMIENTO DE LA CARIDAD.

« Los mejores remedios contra la insensibilidad son :  
 « 1º la frecuente lección de la santa Escritura : 2º la con-  
 « sideración del juicio final : 3º la contemplación de la hora  
 « en que el alma se separará del cuerpo por la muerte, y la  
 « impresión que hará en ella el temor de las potestades de  
 « las tinieblas, que, durante esta vida tan corta, la han in-  
 « citado á cometer el pecado, y que en esta hora saldrán á  
 « su encuentro : 4º la obligación de comparecer ante el  
 « tribunal de Jesucristo, que nos pedirá la más rigorosa  
 « cuenta de nuestras palabras y acciones, y la sentencia  
 « que pronunciará este Juez soberano.

« El resfriamiento de la caridad para con nuestros her-  
 « manos procede de la facilidad con que formamos sospe-  
 « chas de ellos, ó de que no sufrimos las molestias que  
 « nos proporcionan, con la paciencia á que nos obliga  
 « nuestra profesión. Es preciso pues : 1º Rechazar estas

« sospechas ; 2º humillarse ante los hermanos ; 3º renunciar  
 « á nuestra propia voluntad, y ceder á sus deseos ; 4º ro-  
 « yar á Dios por los que nos dirigen palabras duras y hu-  
 « millantes. Con estos remedios se apaciguará la emoción  
 « del corazón, y la caridad ocupará el puesto que le cor-  
 « responde. »

#### CARTAS DE CONSUELO A LOS RELIGIOSOS.

1º. — A un religioso que se hallaba afligido de tentaciones escribía san Doroteo : « Los designios de Dios nos son  
 « desconocidos, y debemos ponernos enteramente en sus  
 « manos. Vos con más razón debéis hacerlo, supuesto el  
 « estado en que os hallais : pues si quereis juzgar de los  
 « designios divinos con razones puramente humanas, y no  
 « os abandonais á las disposiciones de la Providencia, tra-  
 « bajareis inútilmente. »

« Así pues, cuando, os halleis turbado por pensamientos  
 « contrarios, levantad la voz de vuestro corazón al cielo, y  
 « decid á Dios : « Disponed, Señor, de todo mi sér según  
 « vuestra voluntad y vuestros designios eternos. » No pre-  
 « teudais vencer las impresiones del demonio con razona-  
 « mientos y esfuerzos puramente humanos : ántes por el  
 « contrario, por hábil y prudente que seais, poned en  
 « Dios toda vuestra confianza. Este es el único camino que  
 « os puede conducir á la calma en medio de vuestros traba-  
 « jos, y producir el reposo de que necesita vuestro corazón. »

2º. *Al mismo.* — « Acordaos, hijo mio, de estas palabras  
 « del Apóstol : es preciso entrar al reino de los cielos por  
 « medio de trabajós y aflixiones. Así pues soportad todas  
 « las tentaciones que os aflijan, en la persuación de que os  
 « serán provechosas, tanto para purificar vuestras faltas,  
 « como para librarvos de vuestras pasiones y conseguir el  
 « reino celestial. Dios, clemente y misericordioso, que en



« otro tiempo mandó al viento y al mar, y calmó su violencia, no dejará de asistirlos en la tentación.

3º. *A otro religioso.* — « Sufrid, hermano mio, con paciencia los dolores que son consiguientes á vuestra enfermedad, y considerad los según el consejo del Sabio, como bienes, para que se cumplan en vos los designios del Señor. Animaos, pues, fortaleceos en el Señor, y confiad en el cuidado que tiene de vos. »

4º. — *A otro.* « Estad persuadido, hijo mio, de que la tentación de que os quejais procede de vos mismo, y en esta humilde convicción de vuestra miseria, acusaos á vos mismo : esperad con paciencia el auxilio de Dios, dirigidle fervorosas oraciones, y espero que nuestro Señor Jesucristo hará cesar la tentación, y que su divina paz entre en vuestro corazón. »

5º. — *Al mismo.* « Las tentaciones siguen á los que sirven al Señor, como la sombra sigue al cuerpo. No os admireis pues, hijo mio, si habiendo resuelto seriamente trabajar en vuestra salvación, os sentís afligido de trabajos y affixiones ; pues nadie entrará en el reino de los cielos, dice san Antonio, si no ha pasado por la tentación. Sufridlas, pues, en paz implorad los auxilios del Señor, y dadle gracias de que os considere digno de ser ejercitado por las tribulaciones. »

6º. — *Al mismo.* « El abad Pastor daba como consejo á un hombre que se veia afligido por la tentación, que no pensase en el dia de mañana, como queriendo indicarle, que confiase á Dios todos sus cuidados y todos sus pensamientos. Esperad firmemente en el Señor, que hace en nuestro bién mucho más de lo que pudiéramos imaginar, y gozareis de tranquilidad. »

7º. *A otro religioso que se hallaba enfermo é inquieto por la conducta del que le asistia,* dice : « En nombre de Jesucristo, hermano mio, os digo, que nunca tenemos mo-

« tivo para quejarnos de la conducta de nuestro prójimo ;  
« ántes por el contrario, debemos enforzarnos en que nues-  
« tra caridad supere á las suya, y en recibir con paciencia  
« todo lo que proceda de él. Nadie diga á su hermano :  
« ¿ porqué no me amais ? sino que debe atraerle é inspirarle  
« amor, haciendo por él todo cuanto está de su parte. »

« En cuanto á las necesidades del cuerpo, si alguien  
« padece alguna, Dios tocará los corazones mas duros, para  
« que la socorran. Pero si no es digno de consuelo, ó no le es  
« conveniente, únicamente lo encontrará, cuando Dios ha-  
« ya creado un cielo nuevo y una tierra nueva. »

« Decis que sois una carga para vuestros hermanos, in-  
« dicando con esto, que quereis aparecer como justo : pero  
« ésta es una justicia falsa, pues el que es fiel á Dios no  
« dice á su hermano, os sirvo de carga, porque debe supo-  
« ner que su hermano se propone también labrar su sal-  
« vación. El que odia á los que le causan alguna molestia,  
« odia la dulzura, y el que huye de los que le proporcionan  
« algún trabajo no quiere la paz, que sóloamente se encuen-  
« tra en Jesucristo. »

« Podriamos añadir algunas otras instrucciones y sen-  
« tencias de san Doroteo ; pero aunque es muy precioso  
« todo lo que escribió este Santo, puede conocerse su doc-  
« trina espiritual por el extracto que hemos hecho de sus  
« obras. »





Imp. B. Charlon aîné. Paris.

Gravé par J. B. L.

*Sozime, le Cilicien.*

*Sozimo el Ciliciano.*



## ZOZIMO DE CILICIA, JUAN DE SAPSAS, JUAN DE CHOZEBA Y ZOZIMO DE SINDEN <sup>1</sup>

El nombre de Zozimo fué común á muchos solitarios de Palestina y de los países comarcanos, lo que es causa de que pueda confundírseles. En otro lugar hemos hablado del abad Zozimo, que tuvo la dicha de vivir en el desierto de santa Maria Egipcíaca. San Doroteo cita más de una vez en sus instrucciones á un abad Zozimo, que indudablemente vivía en un monasterio de Palestina, y que puede muy bién ser Zozimo el Ciliciano, abad del monasterio de Firmino. Lo conoció particularmente; pero es mucho más moderno que el Zozimo que dió á conocer en la Iglesia á santa Maria Egipcíaca.

Preciso es que el abad Zozimo gozase de gran consideración en la Palestina, y que gobernase una comunidad muy numerosa y observante, puesto que, hablando san Doroteo de un religioso que, por espíritu de orgullo, despreciaba á sus hermanos, refiere que decía, que sólamente el abad Zozimo y los que con él moraban merecian ser estimados y escuchados.

El mismo san Doroteo consigna muchas sentencias de este santo abad. Entre otras, decía, que el que se turba y se deja llevar de movimientos de colera es semejante al hombre que arroja leña al fuego, alimentando de esta manera su llama devoradora: que en donde quiera que hay caridad, compasión y humildad, no puede haber cólera,

<sup>1</sup> Véase á san Doroteo, Vit. PP. al monje Cirilo, á Juan Mosch y á Evagrius.

ni recuerdo de las injurias, ni ninguna otra pasión. Decía también que los religiosos no deben cobrar afecto á los muebles de que se sirven, ni á las obras que hacen, para que no les sirva de recompensa el placer que en ello experimentan, y no pierdan el céntuplo que les ha prometido Jesucristo en el Evangelio.

Era el abad Zozimo extremadamente humilde. Refiere á este propósito san Doroteo, que, hablando un dia de esta virtud, le dijo un sofista: ¿ como os podeis considerar pecador? ¿ no veis que estais lleno de virtudes, y que sois un santo? ¿ no cumplís fielmente los mandamientos del Señor? ¿ cómo, pues, os considerais como un pecador? No sabiendo que contestarle el abad Zozimo, le dijo sencillamente: No sé que deciros, pero sé que soy lo que digo. Insistió el sofista, queriendo saber como podian conciliarse extremos tan opuestos, y no pudiendo explicarse Zozimo, le replicó con su habitual sencillez: « No me embaraceis con vuestras sutilezas: os repito que creo ser lo que soy. » San Doroteo, que se hallaba presente. viendo que el santo anciano no podia eludir las sutilezas del sofista, le respondió, que sucedia con la humildad lo mismo que con la dialéctica y la medicina: pues así como en estas ciencias, cuando la práctica se une á la teoría, se adquiere poco á poco, y sin saber como, el hábito, acaece lo mismo con la humildad. Es ésta una virtud que se adquiere con la observancia de los mandamientos divinos; pero que no puede explicarse con la palabra. Al oír Zozimo esta explicación, abrazó con gozo á Doroteo, y le dijo: « Habeis encontrado el nudo de la dificultad: la cosa es efectivamente como decís. » El abad Zozimo murió ántes que san Doroteo.

Hay dos Zozimos Cilicianos: el uno solitario de Sina, y del cual hemos hablado en el lugar correspondiente, y el otro abad del monasterio de Firmino. No conocemos á este segundo más que por el relato que el abad Sabbathio hizo

á Juan Mosch de la muerte de un ladrón que se convirtió é hizo religioso en el monasterio de san Doroteo por eonsejo de este abad Zozimo. Refiere el abad Sabbathio, dice Juan Mosch, que cuando él estaba en el monasterio de Firmino vino un ladrón á buscar al abad Zozimo Ciliciano y le pidió en nombre del Señor que lo admitiese en el monasterio, pues se hallaba resuelto á separarse de su vida criminal. Este buén anciano empezó por darle un consejo : le vistió el santo hábito de solitario, y lo ocultó en su monasterio. Algún tiempo despues le dijo : « Creedme, hijo mio, no debeis continuar aquí : porque si llega á conocimiento del príncipe, os prenderá, y os mandará decapitar. Venid, pues, conmigo, y os llevaré al monasterio del abad Doroteo, que está en Gaza y Majuma. » Allí permaneció efectivamente nueve años, y aprendió el salterio y todo lo concerniente á la vida religiosa.

Al cabo de este tiempo volvió al abad Zozimo, y le dijo : « Os ruego, Padre mio, que me permitais dejar este hábito, y sustituirlo por el que tenia cuando vine. » Afligido el santo varón por estas palabras, le preguntó la causa de semejante mudanza. He pasado, le respoudió, nueve años con grande reposo en el monasterio á que os habeis dignado enviarme, ayunando cuanto me ha sido posible, viviendo en la continencia, en la obediencia y en el temor de Dios, lo que me hace esperar que se me han perdonado muchos pecados ; siu embargo, ya esté dormido, ya despierto, ya me halle en la Iglesia ó en la mesa, ya me acerque á comulgar, veo incesantemente á un niño que no me deja momento de reposo, y que á todas horas me dice : ¿ Porque has manchado tus manos con mi sangre ? Quiero, pues, expiar con mi muerte un crímen tan grande. » Dichas estas palabras, tomó sus antiguos vestidos, y emprendió el camino de Dióspolis, en donde fué reconocido, y decapitado al dia siguiente.



Juán Mosch nos enseña el origen del monasterio de Sapsas con motivo de la aparición de san Juan Bautista á un religioso, llamado también Juan. Habia éste envejecido en el monasterio de Eustorgio, de que le habia nombrado abad el bienaventurado Elías, patriarca de Jerusalem. El humilde anciano se resistió con todas sus fuerzas, y rogó al patriarca que le permitiese emprender la peregrinación al monte Sinai. Concedióle su autorización, pero á condición de que á su regreso se encargaria del régimen del monasterio. Pero Dios dispuso las cosas de otra manera.

Juan cayó enfermo en el camino, é imposibilitándole la fiebre continuar su viaje, se vió obligado á detenerse con el discípulo que le acompañaba, y á refugiarse en una caverna de un lugar llamado Sapsas. Habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños un personaje que le preguntó á donde queria ir, y como dijese que al Sinai, le replicó : « No vayais : permaneced aquí. » A pesar de esto, quiso Juan continuar su camino ; pero aumentando la fiebre, tuvo que prescindir, aunque con grande affixión, de su propósito. A la noche siguiente se le apareció el mismo personaje, y despues de consolarle, insistió en que permaneciese en aquel lugar. Diósele á conocer, diciéndole que era san Juan Bantista, y añadió que aquella caverna, aunque pequeña, era mucho más grande que el monte Sinai, porque Jesucristo la habia honrado frecuentemente con su presencia, cuando tuvo la dicha de verle en el desierto. Juan se encontró, al despertar, enteramente curado por la virtud del santo Precursor. Se estableció, pues, en aquel lugar ; convirtió la caverna en Iglesia, y edificó un monasterio, en que se reunieron muchos religiosos.

El de Chozeba tuvo por fundador á otro Juan, que pertenecia á una de las más ilustres familias de Thébas, capital de la Tebaida. Habiendo abrazado este excelente abad la

vida solitaria fué á visitar los santos lugares de Jerusalem ; más como se hubiese dejado seducir por los enemigos del concilio de Calcedonia, fué avisado en sueños, que aquellos que se uniesen á los enemigos de la Iglesia, se hacian indignos de ver la santa Cruz. Esta advertencia, que era una gracia especial de Dios, le hizo volver á la comunión de los católicos. Fué en seguida á visitar la santa Cruz, y regresó á su monasterio. Pero algún tiempo despues salió de él, para retirarse á un desierto, llamado Chozeba, entre Jerusalem y Jericó, en donde el hueco de una cueva le sirvió de celda, alimentándose con frutos silvestres.

Era su intención llevar allí una vida oculta ; pero los milagros que, por caridad para con el prójimo, tuvo que hacer, le dieron á conocer, y por este medio se le unieron muchos discípulos. Su monasterio se hizo muy célebre, y era admirable la manera con que estaba construido ; pues no lo habia edificado colocando piedras sobre piedras, sino perforando la roca, en la cual hizo una iglesia, algunas celdas y el cementerio. Era, por lo tanto, una morada muy incómoda á causa de los excesivos calores del estío ; pero los soportaban de buena gana los religiosos, con tal de verse solos y aislados del mundo.

Habia en este desierto un solitario llamado Ananías, á quien llevaron al hijo de un hombre rico, poseido del demonio, para que lo librase con sus oraciones. El humilde Ananías lo envió á Juán diciendo que podria obtener más fácilmente su curación : puesto que tenia méritos en la presencia de Dios. Juán, que no le cedia en virtud ni en dones sobrenaturales, encontró medios de practicar á un mismo tiempo la humildad y la caridad, diciendo al demonio que se habia apoderado del cuerpo de este niño. « In- » mundo espíritu, no soy yo, sino Ananías, siervo de Dios, el » que te manda en nombre de Jesucristo, que salgas del » cuerpo de este niño. » Tan imperioso mandato obligó al

demonio á retirarse, y el niño quedó sano en aquel mismo momento.

Recibió el órden sacerdotal, y refiere Juán Mosch haber oído de boca del abad Gregorio, que, cuando consagraba, sentia sensiblemente la asistencia del Espíritu Santo en éste acto terrible. Habiéndose extendido muy léjos su reputación, fué elevado á la cátedra episcopal de Cesarea, en la cual se mostró como uno de los más celosos defensores del concilio de Calcedonia. Se puso á la cabeza de san Sabas y de otros enviados que le acompañaban, cuando Juán, Patriarca de Jerusalem, les envió á Cesarea y á Escitópolis, para que publicasen las letras del Emperador relativas á los cuatro concilios generales.

El historiador Evagrio habla de otro milagro, que hizo siendo obispo, y que nos dá á conocer el mérito de otro solitario, llamado Zozimo de Sinden, que fué amigo particular suyo. La esposa de uno de los principales habitantes de Cesarea, llamado Arcésilas, tuvo la desgracia de perder un ojo, á causa de haberse metido por él un huso. San Juan de Chozeba fué á verla, y dijo al cirujano que le pusiese el ojo en su sitio: que se lo cubriese con una esponja, y lo vendase, quedando inmediatamente curada con esta sencilla operación, que no podia producir naturalmente este resultado tan maravilloso. Mientras esto ocurría, se hallaba Arcésilas en Sinden, en el monasterio del abad Zozimo, y en el acto, y ántes de que san Juán obrase la curación milagrosa, le mandaron un correo especial, participándole la infausta noticia.

Tan luego como la supo Arcésilas, prorrumpio en gritos y exclamaciones, derramando un torrente de lágrimas. Zozimo, con quién acababa de hablar, recurrió á la oración, implorando con fé viva la misericordia del Señor. Dios le reveló la curación milagrosa de esta mujer, y la manera con que se habia realizado. Así es que, volviendo

á donde estaba Arcésilas, le dijo con aire gozoso y modesta sonrisa. « Id á vuestra casa, y estad tranquilo : Dios » ha curado á vuestra esposa por las oraciones de Juan » de Chozeba : el ojo que habia perdido, lo ha recuperado, y está tan sano como el otro. » Se observó, dice Evagrio, que en el mismo momento en que Dios operó esta curación milagrosa por el ministerio de san Juan, la reveló á Zozimo, aún cuando hay más de veinte leguas desde Sinden á Cesarea.

El bienaventurado Juan no quiso morir en su silla ; el amor de la soledad pudo más en su corazón que el esplendor de la dignidad episcopal. No volvió, sin embargo, á su desierto de Chozeba : pues se dice, que, habiendo oído hablar de un solitario, llamado Marciano, que vivia oculto en el mismo país, y deseando verle, le llevó un ángel á su celda.

Fácil es deducir de la revelación que se hizo al abad Zozimo, cuán agradable debia ser al Señor. Así es que Evagrio habla de él con grande encomio. Era natural de Sinden, aldea de la Fenicia, á una legua de Tiro, y profesó la vida monástica cerca de esta misma aldea. Se hizo célebre no sólomente por la austeridad de su penitencia y por otras virtudes religiosas en que se distinguió, sino también por el don de milagros y profecias con que Dios le favoreció. Además de la prueba que ya hemos dado, dice Evagrio, que, habiendo venido á Cesarea, y encontrándose en la casa de Arcésilas, de quién ya hemos hablado, se vió de pronto inmutarse su rostro. Empezó á gemir, á lamentarse, á dar suspiros y á derramar lágrimas : se postró en tierra, é imploró la misericordia divina con una compunción extraordinaria. Espantado Arcésilas, le preguntó cual era la causa de su aflixión, y le respondió que acababa de oir el ruido de un temblor de tierra, que habia destruido la ciudad de Antioquía. Todos los

que estaban presentes anotaron el día y la hora, y pasados algunos días, supieron que se había realizado el terrible fenómeno.

Refiere también Evagrio, que caminando un día á Cesarea, le salió al encuentro un león que devoró el asno que le servia de bagaje. Lejós de asustarse Zozimo, le dijo con aire gozoso: « Amigo mio, soy muy viejo para » llevar la carga que conducia este asno; así pues, ha- » biéndome privado de él, os condeno á que hagais sus » veces. » Entónces el león, deponiendo su ferocidad, se aproximó á él, y se dejó cargar, conduciéndole hasta las puertas de Cesarea, de donde fué despedido al desierto. San Zozimo y san Juan de Chozeba florecieron en la época del emperador Justino.

Dice Juan Mosch haber oido de los ancianos del monasterio de Chozeba, que un solitario de este desierto habia llenado de edificación todo aquel pais con actos continuos de una caridad heróica. Cuando estaba en su aldea, se levantaba de noche y cultivaba los campos de aquellos que sabia no tener recursos para ello, y esto lo hacía tan secretamente, que no lo conocian los dueños de los campos. Habiendo abrazado despues la vida monástica, se iba al camino de Jerusalem para hacer bién á los que pasaban. Daba pan y agua á los necesitados: se despojaba de sus vestidos para darlos á los pobres: llevaba 'gratúitamente las cargas de los que iban ó volvian de Jericó: llevaba sobre sus espaldas á los niños fatigados del camino: remendaba el calzado á los que lo tenian roto ó muy usado, y daba sepultura á los muertos. No habia, por último, oficio de caridad, por trabajoso y humillante que fuese, que no prestase á su prójimo, perseverando en este ejercicio hasta la más avanzada vejez, y sufriendo gozoso por amor á Jesucristo unos trabajos superiores á las fuerzas de su naturaleza.

JUAN EL SABAITA <sup>1</sup>

San Juan Clímaco, en su *escala espiritual*, propone á Juan el Sabaita como un excelente modelo de paciencia, de obediencia y de todas las virtudes religiosas. Parece haber sido natural del Asia Menor, y abrazó la vida religiosa en un monasterio bajo la disciplina de un director muy dulce, apacible y moderado. Pero como viese que este anciano le trataba con tanta condescendencia, que nada le reprendía, temió que le fuese perjudicial semejante conducta, y se propuso buscar en otra parte un padre espiritual ménos indulgente. Le pidió, pues, su autorización, en la seguridad de obtenerla; pues aquel anciano tenia otro discípulo.

Con una carta de recomendación, que le dió para un monasterio del Ponto, fué admitido sin ninguna dificultad. La primera noche que pasó en él, vió en sueños á unos personajes que le pédian una cantidad considerable que debía, y que, despues de un exámen muy rigoso, le hicieron comprender que ascendia á cién libras de oro, Facilmente conoció, al despestar, que aquel sueño misterioso tenia por objeto advertirle que era muy deudor á la justicia divina, y considerando que debia enjugar esta deuda con obras de paciencia y de penitencia, se dijo á sí mismo: » ¡ Pobre Juan! es, por desgracia, muy cierto » que tienes que pagar muchas deudas. »

Con este desigño, permaneció tres años en este monasterio, obedeciendo ciegamente en todo lo que se le man-

<sup>1</sup> San Juan Clímaco, *Vit.* PP.

daba, y Dios permitió, que, siendo considerado, no como un miembro de la comunidad, sino como un extraño, no se le guardase ningún género de consideraciones, sino ántes por el contrario, se le despreciase y maltratase con frecuencia.

Después de ejercitarse durante estos tres años en la obediencia y en la paciencia, vió nuevamente en sueños á un hombre que le dió una carta de pago de diez libras de oro á cuenta de las ciento que debía, y al despertar, se dijo á sí mismo : « Hasta ahora no he pagado más que diez « libras de oro ¿cuando podré pagar las restantes ? Me « faltan, pues, muchos trabajos y humillaciones. »

No se desanimó por esto , antes por el contrario, con la esperanza de satisfacer más pronto á la justicia divina, se propuso sufrir peores tratamientos y mayores desprecios, haciéndose el insensato, pero sin déjar de llenar todos sus deberes para con sus hermanos. Cuando estos le vieron en semejante situación, pues creían que era verdaderamente un mentecato, le cargaron de mayores trabajos, y le trataron sin miramiento alguno. Pero le sostenia en una prueba tan humillante y trabajosa la consideración de lo que le quedaba por pagar, y así es que todo lo sufría con gozo.

Trece años duró esta prueba, y al cabo de este tiempo tuvo el consuelo de ver en sueños á los mismos personajes que ántes se le habian aparecido, los cuales se dieron por satisfechos de toda la deuda. Esto se lo referia este religioso á san Juan Climaco, como acaecido á otro religioso, llamado Antioco ; pero en realidad era él mismo, que con su generosa paciencia, había conseguido pagar toda la deuda y obtener la remisión de todos sus pecados.

En seguida dejó la provincia del Ponto, y se dirigió á la Palestina, en donde obtuvo una celda en la laura de san Sabas, por lo cual se le dió el sobrenombre de Sa-

baita. Morando en ella, se le presentaron tres jóvenes que querían ser discípulos suyos. Los recibió con mucha caridad, tratándolos en un principio como simples huéspedes, y al cabo de tres días les dijo : « Mi queridos hermanos, perdonadme que no os pueda conceder lo que me pedis ; pero soy demasiado pecador para poder recibirlos « bajo mi dirección. »

Estos religiosos, que, á lo ménos de oídas, conocían su grande virtud, no se escandalizaron de la razón que proponía como excusa, atribuyéndola con justicia á su profunda humildad, así es que con mayor instancia le rogaron que les admitiera en el número de sus discípulos. Pero como el Santo continuase negándose, se postraron á sus pies, suplicándole que les diese, á lo ménos, una regla de conducta, y les manifestase el lugar á que habían de dirigirse. Entónces este venerable anciano, lleno del espíritu de Dios, reconociendo que recibían sus consejos con humildad y sumisión, dijo á uno de ellos : « Hijo « mio, es voluntad de Dios, que vivas en el desierto bajo « la dirección de algun piadoso y sabio ermitaño. » Al « segundo dijo : « Tú debes desprenderte en absoluto de « tu propia voluntad y darla a Dios en un monasterio « en compañía de otros religiosos, para llevar con « paciencia tu cruz, que te proporcionará un tesoro en el « cielo. » Por último, dijo al tercero : acuérdate en cada « momento de tu vida de aquellas palabras del Salvador : « *El que perseverare hasta el fin será salvo.* Id pues : procura que sea severo y riguroso el director que escojais : « no os separeis nunca de sus consejos, y tragad, cual « si fuese leche y miel, el brevaie de las humillaciones y « de los desprecios. — Pero, Padre mio, replicó el primero, si el solitario que yo escogiese viviera negligentemente ¿ qué deberé hacer ? — A lo cual replicó el « Santo : aunque fuera infiel á Dios, no por eso lo dejes ;



« sino dí dentro de tí mismo : ¿ qué has venido á buscar  
 « en la soledad, amigo mio ? De esta manera sentirás  
 « enjugarse la hinchazón de la vanidad, y extinguirse el  
 « fuego de la concupiscencia. »

Este consejo se hallaba muy conforme con lo que habia visto en su primer monasterio á un religioso llamado Acacio, y cuya historia referia á san Juan Climaco en estos términos. « Habia en un monasterio de Asia, en que yo  
 « estuve ántes de venir á éste, un anciano muy negligente  
 « y abandonado. No digo esto juzgando sus disposiciones  
 « interiores, sino refiriendo sólomente sus actos exte-  
 « riores. »

« Sucedió, no sé como, que tuvo por discípulo á un  
 « joven llamado Acacio, quo era tan sencillo de corazón,  
 « como prudente de espíritu, y que sufría los más duros  
 « tratamientos de parte de este anciano, que no se conten-  
 « taba con probarlo con palabras injuriosas y humillantes,  
 « sino que le castigaba severamente y le ultrajaba á todas  
 « horas. »

« La paciencia de Acacio no procedia de estupidez,  
 « sino de verdadera virtud. Yo le veía expuesto á rigores  
 « más duros que los que sufren los más depravados es-  
 « clavos, y cuando le encontraba, solia yo decirle : Y bien,  
 « hermano Acacio, ¿ como os vá hoy ? Por toda respuesta  
 « me mostraba las mejillas llenas de cardenales, arañado  
 « su cuello, y llena de chichones su cabeza ; y como yo  
 « conocia su virtud y su ánimo, le decia : Efectivamente, os  
 « vá muy bien : sufrid con paciencia, y recogeréis el  
 « fruto. »

« Murió, en fin, despues de haber pasado nueve años al  
 « lado de este despiadado anciano, y fué enterrado en el  
 « cementerio de los Padres. Cinco dias despues fué este  
 « anciano á visitar á un solitario de una virtud eminente,  
 « y le dijo : Padre mio, el hermano Acacio ha muerto hace

« pocos dias. — Casi no lo puedo creer, le respondió. —  
« Pues venid, y lo vereis. — En seguida fueron al cemen-  
« terio, y dirigiéndose el solitario á Acacio, cual si estuvie-  
« se vivo, le dijo : Hermano Acacio, ¿ estais muerto ? El  
« buen hermano, que tan obediente habia sido, cual si ates-  
« tiguase que no habia perdido despues de la muerte su  
« virtud favorita, respondió al santo solitario : ¿ Como es  
« posible, Padre mio, que muera un fiel observador de la  
« obediencia ? »

A estas palabras se llenó de tanto horror el que habia  
« sido su maestro, que, humillando su rostro en tierra, y  
« derramando abundantes lágrimas, pidió al superior de  
« la laura<sup>1</sup> que le permitiese vivir en uua celda inme-  
« diata á la tumba de Acacio, en la cual pasó el resto de  
« sus dias, ejercitándose en todo género de virtudes, y  
« diciendo siempre à los Padres : he cometido un homi-  
« cidio. »

Cree san Juan Clímaco que este solitario que hizo ha-  
blar al bienaventurado Acacio, era el mismo Juan el  
Sabaita, aún cuando no diga su nombre. No concluyó sus  
dias en la laura de san Sabas ; pues la dejó para habitar en  
el desierto de la Gudda.

Habia por este tiempo en el monasterio de san Sabas un  
monje muy celebre, llamado Calinico, que vivió encerrado  
en él y que, lo mismo que Juan el Sabaita, mereció el so-  
brenombre de Grande. Otro religioso, llamado Juan, sa-  
cerdote del monasterio de los Eunucos, se cita por Juan  
Mosch, como un hombre á quién Dios habia concedido la  
gracia de conocer los secretos de los corazones.

<sup>1</sup> La palabra *laura* se toma aquí por monasterio aún cuando ordi-  
nariamente se tome en otro sentido.

## PARTE V

### SOLITARIOS DE ARABIA

---

#### DESIERTO DE SINA Y DE RAITHA

Santos anacoretas martirizados por los barbaros<sup>1</sup>

El monte Sina ó Sinai en la Arabia pétrea, al norte del mar Rojo, entre los golfos de Suez y de Akabah, ha servido de retiro á un número muy considerable de santos solitarios, pues que se conocen cerca de mil cuatrocientos. Es celebre en la historia monástica, lo mismo que en la sagrada Escritura. En las cercanías de este monte estuvieron acampados los israelitas durante un año, y allí se realizaron la mayor parte de los hechos que se refieren en el Exodo. Los que hacen la descripción de estos lugares dicen que se sube primeramente al monte por un camino muy aspero, abierto en roca viva, y despues se llega á una llanura, rodeada por todas partes de elevadas rocas, y con una extensión de cuatro leguas. Esta llanura es lo que se llama desierto del Sinai, y la montaña de este nombre se halla en la parte septentrional de ella. Dividese en dos partes; la una constituye el monte Horeb, en que Moises recibió las tablas de la ley, y la otra, que es la que pro-

<sup>1</sup> Procopio, Metafraste, Bivario, Tillemont, Surio, Bulteau.

piamente se llama monte Sinaí, se conoce por los turcos con el nombre de Djebel Mousa, ó montaña de Moises, y Djebel Zor, que es una tercera parte más alta que la otra. Las dos cúspides de estas montañas son muy rectas, sobre todo la del Sinaí, y ocupan poco terreno en su base relativamente á su altura. Ofrece tanta dificultad la subida á ellas, que es preciso darse unos á otros las manos. El emperador Justiniano hizo edificar en la llanura de que hemos hablado, un monasterio que subsiste en la actualidad, y se halla habitado por monjes griegos cismáticos <sup>1</sup>. Los solitarios que moraban en él en tiempo de este príncipe, viéndose muy expuestos á los insultos de los sarracenos que venian á rascar sus iglesias y á profanar los santos misterios, le dirigieron una exposición, suplicándole que proveyese á su seguridad. Fué acogida favorablemente, y Justiniano mandó á uno de sus oficiales que se trasladase al Sinaí, y construyese una iglesia y un monasterio dentro del cual se edificó una torre, en que se refugiaban los religiosos, cuando se veian amenazados por alguna irrupción de bárbaros. El historiador Procopio dice que el emperador Justiniano hizo edificar en el monte Sina una iglesia bajo la invocación de la santissima Vírgen, y un fuerte al que destinó una guarnición, tanto para la seguridad de los religiosos, como para impedir que los sarracenos se extendiesen por la Palestina <sup>2</sup>.

«El desierto de Raitha se halla á dos jornadas del monte Sina, cerca del mar Rojo. Este es el lugar llamado Elisha en la sagrada Escritura, y en la época á que nos referimos se conservaban todavía las doce fuentes y las setenta palmeras de que se hace mención. Despues se aumentó considerablemente el número de estas palmeras. La llanura

<sup>1</sup> Se llama monasterio de santa Catalina.

<sup>2</sup> El monte Sina es hoy Sede arzobispal griega, y su titular reside en el Cairo.

que formaba esta soledad, se extendía á lo largo del mar Rojo, con una anchura de cuatro á cinco leguas, y hallándose limitada al oriente por una cordillera de montañas, cuyos caminos eran casi inaccesibles. El oficial comisionado por Justiniano levantó el monasterio del monte Sinaí, una iglesia en Rolsom ó Rolsem, cerca del mar Rojo, y un monasterio en Raia, que se cree ser el mismo lugar de Raitha.

Es difícil precisar en que tiempo empezaron á ser habitados los desiertos de Sina y Raitha. Bivarío opina que lo fueron desde el tiempo de los Apóstoles; pero son de poco valor las pruebas que aduce. Ya hemos dicho en la vida de san Galaccion <sup>1</sup> y de santa Epistema, su esposa, que se cree fueron martirizados en Emasa, Fenicia, el año de 253, bajo el emperador Decio: que habiendo venido cerca del monte Sina, encontraron diez solitarios, á los cuales se unió Galacció, y que su esposa que habia conservado la virginidad, se unió á otras cuatro mujeres consagradas á Jesucristo. Poseemos una relación de muchos santos religiosos de estos desiertos, con la cual se demuestra que habia solitarios ántes de san Pedro, obispo de Alejandría: puesto que en ella se dice, que, bajo su pontificado, fueron martirizados por los bárbaros, á lo cual es preciso añadir que en Raitha, por la ménos, habia solitarios trece años ántes. La única dificultad que nos queda por resolver. para fijar lo época de los primeros habitantes de estos desiertos, es saber quién fué este Pedro, obispo de Alejandría; si fué el santo de este nombre, que murió por la fé en 311, ó Pedro II que sucedió á san Atanasio en 371: pues los sabios no están de acuerdo en este particular. Pero como esta dificultad cronológica en nada afecta á la verdad de este relato, no nos detendremos en ella:

<sup>1</sup> Surio ha tomado estas actas en Metafraste.

pues poco importa para nuestra edificación espiritual que estos santos hayan sido martirizados algunos años antes ó despues, siempre que el hecho esté comprobado. Lo más cierto que puede decirse sobre la introducción del estado monástico en Arabia, es que, habiendo solitarios en Egipto desde el siglo tercero, fueron algunos de ellos à establecerse en el desierto de Siná. De aquí es que, escribiendo el emperador Marciano á los religiosos de Alejandría, les dice que de ellos traian su origen los venerables monasterios del monte Siná.

Ammonio, que nos ha trasmitido el relato de los religiosos de que vamos á hablar, era solitario de Canope, cerca de Alejandría, y bajo el pontificado del santo obispo Pedro fué cuando se vió obligado á ocultarse, ya en un lugar ya en otro, para librarse del furor de los enemigos de la Iglesia <sup>1</sup>. Un número muy considerable de fieles se hallaba expuesto, como él, á los insultos de los perseguidares, y Ammonio se vió tan afligido por esta causa, y para no ser testigo de estas violencias, resolvió salir de Egipto, é ir á visitar los santos lugares de Jerusalém. Despues de haber satisfecho su devoción, vino al monte Siná para ejercitarse en todo género de virtudes al lado de los santos solitarios que allí habitaban. No podia haber buscado mejores modelos de la perfección religiosa. Estos grandes siervos de Dios, aunque revestidos de un cuerpo mortal y corruptible, llevaban una vida más angélica que humana. Estaban pálidos y secos á causa de la abstinencia: no vivian más que de dátiles y otros frutos silvestres, sin vino, sin aceite y aún sin pan. Sólomente habia este artículo en la celda del superior para darlo à los peregrinos, á quienes asistian con grande caridad. Pasaban toda la semana en-

<sup>1</sup> Con este nombre pueden indicarse los paganos, si se trata de san Pedro mártir, ó los arianos, si se trata de Pedro, sucesor de san Atanasio.

cerrados en sus celdas, y sólomente se reunian en la iglesia el sábado en la tarde para hacer en común la oración de la noche. En la mañana del Domingo recibian la Sagrada Comunión, y despues de este alimento celestial volvian al retiro de sus celdas toda la semana. Tal era la vida que estos ángeles de la tierra llevaban bajo la dirección de su superior llamado Dulas, que se distinguia por su paciencia y su dulzura, por lo cual algunos le daban el nombre de Moisés.

Miéntras que estos hombres de paz vivian de esta manera, alejados del mundo, glorificando á Dios con sus alabanzas y con la pureza de su vida, vino de pronto un tropel de Sarracenos, el dia 28 de diciembre, los cuales, invadiendo la soledad, asesinaron despiadadamente à todos cuantos en contraron en las celdas aisladas. En seguida se dirigieron á la torre de que hemos hablado, y en la que, con otros religiosos de los celdas màs inmediatas, se habian refugiado el abad Dulas y Ammonio, que refiere esta historia, y que hacía tiempo habia llegado de Palestina. Disponíanse los sarracenos á perseguirlos, y fácil les hubiera sido apoderarse de ellos y tratarlos como á los demás ; pero Dios quiso manifestar en esta ocasión que podia librar, cuando así placia á su voluntad, á sus servidores de la persecución de aquellos malvados, por más que, para coronar su paciencia en el cielo, sucumban algunas veces en la tierra á los golpes de la persecución. Para ello hizo aparecer en la cumbre de la montaña una llama prodigiosa, mezclada de humo, que se elevaba hasta las nubes, lo cual causó tanto espanto en aquellos bárbaros, que huyeron precipitadamente abandonando sus armas y sus camellos.

Cuando se hubieron retirado, el abad Dulas, Ammonio y los demás que se habian refugiado en la torre, dieron gracias á Dios por haberles librado de tan grande peligro, y fueron á recorrer las celdas invadidas. Los bárbaros ha-

bian matado á doce religiosos en el monasterio de Gethrabe: en las celdas aisladas habia treinta y ocho muertos, é Isaias y Sabas, de los cuales únicamente se han conservado sus nómhres, estaban heridos. Isaias espiró poco tiempo despues. Se esperaba que Sabas curase; pero este religioso perfecto, que no aspiraba más que á la vida inmortal, dio gracias á Dios, de que le hubiese considerado digno de padecer por la fé, y se lamentaba con lágrimas amargas, de que, habiéndole servido desde la infancia, no le hubiese juzgado digno de ir á gozarle con sus hermanos, y de entrar en el puerto, de que tan cerca se habia hallado. Durante tres dias continuó pidiéndole que tuviese piedad de él, y que se completase el número misterioso de los cuarenta. Su oración fué oida. Murió al cuarto dia, y consumió gloriosamente el año cuadragésimo de su vida.

El mismo dia en que estos sucesos acaecian en el desierto de Sina, fué ensangrentado el de Raitha con las crueldades de los Blenmienses. Así lo refirió pocos dias despues un ismaelita que pasaba á la Palestina, y se supieron los detalles por un religioso escapado de la matauza, que habia venido á pedir al abad Dulas refugio en su monasterio. Los solitarios de Raitha eran entonces en número de cuarenta y tres, dispersados en diversas celdas cerca de la montaña que hay al oriente del Sinaí. Tenian una iglesia rodeada de un muro de ladrillo de diez á doce pies de altura, por lo cual se la llamaba el fuerte ó castillo. Pero las armas de estos siervos de Dios no eran otras que la santidad de su vida, las armas de la milicia espiritual, que, según la expresión de san Pablo, hacen triunfar por la paciencia, y cuyas victorias son tanto más brillantes, cuanto más se sufre por amor de Jesucristo.

Vivian casi de la misma manera que los solitarios del desierto de Sina : solamente algunos de ellos comian pan,



que amasaban con trigo de Egipto, que les llevaban los naturales del país á cambio de dátiles y algunos objetos que hacían los mismos solitarios. Reuníanse también los sábados, como los del desierto de Sina; pasaban la noche en oración, y el domingo de mañana celebraban los santos misterios.

Hallábanse consagrados á la oración y á la penitencia, cuando dos hombres que acababan de llegar de la Etiopía, y habían pasado el mar Rojo en una barquilla, vinieron á avisarles que los Blenmienses en número de trescientos, se habían hecho á la mar, y amenazaban desembarcar en sus costas: por lo cual harían bien poniendo á salvo sus vidas y huyendo. Ya hemos visto en la vida de Moisés el Etiope, cuán grande era la crueldad de estos bárbaros. Recorrian el país para apoderarse de todo cuanto hallaban á mano. Pero lo que es aún mas terrible; tenían más placer en derramar la sangre de los hombres, que en apoderarse de sus bienes. Y esto, sin duda, es lo que ha dado ocasión á las relaciones fabulosas de algunos historiadores, principalmente de Plinio, que nos los representa como monstruos sin cabeza, y sólomente con ojos y boca en el pecho.

Con estas noticias de su aproximación, pusieron los solitarios centinelas que les avisasen su llegado, y entretanto recurrieron á Dios, pidiéndole que les diese lo que más conviniera para la salvación de su alma. No tardaron mucho tiempo los bárbaros. Los habitantes de Farán, que se hallaban tan amenazados como los solitarios, se pusieron á la defensiva; pero no eran estos más que doscientos, y los enemigos, que eran superiores en número y más aguerridos, no tardaron en aniquilarlos enteramente: pues mataron la tercera parte; pusieron en huida á los demás, y llevaron consigo á las mujeres y niños juntamente con el botín que recogieron.

Se dirigieron en seguida á los santos ermitaños que se habian refugiado en la iglesia, esperando encontrar grandes riquezas. Entretanto, Pablo, su superior, aprovechó el tiempo en animarlos con una exhortación muy fervorosa á aceptar con gozo una ocasión tan propicia para terminar gloriosamente sus trabajos. Les representó la necesidad de someterse á las órdenes de la divina Providencia, y que, muy léjos de temer la muerte, por violenta que fuese, debian más bién considerarla como un precioso beneficio, y recibirla con gozo, puesto que les asociaba á los santos mártires, cuyo ánimo tantas veces habian celebrado, y cuya felicidad envidiaban : que ella les asociaba á Jesucristo, por amor del cual habian renunciado á los placeres del siglo, y abrazado los trabajos de la vida religiosa.

Con este discurso se sintieron todos, aún los más pusilánimes, animados del espíritu de Dios, é inflamados de ardiente caridad. Todos respondieron que se hallaban dispuestos á beber el cáliz de salud, y entónces Pablo, volviéndose al oriente, y con las manos levantadas al cielo, pidió, á Jesucristo que les diese fortaleza en aquel trance supremo, y aceptase el sacrificio de la vida que todos voluntariamente le hacian. Todos respondieron Amen, y al mismo tiempo se oyó del fondo del altar una voz que decía : « Venid á mí todos los que estais fatigados y sufris trabajos : yo os consolaré ». Esta voz les llenó de santo temor, y les dió á conocer que nada debian esperar de esta vida, y que habia llegado la hora de emprender su camino al cielo.

En efecto, habiendo escalado los Blenmienses la muralla que les servía de defensa, encontraron al solitario Jeremías en la puerta de la iglesia, y por medio de un intérprete le preguntaron por el superior. Les dijo con tono resuelto que no se los mostraría, y que no les temia. Esta santa valentía léjos de excitar su admiración, como hu-

biera sucedido si no fuesen tan bárbaros, les irritó. Le ataron de piés y manos, y le hicieron su primera víctima, acribillándole con sus flechas.

Viendo el abad Pablo que Jeremías era tan cruelmente tratado por no haber querido descubrirle, salió al-punto, y dijo á los bárbaros, que él era á quién buscaban. Preguntáronle donde tenia el dinero, y les respondió con dulzura que todo su tesoro consistia en el pobre hábito que veian. Durante una hora no dejaron de atormentarle, y al fin le cortaron la cabeza.

Como á las tres de la tarde entraron en la iglesia, é hicieron en todos los que encontraron una terrible matanza. Un solo religioso que se ocultó bajo un montón de leña, escapó á su furor: pues la Providencia le conservó para que el relato de estos mártires hecho por él, sirviese de edificación á la Iglesia, Habia entre ellos un novicio, llamado Sergio, á quién quisieron salvar y llevar consigo; pero este jóven, que desde la más tierra infancia habia sido educado en la piedad por el monje Salatiel, su pariente, considerando los peligros á que se hallaba expuesta su alma entre aquellos bárbaros, empezó á llorar; pero animado despues por un espíritu sobrehumano, arrebató la espada á uno de ellos é hirió á otro, obligándoles con este acto de valentía á que le acometiesen. Todos los tormentos los sobrellevó con gozo inefable, y diciendo: Bendito sea el Señor que no me ha abandonado en medio de los pecadores. De esta manera fué asociado al martirio de sus hermanos <sup>1</sup>.

Despues de esta horrible matanza, empezaron los bárbaros á buscar por todas partes las riquezas de estos pobres evangélicos; pero todas estaban en el cielo con ellos. Dios permitió que no se fijasen en el montón de leña en que se hallaba oculto el religioso, y visto que nada pudieron en-

<sup>1</sup> Baillet dice que este novicio se llamaba Salatiel. Ha confundido al maestro con el discipulo.

contrar, se dirigieron á la playa. Pero no tardaron en experimentar las venganzas del Señor, á quién tan impiamente habian ultrajado en la persona de sus servidores. En efecto, encontraron destrozados sus bajeles, y seiscientos sarracenos, que, al tener noticia de lo ocurrido, acudieron de Farán, los destrozaron enteramente, sin dejar uno solo vivo.

El solitario que se habia escondido, salió de la iglesia, cuando presumió que nada habia que temer, y viniendo á ver lo que habia ocurrido á sus hermanos, los encontró muertos á todos, á excepción de tres, á saber, Domno que murió poco despues de resultas de las heridas, Orión que recibió varias contusiones, y Andrés que fué curado. De esta manera, de los cuarenta y tres solitarios que moraban en este desierto, sólomente tres escaparon de la muerte.

Habiendo terminado la derrota de los blemienses, los sarracenos de Farán, que eran cristianos, fueron á ayudar á Orión y á su compañero á tributar los últimos honores á los santos mártires, yendo á la cabeza de ellos Obediente, su jefe, de quién despues hablaremos, y acompañándoles los principales personajes de Farán, que trajeron ricos hábitos en que envolverlos. Se les llevó solemnemente á la sepultura, cantando salmos y con grandes testimonios de veneración, teniendo cada cual en la mano una palma como signo de la victoria. Se les depositó en una tumba común cerca de la Iglesia, y Domno, que murió al dia siguiente, fué enterrado en un lugar inmediato, por no abrir la sepultura.

El solitario que habia escapado de la muerte, no pudo permanecer mucho tiempo en aquel lugar en que habia visto asesinar á todos sus hermanos, con los cuales habia pasado cerca de veinte años. Así es que, á pesar de las súplicas de Obediente, se retiró, como hemos dicho, á Sina. El abad Dulas le recibió con mucho afecto, refiriendole,

así como á sus religiosos, todos los detalles del martirio de sus hermanos, que Ammonio, que los oyó de su boca, consignó por escrito.

Hemos dicho que Ammonio estuvo en Canope ántes de venir á Sina : volvió á Egipto despues de la muerte de los santos eremitas, fijando su morada cerca de Elénfis, en donde se encerró en una pequeña celda. Aquí fué en donde escribió en lengua egipcia el relato de la muerte de estos santos, alimentando su piedad con la lectura de sus mártiros. Su relato fué traducido al griego por Juán, sacerdote, que lo encontró en poder de un solitario de Neucrate, cerca de Canope. El padre Combefis, que dió á luz su obra, cree que Ammonio pudo haber participado de la gloria de los mártires cuyo triunfo leía, y que tal vez sea el san Ammonio, sacerdote y mártir de Alejandría, de que habla Eusebio. El Típico de san Sabas hace constar que se leía la obra de Ammonio durante la comida de los dias festivos, y los griegos la copian en sus Menologios.

Es preciso agregar á lo que acabamos de decir acerca de los santos mártires de Raitha, lo que refiere Ammonio de los cuatro principales de ellos, á saber : José, Moisés, Psoes y Pablo. Este último era natural de Petra, en la Arabia, y gobernaba, como hemos dicho, á estos santos solitarios, lo cual no era obstáculo, para que se considerase como el último de sus religiosos. Pero como su humildad era un sincero sentimiento de virtud, y no una pasilanimidad, de aquí el que tuviese al mismo tiempo un ánimo y una generosidad verdaderamente cristiana, como lo manifestó en el discurso lleno de valentía que dirigió á sus religiosos al ver aproximarse el enemigo, animándolos á morir por Jesucristo, y dándoles él mismo ejemplo de constancia y fortaleza.

José habia muerto poco tiempo ántes de la invasión de los bárbaros, y Ammonio refiere de él cosas extraordina-

rias; pero lo que constituye su principal elogio es que á su profunda ciencia unia un gran discernimiento de las cosas espirituales, y que cumplia con la mayor perfección todos los deberes de la piedad cristiana. Tenia un discípulo, llamado Gelasio, que cuidó de darle sepultura, y es creible que este discípulo fuese una de las víctimas de los bárbaros.

Moisés era natural de Farán: abrazó casi desde la infancia la vida solitaria, absteniéndose en toda su vida de comer pan, y no alimentándose más que de dátiles y agua. Dormía muy poco, y esto despues del oficio de la noche. Durante la cuaresma no tenia otras provisiones que un cántaro de agua y veinte dátiles, que algunas veces no tocaba en todo este santo tiempo. Su hábito consistia en hojas de palmera entretegidas. Su virtud y su experiencia en las cosas espirituales atraian con frecuencia á los religiosos á su lado, para recibir instrucciones en órden al régimen de sus conciencias. Los recibia siempre con caridad: pero reservaba la cuaresma para vivir en el mas riguroso silencio, y desde el primer dia cerraba su puerta, para no abrirla hasta el de Pascua.

Habia escogido para celda una gruta inmediata à la iglesia, y tenian tanta virtud sus oraciones, que se decia de él, cual de Elias, que alcanzaba de Dios todo lo que pedia. Hizo un gran número de curaciones prodigiosas: libró á muchos poseidos, y con sus prodigios atrajo á la fé cristiana á la mayor parte de los ismaelitas ó sarracenos del pais de Farán.

Obediente fué uno de los que libró del maligno espíritu. Se lo llevaron en la cuaresma, y como en este tiempo á nadie abria la puerta de su celda, el demonio lo arrojó en tierra á la distancia de un estadio, y salio de su cuerpo, gritando. « ¡ que violencia! ¡ ni una sola vez he podido conseguir que este viejo quebrante su regla! » Ocupaba

Obediente el primer rango entre los faranitas, y abrazó la fé con tanto ardor y piedad, que se le dió el título de amante de Jesucristo.

Moises vivió setenta y tres años en la soladad, y no cabe duda que fué del número de los asesinados: pues no se dice, como de José, que muriese ántes de la llegada de los blenmienses.

Tuvo un discípulo llamado Psoes, que, habiendo vivido cuarenta y seis años bajo su dirección, practicó con la mayor exactitud todo cuanto le prescribió, y le imitó tan perfectamente, que fué una imágen y viva representación de la vida de su maestro. Era natural de la Tebaida. El solitario que refirió todo esto á Ámmonio, le confesó que, habiendo querido vivir con él, se vió obligado á separarse, porque una vida tan austera era superior á sus fuerzas.

La muerte de los santos solitarios de Sina y de Raitha no impidió que se poblasen de nuevo estos desiertos, y que diesen grandes hombres á la Iglesia.

---

## SAN MOISÉS, PRIMER OBISPO DE LOS SARRACENOS <sup>1</sup>

Hemos visto en el capítulo anterior, que Obediente, jefe de los Sarracenos, abrazó la fé de Jesucristo ; pero lo que más contribuyó á extender el cristianismo en esta comarca fué la piedad de la reina Maria. Pretenden algunos que era romana y cristiana, y que, habiendo caido prisionera de guerra, casó con ella el rey de los

<sup>1</sup> Rufino, Teodoreto, Zozomeno y los Bolandistas.

Sarracenos. Su marido era aliado del imperio, y cuando murió, pretendieron los romanos subyugar aquel territorio.

Pero fueron vanos sus intentos : pues Maria sostuvo la guerra con tanto vigor como ventaja, viéndose los romanos obligados á pedirle la paz. La reina consintió en ella, pero á condición de que se le diese al solitario Moisés por obispo de su nación. Este santo varón era de origen sarraceno, y moraba en un desierto inmediato, entre Egipto y la Palestina, en que le habian hecho muy célebre sus prodigios y sus virtudes.

Los romanos se creyeron muy ventajosos con obtener la paz á precio de semejante condición <sup>1</sup>, así es que Valente <sup>2</sup>, á quien lo participaron sus generales, dió orden para que Moisés fuese llevado con el decoro correspondiente á Alejandría, como la ciudad más inmediata, para que en ella recibiese la ordenación episcopal. Era obispo de ella Lucas <sup>3</sup>, ariano furioso, que habia usurpado esta silla despues de la muerte de san Atanasio, y que, como hemos dicho en otro lugar, cometia las mayores crueldades con los católicos.

Cuando Moisés le vió presentarse para practicar la ceremonia <sup>4</sup>, le dijo en presencia de los generales y de una inmensa concurrencia. « Deteneos, Lucas, y no me ordenéis obispo. Reconozco que esta sublime dignidad es superior á mis fuerzas, y que no la merezco. Sin embargo, si es orden de la Providencia que yo, no obstante mi indignidad, sea elevado á ella, tomo por testigo al Dios de cielos y tierra, que jamás permitiré, que impongais sobre mí

<sup>1</sup> Ruf. *hist.* lib. VIII, cap. 6.

<sup>2</sup> Aquí se trata de Valente (Flavio), que ocupó el imperio desde 364 hasta 378, y que se hizo bautizar por Eudoxio, jefe de los arianos.

<sup>3</sup> Teodulo, lib. IV, cap. 22.

<sup>4</sup> Zozom. *ibid.*



vuestras manos teñidas y manchadas con la sangre de los Santos. » Lúcas que no podia esperar tan duro apóstrofe, lo sintió tanto más vivamente, cuanto que se le dirigia en publico, y lo tenia muy bién merecido. Así es que, lleno de terrible emoción, le contestó : « Me haceis grande injuria atribuyéndome maldades que están muy lejos de mí, y sin saber cual es mi creencia. Si os han informado mal, estoy dispuesto á hacer protestación pública de mí fé, á la cual debeis ateneros, más bién que á las calumnias que se me hayan imputado. »

Yo sé, contestó Moisés, yo sé cual es vuestra fé : me es muy conocida por los obispos, sacerdotes y diáconos que habeis enviado al destierro, y condenado á las minas. ¿ Pensais que puedan estar ocultas vuestras vejaciones ? ¿ encontráis en ellas los caracteres de Jesucristo y de los que hacen profesión de fé ortodoxa ? »

El detestable Lúcas le oyó con despecho, y le hubiera quitado la vida, si hubiese podido dejarse llevar de los trasportes de su ira ; pero tuvo, con toda la vergüenza á que se habia hecho acreedor, que consentir, por razones de Estado, y porque no se encendiese de nuevo la guerra con los sarracenos, en que Moisés fuese llevado á los obispos desterrados por él, para que le consagraran.

Despues que Moisés fué consagrado por los obispos confesores de la fé de Jesucristo, se consagró euteramente al cuidado de los Sarracenos que el Señor le habia confiado. Pocos cristianos encontró entre ellos ; pero convirtió á muchos con sus instrucciones y milagros. Conservó la pureza de la fé, y mantuvo su nación en paz con los romanos.

En cuanto á la reina Maria, permaneció siempre en buenas relaciones con ellos, y aún envió auxilios á Valente contra los godos, de los cuales se sirvió con mucha ventaja, principalmente en el cerco de Constantinopla.





Imp. de Koenigsmann Paris

Gravé d'après

*Benon disciple de Sylvain.*

*Benon discipulo de San Silvano*



Para consolidar esta unión con los romanos, dió á su hija en matrimonio al general Victor, cuya pureza de fé celebran con gran encomio Teodoreto y Nicéforo. Tales fueron los frutos de la elección de san Moises, es decir, la conversión de gran número de sarracenos y la paz con el imperio. No se sabe cuanto tiempo vivió, ni en donde fijó su silla episcopal.

Hacen notar los Bolandistas, que debió haber existido una historia de la conversión de los sarracenos, de su guerra con los romanos y de la vida de san Moisés, de la cual tomaron sus relatos Sócrates, Teodoreto, Zozomeno y Rufino: pues así lo dá á entender la uniformidad de sus narraciones. El nombre de este Santo fué siempre célebre, como hacen notar estos historiadores. Es preciso hacer constar que no es el mismo que el Moisés del desierto de Raitha, que convirtió á Obediente, y del cual hemos hablado en el capítulo anterior. La Iglesia hace memoria de san Moisés en el Martirologio, dia 7 de febrero.

---

## EL BIENAVENTURADO SILVANO, ZENON Y OTROS DISCIPULOS SUYOS <sup>1</sup>

Después de las crueldades ejercidas por los bárbaros en el desierto, creeríase que ningún solitario se atrevería á habitarlo de nuevo. Pero no sucedió así: san Nilo, san Téodulo, san Juan Clímaco y otros muchos heredaron el espíritu de los que habían derramado su sangre por la fé de Jesucristo, ó mejor dicho, continuaron participando con

<sup>1</sup> Vil. PP. Zozomeno, Cotelier y Tillemont.

sus virtudes y oración del sagrado comercio que Moisés había tenido con el Señor, cuando en esta montaña recibió su santa ley.

El bienaventurado abad Silvano fué uno de los que más contribuyeron á hacerla célebre con sus virtudes. Hubiéramos podido ponerle entre los Padres del desierto de Sceté: pues que entre ellos vivió en los primeros años de su profesión. También hubiéramos podido considerarle entre los monjes de Palestina, pues allí estableció un célebre monasterio, en el cual murió. Pero es lo mismo que nos ocupemos de él en este lugar, así como de lo que hizo en los tres desiertos, y de los discípulos que en ellos educó.

Se le puede considerar como uno de los más antiguos Padres de la soledad, puesto que en los tiempos de Moisés, jefe de ladrones y penitentes, gozaba ya de gran reputación de hombre espiritual, y Zozomeno le coloca entre los hombres más eminentes desde la época del emperador Juliano. No se conoce el lugar de su nacimiento, ni la edad en que hizo profesión de la vida monástica: sólo se sabe que estaba en la Palestina, y que se retiró primeramente al desierto de Sceté. Puede presumirse de sus progresos en la nueva profesión por la gran estima en que tenían su virtud los solitarios de este desierto. Tuvo doce discípulos, y las lecciones que dió á san Moisés demuestran que era considerado como una luz clarísima que alumbraba á los demás en los oscuros caminos de la vida espiritual. Le preguntó un día este abad si se podía empezar todos los días una vida nueva, y con este motivo le dió las lecciones siguientes.

« Es preciso que establezcáis una regla de vida para todo el día, regla que abrace todos los deberes y todas las virtudes. Proponeos para con Dios ser fiel en la observancia de sus mandamientos y en la práctica de todos los actos de virtud, siempre que se presente ocasión: portaos

siempre con paciencia, con dulzura y con amor: sosteneos en la humildad tanto interior como exterior: no salgais de vuestro retiro y entregaos á la oración acompañada de santos gemidos: cuidad que no entren en vuestro espíritu las ideas de las cosas del mundo, y nunca os entregueis á la satisfacción de los sentidos, principalmente de los ojos y de la lengua, para que podais comparecer en la presencia de Dios con pureza de alma y de cuerpo. Proponeos, en lo que á vos mismo toca, combatir animosamente las tentaciones, abrazar los trabajos de la penitencia, el ayuno, las vigiliass y las obras manuales, sufrir el hambre, la sed, la desnudez, las fatigas, los trabajos y persecuciones, no contentándoos con saber lo que debéis hacer, sino poniéndolo en practica, para que pueda decirse de vos como del siervo fiel, que habeis duplicado los talentos que recibísteis del Señor. Procurad que adornen vuestra alma todas las virtudes, como un vestido nupcial, y perseverad constantemente en vuestros ejercicios, atestiguando de esta manera que estais asentado sólidamente sobre la piedra firme. »

« Para animaros á ello, pensad que la muerte está cercana, y que puede llegar el dia ménos pensado. Considerad que estais encerrado en la tumba, y por consiguiente, que no estais en el mundo, ni teneis que ver nada con las cosas del siglo, cuyos cuidados y afanes son como espinas, que, segun la palabra de Jesucristo, ahogan la buena semilla en las almas. Conservad fielmente el espíritu de mortificación, de humildad y de compunción; puesto que la Escritura dice, que perecerán los que se complacen en sí mismos. Caminad siempre en el santo temor de Dios, pues segun dice el Profeta de los Salmos, el temor que concebimos en nuestras almas, y que nos deshace en santos gemidos, es el que produce en nuestro espíritu la salud. »

Ejercitaos en estos sentimientos y en las demas virtudes,

y no os compareis con los que hacen grandes progresos, como si ya hubieseis llegado á sun eminente grado de virtud: reconoced, por el contravio, que estais muy atrasado, y que sois más miserable que cualquier pecador: pues como dice el Apóstol: Si alguno cree ser algo, siendo en realidad nada, se engaña á sí mismo y se hace ilusion. »

« En órden, por último, al prójimo, no juzgueis á nadie: no desprecieis al pecador; sino ántes por el contrario, llorad vuestras propias faltas, sin preocuparos de la conducta de los demás. Sed dulce, y no permitais en vuestro corazón ningún movimiento de cólera, ningún sentimiento de aversión ni de odio: nunca volvais mal por mal: no os goceis de que pomezca aflixión el que os ha ofendido, y sed pacífico para con todo, el mundo; pues en esto consiste la consumación de la perfección, Además no deis vuestra amistad y confianza á los que observan mala conducta, y no aprobeis de manera alguna el mal que se hace á los demás. No hablais mal de nadie, porque solo Dios es el juez supremo de los hombres, y él sólamente conoce el fondo de los corazones. A nadie desprecieis á causa de sus pecados: pues está escrito: No juzgueis á nadie, si no quereis ser juzgados. Si os veis obligado á reprender á alguno, cuidad que le sirva de provecho: si vuestro hermano cae en algún pecado, no por eso os dejeis llevar de sentimientos de odio hacia él; sino procurad atraerle á Dios, y pedid que se le conceda la gracia de la conversión y de la penitencia. Si os refieren alguna falta cometida por otro, respondedle: No soy su juez, sino un pecador: soy un muerto sepultado en la tumba de mis hermanos, y un muerto nada tiene que ver con la conducta de los demás. Si observais esto, vivireis el espíritu de la gracia bajo la protecci3n de Jesueristo. »

El abad Silvano vivi3, á lo que se cree, en Sceté hasta despues del año 363, en que murió Juliano et Apóstata,



Vino al monte Sina, y se unió á otros solitarios que ya habitaban en esta santa montaña. No pudo ocultar entre ellos los tesoros de gracia y de luz que Dios habia puesto en él. Sabresalta por su discreción y sabiduría, y su celo se hallaba tan atemperado por la dulzura, que le hacía muy apropósito para la dirección de las almas. Así es que muy pronto se vio encargado de las de muchos solitarios en este nuevo desierto.

Esto no le impedía el vivir retirado con su discípulo Zacarías, y de este retiro sacaba las luces subrenaturales que con abundancia comunicaba á los demás. Fué elevado á un grado tan excelente de oración, que Dios le revelaba aquellos de sus secretos necesarios para su aprovechamiento y el de sus discípulos. Estando un dia sentado en una caverna con algunos de estos, fué arrebatado en éxtasis, y cayendo despues postrado en tierra, permaneció muchas horas en esta posición. Levantóse llorando, y aunque le preguntaban la causa, no respondia más que con las lágrimas. Por último, se rindió á las instancias, y dijo que habia sido elevado al juicio de Dios, y habia visto ser condenados al infierno muchos que llevaban el hábito de monje; mientras que muchas personas seculares habian sido recibidas en el reino de los cielos.

Tanto le impresionó esta visión, que desde este tiempo lloraba casi continuamente, y no salia de su celda sino cuando tenia grande necesidad, y entónces se echaba la capucha hasta los ojos, diciendo: ¿ qué necesidad tengo yo de ver esta luz temporal, que de nada puede servirme?

Habiendo entrado otro dia en su celda su discípulo Zacarias, le encontro con las manos levantadas al cielo, y arrobado en éxtasis: salió cerrando la puerfa, y volviendo al medio dia, y despues por la tarde, le halló en el mismo estado: volvió nuevamente por la noche, y le encontró descansando. Le preguntó lo que le habia ocurrido da-

rante el día, y el Santo le respondió que se hallaba algo indispuerto. Esto no era extraordinario : pues con frecuencia le ocurría que el alma, por lo mismo que había estado más aplicada á Dios, había descuidado el cuerpo, resultando de aquí, que, cuando volvía del éxtasis, se encontraba con suma debilidad. Zacarías no quedó satisfecho con esta respuesta, sino que, arrojándose á sus pies, le abrazó, protestando que no le dejaría hasta que dijese lo que había visto. Entónces Silvano se vió obligado á confesarle, que había sido arrebatado hasta el cielo, en donde había visto la gloria de Dios.

Como una consecuencia maravillosa de su comunicación con Dios, aparecía muchas veces sobre su rostro y sobre su cuerpo un resplandor extraordinario, como si fuese un ángel, y decíase, segun refiere Zozomeno, que Dios, para recompensar su virtud, había permitido que en más de una ocasión se le viese asistido por un espíritu celeste. Estas gracias exteriores eran sin duda las que le hacían ocultarse á las miradas de los hombres. Su humildad no podía permitir cosa alguna que atrajese sobre él la estimación y los aplausos, y se le atribuyen estas excelentes palabras : « ¡ Desgraciado el hombre que tiene más reputación que mérito ! » Velaba sobre sí mismo con tanto cuidado, que se vió obligado á confesar que nunca había dejado entrar en su corazón un pensamiento que pudiera desagradar á Dios. Esta gran pureza de corazón le mereció el don de sabiduría y de discreción, que todo el mundo admiraba en él. Como consecuencia de esta misma vigilancia custodiaba sus sentidos, no fuese que, por no tenerlos siempre á raya, entrase en su alma el recuerdo de los objetos sensibles, y fuesen causa de alguna disipación.

Habiendo ido su discípulo Zacarías á un asunto, le recomendó que, durante su ausencia, regase el huerto. Así lo hizo, y habiendo notado una persona, que desde lejos

le veía, que tenía tan baja la capucha que no le permitía ver más que los pies, se aproximó al Santo, y le preguntó el motivo por que lo hacía : « Zenón, contestó con sencillez, mirando á los árboles, me distraigo de mi ocupación. »

De este pasaje se deduce que había un huerto que regaba con sus discípulos ; pero éste era muy reducido y conforme á la pobreza de que había hecho profesión. Ocurrió, pues, que, hallándose ausente de su celda durante algún tiempo, Zacarías y algunos de los religiosos quisieron agrandarlo, poniendo más léjos el vallado que lo resguardaba. Apénas vió esta mudanza, dijo que se marchaba ; pero todos se postraron ante él, rogándole que les manifestase la causa de esta determinación. « No entraré en la celda, les dijo, hasta que se coloque el vallado en el mismo sitio en que estaba. »

Puede juzgarse de su discreción por lo que hizo al pasar por un monasterio en que los religiosos le ofrecieron comida. Aceptaronla, en efecto, por más que no era la hora en que acostumbraban hacerlo los solitarios á causa del ayuno. Más como á su regreso quisiese Zacarías beber en una fuente, el santo anciano le dijo : ¿ « No sabes, hijo mio, que es dia de ayuno ? — Pero, Padre mio, respondió el discípulo, ¿ no he mos comido ya ? — Sí, replicó Silvano lo hemos hecho por caridad ; pero ahora tenemos que observar el ayuno. »

Se refiere también una lección de sabiduría y de discreción, que dió á un religioso de otro monasterio, que había venido á visitarle. Como este religioso viese á sus discípulos ocupados en el trabajo, les dijo : ¿ Porqué os afanais en busca de un alimento que perece ? ¿ No sabeis que María escogió la mejor parte ? — Habiéndolo sabido Silvano, dijo á Zacarías : « Meted á este religioso en una celda, y dadle un libro para que se entretenga. » — Habiendo

llegado la hora de Nona, que era la de la comida, se puso el religioso en la puerta, esperando que el abad le llamase; pero nadie parecía. Viendo que pasaba el tiempo, salió de su celda, y fué á preguntar al abad, si habian comido los religiosos: — « Perdonadme, le respondió, que no os haya llamado, porque, como sois un hombre enteramente espiritual, que habeis escogido la mejor parte, no necesitais del alimento que perece. Nosotros, que somos carnales, no podemos pasar sin comer, y por eso trabajamos ». — Este religioso reconoció su error, pidió perdón, y el santo abad le dijo: « Confesad, hermano mio, que María necesita de Marta, y que Marta contribuye á las alabanzas de María. »

Él mismo practicaba con toda fidelidad esta lección: pues se dedicaba al trabajo manual, hacía cribas y otras obras, para no acercarse á comer á costa del trabajo de otros. Era al mismo tiempo tan desinteresado, que habiéndole traído un hombre un asno cargado de pan, no quiso aceptarlo gratuitamente, sino que lo devolvió cargado de cribas.

Hemos dicho que su dulzura le hacía muy á propósito para la dirección de las almas. En efecto, por medio de ella devolvió la paz y el espíritu de penitencia á un religioso sumido en la desesperación por el celo imprudente de otro. Había este religioso caído en una falta de pensamiento, y en la turbación de su conciencia, que interiormente le remordía, fué á proponer el caso á otro solitario como si se tratase de otra persona. Este, en lugar de animarle, le dijo bruscamente que había perdido su alma. — « Si así es, respondió el religioso, me vuelvo al siglo. — » Hallábase determinado á hacerlo, cuando se le ocurrió consultar al abad Silvano, del cual recibió una respuesta muy consoladora. Dijole el santo anciano, que no seremos castigados tan severamente por los pensamientos como por los pecados actuales, lo cual demostró con muchos pasajes de

la santa Escritura. Esto ensanchó el corazón de aquel religioso, que, lleno de confianza, le confesó toda su falta. Este médico espiritual le aplicó un remedio sacado de los Libros santos, exhortándole á la penitencia y asegurándole que sólo ella es el camino seguro para salir del estado en que se encontraba, y la puerta siempre abierta para llegar á la reconciliación con Dios. Aprovechóse tan bién este religioso del consejo que acababa de recibir, que en poco tiempo llegó á la más elevada perfección. Entónces el abad Silvano que habia ido á visitar al anciano que habia puesto á este religioso al borde de la desesperación, le refirió lo que habia ocurrido, diciendo. « El religioso, á quién vuestra respuesta habia llevado á tal desesperación, que resolvió volver á los peligros del mundo, brilla al presente entre los solitarios por los resplandores de su virtud. »

Ignórase el motivo por el cual dejó el abad Silvano el desierto de Sina para retirarse á la Palestina, pero aseguran los historiadores eclesiásticos que fué á Gerares, ciudad de esta provincia <sup>1</sup>, en donde edificó cerca del torrente de Besor un grande y célebre monasterio, que fué residencia de excelentes religiosos. Nada sabemos del resto de su vida. Pero es preciso hablar de algunos de sus discípulos, por la parte que tomaron en algunos hechos de su vida, y que nos dan á conocer su raro talento para la dirección de las almas.

Hemos dicho que habia doce religiosos en el desierto de Sceté. Zacarías le siguió á la Palestina, y le sucedió en el gobierno de su monasterio. Nada más nos dice la historia, á no ser lo que refiere Zozomeno, asegurando que en su tiempo, á sea en el año 415, se descubrió cerca de Euthéropolis, el cuerpo del profeta Zacarías, hijo de Joiada, que tenia á sus pies un niño con vestiduras reales, sin que na-

<sup>1</sup> Antigua ciudad de los filisteos, al este de Gara, residencia de Abimelech.

die pudiese saber quién fuese este niño. Añade el mismo historiador que nuestro Zacarías dió la explicación fundándose en lo que había leído en un antiguo libro hebreo, en el cual se decía, que el rey Joás, despues de dar muerte á este profeta, fué afligido con muchos azotes, y particularmente con la pérdida de su hijo, á quién profesaba entrañable cariño, y que murió siete dias despues del profeta. De modo que, impresionado el príncipe con esta desgracia, y considerándola como un castigo de Dios, quiso, para hacer una manifestación pública de su arrepentimiento y para satisfacer en alguna manera à la justicia divina, que este niño fuese enterrado á los pies del Profeta, cuyo cuerpo se encontró enteramente incorrupto, y cual si acabase de expirar. Tenia la cabeza pequeña y afeitada, la nariz larga, la barba espesa, y los ojos algo hundidos y poblados de cejas.

Marcos fué otros de los discípulos de san Silvano. Sobresalió en la obediencia, y esta virtud le hizo tan estimado de su maestro, que los demás discípulos concibieron alguna envidia, y se lamentaban con los ancianos. Estos se lo hicieron presente al santo abad, representándole que era una falta muy visible. Pero él los recibió con las muestras de caridad que le eran habituales, y sin esperar á que hablasen dél particular, los llevó á las celdas de sus discípulos, y tocando en la puerta de cada una de ellas, decía : Hermano tal, venid, que os necesito. Ninguno de ellos se apresuró, á ejecutar sus órdenes. Cuando hubo recorrido todas las celdas, llegó á la de Marcos, el cual salió tan luego como oyó la voz de su maestro. Silvano le recomendó que hiciese alguna cosa que se le ocurrió, y entretanto dijo á los ancianos : Ved como ninguno de los discípulos, á excepción de Marcos, ha acudido á mi llamamiento. — Al mismo tiempo les hizo entrar en la celda de Marcos para ver en que se ocupaba cuando fué llamado, y encontraron

que estaba escribiendo, y que habia sido tan pronta su obediencia, que no terminó una ó que habia empezado. Admirando los ancianos una obediencia tan exacta, dijeron à Silvano : En verdad, Padre mio, que teneis mucha razón en amar á este discípulo, y desde ahora también nosotros le amamos, porque este alma debe ser muy agradable al Señor. »

La obediencia de Marcos no era sólo exterior : pues no sabia pensar otra cosa que lo que su padre pensaba : creia más en la palabra de éste, que en lo que sus propios ojos veian. Silvano quiso dar á los ancianos otra prueba aún más evidente. Paseábase un dia con ellos por el desierto, y viendo pasar un cachorrillo jabalí, aprovechó Silvano esta ocasión para hacerles ver que su discípulo no sabia contradecir. — Mira, Marcos, le dijo, mira que hermosos cuernos tiene ese búfalo. — Hubiera podido responder naturalmente que no era un búfalo, sino un jabalí, y que no tenia cuernos ; sin embargo, le respondió con sencillez : Sí, Padre mio, teneis razón. — Los ancianos no pudieron ménos de admirar la sencillez de esta respuesta, que daba á conocer un espíritu dócil, y quedaron tan edificados, que el caso les sirvió de instrucción.

No fué esta sola la virtud que resplandeció en este discípulo. Estaba enteramente desprendido del mundo, y de todo lo que podia serle más querido. Su madre vino á verle rodeada de grande ostentación, y seguida de numeroso cortejo. El abad Silvano salió á recibirla, y accediendo á sus súplicas, mandó al discípulo que fuese á verla, y fué tan pronta su obediencia, que se presentó en el mismo estado en que se hallaba, con un saco lleno de girones y remendado, y con la cara sucia, por estar ocupado en la cocina. En esta situación se presentó á su madre y á las personas que la acompañaban, y cerrando dulcemente los ojos, dijo por tres veces : « Yo os saludo, » y en seguida se retiró.

No le conocieron, y todos creyeron que era un hermano que casualmente pasaba. La madre rogó de nuevo al abad Silvano que le enviase á su hijo para verle, y éste le hizo llamar para saber la causa de su tardanza. Ya me he presentado, le respondió Marcos, como me lo ordenasteis, y os suplico que no me lo mandeis de nuevo, por que me exponéis á peligro de desobedeceros. Entónces el abad Silvano dijo á la madre, que el que se habia presentado y saludado por tres veces era su hijo. Procuró consolarla, y que se retirase.

Marcos siguió á su maestro á Sina, en donde su madre solicitó de nuevo con lágrimas abundantes tener el consuelo de ver á su hijo. Mandóselo el abad; pero viendo que se disponia á obedecer, y que al mismo tiempo se deshacia en llanto, le permitió que no fuese á verla.

Aparece de una circunstancia de su muerte, que no fué ménos favorecido de Dios que amado de Silvano, pues hay motivos para creer que se le reveló la hora en que habia de acaecer. Preparábase Silvano á partir para la Palestina, y Marcos le dijo : « Padre mio, no puedo resolverme á abandonar á Sina, y sin embargo, no quiero separarme de vos : yo os ruego que dilateis vuestro viaje sólamente tres dias ». — Hízolo Silvano, y al cabo de este tiempo murió Márcos.

Los griegos hablan en sus Menologios, y tributan grandes alabanzas á Zenón, otro de los discípulos del abad Silvano, asignando su fiesta al 9 de Junio. Dicen que su ciega é increíble obediencia, su extrema austeridad y su amor á la pobreza le merecieron el don de milagros. Libró á gran número de posesos, y despues de una vida santa fué á gozar de Dios á la edad de sesenta y dos años. Estos grandes favores del cielo se confirman con otros muchos testimonios.

Cuando moraba en Sceté, salió una noche de su celda para ir al pantano : pero se extravió de tal manera, que, des-



pues de caminar tres días y tres noches por parajes desconocidos, le faltaron las fuerzas y cayó en tierra casi muerto. En esta situación vió á un niño que le traía pan y agua. Temiendo Zenón que fuese una ilusión del maligno espíritu, acudió á la oración, el arma ordinaria de los santos contra los artificios del demonio, y vió que el niño le alababa por ello ; pero no fiándose Zenón, repitió segunda y tercera vez su oración, y el niño continuó diciéndole que hacía muy bién en orar. No pudiendo ya dudar de que era la Providencia la que le enviaba aquel consuelo, tomó con acción de gracias el alimento que le presentaba el niño. Cuando hubo concluido, díjole éste. « Os habeis alejado mucho de vuestro camino : venid conmigo, y os llevare. » — Siguióle pues, y al poco tiempo se hallaba en el lugar que se proponía. Rogó al niño que entrase para orar juntos ; pero éste desapareció.

Hallándose en la Palestina, se vió obligado á emprender un viaje, y sintiéndose fatigado, se sentó á la sombra de un árbol, cerca de un campo sembrado de pepinos. Vinole al pensamiento coger uno y comérselo ; pero reflexionando sobre este pensamiento se dijo á sí mismo : si los ladrones son condenados á grandes suplicios, yo, que quiero robar, debo ver si puedo soportarlos. Cinco días pasó expuesto á los rayos de un sol abrasador, y á pesar de estar extenuadas sus fuerzas, ratiocinó, diciendo : Veo que no puedo sufrir los suplicios á que son condenados los ladrones : luego debo guardarme de robar, y no comer otra cosa que lo que gane con mi trabajo.

Dícese de él que se propuso no admitir cosa alguna de nadie, y así es que los que le hacían algún presente se retiraban llenos de tristeza, viendo que los rehusaba. Por otra parte, como se le tenía por un santo, había personas que hubieran deseado recibir de él alguna prueba de afecto ; pero como observaba la más estrecha pobreza, tam-

co tenía nada que darles, y se volvían también entristecidos. Viendo pues que todos se afligían con esta conducta, se decía á sí mismo : ¿ Qué haré para no causar pena á nadie ? será lo mejor tomar lo que me den, y darlo á los que me pidan. Hizolo así, y encontró satisfacción y tranquilidad en el bién que recibían los pobres.

Han llegado hasta nosotros algunas de sus sentencias, llenas de edificación. « Si quereis, decía, que vuestras oraciones sean oídas prontamente, comenzad por la mañana, tan luego como os levanteis, á pedir con todo vuestro corazón por vuestros enemigos, aún ántes que por vos mismo, y estad seguros de que se os concederá todo lo que pidais. »

Para evitar los peligros de la vanidad, daba este consejo. « No habiteis en ningún lugar que sea célebre : no os trateis con ningún hombre que tenga reputación : no hagais ninguna celda que pueda designarse con vuestro nombre de modo que pueda decirse : esta celda es de tal hermano. »

Vino á visitarle un solitario de Egipto, y declarándole las tentaciones que padecía, le dijo Zenón, admirado de su humildad : « Los egipcios ocultan las virtudes que tienen, y no manifiestan más que sus defectos. Los sirios y los griegos hacen todo lo contrario, gloriándose de las virtudes que no tienen, y ocultando sus defectos. »

Otro dia vinieron unos religiosos á suplicarle que les explicase este pasaje de Job : « *El cielo mismo no es puro en la presencia de Dios* <sup>1</sup>. » Los hombres, les respondió no se preocupan de sus pecados, y quieren penetrar las cosas de Dios. El sentido, pues, de estas palabras es que sólomente Dios es puro. »

Habia en una ciudad un hombre que ayunaba mucho, por lo cual le pusieron el sobrenombre de Ayunador, Súpolo Zenón, y le rogó que viniese á verle. Vino efectivamente,

<sup>1</sup> Job, xv, 15.

y despues de orar juntos según la costumbre de los solitarios, que empezaban siempre con la oración las visitas que hacian ó recibian, se sentaron los dos á trabajar. Viendo el ayunador que no entraban en conversaci6n, empezó á fastidiarse, y dijo al fin : » Pedid por mí, Padre mio : voy á retirarme. — ¿ Porqué ? le dijo Zen6n. — Siento en mi corazón un fuego que nunca he experimentado ; por el contrario, cuando estoy en la ciudad, ayuno sin trabajo hasta la tarde. — No os admireis, le respondió Zen6n : es que en la ciudad os alimentais por los oidos, aludiendo á los aplausos que recibia. Pero creedme : en adelante vais á ayunar nada más que hasta la hora de Nona. — El ayunador siguió este consejo, y vió que le costaba trabajo ayunar hasta la hora de Nona, es decir, tres horas ántes de lo que tenia costumbre. Los vecinos de la ciudad que le conocian y habian alabado su mortificaci6n, se apercibieron de esta mudanza, y empezaron á escatimarle su estimaci6n. Hasta llegaron á decir que se hallaba poseido del demonio. Vino ent6nces á referir á Zen6n lo que sucedia, y éste le dijo : « Precisamente estais ahora en el verdadero camino de Dios. »

Réstanos hablar del abad Nathyr ó Netra, otro de los discípulos de san Silvano. Al parecer, no se separó nunca desina, hasta que fué sacado de la soledad para gobernar la iglesia de Farán. Como este desierto estaba muy cerca del pais de los sarracenos, se cree que Nathyr fué el segundo obispo de esta ciudad, y que sucedió á san Moisés, de quién hemos hablado en el capítulo precedente.

Nathyr, una vez consagrado obispo, redobló sus austeridades corporales. Preguntóle la causa de ello su discípulo, y obtuvo esta respuesta : « Cuando estaba en la soledad, vivia en la pobreza y en el recogimiento, y cuidaba más de mi salud, á fin de no caer enfermo, y que se me obligase á buscar las comodidades que me faltaban ; pero

ahora tengo que guardar ciertos miramientos con el mundo, y hay infinidad de ocasiones en que tengo que salir de los límites de la moderación. Si aumento mis austeridades, para librarme de estas ocasiones, caigo enfermo, y entonces no podría llevar adelante mi resolución de volver á la soledad. »

## LOS SANTOS NILO Y TEODULO, SU HIJO, SOLITARIOS <sup>1</sup>

Todo lo que vamos á referir de estos solitarios del Sina, asesinados por los sarracenos, lo hemos tomado de la narración del mismo san Nilo.

Era éste de una nobilísima familia de Constantinopla <sup>2</sup>, y tanto por esta condición como por sus cualidades personales fué elevado á la dignidad de gobernador de esta ciudad imperial, cargo que desempeñó bajo el gran Teodosio y su hijo Arcadio. Contrajo matrimonio con una esposa digna de su mérito, tanto por su nacimiento como por sus virtudes. Todo le sonreía: tenia grandes riquezas: ocupaba un puesto distinguido: Dios habia bendecido su matrimonio dándole dos hijos, que podian sostener el esplendor de su casa, y ser el consuelo de su ancianidad, y entre él y su esposa mediaba esa unión estrecha que hace felices los matrimonios.

Pero Dios exigió de él sacrificios en que nadie habia

<sup>1</sup> Obras de san Nilo, Nicéforo, Pocio, Tillemont, don Cèillier, y Baillet.

<sup>2</sup> Tillemont, sin embargo, cree que era natural de Ancira, ciudad de Galacia en el Asia Menor, hoy Angora.





Imp. F. Chardon aîné, Paris.

(From Alex's)

*Saint Nil & Saint Théodule.*

*San Nil y San Teodulo.*



pensado, y que debian elevarle á una perfección muy diferente de la del estado que tenia en el mundo. Para ello le fué preparando con luces secretas que le hicieron conocer la vanidad de su prosperidad presente, y que le determinaron al fin á abandonar el siglo para retirarse á la soledad.

Cree Baillet que comenzaron á operarse estas mudanzas en su corazón por las predicaciones de san Juan Crisóstomo; pero en este caso es muy difícil conciliar el tiempo de su retiro á la soledad con la entrada de este santo Doctor en el gobierno de la iglesia de Constantinopla, si se quiere que sea aquí en donde le conoció y se hizo su discípulo. Lo que indudablemente aparece de sus escritos es que profesaba á este Santo Padre el mismo afecto que san Isidoro Pelusiota, á quién no cedia en la defensa de su causa, como más adelante veremos.

Hallándose san Nilo resueltamente decidido á dejar el mundo, necesitaba el consentimiento de su esposa, consentimiento que obtuvo por la sumisión que ésta siempre le profesó, por más que esta separación le costase muchas lágrimas, y le fuese tan dolorosa como la muerte. De esta manera fué muy grande el sacrificio de una y otra parte. Pero Dios tenia sus designios sobre san Nilo y su hijo, queriendo hacerlos víctimas de su amor. Para consolar el Santo á su esposa, le dejó uno de sus hijos, llevándose consigo al otro, llamado Teodulo, que participó de su cruz y de sus méritos.

El asilo que buscó para huir de los peligros del siglo fué el monte Sina, agregándose á los anacoretas que santificaban esta soledad con su vida enteramente celestial. Se desprende de su relato que los santos habitantes de este desierto habian conservado todo el fervor de los que le precedieron un siglo ántes, y que terminaron gloriosamente su vida con el martirio.

Nada tan edificante como el relato que hace de su género



de vida. « Unos, dice, moraban en pequeñas celdas, otros en cavernas formadas por la naturaleza, pero colocados à tal distancia, que pueden vivir en santa unión, y ayudarse en sus necesidades, sin que fuese la proximidad un obstáculo para el riguroso silencio que guardaban. »

« No practican todos la misma abstinencia, sino que ésta se halla regulada por las fuerzas de cada uno. Pocos comen pan: la mayor parte vive de frutos y yerbas crudas. Hay algunos que no toman alimento más que al fin de la semana: otros en medio de ella, y otros cada dos dias. La caridad que los une ahuyenta de aquel lugar la envidia. Los más adelantados en virtud, léjos de atribuir la á sus trabajos, la refieren á Dios, y los que se hallan más retrasados en la perfección no lo atribuyen á la debilidad de sus cuerpos, sino á su negligencia. De este modo se conservan todos, y se sostienen en los sentimientos de una verdadera humildad. Para practicar mejor esta excelente virtud huyen del comercio con el mundo, no queriendo tener otro testigo de sus acciones que al mismo Dios, tanto para que los aplausos de los hombres no les sirvan de recompensa, como para no tener que agradar más que á Dios. »

La pobreza de que hacen profesión iguala á su abstinencia. Así como entre ellos no se conocen los refinamientos del gusto, tampoco se conoce la imágen del Cesar grabada en la moneda. No se habla allí ni de comprar ni de vender. Dan, y reciben gratuitamente, y se socorren unos á otros sin más motivo que el de la caridad. Todos los domingos se reúnen en la iglesia, tanto para practicar los divinos misterios, como para animarse mutuamente con santa conversación, y para que un retiro demasiado prolongado no engendre el olvido y debilite la caridad, convirtiéndolos en salvajes. »

Estas piadosas conferencias que tienen entre sí son muy

ventajosas para su alma, y especialmente para los jóvenes: pues los animan á combatir sus pasiones, ya que no tienen otras tentaciones que sufrir que las del espíritu. En ellas se recomienda la mortificación de los sentidos, y sobre todo de la lengua, el trabajo, la renuncia á la vanidad, al orgullo y al amor propio, y la práctica de todas las demás virtudes. Como el pais que habitan es célebre por las gracias que en él dispensó el Señor á su siervo Moisés, y por haber servido de refugio al profeta Elías, cuando tuvo que huir de la persecución de la impia Jezabel, procuran los religiosos imitar el espíritu de estos santos varones, la dulzura y la humildad de Moisés, y el fervor de Elías. Léjos de imitar las murmuraciones de los israelitas, que manifestaron su disgusto por el alimento que Dios les mandaba desde el cielo, y que no pudieron soportar la ausencia de Moisés durante los cuarenta dias en que Dios le dió su ley en la montaña, olvidando los beneficios y prodigios que les habia dispensado, y entregándose á la impiedad, estos santos solitarios no buscan la delicadeza de los alimentos, ni desean lo superfluo; ántes por el contrario, se privan hasta de lo necesario, y no piensan en otra cosa que en adelantar en la virtud. »

Pues bién, para habitar entre estos santos, cuyo magnífico elogio traza, es para lo que deja Nilo todo cuanto más estimaba en el mundo, todo lo que más podia halagarle: su mujer, su hijo, sus parientes, sus amigos, su dignidad, sus riquezas, y abraza un género de vida enteramente opuesto á su anterior estado. Escoge para morada la misma montaña de Sina, con abjeto de vivir entre los anacoretas: pues además de estos santos ermitaños, habia un monasterio en que vivian en común otros religiosos, y en que comiau á las tres de la tarde, como aparece de un hermano, que condenaba el trabajo manual, y del que ya hemos hablado en la Vida de san Silvano.

San Nilo llegó á un desprendimiento tan absoluto de todas las cosas, que, escribiendo á un obispo llamado Aristón, para mostrarle su reconocimiento por las gracias que de él habia recibido, le confiesa que, no hallándose en estado de recompensarle sus beneficios, dejaba al cuidado de Dios el remunerarle con usura todo el bién que le habia dispensado. Igualmente se aplicó á la práctica de todas las demás virtudes; como se desprende del don de profecía que Dios le comunicó, de los tratados ascéticos que compuso, y de las numerosas cartas que escribió. Era muy favorecido de Dios, y su virtud le daba una gran autoridad sobre los espíritus, autoridad de que se servia muy ventajosamente para la gloria de Dios y el bién de las almas. De esta manera hacía en la montaña de Sina lo que san Isidoro hacía en Pelusa, pudiendo ambos ser considerados como dos astros que Dios habia colocado en el desierto para ilustrar al mundo desde el fondo de la soledad.

Es de presumir que el abad Silvano, de quién hemos hablado en el capítulo anterior, era superior de Sina, cuando san Nilo se retiró á esta montaña, hácia el año de 390. Vivió mucho tiempo en el reposo de su soledad, gustando en su retiro de esa paz inefable del alma que es fruto de las virtudes y de la pureza de conciencia. Pero no por eso dejó de luchar con el maligno espíritu, que le presentó todo género de combates. Unas veces entraba en su celda produciendo ruidos y silvidos espantosos: otras veces aparecía bajo la forma de bárbaros en actitud de matarle, ó de bestias feroces que amenazaban devorarle. En ocasiones producía resplandores espantosos, ó daba terribles sacudidas á su celda para turbarle y espantarle. Pero todas estas artes las despreciaba el Santo, y escribía á otros religiosos que sufrían las mismas tentaciones, animándoles á que no se espantasen ni temiesen, sino que las despreciasen y se fortaleciesen contra este espíritu con las armas de la ora-

ción, y de la fé, y con el signo de la cruz que los disiparia como humo.

Hemos visto en muchos pasajes de esta obra, que desde que los solitarios poblaron los desiertos para practicar la perfección evangélica, les atacaban con mucha frecuencia los demonios no sólo interior, sino también exteriormente, con apariciones y figuras espantosas. A veces los maltrataban cruelmente, permitiéndolo Dios así para ejercitar su paciencia y acrecentar sus méritos. No hay duda que debieron haber tratado de esta manera á san Nilo, porque despues de decir á los solitarios Laurencio, Fausto y Epínico, que los demonios se esfuerzan en causar espanto con visiones fantánticas, y de animarlos á despreciar estas amenazas y á emplear las armas de la oración y de la fé, añade que él mismo sufría estos ataques, y aún mayores. En otra carta dirigida á los expresados solitarios, dice terminante mente, que los demoniós le han herido en más de una ocasión.

Pero estas persecuciones exteriores no le impresionaban, porque sabia que no podian perjudicar á su alma, y hallándose sostenido con la gracia divina, no eran más que estériles esfuerzos de los espíritus infernales, en que estos, aumentado sus propios tormentos, sufrían mucho más que él: pues que le proporcionaban un medio eficacísimo de merecer las recompensas del cielo. Era, pues, insensible á estas vejaciones; pero no así, cuando se trataba de los intereses de Dios y de la Iglesia. Su alma se penetraba del más vivo dolor, y no podia ver, sin que su corazón se desgarrase de amargura, que Dios fuese ofendido, y la Iglesia perseguida en la persona de los santos mártires. Entónces quebrantaba su silencio, hablando con santa libertad, y no mirando más que la gloria de Dios, se elevaba sobre todas las consideraciones humanas.

Así lo manifesto de una manera especial en la perse-

cución que sufrió san Juan Crisóstomo. Habiendo sido desterrado este santo doctor de Constantinopla en 404, y relegado á Cucusus, no pudo ver san Nilo con ánimo tranquilo la injuria que se hacia á este santo varón, y en su persona á toda la Iglesia, bajo el emperador Arcadio. « Habeis desterrado, le dice, á Juan, obispo de Bisancio, y una de las luces más brillantes de la tierra, y lo habeis desterrado sin motivo y contra toda justicia, dejándoos llevar de suma ligereza por las insinuaciones de obispos que carecen de los sentimientos que debieran tener. Y lo más triste es, que, habiendo privado á la Iglesia católica de un Doctor, que tan santas y puras instrucciones daba al pueblo cristiano, os mostrais insensible á vuestra falta. »

Sabidas son las desgracias que sobrevinieron á Constantinopla y á toda su comarca despues del destierro de san Juan Crisóstomo. El mismo dia de su partida fué consumida la iglesia y gran parte de la ciudad por fuego bajado del cielo. Pocos meses despues fué asolado todo el pais por una terrible granizada : la emperatrix Eudoxia, la más implacable enemiga del Santo, compareció ante el tribunal de Dios, y en su tumba tuvieron lugar espantosos sacudimientos.

Horrorizado Arcadio con estas señales inequívocas de la cólera divina, ocudió á san Nilo, el cual le respondió con la misma energía que ántes. ¿ Como pretendeis, le decia, que se vea Constantinopla libre de terremotos y del fuego celestial, cuando en ella se cometen tantos crímenes : cuando domina la injusticia, y cuando se ha desterrado al bienaventurado obispo Juan, columna de la Iglesia, luz de la verdad, y oráculo de Jesucristo ? ¿ Como me pedís vuestras oraciones para una ciudad, á que la cólera divina agita con espantosos terremotos, y sobre la cual caen á todas horas rayos del cielo que amenazan destruirla ; miéntras que mi corazón se consume por el fuego de la

aflixión, y mi espíritu se encuentra conturbado á causa de los excesos que se cometen en Constantinopla? »

En otras cartas hace también la defensa de san Juan Crisóstomo, en las cuales dice, que, levantándose contra los pecadores, imitaba á Jesucristo : que los que le acusan de haber obrado con excesivo celo, debían hacer la misma acusación á san Juan Bautista, y que los obispos que sorprendieron al emperador Arcadio para arrancarle la orden de destierro, no lo perseguían por otra causa, que por odio y envidia á su virtud. Por último, escribiendo á Severo, que habia sido prefecto de Constantinopla, dice, que, despues del destierro del santo Doctor habian sido visiblemente castigados por Dios muchos de sus enemigos, los cuales confesaron con lágrimas de compunción que habian cometido un grande pecado contra este varón justo.

El mismo celo que le hacía tomar con ardor la defensa del santo Obispo, le impulsaba á combatir el error y á sostener la pureza de la fé, y dió motivo á las excelentes cartas, que demuestran hallarse tan versado en la doctrina de la Iglesia sobre la fé, como en la relativa á la santidad de las costumbres. Más adelante nos ocuparemos de su doctrina espiritual.

Reprendia algunas veces á los pecadores con una energía verdaderamente evangélica, dirigiéndoles severas exhortaciones, y amenazándoles con el rigor de los castigos eternos. Con la misma fortaleza condenó las violencias y la avaricia de algunos obispos. Predijo á algunos personajes constituidos en puestos elevados de que abusaban, los castigos que merecian sus crímenes. Así es que, escribiendo á Licurgo, una de las personas de más elevada dignidad del imperio, y que se daba el título de *ilustre*, le hacia ver cuán vana y ridícula era su desmedida pasión por las riquezas que pretendia dejar á uno de sus parientes, ad-

virtiéndole que no tardaría mucho en ver morir á este pretendido heredero, y que ántes que esto sucediese, ejercería Dios el mismo castigo sobre otras dos personas de distinción, llamadas Aristifano y Crescente. También predijo á un tal Lauso, que, no teniendo hijos ni hermanos, se dejaba llevar de la misma pasión de amontonar tesoros, que tendría el dolor de ver que se disipaban por los crímenes, de la misma manera que por los crímenes los había adquirido.

Lauriano que había sido prefecto de Constantinopla, y tal vez uno de los miembros del pretorio, y que era pagano, había hecho sacar y aprisionar á algunas personas que se habían refugiado en la Iglesia del santo mártir Platón, en Ancira, San Nilo le escribió en términos los más enérgicos, declarándole que Dios, para castigarle y vengar al santo Mártir, haría que cayese en desgracia del emperador, y que se viese obligado á buscar su seguridad en la misma iglesia que había violado : que tanto él, como las personas que le eran más allegadas, caerían en penosísima enfermedad : que serían confiscados todos sus bienes, y que entonces se vería si el Saturno á quién adoraba, venía á consolarle en su desgracia. Anunció también á Nerón, una de las personas más distinguidas de la corte, que no evitaría los castigos que sus crímenes merecían, y que al fin de su vida experimentaría la desgracia de su caída.

Pueden considerarse estas amenazas, no sólomente como un efecto de su celo ardiente, sino como una prueba de que Dios le había distinguido con el don de profecía. Así es que, cuando escribía con tanta vehemencia, y dirigía reprecensiones tan severas, lo hacía dirigido por el espíritu de Dios, y no por efecto de mal humor : pues en sus escritos procuraba medir las expresiones, acomodándolas á las necesidades de aquellos á quienes quería atraer al bien, y

como la caridad, ó más bién, Dios era el que dirigia su pluma, le inspiraba según las circunstancias.

Vemos, en efecto, que este hombre, que parecía todo fuego contra los pecadores, censuraba á un obispo, llamado Olimpo, por tratar con excesiva severidad á algunos de ellos, en particular á dos personas, llamadas Filemón y Sosandro. Le indica, que teme que Dios le trate con el mismo rigor que él emplea con los demás. Le propone el ejemplo de un obispo, llamado Carpio, cuya visión, descrita en la octava de las epístolas que se atribuyen á san Dionisio Areopagita, es muy conocida. « Por último, le dice, privadles de la entrada en la iglesia el tiempo que se prescribe en los cánones apostólicos; reprendedles, instruidles, exhortadles, y adcanzadles con vuestras oraciones la misericordia de Jesucristo. Renovadles, fortificadles, lavadles en sus propias lágrimas, ordenadles ayunos, purificadles con frecuentes vigiliás, y haced que por medio de la oración recobren la vestidura de la santidad, de que les han despojado la malicia del demonio y la iniquidad de los hombres. Sostenedles en una firme esperanza, cuando les veais orar, gemir, hacer limosnas, y esforzarse por tener propicio á Jesucristo, nuestro Salvador, lleno siempre de misericordia y de clemencia.

Gainas, aquel terrible general de los godos que hacia temblar al imperio romano, le escribió muchas cartas, cuyas contestaciones tenemos la dicha de conservar. Propónele en ellas el candillo algunas cuestiones sobre la divinidad de Jesucristo; pero comprendiendo san Nilo que eran sugeridas por los arianos, cuyos errores seguia, no quiso contestar directamente á ellas, y se limitó á decir, que cuanto dijese de este sublime misterio, no seria escuchado por sus oídos contagiados por el veneno de la herejía. El santo no queria perder el tiempo en escribir



cartas que no habian de producir buén efecto, y preferia callar á disputar, para no arrojar las piedras preciosas de la verdad á las bestias inmundas de la heregía.

Dios que habia dado á su siervo una reputación tan grande, que le hacía ser respetado y consultado hasta por personas de la más alta dignidad, quiso probarle con una affixión la más sensible para su corazón, y que contribuyó á aumentar sus meritos. Ya hemos dicho que, cuando se retiró del mundo, llevó consigo á su hijo Teodulo, viviendo ambos muchos años en la montaña de Sina, de donde descendian algunas veces á un lugar de esta misma montaña habitado por otros solitarios, á quienes iban á visitar. Llamábase este lugar el *zarzal*, por que allí se deajo ver el Señor á Moisés en una zarza ardiendo.

Acaeció, pues, que, comiendo una tarde con estos solitarios, uno de ellos, llamado también Teodulo, que era sacerdote de aquel lugar, les dijo con un aire de bondad más expresivo que de ordinario : ¿ Quién sabe si, antes de morir, volveremos à comer juntos en este lugar ? — No tardó en verificarse aquella presunción, que bién pudiera calificarse de profecía.

Al dia siguiente, despues de cantar los himnos de la mañana, apareció una horda de sarracenos de la tribu más cruel de toda la Arabia, que, apoderándose primero de las provisiones que tenian los religiosos en sus pobres celdas, vinieron á atacar la iglesia, dando gritos espantosos, y acompañados de un lenguaje bárbaro é ininteligible. Hicieron estos bandidos salir á los religiosos del lugar santo, y los despojaron de sus vestídurass dejándolos enteramente desnudos. Dos de ellos se apoderaron del sacerdote Teodulo, golpeándole y maltratándole, sin que por eso manifestase el más ligero movimiento de tristeza ni de temor á la muerte, ni profiriese más que estas palabras : *Bendito sea el Señor*. Un golpe de hacha descargado sobre

la espalda le abrió hasta el pecho, y le hizo caer en tierra, pero en una posición tan molesta, que, á pesar de la desnudez á que le habian reducido, conservó todas las reglas de la modestia. Al mismo tiempo mataron á un anciano, compañero suyo, y á un niño que le servia. Aquel se llamaba Pablo, y éste Juán.

Colocaron despues á los de más edad en un lado, como si quisiesen matarlos á unos en pos de otros, y á los más jóvenes en otro lado para llevarlos consigo. Cuando aquellos esperaban el golpe de muerte, vieron que los bárbaros les hacian señal de que huyesen, y se apresuraron á ganar la montaña del Sinai, no siguiéndoles los sarracenos, porque estaban persuadidos de que la majestad de Dios residia en aquel lugar. No procedia este sentimiento sólomente de las maravillas que por la tradición sabian haberse operado en tiempo de los israelitas, sino del recuerdo, no borrado aún, del fuego, que cien años ántes habia aparecido sobre esta montaña, cuando otros sarracenos persiguieron á los santos solitarios, como hemos visto en el capítulo precedente.

Viendo san Nilo á su hijo Teódulo en manos de los bárbaros que le llevaban cautivo, quedó su corazón en la situación más angustiosa que pueda imaginarse. No podia resolverse á huir, y ménos pensaba en el peligro que corría de ser asesinado, que en el hijo que tan cruelmente se le arrancaba. Su alma sufrió el sentimiento más vivo de dolor, cuando su hijo le hizo señal de que se salvase con los otros.

Hízolo así ; pero confiesa que su espíritu quedó como separado de su cuerpo, no pensando á donde iba, sino preocupado sólomente con su querido Teodulo. Volvía de tiempo en tiempo para mirarlo, y á medida que se alejaba aquel pedazo de sus entrañas, se subia á un sitio más elevado para contemplarle á lo lejos.

Cuando le hubo perdido enteramente de vista, se entregó á los gemitos y á las lágrimas, lamentándose de que Dios permitiese que hombres tan bárbaros ejerciesen semejantes crueldades con sus servidores. Hallábase tan afligida su alma, que parecía faltarle resignación, y él mismo confiesa que no tuvo toda la que debiera. Pero esta falta era muy excusable, pues temia por su hijo, á quién veia en poder de una nación idólatra, y que siendo bién formado y jóven, pues apénas tenia treinta años, podía ser destinado, como en efecto lo estaba, á servir de víctima en sus sacrificios.

Estos bárbaros mataron también á otros solitarios que encontraron en sus celdas ó en las cavernas, y cuando, llegada la tarde, se retiraron, descendieron los ancianos que se habian refugiado en la montaña para dar sepultura á los muertos. El sacerdote Teodulo respiraba aún, y no pudieron ménos de derramar lágrimas al ver la tristísima situación á que le habian reducido. Pero este santo hombre aprovechó las fuerzas que le restaban para exhortarles á adorar los juicios de Dios, recordándoles el ejemplo de Job, que, permitiéndolo el Señor, fué afligido por el demonio con todo género de males, y recompensado más tarde por el mismo Dios con mayores beneficios que los que ántes habia recibido. « Dios nos promete, les decia, recompensas mucho más grandes en la otra vida : recompensas que el ojo no ha visto jamás, ni los oidos han escuchado, ni la inteligencia puede concebir. Estas magníficas coronas las reserva para aquellos que han combatido por su amor y por su gloria, y manifiesta su magnificencia y su divina liberalidad concediendo á sus combatientes una gloria, que no sólomente es superior á lo que han sufrido, sino que excede á las más grandes esperanzas. »

Este santo sacerdote no se proponia otra cosa que animarlos en sus trabajos y consolarlos en su aflixión con

palabras dignas de su virtud y de su amor generoso á Jesucristo. Despues les dió á besar la paz, y entregó su espíritu al Señor, Renováronse las lágrimas de los que presenciaban este espectáculo : diéronle sepultura juntamente con los otros cadáveres, y aprovecharon las tinieblas de la noche para trastadarse á la ciudad de Farán.

San Nilo encontró allí á muchas personas que tenian en gran estima la vida solitaria ; pero todos los consuelos que se esforzaban en prestarle, no eran bastantes para que dejase de derramar abundante llanto, pensando en la suerte que estaba reservada á su querido Teodulo. Esto dió lugar á que estas personas le rogasen que refiriese su historia.

Estando refiriéndola, apareció un esclavo escapado del campo de los sarracenos que les dió noticia de otros solitarios martirizados por estos bárbaros. Dijo también que, según habia oido de otro cautivo que entendia su lengua, habian resuelto sacrificarle á él y á Teodulo, á la mañana siguiente, á la estrella de Vénus, por que era costumbre entre ellos inmolar á los cautivos mejor formados. Anadió que, en vista de este peligro, habia propuesto á Teodulo que ambos se escapasen al primer descuido, como él tuvo la fortuna de hacer ; pero que Teodulo no se atrevió á ejecutarlo temeroso de que lo cogiesen.

Esta triste nueva puso el calmo al dolor de san Nilo : desde entónces consideró á su hijo como víctima de los bárbaros, y preocupado con esta idea, soñó á la noche siguiente que le presentaban una carta de su hijo, al que daban el título de bienaventurado, lo cual significaba que habia sufrido el martirio. Indescriptible es la amargura que se apoderó de su espíritu ; pero no se dejó llevar enteramente de ella, sino que acudió á la oración, y cobró ánimo con el ejemplo de la madre de uno de los religiosos martirizados, la cual dió gracias al Señor con un gozo tan grande, que demostraba tener una fé superior á todos los

sentimientos del amor maternal. Considerando san Nilo las disposiciones de esta piadosa madre, se increpaba á sí mismo por no tener esta generosidad cristiana, y se animaba á someterse á los órdenes de la Providencia. Hizo al mismo tiempo voto de servir á Dios de una manera más exacta y austera que hasta el presente, si tenia la dicha de ver vivo á su hijo, y á la noche siguiente Dios se lo aseguró por medio de un sueño en que una voz le decía : « El Señor confirmará la palabra que le has dado, y te hará ver su efecto. »

Bién pronto tuvo este consuelo : Habiendo sabido el gobernador de Faràn las correrías que habian hecho los sarracenos al monte Sina, no obstante la paz establecida con ellos, elevó una demanda à Ammano, su rey, enviándole dos correos para saber si queria hacer justicia de esta infracción. En tanto san Nilo y sus compañeros fueron á dar sepultura á otros solitarios asesinados por los sarracenos, encontrando que sus cadáveres no tenian señales de corrupción, no obstante hacer cinco dias que estaban muertos. Entre ellos habia uno que aún respiraba, pero que á poca rato murió.

Ammano respondió que queria sostener la paz y reparar los daños causados por su gente. En su consecuencia, se le enviaron embajadores para renovar el tratado, uniéndose san Nilo á ellos con el fin de saber lo que habia sido de su hijo. Habia que hacer doce jornadas, y en el viaje fueron sorprendidos por los sarracenos, que se apoderaron de san Nilo, miéntras que los otros lograron huir. Atáronle los bárbaros, y le hubieran llevado cautivo, si unos soldados romanos que aparecieron de pronto, no les hubieran puesto en precipitada fuga.

Caminaron los embajadores cuatro dias más, y por último, llegaron á la corte. San Nilo, que sólamente suspiraba por su hijo, fluctuaba entre el temor y la esperan-

za, y hasta trataba de descubrir en las miradas de aquellos á quienes hallaba, si tenían alguna buena nueva que darle, Supo al fin que Teodulo vivia, y que estaba en Elusa. Se le dieron dos personas que le acompañasen, y en el camino encontró á un jóven que le llevaba una carta de su hijo.

Este jóven le habia visto ántes, y tenia noticia de todo : así es que, tan luego como le vió, sacó la carta del saco en que la llevaba, y se la mostró desde léjos. Se acercó con semblante risueño para darle á entender que le comunicaba noticias consoladoras. Confiesa san Nilo, que era tan pobre, que, no teniendo nada que darle, no pudo manifestarle su reconocimiento más que con expresivas palabras de gratitud.

Apresuró el paso, y lo primero que hizo al llegar á Elusa, fué ir á la Iglesia para dar gracias al Señor, postrándose en tierra, exhalando suspiros y regando el pavimento con sus lágrimas Tan luego como salió, se apresuraron muchas personas á felicitarle por haber encontrado á su hijo, y le acompañaron hasta la casa en que éste se encontraba. Tan luego como lo supo Teodulo, corrió á abrazarle ; pero le hubiera costado trabajó conocer á su padre, que se hallaba fatigado del camino, desgarradas sus ropas y en extremo abatido. El gozo de ambos les dejó mudos en un principio : se abrazaron tiernamente, y no se hablaron más que con lágrimas y suspiros. San Nilo era ya de avanzada edad y estando muy debilitado por las fatigas de un largo camino, y por las amarguras que habia devorado su corazón, no pudo sobre llevar la revolución que el exceso de gozo habia obrado en su naturaleza. Cayó, pues, desfallecido, y fué necesario prestarle eficaces auxilios para que no sucumbiese enteramente. Volvió algún tanto en sí, pero no sabia en donde se hallaba ; por último, algo restablecido, empezó á gustar

tranquilamente el consuelo de ver á su querido Teodulo.

Quiso que éste le refiriese todo lo que habia sufrido, y los peligros á que habia estado expuesto en su cautividad. Temiendo Teodulo renovar sus dolores, se excusó en un principio; pero al fin cedió á la obediencia.

« No es necesario, padre mio, le dijo, que os repita lo que ya sabeis por el esclavo que logró fugarse, y que os dió noticias de mí en Farán. Sólo añadiré que, habiendo resuelto los bárbaros inmolarme á la mañana siguiente á su infame divinidad, y habiendo preparado un altar, una espada, ampolletas, incienso y licores para derramarlos, según la costumbre, no esperaba ya otra cosa que morir, á no ser que Dios se dignase impedirlo por un acto de su poder infinito. »

« Viendo, pues, que el esclavo, que ya conoceis, se habia escapado, y no teniendo yo valor para seguirle, por que, siendo ya muy avanzada la noche, hubiera corrido peligro de extraviarme, preferí entregarme á la Providencia, y pasé la noche postrado en tierra, abatido el cuerpo por la tristeza, pero levantado el corazón á Dios, único que podía socorrerme.

« Hallándome en esta situación, le dirigí esta plegaria : Señor y Dios mio, que sois el Criador del universo y de todas las cosas que en él se contienen : en vuestras manos están los corazones de todos los hombres : podeis inclinar los más bárbaros, y darles sentimientos de dulzura y de misericordia. Puesto que cuando así ha placido á vuestra soberana voluntad, habeis impedido que las bestias feroces dañen á vuestros servidores y habeis detenido la actividad de las llamas, conservando en medio de ellas á tres jóvenes, sin que se quemase uno solo de sus cabellos : dignaos, Salvador mio, hacerme sentir vuestra poderosa protección en el terrible trance en que me encuentro, y en que no tengo otro auxilio que el vuestro. No permitais que mí

sangre sirva de libación en un sacrificio ofrecido á los demonios, y que estos puedan gozarse con la inmolación de los miembros de mi cuerpo? ¿Permitiréis, Dios mio, que este cuerpo que por vuestra gracia he conservado casto y puro, sirva de víctima al demonio de la impureza, simbolizado en la infame divinidad á que se le quiere inmolar? Cambiad en dulzura y clemencia la crueldad de estas bestias feroces, Vos que dulcificasteis el corazón de Asuero, rey de los Medos, cuando ante su presencia compareció la reina Esther, salvadme, pues sabéis que sólomente á Vos quiero servir con toda fidelidad. Devolvedme á mi padre que se halla consagrado á vuestro servicio; pues aún cuando me hallo muy léjos de su virtud, quiero imitarle. No os pido esta gracia, ni tomo esta resolución por temor de la muerte. Demostrad en esta ocasión que la fé y la confianza en vuestro poder infinito son más eficaces que todos los medios humanos. El que debia ser sacrificado conmigo se ha librado por haber huido, y yo he quedado aquí confiando en vuestra Providencia. Él ha confiado en la ligereza de sus pies, y yo sólomente en Vos: él se ha salvado merced á las tinieblas de la noche, ¿no me salvaréis á mí por vuestra infinita sabiduría?

« Cuando yo dirigía esta fervorosa plegaria, continuó Teodulo, apareció la estrella de Vénus sobre el horizonte. Me levanté de la tierra, me senté, y teniendo mis manos cruzadas y bajando mi cabeza hasta tocar con las rodillas, me puse á orar con mayor fervor, regando mi pecho con mis lágrimas, y diciendo: Haced, Señor, que vuestra misericordia brille sobre mí, pues que sois el único árbitro de la vida y de la muerte: haced un prodigio en mí, como lo habeis hecho con vuestros santos, que se encontraron en el mismo peligro y en la misma aflição. Vos detuvisteis el brazo de Abraham, próximo á inmolar á su hijo por obedecer vuestro mandato: Vos librasteis á José



de la envidia de sus hermanos que proyectaban darle muerte : Vos protegisteis á vuestro siervo Moisés, y vuestro poder no ha disminuido, porque es inmutable. Si con tanta bondad lo habeis manifestado en tantas ocasiones, escuchad mi oración y devolvedme á mi padre, que en Vos tiene puesta toda su esperanza, y haced que los que conocen vuestro santo nombre tengan en mi libertad un nuevo motivo de admirar la grandeza de vuestro poder ».

« Así continué mi oración hasta que hubo salido el sol, y poco despues los bárbaros que, hartos de vino, se habian quedado dormidos, despertaron con grande tumulto, y llenos de ira por habérseles pasado el tiempo del sacrificio. Les extrañó verme solo, y me preguntaron donde estaba el otro. Les respondí que nada sabia, y ellos, léjos de maltratarme, me miraron con más dulzura. Esto me animó un poco, y dí gracias á Dios en lo más íntimo de mi corazón, y aumentaba mi valor á medida que experimentaba su divina protección. Quisieron los bárbaros invitarme á comer manjares prohibidos, y que viviere con ellos ; pero les hice conocer que estaba obligado á guardar abstinencia, y Dios me concedió la gracia de sostenerme en mi deber. Por último, no sé lo que concertaron entre si ; ello es que, al aproximarnos á paises habitados, vinieron á la aldea de Suca, y me pusieron en venta. »

« Cuando vieron que nadie queria dar por mí el precio que pedian, me colocaron en una de las puertas de la aldea con una espada sobre el cuello, indicando con esto que, si no se apresuraban á sacarme de su poder, me cortarían la cabeza. Entónces me ví en mayor peligro que nunca, y pedia con lágrimas en los ojos á los que transitaban, que me salvaran la vida, asegurándoles que, si me rescataban, no perderian nada. Por último, un hombre, que se llenó de compasión, contrató mi rescate ; y á este alma caritativa

debo la dicha de encontrarme aquí. Pero como veo, padre mio, que este relato os hace sufrir mucho, dejemos la narración de mis padecimientos, y demos gracias al Señor por encontrarnos juntos, y por haberme demostrado de una manera tan sensible los efectos de su divina protección ».

Tal es, en sustancia, el relato que Teodulo hizo à su padre de su cautividad y del modo con que Dios le devolvió su libertad. El que le compró volvió à venderle al obispo de Elusa, quién le trató con toda la consideración y caridad, que podia esperarse de un ministro de Dios. Hizo todos los esfuerzos posibles, para que tanto el padre como el hijo olvidasen lo que habian sufrido : les colmó de atenciones, y les obligó à que permaneciesen à su lado, prometiéndoles ejercer sobre ellos un cuidado especial. Elevó à Teodulo à la clericatura, confiándole el ministerio de la sacristía y de la puerta, pues reconoció en él una virtud eminente, y esperaba elevarle à más alto grado. Sin embargo, como suspirasen por su retiro, y no quiesiese el obispo prevalacerse del derecho de rescate que tenia sobre Teodulo, usó de su autoridad para ordenarles sacerdotes, por más que le rogasen con lágrimas que no les confiriese esta sagrada dignidad, que consideraban muy superior à sus virtudes, concediendo de esta manera à la piedad que en ellos veia, lo que sólamente rehusaban por humildad. Les proveyó también de medios para que hiciesen su viaje, y los despidió con señales inequívocas de estimación y entrañable afecto, deseándoles las bendiciones del Señor.

San Nilo manifestó à su hijo el voto que habia hecho, en el tiempo de la aflixió, de abrazar una piedad más perfecta y austera que ántes, y Teodulo propuso secundar sus designios con todas sus fueras. Volvieron al desierto de Sina, y con paz y tranquilidad se entregaron à los ejercicios de su estado. Despues de esto nada sabemos de su

vida : sólomente se dice que san Nilo escribía aún en 430 para la edificación de los religiosos. El Martirologio romano hace memoria de san Nilo en 12 de Noviembre, y de san Teodulo en 14 de Enero, uniéndolo a éste á los santos mártires que en este dia se celebran : pues que estuvo estrechamente unido á ellos en vida, y hubiera muerto como ellos, si Dios no le hubiese reservado para consuelo de su padre.

Dice Nicéforo que el emperador Justino el Joven, que reinó desde 565 hasta 578, trasportó el cuerpo de san Nilo á Constantinopla, colocándolo en la Iglesia de san Pedro y san Pablo, que habia hecho edificar para hospital de huérfanos. Lo mismo confirman los Griegos en sus *Méneos*, y dicen que también fueron trasladados san Teodulo y otros muchos ascetas, que se cree ser los que fueron asesinados por los sarracenos, cuando estos llevaron cautivo á Teodulo. En efecto, en la misma iglesia se honra su memoria.

Réstanos hablar de estos santos mártires. Mientras que los sarracenos, como hemos dicho, llevaban consigo á Teodulo, despues de haber dado muerte al sacerdote de este nombre y á algunos otros, de quienes hemos hablado, recorrieron el desierto y mataron á cuantos seglares encontraron en el camino, entre otros á un senador de Farán, llamado Magadón que habia ido con una comisión juntamente con un oficial de policía. Queriendo este hacer resistencia, fué hecho pedazos con toda su gente, y por lo que á Magadón se refiere, le dieron esperanza de dejarle ir con su hijo, y le sentaron á su mesa. Pero al mismo tiempo dieron muerte á dos de sus criados, y á él y á su hijo los enviaron, como para mayor seguridad, con una escolta, á la cual dieron orden secreta de matarles en el camino. El esclavo que debia ser inmolado al mismo tiempo que Teodulo, pertenecía también al senador Magadón.

Al día siguiente se pusieron en marcha los bárbaros, y después de atravesar montañas y cruzar caminos muy difíciles, llegaron á un paraje que les pareció muy cómodo y agradable, porque habia agua con que satisfacer su sed y lavarse, y pastos para los camellos.

Quedaron tan encantados de aquella hermosa campiña que no pensaron más que en danzar y cantar. Entregábanse á estas expansiones, cuando, dirigiendo sus ojos á la ladera de una montaña, distinguieron una pequeña celda. Corrieron todos á ella, deseando cada cual ser el primero en llegar. Era la morada de un anciano solitario, cuya puerta estaba cerrada con algunas piedras para impedir la entrada de las bestias feroces. Se abalanzaron aquellos bárbaros, más crueles que las fieras; sacaron al anciano, y sin consideración á su edad ni á su virtud, le cubrieron de piedras, pues habian dejado las armas en el campo. No sólomente no opuso resistencia alguna el santo varón, sino que no demostró la más leve turbación, sufriendo con paciencia los tormentos, y sometiéndose á la muerte con la dulzura de manso cordero. Pero lo más horrible es, que, cada vez que descargaban sobre él una piedra, palmoteaban y prorumpian en carcajadas de risa. Internáronse más adelante, y encontraron á un religioso jóven, cuyo pálido rostro y aire mortificado daban á entender que no vivia más que de la abstinencia. Le apedrearon también, y mientras despiadadamente lo hacian, les daba las gracias, porque le libraban de los peligros de la vida, precisamente cuando se hallaba en los primeros fervores de su profesión, y porque no tendria que temer la inconstancia de la fragilidad humana, que muchas veces se engaña en sus mejores resoluciones.

Habia no lejos de aquel lugar un terreno abundante en pastos y árboles de espléndido follaje. Lo recorrieron y encontraron á otro religioso jóven, que á una gran fortale-

za de espíritu unía una virtud eminente. Quisieron obligarle á salir de su celda y despojarle de su hábito, prometiéndole no matarle si les mostraba la morada de los demás religiosos. Más él les respondió con ánimo intrépido : Sé en donde están los otros religiosos ; pero no lo diré. No permitiré que me despojeis de mi hábito, ni que veais la desnudez de mi cuerpo, que yo nunca he visto. Por último, no me arrancareis de mi celda : ésta me servirá de tumba ántes que me lleveis cautivo. — De esta manera se expresó este jóven, que tenia como máxima, que un religioso que se ejercita en los trabajos de la penitencia, debe elevarse con corazón esforzado sobre todas las debilidades de la naturaleza, y sacudir toda pusilanimidad : pues si la muerte, decia, que se nos puede dar con un solo golpe, nos espanta, y nos hace ceder á la tentación, ¿ como podríamos sufrir largos y crueles suplicios ?

Esta grandeza de alma, que deberia excitar la admiración de estos bárbaros, no hizo más que irritarlos, y todos á una descargaron sobre él los golpes de sus espadas, acribillando materialmente su cuerpo. Degollaron despues á otros tres solitarios que encontraron en el camino, arrojándose sobre ellos con tanta mayor ferocidad, cuanto más irritados estaban con la resistencia del anterior. Humeaban aún sus espadas con la sangre de estos santos, cuando descubrieron otras dos celdas, corriendo á ellas con el mismo furor, y dividiéndose en dos bandos, porque las celdas estaban separadas unas de otras como unos treinta estadios. Uno de los solitarios que los vió venir, emprendió la huida ; pero le alcanzaron las flechas, y cayó en tierra. Acercáronse los asesinos, y le abrieron en canal, llevando su crueldad hasta el extremo de picarle las entrañas. No se saben los sufrimientos que padeció otro, á quién mataron en su celda.

San Nilo dejó consignados los nombres de estos santos

solitarios y los lugares que habitaban. Proclo fué martirizado en Bethrambé, Hipaco en Geth, Isaac en Salael, Macario y Marcos en la soledad de Dehors, Benjamín en Elim, Eusebio en Thola, y Elias en Azé <sup>1</sup>.

No podemos pasar en silencio los sentimientos heróicos de la madre del jóven solitario, que con la más firme constancia se resistió á manifestar las celdas de los demás religiosos. Tan luego como esta mujer, fuerte y digna de semejante hijo, supo que habia sido martirizado, animada de la fé de los más grandes santos, se adornó con sus mejores vestiduras, como en los dias de mayor solemnidad, y dando libre curso á su celo, levantó sus manos al cielo, y dirigió á Jesucristo estas bellísimas palabras, que san Nilo pone en su boca. Os habia dado á mi hijo, y vos me lo habeis conservado por toda le eternidad : lo habia confiado á Vos, y ya goza de vuestra presencia. No considero su muerte como una pérdida ; tan sólo atiendo á que con esta dichosa muerte se ha quitado de todo peligro de ofenderos. Que su cuerpo haya sido cubierto de heridas, que haya sufrido una muerte cruel, nada me impresiona, pues sus tormentos han sido pasajeros, y me proporcionan el inefable consuelo de saber que ha terminado su vida, entregándose en el combate que ha sostenido su alma pura é irrepreensible. Su martirio es una recompensa y las heridas que ha recibido son otras tantas coronas de gloria. ¡ Ojalá hubiera recibido más golpes, para que más numerosas fuesen estas coronas ! ¡ Cuán felix soy por haberte llevado en mi seno ! ¡ Cuán bién me has recompensado los dolores que sufrí al darte á luz ! ¡ Cuanta gloria me proporcionas con le educación que te he dado ! ¡ No tengo razón para

<sup>1</sup> Tal es la opinión de Tillemont, pero no se apoya en sólidos fundamentos : pues se ha dicho que los bárbaros mataron á tres en un mismo lugar, y de los ocho solitarios que se han nombrado, sólomente Macario y Márcos estaban reunidos.

esperar que he de ser partícipe de la bienaventuranza que gozas en el cielo? Si tú has combatido animosamente, yo tengo parte en tu triunfo. Tú has resistido al furor de los bárbaros, y yo he resistido á los sentimientos de la naturaleza. Tú has despreciado la muerte con generosidad, y yo me he hecho superior á la sensibilidad de la ternura materna. Tú has soportado los dolores del martirio con invencible paciencia, y yo he padecido una amargura que ha desgarrado mis entrañas. Puedo decir que he sufrido tanto como tú : porque mi continuada pena equivale á la crueldad de tu martirio. Tus sufrimientos han durado una hora ; pero los míos durarán hasta el último instante de mi vida, y los sobrellevaré con sumisión, persuadida de que vives esa vida feliz que nuestra fé, que no se engaña, nos hace esperar. Tengo la seguridad de que, cuando se haya disuelto este cuerpo, en que se halla encerrada mi alma, tendré le dicha de unirme á tí en la gloria que ya posees. ! Ah ! ¡ soy la más feliz de las madres por haber recibido de Dios un hijo que tan heroicamente ha combatido por su fé ! Sí, yo me siento muy dichosa, y confío en que nuestro Señor Jesucristo, á quien posees en la eternidad, me concederá la gracia de participar contigo de la recompensa que te ha dado.

Hay motivos para creer que inmediatamente despues de su muerte se celebró la fiesta de estos santos mártires, uniéndose á la que se celebraba en memoria de los que sufrieron el martirio cien años ántes : pues era conveniente no hacer más que una solemnidad á causa de la grande muchedumbre que acudia aún desde grandes distancias.

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN NILO

Con mucha justicia dieron los griegos á san Nilo el título de sabio por excelencia ; título que mereció no sola-

mente por su insigne piedad, sino también por sus escritos llenos de admirable sabiduría. Como estaba dotado de elocuencia, se sirvió de ella para combatir los errores y los vicios, y para inspirar el amor á la virtud, y lo hacia de una manera tan agradable, tanto por el estilo como por los pensamientos, que no se podian leer sus escritos sin admirar y gustar la satisfacción y edificacion que producian sus instrucciones. Tal es el juicio que emite Nicéforo, al cual es preciso unir el de Focio y otros autores que tuvieron ocasión de hablar con él.

Sería de desear que tuviésemos una edición completa de sus obras ; pero hasta el presente sólomente se han dado á luz algunos trozos. Unicamente consignaremos aquí algunas de sus máximas ascéticas que más se acomodan á nuestro designio, sin ocuparnos de las que se refieren al dogma, que pueden consultarse en sus obras, así como en las de Tillemont, Dom Ceiller y otros, que se han ocupado de ellas. Haremos notar, sin embargo, que muchas veces se valia del ridículo para combatir los errores y hacer sentir mejor su absurdo. Por ejemplo, habiendo enseñado Carpión, hereje valentiniano, entre otras necedades, que todas las aguas procedian de su *Acamot*, le preguntó un católico, si esto debia entenderse tanto de las aguas dulces como de las saladas. Carpión no supo responder, y san Nilo le escribió dos dias despues, mofándose de su doctrina, que debia responder que las lágrimas de *Acamot* habian producido las aguas saladas, y su sudor las dulces.

Las principales obras de este Santo son : un tratado de la vida monástica ; otro titulado *Peristeria*, dirigido al monje Agacio, en que habla de la virtud y de las fatales consecuencias del vicio : otro acerca de la pobreza voluntaria dedicado á Magna, diaconisa de la Iglesia de Ancira. Paladio hace grandes elogios de esta diaconisa en su



*Historia lausiaca*. Otro en que hace el paralelo entre los monjes que viven en el retiro del desierto, y los que moran en las ciudades. Otros dos dirigidos à Eulogio sobre materias morales : otro en que trata de los ocho pecados capitales : otro acerca de la oración de que Focio habla con grande elogio : algunas sentencias y gran número de cartas.

En el tratado de la vida monástica, llamada ordinariamente *La Ascética*, hace notar san Nilo, en primer lugar, que ni los judíos ni los paganos tuvieron verdaderos filósofos ni sabios perfectos : que los filósofos paganos no lo eran más que en el nombre, porque se contentaban con reglar el exterior, sin tomarse el cuidado de reprimir sus pasiones, de que eran esclavos : que algunos judíos, llamados Jessenios, y que descendían de Jonadab, vivían verdaderamente de una manera sencilla y austera, y tenían buenas costumbres ; pero que, rechazando á Jesucristo, vivían sin esperanza de salvación, porque no querían reconocer al único que podía darla. Hace ver que la verdadera sabiduría consiste, no en la especulación, sino en la práctica, es decir, en la santidad de las costumbres y en el conocimiento del verdadero Dios : que Jesucristo nos ha mostrado el verdadero camino de la virtud y de la sabiduría, y que los Apóstoles y los primeros cristianos, siguiendo sus huellas, han dado ejemplo de una conducta la más sabia y de una vida bién regulada.

Pasa despues à tratar del establecimiento del estado monástico, y enseña que, habiéndose resfriado el fervor en la mayor parte de los cristianos, ha habido muchos que han huido del tumulto del siglo, y se han retirado à los desiertos, en donde han imitado la virtud de los Apóstoles en el desprendimiento de todas las cosas del mundo, y en el género de vida dura y austera.

Es muy edificante el elogio que hace de este género de

vida : « Prefieren, dice, las pobreza voluntaria, para no tener nada que les impida vivir en el recogimiento. En lugar de los festines y de la buena comida, que no sirven sino para fomentar las pasiones, no toman más alimento que el estrictamente necesario para sostener el cuerpo. Rechazan todo adorno y toda superfluidad en los hábitos, contentándose con estar cubiertos y garantizados del rigor del frío. Consideran indigno de su santa filosofía ocuparse seriamente de las cosas de la tierra, pues que no han abrazado esta profesión sino para entregarse á las del cielo. No conocen el mundo, cuyas vanidades han renunciado : no se vé entre ellos esta diferencia de fortuna, en cuya virtud unos viven en la abundancia, y otros en la miseria. No se constituyen en jueces de los demás, sino que cada cual tiene por juez á su propia conciencia. Lejós de haber ambición entre ellos, y de procurar elevarse los unos sobre los otros, se consideran todos iguales, ó más bién, por una santa emulación de humildad, procuran aventajarse en el ejercicio de esta virtud, considerándose cada cual inferior á los demás. No se vé entre ellos la aversión, ni la envidia, ni el orgullo, ni la vana ostentación, ni la contienda. Se hallan como muertos á todas las pasiones, cuyos estímulos apenas sienten, porque habiéndolas combatido desde el principio con fortaleza, han adquirido, por el constante trabajo en combatir las, el hábito de las virtudes contrarias. »

Se lamenta san Nilo de que muchos monjes de su época hayan degenerado de esta virtud primitiva, sobre todo en el desprecio de las cosas de la tierra, ocupándose en adquirir bienes, y encontrándose de esta manera víctimas de los cuidados de la gente del mundo, lo cual les degrada, y les hace despreciables á los ojos de los seglares. Se expresa con la mayor energía al hablar de este relajamiento, y demuestra que los monjes que consagran sus develos á ad-

quirir los bienes de la tierra, dan á entender, ó que desconfían de la Providencia, cual si ésta careciese de sabiduría y de poder, ó que ellos mismos han perdido las luces de su inteligencia y se engañan en lo que se refiere á la santidad de su profesión. Es verdad, añade, que no lo dicen con sus palabras ; pero lo expresan muy claramente con sus obras. »

Laméntase también de otro abuso que no tiene consecuencias ménos fatales. Hay, dice, algunos, que, haciendo poco tiempo que han ingresado en la vida monástica, se atreven á encargarse de la dirección de otros, siendo así que no tienen experiencia alguna de los deberes de su profesión. Muchos de estos se hacen de un número considerable de discípulos, siendo así que necesitan de maestro : lo cual es tanto más deplorable, cuanto que creen que es muy fácil dirigir á las almas, é ignoran las dificultades de este ministerio. ¡ Cuán difícil no es, efectivamente, purificar á los discípulos de sus faltas y formar los en la virtud ? Y sin embargo, estos hombres sin experiencia, que no tienen otro mérito que exteriores apariencias, creen gobernar el interior de los demás. ¿ Como podrán romper sus hábitos ? ¿ como conseguirán que domén sus pasiones, cuando no saben combatir las suyas propias ? ¿ como podrán curar las llagas que ha hecho el pecado en otros, cuando se hallan cubiertos de heridas, y son ellos los primeros que necesitan remedio ? Nadie adquiere habilidad en un arte sin haberse ejercitado en él bajo la dirección de un maestro. Y ¿ estará exentode esta regla el arte de los artes, el que tiene por objeto la dirección de las almas. Si el que quiere dedicarse á la agricultura ignora lo relativo á ella, ó si un médico ignora los preceptos de la medicina ¿ que sucederá ? El primero no dará cultura á los campos, y estos no producirán fruto alguno : el otro, en lugar de curar á los enfermos, los mandará á la

sepultura ¿ Es posible que, cuando se trata de la salvación de las almas, que es la cosa más difícil, se piense de otra manera, y se obre cual si no ofreciese dificultad alguna ? Los que así proceden son tanto más ignorantes, cuanto ménos conocen su ignorancia. »

Quisiéramos transcribir todo este discurso de san Nilo, tan admirable en su fondo como en su forma, si no lo impidiesen los límites que nos hemos propuesto. Exhortamos, pues, á los superiores y á los que están encargados del ministerio de la reconciliación de los hombres con Dios, que lo lean detenidamente pues en él encontrarán instrucciones muy sólidas, sobre todo los superiores, á quienes recomienda muy encarecidamente que se corrijan de sus defectos, y que combatan enérgicamente sus pasiones, para que se hallen en disposición de corregir á los demás y encaminarlos á la santificación. » Si alguno, dice, no sabe sobreponerse á sí mismo y resistir á su concupiscencia, por lo mismo que no ha hecho más que empezar, no debe ingerirse en el gobierno de los demás : pues se trata de erigir en las almas un templo espiritual al Señor, formado por el concierto de las virtudes, y Dios podría decir, como dijo en otro tiempo al Real Profeta ! *No serás tú el que edifique el templo, porque eres hombre de sangre.* <sup>1</sup> »

Termina san Nilo este tratado con una exhortación muy viva y enérgica á los religiosos, para que se desprendan de todas las cosas del mundo, y se apliquen sólomente á las del cielo.

El tratado de san Nilo *sobre la práctica de la virtud y la huida de los vicios*, tiene por título *Peristeria*, como ya hemos dicho. Lo dedicó al monje Agacio, que le habia alabado mucho á una señora muy caritativa para con los pobres, llamada Peristeria, y que en su testamento les

<sup>1</sup> I Paral. xxii, 8.

habia legado grandes cantidades, así como á los monasterios y hospitales. Murió esta señora en Alejandria, en tiempo de Dióscoro, año de 450, el cual impidió la ejecución del testamento, y disipó en otros usos los bienes de la difunta. Es de creer, que, con motivo de las limosnas dejadas por esta señora, habla san Nilo en este tratado contra los que dejan sus bienes sin elegir buenos albaceas testamentarios : pues no procuran que sus limosnas les sirvan de descargo de sus culpas en el tribunal de Jesucristo. Habla también contra los que olvidan en la hora de su muerte su salvación, y se ocupan sólomente en disponer de sus bienes, ó que esperan á esta hora para hacer larguezas á los pobres, de las riquezas de que gozaron durante en vida.

Habla, al principio de este libro, de la templanza, que considera como una virtud fundamental, y de la humildad que asegura ser inseparable de las mejores acciones, de suerte que, si éstas se hacen sólomente por consideración á los hombres, dejan de ser meritorias en la presencia del Señor. Trata también de la lectura y de la oración, cuya utilidad demuestra.

« La templanza, dice, es una gran virtud : es la principal y el fundamento de todas las demás, porque doma la carne : la hace casta ; reprime sus pasiones, y la hace someterse al yugo del bien. Pero tan luego como se alimenta el cuerpo con excesivo cuidado, y no se piensa más que en satisfacerle, se rebela al punto, ejerce su tiranía sobre el alma, y hace de ella lo que quiere. Por el contrario, castigándolo con la templanza, se vé forzado á servir al espíritu, á recibir sus leyes y á permanecer sumiso y obediente á la razón. Jahel atravesó con un clavo la cabeza de Sisara, y por este medio humilló su altanería y alcanzó la victoria sobre los enemigos de Israel. Sanson desafió á un gran número de incircuncisos, y los puso en precipitada

fuga, empuñando la quijada de un asno. Estas figuras nos demuestran que, reprimiendo los placeres de la boca, es como triunfaremos de los vicios, y adquiriremos las virtudes. »

Hablando del cuidado que debemos tener en huir de la vana gloria, dice : « Caemos en este feísimo vicio, cuando nuestro espíritu siente placer en los aplausos ; pero cuando purificamos nuestra intención ; cuando nuestra virtud brilla con la claridad de la luz, no nos quita el fruto de nuestras obras. No nos propongamos, pues, otro fin que agradar á Dios ; no hagamos caso alguno, de los juicios favorables de los hombres. Si nos ven, si nos estiman, si nos aplauden, consideremos todo esto como vanas palabras de que no sacamos fruto alguno. Aún cuando los aplausos llegasen hasta las nubes, debemos escucharlos como vanas palabras que se pierden en el aire, y hacer de ellos el mismo caso que hacemos del ruido de las cigarras : pues que todo esto no sólomente no nos sirve de nada, sino que perjudica á nuestra alma por el peligro de que nos proporcione vana complacencia, y perdamos el fruto de nuestras buenas obras. Acordémonos de lo que nos dice el profeta Isaías : *Los que te alaban, pueblo mio, te engañan y tienden lazos á tus pies* <sup>1</sup>. La necia persuasión que algunos nos hacen concebir de nuestro mérito, es un obstáculo para adelantar en el bién. Así es que Jesucristo, al mismo tiempo que nos dice que nuestra luz debe brillar ante los hombres <sup>2</sup> nos recomienda que no se aperciñe la mano izquierda de lo que hace la derecha, <sup>3</sup> ensenándonos á practicar el bién, pero sin ningún género de ostentación. »

Despues recomienda la oración y la lectura espiritual. « No son ménos útiles, dice, que la templanza y la pureza

<sup>1</sup> Is. III, 12.

<sup>2</sup> Mat. v, 16.

<sup>3</sup> Ibid. vi, 3.

de intención : pues son como un maná delicioso que sirve para alimentar el alma de virtudes. Hallándose atraído nuestro espíritu fuera de sí mismo por los sentidos, y preocupado por los objetos exteriores que nos rodean, tenemos necesidad de la lectura y de la oración para hacer cesar esta disipación ; puesto que nos hacen entrar en nosotros mismos, y nos fijan en pensamientos y reflexiones saludables. En la lectura se alimenta el alma con reflexiones devotas, y se anima á la práctica del bién con el ejemplo de los Santos que nos han precedido, cuyas virtudes aprendemos, lo cual nos inspira una santa emulación, y nos sirve de regla para vivir bién. Igualmente por la oración es invitada el alma á un banquete delicioso, en que se alimenta con manjares celestiales. En ella se eleva sobre todo lo terreno, y arrobada en cierto modo, contempla las cosas celestiales, y participa, según la capacidad de su estado presente, de las delicias y frutos de la bienaventuranza. »

« La oración proporciona aún mayores ventajas que la lectura, en cuanto nos hace entrar en santo coloquio con el mismo Dios. Ella forma en nuestros corazones piadosos y tiernos afectos ; atrae sobre nosotros pruebas sensibles del amor paternal de Dios, y á su vez este Dios tan grande é infinitamente perfecto no se desdeña de recibir los sentimientos de nuestro amor ; ántes por el contrario, quiere formar una unión amorosa, siempre que vea en nosotros deseos de serle fieles. »

« Con respecto á la lectura, vemos que por su afición á ella mereció el eunuco de la reina Candaces la dicha de ser instruido por un Apóstol en las verdades divinas, y de recibir las aguas saludables del bautismo. <sup>1</sup> Esta lectura fué también muy recomendada en el antiguo Testamento.

<sup>1</sup> Act. viii.

*Y estas palabras que te mando yo hoy, decia et Señor por su siervo Moisés, estarán en tu corazón, y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir, y al levantarte. Y las atarás como señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa.* <sup>1</sup> El Real Profeta llama bienaventurados á los que se instruyen en la ley santa del Señor, que es como un arroyo que riega las almas con las agnas de la gracia, y les hace producir los frutos de la virtud. »

San Nilo demuestra la utilidad de la lectura, y sobre todo de la oración, con gran número de ejemplos del antiguo y del nuevo Testamento, empleando comparaciones muy apropiadas para hacer más sensibles y agradables sus escritos, como hace en los demás tratados espirituales.

Expone despues muy extensamente la vida de los justos y sus sufrimientos, tanto por parte de los demonios como por la de los hombres, no citando más que aquellos, cuyas virtudes alaban los Libros santos, como Abraham, José, Susana, Job, Tobías David, Gedeón, los Profetas, los Apóstoles y la Santísima Virgen. Termina, por último, este tratado exponiendo el mérito de la limosna, y la recompensa que Dios tiene preparada á los que la hacen. « ¿Qué beneficios, dice, no nos procurará el pobre á quién socorremos? ¿Qué recompensas nos serán dadas por los desnudos á quienes hayamos vestido, por los muertos á quienes hayamos dado sepultura, por los enfermos á quienes hayamos asistido, por los pobres peregrinos á quienes hayamos procurado hospedaje, y por los encarcelados á quienes hayamos visitado y socorrido en sus necesidades? Cuando esta multitud de pobres se presente con nosotros ante el tribunal de Jesucristo, que

<sup>1</sup> Deut. vi, 6-9.



conoce lo que han sufrido, y lo que hemos hecho por ellos, ¿qué no deberemos esperar de este Juez, que considerará como hechas á él estas obras de caridad? ¿Qué comparación puede haber entre estas dulces promesas y todas las riquezas del mundo, entre las alabanzas de Jesucristo y los aplausos de los hombres? Dios mismo es el que nos alabará y aplaudirá por el bién que hayamos hecho. ¿Puede imaginarse otro motivo de gozo igual al que dilatará entónces nuestros corazones? ¿Qué gloria mundana puede compararse, aún cuando se nos afreciese un reino en la tierra, á la gloria que recibiremos entónces: pues que se nos dará el reino de los cielos, en que no hay turbulencias, ni guerras, ni trabajos, de que no se hallan exentos los príncipes de la tierra? Hé aquí lo que puede llamarse propiamente buén uso de las riquezas: esto es ser poseedor de los verdaderos bienes: esto es conservarlos perpetuamente, y trasportar al cielo los tesoros de la tierra: esto es gozar en la eternidad de las riquezas que se han poseido en el tiempo: esto es, por último, ser su justo administrador, y hacernos de amigos que nos recíban en los tabernáculos eternos. »

San Nilo, como ya hemos hecho notar, compuso también un *tratado de la pobreza voluntaria*. Nadie mejor que él se hallaba en condiciones de tratar esta materia, pues habiéndose visto encumbrado á las más altas dignidades y dueño de inmensas riquezas, abandonó tan generosas posesiones, y abrazó voluntariamente la pobreza evangélica. Llevó esta virtud, que aparece de sus escritos haber sido su predilecta, al más alto grado de perfección, pues se esfuerza principalmente en combatir los defectos que contra ella cometen los religiosos, y la mayor parte de sus avisos se encaminan á animarlos á su práctica, ó á reprender sus defectos.

Dedica este trabajo a Magna, diaconisa de Ancira, cuyo

mérito se colige del elogio que de ella hace Paladio. « Hay en la ciudad de Ancira, dice este escritor, unas diez mil vírgenes, dos mil de las cuales se ejercitan en la práctica de todas las virtudes ; pero Magna supera á todas ellas en piedad. Es una mujer perfecta, y cuyo mérito todo el mundo reconoce. No sé si llamarla vírgen ó viuda, pues aseguran sus parientes que, habiéndola desposado su madre, obtuvo, mediante su singular dulzura, que su marido la tratase como hija. Muerto éste al poco tiempo, y hallándose heredera de cuantiosa fortuna, quiso convertir los bienes temporales en eternos, consagrándose enteramente al Señor. Ella manda con dulzura á sus servidores ; se éjercita en grandes austeridades : es extremadamente sobria, y tan grave en su trato y tan lleno de magestad su rostro, que hasta los más ilustres obispos la miraban con respeto. Es tan grande su virtud y tan insigne su piedad, que ha consumido, por decirlo así, con el fuego de la pobreza todo lo superfluo y excesivo de sus bienes, y lo que le queda lo invierte en asistir á los monasterios, á las iglesias, á los hospitales, á los pobres, á los caminantes y peregrinos, así como á los obispos, á los huérfanos y á las viudas. Socorriendo de esta manera á todos los necesitados, se ejercita constantemente en secreto y con gozo, tanto por sí misma, como por medio de sus criados, en obras de piédad. Apénas se separa de la iglesia, particularmente de noche, y en todas las cosas practica la virtud movida de la esperanza de gozar un dia de la verdadera vida. »

El amor que san Nilo profesaba á la pobreza, y su celo por ínspear la caridad hacia los pobres, le movieron á dedicar este tratado á esta piadosa señora, en quién veia tan perfectamente unidas estas dos virtudes, y que léjos de disfrutar los bienes considerables que poseia, se reducía á lo extríctamente necesario á una vida mortificada, em-

pleando lo demás en abundantes larguezas á los necesitados. Créese, por lo tanto, que no escribió directamente esta obra para ella, pues habla á los monjes que habian renunciado á todos sus bienes; pero que le envió una copia por lo mismo que practicaba con la mayor perfección esta virtud que con tanto celo recomienda.

Dice en primer lugar el Santo que habia escrito contra los monjes que se habian relajado en la observancia de la pobreza primitiva, de que tan bellos ejemplos habian dejado los antiguos, y que en este tratado se proponia alabar y animar el fervor de los que la practicaban con entera fidelidad. Distingue despues tres grados de pobreza: el primero, que consiste en abandonarse enteramente en manos de la Providencia: el segundo, en que se trabaja por tener lo necesario, y el último, ó sea el de los religiosos relajados, en el cual, despues de haber dejado los bienes del mundo, se vuelve nuevamente á las solicitudes que proporcionan las posesiones adquiridas, y que no constituyen una verdadera pobreza.

Pone en el primer rango á aquellos de quienes habla san Pablo en su Epístola á los Hebreos *de quienes no es digno el mundo, que andan cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, descaminados por los desiertos en los montes, y en las cuevas y en las cavernas de la tierra*<sup>1</sup> y que se alimentan de los frutos de la tierra, ó de lo que la Providencia les ofrece milagrosamente, como hizo con Elías á quién enviaba alimento por medio de un cuervo. « Estos Santos, dice, no tenian casa, ni hogar, ni vestidos para remudarse, ni morada fija; sino que pasaban la noche en el paraje en que se encontraban. » No puede alabarse suficientemente, añade, un desprendimiento tan perfecto: así es que, cuando fijamos nuestra atención en él, nos sentimos á muy larga

<sup>1</sup> Habac. xi, 29-30.

distancia de tanto herosimo. En efecto, nosotros tenemos todos los dias algo que comer, vestidos para cada una de las estaciones, una celda que nos pone á cubierto de las inclemencias del tiempo, y dinero para procurar nuestra subsistencia ¿ como podemos compararnos con ellos? ¿ en qué está nuestra igualdad? Ellos no tenian ni aún deseo de las cosas del mundo, que impidiese á su corazones elevarse á la contemplación de las cosas divinas. Puede decirse que sólamente sus cuerpos estaban en la tierra, y esto por necesidad: pues sus pensamientos y afectos estaban siempre fijos en los bienes del cielo. Así que les costaba trabajo entregarse á las necesidades del cuerpo, y consideraban como perdido el poco tiempo, los cortos instantes que tenian que dedicar á ellas. Cumplian, pues, exactamente el consejo de Jesucristo: *No poseais oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas: no alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston* <sup>1</sup>. Pues como dice el Apóstol san Pablo: *Teniendo con que sustentarnos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* <sup>2</sup>, *Todo el que quiere ser buén soldado de Jesucristo, debe militar para Dios, y no embarazarse en los negocios del siglo, á fin de agradar á aquel á quién se alistó* <sup>3</sup>.

Aún cuando san Nilo alaba mucho esta pobreza perfecta, no quiere, sin embargo, que, so pretexto de practicarla, se dispense nadie de trabajar. Es una grandísima perfección entregarse en manos de la divina Providencia y esperar de ella la satisfacción de todas las necesidades; pero esta confianza no debe favorecer la inacción de los perezosos, que, con pretexto de entregarse incesantemente á la oración, se creen dispensados de los trabajos manuales. Es preciso, dice, distinguir la oración continua

<sup>1</sup> Mat. x, 9-10.

<sup>2</sup> I Tim. vi, 8.

<sup>3</sup> II Tim. ii, 3-4.

de los Santos, de la pereza de los contemplativos ociosos. Había, en efecto, algunos monjes, que se dejaban llevar de esta ilusión, como hemos visto en la Vida del abad Silvano <sup>1</sup>, y san Nilo cita á un Adelfo de Mesopotamia y á un Alejandro, que turbaron la ciudad de Constantinopla, con esta doctrina desconocida hasta entónces: doctrina que inculcaba hasta á la gente jóven que se consagraba incessantemente á la oración, lo cual tiene el peligro de que el reposo fomente las pasiones en vez de mortificar el cuerpo con los trabajos manuales. « Sucede de ordinario, dice, que estas pretendidas oraciones están muy léjos de ser buenas, porque la imaginación se recarga de imágenes fomentadas por la concupiscencia, y no puede ocuparse de Dios como debe, ni entrar en coloquio con él. Es verdad que es una práctica muy excelente el perseverar en la oración y conversar con Dios por medio de afectos interiores; pero por esta misma razón la oración, que es un ejercicio de paz con Dios, no debe convertirse en una lucha con al alma, prolongándola más allá de sus juntos límites, y abriendo, con una ociosidad mal entendida, la puerta á las pasiones enemigas. No, no es ésta la manera de hacer la oración: se debe procurar llevar á ella un espíritu tranquilo, un espíritu no agitado por las pasiones, fomentadas por la ociosidad y pereza de estos falsos contemplativos. »

El segundo grado de pobreza voluntaria de que habla san Nilo, consiste en ganar la subsistencia con el trabajo manual empleando el tiempo restante en la oración y otros ejercicios espirituales. Quiere, pues, este Santo, que el cuidado del alma sea la principal ocupación del monje; pero no quiere que esto sea un pretexto para descuidar el cuerpo; sino que juzga, por el contrario, que debe trabajarse

<sup>1</sup> Cuando se fija la atención en las palabras de san Nilo, se vé que el error de los Quietistas no es nuevo; sino que los Santos lo vienen combatiendo desde los tiempos más remotos.

para sostenerlo, de manera que la principal ocupación sea la oración y la salmodia, y la solicitud corporal la segunda. De otra manera se viviría según la carne, en contra del precepto del Apóstol.

Ahora bién, como los solitarios vivían muy frugalmente, no necesitaban trabajar mucho tiempo para atender á sus necesidades materiales. Practicaban una grande pobreza, y se alimentaban como los más pobres: así es que el Santo no considera el trabajo sólomente como necesario para su subsistencia, sino como muy adecuado para mortificar la carne y domar las pasiones.

« Tal fué, añade, la pobreza de los Santos. La que hemos puesto en el segundo grado no deja de ser muy buena y excelente, por más que no iguale en perfección á la primera. Los que han practicado ésta, se consagraban únicamente á Dios y al cuidado de su alma: no prestaban casi ninguna atención al cuerpo: no hacían provisiones, y tenían su granero en la voluntad de Dios. Los segundos, prestando un cuidado racional al cuerpo para sostenerlo y que no sucumbiese, dividían el tiempo entre el trabajo y la oración, dando al trabajo todo lo que exigen las necesidades corporales, y consagrando el tiempo restante á la oración, á la lectura y demás ejercicios corporales, en lo cual nada hay que no sea bueno y conveniente.

Hay una grande diferencia entre estos monjes y aquellos otros que se fijan en el tercero ó cuarto grado de pobreza, los cuales se pueden considerar como hombres seculares y carnales. Cultivan los campos, tienen bestias de carga, y trafican. No se contentan con lo necesario, sino que quieren igualarse á los que viven en la opulencia: ya que no pueden alcanzar la estimación de los hombres por su vida mortificada y edificante, quieren hacerse recomendables por su fasto y ostentación. Pero no ven que es una locura buscar la estimación en una conducta censurable, y que en lu-

gar de conseguir las consideraciones que pretenden, se hacen objeto de risa y desprecio.

¿ Como pueden, en efecto, conciliarse en un mismo hombre cosas tan opuestas, cuales son la renuncia al mundo y el espíritu del mundo, la pobreza y el afán por los bienes, la profesión de no aplicarse más que á la santificación del alma y á las cosas espirituales, y el deseo de las cosas terrenas, el desprendimiento del mundo y la solicitud por los negocios del siglo ? Los que son verdaderamente pobres, aunque hayan dejado poco, han dejado todo lo que tienen. Los otros, por el contrario, al entrar en la religión, parecen no haber traído otro objeto, que hacer adquisiciones más ó menos considerables. Aquellos experimentan en el reposo de su celda la paz interior y los beneficios de su estado ; estos, por el contrario, agitados por la solicitud de los bienes, se hallan en continua lucha. Aquellos combaten, es cierto, pero lo hacen legítimamente y contra enemigos invisibles : estos combaten también, pero por adquirir y aumentar los bienes terrenos. Aquellos emplean la vida en la salvación de su alma ; estos, abrumados por las ocupaciones temporales, no tienen lugar de ocuparse en su santificación. Aquellos no se ocupan en los negocios temporales, y se afanan por que todos glorifiquen á Dios ; estos, por el contrario, sirven de escándalo por su mala conducta. »

« ¿ Ay ! vosotros los que habeis abrazado la cruz de Jesucristo, y lo habeis abandonado todo por seguir á este divino Maestro, no desmayeis ; seguid constantemente sus huellas, pues debeis amarle mucho más que todo lo que habeis dejado. Habeis muerto para el mundo, y estais sepultados con Jesucristo : no vivais en adelante para vuestras pasiones, ni os entregueis á los cuidados temporales, que no harán más que fomentarlas. Preciso es que cuideis de vuestro cuerpo, puesto que se halla unido al al-

ma, y participa de su mérito en los ejercicios de la piedad ; pero procurad que este cuidado sea discreto, y que nunca sea un obstáculo que impida al alma progresar en la virtud. »

Recomienda, por último, san Nilo en este tratado, juntamente con la pobreza voluntaria, las demás virtudes religiosas, como son la dulzura, la paciencia, la caridad, la mortificación, la humildad y la obediencia. El otro tratado, en que examina si el estado de los monjes que viven en el desierto es preferible al de los que moran en las ciudades, no contiene nada interesante para nosotros. Se decide en favor de los primeros, y confirma su opinión con el ejemplo de Elías y Eliseo, que abandonaron la Judea para retirarse al Carmelo : con el de san Juan Bautista que prefirió el desierto á Jerusalem, y con el del mismo Jesucristo, que dejaba las muchedumbres para retirarse á lugares solitarios, y que dio á Maria la preferencia sobre Marta. Añade que en el desierto es más fácil desprender el espíritu de las cosas terrenas, y consagrarse á la oración con más recogimiento, lo cual es más embarazoso en las ciudades, en donde basta abrir los ojos para que penetre en el espíritu una multitud de objetos inútiles.

Dirige dos tratados á Epícteto : el primero de los cuales contiene diversos consejos para los que han abrazado la vida monástica, ó se proponen entrar en ella, y el otro una oposición entre los vicios y las virtudes. Epícteto era indudablemente un monje, ó á la ménos, pretendia serlo, y así es que la primera regla que le dá san Nilo es que renuncie á sí mismo.

« Es preciso, dice, que los que quieren abrazar este estado celestial, no busquen los placeres de la gula, ni se mezclen en las cosas temporales, sino que abracen animosamente los trabajos de la penitencia y el combate espiritual. El primer combate que tienes que sostener es la



renuncia á tu patria, á tu familia, á tus riquezas, y debes hacerlo con generosidad, cual corresponde á un soldado de Jesucristo. Si empiezas por esta renuncia, y sostienes este primer combate con constancia y paciencia, está seguro de que subirás pronto á Dios, y de que tu alma se elevará al cielo con alas doradas por la virtud, cual la paloma de que habla el Real Profeta <sup>1</sup>. No creas, empero, que todo está hecho con esta primera victoria : espera sostener otros combates, y ármate con la virtud de la fortaleza : pues esta virtud nunca se necesita tanto, como cuando se está en lucha con los enemigos de la salud, y no consiste sólomente en hacer lo bueno, sino en superar los obstáculos, que á él se oponen, y en resistir vigorosamente á los que nos impugnan. »

Tienes también que combatir el orgullo y la vana gloria, y hacerlo con ánimo esforzado. Recuerda para ello, que la verdadera virtud no busca las alabanzas de los hombres ni la gloria frívola de sus aplausos, lo cual es un manantial emponzoñado de males para el alma ; porque la vana complacencia hincha nuestro corazón, y esta hinchazón produce el orgullo. Cifra toda tu gloria en practicar la virtud, y considera como digna de desprecio la que procede de los hombres. Tú que has renunciado al mundo, renuncia también á la gloria del mundo : porque mucho más grande es la que te puede resultar de la práctica de la virtud. Los que corren en pos de los aplausos, de la reputación y de la estima de los hombres caen muy fácilmente en los lazos de la envidia, de las aversiones y de los odios contra aquellos que ven más elevados. Léjos de amar y de sufrir con paciencia los desprecios, como exige la humildad, no pueden soportar las deferencias que se hacen á los demás : quieren siempre ser los primeros, y llevan su pa-

<sup>1</sup> Ps. LXVII.

sión hasta el extremo de considerar la humildad como una bajeza, y de mirarla con desprecio. »

« Puede decirse del que se halla en estas disposiciones, que es esclavo de muy malos y despóticos señores : del orgullo de corazón, de la envidia, de la ambición y de los espíritus malignos. Por el contrario, el que combate con las armas de la humildad la loca pasión de los honores mundanos, triunfa de todas las legiones infernales, y anonadándose con verdadero sentimiento de humildad, se hace semejante á Jesucristo, que se anonadó hasta el extremo de tomar forma de siervo. »

Le dice despues, que debe tener muy bajos sentimientos de sí mismo : que debe rechazar todo movimiento de venganza, y no dejarse abatir en el tiempo de la tribulación. A seguida de estas instrucción demuestra cual debe ser la vida del religioso : le recomienda que asista á las asambleas : que distribuya el tiempo entre el trabajo y la oración : que sea dulce para con sus hermanos y fuerte contra las pasiones : que sirva á Dios con temor y amor : que combata la concupiscencia con una absoluta renuncia de todas las cosas : que vigile constantemente sobre los sentidos según las reglas de la piedad, y que se acuerde de los pecados de que ha hecho penitencia, para que se duela de ellos y se humille.

#### CONTINUACION DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN NILO

No hablaremos de lo que dice san Nilo acerca de los pecados capitales, porque hemos tratado esta materia al ocuparnos de la doctrina espiritual de los solitarios de Egipto, fundándonos en lo escrito por Casiano. Bastará consignar algunos de sus avisos, principalmente acerca de la oración, y dar algunos extractos de sus cartas que son muy numerosas.

Hé aquí algunas de sus sentencias :

1ª La confesión de las faltas es el principio de la salud.

2ª El mejor amigo es el que alimenta nuestra alma.

3ª Es preciso alabar á Dios con palabras, servirle con obras, y adorarle con pensamientos y afectos interiores.

4ª La ciencia y la integridad de las costumbres hacen al buen sacerdote.

5ª Es necesario enseñar á los demás la virtud por medio de la palabra ; pero es más necesario aún manifestarla con las obras.

6ª El odio y la maledicencia dañan más á los que los tienen, que á aquellos á quienes se dirigen.

7ª De la misma manera que el vino dá fuerzas al cuerpo, la palabra de Dios fortifica el alma.

8ª Si quieres agradar al mundo, te harás semejante á él.

9ª Nuestra lengua y nuestros oídos nos exponen á grandes peligros.

10ª Huye las alabanzas; pero procura que nadie pueda reprehenderle.

11ª Dá gracias al Señor en tus aflicciones, y él te consolará.

12ª Fija tu atención en tus acciones, más bien que en las de los demás : pues de ordinario somos culpables de las mismas faltas que censuramos en otros.

13ª Hazte familiares las oraciones de los Salmos : pues el nombre de Dios que en ellos se repite con tanta frecuencia ahuyenta á los demonios.

14ª Acuérdate de Dios, y ofrécele tus aflicciones.

15ª Vigila sobre tus ojos, pues de lo contrario, te hará traición su movilidad. Habla con circunspección : pues muchas veces decimos cosas que sería mejor callar.

16ª Dá al cuerpo, no lo que desea, sino lo que necesita.

17ª Si tienes riquezas, haz que de ellas participen los pobres : si no las tienes, no las desees.

18ª Cuando estés en la iglesia, representate que estás en el cielo: no hables ni pienses en ella cosas de la tierra.

19ª Frecuenta la iglesia, y se calmaran las agitaciones que el mundo produzca en tu alma.

20ª Mira las cosas de la tierra como muy pasajeras, y por consiguiente, no te entregues á la desolación, cuando las pierdas.

21ª Cuando ores, levanta tu espíritu á Dios: si alguna distracción lo disipa, sujétalo tan luego como la percibas.

22ª El espíritu humano no puede estar sin pensar en alguna cosa. Desecha, pues, los malos pensamiéto, y no admitas más que los buenos.

23ª En las enfermedades acude más bién á los médicos del cielo que á los de la tierra.

24ª Regocíjate en la humillación: por que la humildad es una virtud eminente, cuyos fundamentos son tan sólidos, que no pueden faltar.

25ª Considera la excelencia de los bienes del cielo, y te desprenderás de los de la tierra: pues no hay comparación entre unos y otros.

26ª Mira los malos pensamientos como una semilla ponzoñosa arrojada por el demonio en tu alma: de este modo te librarás de la semilla y del enemigo que te la ofrece.

27ª Cuando trabajes, santifica tu obra con la oración. La lengua debe entónce, entonar cánticos, y él espíritu elevarse á Dios: porque es muy justo que en cualquiera cosa que hagamos nos acordemos de él.

28ª Los Santos se conocen por sus obras, como los árboles por sus frutos.

29ª Cuando te se diga alguna injuria, piensa si habrás dado lugar á ella. Si no tienes nada de que reprenderte, haz tanto caso de la injuria como del humo.

30ª Cuando sientas envidia de la opulencia, del esplendor y del poder de los grandes del mundo, fija tu atención

en la fragilidad de todas estas cosas, y dejarán de impresionarte.

31ª Sufre con paciencia las tribulaciones; pues las virtudes crecen en medio de ellas, como las rosas entre las espinas.

32ª Nada hay comparable á la virtud, que es imágen de Dios, é inmutable como él.

33ª El que es humilde lo es con todo el mundo: si hay distinción de personas, no hay verdadera humildad.

34ª Dá siempre un lugar preferente á la caridad para con el prójimo, siempre que se halle fundada en el amor de Dios.

35ª Avisa caritativamente al que peca; pero no te conviertas en su acusador: pues esto es hacerle una injuria; miéntras que el aconsejarle es una obra de caridad.

36ª Cuando corrijas á alguno, no lo hagas con altanería, ni sin motivo; pues te harías culpable de orgullo y soberbia.

37ª Lleva una vida pura, y te hallarás en disposición de reprender á los que pecan.

38ª Asiste á la iglesia, cuando la religión te llama, y además, en todo tiempo haz un templo en tu alma, en el cual afrezcas á Dios un sacrificio perpetuo.

39ª Cuando tengas que reprender al pecador, emplea siempre palabras de dulzuras. De esta manera ablandarás, por decirlo así, sus oídos, y moverás su corazón.

40ª Esfuérazte incesantemente en hacer buenas obras, no sea que te sorprenda la muerte, y no hayas completado la obra de tu santificación.

41ª Si has tenido la desgracia de contraer un hábito malo, procura destruirlo poco á poco, y llegarás insensiblemente á arrancar esta mala espina de tu corazón.

42ª Cuando Dios te envíe alguna aflixión, guárdate de murmurar: pues él te castiga como buén padre, y tú debes bendecirle por la gracia que te dispensa.

43ª Representátese los motivos de gozo ó de tristeza de esta vida como una sombra ó como una rueda : la sombra se desvanece, y la rueda no hace más que dar vueltas.

44ª No desees los bienes de este mundo, los cuales poseemos muy pasajera y muy pronto perdemos.

45ª Léjos de envidiar la felicidad aparente de los que el mundo considera como dichosos, despréciala, y compadece á los que se hallan en desgracia.

46ª Anímate á la paciencia en las tribulaciones con el ejemplo de los mártires : porque hemos de ser juzgados según los sentimientos de nuestra conciencia.

47ª Prefiere á todas las cosas del mundo la salvación de tu alma, y caminarás más facilmente por los senderos de la virtud.

48ª Sufre con valor los trabajos de esta vida, que un dia han de formar tu corona.

49ª Ama á Dios sobre todas las cosas. Si das la preferencia á las criaturas, claro es que las estimas más que al Criador, y te harás indigno de su misericordia.

50ª ¡ Desgraciado el impio ! ¡ desgraciado el blasfemo ! ¡ desgraciado el que comete injusticias, el avaro, el perezoso, el soberbio, el impúdico, el calumniador, el que busca los placeres de la tierra, el hipócrita ! Dios manifestará un dia su malicia ; le cubrirá de confusion : le juzgará, le condenará, y le castigará eternamente. ¡ Bienaventurados, por el contrario, los que triunfan de la voluptuosidad, los que marchan por el camino estrecho, los que practican la virtud con pureza de corazón, los que proceden con sencillez y rectitud, los que se ejercitan en la oración, en buenas lecturas y en obras santas ! Se harán terribles al demonio : serán juzgados de una manera diferente que el mundo : no morirán, sino que pasarán de esta vida de miserias á la vida de la gloria : serán coronados y entrarán triunfantes en el reino de los cielos.

*El Tratado de la oración* de san Nilo se halla dividido en muchos capítulos ; pero tan cortos, que más bién pueden considerarse como apotegmas. Todos merecerían ser copiados íntegramente ; pero como esto nos llevaría más allá de nuestro propósito, nos limitaremos á resumir los principales.

1º La oración, dice, es un coloquio de nuestra alma con Dios. Por lo tanto, debemos colocarnos en la disposición más conveniente para procurar esta elevación y establecer este santo coloquio, poniendo todos los medios para que no nos distraigan las cosas de la tierra, y manifestarle nuestros sentimientos.

2º Si Moisés, cuando pretendió acercarse á la zarza que ardia, recibió órden de quitarse el calzado, ¿ como podrá por medio de la oración acercarse á Dios, que se halla sobre todas las cosas sensibles, el que no haya rechazado de su espíritu todos los pensamientos que puedan alejarlo de él ?

3º Pide al Señor lágrimas de compunción, que ablanden la dureza de tu corazón : hazle humilde confesión de tus pecados. Este es el medio de alcanzar su perdón. Comieuzas así la oración, y deja correr las lágrimas, si Dios te concede el dón de ellas ; pues se complace mucho en vernos á sus pies, llenos de dolor. Sin embargo, si te se concede este don, guárdate de llenarte de orgullo y de creerte superior á los demas : pues convertirías en pasión un ejercicio que te se ha dado para vencer las pasiones, é irritarias á tu Bienhechor. Hay muchos que han caído en esta ilusión, y que se ocupan más de las lágrimas que derraman, que del motivo por el cual las derraman.

4º En el tiempo de la oración procura guardar una compostura grave y respetuosa, y fijar en Dios toda tu atención. Rechaza todo pensamiento que pueda distraerte, y que no haría otra cosa que turbarte.

5º Arroya de tu corazón toda aversión, todo resentimiento y todo recuerdo de injuria, si quieres hacer bién la oración. Ésta es fruto de la mansedumbre, que es incompatible con la cólera; su efecto es el gozo interior y la acción de gracias, que tampoco se avienen con la cólera. La oración no permite en el corazón la amarga tristeza que produce el resentimiento. Si quieres hacer bién la oración, renuncia á tí mismo, y aún cuando hayas tenido mucho que sufrir, sopórtalo con paciencia, para que puedas merecer que tu oración sea agradable al Señor. En el tiempo de la oración recogerás con ventaja los frutos de la paciencia que hayas practicado en tus penas y trabajos. Si sabes sufrir con sumisión, gustará tu alma en la oración el gozo del Señor.

6º No te contentes con tener en la oración el exterior compuesto y recogido; sino al mismo tiempo eleva tu alma á Dios con temor respetuoso. No ores por hábito; sino procura que tu espíritu y tu corazón sigan el sentido de la oración. Sucede con frecuencia que al principio de la oración estamos recogidos; pero al poco tiempo nos sentimos combatidos por las distracciones, lo cual permite Dios para que procuremos con mayor esfuerzo el recogimiento, y para que consideremos la oración como una gracia y un dón del cielo.

7º No pidas que te se conceda todo lo que desees; pues con frecuencia nuestros deseos son contrarios á la voluntad de Dios. Antes bién, pide siempre de la manera que nos ha enseñado Jesucristo, y dí á Dios: *Hágase tu voluntad*. Pón siempre esta condición en todo lo que pidas, pues Dios nunca quiere más que el bién de nuestras almas, mientras que nosotros no siempre pedimos lo que nos es más ventajoso. Tampoco pidas que inmediatamente te se conceda lo que desees: pues Dios tiene sus razones para no concederlo tan pronto, y quiere que lo alcances



con la perseverancia, la cual es también una gracia especial : pues ¿ qué otro nombre merece el que estés más tiempo conversando con él ?

8° Muchas veces la asistencia del Angel de nuestra guardia ahuyenta al demonio que quiere distraernos en la oración ; pero otras veces es tan porfiado este enemigo que no nos deja respirar, sin embargo, no nos desanimemos : porque si somos constantes, triunfaremos de sus astucias.

9° No sólomente debemos pedir la remisión de nuestros pecados, sino también la de nuestro prójimo ; pues en esta oración de caridad imitaremos á los ángeles. Vayamos á la oración, pero no para ser vistos y estimados de los demás, sino para alabar y complacer à Dios.

10° Nada excita tanto la envidia del demonio contra el hombre como la santa oración ; así es que contra ella emplea todos los artificios que su malicia le sugiere. Ocurre también que, cuando no ha podido conseguir impedir la, deja durante algún tiempo en paz al que la hace, pero bién pronto vuelve á la carga con nuevas tentaciones, ya procurando que se pierda el espíritu de oración, ya turbándola por todos los medios que están á su alcance. Así es que, cuando nos tienta con la gula, con la avaricia, con la cólera, con el resentimiento ó con otros vicios que turban el alma, lo hace con el fin de incapacitarnos para la oración. Ataca las diferentes potencias del alma, para que las pasiones, que él mismo despierta turben la razón, y la impidan elevarse á Dios. Puede, por lo tanto, decirse que la mayor parte de la guerra que nos hace es para privarnos de la oración.

11° Cuando se ama verdaderamente á Dios, se contrae un santo hábito de vivir en su presencia, y de conversar con él, de la misma manera que un hijo lo hace con su padre, y se procura arrojar del corazón todo aquello que

pueda impedir este santo ejercicio. Si queremos tener oración, es preciso que Dios nos conceda esta gracia, y por esta razón debemos implorarla, diciéndole: *Santificado sea él tu nombre: venga á nos él tu reino*: es decir, comunicadme vuestro divino espíritu. Para ello unamos nuestras oraciones á las de Jesucristo, su Hijo unigénito. Esto es lo que ha querido enseñarnos el Maestro celestial, cuando nos ordena que adoremos á su Padre en espíritu y en verdad <sup>1</sup>.

12° Si queremos, alcanzar el espíritu de oración, preciso nos es quitar todos los obstáculos que lo impiden. Dios entónces se acercará á nosotros, y nosotros podremos elevarnos á él.

Cuando hagamos la oración, no nos representemos á Dios bajo una forma corporal <sup>2</sup> porque Dios, como espíritu purísimo, se halla muy por encima de la materia. El demonio se sirve muchas veces de estas imágenes, que representa especialmente en el tiempo de la oración, para distraernos y hacernos caer en ilusiones.

13° No debemos dudar que los ángeles buenos nos exhortan á orar, y oran con nosotros. Luego cuando nos entregamos con cierta flojedad á este santo ejercicio y nos dejamos llevar durante él de pensamientos vanos é inútiles, los indisponemos en contra de nosotros: pues ven que, miéntras combaten en nuestro favor, y se interesan en beneficio nuestro, nosotros hacemos poco caso de su ministerio, despreciamos al Señor, y damos oídos á las sugestiones del demonio.

14° De la misma manera que el pan es el alimento de nuestro cuerpo, al que le dá vigor y fuerza, así la oración es el alimento y la fortaleza del alma. No imitemos la soberbia del fariseo en su oración, sino regulémosla por la

<sup>1</sup> Joan. iv.

<sup>2</sup> Habla contra los Antropomorfistas.

humildad del publicano, y alcanzaremos la misericordia del Señor. El recogimiento nos conduce á la oración ; porque ésta es como su hija. Así como el órgano de la vista es el más perfecto de todos los sentidos, así el recogimiento es el medio más excelente para alcanzar las demas virtudes. No es preciso atender al tiempo que se ha invertido en la oración, sino si lo hemos invertido bién, pues el mismo Jesucristo nos dice, que, cuando oramos, no es preciso que hablemos mucho <sup>1</sup>. Por último, cuando experimentemos un santo gozo en hablar con Dios, es señal de que se nos ha concedido este dón precioso.

Habla también san Nilo en este tratado de los diferentes esfuerzos que hacen los demonios para impedir á los solitarios la oración, ó para distraerlos en ella. Unas veces producen grandes ruidos y alborotos : otras aparecen bajo diferentes figuras de bestias salvajes, y otras los azotan cruelmente. Cita entre otros ejemplos el de san Teodoro el Santificado, el del venerable Juan el Enano y de otros muchos, de que hemos hecho mención en sus correspondientes lugares. Podia también hablar por experiencia, pues, como ya hemos dicho, era cruelmente azotado por los espíritus de las tinieblas. Advierte también á los religiosos, que no deseen visiones ni apariciones de ángeles y de santos en sus oraciones, y que estén siempre en guardia, para que no les engañe el demonio, que suele tomar muchas veces las apariencias de ángel de luz para seducir mejor á los que no se cuidan de discernir los espíritus, y precipitarlos en el orgullo y en la ilusión.

Refiere de un solitario muy dado al santo ejercicio de la oración, que el demonio no hizo durante dos semanas más que tirarle pelotas, produciendo grande ruido, pero sin que

<sup>1</sup> Math. vi, 7.

un solo instante consiguiese distraerlo de su oración.

Dice también de otro gran siervo de Dios y hombre de oración, que, caminando un día por el desierto, enteramente ocupado en Dios que era el único objeto de su amor, se le aparecieron dos ángeles haciéndole compañía, lo cual no bastó para separar su pensamiento de Dios.

Escribe, por último, estas hermosas palabras capaces de animar á las personas religiosas al recogimiento interior y á las demás virtudes propias de su estado, y que las disponen maravillosamente para adquirir el espíritu de oración. » ; Bienaventurada, dice, el alma que en la oración se eleva sobre todas las imágenes corporales para contemplar la belleza espiritual de Dios ! ; Bienaventurada el alma que es fervorosa en la oración, y que la hace con espíritu de recogimiento, porque sentirá crecer más y más el deseo de Dios ! ; Bienaventurada la que pierde en la oración el recuerdo de todas las cosas sensibles ! ; Bienaventurada la que en la oración se desprende de todos los afectos de las cosas de la tierra, y se eleva á una verdadera pobreza de espíritu ! »

San Nilo escribió un gran número de cartas, treinta y cinco de las cuales publicó primeramente el P. Poussin, tomándolas de la biblioteca de Florencia, y posteriormente Léon Allaci ha dado á luz un número más considerable de manuscritos de la biblioteca vaticana. Estas cartas contienen sentencias morales, instrucciones, exhortaciones y explicaciones, de los dogmas de nuestra santa religión ó de pasajes de la sagrada Escritura.

Hé aquí en resúmen lo que escribe á Tammasio, que habia renunciado al siglo para abrazar la vida ascética. « ¿ Qué esperais léjos del mundo y en el retiro ¿ la paz del alma ? ¿ Pretendeis estar exento de tentaciones, y de cruces y no tener que combatir contra los demonios ? Contabais sin duda, que fuese así, y sin embargo, os veis

aflijido. No os dejéis abatir, sino cobrad ánimo: llevad vuestra cruz con paciencia y dulzura de espíritu: dad gracias al Señor; permaneced firme en vuestras resoluciones: perseverad en la piedad, en el ayuno y en la mortificación de los sentidos, y vereis como desaparece la tentación, y como el enemigo que ahora os atormenta concluye por ser atormentado con vuestra victoria y con su impotencia. Jamás debemos turbarnos por las tentaciones, y si Dios, á quién pedimos que nos libre de ellas, no nos oye tan pronto como deseamos, abandonémonos á su divina voluntad y entreguémonos en manos de su Providencia. Él sabe muy bién la hora y el momento en que debe hacerias cesar, y entónces gustaremos con mayor gozo y reconocimiento la vuelta de la paz por que tanto habíamos suspirado. »

« El demonio, dice, en la misma carta, profesa una envidia extraordinaria á la tranquilidad de las almas puras, y hé aquí porque las tienta por todos los medios que están á su alcance para hacerlas sucumbir, pero no por esto debe decaer nuestro ánimo; por el contrario, cuanto mayores son los esfuerzos que hace para vencer, tanto más grandes debemos hacerlos nosotros para rechazarle, oponiendo á sus sugerencias la esperanza de la recompensa eterna que está reservada á los que han combatido. »

A un sacerdote, llamado Marino, que se habia encomendado á sus oraciones le dirige esta corrección: Quereis aprovechar el fruto de las oraciones de los siervos de Dios, ya sean clérigos, ya monjes. Les pedis á ellos cuentas sin considerar que Dios las exige también de vos, y os ha de juzgar por la observancia de su ley. Quereis ser oido tan luego como orais, y sois negligente en dar á Dios la obediencia que se le debe. Si os aplicaseis con actividad á cumplir su santa voluntad, escucharía favorablemente vuestras oraciones. Esta condición es muy equitativa. Sed sumiso á sus órdenes, y él os escuchará. Pero si continuais

siéndole infiel, hareis inútiles las oraciones que otros hagan en vuestro beneficio, por muy santos que sean. »

Dirigiéndose a Pablo, archimandrita, le dice : « No esperéis pasar los pocos dias de esta vida con entera seguridad y sin que os sobrevengan amarguras. Sólomente aquellos que son negligentes y perezosos, aquellos que miran con indiferencia los bienes de la vida futura, y que jamás piensan en ellos, son los que viven alegres y no sufren trabajos espirituales ; pero nosotros que, por nuestra profesión, sostenemos constante lucha con los espíritus de las tinieblas, que tenemos un gran número de testigos y fiscalizadores de nuestras acciones, debemos consagrarnos á combatirlos desde el momento en que nos proponemos practicar la piedad. Preciso es, por lo tanto, resolvernos á comer nuestro pan y á beber nuestra agua, mezclados con lágrimas y dolor, y á luchar noche y dia contra nuestros enemigos.

Un religioso, llamado Théon, queria retirarse solo á un desierto, sin haberse formado todavía en los deberes de la vida monástica, por cuya razon le escribe san Nilo : « Cuando se quiere entrar en los ejercicios y combates de la ciencia espiritual, es preciso haber habitado ántes en un monasterio en compañía de otros religiosos y no retirarse temerariamente, ó por capricho y pasajero entusiasmo á vivir solo en un desierto. El que obrase tan imprudentemente se expondría al peligro de ser víctima de la malicia de los demonios, que nos rodean y persiguen por todas partes. Me direis tal vez, que quereis vivir solo para no hallaros expuesto á incomodaros con ninguna persona, pero yo comparo al que piensa así con las bestias irracionales que son apacibles y no se enfurecen sino cuando hay álguien que las excite ¿ Porqué, pues, nos recomienda la Escritura que seamos caritativos los unos para con los otros ; que seamos sumisos que miremos á los

demás como á superiores nuestros, y que no busquemos nuestros propios intereses, sino más bién los de los demás ?

Escribiendo á Merimo, monje, le dice, que, habiendo concebido muchos una insensata estimación de sí mismos por algunas virtudes que creían haber alcanzado, han caído en el orgullo y en la falsa seguridad, como si nada tuviesen que perder de parte de los enemigos de su alma. Así es que, cuando se creían enteramente seguros han sido atacados de pronto, y con sus deplorables caídas han experimentado el poder de estos temibles enemigos. Por esta razón, añade en otra carta, si quereis evitar la caída, arrancad primeramente de vuestro corazón hasta las más pequeñas raíces de esa estimación presuntuosa que teneis de vos mismo.

Hemos visto en la vida de este Santo, que los solitarios Laurente, Fausto y Epínico le escribieron proponiéndole las vejaciones exteriores que sufrían de parte de los demonios, y que los llenó de consuelo con su respuesta refiriéndoles lo que él mismo había tenido que sufrir. Los demonios que atormentaban á estos solitarios dejaron de hacerlo exteriormente ; pero empezaron á afligir su imaginación con pensamientos de blasfemias y otros no ménos amargos, lo cual les afligía en extremo. Apresuróse, pues, el Santo á decirles : « No os extrañeis de estos nuevos ataques de los demonios. « Estos desgraciados espíritus serán constantemente atormentados ; miéntras que nosotros, despues de haber sido humillados en esta vida con sus tentaciones gozaremos en el cielo el premio de la victoria. Estos espíritus de tinieblas que han querido desanimarnos, abatirnos, sumirnos en la desolación y hacernos perder la esperanza de la salud, serán exterminados y entregados á una rabia eterna. Yo os aseguro, hermanos míos, y os digo con toda verdad, que todo aquel que se vé perseguido por el demonio debe acudir á Jesucristo, á quién el demonio no

osa acercarse y decirle : Vos sois, ó Dios mio, mi refugio y mi defensa : Vos sois para mi alma como una torre inexpugnable que me pone á cubierto de los tiros del enemigo. Por lo demás, hermanos míos, no descuideis el trabajo manual, y acordaos que san Pablo se gloriaba de él, así como de las penas y amarguras que sufría.

En una carta dirigida á Nicón, archimandrita, se queja de que había algunos monjes que vagaban por las ciudades, y que se metían y moraban en las casas de los seglares como verdaderos parásitos, cuya conducta, léjos de recomendarlos para con las gentes del mundo, les envilecía y hacia despreciables.

Reprende en otra carta á Lamprótico, también archimandrita, el haber considerado como un motivo de gloria el habersele confiado el gobierno de un monasterio. Dios había permitido, para castigarle, que sus religiosos, léjos de prestarle sumisión, se rebelasen contra él. En vista de esto, le recomienda que, en lugar de afligirse, tenga paciencia : que recuerde lo que Jesucristo había tenido que sufrir de parte de sus enemigos, que eran sus siervos ; mientras que los religiosos eran sus hermanos.

Dice á Epícteto, otro archimandrita, que en las oraciones y alabanzas que se dirigen al Señor, no es preciso levantar mucho la voz, sino que bastaba con manifestarle los sentimientos interiores de nuestro corazón. Pues Dios, dice, no toma en cuenta si gritamos ó cantamos, sino si guardamos el respeto debido á su presencia, y si oramos con atención : pues oye los gemidos de nuestros corazones.

A Alcibiades, escolástico dá esta instrucción : « Deseais adquirir la preciosa virtud de la humildad, y me preguntais como debeis conducirlos para adquirirla. Los sentimientos de nuestra alma se conforman ordinariamente á nuestra conducta exterior, que es con frecuencia su expresión. Sed,



pues, muy sencillo en vuestros vestidos en vuestros muebles, en vuestro alimento y en vuestra manera de obrar, ya andeis, ya habéis, ya saludéis á los demás. Que no haya en ninguna de las acciones de vuestra vida la más leve afectación, el más pequeño amaneramiento mundano, sino procurad hacerlo todo con la mayor sencillez. Además sed bueno con vuestros amigos, dulce con vuestros hermanos, paciente con los que os contrarian, humano y benéfico con los pobres y con los que padecen aflixión. Consolad á los enfermos, y dirigidles palabras capaces de animarlos : aliviad en lo que podais á los que sufren : jamás despreciéis á nadie : saludad con afabilidad : responded con dulzura y alegría de corazón : sed útil á los demás, y recibidlos á todos benignamente. »

Al diacono Babila dirige esta corrección : « Decis muy buenas cosas : pero vuestras obras no están conformes con las palabras. Sois, pues, bueno solamente en apariencia, y por eso quereis que los imbéciles os admiren : pero no podeis engañar á las personas sensatas, que os juzgan, no por las palabras, sino por las obras. »

Al monje Tirso dirige también esta reprensión : « Si investigais con curiosidad lo que hacen los demás, y os constituís en censor de su conducta, olvidais lo que pasa en vuestro corazón. No gustais las dulzuras de vuestra celda : os separais del camino recto, y caminais por senderos extraviados. Juzgad lo que os sucederá con esto. »

A Arsino, monje, dice : « Cuando hayais estirpado de vuestro corazón los malos hábitos, y domado vuestras pasiones, os podreis aplicar á la contemplación de los divinos misterios ; pero si quereis subir á la montaña santa violentamente y á través de enemigos que aún no habeis veneido, os rodearán como abejas, y sereis víctima de su mortifero veneno. »

Al monje Anfiloc que se lamentaba de hallarse ator-

mentado de pensamientos de blasfemia, le dice : ¿ Porque os espantan estos horribles pensamientos ? ¿ No sabéis que, estando revestido del hábito monástico como de una unción santa, sois un atleta destinado al combate ? Ved á David : apénas ha recibido la unción real, se constituye Saul en su enemigo. »

Consuela también al monje Draconcio, afligido de tentaciones, diciendole :

« Se os figura ver detrás á los Egipcios que os persiguen, y delante el Mar Rojo, cuyas olas os causan espanto : pues representaos al mismo tiempo al Señor, que hiere invisiblemente á vuestros enemigos, y que os librára del peligro en que os hallais. »

Por último, dice al monje Lampadio : « No es solo Júdas el que, habiendo despreciado el juicio de Dios, tuvo la osadía de entregar á Jesucristo ; Los cristianos que no observan los mandamientos divinos deben ser considerados como cómplices de su traición : puesto que, en lugar de ser fieles á Dios ; resisten á su gracia, entregándose á los deseos de sus corrompidos corazones. »

En una de sus cartas hace san Nilo el elogio de una virgen llamada Anastasia. La llama bienaventurada y digna de toda alabanza, y dice que el resplandor de sus virtudes, sobre todo de su humildad, supera á la claridad de la luna. Añade que en un cuerpo mortal llevaba una vida angélica, y que era tan sólida su piedad, que puede decirse que estaba sostenida por la diestra del Altísimo. Su perseverancia en los trabajos de la penitencia, su confianza inquebrantable, su singular modestia, las lágrimas abundantes que derramaba en la oración, á cuyo ejercicio consagraba la mayor parte de la noche, y las buenas obras y las prácticas de piedad con que enriquecía su alma, la hacian muy agradable al celestial Esposo. Por esta razón el Santo se encomienda muy encarecidamente á sus oraciones.

Nos dá también una gran idea de un ermitaño, llamado Rufino, del cual dice, que, despues de haber renunciado enteramente á las vanidades y cuidados del mundo, que compara á un mar agitado por las tempestades, y cuyas oleadas luchan unas con otras, tuvo la dicha de encontrar la paz de su alma en la vida que habia abrazado, y de experimentar la más dulce tranquilidad, consagrándose únicamente á agradar á Jesucristo y á merecer la posesión de su reino.

Habia en Cilicia un monasterio, cuya perfecta observancia le habia referido un sacerdote muy piadoso, llamado Marino, muy diferente, por cierto, de aquel otro de quién más arriba hemos hablado. Su celo por la gloria de Dios le hizo manifestar su gozo á estos fervientes religiosos. « No he podido, les dice, contener mi gozo dentro de mi corazón al tener conocimiento de vuestra grande piedad. Caminais con santa emulación y constante fidelidad siguiendo los vestigios de los Apóstoles. No sólomente habeis renunciado con fervor al mundo y á los perniciosos placeres con que seduce, sino que habeis abrazado una rigurosa penitencia, y no cesais de alabar y de bendecir á Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Rey, que os ha llamado á la vida religiosa. Cumpliendo de esta manera tan perfecta vuestros deberes, podreis dejar, como decia el grande san Antonio, fulgente lumbrera de los Egipcios, á los que vengan en pos de vosotros los modelos de la perfección religiosa, que deben imitar. »

Los iconoclastas del siglo octavo pretendieron valerse de la autoridad de san Nilo para apoyar su error contra el culto de las santas imágenes, y para ello citaban una carta de este Santo al prefecto Olimpodoro, pero truncando y adulterando algunas de sus palabras. Se leyó esta carta en el segundo concilio de Nicea, que es el séptimo ecuménico, según diversos ejemplares, y se reconoció la impostura,

que es el recurso ordinario de los herejes. San Nilo efectivamente dice todo lo contrario de lo que pretenden los iconoclastas, lo cual hizo que Constantino, obispo de Constancia en Chipre, exclamase, que los herejes, que habian pretendido tener de su parte á este santo Padre, eran parricidas é impostores que calumniaban á los Santos.

Se leyó también en este mismo concilio otra carta de san Nilo, que confirma la doctrina ortodoxa relativa á las santas imágenes, y en la que refiere un gran prodigio acaecido en el desierto de Sinaí. Hé aquí en resúmen lo que dice á Heliodoro en esta carta. Dios hace muchos prodigios, tanto para afirmar en la verdadera fé á los que vacilan, como para confundir la incredulidad de los impíos, y estos milagros son más evidentes y luminosos que la luz del dia. Voy, pues, á referir uno de ellos realizado en nuestro desierto de Sinai por la intercesión del santo mártir Platón, de quién podia referir otros muchos. Habia en Sina un hombre de Galacia, que en unión de su hijo se habia retirado para profesar la vida monástica con gran perfección. Cuando se hallaban más tranquilos y entregados á sus santos ejercicios, hicieron los bárbaros una incursión á este desierto, y arrebatándole á su hijo, se lo llevaron cautivo. Vos sabeis lo que se sufre bajo la tiranía de estos bárbaros : el estado de los esclavos es muy deplorable ; pues se hallan casi desnudos, condenados al hambre, á la sed y á todas las injurias del tiempo, abrumados con los más penosos trabajos, y amenazados constantemente por la muerte. El buén anciano, se habia retirado á una caverna, en donde, entregado á su dolor, imploraba con abundantes lágrimas la intercesión de san Platón, para que Dios se dignase devolverle á su hijo. Este, igualmente inspirado para que invocase á san Platón, cuya imagen se le aparecía con muchos frecuencia, imploraba su auxilio

con fervor. Cuando ambos se hallaban orando, apareció san Platón al joven cautivo, montado en un caballo é invitando á éste para que montase en otro que llevaba del diestro. En el mismo momento se rompieron las ligaduras del cautivo, cual si fuesen hilos de tela de araña, y el joven solitario siguió á san Platón, á quien reconoció por las imágenes que se le habian aparecido, encontrándose al poco tiempo al lado de su padres. Despues de esto desapareció san Platón.

#### NICÓN Y JOSÉ DE PELUSA, SOLITARIOS DE SINA : PEDRO Y EPIMACO, SOLITARIOS DE RAITHA <sup>1</sup>

No hay fundamento alguno para creer que el solitario Nicón, de quién vamos á hablar, sea el mismo que honran los Griegos en 26 de noviembre, y que el cardenal Baronio colocó el mismo dia en el Martirologio romano. Los Griegos en sus *Méneos* dicen que éste era hijo de un gran señor de Armenia : que movido de las promesas que hace Jesucristo á los que lo dejan todo por su amor, se retiró á un monasterio, en donde vivió en la mayor austeridad : que recorrió muchas provincias de Oriente exhortando á los pueblos á la penitencia, lo que le mereció el sobrenombre de *Penitente* : que vino despues á la isla de Creta y al Pelopenoso, y que terminó su vida en Lacedemonia, en donde edificó una iglesia é hizo muchos milagros.

Nicón: solitario del desierto de Sina, nos es conocido sólomente por una calumnia levantada contra él, y que so-

<sup>1</sup> Cotelier.

portó con humilde paciencia. Profesaba la vida religiosa en esta soledad, cuando la hija de un habitante de Farán, queriendo ocultar al verdadero culpable, le acusó indignamente. El padre de esta jóven, lleno de dolor y de desesperación, vino á la celda de Nicón con objeto de matarle ; pero al levantar la mano para realizarlo, se le quedó seca. Este prodigio hablaba muy claro en favor de la inocencia de Nicón ; pero en la agitación de espíritu en que se hallaba este padre, de nada le sirvió, y fué á acusar á Nicón ante los sacerdotes de Farán. Estos le hicieron comparecer, y no justificándose el humilde solitario, le impusieron castigos corporales, y le ordenaron que saliese del pais. Nicón, cada vez más humilde, pidió la gracia de permanecer allí para hacer penitencia, lo cual se le permitió, pero separándole durante tres años de la comunión de la Iglesia, y prohibiéndole que nadie hablase con él. Así es que todas las semanas venia á las puertas de la iglesia, como un penitente público, y se postraba á los pies de los fieles que entraban en ella, pidiéndoles que rogasen por él.

Sufrió esta humillación hasta que Dios manifestó su inocencia del modo siguiente. El verdadero culpable fué poseido del demonio, y vino á confesar á la iglesia y en medio de una asamblea de fieles, su crimen y su calumnia. Admirado todo el pueblo de lo que habia sufrido Nicón y de su heróica paciencia, corrió á pedirle perdón. No le costó trabajo el otorgarlo : pero se retiró á otro desierto, cuyo nombre no se dice.

Habia también en aquel tiempo en el monte Sina otro solitario natural de Pelusa y llamado José, Nada de particular se sabe de él, pero se conserva una historia muy edificante que refirió á Crono, y éste á su vez á los solitarios de Nitria, entre los cuales se habia retirado. Decía, pues, José á Crono que, hallándose un dia en la iglesia del desierto de Sina, vió á un religioso muy notable por su

buén aspecto, pero que conoció en seguida serlo mucho más por la santidad de su alma : pues miéntras que los demás religiosos se presentaban á los divinos Misterios vestidos con ropas de lino, éste llevaba un hábito viejo y lleno de piezas. Concluido el santo Sacrificio, le preguntó José porque llevaba á la iglesia aquel traje tan pobre, miéntras que los demás religiosos se asemejaban á ángeles por sus blancas vestiduras. El solitario le respondió modestamente que no tenia otro, y entonces José le llevó á su celda, y le dió uno de lino igual al que llevaban los demás. Presentóse con él en la iglesia, y más que hombre, parecía un espíritu celestial.

Algún tiempo despues tuvieron los religiosos del monte Sinaí que evacuar un negocio, para cuya misión escogieron á diez religiosos, y entre ellos á este solitario. Cuando llegó á su conocimiento, pidió con mucha insistencia que le dispensasen, aduciendo como causa que habia sido esclavo de un gran señor de la corte, quién le conoceria y le obligaría á dejar el hábito monástico para volver á su servicio. Los Padres cedieron á esta razon, y eligieron á otro en su lugar ; pero algún tiempo despues supieron que ántes de ser solitario, habia sido prefecto del Pretorio, y por este motivo temia fundadamente que, si iba á la corte, el emperador, que era este señor de quién se decia esclavo, le reconociese y le hiciera entrar nuevamente en su servicio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Creen algunos que este prefecto del Pretorio hecho solitario, fué san Nilo, de quén ya hemos hablado. Pero además de que este santo fué prefecto de Constantinopla y no del Pretorio, tenia consigo á su hijo Toodulo, lo que no se dice del otro solitario. Además este no procuraba otra cosa que ocultarse y vivir desconocido de los hombres ; pero Dios habia dado á san Nilo una luz brillantísima para ilustrar no sólomente á los solitarios, sino á las personas más influyentes de la corte y hasta al mismo emperador, como aparece de sus obras y del número considerable de cartas que tuvo que escribir. Es de suponer

Pedro y Epímaco habitaban el desierto de Raitha. Vivian, juntos y sus corazones estaban unidos por la más estrecha amistad. Un día en que los solitarios comían en la iglesia, según la costumbre de aquel tiempo, se les obligó á sentarse en la mesa de los ancianos. Se excusaron cuanto les fué posible : pero al fin Pedro se sentó en ella, aunque con gran repugnancia, y Epímaco en la de los jóvenes. Después de la comida dijo éste á Pedro : ¿ Porqué te has sentado con los ancianos ? dándole á entender que debiera haberlo rehusado por humildad. Más Pedro le respondió : si me hubiera sentado con los jóvenes, me hubieran considerado de más edad, y me hubieran obligado á bendecir la mesa ; mientras que, sentado con los ancianos, me he considerado como el menor de ellos, y he podido practicar un acto de humildad. Pedro decía muy bien, que, cuando Dios se sirve de nuestro ministerio para hacer algún bien, en lugar de enorgullecernos, debemos darle gracias por haberse dignado llamarnos á este empleo, y añadía que debemos estar animados de los mismos sentimientos en todas aquellas ocasiones, en que practiquemos algún acto de virtud.

también que este solitario era más antiguo que san Nilo ; pues Crono, que se hallaba al fin de su vida, cuando san Nilo empezaba á florecer en el desierto, aprendió de José esta historia, que había tenido lugar mucho antes.



## PARTE SEXTA

### ESTABLECIMIENTO DEL ESTADO MONASTICO EN SIRIA

---

#### SAN LUCIANO'

##### Aones

Créese que Aónes, ó Eugenio, fué el primer solitario de Siria, y el que introdujo en ella el estado monástico; pero está suficientemente probado, que ántes de su época hubo monasterios en la Mesopotamia, que en la geografía antigua formaba una sola provincia con la Siria. Es, por lo tanto, cierto que Eugenio es uno de los más antiguos, así como Gaddanes y Azizo, sus compañeros, de los cuales tendremos ocasión de hablar en el curso de esta historia. Se sabe de Luciano, sacerdote de Antioquía, que sufrió el martirio en 312, y que abrazó la vida monástica ántes de ser agregado al clero de esta ciudad, lo cual confirma san Atanasio, que lo llama un *gran Asceta*. De lo cual se desprende que en el año 312 había monjes en Siria, y que no es preciso esforzarse mucho para encontrarlos en el año 300. Tillemont, que no concede mucha veracidad á las actas de santa Febronia, está de acuerdo con nosotros sobre este particular, cuando dice que en la persecución

(1) San Juan Crisóstomo, Sozomeno, los Bolandistas y Bulleau.

de Diocleciano habia allí pocos monjes. Pero no tenemos otras pruebas para asegurar lo que se dice del monasterio del abad Marcelo en la vida del santo Mártir que acabamos de citar.

Comenzaremos, pues, este libro por la vida de san Luciano, y como es más conocido por su cualidad de sacerdote y mártir, que por la de monje y asceta, nos contentaremos con hacer notar con el autor de su vida, que practicó todas las austeridades de los monjes : pues no comía hasta las tres de la tarde, ayunando algunas veces semanas enteras, haciendo largas oraciones acompañadas de lágrimas, y ocupándose asiduamente en la lectura de los Libros santos, de los cuales adquirió un conocimiento tan grande, que hizo la revisión de la versión de los LXX, y publicó de ella una edición más correcta. Puede verse el resto de su vida en los Bolandistas, día 7 de enero ; porque despues que fué ordenado sacerdote de la iglesia de Antioquía, no hay en su vida ningún acto que se refiera á la vida monástica.

Pero no podemos dispensarnos de exponer lo que dice san Juan Crisóstomo de este mártir en la homilía que hizo en su honor, y que se halla consignada en la *Colección de las actas de los mártires* de Ruinart. Es tan bella la traducción de esta homilía hecha á la lengua francesa por Maupertuy, que nos vamos á valer de ella.

« Ayer <sup>1</sup>, mis queridos hermanos, fué bautizado el Señor en agua, hoy su siervo es bautizado en sangre : ayer, al ser bautizado Jesucristo, se abrieron las puertas del cielo, hoy se cierran las del infierno al mártir Luciano. No os sorprenda por otra parte el oír llamar el martirio un bautismo : lo es en efecto, pues que en él derrama con abundancia sus dones el Espíritu Santo ; son perdonados los

<sup>1</sup> San Juan Crisóstomo pronunció esta homilía al día siguiente de la Epifanía, en que se celebra la fiesta de este santo Mártir.

pecados, y es purificada el alma de una manera extraordinaria y maravillosa. ¿ No veis que así como el agua lava y limpia á los que reciben el bautismo, la sangre lava y purifica á los que sufren el martirio ? Esto es lo que sucedió al Santo cuya fiesta celebramos hoy. Pero ántes de hablar de su fin glorioso, es preciso que os descubra los artificios que empleó el demonio para ver de vencerle. Apercibiéndose este espíritu de las tinieblas que el Santo despreciaba los tormentos que se le hacian sufrir, y que no podia ser quebrantada su constancia ni por el fuego de un horno abrasador, ni por el horror de un hediondo calabozo, ni por la vista de una rueda armada de cuchillas, ni cuando fué calumniado, ni cuando se le hizo rodar á una fosa profunda, ni cuando destrozarón sus carnes los dientes de las bestias feroces ; viéndole, digo, firme en todos estos ataques, buscaba otros suplicios que fuesen á la vez duraderos y dolorosos, porque sabe que los tormentos demasiado violentos embotan la sensibilidad y quitan pronto la vida ; mientras que los más duraderos habitúan el cuerpo al dolor, y hacen que éste sea menos agudo. Estudió, pues, la manera de hallar uno en que se juntasen la duración con la acerbidad, para que el alma del mártir, quebrantada por la violencia del suplicio, acabase por ser abatida por su larga duración, y perdiese el mérito de la constancia. Ved ahora los medios de que se valió. Expuso al santo sacerdote á todo el rigor y á todas las molestias del hambre. ¿ Es tan espantoso, me direis, este suplicio ? Preguntad á los que lo han sufrido, y os dirán que es la más horrible de todas las muertes. Dejaron, pues, largo tiempo al santo Mártir sin llevarle alimento, y cuando creyeron que se hallaria abatido por semejante privación, le presentaron las viandas ofrecidas á los ídolos. No dudaban que la grande necesidad que debia experimentar y la facilidad con que podria remediarla, le harian ceder

de su resolución : pues la presencia real de los objetos tiene más fuerza sobre nuestro espíritu, que la simple imagen que de ellos nos formamos. Por encantadora que sea una idea, puede con más ó ménos dificultad desprenderse de ella la imaginación ; pero si se presenta la realidad, y se presenta reiteradamente, concluirá por interesar el corazón, y vencer todas las repugnancias ».

« El santo Mártir, sin embargo, salió victorioso de un peligro tan grande, y lo que el diablo consideró como un medio eficacísimo para abatirle, fué lo que le llenió de ánimo y le dió la victoria : pues lejos de impresionarle la vista de estas viandas, cobró hacia ellas una invencible repugnancia, y un odio aún más implacable contra los idolos y contra la idolatría. De la misma manera que la vista de un enemigo aumenta y engrandece el odio que se le profesa, así Luciano, cuanto más miraba aquellas ofrendas impuras y sacrílegas, tanto más aumentaba su horror á ellas. El hambre le solicitaba é impulsaba á llevar sus manos á aquellos manjares prohibidos : cerraba sus oídos á esta voz importuna, la hacía callar, y no escuchando más que la voz de Dios que le prohibía tocar á ellos, olvidaba su debilidad, y no sentía el hambre. Esta mesa profanada y este pan execrable que tenia ante sus ojos no hacian otra cosa que inflamar su deseo de acercarse á la mesa de Jesucristo, y de comer el pan celestial, con que el Espíritu Santo alimenta á las almas fieles. Este pensamiento le alentaba de tal manera, que decia, que se hallaba dispuesto á tolerar todos los tormentos imaginables ántes que tomar el más pequeño sustento de aquella mesa. Recordaba la conducta observada por los tres jóvenes hebreos, que, hallándose en una edad tierna, cautivos en una tierra extranjera, sin apoyo y en medio de una nación bárbara, observaron una conducta tan santa y sublime, que su fidelidad á la observancia de la ley les ha hecho objeto de admi-

ración en toda la tierra. Estas observaciones que se hacia el santo sacerdote le confirmaban más y más en su designio de permanecer fiel á Dios, mofándose al mismo tiempo de la impotencia del demonio, despreciando sus artificios. y desconcertando sus maquinaciones con su infatigable paciencia. »

Viendo este enemigo declarado de los hombres que nada conseguía con sus malas artes, y que no podia quebrantar el ánimo del Santo, le llamó segunda vez al tribunal de los jueces, procurando fatigarle con diversos interrogatorios, y hacerle sucumbir al rigor de los tormentos que seguian á cada uno de ellos. Pero á cada pregunta que se le dirigia, no respondia el Santo más que con estas palabras : soy cristiano. — ? De qué pais sois ? le preguntaban — Soy cristiano. — ¿ De qué profesión ? — Soy cristiano — ¿ Cual es vuestra familia, quienes vuestros padres ? — Soy cristiano. — Estas eran las únicas armas de que se servía para librarse del demonio, para atacarle y para vencer. Aún cuando unía á las ciencias extranjeras la elocuencia de su pais, no quiso valerse de este recurso, pues sabia que en semejante combate no es la elocuencia la que dá la victoria, sino la fé, y que el medio más seguro para vencer no es saber hablar bién, sino saber amar. Así es que decia, que la sola palabra, cristiano, bastaba para poner en fuga á toda el infierno.

Creerán algunos que esta respuesta del santo mártir era poco adecuada á las preguntas que se le hacían ; yo creo, por el contrario, que, si se examina detenidamente, se vé que no podia responder con más sabiduría y justicia. Efectivamente, el que dice, soy cristiano, dice su pais, su familia, sus padres, su profesión, todo, en una palabra, lo que es. ¿ Como así ? Voy á explicarlo. Un cristiano no es, propiamente hablando, de ningùn pais : no tiene patria sobre la tierra, pues es ciudadano de la Jerusalem celes-

tial, *la cual*, como dice san Pablo, *es nuestro madre* <sup>1</sup>. La vida de un cristiano no debe limitarse á un ejercicio puramente terreno, pues *nuestra morada*, dice el mismo Apóstol, *está en los cielos* <sup>2</sup>. Los cristianos no tienen otros parientes que los santos y los ciudadanos de la Jerusalem celestial, pues segun el mismo Doctor de las gentes, *no somos extranjeros ni advenedizos, sino que somos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios* <sup>3</sup> ».

« Luciano, pues, respondió con la mayor propiedad á las preguntas que se le dirigieron : pues esta respuesta se extendia á todo lo que se le preguntaba : quién era, de que pais procedia, quiénes eran sus padres, cual la profesión que ejercía. Por último, esta palabra fué la postrera que pronunciaron sus labios ; pues diciendo soy cristiano, espiró. »

« Fué degollado secretamente en la prisión por orden de Maximino, que, á causa del pueblo, no se atrevió á darle muerte públicamente. »

## FLAVIANO Y DIODORO, MONJES O ASCETAS DE ALEJANDRIA, Y LA VENERABLE PUBLIA <sup>4</sup>.

Flaviano, que despues fué patriarca de Antioquía, y Diodoro, su discípulo y coadjutor en los trabajos apostólicos, profesaron en esta ciudad la vida monástica, y éste segundo juntamente con Cartero, formaron en ella al gran Doctor san Juan Crisóstomo.

<sup>1</sup> Galat. iv, 26.

<sup>2</sup> Philip. iii, 29.

<sup>3</sup> Ephes. iii, 19.

<sup>4</sup> San Juan Crisóstomo, Juliano el Apóstata, Facundo y Teodoreto.

Flaviano era natural de la misma Antioquía, y nació en el seno de una familia ilustre y opulenta. Tuvo la felicidad de ser educado en el santo temor del Señor, y las lecciones que recibió en sus primeros años le movieron á renunciar al siglo y á todos los placeres, con que su brillante posición le brindaba, para abrazar la vida religiosa ó ascética, cuyos ejercicios practicó con muy grande fervor. Así es que, como dice san Juan Crisóstomo, aún cuando nació en la abundancia, aprendió con el ayuno y otras austeridades á reprimir los movimientos de la concupiscencia y á combatirlos animosamente tan luego como aparecieron.

Diodoro era de la provincia de Cilicia, tal vez de Társis, que era la ciudad metropolitana, Juliano el Apóstata, que declama vivamente contra él en una carta dirigida al herejarca Fotino, nos dá á conocer su celo contra los errores del paganismo, de que este príncipe se hizo fautor hasta el delirio. Diodoro hizo sus estudios en Aténas aprovechando mucho en las ciencias y en la literatura. Pasó en seguida á Antioquía, y se unió á Flaviano para aprovecharse de sus lecciones y cooperar al bién de la Iglesia. Hizo profesión de la vida religiosa, y gobernó un monasterio. Las austeridades que practicó fueron tan grandes, que debilitaron considerablemente su salud, y le produjeron frecuentes enfermedades. Juliano las atribuye á venganza de sus dioses. « Por lo mismo, dice, que ha empleado insolentemente contra ellos el arte de hablar y de seducir, que aprendió en Aténas, para predicar los dogmas de los Pescadores (así llamaba á los Apóstoles), los dioses le vienen castigando desde hace mucho tiempo. Esto se demuestra evidentemente por el apocamiento de sus fuerzas, por la debilidad de su estómago, por la palidez de su rostro y por las arrugas de todo su cuerpo : todo lo cual no puede atribuirse más que á la cólera de los dioses que se vengan de su impiedad, y no á una filosofía de que pretende glo-

riarse á los ojos de aquellos á quienes ha seducido. »

Lo que este príncipe, cegado por las preocupaciones, atribuye á la venganza divina, no fué en Diodoro sino efecto de su vida penitente, y Juliano, apostrofándole de esta manera, no ha hecho más que transmitir su elogio á la posteridad.

También san Juan Crisóstomo elogia admirablemente en uno de sus discursos la mortificación de Diodoro, y despues de llamarle otro san Juan Bautista, le dá el titulo de mártir vivo, que conserva en un cuerpo agotado por las austeridades un espíritu y sentimientos angélicos. Pueden verse en el escritor eclesiástico Facundo los otros Padres que han hecho su elogio, tales como san Atanasio, san Epifanio, san Jerónimo y otros.

Como Dios habia querido que Flaviano y Diodoro fuesen el sostén de la Iglesia contra los arianos, de aquí el que sean más conocidos por el ministerio que ejercieron que por su vida ascética, y el que la historia no consigne otra cosa de su vida que lo que acabamos de decir acerca de sus austeridades. Expongamos, pues, algunos de sus trabajos en defensa de la divinidad de Jesucristo.

Habiendo elegido los arianos, bajo el emperador Constancio que los favorecia, á un hombre de su facción llamado Leoncio, á quién san Eustaquio, obispo de la misma ciudad, habia rehusado la entrada en el clero, y que despues del destierro de este Santo, encontró medios de subir al sacerdocio, quisieron servirse de él para fortificar su partido en esta iglesia. Leoncio, que era un espíritu artificioso, usó de disimulo para ocultar su heregía, á fin de no alejar de sí á los católicos que eran en gran número ; pero su conducta no podia ménos de descubrirle : pues no ordenaba ni empleaba á ningún católico, por virtuoso que fuese. Por el contrario, daba su confianza á los arianos, y los elevaba á las sagradas órdenes, por más que sus cos-



tumbres y errores los hiciesen indignos. El clero se encontró por este medio mas infestado que el pueblo ; pero Leoncio encontró en Flaviano y en Diodoro dos firmísimos defensores de la fé católica, á quienes jamás pudo doblegar, y que sostuvieron constantemente á los fieles en la verdadera fé y en la piedad, aún cuando para ello no tenían otro título que su nacimiento y su virtud. El celo por la gloria de Jesucristo les armó en este tiempo peligroso contra el error, y los católicos de Antioquia, no encontrando en el clero la doctrina que habian aprendido de Eusebio, Flaviano y Diodoro, acordaron congregarse en las tumbas de los mártires, á donde acudian todas las noches para orar y cantar las alabanzas del Señor.

Hubiera deseado Leoncio impedirlo ; pero no se atrevió á emplear la fuerza, porque sabia que estos santos varones se hacian respetar y amar por sus virtudes. Así es que, usando de su disimulo ordinario, los invitó con astucia á que tuviesen sus asambleas y el oficio divino en la iglesia. Flaviano y Diodoro, que no ignoraban sus artificios, disimularon también y aceptaron ; pero tomaron la precaución de no comunicar con los arianos en sus oraciones, y cuando cantaban la *Doxologia* en lugar de decir, como los arianos. *Gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*, fórmula de que se servian sin dificultad los católicos ántes que la hubiese hecho sospechosa la herejía ariana, hacian decir á los católicos. *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*, que expresa mejor la consustancialidad de las Personas divinas, y que continua la Iglesia empleando en su oficio. Ademas Flaviano y Diodoro añadian á este versículo este otro que hemos conservado : *Como era en el principio, y ahora y por los siglos de los siglos ;* miéntras que Leoncio y los suyos se contentaban con estas últimas palabras : *Por los siglos de los siglos.*

Preciso es hacer constar que ellos fueron los primeros

que introdujeron en Antioquía la laudable costumbre de cantar alternativamente en dos coros los salmos de David, uso que, extendido en todo el Oriente, fué introducido en el Occidente por san Ambrosio. Es verdad que Sócrates atribuye esta forma de cantar alternativamente en la iglesia de Antioquía á san Ignacio mártir ; pero ó bién este historiador no conocia suficientemente este hecho, y en este caso debe estarse al relato de Teodoreto que lo atribuye á Flaviano y Diodoro, ó bién, si es cierto que lo estableció san Ignacio, fué interrumpido su uso durante la época de las persecuciones, y renovado doscientos años despues por Flaviano y Diodoro.

Habiendo muerto Leoncio, le sucedió en la cátedra de Antioquía y en su odio á los católicos Eudoxio, no ménos entusiasta por los arianos ; pero al poco tiempo fué trasladado á Constantinopla, y los fieles comenzaron á respirar bajo el gobierno de Melecio ; pero desgraciadamente no duró mucho tiempo esta tranquilidad, pues apénas hubo tomado posesión de su silla dió á conocer sus sentimientos por la fé católica en un discurso que hizo en presencia del emperador, y fué enviado al destierro, del cual volvió en tiempo de Juliano el Apóstata, que al principio de su imperio, concedió libertad á todos los Obispos desterrados por Constancio. Pero al poco tiempo volvió á imponerle esta misma pena este emperador, y volvió segunda vez á su iglesia en la época de Joviano, buén católico, pero que ocupó pocos meses el trono. Por último, Valente que le sucedió en el imperio de Oriente, fué en un principio católico, como su hermano Valentiniano ; pero se dejó pervertir por su mujer, y bautizar por Eudoxio, quienes le exigieron bajo juramento que declarase la guerra á los católicos. Melecio no pudo ménos de experimentar las consecuencias de esta conducta ; pues habiendo venido este emperador á Antioquía, y no pudiendo atraerle

á su partido, le envió por tercera vez al destierro.

Flaviano y Diodoro no dejaron de velar por los católicos en su ausencia, como lo demuestran las palabras de Teodoro » : Flaviano y Diodoro, dice, eran como dos rocas, contra las cuales se estrellaban las oleadas de esta tempestad : pues hallándose Melecio en un país muy retirado de su iglesia (en la Armenia, á donde habia sido desterrado) se encargaron de su rebaño estos santos varones, oponiendo su sabiduría y fortaleza contra los lobos, que pretendían devorarlo. Fueron arrojados de la montaña, como lo habían sido de la iglesia con otros sacerdotes católicos, y dieron el pasto de las divinas enseñanzas á los fieles cerca del río Oronte, que riega las murallas de Antioquía. No colgaban su land á las orillas de este río, como hicieran los judíos cantivos en Babilonia ; sino que alababan á su Criador y bienhechor en todos los lugares de su dominación. No permitiendo el enemigo que estos piadosos pastores, que defendían la divinidad de Jesucristo, le predicasen en este lugar, ni que reuniesen en él sus asambleas, se vieron obligados estos dos celosos eclesiásticos a reunir sus ovejas en otra parte para suministrarles el pasto espiritual con que alimentarse.

« El sabio y virtuoso Diodoro, cual río de purísimas aguas, ilustraba con su elocuencia á los católicos y confundía á los blasfemos, despreciando el esplendor á que la posición social de su familia le hacia acreedor, y sufriendo gozoso por la fé todo género de aflixiones, y Flaviano, que era muy virtuoso y de una familia no ménos ilustre, sostenía que no habia otra nobleza que igualase á la de la piedad, y siendo el capitán en la lid que sostenían, colocaba á Diodoro, que era un atleta muy ejercitado en esta clase de combates, allí donde convenia. Así es que Diodoro predicaba en las asambleas de la iglesia ; mientras que Flaviano le suministraba á él y á los que predicaban las razones en

que habian de fundar su doctrina, y los parajes de la sagrada Escritura con que habian de confirmala. De esta manera ambos preparaban las armas contra las blasfemias de Ario ; pero Diodoro era el que las lanzaba, pulverizando con grande facilidad los argumentos de los herejes en las conferencias que tanto pública como privadamente sostenia con ellos, y demostrando que sus objeciones eran telas de araña ».

Dedúcese de estas palabras de Tedoreto, cuán grandes fueron los trabajos de estos dos generosos defensores de la divinidad de Jesucristo en aquellos tiempos deplorables, en que los arianos, envalentonados en Antioquía con la autoridad de los emperadores, separaban de sus iglesias á los católicos que permanecian firmes en la fé y adictos á la persona de Melecio, su obispo, obligándolos á que se reuniesen al pié de una montaña próxima á la ciudad. Pero como se enviase soldados para prohibir que se congregasen en este lugar, lo hacian en las orillas del Oronte, ó en otros parajes ocultos, yendo siempre á su cabeza estos dos piadosos varones, que muy bien pudiéramos llamar capitanes del ejército del Señor. Añade en honor de Diodoro lo mismo que dice san Juan Crisóstomo de la perfecta renuncia de que hacia profesión · pues llevaba una vida verdaderamente apostólica, no poseyendo nada en particular, viviendo únicamente de lo que le proporcionaban sus compañeros para su sustento, y no ocupándose en otra cosa que en la oración y en la predicación de la divina palabra.

Todo lo demás relativo á la vida de estos dos célebres ascetas puede verse en la *Historia eclesiástica*, bastando sólomente hacer constar que el mérito de Diodoro y los servicios que habia prestado á la Iglesia le elevaron á la silla metropolitana de Társis. La elevación á esta dignidad fué obra de Melecio, que á su vez tuvo por sucesor á Flaviano en la cátedra de Antioquía.

No debemos omitir el elogio de una excelente abadesa que floreció hacia esta época en la misma ciudad, y que es conocida por una acción que demuestra su celo por la gloria de Jesucristo. Es la venerable Publia, de quién habla Teodoreto en los siguientes términos : « Había en Antioquía, durante la persecución de Juliano el Apóstata, una mujer de grande reputación, llamada Publia, que se hizo muy célebre por sus grandes empresas y por sus eminentes virtudes. Habiendo estado durante muy poco tiempo sujeta al yugo del matrimonio, fué muy dichosa en poder ofrecer á Dios un maravilloso fruto : pues Juán, que durante mucho tiempo ha sido arcipreste de Antioquía, y que muchas veces ha rehusado subir al trono apostólico de esta iglesia, para el que ha sido elegido en más de una ocasión, fué fruto de esta tierra bendita. Esta ilustre señora vivía en unión de muchas vírgenes cristianas, que hacían profesión de perseverar toda su vida en la virginidad, y se ocupaban continuamente en cantar las alabanzas del Señor, á quién adoramos como autor y redentor del universo. »

« Un día en que el emperador Juliano pasaba cerca del lugar en que se ocupaban en tan santo ejercicio, elevaron el tono de voz mucho más de lo acostumbrado, pues creían que debía tratarse con desprecio á esta furia infernal. Para ello escogieron los salmos más adecuados para expresar la impotencia de los ídolos, y cantaban con David : *Los simulacros de las naciones sos plata y oro, obras de las manos de los hombres.... Sean semejantes á ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos*<sup>1</sup>.

No podía oír Juliano este cántico divino sin llenarse de cólera : así es que otro día que pasaba por el mismo sitio, les mandó que callasen. Pero mujer generosa á quién no intimidaban las iras del tirano, inspiró nuevo vigor al

<sup>1</sup> Ps. CXIII.

canto, é hizo que entonasen estas palabras del mismo Profeta : *Lerántese Dios, y sean disipados sus enemigos*. No pudo soportar el tirano tan palmaria condenación de sus necios errores, y así es que hizo comparecer á su presencia á la superiora de este coro de vírgenes, y sin respeto á su edad, ni consideración á sus blancos cabellos, ni veneración á sus virtudes, mandó á sus guardias que la abofeteasen con tanta crueldad, que sus manos quedaron ensangrentadas.

Pero esta virtuosa mujer recibió esta afrenta como el mayor de los honores, volvió á su casa, y no dejó de hacer guerra con sus cánticos espirituales á este emperador impío, de la misma manera que David se servia de ellos para apaciguar al maligno espíritu que atormentaba á Saul.

## SAN JUAN CRISOSTOMO EN EL DESIERTO <sup>1</sup>.

Haríamos una injusticia al estado monástico, si no hiciésemos mención de san Juan Crisóstomo, que le dió tanto esplendor ; pero como despues de haberlo profesado durante algunos años, le colocó Dios en las alturas del episcopado, para que, cual brillante candelabro, brillase en su Iglesia, hablaremos sólamente aquí, para ceñirnos á nuestro designio, de su renuncia del siglo, de sus escritos relativos á la vida monástica, y de la disciplina de los solitarios de Siria, de que hizo tan grandes elogios.

Este gran doctor de la Iglesia griega, llamado Crisóstomo á causa de su elocuencia, y no ménos célebre por las

<sup>1</sup> Baronio y Pacundo.

persecuciones que sufrió que por sus escritos, nació en Antioquía, hacia el año 347, de padres nobles y cristianos. Tuvo, una hermana mayor, cuyo nombre se ignora; pero sabemos que su padre se llamaba Segundo, y su madre Antusa. Creen algunos que ésta se llamaba Publia, confundiendo con la virtuosa mujer, de que hemos hablado en el capítulo precedente. Pero esta opinión, fundada únicamente en que tuvo un hijo llamado Juan, que fué elevado al sacerdocio, y que por sus méritos se distinguió en el clero de Antioquía, esta opinión, repito, no es seguida por ningún autor crítico, sino solamente por los griegos modernos, amantes de las fábulas. Antusa quedó viuda á la edad de veinte años, y cuando, por consiguiente, se hallaba Juan en la más tierna infancia. El amor que profesaba á este hijo, á quién educó con todo el esmero posible, le hizo renunciar á segundas nupcias.

A la edad de dieciocho años empezó á aplicarse á la retórica y á la filosofía, estudiando la primera bajo la dirección del célebre Libanio, y la segunda bajo la de Adragancio. No tardó en consagrarse al foro, en donde pronunció muchos discursos que le valieron merecida reputación. Pero apenas llegado á los veinte años, conoció la vanidad de los retóricos, y se aplicó al estudio de las santas Escrituras. Reformó al mismo tiempo su exterior, asistiendo frecuentemente á la iglesia, y san Melecio, obispo á la razón de Antioquía, le atrajo á su lado, despues de conferirle el bautismo, pues aún era catecúmeno, y le hizo lector.

Durante el curso de sus estudios contrajo relaciones con algunos amigos, entre otros con Basilio, diferente del gran Basilio, obispo de Cesarea, y proyectaron abrazar la vida solitaria. Apenas supo su madre Antusa esta resolución, empezó á alarmarse, y llamándole á su aposento, le dijo estas palabras, que el Santo ha conservado en sus escritos.

« Hijo mio, Dios no ha querido que yo gozase mucho tiempo de la virtud de tu padre : la muerte me lo arrebató cuando aún me hallaba oprimida por los dolores de tu parto. He sufrido todas las penas é incomodidades de la viudez, que no pueden ser comprendidas sino por las que las han experimentado. No es posible explicar el estado de aflixión y amargura en que se encuentra una jóven, que, apenas salida de la casa de su padre y sin experiencia de los negocios, se vé cargada de cuidados, de que le hacen incapaz la debilidad de su edad juntamente con la de su sexo. Estos trabajos no me han movido, sin embargo, á contraer nuevas nupcias, como hubiera podido hacerlo. Por el contrario, he soportado todas estas contrariedades confiada en la gracia del Señor ».

« El único consuelo que he tenido en mi viudedad ha sido ha sido ver y contemplar en tí las huellas de tu padre. No puedes reprocharme haber disminuido los bienes de éste ; sino que los he conservado íntegros, sin haber, no obstante, economizado cosa alguna para darte una buena educación : pues todos lo gastos que ésta ha ocasionado los he suplido de mi dote. No digo esto, para echarte en cara las obligaciones que tienes para conmigo ; pero á lo ménos te pido una gracia que no podrás rehusarme sin ingratitude. No me dejes viuda por segunda vez : espera á que nos separe la muerte, que tal vez no tardará mucho. En la juventud se puede esperar la vejez ; pero en la vejez no se puede esperar más que la muerte. Cuando, pues, mis huesos se hallen unidos á los de tu padre, quedarás libre para ir á donde te plazca ; pero no me des el pesar de separarte de mí, miéntras que yo respire. No es mi intención que te dediques á los negocios : yo los tomaré á mi cuidado, para que tú goces de la tranquilidad que deseas. Esta sola consideración debe movente á no separarte de mi lado . Por muchos amigos que tengas, ninguno te dejará vivir



con tanta libertad como yo, pues ninguno puede interesarse tanto por tu bién. »

Crisóstomo creyó que debía ceder por algún tiempo á las instancias y á las lágrimas de su madre, por muy grande que fuese su deseo de retirarse al desierto : pero en medio del bullicio de la ciudad vivió cual si hubiese estado en la soledad, llevando la vida del asceta. Ayunaba, oraba, se acostaba sobre la desnuda tierra, domaba su cuerpo con todo género de austeridades, combatia sus pasiones para someterlas á las leyes de la gracia, y si caia en alguna falta, al punto la castigaba con la mayor severidad.

Como no hacía visitas, sino permanecía siempre en su casa ocupado en los ejercicios de la vida ascética, se le acusaba de insociable y de rarezas, que hubieran ofendido su amor propio, si su piedad no le hubiese ayudado á sufrir con paciencia estas injurias. Así es que permaneció constantemente en su retiro, prefiriendo ser censurado por el mundo, ántes que exponerse á sus seducciones. De esta manera vivió como verdadero solitario en la casa de su madre, hasta que se le presentó una ocasión favorable para dejarla.

Reunidos los Prelados en Antioquía para proveer algunas sedes vacantes, pusieron los ojos en él y en su amigo Basilio. Este fué nombrado efectivamente obispo de Ráfalea, en Siria ; pero Crisóstomo se ocultó en una montaña vecina. Hacia mucho tiempo que venia pensando en este absoluto retiro, como ya hemos hecho notar ; pero él mismo confiesa con humildad que se hallaba interiormente combatido por el temor natural de las austeridades del desierto. Muchas de éstas las practicaba en su casa ; pero en su mente formaba dificultades espantosas sobre las de los solitarios. El mismo dice que se inquietaba en pensar como podria pasar sin pan tierno y sin otras comodidades. Temia al propio tiempo caer en manos de un superior que le obli-

gase á alimentarse con el mismo aceite con que se sustentaba la lámpara, á comer guisantes y otras legumbres, ó que le dedicase á trabajos duros, tales como cavar, ó llevar leña y agua. Pero no le detuvieron estas consideraciones, sino que, sobreponiéndose á los gritos de la naturaleza, despreció sus delicadezas y repugnancias, y se puso bajo la dirección de un santo anciano que practicaba grandes austeridades en la montaña. Se sometió á él como discípulo dócil, y se hizo su fiel imitador en combatir todos los placeres de los sentidos.

Entónces aprendió por una feliz experiencia que son injustas las ideas que el mundo se forma acerca de la vida penitente, y Dios hizo la de este Santo tan suave con la uncióñ de su gracia, que, en lugar de sucumbir á las dificultades que temia, las superó con gran facilidad, y hasta con gozo. Despues de haber permanecido cuatro años al lado de este solitario, emprendió un género de vida más rigorosa y más conforme á los deseos que tenia de no ser conocido de los hombres, retirándose á una caverna y dando mayores vuelos á su fervor. Allí pasó dos años casi sin dormir, y esforzándose en aprender á fondo el antiguo y el nuevo Testamento, para llenarse de aquellas luces divinas, que con tanta claridad y fruto habia de difundir desde el puesto elevado que Dios le tenia reservado en su Iglesia. Por último, sus ayunos, sus vigiliás y el frio que experimentaba debilitaron su salud, y le obligaron á volver á Antioquía en busca de su restablecimiento. Pero no debe atribuirse su regreso tanto á sus males corporales, como á las disposiciones de la Providencia, que le habia destinado á curar los males espirituales de las almas.

En efecto, san Melecio, que habia regresado de su destierro despues de la muerte del emperador Valente, le elevó al diaconado, y cinco años más tarde san Flaviano le ordenó sacerdote. Entónces es cuando entró en la vasta

carrera de las funciones eclesiásticas que cumplió con tanta dignidad, y que coronó con su paciencia en las persecuciones que injustamente sufrió, y con el destierro en que murió. Esto no entra en nuestros designios, y podrán verlo nuestros lectores en la *Historia eclesiástica*, la cual nos manifiesta que esta columna de la Iglesia, este esplendor de la verdad, esta trompeta de Jesucristo, este sabio intérprete de los secretos de Dios, y este sol de todo el universo, pues tales son los títulos con que los antiguos le distinguían, habiendo merecido, como dice Facundo, ser amado de todo el mundo, alcanzó nuevos laureles con el odio y las persecuciones de sus enemigos. Así es que con la mayor justicia se dice que su nacimiento fué ilustre, su penitencia ejemplar, su elocuencia victoriosa, su sacerdocio lleno de bendiciones, su episcopado digno de un apóstol, su destierro una verdadera libertad, su muerte un martirio, y su vuelta á Constantinopla un triunfo.

---

## SOLITARIOS PERSEGUIDOS SAN JUAN CRISOSTOMO LOS DEFIENDE

Quando san Juan Crisóstomo gozaba en su desierto de las dulzuras del recogimiento, fué turbada su paz con la alarmante noticia de la tempestad que se habia levantado en Antioquía contra los santos solitarios. Un religioso, que con él tenia estrecha amistad, vino á verle y á anunciarle que en la ciudad se habia formado una conspiración contra el estado monástico: que no sólomente los paganos, sino hasta los mismos cristianos habian concebido contra los que lo profesaban tan grande aversión, que no se

contentaban con manifestarla en sus discursos llenos de calumnias y odio satánico, sino que la extremaban con los más crueles ultrajes: que aumentaba esta excitación, cuando una persona de dignidad se retiraba al desierto: que entónces se desencadenaban con más grande furor diciendo que era el colmo de la locura, que un jóven educado con el mayor esmero para ser el consuelo de sus padres y el honor de su familia y de su patria, renunciase á la gloria, á los placeres y á todas las pretensiones del mundo, para sepultar estas bellas cualidades y estos hermosos talentos en un monásterio ó en una gruta, y agotar el espíritu y el vigor del cuerpo bajo la disciplina de algún caprichoso anciano y en la práctica de excesivas austeridades: que, en su consecuencia, empleaban los padres las más terribles amenazas para separar de este estado á sus hijos: que uno de estos malos cristianos habia llevado su arrebató hasta decir, que esto solo bastaria para renunciar á su fé y sacrificar al demonio: que la persecución, por último, era tan pública y tan fuerte que no se oia hablar en las plazas públicas y en los lugares en que se reunian los ociosos, de otra cosa que de los insultos que se hacian á los solitarios. Pues uno decia, he descubierto el retiro de tal: otro añadia, he animado á los magistrados y á los jueces contra cual. Otro se jactaba de haber insultado á alguno en un lugar público, de haber llevado á otro á la prisión, ó de haberle hecho sufrir suplicios capaces de darle muerte, y todos estos relatos eran escuchados por los asistentes con carcajadas de risa y celebrados con aplausos. Pero lo más deplorable es que los cristianos que sostenian estas conversaciones y se gloriaban de estos excesos, pretenden haber realizado alguna grande hazaña, y lo hacen en presencia de los paganos, que lo mismo se mofan de ellos que de los monjes, de modo que tan profanada queda la religión como el estado monástico. Por otra parte, la causa de esta

persecución no es otra que la mala voluntad de algunos, que con sus discursos han fascinado los espíritus é indispuerto sin razón los corazones.

San Juan Crisóstomo no dió en un principio grán crédito á este relato que le parecía muy extraordinario, sobre todo en tiempo de emperadores cristianos ; pero como por otra parte el que se lo hacia era testigo ocular, y se lo aseguraba con tanta certeza, empezó á reflexionar sobre las perniciosas consecuencias que estos hechos podian acarrear á la religión. Esta consideración le sumió en la más profunda tristeza : la vida empezó á hacersele pesada, y pedia á Dios que le sacase de este mundo, en que se manifestaban con tanta audacia la injusticia y la iniquidad. Viéndole tan angustiado su amigo, le exhortó á que no se desanimase, y á que consagrarse los talentos que el Señor le habia dado en defender la santidad del estado monástico, y en desengañar al mundo de las preocupaciones que habia concebido contra los que la profesaban, prometiéndole que propagaria por todas partes copias de su obra, á fin de contribuir por su parte á ilustrar las inteligencias.

El Santo no se atrevió en un principio á hacerlo, ya fuese por modestia, ya por el temor de proporcionar á los paganos nuevos motivos para insultar á la Iglesia, pues no podia escribir contra estas vejaciones sin descubrir á sus ojos los excesos de los malos cristianos. Pero le aseguro su amigo que todo cuanto dijese lo sabian muy bién los paganos, que veian á todas horas los crímenes cometidos por los cristianos. Así es que puso manos á la obra, y compuso su excelente apología del estado monástico.

Dividese esta obra en tres libros. En el primero, despues de detallar los motivos que le impulsaron á escribirla, dice que no lo hace tanto en defensa de los monjes, como en beneficio de los que los ultrajan : que

los primeros, lejos de perder en esta persecución, ganaban mucho con su paciencia, que aumentaria sus merecimientos y multiplicaria sus coronas; mientras que los que los perseguian volvian sus espadas contra sí mismos, y trabajaban por su perdición eterna: que esto era lo que principalmente le habia movido á escribir: pues siendo todos miembros de un mismo cuerpo, y debiendo interesarnos los unos por los otros, era muy doloroso ver que, mientras los solitarios perseguidos por el nombre de Jesucristo se hacian más agradables á sus ojos y más dignos de sus recompensas, los otros se obstinaban en maltratarles, corriendo así á su perdición eterna.

Prueba en seguida el Santo dos puntos. El primero es el grande crimen de que se hacian responsables los que con tanto odio y temeridad perseguian á los solitarios, y los castigos á que se hacian acreedores. El segundo es la dificultad que hay de salvarse en el mundo, dificultad que es la que ha obligado á los monjes á retirarse de él y á buscar le seguridad de sus almas en el retiro. En el primer punto, compara á los que ultrajan á los santos monjes con aquellos pueblos crueles que vinieron á atacar á los israelitas que volvieron de la cautividad de Babilonia, para impedirles que levantasen el templo, en lugar de compadecerles por los sufrimientos que habian suportado en tan dura y larga cautividad, y añade que son más inhumanos que estos y más culpables en la presencia de Dios, puesto que se oponen á la construcción del templo espiritual que los solitarios elevan en su honor, y que le dá más gloria que el templo material de los israelitas. Los compara también á los judíos, que, despues de haber crucificado á Jesucristo, quisieron perseguirle en la persona de sus discipulos. Los compara al propio tiempo al emperador Nerón, príncipe tan detestado por sus vergonzosas pasiones, como por sus

inauditas crueldades, que, viendo que san Pablo habia ganado para Jesucristo á una mujer víctima de sus desórdenes, le trató de malvado, de corruptor y de seductor, aprisionándole y condenándole á muerte.

Demuestra despues como Dios, justo vengador de la inocencia, ha castigado siempre á los que la han oprimido. En seguida refiere lo que el historiador Josefo, contemporáneo y testigo ocular, escribió sobre los males con que Dios castigó á los judios en el cerco puesto por Tito á Jerusalem. Prosigue formando un paralelo entre Nerón y san Pablo, haciendo notar que este emperador no ha dejado más que un recuerdo odioso, y que fué precipitado á las tinieblas exteriores para sufrir un tormento eterno; miéntras que san Pablo, respetado en todo el mundo, asienta en un trono celestial, cuya magnificencia se halla sobre todas las grandezas del mundo. San Juan Crisóstomo expone todas estas materias con esa elocuencia viva, vehemente y enérgica, que impresiona, admira y convence.

Pasando despues al segundo punto, que se refiere á los peligros á que se está expuesto en el mundo, y sobre todo en la ciudad de Antioquía, combate un pretexto que se aduce con frecuencia, y dice: » ¿ Y que ¿ direis, los que viven en el mundo ¿ no pueden escapar á los suplicios que Dios ha preparado para los pecadores, si se conducen bién, si cumplen los deberes de su estado, y evitan caer en los crímenes, por los cuales se merecen? ; Ah! plugiese á Dios que así fuese, y que se guardasen en el mundo los preceptos divinos! Entónces no serian necesarios los monasterios. Esto es lo que yo desearia con más ardor que los que así hablan. Así lo pido á Dios. Pero no sucede así desgracidamente: pues léjos de guardarse las leyes tan sabiamente establecidas, léjos de encontrarse en el mundo la rectitud y la probidad, se halla éste lleno de crímenes é iniquidades; mién-

tras que el desierto produce en abundancia frutos de sabiduría. De donde es preciso concluir que los que dejan el desorden y el tumulto de las ciudades para retirarse al desierto, como à puerto de paz y de tranquilidad, son más dignos de alabanza que de ser tratados como culpables. No es contra estos contra los que debéis levantaros, como haceis, sino contra los que con su ejemplo han hecho tan difícil en las ciudades la práctica de la virtud que parece no puede adquirirse sino refugiándose en los desiertos.

Decidme : ¿ qué pensaríais de un hombre, que, viendo que un incendiario habia puesto durante la noche fuego en una casa habitada por mucha gente, se apresurase á despertar á sus moradores para que se libren de las llamas ? ¿ encontrareis esta acción buena ó mala ? ¿ la preferireis á la del malvado que puso el fuego ? Decidme aún : si uno viese una ciudad oprimida por un tirano con la más grande violencia, ó entregada á guerras intestinas, y aconsejase á sus amigos que se retirasen, é enterviniese en su favor, ¿ mereceria ser más injuriado que el tirano, ó que los que causaron la sedición ? ¿ Creéis que las cosas se hallen hoy en mejor estado, que estarian bajo un tirano ó en medio de sediciosos ? Os engañais : están en un estado mucho mas deplorable. No es un hombre el que causa estos males, es el demonio mismo, que, armado de toda su malicia, más terrible aún que la de los más crueles tiranos, declara la guerra á las almas, y las amenaza con todos los males imaginables. ¿ Hay alguno que pueda compararse con este desbordamiento de crímenes que inundan las ciudades ? No se contenta con despojar á las almas de los ornamentos de la virtud, sino que las precipita en el abismo de todos los vicios, y las desfigura horriblemente. ¡ Qué tiránica es su dominación ! ¡ qué dura es esta esclavitud ! ¿ qué guerra, por detestable que sea, que naufragio, que hambre, que peste puede compararse con



este conjunto de males? ¿quién que no tenga un corazón más insensible que el de los brutos y más duro que el hierro ó el pedernal, no se impresionará y dejará de trabajar por la salvación de las almas? Si esto es verdad relativamente á los que no se mueven á preservar á las almas de estos males, ¿cuán culpables no serán los perseguidores de los que se exponen al peligro para arrancar á estas almas del yugo del demonio, dispuesto á devorarlas? »

Pero me direis que quiero establecer como una ley la necesidad de desertar de las ciudades para habitar en las montañas, como si nadie pudiese salvarse más que en éstas. Ya he respondido, que yo desearia con todo mi corazón que se viviese en las ciudades de modo que, léjos de ser preciso retirarse de ellas para buscar en la soledad la santificación, debiera dejarse la soledad para encontrar en las ciudades un refugio para la virtud. Pero sucede todo lo contrario, y sin entrar en debate, bastan para demostrarlo las palabras de Jesucristo: pues por impios que seais, no os atreveréis á despreciar las lecciones de este Maestro celestial que ha de ser también vuestro Juez. Nos dice pues, que *angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos son los que atinan con él* <sup>1</sup>. Unos, efectivamente, empiezan á entrar por el, pero se detienen en seguida: otros no llegan más que á la mitad, y otros próximos á llegar á su término, naufragan como suele decirse en el puerto.

Decia también el mismo Jesucristo que *son muchos los llamados y pocos los escogidos* <sup>2</sup>. ¿Porque así? porque en las ciudades hay muchos pecadores, de quienes apenas se hace caso, y que no dejan de hacernos culpables de muerte eterna: tales son los que profieren injurias, los que dirigen miradas lascivas los que hacen juramentos falsos y los

<sup>1</sup> Mat. vii, 14.

<sup>2</sup> Mat. xx, 15.

que se dejan llevar del odio y de la avaricia : pues los que son culpables de estos crímenes se separan de Jesucristo, y por consiguiente, pierden su salvación.

¿ Se dirá que es un consuelo el que sean muchos los que se entreguen à estos desórdenes, y el que muchos conpiren à la misma obcecación? He aquí un motivo de consuelo, bién deplorable por cierto : pues no seremos ménos criminales ni ménos dignos de castigo, porque otros caigan en los mismos desórdenes que nosotros. Pero sí los criminales de que acabo de hablar son castigados con penas eternas, con otras aún mas severas, si posible es, lo serán otros crímenes mayores. Si el jurar falsamente es un acto diabólico, ¿ cuanto peor no es la disposición de los que no temen perjurar : ? Si el recuerdo y el resentimiento de las injurias es un grande mal, ¿ qué deberemos pensar de la venganza ? Si el que trata de necio à su prójimo se hace digno del infierno, ¿ qué deberán esperar los que cargan de injurias y cubren de oprobios à los justos que no les han hecho ningún mal? Sin hablar de otros crímenes, ¿ hay alguno que pueda igualarse al que me ha dado motivo para escribir estas líneas ? Si es un grande mal no preservarse del pecado, si el caer en él sin remordimiento debe considerarse como un exceso de la depravación del corazon, ¿ que suplicios no merecerán los legisladores de la iniquidad, que ultrajan à los que no hacen otra cosa que dar lecciones de justicia y de virtud, y los que hacen caer sobre estos la pena debida à los imitadores de sus crímenes ? »

En el segundo libro se dirige san Juan Crisóstomo à un padre pagano, cuyo hijo supone que se ha hecho cristiano, y que ha abrazado el estado monástico, pretendiendo justificar à este hijo. Semejante asunto es muy difícil de tratar, y se necesita nada ménos que la elocuencia de este santo Doctor para persuadir à un ídólatra. Despues

de hacer constar que los padres no se hallan siempre en disposición de conocer por sus propias luces lo que conviene á sus hijos, puesto que, para instruirlos, les dan preceptores, y cuando se trata de enseñarles el camino que deben seguir en el mundo, procuran que se aconsejen de otros más hábiles que ellos, despues, digo, de hacer esta observación general, entra de lleno en el asunto que se propone, y supone al padre pagano, á quién dirige su razonamiento, en las condiciones más favorables para justificar á los ojos del mundo el dolor que le ha causado la resolución de su hijo. Imaginemos, dice, un pagano que al esplendor de su nobleza une grandes bienes y una brillante posición social. Démosle el rango más brillante en su ciudad, ricas posesiones y tesoros acumulados. Añadamos que no tiene más que un solo hijo, y que no puede esperar tener otro. Supongamos también que este hijo se halla dotado de todas las cualidades de alma y cuerpo que puedan desearse, y que abrigue la esperanza de verle llegar un día á las más altas dignidades y á los puestos más honrosos, y hasta eclipsar las glorias de sus antepasados.

Pero sucede que, hallándose este jóven en tan alto grado de prosperidad, oye un dia hablar de la filosofía cristiana, se siente impresionado por ella, y se resuelve á abandonar el mundo en que tanto podria brillar, para abrazar la vida religiosa. ¿ Qué mudanza se obra entónces en él ? Toma un hábito grosero : deja la ciudad para retirarse á una montaña : se ocupa en cavar la tierra, en plantar árboles, en llevar agua y otros trabajos propios de monjes. Camina á pié, se acuesta sobre la dura tierra, se debilita su cuerpo, pierde el color de su rostro, y se queda pálido y macilento. Por último, este jóven, que se hallaba rodeado de placeres, que daba tan halagüeñas esperanzas, y que podia adquirir tanta gloria, se halla

en un estado más humilde en la apariencia que los criados que ántes le servián. Todo esto es más que suficiente para que este padre se llene de aversión contra los que le han inducido á separarle de él, y á dejar todas las pretensiones del siglo para abrazar el estado monástico.

Bajo el punto de vista en que este padre mira la cuestión, tiene poderosos motivos para que se halle apenado su corazon, y para derramar lágrimas amargas, considerando que con la resolución de este hijo se han frustrado todas sus más lisonjeras esperanzas. Añadamos á su llanto la desesperación, y supongamos, que, no pudiendo soportarla, amenaza con destruir las casas de los religiosos, con quemar sus campos, y destruir todo lo que á ellos pertenece, y que en el colmo de su aflixión protesta que se le hace odiosa la vida, y que no puede soportar la idea de ver á su hijo vestido con el hábito religioso : idea que, dominando su razón, le hace entregarse á los trasportes de la ira. »

« No deja, continúa el Santo, de clamar contra los monjes que le han arrebatado á su hijo : se desata en inyectivas é injurias contra ellos : los trata de impostores, de detestables y execrables seductores, y de gentes capaces de todos los crímenes. Pero nosotros, en cambio, no le deseamos mal alguno, aún cuando fuesen mayores sus injurias : nos contentamos con compadecer su obcecación. »

Desciende, por último, el Santo á las razones que justifican la conducta de este hijo, y prueba tres cosas : Primera, que el estado que ha abrazado le hace mas feliz : Segunda, que es más digno de honor : Tercera, que es mucho más ventajoso para su afligido padre.

« Antes de entrar en materia, dice, ruego á los que quieran ser jueces en esta materia, que no se dejen impresionar por las lágrimas de este padre desolado, y que no pronuncien su sentencia ántes de oír mis razones. Se

trata, en primer lugar, de un jóven que ha renunciado grandes riquezas para abrazar la pobreza religiosa, de lo cual quiere hacérsele un crimen. Pero dígaseme : ¿ quien es más feliz, el que sufre una sed abrasadora é insaciable, ó el que no tiene ninguna sed ? ¿ Quién es más digno de envidia, el que, entregado á la pasión insensata del amor profano, no puede satisfacerla enteramente, ó el que se halla libre de esta loca pasión ? ¿ No puede decirse otro tanto de las riquezas ? ¿ Quién ignora que miéntras más abundantes son éstas, mas se desean ? ¿ Quién no sabe que el corazón humano es insaciable ? Luego se libra de un gran tormento el que renuncia á ellas, y considera como herencia la pobreza religiosa, con la cual nada desea. No, me dirá este padre afligido, mi hijo está demasiado bién para no desear nada : se halla satisfecho con lo que tiene, y le suponeis una ambición que no existe. Pues esto és precisamente lo que yo niego, y no se conoce el corazón humano, cuando se piensa de otro modo. El pretender que sea de otra manera es ir contra la naturaleza de las riquezas, las cuales, en vez de llenar los deseos del hombre, no hacen otra cosa que exacerbarlos. Quiero conceder, sin embargo, que este jóven, satisfecho con lo que posee, modere sus deseos ; pero para conservar estos bienes necesita desvelos y cuidados, que no pueden ménos de preocuparle, de inquietarle y de agitar su corazón. ¿ Negareis esto, que demuestra la experiencia ? Aún quiero conceder más ; aún quiero suponer que estos cuidados no sean molestos ; pero ¿ quién podrá garantizarlos de la envidia, de la calumnia y tramas á que se hallan expuestos los que se ven halagados por la prosperidad ? »

« Pues bién, yo sostengo que un solitario que ha renunciado á las riquezas se halla exento de los déseos que éstas excitan, de los cuidados que causan, y de las envidias que producen : que gusta en su pobreza voluntaria de un

reposo y de una tranquilidad de espíritu, de que carecen los que gozan de los bienes de fortuna. Por esta razón es mucho más venturoso que estos, á no ser que se diga que es preferible una sed insaciable á estar satisfecho, y que es mejor estar fatigado por el peso de las riquezas, que estar tranquilo y libre de toda solicitud. »

« Pero yo añado á estas razones, que vuestro hijo, en la pobreza que ha abrazado, es mucho más rico y poderoso que vos, ¿ porqué, pues, habeis de continuar lamentándoos ? Y esto, sin hablar de los bienes celestiales á que él aspira, y que le están prometidos despues de esta vida miserable ; bienes en que vos, como pagano, no creéis. Pero aún tratándose de los de este mundo, hay otra razón muy poderosa para demostrar que vuestro hijo es mucho más rico que vos. En efecto, con todos vuestros bienes y todo vuestro crédito no podeis disponer de los bienes de otros ; mientras que vuestro hijo con solo manifestar á alguna persona piadosa que necesita alguna suma para sí ó para alguna obra de caridad, la tendrá en su poder, y la persona á quién se haya dirigido se considerará favorecida con poder contribuir á la buena obra. ¿ Podeis vos, con toda vuestra opulencia, gloriaros del mismo crédito ? ¿ Con cuantos ejemplos no sólo de la sagrada Escritura sino hasta de la experiencia de todos los dias, no podria yo probaros la verdad de lo que digo ? Pero puesto que sois idólatra, los tomaré de vuestra misma falsa religión, citándoos algunos filósofos paganos. Escuchad como, segun Platón, habla Critón á Sócrates : Todos mis bienes están á vuestra disposición, y ya sabeis que son considerables. No temais ser molesto ni á mí ni á nadie, ni os priveis de cosa alguna por esta consideración. En cualquier lugar en que os halleis, al partir de aquí, no os faltará cosa alguna : en todas partes sereis querido y estimado. Aunque vayais á Tesalia, tengo allí amigos en gran número que os guar-

darán toda clase de consideraciones, y que procurarán que nada os falte. »

« Ved aquí, continua san Juan Crisóstomo, una opulencia mucho más grande que la vuestra, y un crédito superior al vuestro. Os he referido este ejemplo, por que sois hombre de mundo, y seguís sus máximas. Si yo quisiera exponeros todas las riquezas que posee vuestro hijo en su pobreza voluntaria, es indudable que no me comprenderiais. Son de tal naturaleza, que su valor sólomente puede apreciarse por la experiencia : si fuera posible que hiciéseis otro tanto, comprenderiais que no es una vana locura lo que yo glorifico. Pero reconoced otra gran diferencia que hay entre vos y los solitarios : si alguno, sin quitaros los bienes que poseeis, os ofreciese los que dan las virtudes, no los rehusariais, por que, aunque pagano, estimais el tesoro de las virtudes. Pues bién, los solitarios que poseen estos bienes, conociendo por la experiencia todo su valor, no hacen caso alguno de las riquezas temporales. Para haceros más sensible esta verdad, me valdré del ejemplo de un filósofo pagano. ¿ Cuanto dinero no hubiese dado Alejandro á Diógenes, si éste hubiera querido aceptarlo ? Contento con sus virtudes filosóficas, lo rehusó generosamente. »

« Amplifiquemos aún más este razonamiento. ¿ Quereis conocer cuanta es vuestra pobreza en medio de vuestra opulencia, y cuales son las riquezas de vuestro hijo en la aparente pobreza que tanto os espanta ? Id al desierto : quitadle el tosco zayal que lo cubre, y que es todo lo que tiene : hacedle salir de su pequeña celda y demolédsele. ¿ Qué os dirá ? ¿ qué hará ? Léjos de indignarse con vos, lo sufrirá con dulzura, y hasta os dará las gracias por haberle proporcionado ocasión de adelantar con su paciencia en la santa filosofía de que hace profesión. Aún cuando le obligaseis á variar de lugar y á retirarse á otro paraje, no por

eso perderá su tranquilidad : por que en cualquier rincón de la tierra encuentra á Dios, y su patria es el cielo, en el cual cifra sus esperanzas y sus deseos. Así es que nada de este mundo apetece : de nada necesita : posee todo lo que anhela poseer. Toda la tierra es suya, porque es de todos los países, y á ninguno pertenece. En todas partes encuentra su alimento, porque se contenta con yerbas y raíces, que en todas partes produce la tierra. Nada le pueden quitar, por que no posee ni campos, ni casas, ni tesoros. Por esta razón se siente más tranquilo, más feliz, más poderoso y más rico que todos los emperadores y potentados del mundo. El estado de estos sobre su trono y en el esplendor de toda su gloria no es comparable con la felicidad de que disfruta. Por el contrario, si á vos os quitan alguna cosa, si teneis alguna pérdida en vuestros campos, si se os obliga á dejar vuestra patria, si se os despoja de vuestros bienes, ¡ cuanto dolor ! ¡ cuantas lamentaciones ! ¡ cuanta amargura ! ¡ cuanta miseria, ! ¡ cuanta desesperación !

« Ocupémonos ahora en lo que á la salud corporal se refiere. Pensais que vuestro hijo vá á perder la suya con la aspereza de vida que ha abrazado, y que la que llevais vos en medio de la abundancia y de las delicias es más propia para conservarla. Veámoslo, y respondedme con sinceridad ¿ Creeis que el que se aplica á la práctica de la virtud, y gusta sus delicias en el desierto tiene ménos vigor que los que viven en la molicie ? Sucédele como á las bestias salvajes, que son tanto más sanas y robustas, cuanto más viven en la tierra, en medio de los prados ó á las orillas de un arroyuelo de agua cristalina y clara, respirando siempre un aire puro y vivificador ; miéntras que los que viven en medio de las delicias se cargan de malos humores y contraen con frecuencia dolorosas enfermedades : pues encerrados en sus casas, por más que éstas sean de mármol



y adornadas con muebles de esquisito gusto, no respiran el aire puro y saludable que es propio de los solitarios en el desierto. Y lo que prueba hasta la evidencia la verdad que sostengo, es que vos mismo procurais formar en vuestros soberbios palacios una especie de desierto en que plantais árboles y jardines, que os sirvan de distracción en los cuidados que os proporcionan vuestras riquezas. Por último, jamás podreis encontrar en vuestras casas, por acomodadas que sean, el gratísimo placer que proporcionan los árboles, los pajarillos, los vallados, las praderas y las flores de que goza el solitario en su apacible retiro. »

« Me resta aún demostrar que el estado de este solitario es mucho más honroso que el vuestro, y para ello no quiero emplear otras pruebas, que las que sean conformes con vuestro estado de pagano. Decidme : ¿ quién ha alcanzado más honor en el mundo, Platón ó Dionisio el Tirano ? ¿ Sócrates ó Arquelao ? Estos filósofos llevaban una vida sencilla, tenían unos vestidos groseros y una mesa en extremo frugal, Platón cultivaba un jardín : Sócrates iba descalzo, y sólomente comia pan, y Diógenes iba cubierto de andrajos. Los otros, por el contrario, poseian grandes riquezas, imponian su voluntad á muchas provincias, iban siempre acompañados de numeroso cortejo ; vestian con lujo deslumbrador, y nadaban en los placeres y en la abundancia. Sin embargo, ¿ cuanto mayor no es la reputación y la gloria de aquellos filósofos ? Tan cierto es que ni las diademas, ni los tesoros, ni la autoridad sobre los demás constituyen la verdadera gloria de los hombres, sino sólo y exclusivamente la virtud, que elevó á estos filósofos sobre los reyes y potentados del mundo. »

« Toda esta gloria, me direis, me importa muy poco : yo no ambiciono para mi hijo más que los honores y el poder. ¿ Es esto lo que exigís ? Pues precisamente los que han alabado á estos filósofos no han hecho otra cosa que

tributarles grandes honores. Pero puesto que aspirais al mismo tiempo al poder, voy á demostraros que vuestro hijo posee uno que es superior á todos cuantos pudiérais desear. Ya midais la grandeza del poder por los medios de vengarse de los enemigos, por los de hacer algún bién á los demás, ó por los de hacerse invulnerables en los combates, poder que no tienen ní aún los mismos reyes, el de vuestro hijo es mucho más grande. No desconocereis, efectivamente, que colocarse en una situación en que nadie, por grande que sea su poder, pueda dañarnos, es el más grande poder á que puede llegar el hombre. Pues éste es precisamente el poder del solitario. ¿ Como podrá dañarse al que, hallándose separado de los demás hombres, nada tiene que ver con ellos ? No tiene dineros, ni casa, ni campo, ni posesiones, que son el manantial ordinario de los pleitos, de las disputas y de las envidias entre los hombres. Pero supongamos que alguno conciba la mala voluntad de dañarle : ¿ como podrá ejecutarlo ? ¿ Le quitará el dinero ? Carece de él. ¿ Le desterrará ? No tiene patria. ¿ Le deshonrará ? Ha renunciado al honor y á la gloria del mundo. No le queda, pues, otro medio que quitarle la vida. Pero la muerte es para él un beneficio y una ganancia, pues que pone fin á sus trabajos, y corona sus esperanzas haciéndole entrar en la vida de la bienaventuranza.

Os manifestaré, por último, en él algo más admirable y digno de la sublime filosofía. Ya se le cargue de injurias, ya se le maltrate, ya se le encierre en una prisión, podrá con todo esto hacérsele sufrir en su cuerpo ; pero su alma permanece tranquila. Y lo que es aún más grande y heroico, no sólomente no concibe ningún sentimiento de odio contra los que así le tratan, sino que los ama y considera como bienhechores, que le proporcionan un medio de merecer la corona inmortal de la gloria. ¿ Padriais procurarle un beneficio igual, aún cuando le dieseis el imperio sobre

todo el mundo y una vida de millares de años? ¿ qué rango, qué dignidad, que proeminencia puede compararse á la grandeza y generosidad de este solitario? ¡ Cuantos de los que buscan los placeres del mundo, desearian tener la tranquilidad de su alma !

Pero hé aquí otro poder que tiene vuestro hijo, y que vos nunca poseereis. No hablo del ascendiente que pueda tener sobre otros, moviéndoles á renunciar al mundo y á abrazar su estado, lo cual supone un gran poder sobre los espíritus. Se trata de hablar al rey y de hacerle algunas advertencias ¿ Sereis vos quién á ello se atreva? Vos pertenecéis al número de sus cortesanos y servidores, y nunca podreis pasar de este rango ; pero este mismo rey mirará al solitario como á un padre digno de veneración y respeto por sus virtudes. Que se halle álguien en una gran aflixión ; por ejemplo, que un padre se halle angustiado por la pérdida de su hijo, ¿ acudirá á vos ni aún al rey para encontrar consuelo? No, vendrá al desierto en busca de vuestro hijo, que ha renunciado á las riquezas y á los placeres para abrazar la pobreza y la penitencia, escuchará con atención piadosa sus palabras, y volverá á su casa mucho más consolado, que si vos, que nada teneis que sufrir y que gozais de la prosperidad del mundo, hubieseis intentado mitigar su dolor. »

Despues de este largo razonamiento, pasa san Juan Crisóstomo al tercer punto, y para persuadir á este padre afligido que está en su interés personal el consolarse por la resolución de su hijo, le dice : « Fijémonos en vuestro propio interes personal. Jamás un hijo guardará tanto respeto, tanta consideración y tanto amor á su padre, como os profesa el vuestro en el estado que ha abrazado. Porque si tiene obligación de ser dulce, afable y bueno para con todo el mundo, ¿ cuanto más no la tendrá de serlo para con su padre? Si, según vuestros deseos, hubiese permanecido

en el mundo y hubiese sido elevado á los cargos públicos y á las dignidades, tal vez hubiera olvidado muy pronto vuestros sacrificios, y quizás os despreciaría y desearía vuestra muerte para entrar más pronto en posesión de vuestros bienes. Pero en su estado de monje piensa de muy distinta manera, y no tengais duda de que se halla dispuesto á sacrificarlo todo por vos, salva la ley de Dios, y hasta á dar su propia vida por conservar la vuestra. »

Concluyamos de todo lo dicho : habiendo abrazado vuestro hijo la vida monástica, se ha hecho más célebre, más rico, más generoso y más poderoso que en cualquier otro estado, y podemos añadir que, en este estado feliz y dichoso, es mucho más respetuoso y amoroso para con vos, que lo hubiera sido en el siglo. Yo os ruego, que despues de lo manifestado, me digais ¿ porqué os quejais ? ¿ qué razón teneis para lamentaros ? ¿ es porque temeis que muera en la guerra, ó que incurra en la desgracia del emperador, ó que sea víctima de la envidia de los cortesanos ? ¿ No hay padres que continuamente sienten que sobrevengan estas desgracias á sus hijos ? Es verdad que los honores del mundo tienen alguna cosa lisonjera ; pero ¡ cuán poco duran, y cuán amargos son estos honores ! Pasan veinte, treinta... sesenta años ¿ qué queda de todos ellos ? todos se han desvanecido cual el humo, cual una sombra. Pero la gloria del solitario es muy diferente : no concluye con esta vida : sigue esplendorosa despues de la muerte, y nadie puede arrebatarla, porque no la ha recibido de los hombres, sino de la virtud que practica. Como vos no aspirais más que á esta grandeza pasejera, deseais ver á vuestro hijo ricamente vestido, recostado en vistoso carruaje arrastrado por briosos caballos, y seguido de una escolta de criados, de parásitos y de aduladores. ¿ Porque deseais verle así ? ¿ Creéis que estaria más contento ? Pero no quiero que me creais á mí : preguntad á

vuestro hijo, y vereis cuán poco caso hace de todas estas cosas y de todas estas veleidades del mundo, hasta el punto que preferiria la muerte ántes que entregarse á estos necios placeres y á estos goces funestos. Pero lo que debe haceros conocer que pienso en esto muy sabiamente, es que estas frívolas satisfacciones de que deseais que gozase, no satisfacen más que en cierta edad, despues de la cual ya no se sabe á que entregarse, ya por que la vejez hace conocer su vanidad, ó ya porque las enfermedades propias de la edad avanzada impiden sacar placer de ellas; miéntras que las delicias que la virtud hace gustar á los solitarios no cesan en todo el tiempo de la vida, ántes bién son cada vez más vivas, más dulces y más tranquilizadoras.

Sé muy bién que no faltarán algunos padres, cuyos hijos viven con el mayor fasto y esplendor, y que os echarán en cara el partido tomado por el vuestro. Pero de estas mofas no debeis hacer caso sino despreciarlas: pues no debemos considerar si se mofan de nosotros, sino si lo merecemos, y en este caso debemos condenarnos á nosotros mismos. Pero si no lo hemos merecido, lejos de sentirnos molestados, debemos considerarnos felices y mirar á los que nos motejan como dignos de lástima por la sinrazón con que se mofan de los que son dignos de alabanza. En efecto, si en vez de escuchar los juicios de la ignorancia y de la preocupación, consultais la razón, vereis que comparando la conducta de vuestro hijo con la de los suyos, resulta que ellos son unos viles esclavos. Vos no lo veis así á causa de los errores que os fascinan, pero si quisieseis entrar en un serio exámen de estas cosas, ó escuchar lo que os dijese vuestro hijo, pensariais de un modo muy distinto. Os hablo por experiencia. »

« Yo tuve un amigo y compañero, cuyo padre era muy rico y tenido en gran consideración, pero, como vos, era

pagano. Este hijo se hizo cristiano, y abrazó la vida monástica. Su padre, en extremo irritado, se valió de la autoridad de los gobernadores, le amenazó con la cárcel, preparó cadenas, le desheredó y no quiso que permaneciese en el país, esperando que la miseria le obligaría á dejar el estado religioso, y á volver al mundo. Pero viéndole inflexible en su resolución, le dejó tranquilo.

En el dia todo su malestar se ha convertido en ventura : se siente tan honrado con la virtud de su hijo, que le respeta y estima cual si fuese su padre, y aún cuando tiene muchos hijos que se distinguen en el mundo por su posición social, dice que no son dignos de ser esclavos de éste, á quién considera como el ornato de su familia. Si pues dejais en libertad á vuestro hijo, para que, siguiendo su vocación, profese la vida monástica, no pasará un año sin que experimenteis la verdad de lo que digo : pues en este estado se adelanta con tanto ardor en la práctica de la virtud, que en poco tiempo se llega á la santidad, y entónces aplaudireis la elección de vuestro hijo, y tal vez concibais deseos de imitarle. »

En el tercer libro se dirige el Santo á un padre cristiano, á quién supone no ménos afligido de que su hijo haya abandonado el mundo para hacerse monje, y que hace todos los esfuerzos que están á su alcance para impedirlo. Reduce esta materia á tres puntos. En el primero demuestra con muchos parajes sacados de la sagrada Escritura la injusticia con que procede este padre. En el segundo justifica la resolución de este hijo por los crímenes que se cometen en Antioquía, á los cuales se opone el estado santo y bienaventurado de los solitarios. En el tercero refuta los pretextos con que los padres pretenden justificar la oposición que hacen á la vocación de sus hijos.

San Grisóstomo procede, según su costumbre, por grados, tomando siempre sus argumentos de principios

generales, de los que deduce lo que quiere persuadir, de modo que, siendo incontestables los principios, preciso es que también lo sean las consecuencias que deduce. Hace constar en primer término que en el día del juicio debemos dar cuenta á Jesucristo de todas nuestras obras, y hace una vivísima pintura de este juicio. Observa que en la discusión que se hará de las obras de cada uno de los hombres, no se olvidará la ley de la caridad: que si nuestro prójimo ha tenido la desgracia de perderse por nuestra causa, esta pérdida ocasionará la nuestra. Distingue despues muchos grados de crueldad é inhumanidad. El primero, cuando no se ayuda á levantar la bestia de nuestro enemigo, ó una vez extraviada, no se la pone en camino, como ordena Dios en la ley dada á los judios <sup>1</sup>. El segundo, cuando se rehusa este bién al mismo enemigo, lo que es un mal mucho más grave <sup>2</sup>. El tercero, cuando se rehusa este beneficio á algún pariente, aunque no se conozca. El cuarto, cuando se rehusa no sólomente al cuerpo, sino al alma del prójimo. El quinto, cuando se rehusa á los amigos. El sexto, cuando se rehusa á los propios hijos. El séptimo, cuando se descuida la educación de estos, confiándola á otras personas. El octavo, cuando se aleja á los que se prestan á este servicio, y el noveno, cuando á estos se les persigue y maltrata. De modo que, si según la ley, los que son culpables del primero, segundo y tercer pecado, han de ser castigados muy severamente, ¿qué suplicio no merecerán los culpables del octavo, noveno y otros no ménos considerables? Si eran culpables en la ley de Moisés, ¿cuanto más no lo serán en la de Jesucristo, en que son más abundantes las luces y las gracias?

Demuestra despues cuán severo será el juicio de Dios con los padres que descuidan la salvación de sus hijos,

<sup>1</sup> Exod. xxiii, 4.

<sup>2</sup> Deut. xxiii, 3.

para lo cual se vale del ejemplo del sacerdote Helí, que fué castigado tan severamente, por más que por otra parte tuviese muchos méritos y hubiese gobernado muy bien á su pueblo. Otro tanto acaecerá á los padres que imitan su ejemplo. A esto deben atribuirse las desgracias que les sobrevienen, pues unos son castigados con muertes repentinas, otros pierden á sus hijos con muertes trágicas, y aunque así no suceda, porque no todos los crímenes los castiga Dios en esta vida, queda reservado para la otra el castigo, que será mucho más terrible.

« Dios ordena expresamente, dice, que los padres instruyan á sus hijos. En la ley de Moisés se manda que les enseñen por que se ha establecido tal á cual fiesta, tal ó cual ceremonia. Al mismo tiempo manda á los hijos que escuchen á sus padres con docilidad, que los respeten y les guarden las consideraciones que exige el reconocimiento, y establece penas para los que quebrantan esta ley. »

« San Pablo demuestra en sus Epístolas la misma obligación ; de modo que nadie puede alegar excusa : porque si fuésemos naturalmente viciosos, se podría pretextar que, siendo el mal necesario, era imposible curarlo. Pero si por nuestra propia elección somos buenos ó malos, ¿ qué pretexto podrá aducir un padre de que se pervierta un hijo á quién ama tiernamente ? ¿ Se dirá que no quiere su bien ? Imposible es imaginarlo siquiera. ¿ Se dirá que no puede ? Tampoco ; porque es muy difícil que no sea bueno un hijo á quién se tiene constantemente á la vista, y á quién á todas horas se dan buenas instrucciones y ejemplos. »

« Si, pues, se pervierten los hijos, no acusemos de ello más que á los padres que no les inspiran de ordinario más que el amor de las cosas presentes, separando sus corazones de las de la otra vida. Sólomente les hablan de riquezas y de gloria, y ¿ qué sucede ? Lejos de darles la educación de buenos padres, son más bien sus parricidas ; pues



si bién no matan el cuerpo, pero dan muerte el alma de sus hijos, y no es ménos cruel el corromper con malas lecciones el corazón de estos, que el herirles con un puñal á darles mortífero veneno. »

« Si esto es cierto, se me dirá, somos culpables del más negro de los crímenes todos los que habitamos en las ciudades y tenemos hijos. No digo, responde san Juan Crisóstomo, no digo que todos lo sean ; pero sostengo que lo son la mayor parte, y los padres buenos son tan pocos y tan confundidos con la multitud, que apénas se les percibe. »

Hace de nuevo el Santo la enumeración de los desórdenes que reinaban en Antioquía, cuyo detalle es horrible, y añade que apénas hacen sensación los más grandes excesos : que no sólamente se muestra el crimen descaradamente, sino que con frecuencia se le aplaude, se le justifica, y se colora con el título de virtud, y que, por último, ha llegado el mal á tanto colmo, que no es respetado el pudor, y los pocos buenos cristianos que quedan se admiran de que el fuego del cielo, que consumó las ciudades de Sodoma y Gomorra, no caiga de nuevo para reducir á cenizas la ciudad de Antioquía.

En contraposición á estos crímenes expone san Juan Crisóstomo la vida enteramente celestial que llevan los solitarios en sus montañas, cual una nueva Jerusalem habitada por ángeles, en contraposición á la prostituta Babilonia. « ¿ Veis, dice, algo semejante en los solitarios ? Antes por el contrario, se hallan en su desierto, como en un puerto tranquilo y seguro, desde el cual ven las tempestades que se agitan en el mundo. Su conversación enteramente celestial, y la vida que llevan es más propia de ángeles que de hombres. Todos se consideran iguales : así es que no hay entre ellos quienes se enorgullecen de su propiedad, ni quienes giman bajo el peso de la adversi-

dad. Todos experimentan el mismo gozo, la misma paz, la misma tranquilidad. En los monasterios ninguno reprocha á otro su pobreza, ni ninguno se gloria de sus riquezas. *El mio y el tuyo*, origen fatal de tantos males y de tantas turbulencias, son enteramente desconocidos. Todo lo tienen en común, la mesa, la casa, el vestido, y lo que aún es más admirable, todos tienen un mismo espíritu, unos mismos sentimientos, la misma nobleza, la misma servidumbre, la misma libertad, las mismas y verdaderas riquezas, la misma única y verdadera gloria: porque estas cosas no deben consistir en los nombres arbitrarios que les dá el mundo, sino en la verdad y realidad. Todos tienen los mismos placeres, los mismos deseos, la misma voluntad, la misma esperanza. Todo se dispone entre ellos por una misma regla, que lo dirige todo con orden, con conveniencia, con discreción y con armonía perfecta, lo cual les hace vivir en el más maravilloso contentamiento. Todos participan de los mismos trabajos y de los mismos placeres. Se vé entre ellos lo que no se encuentra en ninguna otra parte, quiero decir, un desprecio general de las cosas de la tierra, lo cual aleja todo motivo de división y disputa, y todos tienen el mismo amor por las cosas del cielo. Si sobreviene algún motivo de gozo ó de desgracia, todos se regocijan ó afligen: de modo que hasta las penas son dulcificadas, porque se hallan repartidas entre muchos, y unos á otros se ayudan á sobrellevarlas. »

Dígame despues de esto, si no concluirían en el mundo todas las disensiones, si se observase una vida tan santa. Si no concluyen es por que se cometen multitud de crímenes opuestos á estas virtudes. Si alguno, viendo una lira bién templada, dijese que no podia formar armonía ni servir en un cuerpo de música, ó que una que tuviese las cuerdas rotas era muy buena, se diria de él que hablaba por envidia y que pensaba

ridículamente. ¿ No debe decirse otro tanto de los que dicen que la vida del mundo es preferible á la de los santos solitarios ? »

Combate despues san Juan Crisóstomo los pretextos, de que se valen algunos padres para retirar á sus hijos de la vida monástica, y los reduce á tres principales. El primero es que los padres quieren que sus hijos concluyan el curso de sus estudios, para dejarlos despues en libertad de seguir su vocación. El segundo es que los solitarios están mas expuestos á caer en el pecado que los gentes del siglo, por lo mismo que se han ligado con mayor número de obligaciones. El tercero es que seria conveniente conocer el mundo ántes de abandonarlo, y por lo tanto, que no deberian admitirse á la profesión religiosa sino personas de avanzada edad.

Al primer pretexto responde el Santo, que no es seguro que vivan los jóvenes hasta concluir sus estudios, pues que muchos mueren ántes : que si pudiese asegurarse que un joven habria de hacer grandes progresos lo mismo en las letras que en la verdadera sabiduría y en la pureza de costumbres, léjos de aconsejarle que dejase el mundo para retirarse al desierto, le separaría de este, y le llevaria á la ciudad para no privarla de un ciudadano tan útil. Pero sucede todo lo contrario : pues es muy deplorable que se limiten las escuelas á cultivar la inteligencia de los jóvenes, sin cuidarse de regular sus costumbres, y así es que durante sus estudios se pervierten de ordinario. No pretende que se supriman las escuelas públicas ; pero desea que al mismo tiempo que se instruye á los jóvenes en las letras humanas, no se les den lecciones contrarias á la piedad, ni se les haga pecadores con el pretexto de hacerlos sabios : pues, como hace notar muy oportunamente, si la elocuencia se halla en un mismo individuo juntamente con la depravación de

cuando debemos ponemos en defensa para no ser vencidos. Si entonces me aconsejaseis que, en lugar de combatir las, me entregase á ellas, ó las dejase en libertad, es como si me mandaseis que me dejase vencer. ¿ Podemos, por otra parte, detener ó suspender á nuestro albedrío el poder que tiene el demonio para tentarnos? ¿ Qué hay tan necio como exponer á un jóven á la furia de un enemigo tan poderoso? ¿ No es esto hacer que sucumba miserablemente? Cuanto uno es más jóven y sin experiencia, tantas más precauciones debe tomar. ¿ En donde encontrará medios más seguros y eficaces? ¿ En el mundo ó en el monasterio? Luego es más conveniente que abrace la vida religiosa en la juventud más bién que en la vejez: pues en este segundo caso tendria que llorar el gran número de pecados de que se hizo culpable en el mundo; miéntras que, entrando jóven en la religión, tiene menos faltas que expiar, y en vez de llorar sus defectos, tendrá el consuelo de trabajar desde la más tierna edad, de acrecentar sus merecimientos, de acumular victorias sobre victorias, y de adornar su cabeza con innumerables coronas.

---

## PARALELO ENTRE UN REY Y UN MONJE, POR SAN JUAN CRISOSTOMO

Despues de demostrar ampliamente san Juán Crisóstomo, como hemos visto en el capítulo precedente, la sinrazón con que impiden los padres que sus hijos abracen el estado monástico, y queriendo convencerles al mismo tiempo de que no le movia ninguna preocupación á exhortarles á que

bienes ajenos, ni jurar en vano, ni cometer otros crímenes, tampoco se permite á los que viven en el mundo. Jesucristo no ha dicho, no jureis, por que sois monjes; sino que á todos sin distinción alguna ha hecho la misma prohibición. Por último, no sólomente ha ordenado á los monjes el vivir bien, sino á todos los cristianos. Pero es preciso observar que los seculares caen con más frecuencia y mas gravemente que los monjes, y que estos encuentran en su estado ventajas de que aquellos carecen. Así es que el alma encuentra más dificultades en el mundo que en el estado monástico, y puede santificarse con más facilidad en éste que en el siglo. »

« En fin, nada hay tan necio como decir que, para hacerse monje, seria conveniente esperar á que llegase la edad madura, en que ya no hay pasiones que combatir. ¡ Ay! ¡ cuán frívolo es este pretexto! Se pretende que en una edad en que las pasiones se dejan sentir en toda su vehemencia, y en que es necesario, por consiguiente, prevenirse contra ellas, nos expongamos á todo cuanto puede excitarlas en el mundo y arrastrarnos con ellas, cuando entónces es precisamente cuando deben combatirse con más insistencia y con medios más eficaces, que fácilmente se encuentran en el estado religioso. Esto seria como si, cuando se acerca el enemigo, aconsejásemos á alguno que no se defendiese, ó se expusiese á sus golpes, con la esperanza de curarse despues que haya sido derrotado y herido. El combate contra las pasiones debe empezar desde la juventud, pues apénas tenemos diez años, y ya somos dignos de castigo si pecamos, como aparece claramente de los niños, que se atrevieron á burlarse del profeta Eliseo, y que fueron devorados por los osos. Es preciso, por lo tanto, que desde esta edad nos pongamos en guardia contra ellas, puesto que en la juventud es cuando nos atacan con más violencia. Entónces es

cuando debemos ponemos en defensa para no ser vencidos. Si entonces me aconsejaseis que, en lugar de combaírlas, me entregase á ellas, ó las dejase en libertad, es como si me mandaseis que me dejase vencer. ¿ Podemos, por otra parte, detener ó suspender á nuestro albedrío el poder que tiene el demonio para tentarnos? ¿ Qué hay tan necio como exponer á un jóven á la furia de un enemigo tan poderoso? ¿ No es esto hacer que sucumba miserablemente? Cuanto uno es más jóven y sin experiencia, tantas más precauciones debe tomar. ¿ En donde encontrará medios más seguros y eficaces? ¿ En el mundo ó en el monasterio? Luego es más conveniente que abrace la vida religiosa en la juventud más bién que en la vejez: pues en este segundo caso tendria que llorar el gran número de pecados de que se hizo culpable en el mundo; miéntras que, entrando jóven en la religión, tiene ménos faltas que expiar, y en vez de llorar sus defectos, tendrá el consuelo de trabajar desde la más tierna edad, de acrecentar sus merecimientos, de acumular victorias sobre victorias, y de adornar su cabeza con innumerables coronas.

---

## PARALELO ENTRE UN REY Y UN MONJE, POR SAN JUAN CRISOSTOMO

Despues de domostrar ampliamente san Juán Crisóstomo, como hemos visto en el capítulo precedente, la sinrazón con que impiden los padres que sus hijos abracen el estado monástico, y queriendo convencerles al mismo tiempo de que no le movia ninguna preocupación á exhortarles á que

no se opusiesen á su vocación, refiere á este propósito un hecho de que él mismo fué testigo, y que puede servir de mucha edificación.

Habia, dice, en Antioquía un jóven extranjero, que habia venido á aprender las letras griegas y latinas, y que iba siempre acompañado de su preceptor. Este era uno de los solitarios que viviam en nuestra montaña, y en una ocasión en que pude hablarle, le manifesté que me extrañaba que hubiese dejado la vida religiosa para dedicarse al profesorado. Vaciló al principio sobre lo que habria de contestarme; pero al poco tiempo me abrió su corazón, hablándome de este modo: Este niño que veis tiene un padre entregado exclusivamente á los negocios del mundo y que es además de un carácter violento é impetuoso. Su madre, por el contrario, es una señora muy afable y piadosa, que no busca sino los bienes celestiales. Como el padre es un hombre de guerra, y se ha distinguido siempre por acciones heróicas que le han merecido gran reputación tiene para con su hijo los mismos designios de ambición y de gloria. Pero su madre, con sentimientos muy diferentes deseaba que abrazase el estado monástico, y no se atrevió á hablar de ello á su padre, que, en vez de consentir, se apresuró á dedicarle á la profesión de las armas. En vista de ello esta piadosa mujer, que temia por la salud de su hijo, me mandó llamar para manifestarme un asunto de importancia. Desde luego me habló del proyecto que habia concebido por el bién espiritual de su hijo. Veis; me dijo, el riesgo que corre este niño, y sólo me queda un medio para asegurar su salvación, y es que os decidais á dejar vuestra soledad, y á constituiros en preceptor suyo: yo me encargo de decir á su padre, que, puesto que le destina á las armas, es preciso que ántes se le enseñen las letras humanas. Vos le llevareis léjos de este pais en donde separado de su padre y otros parientes, siga sólomente vuestros pre-

ceptos. De esta manera podreis fácilmente formarle en la virtud, y esta vá á vuestro lado tan bién como en un monasterio. Yo os pido que no me rehuséis esta gracia ; pues aunque sea muy grande, debéis considerar que me intereso por la salvación de mi hijo, á quién amo más que á mis propios ojos, y que de vos depende el que se halle á cubierto de la malicia del mundo. Pero si me rehusais este servicio tan importante, protestaré ante Dios, que es testigo de lo que digo, que he hecho todo lo que he podido para impedir la perdición de mi hijo, y que si éste llegara á perderse efectivamente, vos seriais responsable de ello en la presencia de Dios. Movidó por estas razones, que ella acompañaba con muchas lágrimas, me rendí á sus piadosos deseos, y me encargué de su hijo. »

« Llevó, pues, á este niño, añade san Juan Crisóstomo, á Antioquía, y éste se aprovechó de tal manera de los cuidados de su preceptor, que abrazó la práctica de la virtud con un ardor tan extraordinario, que le hacia no encontrar gusto más que en las cosas de Dios. Se sintió penetrado de un celo tan ardiente, que al cabo de algún tiempo resolvió dejarlo todo para fijarse en la soledad. Pero yo creí un deber moderar su celo, porque si su padre, que era de un genial asperísimo, llegaba á apercibirse de ello, hubiera descargado indudablemente su cólera sobre su madre, sobre el preceptor y hasta sobre los monjes que le hubieran recibido, y como el niño era todavía de poco edad, no hubiera podido resistir á los esfuerzos hechos por su padre para separarle de la piedad. »

Le manifesté, pues, con dulzura todos estos inconvenientes, y le aconsejé que volviera á su pais natal para continuar sus estudios. Dile algunos consejos para confirmarle en sus piadosos deseos, y le exhorté á practicar en secreto la vida de los solitarios, miéntras que exteriormente se portaba como los demás de su edad, lo cual era un medio de



que su padre nada supiese, y no le sirviese de obstáculo para consagrarse á la piedad.

Tal fué el consejo que le dió el Santo, que, por cierto, dió el resultado apetecido. El niño, guiado por su excelente preceptor, [se ejercitó en el interior de su casa en todas las prácticas de los solitarios, ocupándose en la oración y en la lectura de los Libros santos, y entregándose á las vigiliass y ayunos como los más fervorosos solitarios. Se acostaba, como ellos, con el cilicio, para estar más pronto á despertarse, y aún cuando se consagraba á estos ejercicios, no dejaba de hacer progresos en sus estudios, pues tenia una inteligencia muy despejada y buenas disposiciones. Nada, por otra parte daba á conocer en su exterior la vida que llevaba, pues era afable, dulce y placentero con todos, ganándose el corazón de sus compañeros, y atrayendo á muchos á la virtud.

Su padre llegó al fin á tener noticia de este género de vida : entró en cólera, é hizo todos los esfuerzos posibles por separarle de ella. Pero la virtud habia echado tan profundas raíces en su alma, que todo cuanto se hizo para que mudase de resolución, no sirvió sino para afirmarle más en ella. Deduce san Juan Crisóstomo que si todos los hijos fuesen educados cómo éste no sufrirían los padres tantas amarguras.

Tenemos un opúsculo del mismo Santo, titulado *Paralelo entre un rey y un monje*. Créese que lo compuso durante el tiempo que estuvo retirado en el desierto, de la misma manera que entónces compuso la apología de la vida solitaria. En este pequeño opúsculo expone las excelencias de los monjes sobre los príncipes de la tierra. » Miranse, dice, en el mundo las riquezas, las grandezas, las dignidades y la gloria como lo mejor que puede desearse, y consideran dichosos á los que las poseen ; miéntras que apenas se hace caso del estado de los monjes. Para desen-

gañar á los que se hallan preocupados con esta ilusión, hagamos el paralelo entre un rey y un monje, y veamos cual es mas excelente. »

« 1º Es verdad que un rey tiene autoridad sobre algunas provincias : que tiene á sus órdenes generales, oficiales y numerosas tropas, senadores y muchos pueblos que acatan sus ordenes. Pero el que se ha consagrado al servicio de Dios por medio de la profesión religiosa, y cumple sus deberes, ejerce sobre sí mismo un imperio más excelente, domando la cólera, la envidia, la avaricia, la voluptuosidad y todas las pasiones del alma, lo cual constituye un verdadero reinado. Y en efecto, un rey que ejerciese sobre sus pasiones una dominación de esta naturaleza seria más digno de mandar á los pueblos, de los cuales seria más padre que señor, y constituiría sus delicias : pues en vano lleva un príncipe sobre su cabeza una corona enriquecida de oro y perlas, si su alma no lleva la diadema de las virtudes. ¿ Como podrá gobernar á los demás pueblos el que no sabe gobernarse á sí mismo y moderar sus pasiones ? »

« 2º Los reyes combaten en una guerra contra los bárbaros, pero el solitario combate contra los demonios. ¡ Cuán grande es esta diferencia, y cuanto ennoblece á los solitarios ! Los reyes no combaten sino por extender los límites de su dominio, así es que con frecuencia no les anima otra cosa que la ambición y la avaricia ; pero los solitarios, combatiendo contra los demonios, libran á las ciudades y aldeas de los errores y del pecado, y trabajan, no por satisfacer su ambición, sino por procurar la gloria de Dios.

3º Los reyes se hallan rodeados de un grán número de personas de distinción que les hacen la corte : reciben sus homenajes y le acompañan á todas horas ; pero la conversación de los solitarios es con los profetas y los apóstoles ; unas veces con Moisés, y otras con Isaías ó con los demás

escritores sagrados. Y como quiera que poco á poco vamos adquiriendo las costumbres de aquellos con quienes tratamos frecuentemente, resulta que los príncipes suelen contraer los vicios de los cortesanos que constantemente están con ellos ; mientras que los solitarios llegan á imitar las virtudes de los profetas y apóstoles, cuyos libros constituyen su ocupación ordinaria.

4° Los reyes viven en el lujo y la molicie : su mesa es suntuosa, y á veces tan excesiva, que los gases, que se desprenden del estómago les aletargan y les privan de la libertad de espíritu que necesitan para atender á los múltiples cargos que solicitan su atención. Por el contrario, la vida mortificada y frugal del solitario hace ligero su sueño, y deja al espíritu en libertad para que se consagre á sus deberes.

5° Los reyes, ya sea en la paz, ya en la guerra, gravan á sus súbditos con impuestos que ordinariamente hacen más trabajosa la situación del pobre. El solitario, por el contrario, hace bién á todo el mundo : recibe y trata con el mismo espíritu de caridad al pobre que al rico. Mientras que el rey no puede dar más que oro y plata, él prodiga los dones del Espíritu Santo. El rey puede algunas veces auyentar de sus estados la pobreza ; pero el solitario libra las almas de las vejaciones del maligno espíritu. No es al rey á quién se dirige un poseído para librarse del demonio, ó para alcanzar de Dios alguna gracia ; sino que tanto el príncipe como los demás acuden al solitario. Así es que Acab acudió á Elías, para que librase á su pueblo del hambre, y otros reyes judíos, como Ocosías y Ezequías, recurrieron á los profetas.

6° Si el solitario tiene la desgracia de relajarse en la virtud, y pierde el espíritu de su estado, le es fácil entrar en si mismo y volver al bién por medio de las lágrimas y del arrepentimiento, y en la penitencia encuentra el medio

de reparar su pérdida. Pero si el rey pierde sus estados, y es privado de su reino, ¡ cuantas dificultades para recuperarlo ! Necesita levantar un ejército, pedir el auxilio de sus aliados, agotar el erario, y exponerse á grandes peligros.

7° El rey necesita rodearse de centinelas para la seguridad de su persona, y vive siempre con la intranquilidad de que se fragüe alguna conspiración. Por el contrario, el solitario nada teme, y sus oraciones son la salvaguardia de los reyes y de los pueblos.

8° Por último, en la muerte es en donde se pone más de manifiesto la diferencia entre el rey y el monje. Este trance es terrible y espantoso para un rey que ha pasado su vida en la abundancia, en los placeres y en la voluptuosidad ; mientras que para el solitario la muerte no es otra cosa que un tránsito de esta vida miserable al reino de los cielos. Cuando, pues, concluye san Juan Crisóstomo, veáis á un hombre poderoso, vestido con esplendor, montado en soberbio tren, y seguido de numeroso y brillante cortejo, no lo considereis venturoso : porque estos son sólo bienes pasajeros que terminan con esta vida. Considerad, por el contrario, como verdaderamente feliz al monje que vive solo, que es humilde, dulce, tranquilo y pacífico. Envidiad su dicha, y procurad imitar sus virtudes : porque éstas son los verdaderos bienes, los bienes sólidos, los bienes, en una palabra, de Jesucristo, que vive y reina pos los siglos de los siglos.

---

## VIRTUDES Y DISCIPLINA DE LOS SOLITARIOS DE SIRIA

Colocamos en este lugar todo lo que se refiere á las virtudes y disciplina de los solitarios de Siria, porque lo tomamos de los elogios que les tributa san Juan Crisóstomo. Estos elogios son tanto menos sospechosos, cuanto que este Santo, que no se dejaba llevar de consideraciones humanas, vivió con estos venerables habitantes del desierto, y los conoció perfectamente. Invitaba también á sus oyentes para que fuesen á verlos, y á cerciorarse por sí mismos de la santidad de su vida : pues habla en sus homilias de ella, así como de la corrupción que reinaba en las ciudades. No habla de todos los solitarios de Siria, sino de los que habitaban en las inmediaciones de Antioquia, á los cuales podia verse con suma facilidad.

Es evidente, según lo que refiere, que una parte de estos solitarios observaba vida común en el estado cenobítico : mientras que otros eran cenobitas ó anacoretas. Dice de los primeros que todas las cosas eran comunes entre ellos, la mesa, la casa y los hábitos. Los otros se acostaban sobre la ceniza, se cubrían de cilicio, cargaban su cuerpo de cadenas, se encerraban en cabañas ó cavernas, sufrían continuamente el hambre, derramaban abundantes lágrimas, y abatían su cuerpo con vigiliias y austeridades para descargarse del peso de sus pecados. Vivían la mayor parte de estos anacoretas en una montaña que domina la ciudad de Antioquia por la parte del norte, en donde había muchos sepulcros y cavernas,

que les servian de morada, como dice Teodoreto.

Lo que acabamos de decir, tomándolo de san Juan Crisóstomo, se refiere en parte á los anacoretas, pero muy principalmente á los cenobitas. Hé aquí cuales eran sus ejercicios durante el dia. Se levantaban mucho ántes que saliese el sol, y con semblante alegre y tranquila conciencia, se reunian, formando un solo corazón, para ofrecer á Dios sus oraciones y manifestarle su gratitud por las gracias dispensadas á ellos y á todos los hombres. Se ponian de rodillas, más atentos á las necesidades del espíritu que á las del cuerpo, y el superior pedia en nombre de todos que el Señor les diese sus auxilios para vencer las tentaciones de esta vida, y para poder comparecer con confianza al juicio del Señor.

Esta oración de la mañana duraba hasta la salida del sol. Despues consagaban algún tiempo á la lectura de los Libros santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, de los cuales, como de fuente de espléndida luz y verdadera sabiduría, sacaban por medio de atentas meditaciones, las enseñanzas que les servian para su propia dirección y para la de los que venian á conñales las penalidades de su espíritu.

En seguida se dedicaban al trabajo, que consistia en cavar la tierra, en sembrar y regar las plantas, en llevar agua, ó en hacer cilicios, cestas ó otras obras semejantes, así como en escribir y copiar libros, en lo cual pasaban todo el día, cada cual en su celda ó en su respectivo trabajo, sin que jamás perdiesen el tiempo en conversaciones inútiles, y guardando siempre el más absoluto silencio. Todo esto hacía que reinase entre ellos la más dulce tranquilidad, que jamás se oyese el más leve ruido, ni la menor apariencia de tumulto ó rebelión, que de ordinario no tienen otro origen que los negocios y las pasiones del siglo.

Dividian el dia en cuatro partes, y terminaban cada una

de ellas con las oraciones de Tercia, Sexta, Nona y Vísperas, cantando salmos é himnos en honor del Señor ; mientras que en el mundo se emplea este tiempo en comer, en distraerse y en dormir.

No hacian más que una comida durante el dia, y ésta por la tarde despues de la oración de las Vísperas. Se alimentaban sólomente con pan y sal ; algunos añadian un poco de aceite, y los más débiles, yerbas y legumbres ; pero todo esto con tanta frugalidad, que no es extraño que estuviesen pálidos y demacrados. Esto, sin embargo, no impedia que llegasen á edad bastante avanzada, notándose que los que más ayunaban eran los que más vivian, porque su abstinencia impedia la abundancia de humores, que causan muchas enfermedades y abrevian la vida. En otro lugar hemos expuesto la oración que hacian despues de la comida. San Juan Crisóstomo la refiere y explica al pueblo, exhortándolo á repetirla.

Despues de la comida, se reunian para hablar de cosas relativas á la salvación, pues no se permitia hablar de otra cosa en sus reuniones. Terminaban el dia con la oración, y se acostaban sobre una estera, para reposar hasta el primer canto del gallo, ó sea, hasta la media noche. No se les permitia quitarse el hábito ni aún para dormir, y como no tenian cargado de alimentos el estómago, su sueño era ligero y tranquilo, bastando el más ligero ruido para despertarlos. El superior era el encargado de hacerlo, y todos se hallaban dispuestos para la oración y la salmodia. Entónces se les veia levantar las manos en actitud suplicante, y se les oia entonar los salmos y sagrados cánticos con tanta armonía y sentimiento, que ningún concierto instrumental producía tanto encanto en el espíritu, como este conjunto de voces en medio de un desierto y durante el silencio de la noche. Casi toda ésta la consagraban á este santo ejercicio, abrazados sus corazones en

el fuego sacro de la caridad. Al aproximarse la aurora, descansaban breves momentos, y ántes de salir el sol se levantaban para hacer la oración de la mañana.

Sus hábitos eran de pelo de cabra ó camello, ó bien de pieles usadas, que los más pobres en el mundo rehusarían llevar. Sin embargo, entre ellos había muchas personas procedentes de las más nobles y ricas familias, que se contentaban con unos vestidos tan humildes, y cifraban su gozo en estas austeridades. No llevaban calzado, y era tan grande y absoluto su desprendimiento, que puede con toda verdad decirse que no posean otra cosa que su cuerpo y su alma. Sus celdas estaban siempre abiertas: no tenían cofres, ni cosa alguna que se le pareciese: pues no teniendo oro, ni plata, ni vestidos reservados, no necesitaban tomar precauciones contra los ladrones. Recibían las limonas que se les daban; pero nada pedían. Como se contentaban con lo absolutamente necesario para su sustento, les proporcionaba su trabajo no sólo lo suficiente para sus necesidades, sino también para hacer caridad á los pobres, que admitían á sus mesas. También dispensaban cariñosa acogida á los enfermos, cuyas llagas curaban con la mayor solicitud y venciendo las repugnancias de la naturaleza.

El amor que profesaban á la soledad y al silencio no les impedía hablar á los que venían á buscar consuelo y edificación espiritual. Los recibían con espíritu de caridad, y desterraban de sus conversaciones todo chiste y toda risa insensata, versando siempre el asunto de éstas sobre pasajes de los Libros santos, que meditaban incesantemente, y hablando con tanta modestia y gravedad, que sus palabras llevaban consigo la unción del Espíritu Santo, cuyo amor inflamaba sus corazones.

Lavaban los pies á sus huéspedes sin atender á su calidad, ni á la suya propia. Vivían entre sí con la más estre-



cha unión, pudiendo decirse que no tenían más una sola alma y un solo corazón. Los que más se habían distinguido en el mundo, llenos de sincera humildad, se conformaban con los que procedían de una condición más modesta. No había entre ellos ni grandes ni pequeños : los más grandes eran precisamente los que más se prestaban á los más bajos oficios. Ponían toda su gloria en ser estimados ménos que los demás, y había muchos entre ellos que, habiendo brillado en el siglo por sus honores y riquezas, se ocupaban con santo gozo en partir leña, en encender el fuego, en preparar el alimento para los demás, y en prestarles toda clase de servicios. Así es que, en virtud de esta humildad profunda y de esta caridad evangélica, no se distinguían los nobles de los plebeyos, ni los que habían renunciado á una gran posición de los que se habían educado en medio de la miseria. Ninguno se gloriaba de lo que había sido en el siglo, ni podía quejarse de que se le despreciase por haber pertenecido á un rango inferior. A nadie se humillaba, porque todos procuraban humillarse á sí mismos y considerarse inferiores á los demás.

Todos se llamaban hermanos, y se interesaban con la mayor caridad los unos por los otros : cada cual participaba del gozo y de la aflixi3n de los demás como de cosa propia. No estaban sujetos á las enfermedades que produce el exceso de las comidas y la acumulaci3n de humores, pues su abstinencia era en extremo rigorosa. S3lamente el exceso de las vigili-as y de los ayunos les causaba algunas dolencias ; pero para curarse bastaba disminuir alg3n tanto las austeridades. Así es que nunca tenían necesidad de recurrir á los médicos, y en muchas ocasiones la oraci3n era su medicina más eficaz. Si alguna vez necesitaban de la mano del cirujano para curar alguna llaga ó úlcera, sufrían la operaci3n con una paciencia proporcionada á su piedad.

Su corazón, desprendido de la tierra y acostumbrado á

dirigir todos sus afectos al cielo, les hacia mirar la muerte como un beneficio, cuando la enfermedad era mortal: pues se hallaban en el fin de sus trabajos y en el término venturoso que habia de unirles á Jesucristo, no ocupándose más que de esta esperanza. Así pues, cuando alguno habia dejado de vivir, no se decia que habia muerto, sino que habia llegado á la consumación de su carrera, y en vez de llorar y prorumpir en lamentaciones, se regocijaban y alababan al Señor, dándole acción de gracias, y deseando reposar, como el difunto, de los trabajos de esta vida. Por último, se le conducía á la sepultura cantando himnos, cuya ceremonia no se llamaba hacer los funerales, sino cumplir los últimos deberes con un hermano que habia ido á unirse con Dios.

Tal es, en resúmen, la idea que nos dá san Juan Crisóstomo en algunas de sus homilias, de las virtudes y prácticas de los solitarios de la montaña próxima á Antioquía. Pero como de ellas toma ocasión para exhortar á sus oyentes á combatir sus pasiones y vicios, y á renunciar á las máximas del mundo para seguir las del Evangelio, dá tan hermosas instrucciones, que no podemos dispensarnos de exponer algunas para edificación de nuestros lectores.

He aquí como expone el capítulo vigésimo de san Mateo: « Nada hay que impulse tanto á los hombres á las más violentas pasiones, nada que los precipite tanto en los profundos abismos del error, y que los aleje tanto de los bienes eternos, como el apego á las cosas perecederas de este mundo. » Así como, por el contrario, nada conduce mejor á los bienes inmortales del cielo, como el estimarlos más que los de esta vida. Pero muchos tienen el corazón endurecido, cuando se trata de los bienes celestiales, y buscan con deplorable avidez los que no tienen más que una falsa apariencia, y que son cual fugitiva sombra en comparación de aquellos. Sin embargo, ¿ qué hay de

agradable y dulce en las satisfacciones de la tierra ? ¿ como pueden encantar tanto nuestros corazones ? Yo quiero hoy haceros conocer su frivolidad, poniéndolos en oposición con la vida de los solitarios, y demostrándoos que, aunque os parezca insoportable, es infinitamente más dulce y apetecible que la vuestra, por más deliciosa que parezca.

A vosotros mismos os pongo por testigos, á vosotros que en las calamidades que os sobrevienen, llevais vuestra desesperación hasta desear la muerte, y que, faltos de ánimo y de fortaleza, considerais en tales circunstancias felices á los que se hallan retirados en las montañas, á los que habitan en las grutas y se hallan libres de los cuidados y solitudes del siglo. Estos sentimientos, estos deseos de ser cual los solitarios no se encuentran sóloamente en los que viven en el infortunio, ó se ven sorprendidos por alguna desgracia, sino en todas las clases y condiciones sociales. Los grandes y los pequeños, los artistas y los militares, los que llevan una vida ociosa y frecuentan los espectáculos, los que se entregan al juego, y los que viven en medio de los placeres, todos sufren amarguras y dolores violentos, por más que aparezcan nadando en la abundancia y gozando de todo género de delicias. Yo no tendria más que citaros el ejemplo de los sinsabores y desengaños que experimentan los infelices que se han dejado arrastrar por la pasión del amor. Por último, si nos representamos la vida de la mayor parte de las gentes de mundo, veremos que dista tanto de la de los solitarios, como un puerto tranquilo se diferencia de un mar agitado por violentas tempestades.

En efecto, ¡ cuán dulce es el reposo de que gozan en la soledad que han escogido ! Confinados en sus montañas, no tienen que tratar de negocio alguno terreno : están á cubierto de la envidia de los hombres : no temen ni la doblez, ni la traición, ni las calumnias, ni tantas otras

pasiones vergonzosas, ni tantos desórdenes tan frecuentes en las ciudades.

En estos desiertos no se ocupa el solitario más que del reino de Dios y de los bienes de la eternidad : contempla á Dios en la magnificencia de sus obras, y habla de él con las montañas, con las selvas y con las fuentes. Allí no hay tumulto ni turbación : el alma se encuentra libre de las enfermedades y pasiones comunes, desprendida de todo afecto á las cosas sensibles, y de todo lo que puede atraerla y apegarla á la tierra : se hace más pura que el aire, y para representaros mejor el venturoso estado de estos solitarios, os diré, que sus ocupaciones son las de Adán en el paraíso, en aquella región de delicias, en que, poseyendo en abundancia todo lo que podia hacerle feliz, tenia libertad absoluta para conversar con el mismo Dios. »

« Yo desearia que os convenciéseis por vuestros propios ojos ; más presto que os lo dificultan las ocupaciones tumultuosas de la vida, preciso es, á lo ménos, que os explique una parte de sus ejercicios para vuestra edificación espiritual.

Estas luces de la tierra se levantan ante que salga el sol, sin que les cause molestia este continuo madrugar, porque su vida frugal les impide que tengan pesadez de cabeza, y porque hallándose, por otra parte, libres de las penalidades y solicitudes del mundo, nada absolutamente turba su sueño. Tan luego como se levantan, se reunen teniendo el alma tranquila y llena de santo gozo ; cantan, cual si no tuviesen más que una boca, himnos y cánticos para honrar á Dios y darle acción de gracias, no sólomente por los bienes de que les ha colmado, sino por los que con tanta misericordia dispensa á todos los hombres. Así es que no me basta compararlos á Adán en su inocencia, sino que imitan en la tierra á los coros de ángeles que se ocupan en cantar las alabanzas del Señor, como lo hacen estos espíri-

tus bienaventurados en el cielo, diciendo con ellos : Gloria á Dios en las alturas, paz y gracia á los hombres en la tierra.

Su manera de vestir corresponde á su género de vida, tan distante de la pompa como de la sensualidad. No arrastran sus vestidos por tierra, como hacen las personas que sólo se precian del lujo y del fausto, sino que á semejanza de Elias, de Eliseo y de san Juan Bautista, son sus vestidos de pieles de cabra ó de camello, con frecuencia muy usadas.

La oración mental sigue á los sagrados cánticos : todos se ponen de rodillas : elevan su espíritu á Dios, le invocan con todo su corazón, y desechando de sus discursos y de su imaginación todo lo que al mundo se refiere, no se ocupan de ello en sus oraciones, ni piden á Dios cosas pasajeras, sino sólo la gracia de serle agradables en el día del juicio, y de oír de su boca un decreto favorable.

Terminado este santo ejercicio, ha salido ya el sol, y todos se dedican al trabajo, no tanto para atender á sus propias necesidades, que son muy pocas, sino principalmente á las de los pobres, demostrando así que hasta su trabajo, encaminado siempre á la gloria de Dios, era una continuada oración.

En vista de esto, ¿ qué semejanza puede haber entre estos santos solitarios y las personas que pasan su vida en los bailes y danzas en que reina Satanás ? ¿ qué semejanza entre estos santos y las personas que se complacen en oír aires afeminados, canciones libres y disolutas, y que con tanto ardor corren á los espectáculos ? ¿ qué semejanza entre ellos y la vida de esas mujeres disolutas y de esos jóvenes pervertidos que no respiran más que placer, y á quienes la sensualidad y la molicie tienen como encadenados á una infinidad de crímenes ?

Si somos justos, veremos que hay tanta diferencia entre las personas que han abrazado estos dos géneros de vida,

como la hay entre los ángeles que cantan las alabanzas divinas, y los inmundos animales que se arrastran por el lodo. Jesucristo habla por la boca de los unos, y el demonio por la de los otros. Todos los conciertos de instrumentos y de voces, toda la armonía, toda la delicadeza de la música profana no tienen nada comparable con el encanto que el espíritu de Dios pone en la voz y en el semblante de estos solitarios, cuando cantan sus alabanzas.

Los que frecuentan el teatro y ponen toda su satisfacción en ver y oír á esas mujeres que se presentan con tanta inmodestia, y que á sus afeites unen los peligrosos encantos de su voz, ¿ que otra cosa sacan al volver á sus casas que el veneno mortal que ha emponzoñado sus corazones con el desarreglado amor que los ha enardecido ? Estas mujeres en lugar de ser el gozo de los espectadores, no son para la mayor parte de ellos sino causa de amargura y aflixión con sus funestos y ruinosos encantos.

La misma magnificencia de sus vestidos y sus ricos atavíos son, no sólomente un motivo de tentación, sino de pena y amargura para los que los consideran, principalmente para aquellas personas que, acostumbradas al lujo y habiendo caído en la desgracia, ven la prosperidad aparente de estos comediantes. No pueden verlos en este brillante estado sin concebir sentimientos de envidia y de pena, que les hacen decir en lo más íntimo de sus corazones : Estas infames criaturas, salidas de la hez de la sociedad, viven con fausto, opulencia y lujo ; mientras que yo, que soy de un linaje esclarecido, me veo obligado á sufrir privaciones á que no estaba acostumbrado.

Otra cosa sucede cuando se vá á visitar á los solitarios, y se observan sus santos ejercicios. Entre ellos hay hombres que pertenecen á las más ricas y nobles familias, y que se hallan tan míseramente vestidos, que rehusarian sus hábitos los más pobres y necesitados. Si son pobres los que

visitan á estos solitarios, su ejemplo los anima á sufrir su indigencia con sumisión y paciencia, y si son ricos y personas de consideración, aprenden con su ejemplo á ser más moderados y prudentes en el uso de sus bienes, y vuelven á sus casas mejores que eran. De esta manera, estos objetos de piedad inspiran moderación á unos, y paciencia á otros.

Añadamos otra diferencia entre los que aman los espectáculos y otras diversiones mundanas, y los que van al desierto con el objeto de edificarse con las virtudes de sus habitantes. Los placeres de los primeros sólo duran el tiempo que tienen ante sus ojos las representaciones teatrales, y cuando éstas han concluido, no estando ya presentes los objetos que les encantaban, no les queda más que la pena que produce su ausencia, pena que es mucho mayor que el placer que experimentaban mientras que los veían. Por el contrario, la satisfacción que produce el haber visto estos maravillosos espectáculos de penitencia y santidad hace una impresión tan grande en el alma, que encuentra siempre un nuevo placer en pensar en la moderación de estos santos personajes, en ocuparse en el recuerdo de sus soledades, en la dulzura de su conversación, en la pureza de sus costumbres, en sus cánticos tan dulces como melodiosos. Propio es de las satisfacciones corporales y sensibles no dejar más que amargura cuando desaparecen, porque todo lo que se halla sostenido por un fundamento corruptible desaparece tan luego como falta este fundamento; mientras que las satisfacciones del espíritu, por lo mismo que son independientes del cuerpo, son más constantes y fuertes: porque lo que se apoya sobre un bien incorruptible y espiritual no puede perecer, por lo mismo que no depende de los sentidos, ni de cosa alguna sujeta al tiempo y á la mudanza.

Ved aquí porque estas venturosas soledades son los asi-

los y como el puerto en que reina la calma, en que se encuentra la abundancia, y en que se experimenta la dulzura. Los que tienen la felicidad de retirarse à ellas se alejan al mismo tiempo de una multitud de cosas, que, cual borrascosa tempestad, atormentan á infinidad de personas en el mundo.

Pero no es sólomente cuando cantan las alabanzas del Señor, cuando constituyen estos solitarios un espectáculo agradable y digno de admiración, sino también cuando se aplican al estudio de los Libros santos ; pues tan luego como se separan del coro, el uno toma á Isaías, el otro medita las epistolas de san Pablo, procurando todos penetrarse de las santas verdades que contienen. Raciocinan, reflexionan y contemplan las grandezas de Dios, las obras de su poder y de su bondad, las cosas intelectuales lo mismo que las sensibles, de todo lo cual deducen el poco caso que debe hacerse de las cosas presentes, y la inconcebible magnificencia de los bienes eternos.

En este estudio alimentan deliciosamente sus almas con la misma palabra y las verdades de Dios, y encuentran una dulzura incomparable y mayor que todas las delicias de la tierra, y que la miel más pura y esquisita.

No son las abejas las que han recogido esta miel sacándola de las flores y depositándola en las hendiduras de las rocas, sino la gracia de Dios que la ha depositado en los corazones de estos hombres santos, para que vayan sacándola á medida que la necesiten. ¿ Quereis saber cual es la mesa, y cuales los festines de estos venturosos solitarios ? Id á sus desiertos, y de la santidad de sus conversaciones deducireis el alimento con que se sustentan. Jamás sale de su boca una sola palabra contraria á la modestia, ni chanzonetas, ni cosa alguna que pugne con la humildad y la virtud. Todo lo que hablan es digno del cielo. Miéntas que la mayor parte de los que se hallan enredados en el comercio del



mundo, y embriagados con el néctar de las pasiones, se asemejan á los arroyos, cuyas aguas arrastran lodo é inmundicia : sus lenguas, según la frase de la Escritura, vomitan el veneno del aspid, y su boca es un sepulcro que exhala constantemente la fétidez de la podredumbre ; las bocas, por el contrario, de estos santos anacoretas son como panal de riquísima miel, ó arroyo de purísima agua.

Ved aquí las ventajas que tienen los solitarios, aún en esta vida, sobre las gentes del mundo. Pero cuando Dios los llame de la tierra para introducirles en el cielo, ¿ qué palabras serán apropiadas para expresar el gozo angélico, la inefable felicidad y los bienes inexplicables de que gozarán?

La experiencia que tenia san Juan Crisóstomo de las dulzuras de la vida solitaria, y los grandes ejemplos de virtud que habia visto en los habitantes del desierto, le hacian referirse à ellos en muchos de sus homilias, por que deseaba ardientemente que se aumentase su número. Explicando la parábola del rey que celebró con un banquete las bodas de su hijo, dice á sus oyentes : » Nada absolutamente os cuidais de la salvacion de vuestra alma : no trabajais por librarla de las pasiones que la hacen odiosa á los ojos de Dios, y en lugar de adornarla de virtudes, olvidais que habeis sido llamados á las bodas. Pero ¿ cuales son estas? son las del mismo Dios. Sí, él quiere desposarse con vuestras almas, y no considerais que estais obligados á prepararlas, para hacerlas dignas de la cualidad divina y maravillosa de esposas suyas. El oro, las piedras preciosas y las ricas vestiduras con que se preparau las mujeres en el dia de sus desposorios, no son más que débiles imágenes de las magnificas gracias y esplendentes virtudes con que deben estar adornadas nuestras almas para unirse y desposarse con Jesucristo. Necesario es que

lleven este vestido nupcial de que habla el Maestro celestiad en esta parábola. »

¿ Quereis saber quienes son aquellos cuyas almas están preparadas con la vestidura nupcial de que habla Jesucristo? Dirigid vuestros ojos hacia esos solitarios: no podreis dudar, que estos hombres, que veis cubiertos de hábitos tan pobres como groseros, son los que principalmente se hallan vestidos con el ropaje precioso que debe llevarse á las bodas á que nos invita Jesucristo: pues se hallan tan elevados sobre la ambición y sobre todas las demás debilidades humanas, que, aun cuando se les ofreciese la púrpura de los reyes, no la cambiarían por los hábitos de penitencia que los cubren. Conocen toda la grandeza y excelencia de su condición, así es que tienen en poca estima todas las posiciones sociales, por elevadas que sean. El saco y el silicio de que se hallan cubiertos les enseña á despreciar todas las grandezas pasajeras, y este desprecio les eleva á una gloria infinitamente más grande, más brillante y más estimable que todas las coronas de la tierra. Bastaría para convenceros descubrir los secretos de sus almas y las gracias de que se hallan enriquecidas. Quedaríais tan sorprendidos, que, ofuscados por el brillo de sus virtudes y por los esplendores de su pureza, no podríais ménos de prosternaros en su presencia.

No necesito hablaros de los grandes siervos de Dios que en los tiempos pasados han edificado al mundo con el heroísmo de su santidad. También los hay hoy. Subid á las grutas y á las celdas de esos santos anacoretas de que os he hablado. En estos lugares, de que tan alejadas se hallan las penas que la concupiscencia hace experimentar á los hombres, es en donde puede decirse con toda verdad que se vive la vida del cielo. Allí se hallan como en un campo, en que incesantemente hacen guerra á los demonios; pero se ejercitan en esta guerra con más gozo y

entusiasmo que encuentran las gentes del mundo en los bailes, comedias y otras diversiones.

Por esta razón viven en chozas, porque los que se ejercitan en la virtud deben contentarse con un alojamiento hecho en poco tiempo y con poco gasto. Así es que, cuando tienen que abandonarlo, lo hacen con la misma facilidad con que deja sus tiendas la gente de guerra, para ir á descansar de sus trabajos y fatigas.

¡ Ah! el espectáculo que ofrecen estos desiertos llenos de cabañas de solitarios es mucho más magnífico que el de un ejército en el campo de batalla con sus soldados, ocupados unos en levantar tiendas, en hacer trincheras, mientras que otros forman en orden de batalla reflejándose en sus armas y en sus cascos los rayos del astro del día. No, en el desierto no se levantan vistosas tiendas; ni brilla el hierro de las lanzas y de las picas, ni se ven trajes preciosos enriquecidos de oro; pero se contempla un espectáculo mucho más agradable. El campo de los soldados de Jesucristo es mucho más digno de admiración, que si en una llanura inmensa apareciese una infinidad de globos tan luminosos como el que nos alumbra.

En efecto, si miramos las cosas tales como son, no podremos ménos de considerar como un cielo cada una de las celdas de estos solitarios: pues que no sólo están con ellos los ángeles del cielo, sino que el mismo Señor de los ángeles se halla allí presente como en un trono de gloria. Y ciertamente, si los ángeles visitaron al patriarca Abraham en premio de la caridad generosa con que ejercía la hospitalidad, ¿ cuánto más deben complacerse en vivir y comunicar con estos santos anacoretas? ¿ con cuanta satisfacción no deben unírseles en sus santos ejercicios, que son tan proporcionados á los que ellos practican en el cielo?

¿ Y qué os diré de su sustento? En su mesa nada hay

superfluo ni delicado: todo es frugal, todo santo. En ella se encuentra más bien el alimento espiritual que suministra la filosofía cristiana, que el que sacia el cuerpo. No se ven en ella las carnes y salsas tan propias para excitar el apetito, como para producir indigestiones. No se perciben los olores confortantes que exhalan las buenas cocinas, ni arden los hogares en que se preparan los festines, ni se percibe el tumulto y el bullir incesante de las casas en que habitan muchas personas. En el reposo de su soledad beben el agua que ellos mismos traen de la fuente, y comen el pan que ganan con su trabajo. Éste es su alimento ordinario; pero si alguna vez se permiten una comida, que llaman suntuosa, comen algunos frutos de los árboles que crecen en el desierto, y los comen con más placer que si se les ofreciesen las viandas más esquisitas.

El reposo de que gozan no se halla turbado por ninguna clase de temor. No se les acusa, ni son sospechosos de conspiraciones contra el estado; ni se ven agriados por el mal humor de una mujer, ni inquietados por el cuidado y la educación de los hijos: ni se entregan á los necios placeres que enervan la fuerza del alma y la disipan. No se ven rodeados de molestos aduladores que llenan de vanidad á los que los escuchan. Así es que, como los ángeles en el cielo, no tienen cosa alguna que los turbe, y se hallan constantemente consagrados á Dios.

No tienen otro lecho que la yerba sobre la cual descansan. Algunos pasan la noche sin ninguna clase de abrigo. La claridad de la luna les sirve de lámpara, y se diría que Dios hace que esta claridad de la noche sea más brillante para ellos que para los demás hombres. ¡Que motivo tan justo de gozo para los ángeles! Si ellos se regocijan tanto con la conversión de un pecador, ¿cuanto no lo harán á vista de una vida tan santa y penitente?

No se vé entre ellos, como entre las gentes del mundo,

esa desigualdad que hace que unos sean amos y otros criados ; sino que todos son siervos y al mismo tiempo libres. No mireis esto como un enigma difícil de adivinar : son todos al mismo tiempos siervos y señores unos de otros, pues la caridad establece entre ellos esta diferencia y esta autoridad recíproca. Cuando llega la tarde, no se nota en ellos la tristeza que producen los negocios y dificultades que se han presentado durante el dia á las personas del mundo. No temen que vengan á sorprenderles los ladrones, pues que nada poseen sobre la tierra. Se hallan exentos de todo temor y alarma, de que el fuego pueda dejarles sin casa, pues no tienen otra luz ni otro calor que los que el sol les proporciona.

Todo lo que puede suscitar disputas y contiendas se halla prohibido en sus conversaciones. No se les oye hablar de noticias del siglo, ni de la prosperidad de éste, ni de la desgracia de aquel, ni de la muerte del otro, ni de la rica sucesión que ha dejado á su heredero ; pues no hablan más que de Dios y de las cosas celestiales, como si habitasen otro mundo distinto de éste, ó les hubiese llevado Dios anticipadamente al cielo.

De la misma manera que á nosotros nos importa muy poco lo que hacen las hormigas en sus hornigueros, á ellos le importa ménos aún lo que hacemos nosotros en el mundo. Pero aún es ménos exacta la comparación entre ellos y nosotros, que entre los hombres y las hormigas : pues si bién es verdad que nos parecemos á estos insectos en que trabajamos para la vida presente ; pero también lo es, y esto debe llenarnos de confusión, que somos ménos dignos de alabanza que estos animales, los cuales trabajan sólamente para buscar su sustento ; miéntras que nosotros pasamos la vida en toda clase de concupiscencias y crímenes. Así es que en lugar de imitarles en su laboriosidad, asemejamos en la injusticia, en el furor y en la crueldad á los lobos y leopardos.

Si algún personaje de elevada posición ó constituido en una dignidad eminente vá á visitar los desiertos, encuentra la condeuacion del fausto mundano en la pobreza y humildad de los solitarios : de modo que la sola consideracion de su vida mortificada basta para confundir el orgullo de los soberbios, y es un poderoso correctivo aún para los que parecen más incorregibles.

Confinados en su soledad, no piensan en atraerse la benevolencia de los grandes, sino en cultivar sus desiertos. Han olvidado los usos y ceremonias del mundo, y cuando los que ocupan los más distinguidos puestos se toman el trabajo de ir á visitarlos, no les presentan otro asiento que el musgo y la yerba que á ellos le sirven de silla y de cama : de modo que con esta conducta tan humilde como exenta de respetos humanos, estos hombres cortesanos y potentados se asemejan en cierto modo á ellos durante el tiempo de su visita, al mismo tiempo que aprenden de la noble y heróica sencillez de estos siervos de Dios, á corregir algún tanto sus desórdenes y loca vanidad, y á ser más modestos y morigerados.

Los solitarios miran con el mayor desprecio las grandezas humanas : el mismo caso que hacemos nosotros de los juegos de niños, hacen ellos de la elevación de los hombres vanos y ambiciosos, y este sentimiento se halla tan profundamente grabado en sus corazones, que rehusarian el trono más podoroso, aunque estuviesen seguros de un reinado próspero y feliz. Esta disposición procede de que se proponen una cosa más grande y elevada que todos los reinos del mundo, y por consiguiente, son para ellos tan frágiles y perecederas las cosas de la tierra, que no son dignas de su amor.

¿Porqué, pues, no nos dejamos arrastrar por el ejemplo de estos siervos de Dios? ¿porqué no nos unimos todos á estos ángeles de la tierra para participar de la paz de sus cora-

zones? ¿porqué no todos nos apresuramos, como ellos, á vestir el traje nupcial, que es necesario, según el mismo Jesucristo, para participar de su festín? ¿porqué nuestras almas, llamadas á desposarse con Jesucristo, rey eterno de la gloria, permanecen en un estado tan pobre y miserable? Si meditamos esta verdad, y la contemplamos á través de las luces de la fé, veremos que más destituida se halla el alma de las riquezas espirituales, que los más indigentes lo están de los bienes terrenos; Ah! ¡cuán cierto es que los que viven en el lujo y en la opulencia son más desgraciados que los que mendigan el pan! La pobreza en sí misma es inocente; pero los que son ricos con riquezas mal adquiridas son criminales ante Dios y ante los hombres.

Instruidos de la vanidad de las cosas terrenas con el ejemplo de los santos solitarios, alejemos nuestro corazón de toda codicia. No pongamos nuestra esperanza en los placeres y en los bienes de la tierra, sino únicamente en los del cielo. No deseemos ser ricos más que de estos bienes celestiales. Amemos el reino de Dios con todo el amor de que sean capaces nuestros corazones, y de esta manera tendremos la dicha de poseerlo.

## TEODORO <sup>1</sup>

Cuando san Juan Crisóstomo se puso bajo la dirección de Diodoro, como hemos dicho en otro lugar, atrajo á sus

<sup>1</sup> S. Juan Crisóstomo, Zozomeno, Bulteau.

condiscípulos Teodoro y Máximo, con los cuales habia estudiado bajo la dirección de Libanio, y que más tarde fueron obispos, el primero de Mopsueste, en Cilicia, y el segundo de Seleucia, en la Isuria. <sup>1</sup> Nada de particular tenemos que decir de este segundo, pero sí del primero con motivo de dos cartas que le escribió el Santo. Era de una familia noble y rica, y á estas ventajas unia prendas personales que podían hacerle brillar en el mundo: pues tenia una inteligencia viva y clara, escribía y hablaba con elocuencia, y poseía las letras humanas así como la historia; pero persuadido por san Juan Crisóstomo y movido por su ejemplo, se puso bajo la dirección de Diodoro que, según se cree, tenia un monasterio en un barrio de Antioquía, en donde profesó la vida religiosa.

No fué constante su resolución: pues algún tiempo después sucumbió á la tentación, y volvió á la casa de su padre con propósito de contraer matrimonio. Como el pajarillo escapado de su jaula se esfuerza por gozar más ampliamente de su libertad, así Teodoro, una vez salido de su retiro, se entregó á la disipación y al desarreglo de las costumbres, lo cual llenó de tristeza á sus compañeros, principalmente á san Juan Crisóstomo, que le escribió varias veces para atraerle al camino de la virtud. De creer es que le diera á entender Teodoro en una de sus contestaciones que miraba como imposible su vuelta, cuando el Santo le exhorta á que no se desanime. Por fin consiguió moverle: Teodoro confesó su falta, y volvió á su primera profesión. El resto de su vida pertenece á la historia eclesiástica: fué elevado á la silla de Mopsueste, y escribió contra Ario, Eunomio y Apolinar; pero dió en el extremo opuesto cayendo en los errores de Pelagio, y siendo el autor y padre de la impiedad nestoriana.

<sup>1</sup> Antigua comarca del Asia Menor en las montañas del Tauro.



Tillemont cree que de las dos cartas dirigidas á Teodoro que se hallan en las obras de san Juan Crisóstomo, una sola se refiere á Teodoro, de que aquí se trata, y la segunda á otro del mismo nombre. Pero han sido refutadas las razones que aduce, por lo cual nos atenemos á la opinión de los que sostienen que ambas fueron dirigidas á un mismo individuo. En la edición de las obras de este santo Padre se ha puesto en primer término la más larga que no es por cierto, la primera en el orden cronológico; pues en ésta manifiesta su dolor por la caída de Teodoro, y le exhorta vivamente á que se levante. » Si fuese posible, dice, que se estampasen sobre el papel los gemidos y las lágrimas, estaría esta carta llena de ellos. No es la causa de mi dolor el que te hagas cargo de los negocios de tu familia, sino el que hayas borrado tu nombre del catálogo de los religiosos, y violado las promesas que hiciste á Jesucristo. Esto es lo que me aflige en extremo, y me hace temer por tu alma, y no sin justo motivo; porque en la milicia espiritual sucede como en la del siglo: á los desertores se les castiga con la muerte.

Después de esta manifestación de dolor procura el Santo animar á Teodoro para ayudarle á levantarse: » No es el mayor de los males, dice, el sucumbir luchando, ó recibir una herida en el combate; mucho peor aún es quedar en tierra y rehusar la curación de la herida. Hemos visto atletas que, después de haber sucumbido, han vuelto á levantarse y han ceñido las laureles del triunfo: así como muchos soldados que, habiendo huido al principio de la pelea, han cobrado ánimo, y cayendo sobre el enemigo, le han derrotado. Haz tú lo mismo, querido Teodoro, ¿vas á entregarte enteramente al enemigo, porque al principio lleve éste la mejor parte? Cobra ánimo y no te consideres enteramente perdido, porque hayas recibido una herida; haz hincapié en el mismo paraje de la caída. No está mal

visto en el soldado el que caiga herido sino el que arroje las armas y huya.

« No te extrañe, pues, que habiendo declarado la guerra á la infernal serpiente, hayas recibido de ella alguna mordedura : pues vió el celo con que comenzaste, y comprendiendo que tu perseverancia te daría grandes ventajas, se ha apresurado á atacarte con los más violentos esfuerzos, y á contener tus progresos. ¿ Quién no admira el desprecio que en un principio manifestaste á los placeres y vanidades del mundo, y el ardor con que te consagraste al estudio de las ciencias divinas ? Olvidándote de la casa paterna, de su grandeza y opulencia, no pensabas más que en este santo estudio : pasabas el día en santas lecturas : empleabas la mayor parte de la noche en la oración, y á la nobleza de tu nacimiento preferias las más humillantes prácticas de la sociedad de los santos. Hé aquí lo que ha excitado el furor del demonio contra tí, y lo que le ha movido á declararte una guerra la más cruel y encarnizada. Es verdad que ha descargado sobre tí grandes golpes ; pero no son incurables. ».

Yo no desesperaría de tí, cuando hubieses caído despues de vivir largo tiempo en los ejercicios de la vida religiosa, por más que sea un mal muy considerable perder el fruto de tantos trabajos y de tantas victorias. Pero como has sido vencido en el principio, abrigo la esperanza de que, levantándote, emprenderás con más ardor el combate contra el enemigo. Debes ser como un león á quién se ha querido matar, pero á quién no se ha hecho otra cosa que rozar la piel : léjos de debilitarlo, se le ha hecho más furioso. Así pues, el primer golpe que sobre tí ha descargado el enemigo no debe servir para otra cosa que para hacerte más circunspecto y vigilante y para animarte con nuevo ardor. »

« David culpable de adulterio y homicidio, no esperó recibir una tercera herida en su alma, sino que immedia-

tamente acudió al remedio saludable, y para apaciguar la justa ira del Señor, empleó los ayunos, la oración y la sincera confesión de sus pecados, con lo cual tuvo la dicha de alcanzar el perdón y volver á su primitivo estado. »

Para prevenir la falsa excusa que pudiera alegar Teodoro de haberse comprometido á llevar una carga superior á sus fuerzas, le representa san Crisóstomo que esto es un falso pretexto : puesto que el mismo Jesucristo es el que nos invita á llevar su yugo, por lo mismo que solo él es el que puede procurar un verdadero alivio y un sólido reposo á nuestras almas. Pruébale esta verdad estableciendo una comparación entre la vida de un hombre de mundo y la de un discípulo de Jesucristo. « Veamos, dice, lo que puede hacernos felices sobre la tierra. ¿ Serán las dignidades y las riquezas ? Pero no creo que tú llames feliz al que, hallándose constituido en dignidad, tiene el cargo de gobernar á otros ; se halla expuesto al odio y murmuración de sus súbditos, así como al temor de otros superiores á él, á quienes tiene que dar cuenta de su administración. Considera que el que hoy se halla elevado á la categoría de juez, no tarda en caer de su rango y queda reducido á la condición ordinaria. La escena de este mundo cambia tan fácilmente como la de los teatros. Hoy ejerce aquí un hombre el cargo de emperador : allí otro el de juez : más allá otro un importante cargo militar, pero la muerte hace desaparecer en un instante todas estas dignidades, todos estos honores. El que era emperador ya no reina : el juez ya no es juez : el general ya no es general. Más despues de la muerte todos seremos juzgados, no según el rango que hayamos tenido en el mundo, sino según nuestras obras. Esto mismo que acabo de decir de las grandezas humanas puede aplicarse á las riquezas : pues desgraciados aquellos, dicen las santas Escrituras, que confían en sus propias fuerzas y se glorian en su abundancia.

Lo contrario sucede al cristiano. No desciende de la dignidad de juez à la de simple ciudadano : no pasa de las riquezas à la miseria, ni de los honores à las humillaciones, sino que es tanto más rico, cuanto más despojado se halla de todo, tanto más grande cuanto más se humilla, sin que abrigue el temor de perder el rango á que su virtud le ha elevado, y en el cual, aunque no gobierne à los hombres, ejerce un imperio eficaz sobre el príncipe de este mundo y las potestades del averno.

Ocupándose, por último, san Crisóstomo en lo relativo al matrimonio que proyectaba Teodoro, conviene en que este estado es lícito y honroso, pero no para los que, como él, se han consagrado à Jesucristo. « Es verdad, dice, que Dios no prohíbe el matrimonio ; pero también lo es que condena el adulterio, y que el que se casa, estando consagrado à Jesucristo, se hace culpable de adulterio. Pues si por virtud del matrimonio la mujer entra bajo la potestad del marido, con mucha más razón el que se ha ligado con los lazos de la religión entra bajo la de Jesucristo. »

De estas palabras se deduce, dice Bulteau, que en la época de san Juan Crisóstomo constituía la profesión religiosa un voto que impedía el matrimonio : pues habiendo Teodoro vuelto al siglo para contraer matrimonio, le manifiesta el Santo que, despues de haberse consagrado al Esposo celestial, no le era permitido tomar mujer, y que lo que él llamaba matrimonio no sería más que un adulterio.

Continuando el santo Doctor sus exhortaciones à Teodoro, le representa los suplicios con que sería castigada su prevaricación, si no se arrepentía. « Considera, le dice, querido Teodoro, que, si ahora desprecias las invitaciones de Jesucristo, le tendrás un dia por juez. Piensa en ese rio de fuego de que no podrás salir, una vez que hayas caido

en él, y en el que no encontrarás reposo. Nada debe haber tan precioso para tí como tu alma: no te dejes seducir por el enemigo. Dile con ánimo esforzado que no quieres escuchar sus seducciones, ni seguir los placeres del mundo. Dirige tus manos suplicantes al cielo, y el Señor extinguirá los funestos ardores que te abrasan, ó mejor dicho, los empleará en consumir á los que lo han encendido en tu alma. Si así lo haces, dejarás de sentir sus perniciosos efectos, y tu alma será refrescada con el dulce rocío con que te consolará el Señor. Por tu parte procura no exponerte al peligro: porque te sucedería lo que á una ciudad sitiada, que, despues de haber sostenido durante largo tiempo los asaltos del enemigo, puede ser tomada en un momento por la traición de alguno de sus habitantes. Ejerce continua vigilancia sobre tus sentidos para que no te hagan traición. De esta manera harás inútiles los esfuerzos de los enemigos que te ataquen, y no prevalecerán contra tí. »

San Juan Crisóstomo le representa, por último, cuanto se interesan todos los religiosos por su conversión. « No soy yo solo, dice, el que lamento tu deserción: muchos y muy esclarecidos personajes han concebido también un vehementísimo dolor. Valerio, ese santo hombre, ese hombre de Dios, su hermano Florencio, que con tan admirable perfección imita sus obras de santidad, Porfirio, verdadero sabio con la sabiduría de Jesucristo, y todos los demás religiosos se encuentran en extremo afligidos: deploran día y noche tu caída, y ruegan incesantemente por tí. Indudablemente habrían percibido ya los efectos de sus oraciones, si tú hubieses hecho algunos esfuerzos por librarte de tus enemigos. ¿Será posible que mientras que todos tus hermanos piden continuamente á Dios que vuelvas á su lado, solamente tú no te intereses por tu propio bién? Yo te ruego, por lo tanto, que no perma-

nezcas en un estado tan deplorable para tí y tan doloroso para nosotros, y mucho más aún, que no te desanimés. ¿ Como puede descorazonarse un jóven de veinte años? Pero aún cuando tuvieses mucha más edad, no sería excusable en tí. »

Tal es el resúmen de la primera carta. La segunda, mucho más larga, y que por lo mismo debiera llamarse más bién un libro, es aún más enérgica. Es de creer que, cuando el santo escribió la primera, no tenia noticias de la conducta de Teodoro, y que no sabia otra cosa que su salida del monasterio y su designio de contraer matrimonio. Pero debió saber despues, que se entregó á los placeres y á la disipación, y esto es, sin duda, lo que le obligó á ser más extenso y contundente en esta segunda carta. También es de creer que de esta segunda, en que abundan pensamientos sublimes y se admira una expresión vivísima, es de la que dice Zozomeno que hay en ella algo divino que excede á la capacidad humana, y que demuestra la admirable fuerza de persuación que le distinguia.

¿ Quién me dará lágrimas suficientes, dice, para llorar, como debo, el asunto que motiva este escrito? Creo tener tanta ó más razón que el Profeta de las Lamentaciones cuando lloraba la ruiua de Jerusalem. Yo no lloro la destrucción de una ó muchas ciudades: lloro la perdida de un alma, que es de mucho más precio que el mundo entero. Si uno solo que abserva la ley de Dios vale mucho más que diez mil que la quebrantan, ¿ con cuanta más razon, ó Teodoro, debo yo aflagirme por la pérdida de tu alma, más que el Profeta por la cautividad de algunos millares de judíos? Nadie se extrañe de que mi dolor no tenga límites: no lloro por la destrucción de una ciudad, ni porque algunos judíos infieles á su Dios hayan sido reducidos á servidumbre, sino porque se ha destruido un templo espiritual en que habitaba el mismo Jesucristo. Si álguien

podiese comprender la magnificencia de este templo ántes que lo arruinase el demonio, ¿no se penetraría de tanto dolor, como el Profeta cuando vió profanar por los bárbaros el Santo de los Santos, y reducir á cenizas todo lo más rico y sagrado que contenia el templo de Jerusalem? Tú, ó Teodoro, eras un templo mucho más santo y respetable: no brillabas por el esplendor del oro y de la plata, sino por los dones del Espíritu Santo: en lugar del arca y de los querubines tenias al mismo Jesucristo y á su eterno Padre. Pero tu alma ha quedado reducida á la más lamentable pobreza. En lugar de la encantadora belleza que ántes la adornaba, y que podría llamarse divina, es como una tierra desierta y abandonada á todas las pasiones que quieren albergarse en ella, ó como una casa abierta en que nada se guarda, y en que pueden penetrar sin obstáculo el orgullo, la impureza y la codicia. Como ninguna de estas cosas entra en el cielo, tampoco entraban ántes en tu alma, porque con el mayor cuidado conservabas su pureza. Estoy seguro de que ninguno de los que te rodean pueden persuadirte estas verdades, y ésta es otra de las causas de mi amargura. Pero sé, por otra parte, que tu conversión es superior á tus fuerzas, y que está en las manos de Dios. Él es el que saca al pobre de su miseria, y coloca á los príncipes sobre las alturas del trono. No te desanimes pues, ni escuches al demonio que, despues de hacerte caer, quiere precipitarte en la desesperación: pues si él ha podido reducirte al miserable estado en que te hallas, Dios puede sacarte de él y volverte al que ántes ocupabas. Sólomente pido que no recaigas, que no pierdas la esperanza, sobre todo que no dejes apagar el fuego de la fé como hacen los impíos: porque éste seria el mayor de los obstáculos para tu conversión.

« Cuando el demonio ha arrastrado á alguna persona á la corrupción, nada olvida para sumirla en la desesperación y

cerrarle de este modo las puertas para su reconciliación con Dios. Sabe que nos salvamos por la esperanza : que ella es el áncora y el fundamento de nuestra vida, y que nos lleva como con la mano á Dios : que es como una cadena de oro que pende del cielo, y que eleva á los que á ella se sujetan, librándolos de los peligros del mundo. Por el contrario, aquellos que rehusan asirse á ella, ó que lo hacen muy débilmente, se precipitan en el abismo de la malicia, que es el colmo de la desgracia y de la depravación humana <sup>1</sup>. »

« Muy bién lo sabe este formidable enemigo de nuestras almas, y hé aquí porque, despues de haberte cargado con el peso enorme de los crímenes, trata de agoviarte con otro más grande, arrebatándote la esperanza y precipitándote en los abismos de la desesperación. »

« En este desgraciado estado te hallas, querido Teodoro, por haber perdido el ánimo. Has abandonado al Maestro celestial tan dulce y tan misericordioso, y te has sometido á la cruel servidumbre del más despota é implacable de de todos los tiranos. Haz rechazado su yugo dulce y hijero, sustituyéndolo por las pesadas y humillantes cadenas de la esclavitud. Más aún, este tirano te ha tratado como bestia de carga ¡ Ay ! ; que mudanza tan terrible has sufrido ! ; en que abismo tan profundo de males te has sumido ! La muger de que dice el Evangelio que habia perdido una

<sup>1</sup> Demuestra san Juan Crisóstomo en este pasaje cuán funesto es el estado de los que se entregan enteramente al desarreglo de las costumbres, y que para no verse turbados por los remordimientos de conciencia, se esfuerzan en extinguir de sus almas el fuego de la fé, pretendiendo no esperar cosa alguna en la otra vida. Éste es el lizo peor que puede tender el demonio, y cuando ha cogido en él al pecador, puede decirse, que lo posee enteramente y con toda seguridad ¿ Qué pensaria el Santo si viviera en nuestros días, y viese á tantos que, no contentos con no creer, se esfuerzan por escribir libros y más libros para extinguir de los corazones todo sentimiento de religion ?



dracma, reúne á sus vecinas para que con ella se regocijen por haberla encontrado. Pero ¿ no debo yo hacer todo lo contrario ? ¿ no debo yo reunir á todos mis amigos, que son precisamente los tuyos, y decirles : Léjos de alegrarnos, venid, llorad conmigo, exhalad hondos suspiros y ayes lastimeros, porque hemos sufrido una grande pérdida ? No se trata de una gran cantidad de oro ó de piedras preciosas, sino de una pérdida mucho más sensible y lastimosa, de un alma que, caminando con nosotros por el agitado mar de este mundo, ha abandonado la navegación, se ha arrojado al agua, y ha perecido miserablemente. ¿ Qué consuelo podra encontrar mi alma ? ¿ No podre yo contestar á los que pretendan darme alguno, con las mismas palabras del Profeta Isaías : *A partaos de mí, amargamente lloraré : nos os empeñeis en consolarme sobre la ruina de la hija de mi pueblo ?* Si me aflijese por la muerte corporal de alguna persona, se me podría tachar de débil por entregarme á un llanto excesivo ; pero me aflijo por la muerte de un alma, y esto no es una debilidad, sino un efecto de la sabiduría evangélica. »

« ¿ Como el que se había elevado al cielo por el ardor de sus deseos, el que habia despreciado tan generosamente el mundo y todas sus vanidades, el que no se impresionaba por la belleza terrena, cual si fuere una estatua, el que miraba el oro como estiércol, y habia renunciado á todos los placeres, como ahora se encuentra esclavo de todas estas pasiones ? ¿ Como este alma, dotada de tan encantadora belleza, la ha perdido en los violentos accesos de la fiebre del pecado, hasta el punto de no quedarle ni salud, ni fuerza, ni vestigios de su antigua belleza ? ; Ah ! lloremos, lamentemos su pérdida, y no dejemos de gemir, hasta que tengamos el consuelo de verle volver á la sociedad de los santos. »

Despues de expresar su dolor, le exhorta el Santo de

nuevo á que no se desanime, sino á que piense en su pronta y eficaz conversión. Para animarle á la confianza, le propone muchos ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, entre otros los de Nabucodonosor, Acab, Manasés, los Nivivitas, el buén Ladrón, etc. « La penitencia, dice, borra todos los crímenes por grandes que sean, miétras estamos en la tierra ; pero es inútil despues de la muerte. De suerte que, miétras no se ha caído en el infierno, no debe perderse la esperanza. »

Despues de exhortarle con los motivos más poderosos que su celo le sugeria, y que desarrolla con su admirable elocuencia, añade á los ejemplos ya citados, el de la conversión de dos solitarios acaecida en su tiempo, los cuales, habiendo tenido la desgracia de abandonar su profesión, volvieron á ella, recobraron su antiguo fervor, y se ejercitaron en la práctica de todas las virtudes monásticas.

« Tú has hecho, le dice, como el jóven de Fenicia, hijo de Urbano, que en una edad muy tierna se encontró huérfano. La muerte de sus padres le puso en posesión de una gran fortuna, y se aplicó al estudio de las letras ; pero movido por el espíritu de Dios, renunció á las vanidades del mundo, se cubrió de un pobre manto, y se retiró á la montaña para abrazar la vida solitaria. En ella practicó todos los ejercicios con tanto fervor, que llegó á igualar á los que habian envejecido en el mismo desierto, y se le consideró digno de ser consagrado al ministerio de los altares. Su celo aumentó con este honor, é hizo tantos progresos en la piedad, que fué durante mucho tiempo la admiración de todos cuantos le veian : pues no podian dejar de dar gracias á Dios, viendo á un jóven de esclarecido nacimiento y educado en medio de los placeres y de la opulencia, hollar con tanta generosidad el fasto y los placeres del mundo, y elevarse por su desprendimiento á tan sublime grado de virtud. Pero seducido despues por al-

gunos de sus parientes que vinieron á visitarle, volvió al siglo, y del exceso de la piedad pasó al exceso de los desórdenes, de modo que tanto como habia adelantado en la virtud, tanto se precipitó en el lujo y la disipación. »

« Todos los que fueron testigos de esta mudanza creyeron que nada podia esperarse de aquel alma, tanto más cuanto que se habia rodeado de una multitud de parientes y aduladores que no dejaban de representarle que si hubiera continuado en su resolución, hubiera privado al mundo de sus talentos, y se hubiera privado á sí mismo de las ventajas que le ofrecia su cuantiosa fortuna. A estos frívolos discursos añadían imposturas contra los que le habian aconsejado la vida solitaria, y no dejaban; por último, de aplaudir sus desórdenes. »

« Mientras que de esta manera se hallaba asediado por sus aduladores, y se entregaba ciegamente á todas sus pasiones, algunas personas animadas de celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, y que no ignoraban que la misericordia de Dios es muy grande, y por lo tanto, que no debe desesperarse de la reconciliación del pecador, formaron el piadoso designio de prescindir de la turba de aduladores que le rodeaba, y hacerle conocer el lastimoso estado de su alma. La cosa, sin embargo, no era tan fácil. Se acercaron á él con cortesía y afecto; pero se contentó con responder friamente á su saludo desde lo alto del caballo en que iba montado, y les respondió con enfado y desprecio. Léjos de ofenderse, se movieron más á compasión, y no temieron acercarse nuevamente á él considerándose muy bién recompensados, si podian arrancar esta oveja descarriada de las garras del lobo. Su paciencia llegó á conseguir sus deseos: continuaron buscando ocasión de hablarle, y sus reiteradas instancias lograron al fin abrir, los ojos de este desgraciado, que los recibia con más atención, se bajaba de su caballo, los escuchaba con mo-

destia y penetrado de confusión. Al cabo de algunos dias se desprendió de los lazos con que le habia rodeado el enemigo, y se acogió de nuevo al desierto, para salvar su alma. »

« Hecho más prudente con su propia experiencia, comprendió que los grandes bienes que poseia eran un poderoso motivo de tentación para él, los vendió y distribuyó á los pobres, para no hallarse expuesto más á ella. Libre ya de lo que podia hacerle simpático el siglo, se consagró enteramente á la vida que podia llevarle al cielo, y adelantó en ella con tanto fervor, que llegó á la más alta perfeccion. »

El segundo ejemplo que refiere san Juan Crisóstomo, es el de un ermitaño que en compañía de otro amigo se habia retirado al desierto, en donde ambos vivian como dos ángeles. Pero despues de haber envejecido en el ejercicio de las virtudes, se relajó el primero, y encontrándole el demonio negligente, y por lo tanto, dispuesto á la tentación, le atacó tan fuertemente, que consiguió hacerle sucumbir. Como un abismo llama otro abismo, este solitario, una vez caido, no pensaba en otra cosa que en abandonar el servicio de Dios para ir á gozar de los placeres del mundo. No se atrevió en un principio á manifestarlo á su compañero ; pero afectando hallarse indispuerto, le dijo que queria comer carne y beber vino, y que si no se lo daba, estaba resuelto á abandonar el desierto. Afligido el compañero con semejante exigencia, condescendió con ella, temiendo que llevase adelante su resolución. Pero viendo aquel desgraciado que su pretexto no le daba el resultado que apetecía, le declaró, por último, que queria ir á la ciudad. Su compañero trató de disuadirle, pero inútilmente. Grande fué el dolor que se apoderó de su alma, y no pudiendo resolverse á abandonarle del todo, le siguió de léjos para ver el camino que tomaba, y notó que entraba en una casa de

mala nota. Esperó á que saliese, y léjos de reprenderle, le abrazó tiernamente, y le exhortó á que volviese á la soledad. Esta dulzura le llenó de confusión, y le hizo entrar en sí mismo. Conoció toda la fealdad de su pecado, concibió un sincero arrepentimiento, y emprendió el camino del desierto en unión de su compañero, encerrándose en una celda, y trabajando con el mayor esfuerzo por expiar su falta con ayunos, oraciones y lágrimas. Dios hizo conocer por medio de un milagro que le era agradable su penitencia, y que por su gracia le habia devuelto á su anterior santidad : pues hallándose afligido el pais por una grande sequía, se le reveló que acudiese á este penitente para alcanzar el término de esta calamidad por medio de sus oraciones. La persona á quien se hizo esta revelación, la manifestó al pueblo, el cual acudió á la celda del solitario, postrándose á sus pies para que elevase sus oraciones al cielo. Hízolo así, y su oración fué acompañada de una abundante lluvia.

Termina, por último, san Juan Chrisóstomo su exhortación á Teodoro con estas palabras : « Levántate de la tierra, querido Teodoro, y sacude el polvo de que te has cubierto. El enemigo que se ha envanecido de darte un golpe mortal, se llenará de espanto, cuando te vea tomar de nuevo las armas de la penitencia, y no se atreverá á atacarte, como hasta aquí lo ha hecho. Pues si las caídas de otros sirven para hacernos más sabios, ¿ con cuanta más razón servirán las nuestras para producirnos el mismo efecto? Yo espero, que, entrando dentro de tí mismo, volverás á tus antiguos ejercicios con tanto fervor, que, con los auxilios del Señor, llegarás á una virtud mayor aún que la que tenias ántes de la caída, y que ayudarás á los demás á hacer progresos en ella. Sólomente te pido por el pronto, que no te desanimes, y esto te lo repetiré siempre que encuentre ocasión ; pues estoy persuadido que, si sigues este

consejo, no habrá necesidad de que te proponga otro remedio. »

---

## DEMETRIO, ESTELEQUIO Y ESTAGIRO

Debemos á las piadosas instancias de Demetrio y Estelequio los dos excelentes libros de *la Contrición*, que san Juan Crisóstomo escribió en la soledad, y en los que ensalza mucho la virtud de estos santos varones. Cree Tillemont que Demetrio no vivia en el desierto, sino en Antioquía, en donde profesaba la vida monástica, como lo habia hecho san Crisóstomo bajo la dirección de Diodoro, y ántes que se retirase á la montaña. Pero Bulteau opina que ambos varones vivian en una misma soledad. Como quiera que sea, Demetrio era monje, como aparece del título del primer libro que el Santo le dedicó. Era de una excelente piedad : no suspiraba más que por el retiro, y su soledad le era muy amada. Tenia una especial afición á la oración que practicaba con el mayor cuidado, ejercitándose al mismo tiempo con gran fervor en la mortificación, y ofreciéndose sin cesar á Dios como una víctima de penitencia.

Aunque se hallaba penetrado de un sentimiento vivísimo de compunción que con frecuencia le hacia derramar abundantes lágrimas, su humildad le ocultaba este dón precioso, y estaba tan léjos de creer que lo hubiese recibido, que, tomando las manos de san Juan Crisóstomo, cuando le veia, las besaba con efusión, y le pedia que quebrantase su corazón endurecido y rompiese su hielo con el fuego de

la elocuencia celestial, con que Dios le habia favorecido para persuadir y mover las almas.

Hé aquí la idea que nos dá san Juan Crisóstomo de la virtud de este gran solitario : « Yo no puedo admirar suficientemente, bienaventurado Demetrio, le dice, la sinceridad de tu corazón y el candor de tu alma, cuando considero las súplicas é instancias con que me obligas á que te hable de la compunción. El deseo que me manifiestas no puede proceder sino del cuidado que tienes por purificarte de los vicios, así como del perfecto desprendimiento de las cosas de la tierra á que has llegado. Pues desde el momento en que la santa compunción empieza á penetrar en un corazón, le desprende de las cosas de la tierra, y le hace tomar un santo vuelo para elevarse á las del cielo. Esto se deduce suficientemente de la aplicación con que durante el dia te consagras al estudio de las cosas santas, y durante la noche á la oración ; de las lágrimas que incesantemente corren de tus mejillas, y de las santas prácticas en que perseveras y haces constantes progresos. »

« ¿ Qué podré yo decir para excitarte á la compunción, á tí que la has adquirido en tan alto grado ? ¿ Puedo dudar un solo momento que te halles consumido por los ardores de esta excelente virtud, cuando, besándome mis manos, como lo haces con tanta frecuencia, y pidiéndome con lágrimas que ablande tu corazón con mis discursos, veo que te consideras más miserable que los que se arrastran por la tierra, y que crees tener un corazón de piedra, cuando en realidad se eleva al cielo ? Si tienes intención de despertarme de mi letargo, y excitarme á esta santa compunción, no puedo ménos de admirar la sabiduría de este consejo, y deseo secundar tu caritativa prudencia ; pero si quieres que te hable de esta virtud para tu propia instrucción, me haces tratar de una materia que conoces mucho mejor que yo. »

« Cualquiera que sea tu intención, me rindo á tus deseos, tanto para complacer á Dios, que quiere que nada rehusemos á los que nos piden, como para corresponder al afecto de que tantas pruebas me tienes dadas. Sin embargo, como manifestación de tu gratitud, te pido que ores por mí, para que yo trabaje en la enmienda de mi vida, y para que lo que voy á escribir sirva para animar á las almas flojas y tibias, y para que salgan del miserable estado en que la negligencia las tiene sumidas. »

Despues de estas merecidas alabanzas que el santo Doctor tributa á Demetrio, entra en materia, y demuestra cuales son los motivos que deben excitarnos á la santa compunción. Por fundamento de todo lo que vá á decir sienta estas palabras de Jesucristo : *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* <sup>1</sup>...; *Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemireis y llorareis* <sup>2</sup>.

« ¿ Como, dice, no lloramos despues de escuchar esta verdad evangélica, como no lloramos, viendo que la iniquidad se halla extendida por todas partes, y que crece de una manera aterradora ? ¿ Podremos contener nuestras lágrimas, cuando tan poco caso hacemos de los desórdenes que reinan impunemente en el mundo, y que hieren nuestros ojos do quier que los dirigimos ? Casi no quedan vestigios de virtud : la maldad y la impureza parecen haber llegado á su término : el mal, por último, se ha hecho tan grande, que ha llegado á endurecer los corazones y á borrar todo remordimento. Como los frenéticos que han perdido la razón, y que, en este estado, dicen todas las obscenidades que se les ocurren, ó se entregan desvergonzadamente á los más horrorosos crímenes, y esto sin dejar de considerarse más sabios y sensatos que los que conservan el

<sup>1</sup> Math. v, 4.

<sup>2</sup> Luc. vi, 25.



uso de su razón, así los mundanos tienen el alma colmada de males, sin aperebirse de su desgraciada situación. »

« ¿Qué se hace para curar las enfermedades del cuerpo? No se economizan cuidados ni gastos : se llama al médico ; se le promete guardar exactamente el método por él prescrito, y se practica todo lo que aconseja la ciencia hasta que el enfermo se halla enteramente restablecido. Tan grande es la atención que se presta á la conservación del cuerpo ; pero cuando se trata del alma, no se teme hacerle llagas dolorosas y profundas con los crímenes que á diario se cometen : se la abandona sin pena alguna á todas las enfermedades de las pasiones y de los vicios, sin tomarse por ella el más leve cuidado. ¿ Porque esto ? Es porque el mal se ha hecho tan general, que, habiéndolo contraído toda clase de personas, no hay quién se halle en estado de remediar á los demás. »

« Para convencernos de esta triste verdad, no hay más que comparar la vida de la mayor parte de los hombres con las reglas del Evangelio, y encontraremos tan grande oposición entre ellas, que se diria que la mayor parte de los hombres se han declarado enemigos de Jesucristo. »

Hace despues el santo Doctor una enumeración de las máximas del Evangelio y de los vicios de los cristianos de su época, y demostrando cuán opuesta es su conducta á estas divinas máximas, deduce y expone de una manera la más viva y penetrante los poderosos motivos que tienen los verdaderos siervos de Dios para llorar y excitarse á la compunción. Pero no son sólomente las personas entregadas á los vicios del mundo las que dan motivos para llorar, sino hasta muchas de las que hacen profesión de servir á Dios, y que cumplen imperfectamente la especial obligación que han contraído de caminar por el camino estrecho que conduce al cielo.

Porque no me admira, dice, que los seglares marchen por el camino ancho; pero es sumamente extraño que quieran seguirlo los que han abrazado el camino de la mortificación y penitencia: pues ya se hallen en un monasterio, ya en la soledad del desierto, parece que muchos de ellos no se proponen otra cosa que eximirse del trabajo, y gozar de los placeres y comodidades del reposo, y cuando los superiores quieren emplearlos en algún ministerio, su primer cuidado es preguntar, si será demasiado penoso, y si tendrán todo lo necesario para desempeñarlo. ¿Y qué? se os manda caminar por el camino laborioso, ¿y vosotros buscáis el más fácil? La puerta del cielo es estrecha, ¿y querreis vosotros que se os abra una espaciosa? ¿Qué cosa hay más opuesta á vuestro estado?

Llevado san Juan Crisóstomo de su humildad, se acusa de haber tenido esta debilidad, cuando tomó la resolución de retirarse al desierto. Confiesa que se inquietaba mucho, pensando si tendria todo género de comodidades, y temiendo caer en manos de un superior, que no le diese el sustento necesario, y que le dedicase á trabajos rudos, como ya lo hemos hecho notar en su vida. Tan grande era entónces, decia, mi solicitud. Sin embargo, los que sirven á los príncipes del siglo, ó se hallan dedicados á los negocios seculares, no atienden á ninguna de estas consideraciones, sino que todo lo sufren por alcanzar los honores ó las riquezas temporales. Esta ambición les hace devorar todos los trabajos, sufrir todo género de fatigas, correr toda clase de peligros y hacer toda suerte de bajezas. Se someten como viles esclavos: emprenden largos y peligrosos viajes: sufren las injurias, los desprecios, los golpes, y todos los rigores de las estaciones: la esperanza del lucro les hace llevaderos todos los trabajos: no les causa pena la separación de sus parientes, de sus mujeres y de sus hijos, ni temen exponerse á los mayores peligros léjos de su patria.

Todo lo arrostran, y sólo temen que no se realicen sus esperanzas de lucro.

Hé aquí lo que son, en su mayor parte, los hombres del mundo. Expuestos á las mayores solicitudes, á los más rudos trabajos, y á los más terribles peligros, todo lo dan por bién empleado, con tal de satisfacer la avaricia de que se hallan poseidos. Pero nosotros que, por razón de nuestra estado, no buscamos las riquezas que perecen, sino la sabiduría que no muere : nosotros que renunciamos á los bienes de la tierra, para adquirir los del cielo, ¿ querremos adquirirlos sin violencia ni trabajo, y gozando de reposo ? ! Oh hombre ! ¿ en qué piensas ? ¿ Aspiras al reino celestial, y quieres conseguirlo sin ninguna dificultad ? Una debilidad tan insensata debe llenarnos de rubor y vergüenza.

Si se nos propusiese sufrir las más grandes afrentas, las injurias más atroces y las negras calumnias : si se nos amenazase con el hierro, con el fuego, con las bestias salvajes, con los precipicios, con el hambre, con las enfermedades, y con todo género de males, entónces habria motivo para temer ; pero si somos débiles, si tememos los trabajos, si cuando nos proponemos ganar el cielo, no nos ocupamos más que en los medios de gozar de las comodidades de la tierra, siendo así que deberíamos avengonzarnos de aceptarlas cuando se nos ofreciesen, no abrigaremos más que sentimientos propios de un alma terrestre.

« La conducta de los que se abrasan en loco amor por las criaturas es también un motivo de condenación para nosotros. Ellos están siempre ocupados en el objeto que aman : la distancia no amengua su afecto : nada encuentran tan dulce como verlo y pensar en él. Pero nosotros que nos gloriamos de arder en el fuego santo del amor divino, léjos de alimentar en nuestros corazones el recuerdo y el cuidado de complacer al objeto de nuestro amor, nos

apegamos á todo aquello que de él nos separa. No encuentro medio de conciliar esta conducta con el amor del cielo de que nos gloriamos: porque el apego á las cosas presentes es un obstáculo para la contemplación de los bienes celestiales: mientras que cuando se las considera como un sueño ó una sombra fugitiva, no se cobra afición más que á estos, y al fin, se consigue la felicidad de poseerlos. »

La santa compunción hace en un alma que se halla verdaderamente penetrada de ella, lo que hace un fuego que se produce en medio de las espinas y que las reduce á cenizas. De la misma manera, esta gran virtud consume los vicios, los malos hábitos y afecciones depravadas. A la manera también que el polvo es disipado por un viento impetuoso, la compunción arroja del corazón la necia concupiscencia de las cosas del mundo. Así como no puede aliarse el agua con el fuego, no puede conciliarse la compunción con el amor de las satisfacciones de la tierra: porque la compunción es la madre de las santas lágrimas, y el amor de los placeres inspira tan sólo necios goces: éste gravita sobre el alma y la apega á la tierra; aquella, por el contrario, la eleva á las alturas del cielo.

San Juan Crisóstomo confirma esta verdad con el ejemplo de san Pablo. No quiero, dice, que prestes fé á mis palabras: escucha á este Apóstol, en quién la santa compunción habia inflamado en el amor santo de Jesucristo. Hallábase tan abrasado en este amor, que en el ardor que le consumia, gemia en su corazón, y suspiraba incesantemente, por que terminase esta vida y llegase el momento de la disolución de su cuerpo.

*Sabemos, dice, que si nuestra casa terrestre de esta morada fuese deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos. Y por esto también gemimos deseando ser revestidos de nuestra habi-*

*tación, que es del cielo*<sup>1</sup>. Y en otro lugar dice también: *No deseo la muerte sino para estar con Jesucristo, por que esto me es mucho más consolador; pero debo someterme á la voluntad de aquel á quién amo, y que me retiene aquí abajo por amor á vosotros. Sufro de muy buena gana el hambre, la sed, la desnudez, las cadenas, los peligros, los naufragios y toda suerte de males. En ellos nada trabajoso, nada humillante encuentro: por el contrario, los miro como un honor y un gran beneficio, por que los sufro por predicar la fé de Jesucristo y por inflamar los corazones en su amor.*

Así es que este gran Apóstol, lejos de proponerse gozar de reposo y comodidades en este mundo, como nosotros que con tanta solicitud los buscamos, se elevaba sobre los falsos goces y trabajos de esta vida, y se apegaba tan poco á la tierra, que solo tenia presentes los bienes del cielo, y suspiraba constantemente por la compañía de los bienaventurados.

« ¿Que obstáculo hay para que tengamos nosotros los mismos sentimientos que este santo Apóstol? No se nos obliga á hacer prodigios como él, ni á adquirir el alto conocimiento que Dios le concedió de los misterios de la religión: sólomente se nos exige que imitemos sus virtudes. Pero; ¿qué grande es nuestra debilidad! ¿quién hay entre los vivientes que merezca el tercero ó cuarto grado despues de él? Hé aquí lo que deberia hacernos gemir y llorar incesantemente é impedirnos caer tan fácilmente en el pecado. »

« En el mundo aún aquellos mismos que se hallan constituidos en los más grandes honores, los que poseen inmensas riquezas, los que viven en las delicias y nadan en los placeres, no se hallan exentos de aflixió, y derraman lágrimas amargas. El uno llora la pérdida de un hijo único: el otro la muerte de una esposa. En el tiempo de

<sup>1</sup> II Cor. v, 2.

la aflixi3n no piensan en sus grandezas, en sus tesoros ni en sus placeres : no piensan m3s que en su dolor. A3n los mismos reyes no creen degradarse dando p3blico testimonio de su aflixi3n. No piensan que han tenido una mesa espl3ndida y delicada, que sus l3grimas pueden alterar el color de sus mejillos, ni que su tristeza puede acarrearles penosas enfermedades. »

« Nosotros, por el contrario, que no tenemos que llorar ni la p3rdida de nuestros bienes, ni de nuestras mujeres, ni la de nuestros hijos, sino la de nuestra propia alma, tememos que el dolor altere nuestro temperamento, y tomamos por pretexto la delicadeza con que hemos sido criados. Pero ¿ para que necesitamos de las fuerzas del cuerpo, cuando s3lamente se trata de la contrici3n del coraz3n ? ¿ Para que se necesitan estas fuerzas, si s3lamente hay que levantar el alma 3 Dios, humillarse ante 3l, confesar nuestros pecados, y domar nuestro orgullo ? La debilidad corporal podria servirnos de excusa, cuando para adquirir la contrici3n, se nos obligase 3 vestir el saco y el cilicio, 3 3 sepultarnos en un antro tenebroso ; pero nada de 3sto es necesario. Esta contrici3n se adquiere trayendo 3 la memoria todos los pecados, examinando la conciencia, considerando cu3n l3jos est3 nuestra vida de la patria celestial, y sobre todo represent3ndonos los formidables aparatos del juicio final, la terrible sentencia que el soberano Juez pronunciar3 contra los pecadores, la separaci3n eterna que ent3nces se har3 entre los buenos y los malos, la amargura de estos al ser entregados 3 las devoradoras llamas del infierno, y lo que es a3n m3s terrible, la exclusi3n para siempre del reino de los cielos, y la separaci3n de la presencia de Jesucristo, de este Salvador tan bondadoso, que tantos trabajos y tan cruel muerte ha sufrido para reconciliarnos con su eterno Padre y preservarnos de los suplicios eternos. »

Ya hemos dicho que san Juan Crisóstomo dedica á Estelequio su segundo libro sobre *la Contrición*. Llámale hombre de Dios, y con grande humildad se encomienda á sus oraciones, para que le alcance de Dios el don precioso de la compunción, y la gracia de hablar dignamente de él. Porque para hablar, dice, como se debe, del fuego sagrado de la contrición, es preciso estar abrasado en él, y ¿ como puedo estarlo yo, cuando no tengo ni una chispa de él ? Pide, pues, al Señor, que al hablar de él, se encienda en mi alma : que sea purificada de todo lo que la mancha, y que pueda elevarse á los bienes del cielo, únicos que debe procurar. »

Dice despues que, para obtener el don de la compunción, es preciso estar léjos de las agitaciones del siglo, y encerrarse en el reposo y tranquilidad del corazón, á fin de estar más atento á Dios á medida que se esté más libre de las agitaciones que producen los cuidados de las cosas del mundo. Añade que no es necesario para ello retirarse al fondo de un desierto, sino que basta con el desprendimiento interior y la soledad de corazón.

Propone como modelos de contrición á san Pablo y al real Profeta. Éste, aunque implicado en los negocios del mundo y encargado de la gobernación de un estado, estaba, no obstante, más penetrado de los sentimientos de una viva compunción, que los que habitan en una soledad. La contrición habia obrado en él tan gran mudanza, y le habia desprendido tanto de las cosas del mundo, que más bién que señor de sus súbitos, se consideraba como servidor de ellos. Se miraba en el trono como un culpable encadenado en una prisión : veia la púrpura de que se hallaba revestido como un cilicio, y el real palacio era para él como un desierto : pues sólamente la contrición puede cambiar la disposición del corazón, y hacer que al mismo tiempo que se mire la púrpura con honor, no se encuentre pla-

cer más que en la ceniza, en el cilicio y en las lágrimas.

Otro tanto acontecia á san Pablo. Aunque obligado por su ministerio de Apóstol á morar entre los hombres, vivia con tanto desprendimiento de las cosas de la tierra, que todas sus afecciones estaban en el cielo. Así es que puede decirse que estaba tan separado de aquellos con quienes vivia en el mundo, como nosotros lo estamos de los muertos. Hé aquí porque decia, que el mundo estaba crucificado para él, y él lo estaba para el mundo, con lo cual significaba que era insensible para las cosas de él. Nada de particular dice asegurando que el mundo estaba crucificado para él; pero añade, como una práctica mucho más perfecta, que él también estaba crucificado para el mundo.

El medio, pues, de adquirir la verdadera compunción es desprendernos de los cuidados del mundo: no tomar parte alguna en lo que pasa en él: cerrar las puertas de los sentidos para que no vengan á turbar y preocupar á nuestra alma las cosas exteriores: entrar en la soledad interior y retirarse dentro de sí mismo para presentarse á Dios con desprendimiento y pureza de corazón. El santo Doctor insiste en esta materia en todo este segundo libro, y lo hace con tanta energía y unción, que no se pueden leer sus palabras sin sentir vehemente deseo de aprovecharse de ellas, y sin admirar su sublime elocuencia.

Nos resta hablar de Estagiros, á quien san Crisóstomo dedica sus tres libros *de la Providencia*. No es creible que los escribiera en la soledad: puesto que Sócrates asegura que era diácono cuando los compuso<sup>1</sup>, y viviendo, por consiguiente, en Antioquía. Así pues, no haremos el análisis de ellos, sino que nos fijaremos sólomente en el santo varón á quién fueron dedicados, y que profesó la vida monástica.

<sup>1</sup> Tillemont es de opinión contraria y cree que el Sauto se hallaba todavía en la soledad. Tom. II, pag. 25 y 254, nota 12.



Estagiros fué educado desde su infancia en el estudio de las letras sagradas y alimentado con la doctrina de la verdad, que desde muy antiguo profesaba su familia. Su padre que era muy rico y de elevada alcurnia, tenia muchos hijos, pero profesaba á éste un especial cariño. Como era hombre de carácter muy áspero y dado á la disipación, es de suponer que la piadosa educación de Estagiros se debiese á los cuidados de su madre. Como quiera que sea, en el corazón de este jóven se habia derramado la buena semilla, la cual no creció por el pronto, porque como tantos otros, vivió durante algún tiempo en el lujo y en la afición á las cosas de la tierra, pero sin entregarse tampoco á excesos ni desarreglos. Dios no tardó en abrirle los ojos de su alma y en hacerle conocer las vanidades de las cosas de la tierra, lo cual le determinó á abrazar la vida monástica y á consagrarse enteramente al servicio del Señor.

Esta resolución exasperó extraordinariamente á su padre, quién la consideró como un deshonor para su familia, y se opuso á ella con toda su energía. Pero Estagiros no se intimidó, sino que se retiró á un monasterio. Al poco tiempo, sin embargo, fué entibiándose el fervor que le habia hecho abandonar tan generosamente el mundo: los ejercicios monásticos se le fueron haciendo penosos: costábale trabajo el levantarse de noche para cantar el oficio divino, y se solia enfadar con el que le despertaba. No le agradaba el que le reprendiesen: causábale fastidio la lectura, y se entretenia en cultivar los árboles de un jardin. Notábase también que su carácter se habia vuelto áspero, y que no habia olvidado enteramente su nobleza y las riquezas de su casa.

El Señor que le amaba, y que en su misericordia le habia retirado del medio para hacerle uno de sus más fieles servidores no permitió que durase mucho tiempo esta negligencia, que le habria hecho perder el fruto de su

sacrificio, y para librar su alma de una tibieza que habria de serle tan funesta, entregó su cuerpo al demonio.

Oraba un dia Estagiro en compañía de los demás religiosos, cuando de repente le acometió el maligno espíritu y le derribó en tierra. Al mismo tiempo empezó á arrojar espuma por la boca, á hacer horribles contorsiones, á dar gritos espantosos y otras señales de la presencia del demonio. Despues quedó durante algún tiempo inmóvil y privado de sensibilidad.

Hallándose acostado á la noche siguiente, se le apareció un jabalí cubierto de lodo, el cual se arrojó muchas veces sobre él. Al ruido se levantó un religioso que dormia en su celda, y quedó espantado al verle agitado nuevamente por el demonio.

Desde entónces fué atacado por el maligno espíritu á intervalos: pues si en algunas ocasiones llegaba á creerse libre, no tardaba en sufrir nuevos ataques. El deseo de verse libre de un huésped tan cruel, le hizo entregarse con mas asiduidad á la oración, al ayuno y á las vigalias. Empezó peregrinaciones á las tumbas de los mártires en que muchos habian encontrado el beneficio que él buscaba. Recurrió también á un santo abad y á sus religiosos á quienes Dios habia concedido un poder maravilloso sobre los espíritus infernales. Pero todo fué inútil.

Esto le sumergió en un grande abatimiento y en una profunda tristeza: pues por una parte se sentia arrastrado por la desesperación á darse muerte, y esto le horrorizaba: mientras que por otra consideraba que si su padre llegase á saber su situación, culparia á su madre y á los monjes tomando ocasion para maltratarles.

Además, no podia concebir, como, habiéndolo abandonado todo para consagrarse á Dios y vivir en penitencia, habia sido entregado á la tiranía del demonio; mientras que, cuando vivia en medio de los placeres y de la abun-

dancia del mundo, no habia experimentado tan grande mal. Pero Dios cuyos consejos son impenetrables al espíritu humano, lo dispuso de esta manera para que su alma sacase un grande bién. Así es que, despues de esta época de prueba, se vió á Estagiro entrar en los caminos de la perfección y hacerse un modelo edificante de todas las virtudes religiosas. Se consagró enteramente á la lectura, á la oracion, á las vigiliass y al recogimiento no comia más que cada dos dias, siendo su único alimento el pan y el agua. Pasaba muchas noches sin dormir y se hallaba penetrado de tan viva compunción que le hacia derramar casi continuamente lágrimas, de suerte que muchos que le veian ó le oían hablar se sentian movidos y formaban desigüio de abrazar la penitencia.

Guardaba un silencio tan rigoroso en medio de sus hermanos, que podia asegurarse que hacia vida de anacoreta. Jamás levantaba sus ojos para mirar á nadie. Su humildad era tan profunda, que por grandes que fuesen las alabanzas que se le tributasen, no habia temor de que le afectasen, ni que dejase de tenerse por el último de los hombres. Así es que, léjos de ceder al demonio que le atacaba con tanta violencia, triunfaba siempre de él con la constancia de su celo, y tan luego como pasaba el acceso de la posesión, se le veia levantarse para orar, para dar gracias á Dios, y para volver con mayor fervor y ánimo á los ejercicios de su estado, lo que hacia decir á san Juan Crisóstomo que no sólomente habia igualado en virtud á los religiosos de su tiempo, sino que habia llegado á la de los antiguos más consumados en la perfección.

Este santo Doctor que con él habia vivido en el monasterio, y que le habia profesado la más estrecha amistad, no pudo ménos de experimentar vehementísimo dolor al tener noticia de la posesión por un amigo de ambos llamado Teófilo de Éfeso. Tanto le afectó esta desgracia, que ha-

bria ido inmediatamente á consolarle y á prestarle los auxilios que de él dependiesen, si no se lo hubieran impedido unos agudísimos dolores de cabeza que por entónces padecía. Pero en compensación y para inspirarle consuelo y santo ánimo se resolvió á escribirle los tres libros sobre *la Providencia*, obra admirable y digna de tan gran Doctor, en que todas las personas afligidas pueden aprender los designios de Dios en las cruces que envia á sus siervos, y el uso santo que deben hacer de ellas.

Aunque no hagamos aquí una exposición de toda la obra, haremos notar, sin embargo, en pocas palabras, que en el primer libro demuestra el Santo á Estagiro que nada ocurre en la tierra sino por permisión de Dios, el cual, al castigar á los hombres, se propone únicamente su bien, como lo prueban muchos ejemplos: que esta bondad de Dios brilla hasta en las tentaciones que permite les suscite el demonio, porque éstas nos obligan á ejercer mayor vigilancia, á redoblar el cuidado de nuestra salvación, y á recurrir á él con más fervor y confianza. Confirma esta verdad con su propia experiencia, pues hallándose dominado de la tibieza ántes de la posesión del maligno espíritu, se encontraba ahora en un estado más perfecto y más aplicado á sus deberes.

Le exhorta muy encarecidamente en el segundo libro á que no se abandone á la tristeza, que más que al demonio, debe atribuir á la pena que su estado le produce. Para sobrellevarla, le dá un remedio, y es que no juzgue de su situación como pudiera juzgar el mundo, sino según el dictámen de la razón y las enseñanzas de la religión, que propone el sufrimiento como uno de los medios de expiar las faltas pasadas. Y por último, que no desea tanto su curación, como el que sepa hacer un santo uso y aprovecharse de su presente estado. Concluye este libro con esta sentencia admirable y digna de nuestra atención. « Un

cristiano no debe afligirse más que por dos motivos : cuando ha tenido la desgracia de ofender á Dios, y cuando vé que es ofendido por otros. »

En el tercer libro le hace notar, que lo que sufre es un pequeño mal en comparación con lo que otros sufren. Cita dos ejemplos : uno de un anciano, llamado Demófilo, que, habiendo pertenecido á una familia ilustre, se veia reducido á una miseria extrema, hallándose además privado del uso de todos sus miembros hacia quince años. El otro se refiere á Oristoxono de Bitinia, que se hallaba afligido por unos dolores excesivos, sin tener el más pequeño alivio, y que hacia seis años se encontraba en el estado más lastimoso, abandonado de los médicos, despreciado de sus amigos, y privado de todo consuelo.

Aparece de una carta de san Nilo, que la posesión de Estagiros duraba aún en su tiempo, lo cual demuestra que Dios ejerció su paciencia con esta cruz durante muchos años, y que lo sostuvo con su gracia en esta larguísima prueba : pues el Santo le llama varón venerable por su compunción y por su piedad : ensalza su humildad, y hablando de las vejaciones que sufría de parte del demonio, le considera como uno de los más célebres ejemplos de lo que Dios hace sufrir á los Santos, para aumentar su recompensa, y para inspirar saludable temor á los pecadores.

## TEODORETO, OBISPO DE CIRO.

Tomanos de la historia religiosa escrita por Teodoreto, y titulada *Filoteo*, lo que vamos á decir de muchos solitarios que florecieron en la montaña de Antioquía y otros paises inmediatos. Asegura en el prefacio que de la mayor parte de ellos habla como testigo ocular, y en cuanto á los que no ha visto, refiere lo que ha oido de personas dignas de toda fé. Pero ántes de hablar de estos grandes siervos de Dios, conviene que tracemos, aunque no sea más que en compendio, la vida de este célebre obispo de Ciró, á quién debemos las actas de tantos y tan ilustres personajes, de quienes nada sabriamos, si no se hubiese tomado el trabajo de detallar sus virtudes.

Teodoreto era natural de Antioquía, y él mismo dice que sus padres le obtuvieron por las oraciones de san Macedonio, que habitaba en una montaña inmediata á esta ciudad. Le ofrecieron á Dios ántes de que naciese, refiriendo todas estas circunstancias en la vida de este Santo: « Mi madre, dice, no habia tenido ningún hijo, y soportaba hacía trece años su esterilidad con gran paciencia, porque era muy piadosa, y estaba persuadida de que Dios lo permitiría así para su propio bién. Pero mi padre no pensaba de la misma manera: deseaba tener hijos, é iba buscando por todas partes á los siervos de Dios, para que pidiesen esta gracia al Señor. »

Todos le prometian orar, y al mismo tiempo le exhortaban á que se sometiese á la voluntad del Señor; pero Ma-

cedonio le aseguró con toda certeza que sus deseos serian realizados. Mas pasaron tres años, y la promesa no se cumplia. Al cabo de este tiempo volvió á visitarle mi padre, y el Santo le dijo que viviese también mi madre. Una vez en su presencia, le dijo, que pediria á Dios que le diese un hijo, pero á condición de que lo consagrarse á su servicio. »

« Mi madre le respondió que no deseaba otra cosa que su salvación. Pero el Santo le replicó : Dios, que es bondadoso, te concederá esta gracia, y te dará un hijo ; porque sus beneficios exceden á los deseos de los que lo imploran con toda la sinceridad de sus corazones. »

« Se retiró muy consolada con esta promesa, y cuatro meses despues se sintió embarazada, y volvió al siervo de Dios para manifestarle el efecto de su oración y de su bendición. Un mes despues se encontró en peligro de dar á luz ántes de tiempo, y fué á manifestar al Santo el peligro en que se hallaba. Dios habia revelado á este la noche anterior la enfermedad, asegurándole la curación : así es que cuando vió venir al que iba de su parte, le dijo que sabia el objeto de su venida : tomó su báculo, y se dirigió á la casa. Al entrar, saludó según la costumbre, y dijo á mi madre : Hija mia, está segura que el que ha hecho la gracia de darte un hijo, no la revocará, siempre que seas fiel al cumplimiento de la promesa, consagrándolo á su servicio. Mi madre le respondió, que no queria dar á luz sino con esta condición, y el Santo le dió á beber agua benedicta, con la cual quedó inmediatamente curada. »

Se deduce de este relato de Teodoreto que fué hijo de la oración. Sus padres le dieron una educación conforme á su promesa, tanto en lo relativo á la piedad, como en lo concerniente á las ciencias, en las cuales hizo maravillosos progresos. La proximidad de la montaña proporcionaba al jóven Teodoreto ocasion de ver con frecuencia á san

Macedonio, que aprovechaba estas visitas para darle saludables avisos.

« Con mucha frecuencia, dice, tengo la dicha de recibir su bendición y sus instrucciones. Hijo mio, me dice, has venido al mundo con muchos trabajos. He pasado muchas noches pidiendo á Dios, que tus padres cumplan la significación del nombre que te han impuesto (Teodoreto significa *dado á Dios*). Haz, pues, que tu conducta corresponda á estos trabajos, pues has sido consagrado al Señor antes de nacer, y lo que le está consagrado debe ser respetado y separado del común de los hombres. No permitas que entre en tu alma cosa alguna mala, y esfuérzate porque todas tus acciones y todos los sentimientos de tu alma sean agradables á Dios, que es el supremo legislador. »

San Macedonio no dejaba de darle éstas y otras muchas lecciones para animarle á la virtud, y Teodoreto las aprovechó tan bién, que dejó á sus padres, á pesar de ser hijo único, para retirarse á un monasterio á tres millas de Apamea.

Cuando apénas tenia veinticinco años, vino á esta ciudad, ya fuese accidentalmente, ya para vivir algún tiempo en ella, pues allí recibió el órden de lector. Apovechó este tiempo para visitar á san Zenón, que habitaba en la montaña, conversando con él de materias relativas á la piedad, proponiéndole algunas cuestiones, y aprendiendo la solución de algunas dificultades. A poco volvió á su monasterio, y continuó ejercitándose en los deberes de su estado, hasta que, á su pesar, se le obligó á encargarse de la diócesis de Ciro.

Esta ciudad, situada en la parte de Siria, llamada Eufratesiana <sup>1</sup>, no era de grande importancia; pero

<sup>1</sup> La Siria Eufratesiana, ó simplemente la Eufresia, recibió de Domiciano este nombre, y se llamaba anteriormente la Comagena.



bajo su dependencia tenia ochocientas parroquias. La solitud que una diócesis tan vasta exigia, no era obstáculo para que guardase fielmente todas las prácticas monásticas. Tan luego como murieron sus padres, distribuyó su patrimonio en obras de piedad: no quiso adquirir casa, ni tierras, ni aún un sepulcro, ni mucho ménos guardar dinero alguno, para poder vivir con la pobreza y el desprendimiento de un monje. No recibia presente de ninguna persona, ni permitia que sus familiares lo aceptasen, aunque fuese un hábito ó un pan. Toda su posesión consistia en sus vestidos, que eran, por cierto, muy sencillos y de bajo precio.

Tan atento á las necesidades temporales de su pueblo, como indiferente era á las suyas propias, quiso procurarle, valiéndose de las rentas de su iglesia, algunas comodidades de que carecia: pues además de que Ciro era una pequeña aldea, sus habitantes eran muy pobres. Así pues, para procurarles algún solaz, hizo edificar galerías y dos grandes puentes, reparar los baños, y construyó un acueducto. Solicitó también el apoyo de la emperatriz Pulqueria, para aliviar el pais agoviado de impuestos.

Ahora bién, si con tanto cuidado se afanaba por el bién temporal de su rebaño, ¿con cuanto más empeño no trabajaria, por su bienestar espiritual? Cuando tomó posesión de su diócesis, era ésta un erial, un campo cubierto de abrojos: pues la mayor parte de sus habitantes eran marcionitas, arianos y macedonianos, á quienes tuvo la dicha de convertir. Pero esto le costó muchos trabajos, pues muchos de los enemigos de la fé le perseguian encarnizadamente: en más de una ocasión le hirieron á pedradas, y muchas veces estuvo en peligro de muerte. Pero ayudado con las oraciones del solitario Jacobo y con

Esta provincia forma hoy una parte de los bajalatos de Marasch y Alepo.

las reliquias de los mártires que llevaba consigo, tuvo al fin el consuelo de verlos convertidos. En la vida de este santo anacoreta refiere lo que le sucedió con los marcionistas, lo cual no debe considerarse como una ilusión de su imaginación, pues era un genio demasiado ilustrado para dejarse llevar de necias preocupaciones.

Hé aquí como refiere este hecho. « El detestable Marción habia propagado sus errores en toda mi diócesis, y yo empleaba todos los medios posibles para arrancar esta mala semilla. Pero aquellos mismos por quienes yo me tomaba tantos desvelos, léjos de mostrarse agradecidos, me devolvian, como dice el Profeta, mal por bien, y pagaban con el odio la caridad que yo les hacia. Su furor les impulsó á llamar en su auxilio á los demonios, para que me declarasen invisiblemente la guerra. »

« En efecto, una noche y cuando yo estaba acostado, oí á uno de estos espíritus de las tinieblas que con voz clara y distinta me dijo en lengua siriaca: « ¿ Porqué combates á Marción? ¿ qué mal te ha hecho? Deja de perseguirlo, ó te haré ver que te conviene dejarlo en paz. Hace mucho tiempo que te habria hecho pedazos, si no hubiese visto la multitud de mártires que juntamente con Jacobo te guardan. »

Oí, pues, estas palabras, y pregunté á uno de mis amigos, que dormia á mi lado, si las habia oido también. Me respondió que todo lo habia escuchado: que quiso levantarse para conocer al que así hablaba, y que no lo hizo por temor de despertarme. Nos levantamos ambos en seguida, y habiendo registrado por todas partes, á nadie vimos. No fuimos nosotros los únicos que oimos estas palabras: también las oyeron otras personas que dormian en el mismo departamento. »

Comprendí entónces que el demonio habia dicho que me hallaba guardado por una multitud de mártires y por el

solitario Jacobo ; pues yo tenia á la cabecera de mi lecho un vaso con aceite bendito por muchos mártires, y llevaba sobre mi cabeza un pequeño manto que me habia dado este ilustre solitario, todo lo cual me servia como de muro de defensa. »

Teodoreto tuvo, pues, la dicha de convertir á diez mil marcionitas en ocho aldeas, así como otra de eunomianos, y otra de arianos. Combatió también con su palabra y sus escritos á los paganos, judíos y apolinaristas. Como se hallaba dotado de un talento eminente y de una elocuencia arrebatadora, Teodoreto, Juan y Domno, que gobernaron sucesivamente la iglesia de Antioquía, le invitaban con frecuencia á predicar en ella. Juan en particular se sentia tan impresionado con sus discursos, que en más de una ocasión se levantó lleno de gozo, y empezó á aplaudirle.

Pero estos aplausos no afectaban á su humildad, porque se hallaba penetrado del temor de los juicios de Dios, y no conocia otro verdadero bien que la gracia, ni otro mal que la intranquilidad de conciencia. Así es que no iba á Antioquía ni á ninguna otra ciudad de importancia, como no le llevara un deber indispensable. Por otra parte, la vida tranquila y retirada formaba sus delicias, y aplaudia la conducta de los obispos que sabian conciliar las prácticas monásticas con las funciones de su cargo. En su virtud, y habiendo sido privado de la administración de su diócesis por Dióscoro en el falso concilio de Éfeso, se retiró á su monasterio, que se cree ser el de Apamea, y escribió á un amigo, que habia hecho cerrar las puertas para no recibir visitas.

Tales fueron las virtudes que resplandecieron en Teodoreto, virtudes que durante algunos años fueron oscurecidas por sus relaciones con Nestorio y sus partidarios, á los cuales abandonó al fin, y desde entónces fué reconocido como católico y llamado *Doctor ortodoxo* en el concilio de Calcedonia, en que fué anatematizado Nestorio.





Imp. de Charbonnier, Paris.

Goussier del.

Saint Macédoine.  
San Macedonio.



El Papa san León le escribió una carta, en que le dice entre otras cosas, que la verdad invencible de Dios le habia mostrado limpio de toda mancha de herejía, según el juicio de la Silla Apostólica.

Concluyó su vida en la paz y communi3n de la Iglesia, y tan santamente como la habia comenzado. Murió hacia el año 458.

---

## SAN MACEDONIO, SOLITARIO DE ANTIOQUIA

Teodoreto, como hemos visto en el capítulo precedente, habla de Macedonio, á quién conoció personalmente, por lo cual trazaremos la historia de este Santo, basándonos en el relato de este escritor. Fué uno de los más santos habitantes de la montaña inmediata á Antioquia, y aún cuando no aprendió las letras humanas, y era sumamente sencillo, sus virtudes y prodigios le hicieron muy célebre entre los Sirios, los Fenicios, los Cilicios y otros pueblos. Habia escogido, dice Teodoreto, las alturas de las montañas para campo de sus combates, no tenia lugar fijo ni casa para habitación, lo cual hacia para evitar las visitas de infinidad de personas que de todas partes venian á verle. Pero su retiro más ordinario lo tenia en una fosa profunda, por lo cual los Sirios le daban el sobrenombre de Guba, que significa fosa.

También se le reconocía con el subrenombre de Critófago, porque durante cuarenta años no tomó otro alimento que cebada. Despues de pasar cuarenta y cinco años errando por la montaña, y ya siendo anciano, le rogaron con

insistencia sus amigos que hiciese una cabaña, y por último, uno de ellos le prestó una casa muy pequeña para que fijase en ella su residencia.

Flaviano, patriarca de Antoquía, quiso honrar su virtud elevándole al sacerdocio ; pero comprendiendo que si le manifestaba sus intenciones, seria muy difícil vencer su humildad, empleó un artificio, y le llamó á la ciudad so pretexto de responder á una acusación presentada contra él. Macedonio obedeció al punto, y Flaviano le ordenó sacerdote durante la celebración del santo sacrificio. Afligióse en extremo al Santo, temiendo que se le obligase á abandonar su amado retiro de la montaña. Se quejó amargamente al patriarca y á todos lo que se hallaban presentes, y costó mucho trabajo el calmar su dolor.

A la semana siguiente le hizo venir Flaviano para que asistiese con los demás presbíteros á una solemnidad, y cuando hubo llegado, les dijo : ¿ No estais contentos con lo que ha pasado ? ¿ quereis ordenarme de nuevo ? Se le hizo presente, que ésto no era posible, porque el órden sagrado es un sacramento que no puede reiterarse ; pero su sencillez era tan grande, que sus amigos tuvieron que repetírselo muchas veces. « Yo sé muy bién, dice Teodoreto, que la reiteración no es posible, y he creído necesario hacer mención de este hecho, para que se conozca hasta que punto llegaban el candor y la pureza de su alma : pues solamente á las almas sencillas ha prometido Jesucristo el reino de los cieños, cuando dice : *En verdad os digo que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entrareis en el reino de los cieños* <sup>1</sup>.

Pero si Macedonio fué tan sencillo en esta ocasión, Dios, que saca su gloria de la boca de los niños, hizo ostentación en él de una sabiduría y de una elocuencia la más á propó-

<sup>1</sup> Math. xviii, 3.



sito para persuadir, y que no podia atribuirse, como hace notar san Juan Crisóstomo, más que al poder de la religión cristiana. Verificóse en Antioquía una sedición tan violenta, que se hicieron pedazos las estatuas del emperador. Como éste es un rasgo histórico que interrumpiria el hilo de nuestra narración, hablaremos de él al fin de este capítulo, con el fin de continuar ahora hablando de otras gracias particulares con que le favoreció el Señor.

Teodoreto cita muchos prodigios obrados por san Macedonio. « Un pastor, dice, cuyas ovejas se habian extraviado, vino á buscarlas á la montaña del Santo. La noche era oscura, y la montaña se hallaba cubierta de niebla. Macedonio se hallaba sin abrigo y no podia ménos de experimentar el rigor de la estación ; pero Dios que protege á sus siervos y les dá muchas veces pruebas sensibles é inequívocas de una providencia particular, manifestó á este pastor por medio de una maravilla extraordinaria el cuidado que tenia de este santo varón, y se lo hizo ver rodeado de un gran fuego, que dos hombres vestidos con blanco ropaje alimentaban con leña.

No se extrañará este prodigio, si se considera el fervor de espíritu y el amor con que Macedonio servia al Señor. Teodoreto dice á este propósito, que un dia fué de cacería á la montaña un coronel acompañado de gran número de soldados y de perros. Descubrió desde léjos al Santo, y sabiendo por su gente que era el célebre Macedonio, desmontó del caballo, le saludó cortesmente, y le preguntó en que pasaba su vida. Satisfizo el Santo á todas sus preguntas, y á su vez le rogó que le manifestase el objeto que le traia á la montaña. Díjole el coronel que venia á cazar. Pues yo, le replicó Macedonio, me ejercito en la caza de mi Dios, mi gran pasión es verle : deseo con gran ardor tenerle en mis lazos, y jamás dejaré una caza tan excelente.

El oficial quedó edificado con esta respuesta, y se retiró de la montaña lleno de admiración.

El Señor le favoreció con el don de profecía. Otro coronelllamado Lupiciano, hombre de reconocida piedad, vino á verle manifestándole estar muy intranquilo, á causa de que dos buques cargados de provisiones, hacía cincuenta dias que habian salido de Constantinopla, y no se tenia noticia alguna de ellos. Macedonio le dijo con toda certeza : « Uno de los buques ha naufragado, y el otro entrará mañana en el puerto de Seleucia. » El hecho comprobó la verdad del vaticinio.

Teodoreto refiere también algunos de sus milagros. Dice que curó á una mujer que padecía de hambre canina, que unos atribuian á una causa natural, y otros á la malicia del demonio : pues era tan extraordinaria esta hambre, que comia diariamente la pobre mujer treinta gallinas, sin verse jamás satisfecha. Lleváronla, pues, al Santo, el cual oró por ella, y dándola á beber agua, sobre la cual hizo la señal de la cruz, se encontró ésta tan radicalmente curada, que un alón de gallina bastaba para su diario sustento .

Una señora de alta alcurnia, llamada Astria, tuvo la desgracia de perder la razón, de modo que no conocía á nadie, ni queria tomar ninguna clase de alimento. Su esposo, en extremo afligido, viendo que eran inútiles todos los remedios humanos, acudió al Santo, y fué á la montaña para manifestarle su dolor y pedirle sus oraciones. Macedonio se movió á compasión, y le siguió á su casa, en donde, despues de orar con extraordinario fervor, bendijo un poco de agua, y mandó que se la diesen á la enferma. Los médicos, que se hallaban presentes, protestaron que el agua fria podria serle perjudicial ; pero Aviodán, éste era el nombre del marido, siguió el consejo del Santo, y apénas bebió la enferma el agua, volvió en sí, reconoció al Santo, le pidió la mano para besársela, y recobró la salud.

También libró á una mujer poseida del demonio, cuyo hecho refiere Teodoreto en los siguientes términos : « El padre de esta jóven la llevó al desierto, para que el Santo orase por ella. Hízolo éste, en efecto, y mandó al demonio que saliese de aquel cuerpo ; pero el espíritu de la mentira respondió que no habia entrado en él por su propia voluntad, sino por las malas artes de un jóven, á quién nombró, acusándolo de haberlo hecho impulsado por la pasión del amor. Apénas lo oyó el padre, se presentó al magistrado de justicia y denunció al culpable. Se le hizo comparecer en juicio, en que negó el hecho, y sostuvo constantemente que era una calumnia.

El padre que no tenia otra prueba que lo que habia dicho el demonio en presencia de Macedonio, suplicó al juez que se trasladase á la residencia del Santo para tomarle declaración. Díjole el magistrado que no podia juzgarse un proceso en la celda de un solitario, y entónces el afligido padre suplicó al Santo que se presentase al juez. Hízolo así, movido por un espíritu de caridad, y tan luego como le vió el magistrado, bajó de su tribunal, y se despojó de su carácter de juez para constituirse en espectador.

Usando entónces Macedonio del poder que Dios le habia dado sobre los espíritus de las tinieblas, conjuró al que se habia apoderado de aquella jóven á que renunciase á sus mentiras, y declarase lo que habia en aquel particular. Forzado el demonio á ceder á la autoridad superior de Dios que le mandaba por la boca de su siervo, declaró al verdadero culpable del crimen y á la criada de que se habia valido para hacer tomar el brevaje á la poseida. Iba á acusar á otras personas que le habían obligado á causar incendios y otras maldades ; pero el Santo le impuso silencio, y le mandó salir del cuerpo de la jóven y de la ciudad, lo que ejecutó al punto.

El juez queria castigar al autor de este crimen según lo habia declarado el demonio ; pero el Santo le dijo que no era justo hacer morir al que habia sido descubierto por un milagro ; sino que convenia dejarle vivir para que hiciese penitencia y obtuviese la gracia de la salvación.

Aunque san Macedonio llevaba una vida muy austera, sabia usar de discreción, y recomendaba esta virtud á los demás. Refiere Teodoreto que su madre, que era una señora muy piadosa y que habia abrazado los ejercicios de la vida solitaria, cayó enferma, y no queria quebrantar su abstinencia ordinaria, por más que su estado exigia que tomase más alimento. Vino á visitarla el Santo, y la exhortó á qué siguiese los consejos de los médicos, y á que tomase los alimentos que se le diesen, no por espíritu de delicadeza, sino por necesidad : « pues yo mismo, decía, que durante cuarenta años me he sustentado, como sabeis, con cebada, sintiéndome ayer enfermo, no tuve dificultad en pedir á mi compañero que me diese un poco de pan, considerando que si, por falta de este alivio, me dejaba morir, Dios me pediria cuenta de rehuir el combate y de rehusar trabajar en su servicio. Pudiendo continuar mi vida con este poco de alimento y seguir mis trabajos para alcanzar los bienes eternos, estaba obligado á tomar éste y conservar mi existencia. No he escuchado los pensamientos que mi espíritu me sugeria, sino que he comido el pan, y os ruego que por ahora continúeis enviándomelo en lugar de la cebada. »

San Macedonio sirvió al Señor durante sesenta y dos años en la soledad. Ignoramos la edad que tenia, cuando vino á ella, así como las circunstancias de su muerte ; pero sabemos que sus funerales se celebraron con grande pompa. No sólomente el pueblo de Antioquía, sino gran multitud de extranjeros acompañaron su cadáver, que los principales magistrados llevaron en hombros á una iglesia

de Antioquía, consagrada en honor de los santos Mártires. Se le enterró cerca de los santos Afrate y Teodosio, cuya vida expondremos también. Debió morir hacia el año 420. La Iglesia celebra su memoria el 24 de enero.

Hablemos ahora de uno de los más hermosos pasajes de san Macedonio, y que honra igualmente á los demás solitarios, que con él moraban en el desierto. Este pasaje es tan edificante que merece lo expongamos con más extensión. Teodoreto lo refiere en la vida del Santo y en su *Historia eclesiástica*, así como san Juan Crisóstomo en sus homilias al pueblo de Antioquía.

Obligado el emperador Teodosio á decretar nuevos impuestos para atender á los gastos de la guerra, el pueblo de Antioquía, que vió las vejaciones que sufrían los que no los pagaban, se llenó de furor, y empezó á apredrear las imágenes y estatuas del emperador, así como las de su padre, las de sus hijos y las de la emperatriz Fracila ó Placila, su mujer, muerta poco tiempo ántes, princesa muy recomendable por sus virtudes, así como por su humildad y por su caridad para con los pobres y enfermos. Llevando el pueblo aún más léjos su insolencia, ató con cuerdas sus estátuas, las arrastró por toda la ciudad, y por último, las hizo pedazos en medio de gritos é insultos groseros.

Estos excesos, aunque cometidos por niños, extranjeros y la plebe, causaron un terror tan grande en toda la ciudad, que los magistrados no se atrevieron á presentarse en público, temiendo por su propia vida. Pero cuando se apaciguó la sedición, se apoderó de todos los ánimos una gran consternación esperando la justa cólera del emperador, consternación que aumentaron las pesquisas practicadas por los magistrados en averignación de los culpables. Muchos abandonaron entónces la ciudad, y fueron á ocultarse en las cavernas; miéntras que otros lo hicieron en

las casas. A casi nadie se veía en las calles y plazas públicas, y Antioquía presentaba el espectáculo de un desierto, más bién que el de una ciudad.

Su patriarca, Flaviano, compadecido de los males que la amenazaban, se puso en camino á pesar de su avanzada edad y del rigor de la estación, pues estos sucesos tenían lugar poco ántes de la cuaresma, con abjeto de apaciguar al emperador, ántes que llegasen los correos que se le habian enviado. Pero ya habian llegado algunas noticias á éste príncipe. que, en los primeros movimientos de indignación, habia resuelto transferir todos los privilegios de Antioquía á Laodicea, así como la dignidad de metrópoli de Oriente, que sabia había de ser muy sensible á los Antioquenos, por que desde hacía mucho tiempo los habitantes de Laodicea envidiaban la grandeza de Antioquía.

Envió, pues, inmediatamente á dos de sus principales oficiales ; á saber, Helehico, maestro de la milicia, y Cesario, maestro de los oficiales, para abrir una información y castigar á los culpables. El patriarca Flaviano los encontró en el camino, y sabiendo el objeto de su viaje, se llenó de aflixión y se apresuró á presentarse al emperador. Entretanto corrió el rumor de que este príncipe confiscaría los bienes de todos los habitantes : que mandaría quemar y destruir todas sus casas, y que haría terribles escarmientos.

La llegada de los dos oficiales aumentó estos temores. Declararon aute todo que la ciudad quedaba privada de sus privilegios : prohibieron el teatro y el hipódromo ; hicieron cesar los baños, castigo muy duro para un pais cálido, y dieron principio á las informaciones en averiguación de los culpables, empezando por los magistrados y senadores que no habian reprimido la sedición. No podemos expresar mejor esta trágica ejecución, que empleando las palabras de san Juán Crisóstomo, que la recuerda al pueblo en una de sus homilias.

« Despues, dice, que la mayor parte de nuestros conciudadanos, llenos de terror, se escondieron en los desiertos y en las montañas, las casas y los lugares públicos quedaron abandonados : apenas se encontraban dos á tres habitantes, que más que hombres, parecian espectros. Ibamos al palacio con objeto de ver el fin de esta tragedia, y lo que más horror nos inspiraba era la silenciosa tristeza que allí reinaba. Cada cual reconcentrado en sí mismo, no se atrevia á dar ni á pedir noticias ; todos sospechaban unos de otros ; todos temian caer en la prisión. Elevando los ojos, á Dios, que es el protector de los afligidos, nos propusimos dulcificar el corazón de los jueces. »

« Esto es lo que pasaba fuera de el pretorio ; pero lo que sucedia interiormente era mucho más terrible. No se veian más que soldados armados de espadas y sables, que separaban de la puerta á las madres, á las mujeres, á los parientes y amigos de los que eran castigados, con el fin de impedir el tumulto que pudieran causar sus ayes y gemidos.

« Pero nada me impresionó tanto, como el ver entre otras personas á la madre y hermana de uno de los infelices acusados, solas y despreciadas, por más que pertenecian á una de las más ilustres familias : lleno el rostro de verguenza, y postradas en tierra á la puerta del pretorio en medio de los soldados armados. Desde allí oian las amenazas de los jueces, las voces de los verdugos, el chasquido de los látigos y los gritos de los que eran atormentados, todo lo cual les causaba un dolor más vivo que el que sufrían los criminales. Y como á fuerza de golpes se les obligaba á delatar á los cómplices de la sedición, temian que declarasen á algunos otros de sus parientes. Tanto dentro como fuera no se veian más que suplicios : unos eran entregados á la crueldad de los verdugos ; miéntras que otros experimentaban los sufrimientos que son naturales al afecto y á la ternura. »

« Los mismos jueces se veían obligados con grande pena á usar de este rigor, y á ser ministros de tan deplorable calamidad. Por lo que á mi toca, cuando veía á tantas mujeres y jóvenes de elevada condición, educadas con tanta delicadeza en suntuosos palacios, y que entónces no tenían otro lecho que la desnuda tierra, y que en lugar de los criados y del esplendor que acompaña á las grandes fortunas, abrazaban ahora humildemente las rodillas de aquellos que tenían algún ascendiente sobre los jueces, pidiéndoles que intercediesen por ellas : cuando veía, digo, esta mudanza tan extraña, no podía ménos de decir con Salomón : *Vanidad de vanidades, y todo vanidad.*

« Estas tristes escenas traían á mi memoria los juicios de Dios. ¿ Como es, me decía yo á mí mismo, como es, que una madre ni una hermana, aunque inocentes, no pueden obtener nada en favor de los criminales ? ¿ Quién se declarará en favor nuestro en aquel dia espantoso ? ¿ Quién nos librárá de los suplicios eternos ?

« Sin embargo, cuando llegaba la noche, sobrevenían nuevas inquietudes acerca de los sucesos del dia siguiente. Todos pedían á Dios que inspirase á los jueces la dilación del juicio de los culpables, y que los enviasen al emperador, animados de la esperanza de que la tardanza pudiese variar la marcha de las cosas. La Iglesia unía sus oraciones á las de los particulares, y pedía á Dios que fuesen absueltos los restantes, y que impidiese la completa destruccion de Antioquía. Por último, los jueces se apresuraron á dar por terminado su cometido, y decretaron la prisión de todos los culpables. Entónces se vió pasar por la plaza á aquellos que ántes sostenían caballos para la carrera, y que premiaban á los que vencían, se les veía, digo, cargados de cadenas ; miéntas que sus bienes eran confiscados, y sus mujeres, entregadas á la desolación y arrojadas de sus casas, se veían obligadas á buscar un retiro que apenas



podian encontrar porque todos temian hacerse sospechosos recibíendolas en sus casas. »

Tal es el relato que hace san Juan Crisóstomo del estado deplorable del pueblo de Antioquia á consecuencia de la sedición, y en estas tristes circunstancias, en que todos procuraban librarse de las desgracias que amenazaban á la ciudad, es cuando los solitarios de los desiertos vecinos dejaron las cabañas y cavernas en que habitaban para venir á consolar á los afligidos é interceder por los culpables. Pasaron el dia á la puerta del palacio, y declararon que no se retirarían hasta que los jueces hubiesen perdonado al pueblo. Estos les manifestaron que no estaba en sus manos la gracia que solicitaban, y que era peligroso dejar impunes semejantes excesos ; pero los monjes se ofrecieron á pedir por sí mismos la gracia al emperador, cuya piedad y clemencia conocían, asegurando que la conseguirían. Viendo los jueces que se disponían á emprender el viaje á Constantiuopla, les hicieron esperar á que el emperador concediese la gracia, para lo cual le dirigieron una solicitud por escrito.

Entre todos los monjes distinguióse san Macedonio : pues habiendo encontrado en una de las calles de la ciudad á los dos comisionados del emperador, los detuvo suplicándoles que bajasen de sus caballos. Indignáronse en un principio, viéndose detenidos por un viejo de pequeña talla y cubierto de andrajos ; pero algunos de los que les acompañaban les hicieron ver quien era, y al punto desmontaron de sus caballos ; se excusaron de su falta de atención : le besaron la mano y abrazaron sus rodillas. Entónces les dijo estas hermosas palabras, que fueron dirigidas á Teodosio, é impresionaron su corazón. « Ilustres señores, escribid al príncipe, diciéndole, que si es emperador, no olvide que es hombre, y que sus súbditos son también hombres hechos á imágen de Dios : que hay una gran diferencia

entre las estatuas inanimadas y las imágenes vivas de Dios : que si ha sido tan sensible á la injuria que se ha hecho á las de su esposa, no debe hacérsele mayor á las de Dios destruyéndolas : que las estatuas de bronce que se han destruido pueden renovarse ; pero con todo su poder no llegará nunca á dar un solo cabello á los hombres que se hagan morir. »

Este discurso, superior á la capacidad de un hombre ignorante y rústico, no pudo ménos de impresionar á los comisarios. En efecto, ya hemos dicho que san Macedonio era muy sencillo ; que carecia de estudios y de conocimiento en los negocios ; pero el espíritu de Dios puso en su boca estas palabras, que los comisarios prometieron comunicar al emperador, y que no contribuyeron poco á obtener el perdón de esta ciudad afligida.

Es preciso oír sobre este particular á san Juan Crisóstomo, que con su ordinaria elocuencia realza la generosa resolución de san Macedonio y de los demás solitarios, y toma ocasión para demostrar la superioridad de la virtud cristiana sobre la de los filósofos paganos, que en estas circunstancias se mostraron cobardes, yendo á refugiarse en las cavernas ; mientras que los monjes dejaron las suyas para exponer su vida en la ciudad.

« Nos hallabamos amenazados, dice, de mayores males : esperabamos que nuestros bienes fuesen confiscados, que fuesen destruidas nuestras casas juntamente con sus habitantes, y que el arado pasase sobre las ruinas de nuestra ciudad. Pero Dios nos ha librado de tanta desgracia, y por un exceso de su bondad ha añadido nuevos beneficios, haciéndonos más prudentes con los males que hemos sufrido. ¿ Como es esto ? Vedlo aquí. Cuando los comisarios del emperador hubieron comenzado sus informaciones, y subieron á su inexorable tribunal para hacer comparecer á los culpables, todos esperaban morir ; pero de pronto los

monjes que hacía muchos años habitaban las montañas vecinas, aparecen como ángeles enviados por Dios, y se confunden entre nosotros para socorrernos. No hubo necesidad de que se les excitase : las desgracias que nos amenazaban fueron como la señal que les hizo acudir de todas partes, pudiendo entónces decirse con toda verdad que nuestra ciudad era una imágen del cielo por encontrarse llena de santos. Su presencia bastó para consolar á los afligidos é inspirarles ánimo. Bastaba verles para no temer ya la muerte. »

« Pero lo más admirable era ver con cuanta generosidad hablaban á los comisarios en favor de los culpables. Protestaban que se hallaban dispuestos á dar su sangre por salvar la vida de estos infortunados : que no se retirarian hasta que se les perdonase, ó que se les permitiese ir la corte para pedir la gracia al mismo emperador. »

« Nuestro príncipe, decian, es dulce y piadoso, y no permitirá que mancheis vuestra gloria con la sangre de estos habitantes, ni que hagais morir á ninguno. Si sois inexorables, queremos morir con ellos. Es verdad que ha sido grande su atentado, pero nunca es superior á la clemencia de un príncipe. »

« Se refieren unas palabras llenas de sabiduría de uno de estos excelentes solitarios (alude á san Macedonio), el cual dijo, que las estatuas que habian sido destruidas, podian ser hechas de nuevo ; pero que, si se destruian las imágenes de Dios, haciendo morir á los hombres, no se podrian restablecer, por lo mismo que no podian resucitarse. »

« ¿ Quién no admirará la virtud generosa de estos grandes hombres ? Se vió, es verdad, á la madre de uno de estos prisioneros abrazada al caballo de uno de los jueces, y seguirle hasta el palacio, mostrando descubierta su cabeza, y sus cabellos grises. Admirabamos su ternura para con su hijo y la grandeza de su ánimo. ¿ Pero qué de

admirar es que hubiese dado su vida por salvarle ? ¿ Quién no sabe de lo que es capaz el amor de una madre ? Mas los santos solitarios expusieron, por un exceso de caridad cristiana, su vida no sólomente por personas á quienes no estaban unidas por los vínculos de la sangre, sino por aquellos cuyos nombres ignoraban, y á quienes no conocían sino por sus desgracias, y estaban tan llenos de compasión, que, á ser posible, hubieran dado mil vidas, por librarles de la muerte. »

« No me digais que no derramaron su sangre : no por eso son ménos dignos de estimación, puesto que se presentaron á exponer su vida. Sí al abandonar sus montañas, no se hubiesen hallado dispuestos á este sacrificio, ¿ hubieran hablado con tanta libertad, y se hubieran mostrado con tanta firmeza ante los jueces ? Ellos estuvieron todo el dia á la puerta del pretorio para arrancar de las manos del verdugo á los que eran condenados á muerte. »

Despues de exponer la generosidad de estos solitarios, y llevado san Juan Crisóstomo del ardor de su celo por la fé cristiana, se dirige á los filósofos paganos que tanta cobardía habian demostrado en esta ocasión : « ¿ Donde estaban, dice, los que llevan esplendidos mantos, crecida la barba y lujosos bastones ? ¿ Donde estaban los filósofos, esos infames cínicos, que no piensan más que en los placeres de la mesa, y que son más miserables que los perros á quienes imitan ? Todos abandonaron la ciudad, y fueron á ocultarse en las cavernas ; miéntras que los que con sus obras demuestran que profesan la verdadera sabiduría, se presentaron en la ciudad como si nada tuviesen que temer. Los habitantes de las ciudades huyeron á los desiertos ; y los habitantes del desierto han venido á la ciudad, demostrando con sus obras lo que os dije hace algunos dias, á saber, que la virtud triunfa de todo ; que ésta no se relaja con la prosperidad, ni se deja vencer por la adversidad, y

que permanece inmutable lo mismo en el gozo que en la tristeza. »

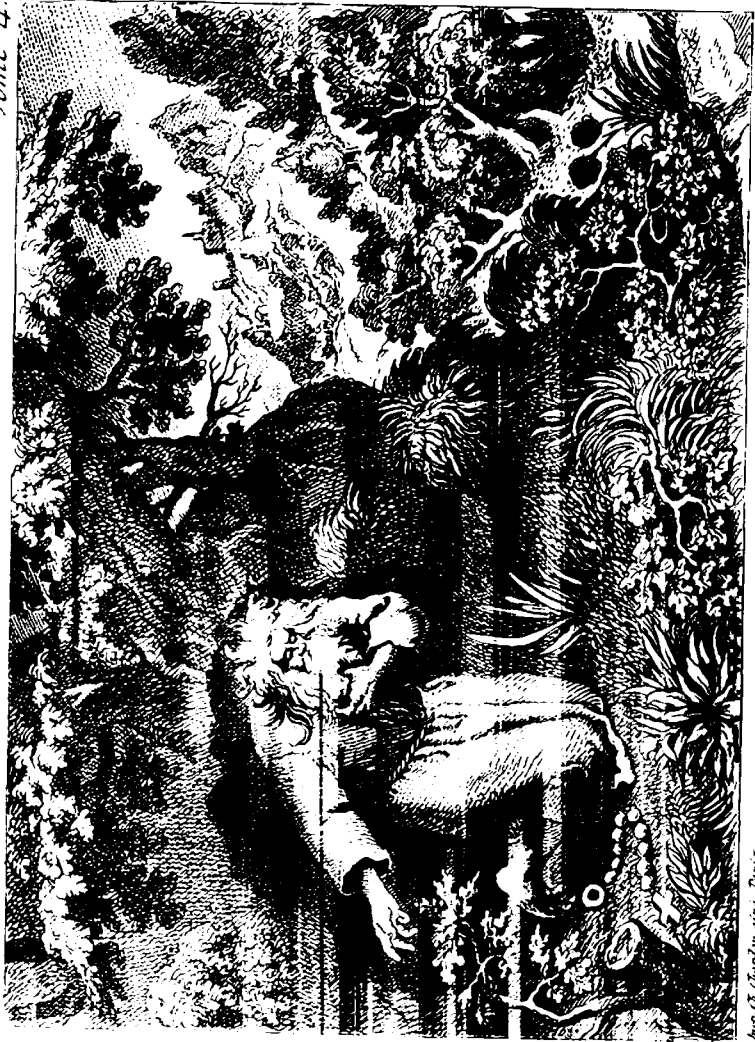
« ¿Quién no ha cedido á la desgracia de los tiempos? Los principales ciudadanos, desconfiando de su prestigio para con el príncipe y de su propia opulencia, abandonan sus casas y sólo piensan en buscar un lugar seguro: los parientes y amigos se desconocen unos á otros. Pero en esta época de dolor y de lágrimas, unos pobres solitarios, que no tienen otros bienes que sus ropas, hombres incultos é ignorantes, que habitan las montañas y las selvas, vienen á consolar á un pueblo afligido y á inspirarle confianza. Un dia les ha bastado para llevar la tranquilidad á los espíritus y para volver á su soledad, semejantes á un guerrero que no tiene más que manifestarse y dejar oír su voz para poner en huida al enemigo. »

« Tal es la divina filosofía que Jesucristo ha venido á enseñar á la tierra: tal es su fuerza. Los comisarios del emperador respondian á los santos monjes, que lo que le pedian excedia á sus facultades, y que era muy peligroso dejar impunes semejantes atentados. Pero la constancia de esos santos varones no por eso se agotó, sino que alcanzaron de los jueces que practicasen las informaciones, y las enviasen al juicio del emperador, prometiéndose dulcificarle, y hasta, si necesario era, ir personalmente á implorar su perdón. »

« Dios imprimió en el corazón de los comisarios un respeto singular para con los que de tal manera suplicaban, hasta el punto que no pudieron resistir á la fuerza de su virtud. Quisieron evitarles las fatigas de un viaje tan largo, y les dijeron que escribiesen al emperador, prometiendo unir las cartas á los expedientes, en la seguridad de obtener un éxito favorable. Estas cartas rebozaban heróica caridad, pues ofrecian su vida en precio de la gracia que pedian, y protestaban que no podrian sobrevivir á la

ruina de la ciudad. Retiráronse, pues, los jueces, llevando estas cartas: el emperador, oyó el relato de una acción tan heroica, cuya fama se extendió al punto por toda Constantinopla; por todas partes se decía que los monjes de Antioquía habían heredado la fé viva de los apóstoles, y cuando se procedió á la lectura de sus cartas en presencia de toda la corte, no pudo ménos de decirse que nuestra ciudad era dichosa, se atribuyó á extranjeros y gente perdida la causa de todo lo ocurrido, y se juzgó favorablemente de las costumbres de nuestros conciudadanos, atestiguadas por las virtudes de estos santos monjes. Ahora bien, puesto que su caridad ha tenido tanta eficacia para con los hombres, no nos desanimemos ¿cuanta no será la confianza que debemos tener en Dios? Propongamos tan hermoso ejemplo, cuando los infieles nos hablen de sus filósofos. La debilidad que hoy han demostrado estos es una prueba de que la virtud de que tanto han blasonado sus sabios no era más que una comedia, una ficción. Por el contrario, la conducta que han observado nuestros monjes demuestra que es una verdad lo que se nos refiere acerca de la constancia de san Juan, de san Pablo, de san Pedro y de los demás santos. De ellos han heredado el heroismo, así como la piedad y la sabiduría. No necesitamos escribir para demostrarlo: los discípulos dan testimonio de los maestros. Pero fácil es convencer de hipocresía y de necia vanidad á los estóicos por la debilidad que en semejantes circunstancias han manifestado los que profesan sus doctrinas. »





*Gravé d'après*

*Saint Pierre de Galatie.*

*San Pietro de Galacia.*

*Imp. Ch. Bachevalier, Paris.*





## SAN PEDRO DE GALACIA, SOLITARIO DE ANTIOQUIA.<sup>1</sup>

Los Griegos, en sus Méneos, hacen mención de dos solitarios de Galacia, que llevaron el nombre de Pedro, á saber; del primero, que es del que aquí hablamos, en el día primero de febrero, y del segundo en 9 de octubre. Nada diremos aquí de este segundo, porque vivió cuatro siglos despues, ó sea, en el reinado del emperador Basilio. En cuanto al primero, referiremos lo que de él dicen las actas de Teodoreto, que lo pone entre los solitarios más eminentes en santidad del desierto de Antioquia.

San Pedro recibió el sobrenombre de Galacia, porque era natural de esta provincia del Asia menor, en que los galos, despues de incendiar á Roma y de asolar toda la Italia, vinieron á establecerse. No nos dice Teodoreto en que lugar de esta provincia nació; pero es de creer que fué educado en la piedad cristiana, pues á la tierna edad de siete años dejó la casa de su padre, y pasó toda su vida en el combate espiritual. No salió en un principio de su pais para ejercitarse en esta santa milicia; sino que hizo en él sus primeros ensayos, y pasó despues á la Palestina para visitar los santos Lugares, en que se cumplieron los misterios de la vida y muerte del Salvador. Su amor y su reconocimiento á este divino Maestro le impulsaron á hacer esta peregrinación, y Teodoreto nos lo manifiesta abrasado en este amor que hacia exclamar á la esposa de los Cánticos: *Como el manzano entre los árboles de las*

<sup>1</sup> Teodoreto.

*selvas, así mi amado entre los hijos. A la sombra de aquel á quien yo habia deseado me senté, y su fruto dulce á mi garganta* <sup>1</sup>.

Después de haber satisfecho su piedad, emprendió el camino de Antioquía, en donde las virtudes de los monjes que santificaban las soledades inmediatas ganaron tan pronto su corazón, que no pensó en volver á su país. No quiso edificar casa, ni celda, ni cabaña, sino que se retiró á un sepulcro, en que permaneció encerrado durante muchos años, no bebiendo más que agua, ni comiendo más que un poco de pan, y esto de dos en dos días. Puede formarse juicio de la santidad de su vida por la gracia de milagros con que Dios le favoreció, y, que experimentó en más de una ocasión la familia de Teodoreto. Refiere este historiador que la primera ocasión en que le habló su madre fué para alcanzar por su mediación la curación de un mal que padecía en un ojo, y que le hacia sufrir vehementes dolores. Habia empleado inútilmente toda clase de remedios humanos; pero habiéndole dicho una de sus criadas que el solitario Pedro de Galacia habia curado del mismo mal á la esposa de Pérgamo, gobernador de la provincia de oriente, con la señal de la cruz, se determinó á visitarle animada de la esperanza de alcanzar la misma gracia. No tenia entonces esta señora más que veintitres años, y siguiendo la vanidad de las personas de su edad, se vistió con todas sus galas y se adornó con todos los afeites que acostumbraban las mujeres del país. Al verla el Santo con tan brillantes atavíos, pensó ménos en curarla que en despegar su corazón de estas vanidades. Así es que le habló de este modo: » Decidme, hija mia, ¿ que pensaria un hábil pintor que hubiese hecho un retrato ajustado á todas las reglas del arte, si un hombre que desconciese

<sup>1</sup> Cant. II, 3.

la pintura, quisiese corregir su obra alargando los rasgos de las céjas y de las pestañas, ó blanqueando el rostro y avivando el carmín de su colorido? ¿Podria ver, sin llenarse de cólera, que esta mano ignorante echase á perder su obra? No dudeis, pues, que el Creador de todas las cosas no podrá ménos de ofenderse, viendo que tachais de ignorancia su incomparable sabiduría. »

« Al poner un color en vuestro rostro, es porque creeis que lo necesitais : y ¿ podeis creerlo así sin acusar á vuestro criador de haberse engañado en su obra? Sabed que su poder iguala á su voluntad : pues David dice que hace todo lo que le place. Pero el cuidado que de nosotros tiene le impide darnos lo que nos sería perjudicial. Guardaos, pues, de mudar cosa alguna en vuestro rostro, que es imagen viva de Dios, ni poneros lo que su sabiduría no os ha dado, esforzándoos en adquirir contra su designio una belleza que no es natural, y que hace á las almas castas culpables de los lazos que se tienden á los que las ven. »

La madre de Teodoreto que tenia un fondo excelente, recibió este consejo con sincera voluntad de aprovecharse de él, y postrándose á los pies del Santo, le suplicó que curase su enfermedad. Pedro, á quien los dones de Dios hacian más humilde, empezó diciendo que eran tantos sus pecados, que no podia esperar que sus oraciones alcanzasen de Dios su curación ; sino que ella misma debia orar, pues el Señor escucha favorablemente á los que le invocan con fé. « El os escuchará benignamente, dijo, y á vos y no á mí otorgará esta gracia. Si vuestra fé es sincera y llena de confianza, dejad los remedios humanos, y emplead éste en el nombre del Señor. » Al mismo tiempo puso su mano sobre el ojo de lá enferma, hizo la señal de la cruz, y quedó al punto curada.

« De esta manera, dice Teodoreto, volvió sana á su casa sin necesidad de emplear ninguna medicina. Se despojó al

mismo tiempo de todas sus galas, y en adelante sólo usó vestidos sencillos, como le recomendó este excelente médico de las almas, por más que todavía no había cumplido veinticuatro años, y que no había tenido ningún hijo, pues yo nací siete años despues, y no tuvo ninguno otro. »

Asistióla el Santo en otra enfermedad mucho más peligrosa, como refiere el mismo escritor. » Despues que mi madre me hubo dado á luz, se encontró tan mal, que los médicos perdieron toda esperanza, y los familiares esperaban que muriese de un momento á otro. El santo solitario vino á verla, y la encontró devorada por la fiebre, cerrados los ojos y sin conocimiento. Pero le dijo según su costumbre; hija mia, Dios te dé la paz. A éstas palabras abrió la enferma los ojos, miró fijamente al Santo, y le pidió su bendición. Todas las personas que se hallaban presentes se sintieron llenas de admiración y de gozo, y derramaron abundantes lágrimas, y el Santo las invitó á orar haciéndoles presente que en tiempo del Apóstol san Pedro lloraban muchas viudas la muerte de Tabita, y que ofreciendo este Apóstol las lágrimas de todas ellas al Señor, alcanzó que resucitase. Pusieronse todos en oración con él, y al punto se sintió la enferma bañada en un sudor tan copioso, que extinguió el ardor de la fiebre, y quedó curada del mal. »

Pruebas tan evidentes de la santidad de este solitario inspiraron á toda la familia de Teodoreto tal confianza en sus oraciones, que en adelante fué su recurso para alcanzar de Dios todo lo que deseaba, y en muchas ocasiones experimentó la eficacia de sus oraciones. Asegura el mismo Teodoreto, que habiendo cortado el Santo en dos partes su cinturón, que era muy largo y de tosca lino, y habiéndole dado una cuando era muy jóven, le sirvió para curar de diferentes enfermedades, así como á su padre y á su madre, lo cual, sabido por algunas personas, venian á

pedírselo para curar á sus enfermos, como así sucedia de ordinario. Protesta este escritor que no hay exageración alguna en lo que dice, y que él mismo ha sido testigo de estas curaciones. Se queja, sin embargo, de que se hubiese perdido este cinturón, por habérselo prestado á una persona que no se lo devolvió.

Dice este mismo autor que su madre, que habia experimentado cuán favorecido era de Dios este Santo, le enviaba todas las semanas á que recibiese su bendición, y que el Santo le ponía sobre sus rodillas, y le daba pan y raices secas, lo cual demuestra que era todavía muy niño. Tenia un discípulo llamado Daniel, á quién con sus oraciones habia librado del demonio, y que, despues de este favor, no quiso abandonarle, si<sup>1</sup>no ponerse enteramente bajo su dirección. Teodoreto, aunque muy jóven, comprendió que en una ocasión hablaban de él, y que Daniel le decia que un dia seria también su discípulo. Pero el Santo que comprendia el afecto que sus padres le profesaban, dijo que no seria así.

No fué Daniel el único á quién libró del demonio. Hallándose en Hierápolis un cocinero acompañando á su señor que estaba enfermo, las criadas le hablaron de los solitarios de Antioquía y del poder que tenian sobre los demonios. Estas jóvenes, que eran algo desenvueltas, quisieron simular á los demoniacos y furiosos, miéntras que el cocinero se cubrió con una piel de oveja, como la de los solitarios, é hizo como que las exorcizaba, pero el demonio se apoderó de su cuerpo, convirtiéndolo la risa en desolación. Se le llevó al Santo, ante el cual el demonio, á la manera de un ladrón, dice Teodereto, ó de un homicida que se sienta en el banquillo de los reos, debia comparecer, como ante un juez que habia de condenarle, viéndose, contra su costumbre, obligado á decir la verdad. Despues de esto oró el Santo, y obligó al demonio á que saliese del cuerpo de este hombre.

La nodriza del mismo historiador le llevó á un labrador, nieto suyo, Preguntó el Santo al maligno espíritu quien le habia dado aquel poder sobre una criatura que era obra de Dios , pero el demonio rehusó contestar. Entónces el Santo dirigió al Señor una fervorosa plegaria, y dijo al demonio. » No es Pedro, sino el Dios de Pedro el que te manda hablar : responde pues, y no resistas á su poder. El demonio, forzado por la virtud del Altísimo, exclamó entónces : Yo vivo en el monte Amana, desde el cual he visto á este hombre bebiendo en la fuente que hay en el camino, y he entrado en su cuerpo. — Sal, pues, replicó el Santo, en virtud del mandato que te impone el que ha sido clavado en una cruz para la redención del mundo. » A estas palabras huyó el demonio, y dejó libre á este hombre.

El mismo historiador habla, en la vida de este Santo, de un milagro que hizo en favor de una jóven para librarla de las persecuciones de un hombre de mala conducta. Era este un oficial de alta graduación en el ejército. Los padres de la jóven vivian en una de sus haciendas de campo, y se disponian á casarla, cuando aquel corazón depravado puso en ella su lasciva mirada. Pero la jóven renunció al mundo, dejó su casa, y se retiró á un monasterio de religiosas. Cuando lo supo el oficial, se apoderó de la madre, la ató fuertemente con cordeles, y la azotó hasta hacerle declarar el paraje en que su hija se hallaba. Corrió en seguida furioso al monasterio, sacó á la jóven violentamente, y la encerró en su casa. Pero Dios, que habia tomado á su sierva bajo su protección, no la abandonó en aquellas tristes circunstancias. Cuando aquel malvado quiso entrar en la habitación en que cuidadosamente la guardaba, no la encontró ; pues habia sido trasladada por una mano invisible al monasterio en que habia dejado su corazón. La evidencia de este milagro contuvo al oficial. Comprendió

que nada podría contra una persona que habia sido retirada de sus manos por el poder divino, y en adelante nada intentó contra ella.

El Señor que queria purificar á esta virtuosa jóven por medio de los sufrimientos para que creciese en méritos, le envió algún tiempo despues una penosa enfermedad, que insensiblemente la llevabá á la tumba : era un cáncer que la hacia sufrir agudísimos dolores. Pero tenia mucha confianza en las oraciones de san Pedro de Galacia, y no sin razón, pues en los más violentos accesos de sus dolores, bastábale invocarle para encontrar alivio, Habiendo sabido el Santo su triste situación, iba á verla en algunas ocasiones para fortalecerla y consolarla. No perdió un solo momento su paciencia, y el Santo dió á conocer su virtud, haciendo grandes alabanzas de sus merecimientos.

Llegó, por fin, el Santo al término venturoso de sus trabajos, despues, dice Teodoreto, de haber brillado en Antioquía con luz la más brillante, y fué á ceñir la corona que sus victorias le habian merecido. Ya hemos dicho que abrazó la vida religiosa á la edad de siete años, y que demostró una piedad prematura. Esta edad, unida á los noventa y dos años que empleó en los ejercicios laboriosos de su estado, forman la de noventa y nueve años, que consagró enteramente á la inocencia y á la penitencia <sup>1</sup>. Se fija su nacimiento hacia el año 330, y por lo tanto, su muerte hacia el 429.

La Iglesia latina, lo mismo que la griega, hace memoria de él en primero de febrero. Confiesa Teodereto que

<sup>1</sup> Tillemont asigna su nacimiento en el año 340, y dice que murió el 440, de donde resulta que vivió ciento diez años. Sin embargo, Teodoreto asegura que vivió noventa y nueve años, y así lo refiere el mismo Tillemont. Es preciso, por lo tanto, que, para morir el 440 hubiese nacido el 341, ó que, habiendo nacido el 330, hubiese muerto el 429.



no ha referido más que una pequeña parte de su vida, comparándola por su duración y por los merecimientos que alcanzó, á un mar vastísimo, cuyas costas no ha hecho más que recorrer. Dice también que no podría tributarle alabanzas que correspondiesen á las acciones memorables que practicó en su infancia, en su juventud, en su edad perfecta y en el curso de su larga vejez ; y que no puede conocerse suficientemente el valor de las santas semillas que derramó en las almas, y los frutos de santidad y de virtud que tuvo la dicha de recoger.

San Pedro de Galacia tuvo por compañero de soledad á otro Pedro, natural de Egipto, á quién coloca Teodereto entre las brillantes luces del desierto de Antioquia, juntamente con Severo, Entiques, Cirilo, Moisés y Malch ; pero de él nada de particular refiere. Créese que éste es el mismo de que hacen mención los griegos el 27 de enero, y del cual sólo dicen que descansó en paz despues de una larga vida. Es diferente de otro Pedro de Egipto, á quién Paladio en su Lausiaco llama un hombre admirable.

## SAN ZENON, ROMANO, Y OTROS SOLITARIOS DE ANTIOQUIA <sup>1</sup>

San Zenón fué del número de esos bienaventurados anacoretas, que eran pocos conocidos de los hombres, y cuya única ambición era escapar á sus miradas para vivir ocultos con Jesucristo en Dios. Esto era lo que hacía decir á

<sup>1</sup> Theodoreto, Zozomeno, Evagrio, Baronio, los Botandistas, Tillemont, Bulteau.

Teodereto, que nos ha trasmitido sus actas, que era poco conocido, y que no puede ser suficientemente admirado. Era de la provincia del Ponto, inmediata á la de Capadocia, lo cual le procuró la dicha de conocer al gran Doctor san Basilio, y recibir sus instrucciones, qué aprovechó maravillosamente.

Es de creer que la muerte funesta del emperador Valente, cerca del cual ejercia un cargo importante, le determinó á abandonar el mundo, en el que poseia grandes bienes : pues apénas este príncipe dejó de vivir, abandonó Zenón todo lo que poseia, y desde los esplendores de la corte pasó á uno de los sepulcros, que, en grán número, habia en la montaña de Antioquia, y en el cual se encerró para entregarse exclusivamente á la purificación de su corazón.

Practicó en su retiro una rigorosa abstinencia no comiendo más que un poco de pan cada dos dias, y no bebiendo más que agua. A esta austeridad unió un desprendimiento tan absoluto, que no tenia más que un poco de heno para acostarse, una piedra cubierta de una estera de junco para sentarse, un hábito muy remendado, y unos zapatos rotos. Tomaba un libro de cualquier amigo, y despues de leído, se lo devolvía, pidiéndole otro.

Como vivia con tanta pobreza, no necesitaba tomar precaución alguna contra los ladrones, pues ¿ qué hubieran encontrado en su celda ? Así es que no tenia llave, ni cerradura, ni quién la guardarse cuando salía. Lo que hace más admirable aún su pobreza, es que, no habiendo podido deshacerse de sus bienes, cuando dejó el mundo, por tener hermanos menores con los cuales no habia hecho todavía partición, él era el obligado á usar de ellos ; pero la hacia con el mayor despego, y le costaba grande pena el no haberlos distribuido á los pobres, como lo hubiese hecho á no haber este obstáculo : pues nada deseaba tanto

como cumplir á la letra el consejo del Evangelio.

Muchos años pasó en esta perplejidad, y no pudiendo, por otra parte, resolverse á ir á su pais para hacer esta partición, tampoco se determinaba dar á otra persona comisión para ello, temeroso de que los que comprasen su parte perjudicasen á sus hermanos, lo cual daría motivo á que vilipendiasen su profesión. Pero habiendo encontrado un amigo fiel que le compró sus bienes sin perjuicio de sus hermanos, distribuyó una parte del importe á los pobres según las reglas de la prudencia cristiana, y sintiéndose enfermo, entregó lo que le restaba á Alejandro, obispo de Antioquía, rogándole que la distribuyese según la voluntad de Dios, á quien un día había de dar cuenta.

Si, como se cree, salió de esta enfermedad, no fué por mucho tiempo, pues murió poco despues. Pero su muerte no acaeció ántes del año 417, porque, según hace notar Tillemont, es difícil creer que el Alejandro pasase del año 416. Bulteau dice que murió hacia el año 420.

Hablando Teodoreto de sus virtudes y de las gracias que recibía de Dios, dice que iba los domingos á la Iglesia para oír la lectura de los Libros santos, la cual escuchaba con grande atención ; que en seguida recibía la sagrada Comunión, y volvía á su habitación ordinaria. Era tan grande su humildad, que deseando este autor verle, y habiéndose trasladado con este motivo á la montaña, dice que lo encontró cargado con dos cántaros de agua, y como no le conociese, le preguntó donde vivía el *admirable* Zenón. El humilde Santo, que se creía muy lejos de merecer este título, le respondió que no conocía á ningún religioso que llevase ese nombre, lo cual le dió á entender que era él mismo. Le siguió, pues, hasta su celda, que encontró en la pobreza que ya hemos indicado. Habló con él de muchas materias relativas á la piedad, y le propuso la solución de muchas dificultades, Llegada, por

último, la hora de retirarse, pidióle Teodereto que le diese su bendición, que le sirviese como de viático para volver á la ciudad. Pero el Santo le dijo que no podia harcelo, por que no era clérigo, y que más bien debia él darle la suya, puesto que pertenecía á la milicia de Jesucristo. En efecto, Teodoreto, aunque muy jóven, era entónces lector, y ejercía estas funciones en la Iglesia. Insistió alegando por pretexto su juventud, mientras que el Santo era ya de edad avanzada, pues llevaba cuarenta años en los trabajos de la vida solitaria, y protestó que, si no le concedía esta gracia, le privaria del consuelo de venir á verle. De esta manera accedió á su súplica, aunque con grán trabajo, y asegurando que lo hacía por caridad y por obediencia.

Acabamos de decir que llevaba dos cántaros de agua, cuando Teodoreto le vió la primera vez. Traia efectivamente el agua de muy léjos, lo que le causaba mucha fatiga ; pero la sufria con espíritu de dulzura y de mortificación. Considerando una persona el trabajo que le costaba, se ofreció á ayudarle. Se resistió en un principio, y sólo consintió despues de grandes instancias. Pero cuando esta caritativa persona llegó á la puerta de la celda, se le quebraron los cántaros, lo cual hizo comprender al Santo, que Dios queria que él mismo practicase esta penitencia.

El Señor que se complace en ensalzar á los humildes á medida que progresan en esta virtud, le dió una prueba sensible de su protección en un hecho que refiere el mismo Teodoreto. Cuando los Isaurios asolaron el Oriente en 404 ó 405, sorprendieron durante la noche el mouasterio que habia en la montaña de Antioquía, y á la mañana siguiente mataron á gran número de solitarios, no perdonando ni aún á las mujeres, que, como despues diremos, vivian en soledad. Pero Dios, que tenia contados los dias de unos y de otros, y que queria prolongar los de su siervo, no permitió que los bárbaros viesen la puerta del sepulcro

en que se hallaba en oración, por más que pasaron por delante, y les hizo ver á tres ángeles en forma humana, que habia enviado para que le guardasen.

Nada más dice Teodereto sobre el solitario Romano ; pero lo poco que refiere es muy suficiente para formar idea de su eminente virtud. La ciudad de Roza en Cilicia fué su patria, y la dejó para venir á Antioquía, y establecer su morada al pié de la montaña, en una pequeña celda, en la cual concluyó sus dias. Nunca encendia fuego, ni tenia lámpara para alumbrarse : pan, sal y agua eran su único alimento, y aún éste el absolutamente necesario para no morir de hambre. Unia á esta penitencia la de cargar su cuerpo con pesadas cadenas. Su hábito era un cilicio, y sus cabellos, que jamás cortaba, le llegaban hasta los pies : de modo que tenia que atarlos á la cintura á manera de ceñidor.

Un exterior tan repugnante á los sentidos, no impedia el que numerosa multitud de personas viniese á verle : pues la austeridad de su penitencia iba acompañada de tanta dulzura y humildad, y habia tanta gracia en sus acciones, que al mismo tiempo que respeto, inspiraba amor y confianza. De esto resultaba que sus exhortaciones eran sumamente eficaces ; pues aún cuando las hacia con gran sencillez, su dulzura y su bondad las hacian pasar del oído al corazón, en donde eran acogidas con tanta unción como avidez.

Tomaba ordinariamente como tema de sus discursos la amistad, la paz y la caridad que debe reinar entre los cristianos y unirlos santamente entre sí. Y como se hallaba penetrado de la necesidad de estas virtudes, y daba de ellas tan hermosos ejemplos, sus palabras producian maravillosos efectos, y obraban la santificacion de muchas personas. Refiriéndose Teodoreto á su dulzura, dice que era como una abeja, que, enriqueciéndose á sí mismo con el

jugo de las flores que sacaba de las santas Escrituras, como de una divina pradera, componia la miel de la verdadera sabiduría.

No sólomente fué útil á los demás por la unción de sus palabras enteramente celestiales, sino que al mismo tiempo empleó en su beneficio el don de los milagros con que Dios le habia favorecido, lo cual contribuia á dar á sus exhortaciones una fuerza que las hacía más eficaces ; pues curaba á muchos enfermos, y con sus oraciones alcanzó muchas veces que personas estériles tuviesen hijos. Pero más admirable que todo esto era su profunda humildad. Efectivamente, tenia tan bajo concepto de sí mismo, que no se consideraba más que como un pobre mendigo.

Puede decirse que pasaba á los ojos de los demás como un hombre prodigioso, por el rigor de su penitencia, por la dulzura de su conversación, por su candorosa sencillez, así como por la eficacia de sus exhortaciones y por el don de prodigios que habia recibido del cielo, y por el cual le daban los griegos el título glorioso de Taumaturgo. Todo lo cual unido á su profunda humildad, no le hacia ménos grande á los ojos de Dios, que estimado era á los de los hombres. Este concierto de virtudes era tan luminoso, que bastaba á muchos verle para amarle y abrazar la práctica de la virtud.

Teodoreto no marca la edad en que murió, diciendo sólomente que era muy anciano. Vivía en tiempo del emperador Valente, pero se ignora el año en que murió. Los griegos celebran su memoria el 9 de febrero y el 27 de noviembre. Bolando habla también de él el 9 de febrero.

El historiador Evagrio habla de un monasterio situado á dos estadios de la ciudad de Antioquía, y que se llamaba e monasterio de Euprepo. Ya hemos hablado en otro lugar de un abad de este nombre, y del cual se refieren cosas memorables ; pero éste habitaba en Egipto, y debe ser

diferente del que dió nombre á este monasterio. Créese que en él es en donde vivió Nestorio algún tiempo ántes de ser elevado al estado eclesiástico en Antioquía.

Teodoreto nos ha conservado los nombres de algunos otros solitarios de las cercanías de Antioquía, que, según dice, brillaron por sus virtudes y por su extraordinaria piedad, como fulgentes antorchas. Tales fueron Severo, á quien dá el nombre de Grande, Pedro de Egipto, Eutíques, Cirilo, Moisés, Malch y algunos otros. « Pero temeria, « dice, cansar á mis lectores ampliando más mi discurso, y « detallando las acciones memorables de estos grandes « hombres. Además, por lo que llevo escrito puede calcu- « larse el mérito de las acciones que paso en silencio. »

Hagamos notar, aunque de pasada, que Baronio opina que el solitario Malch, de que habla Teodoreto, es el mismo de quien habla san Jerónimo, y cuya vida ya hemos expuesto. Bolando parece ser de la misma opinión ; pero Rosweide cree que son dos personajes distintos, y que aquel de quien aquí hablamos es un Malch que celebran los griegos el 25 de noviembre, sin que sobre él diga nada de particular. Teodoreto habla también de él en su historia eclesiástica, libro IV, capítulo 26. Véase también á Tillemont en la Vida de san Zenón.

Hablando Zozomeno de los solitarios que vivían en la Siria en tiempo del emperador Valente, nombra entre otros á Basso y a Basón. Nada sabemos del segundo : pero Teodoreto dice del primero, en la vida de san Simeón Estilita, que formó una comunidad de más de doscientos religiosos á una ó dos leguas de Antioquía, no lejos de la aldea de Telanissa. No les permitía salir del monasterio, ni recibir dinero de persona alguna : pues queria que, entregándose enteramente al cuidado de la Providencia, se contentasen con lo que se les enviara. Esta observancia, á pesar de ser tan estrecha, se conservó despues de su muerte, y dice Teo-







*Imp. Ch. Charbonnier Paris.*

*Grav. d'Ince!*

*Saint-Fuscbe .  
San Fuscio.*



doreto que sus discípulos continuaron guardándola, y que su número se aumentó. Basso, á quién este historiador califica de gran siervo de Dios, era sacerdote y prepósito para vigilar sobre los demás sacerdotes de la aldea. Este es el que visitó á san Simeón. Cosme, autor de la vida de este Santo, dice que era hijo de un senador de Edesa en Mesopotamia, y que brilló en todo género de virtudes sobre todo en la abnegación.

---

## SAN EUSEBIO, ABAD DE CORIFO EN SIRIA, Y SUS DISCIPULOS

Pasemos de la montaña inmediata á Antioquía al monte Corifo, situado entre esta ciudad y la de Berea <sup>1</sup>, y que fué santificado por las virtudes de muchos solitarios, y principalmente por las de san Eusebio y sus discípulos. Teodoro continuará sirviéndonos de guía en el relato que vamos á hacer.

Al oriente de Antioquía, dice, y al occidente de Berea hay una montaña muy alta que domina á todas las inmediatas, y cuya cúspide tiene la figura de una piña, lo cual es causa de que sus habitantes le den el nombre de Corifo, que significa cabeza ó punta muy elevada.

La superstición de los idólatras habia dedicado sobre la cima de esta montaña un templo á los demonios, que era tenido en mayor veneración que los demás del pais; en su falda habia un bosque inaccesible, bajo el cual estaba la aldea de Teledán, muy grande y poblada. Hacia la parte

<sup>1</sup> Llamada Chelbón por Ezequiel, y hoy Haleb.

del mediodía se veía una vasta llanura rodeada de pequeñas montañas, y á lo largo de ella multitud de aldeas. Tal era en tiempo de Teodoreto el estado de esta comarca, y en ella es en donde Marciano, fiel siervo de Dios, como le llama este historiador, despues de gustar las santas delicias del amor divino, no se contentó con gozar este precioso tesoro, sino que quiso comunicarlo á los demás, y principalmente á Eusebio y á su hermano, de quienes era tío paterno.

Estos dos piadosos sobrinos, dóciles á sus saludables consejos, se encerraron en una pequeña celda muy oscura, en donde no tenían comunicación más que con él, y en donde adelantaron bajo su dirección en la práctica del Evangelio. El hermano de Eusebio, más jóven que él, consumó muy pronto sus trabajos con un fin digno de su piedad. Una penosa enfermedad le obligó á salir de su celda, y como estaba muy preparado para el cielo, Dios le llamó pocos dias despues, y se reservó á Eusebio para un combate más largo y para una corona más rica.

Permaneció constantemente encerrado en su estrecha celda hasta despues de la muerte de su tío, viviendo separado de todas las criaturas, guardando un silencio profundo, y llenando su espíritu y su corazón con las verdades de la santa Escritura, cual alimento celestial que nutria su alma, y la disponia maravillosamente para preparar á los discípulos que Dios le proporcionaba.

A una legua de distancia habia un monasterio edificado sobre una pequeña eminencia al norte del monte Corifo, y que estaba dirigido por un santo hombre llamado Ammian, célebre por sus virtudes, y principalmente por su singular modestia. Aunque tenia ciencia suficiente para dirigir á los demás, se consideraba con tan poco talento, que resolvió pedir al gran Eusebio que viniese á ocupar su puesto. Era un santo verdaderamente humilde el que pedia

á otro santo no ménos humilde, asi es que Eusebio no podia acceder á sus deseos, porque se creia ménos capaz de dirigir aquella comunidad. Por último, Ammián hizo una nueva tentativa y consiguió triunfar de la modestia de Eusebio, diciendole : « Os ruego, siervo de Dios, que me digais á quién deseais agradar con una vida tan austera como la que llevais. No deseo otra cosa, respondió Eusebio, que agradar á Dios, autor y señor de todas las virtudes. Pues si « asi es, replicó Ammián, si sinceramente « amais á Dios, yo quiero proporcionaros un medio de que lo hagais con más ardor, y de que trabajéis con más fruto por la gloria de Dios. « Sabeis muy bien que el que trabaja para sí solo no merece ser alabado tanto, como el que trabaja en beneficio de los demás, « porque Dios quiere « que amemos al prójimo como á nosotros mismos, y es propio de la caridad comunicar sus bienes á otros, á lo que llama san Pablo plenitud de la ley. « Así es que, protestando san Pedro que amaba á Jesucristo más que los demás apóstoles, le encomendó este divino Naestro que apacentasé su rebaño. Reprendiendo en la ley antigua el Señor por boca de su Profeta á los que no cumplian sus deberes, les dice : *¡ Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu y nada ven !* ' Por esta misma razón recomienda á Elías que converse con los impios, á pesar de que profesaba la vida solitaria, y envió á san Juan, segundo Elias, á las orillas del Jordán para que bautizase y predicase. Puesto que os ballais inflamado en el fuego del amor de Dios que os ha criado y redimido, venid á trabajar para abrasar á los demás en este fuego santo. »

Entónces Eusebio, impulsado por la caridad, no resistió más á sus instancias : movido por su deseo de contribuir á

<sup>1</sup> Erech. xxii, 3.

la gloria de Dios, salió de la prisión voluntaria en que le habia encerrado su fervor, y siguió á Ammián á su monasterio, en que este humilde superior le encomendó el cuidado de sus discípulos y él mismo se sometió á su dirección, lleno de gozo, porque iba á aprender la ciencia de los santos. Acerca de esto hace Teodoreto la siguiente reflexión : « No sé lo que debo admirar más, si la humildad del uno « ó la docilidad del otro. De una parte, huia Ammián la superioridad por temor al peligro que en ella encontraba, « y por otra, el gran Eusebio, que sólomente encontraba delicias en su retiro, lo deja y lo abandona, y se deja enredar « en los hilos de la caridad para encargarse de la dirección de una comunidad, cuando tan retirado estaba del « trato y comunicación con los hombres. »

Hacia el año de 589, según la cronología de Tillemont, es cuando se encargó del gobierno de esta comunidad religiosa, y lo hizo con tanta discreción y prudencia, que no tardó en extenderse su reputación, y en atraer gran número de discípulos de suerte que en pocos años toda la montaña se encontró llena de monasterios, á los cuales dió sabias reglas escritas de su mano. Teodoreto dá á entender que su institución se extendió mucho más léjos, pues dice que la vida solitaria y perfecta que llevaba en su estrecha celda, se extendió al occidente y al mediodía, viéndose las ramas de esta celeste planta brillar como otras tantas estrellas al rededor de la luna, cantando unos en griego las alabanzas del Criador, y sirviéndose otros de la lengua de sus respectivos países. Esto no parecerá extraordinario, si se considera el gran número de discípulos que formó por sí mismo, y los que estos á su vez formaron despues de su muerte con los ejemplos é instrucciones que les dió durante su vida.

No se contentaba con prescribirles en sus discursos lo que debian hacer, sino que se lo mostraba con sus acciones : pues además de que la conducta que observaba era

muy suficiente para enseñarles sus deberes, se veía siempre en su rostro un cierto aire de gravedad, que imprimía respeto á los que hubiesen querido resistirle, y una sola de sus miradas era capaz de animar á los tibios. Así es, dice su historiador, que no necesitaba de muchas palabras para animarlos á adelantar en los caminos de la perfección.

Les recomendaba principalmente el ejercicio de la presencia de Dios, no sólomente en el tiempo del officio divino, que todos celebraban juntos, sino en todas las demás hora del dia en que cada uno iba á recogerse á la sombra de un árbol ó al pié de una roca para adorar á Dios é implorar su misericordia.

Les obligaba á comer cada dos dias, como hemos visto que lo hacia san Zenón, lo cual demuestra que este uso era muy común en aquellos parajes. Por lo que á él se refiere, su abstinence era más grande, pues no tomaba alimento más que cada tres ó cuatro dias, tratándose con extraordinario rigor, y usando de condescendencia con los demás. Este rigor se vé más claramente en un pasaje que refiere Teodoreto, para enseñarnos con cuanto cuidado vigilaba sobre si mismo, y con cuanta severidad se castigaba en aquellas cosas en que faltaba. Hallábase un día sentado con Ammián en una roca: éste leia el Evangelio, encontró un pasaje que no entendia bién, y le preguntó su explicación. Eusebio estaba un poco distraido mirando á unos labradores que no muy léjos trabajaban, y le suplicó que volviese á leerlo.

Ammián le advirtió con cierta modestia su distracción, diciéndole: « Me parece, Padre mio, que el placer que experimentais viendo á estos labradores os impide estar atento á la lectura. » Eusebio se reprendió muy severamente, y se condenó á no mirar aquella campiña, á no dirigir sus ojos ni aún al cielo ni á los astros, y á no salir de un pequeño sendero que conducia de la celda al oratorio.

Y para hacerse como necesaria esta penitencia que se impuso voluntariamente, ató à su cuerpo cadenas de hierro, que le hacian ir encorvado y no mirar más que à la tierra, lo cual practicó durante más de cuarenta años. Cuando Teodoreto escribió la vida de los Padres, habia ya muerto Eusebio : asi es que no tuvo la dicha de verle ; pero conoció à sus discípulos de quienes hablaremos despues, y aprendió este hecho de Acacio, obispo de Berea, cerca de Taledán, que le conoció mucho, así como de otras personas muy dignas de fé.

Habiéndole preguntado Acacio, dice, que ventaja le reportaba el ir encorvado sin poder mirar al cielo ni al campo, le respondió afablemente, que lo hacia para impedir que el demonio le hiciese guerra privándole de la templanza ó de la justicia, llevándole al orgullo, à la cólera y à otras pasiones, y entreteniéndole con estas cosas pequeñas, miéntras que él reportaba grandes beneficios de ellas.

Nada más nos dice Teodoreto de su vida, ni señala el tiempo ni circunstancia alguna de su muerte, que debió ser muy preciosa à los ojos del Señor, por lo mismo que habia vivido tan santamente. Es difícil creer que viviese despues del año 402, según la opinión de Tillemont, y Bulteau dice que murió à fines del siglo cuarto. La Iglesia griega le honra el 25 de enero.

Hemos visto que la reputación de las virtudes de san Eusebio atrajo à su lado à un gran número de monjes, que llenaron, no sólomente el monte Corifo, sino los de las inmediaciones, de fervorosas comunidades religiosas. Muchos dejaron también las que gobernaban para ponerse bajo su dirección. No es de admirar que este excelente superior hiciese tanto bién con sus instrucciones, cuando tan maravillosamente las sostenia con su ejemplo.

Entre sus discípulos se distinguieron Jacobo de Persia,



Agrippa, Marosas, David, Abba, Eusebonas y Abibión. Los dos primeros habian sido discípulos de san Juliano Sabas, y habian gobernado su monasterio. Teodoreto hace en pocas palabras un gran elogio de Jacobo de Persia en la vida de este Santo, y nos dá una alta idea de su virtud en estos términos : » El santo anciano Juliano escogia siempre para que le ayudasen á llevar la carga á algunos de sus discípulos más eminentes en virtud ; pero el que con más frecuencia tomaba era un persa llamado Jacobo, hombre de gran corpulencia, y cuya alma era mucho más grande que su cuerpo ; así es que, despues de la muerte del Santo continuó brillando en todo género de virtudes, y se hizo célebre no sólomente en los monasterios de Mesopotamia, sino en los de Siria en donde terminó su vida.

Despues que san Juliano Sabas dejó la tierra, gobernó su monasterio durante algún tiempo Jacobo de Persia, como se desprende de Teodoreto, quién dice que continuó brillando por el esplendor de sus virtudes ; pero prefiriendo por un verdadero espíritu de humildad las ventajas de la obediencia, dejó su monasterio á cargo de Agrippa, y se retiró á Corifo para ponerse bajo la sabia dirección de san Eusebio. Puede juzgarse de la excelente conducta que aquí observó por la elección que hizo este Santo para que le sucediese en su cargo. Pero no fué posible hacer que lo aceptase, pues su modestia se lo representaba superior á sus fuerzas ; así es que se retiró á otro monasterio, en que murió á la edad de ciento cuatro años. Hubo, pues, que recurrir á Agrippa, que durante muchos años desempeñó muy bién este cargo, lo cual no es de admirar, dice Teodoreto, puesto que estaba adornado de todo género de virtudes, y sobre todo de una admirable pureza de corazón, que le hacia más capaz de contemplar en la oración las perfecciones de Dios, y que abrasaba su

corazón de un amor tan ardiente, que su rostro aparecía siempre anegado en lágrimas.

Después de su muerte, que cree Tillemont haber ocurrido hacia el año 420, le sucedió David, formado en la escuela de san Eusebio. Dice Teodoreto que tuvo la dicha de conocerle, y que era un hombre muy santo. Alaba particularmente su dulzura y la tranquilidad de su alma, virtudes que conservó sin la más leve tacha durante los cuarenta y cinco años que vivió en el monasterio, sin que nada fuese capaz de turbarle, siendo de notar que aquel monasterio constaba de ciento cincuenta religiosos, muchos de los cuales eran novicios, y otros de edad muy avanzada, y que ninguno de ellos le dió el más leve motivo de disgusto.

Teodoreto refiere una prueba de su dulzura, de que él mismo fué testigo, y que demuestra, cuán sujeta tenía su alma con la virtud de la paciencia. Había ido á pasar ocho días á su monasterio con otros religiosos, que se entretenían hablando de materias de piedad ; mientras que David discurría con gran penetración profundizando los secretos más ocultos de la perfección evangélica. Olimpo, romano de nación, que era sacerdote y ocupaba el segundo lugar en el monasterio, le reprendió en presencia de los demás su excesiva dulzura, que no era, decía, una virtud, sino una necedad que perjudicaba á los religiosos. Olimpo era venerable por su virtud y por su edad ; pero su celo en esta ocasión fué más allá de lo debido. Diríase que Dios así lo había permitido, para que brillase más y ante mayor número de personas la moderación del abad David. Así lo hace notar Teodoreto, diciendo : « Este gran siervo de Dios permaneció tan insensible á esta reprensión tan ofensiva, como si su corazón fuese de diamante. Ninguna señal de emoción se dejó ver en su rostro, ni perdió el hilo de su discurso : sino que se contentó con responder á este

buén anciano estas sencillas palabras : Os ruego, hermano mio, que obreis como mejor os parezca : por lo que á mí toca, veis que me veo obligado á atender á estas personas que han venido á visitarnos, y siguió el hilo de la conversión. David murió, según Tillemont, ántes del año 440. Notemos, aunque de paso, que este sacerdote romano que ocupaba el segundo puesto en el monasterio, se llamaba Publio, según se dice en la segunda edición latina de Rosweide ; pero seguimos á Andilly, á Bulteau y Tillemont que le llaman Olimpo.

Hablando Teodoreto de la comunidad gobernada por David, y despues de decir que estaba compuesta de ciento cincuenta religiosos, añade que unos se hallaban en la flor de su juventud, miéntras que otros pasaban de noventa años, y que estos no podian resolverse á dejar su vida penitente y laboriosa, no obstante su avanzada edad : que soportaban animosamente los mismos trabajos que los jóvenes : que pasaban los días y las noches alabando á Dios : que nunca faltaban al oficio divino, y que despues de todo esto se contentaban con tomar cada dos dias el alimento ordinario de la casa, que era muy reducido.

Marosas practicó la vida monastica en un desierto de la segunda Siria, de que era metrópoli la ciudad de Apamea. Gobernó á muchos religiosos ; pero de maestro quiso convertirse en discípulo, y con el venerable Abba se retiró al monasterio de san Eusebio. Se cree que éste es el Marosas, natural de Nesquiles, que Zozomeno coloca entre los más ilustres solitarios que florecieron en Siria en tiempo del emperador Valente, y que Dios conservó mucho tiempo sobre la tierra para edificación de los pueblos.

Teodoreto dice de Marosas que fué un excelente maestro de la vida religiosa ; pero que por temor de dirigir á los demás, de que era muy capaz, y despues de haberse hecho muy célebre en el combate espiritual, vino á terminar su

vída en el monasterio de Corifo, en donde en poco tiempo terminó su curso, para ir á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos.

Habia llevado consigo al monasterio á un discípulo llamado Abba, ismaelita de nacimiento, pero muy digno del título de hijo de Abraham por su eminente virtud.

Créese que sucedió á David en el gobierno de su monasterio : pues Teodoreto habla de él hacia el año 440, en cuya época llevaba treinta y ocho años de vivir en esta casa. Fué un prodigio de penitencia : caminaba descalzo : no se acostaba nunca : comia muy poco, y cosas de poco alimento, y lo que costaria más trabajo creer, si no lo dijese Teodoreto, testigo ocular, es que no bebia nunca, aunque tomase alimentos secos. En el invierno se ponía á la sombra, y en el verano á los rayos abrasadores del sol. Llevaba á la cintura una cadena de hierro, y así es que no podia sentarse. Pasaba la mayor parte del dia y de la noche en oración, que hacia de pié ó de rodillas, y aunque á estas austeridades se unia la carga de la superioridad, lo sobrellevaba todo con tanta alegría de espíritu, que su ejemplo animaba á todos sus inferiores á adelantar en la virtud.

Eusebono y Abibón fueron también discípulos de san Eusebio. Despues de ser suficientemente instruidos bajo su direccíon, establecieron un monasterio no muy léjos del suyo, y que gobernaron con perfecta uníon. Tenian una conformidad de costumbres tan perfecta, que se decia que tenian una misma alma. Sus discípulos, como los de san Eusebio, no hacian más que una comida cada dos dias, y muchos á su imitación abrazaron este género de vida. Despues que estos dos excelentes superiores hubieron terminado gloriosamente su vida, Heliodoro tomó la direccíon de los religiosos, que eran en número de ochenta, cuando Teodoreto fué á verlos. No tenia más que cinco años cuando entró en el monasterio, lo cual demuestra que se





*Jasp. Chardon sculp. Paris.*

52

*1780m. d'arc.*

*Saint-Siméon l'ancien.*

*San Simeon el anciano.*



admitian niños para conservarlos en la inocencia, y habitarlos á la virtud, ántes que su razón se desarrollase, como se ha visto en la historia de los religiosos de Tabenna y de los desiertos de Esceta. Vivió setenta y cuatro años sin salir del monasterio, de suerte que no tenia conocimiento alguno de las cosas del siglo, y no conocia ni aún los animales más comunes. Tenia una sencillez y una pureza de corazón tan grandes, que Teodoreto, que con frecuencia le visitaba, no podia ménos de estar admirado. San Siméon Estilita fué algún tiempo del número de sus discípulos.

Heliodoro habia muerto, cuando Teodoreto escribia las Vidas de los Padres en 440 : de modo que su monasterio debió haber sido fundado hacia el año 375, y según otros cálculos, hacia el 360.

### SAN SIMEON EL ANCIANO, ABAD DE AMAN, Y LOS BIENAVENTURADOS PALADIO Y ABRAHAM, SOLITARIOS DE SIRIA.

San Simeón, abad de Amán, no se retiró desde un principio á la montaña de este nombre, que está muy cerca de Antioquía; sino que ántes vivió en una caverna muy léjos de esta ciudad, en el pais de los ismaelitas. Allí pasó mucho tiempo, dice Teodoreto, que escribió un resumen de su vida, separado enteramente del trato de los hombres, no comiendo más que yerbas, y alimentando su alma con una oración casi continua. Dios recompensó aún en esta vida los trabajos de su penitencia con tantas gracias, que aún las bestias más feroces se le acercaban, y le obedecian, cual si fuesen animales domésticos. Este poder que tenia sobre



ellas no sólomente fué conocido de los fieles, sino que hasta los enemigos de la fé fueron testigos de él y lo publicaban.

Los judíos que iban más allá de nuestra provincia, dice Teodoreto <sup>1</sup>, fueron sorprendidos en el camino por una lluvia tan extraordinaria, mezclada de vientos y torbellinos, que no viendo por donde iban, se extraviaron por el desierto sin encontrar ni una aldea, ni una caverna en donde ponerse á cubierto de la tempestad, ni persona alguna que les indicara el lugar en que se hallaban. Por último, después de caminar mucho tiempo luchando con la tempestad, se encontraron cerca de la caverna del Santo, que para ellos fué cual puerto para una nave que ha sufrido violenta tempestad.

Vieron á este hombre de Dios desprovisto de todas las comodidades de la vida, cubierto con viejas pieles de cabra, y sin cuidarse para nada de su cuerpo. Pero si le vieron austero y riguroso para consigo mismo, experimentaron al mismo tiempo, por la manera cortés con que los recibió, que la caridad de los santos es tan dulce, como dura su penitencia. San Siméon los acogió con benevolencia, y preguntándoles el objeto de su venida, le refirieron como habian sido sorprendidos por la tempestad, y se habian extraviado sin saber el camino que habian de seguir, y que su intención era llegar á una aldea que le nombraron, suplicándole que les mostrase el camino.

Esperad un momento, les dijo, y os daré guías que os acompañen. Poco tiempo después, vieron venir dos leones que no daban signo alguno de ferocidad, y que se aproximaron al Santo, acariciándole y demostrando que esperaban sus órdenes. Entónces les hizo señal de que acompañasen á aquellos extranjeros hasta el camino que conducia á la aldea á que querian ir, lo que hicieron al punto. Teo-

<sup>1</sup> Es decir, más allá de los límites del imperio, lo cual hace saponer que la caverna de este Santo estaba cerca de estos límites.

doreto asegura que este milagro es tan evidente, que nadie se atreveria á ponerlo en duda.

El relato que de él hicieron estos judíos pasó de boca en boca, y dió á conocer la virtud de este Santo. Los ismaelitas corrieron en tropel á su caverna, lo cual le proporcionó ocasión de hacer muchos milagros. Pero sea que temiese la vanidad que inspiran los aplausos humanos, sea que su gusto por la soledad no pudiese acomodarse con estas frecuentes visitas, abandonó su caverna, y vino á ocultarse en el monte Amán. Los habitantes de estas montañas estaban imbuidos en las supersticiones de la idolatría, y aún cuando el Santo no habia traído otro objeto á la montaña que separe del mundo, su celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas no le permitió vivir ocioso, y empleó el don de hacer milagros con que el Señor le habia favorecido en plantar allí la religión cristiana. Los paganos, admirados con estos prodigios, así como con la santidad de su vida, abrieron sus ojos, reconocieron sus errores, y los abjuraron. Teodoreto asegura que la piedad que diseminó en este país era muy floreciente, cuando él escribia su historia.

Añade que no puede expresarse el número de maravillas que obró, y se contenta con detallar una que demuestra que el Santo poseía á un mismo tiempo el espíritu de los profetas, y el poder de hacer milagros que fuera concedido á los apóstoles. « En el tiempo de la recolección, dice, un hombre robó á otro una gavilla; pero Dios no tardó en castigarle, haciendo que un rayo prendiese fuego á toda su hacienda. Lleno de espanto este miserable, acudió al Santo que no vivia muy lejos, y le contó su desgracia, pero ocultándole su robo. El hombre de Dios le dijo que se guardase de ocultar la verdad, y comprendiendo el ladrón que Dios le habia revelado su crimen, lo confesó al Santo, y éste le aseguró que tan luego como restituyese las ga-

billas robadas, se extinguiría el fuego, como así sucedió efectivamente: pues este hombre se apresuró á restituir lo hurtado, y cesó el fuego sin necesidad de apagarlo con agua. »

Los habitantes de la aldea, admirados con este milagro, lo pusieron en conocimiento de Antioco. Todos se apresuraron á venir á ver al santo hombre, unos para obtener la libertad de algún poseído, y otros para alcanzar la curación de diferentes enfermedades, y la virtud de Dios, que estaba en él, hacía que ninguno se retirase sin haber alcanzado lo que pedía.

Esto fué motivo para que nuevamente mudase de habitación. Se determinó, pues, á retirarse al monte Sinai, con la esperanza de disfrutar las delicias de la soledad. Muchos de los que habían imitado su género de vida quisieron seguirle, y él lo consintió. Cuando hubieron llegado al desierto de Sodoma, vieron elevarse desde un foso dos manos, y considerando que esto pudiera ser una astucia del demonio, se pusieron á orar; pero viendo que continuaba la misma aparición, se aproximaron, y no volvieron á verla más.

Quisieron asegurarse más de la verdad, y vieron practicada en la tierra una especie de cueva de suficiente capacidad para servir de morada á un hombre. En efecto, allí encontraron á un anacoreta que, elevadas sus manos al cielo, oraba cuando ellos llegaron; pero que se ocultó al sentir sus pasos.

San Siméon no dudó que era un siervo de Dios, cuyo mérito quería darles á conocer la divina Providencia, é inclinándose para descubrirle, le conjuró que por caridad dijese si era verdaderamente un hombre: pues nosotros somos, le dijo, religiosos amantes del reposo y de la soledad, y vamos á adorar á Dios en la montaña en que dió su ley á su siervo Moisés. Al oír estas palabras, se presentó el

que estaba oculto demostrando una mirada enteramente salvaje, un semblante lleno de arrugas, los cabellos encrespados y su cuerpo desecado por la penitencia y cubierto de un hábito hecho de hojas de palmera.

Los saludó atentamente, y para satisfacer su piadosa curiosidad, les dijo que, habiendo llegado con un amigo y con el designio de ir, como ellos, al monte Sinai, se prometieron reciprocamente no separarse hasta la muerte: que habiendo caído enfermo este compañero, y habiéndole Dios separado de esta vida, le sepultó en aquel paraje, y que para cumplir su promesa, había abierto aquella fosa junto á la suya, en donde se había sepultado vivo, para continuar sus ejercicios de solitario, como lo hacía ántes, de venir á aquel lugar.

Añadió que se alimentaba de dátiles, y en efecto, algunos momentos despues vieron venir un león cargado con una rama de palmera llena de dátiles, que vino á depositar ante el siervo de Dios. Los compañeros del Santo tuvieron miedo; pero el anacoreta les tranquilizó mandando al león que se retirase. Les dió estos dátiles, y despues de hacer oración y de cantar los salmos con ellos, los despidió.

San Simeón y sus compañeros continuaron su camino, llenos de contento y de admiración por el descubrimiento que acababan de hacer. Llegaron felizmente al monte Sinai, en que Moisés tuvo la dicha de hablar con Dios: se prostraron en tierra y permanecieron ocho días sin moverse y en continua oración. Dícese que una voz celestial les mandó levantarse y que comiesen de lo que tenían delante. Encontraron efectivamente tres manzanas: comieron, y dieron gracias, reanimando de esta manera sus abatidas fuerzas.

Como no había venido al monte Sinai para fijar en él su morada, volvió á Amán, en donde edificó dos monasterios. Uno en la cúspide, y otro en la falda de esta montaña. Es-

tas dos casas, dice Teodoreto, fueron dos academias para los que querian instruirse en la ciencia divina de las virtudes. Allí se reunia un gran número de generosos atletas de Jesucristo, llenos de fervor y de ánimo. El bienaventurado Simeón les servia de maestro, y les enseñaba á descubrir los artificios del enemigo, á confiarse sin temor en la protección del Señor, por cuya gloria combatian contra las potestades de las tinieblas, y á conservarse en la unión, en la dulzura y en la caridad para con los compañeros.

La reputación de san Simeón se extendió muy léjos. La solidez de sus instrucciones; sus prodigios y sobre todo la santidad de su vida le hicieron muy célebre, y habiéndole Dios retirado de este mundo para coronar sus trabajos con una gloria immortal, dejó, dice Teodoreto, en el espíritu de los hombres un recuerdo de bendición que no puede borrarse.

Mi bienaventurada madre, dice el mismo historiador, tuvo la dicha de recibir frecuentemente su bendición, y me refirió la mayor parte de las cosas que he dicho, lo cual demuestra que no habla como testigo ocular, como lo hace al trazar la vida de otros solitarios, á quienes conoció y trató personalmente; pero la piedad de su madre no puede dejar duda acerca de la verdad de lo que de éste refiere. San Simeón debió morir hacia el año 390 según el cálculo de Tillemont, y la razón que dá éste es que Teodoreto, que dice que no le conoció, nació hacia el año de 393. Los griegos honran su memoria el 26 de enero. Puede verse á Bolando en este dia. Valois cree que es el mismo que Zozomeno dice haber sido muy célebre en tiempo de Constancio en los desiertos de Mesopotamia, comprendiendo en estos desiertos el de Antioquía, que formaba parte de ellos.

Teodereto habla también de los bienaventurados Paladio y Abrahám. El primero era íntimo amigo de san Si-

meón, y se visitaban con alguna frecuencia para animarse mutuamente en el celo por la gloria de Dios y en su santo amor. Paladio tenia su celda cerca de una aldea llamada Imma ó Immai, en la diócesis de Antioquía. Allí se ejercitaba con santo ardor y generosa paciencia en los trabajos de la vida solitaria, en los ayunos, en las vigillas y en una oración continua.

Dios hizo en su favor un milagro patente para destruir la calumnia de un hombre malvado que habia asesinado á otro, y que queria atribuirle el homicidio. La feria de esta aldea habia atraido á un gran número de mercaderes, y uno de ellos, despues de haber sacado una suma considerable de la venta de sus mercancías, se disponia á partir á la media noche. Observábale un ladrón que le seguia de cerca, y habiendo llegado á un paraje en que nadie podia verle, se arrojó sobre él, le mató y le quitó todo el dinero. Para ocultar mejor su crimen, se unió á otro que no era ménos detestable, y llevaron el cadáver ante la puerta de la celda de Paladio, para hacer recaer sobre él la muerte.

Paladio gozaba de grande veneración en aquel lugar ; pero habiéndose propagado por toda la feria la noticia de este crimen, corrieron todos al lugar en que se hallaba el cadáver, y quisieron hacerle culpable. El asesino tuvo la osadía de presentarse, para hacerse ménos sospechoso. Se promovió un gran alboroto : destrozaron la puerta de la celda de Paladio, le llamaron asesino, y quisieron castigarle como homicida.

El santo solitario no se turbó en medio de este tumulto ; ántes bién, lleno de confianza en Dios levantó á él sus manos y su corazón, pidiéndole que se dignase disipar la calumnia y manifestar la verdad. En seguida tomó de la mano al muerto, y le dijo : Declara en alta voz quién te ha matado, y haz conocer la inocencia del acusado. El muerto levanto la cabeza : abrió los ojos : dirigió una mirada sobre

todos los asistentes, y señaló con el dedo al asesino. Entonces se levantó un grito entre toda la multitud, que no se hallaba ménos indignada de la impostura del criminal, que conmovida por el milagro, con que Dios manifestaba la inocencia de Paladio. El asesino fué registrado : se le encontró el dinero robado : se vió que su espada estaba teñida de sangre, y la estimación en que hasta entónces habia sido tenido Paladio por su extraordinaria virtud, aumentó en el pueblo con esta señal evidente de la protección divina. Teodereto dice que en su tiempo se hallaba todavia tan viva la memoria de este prodigio, como si hubiera sido muy reciente.

Abrahám, imitador del género de vida de san Simeón y del bienaventurado Paladio, no fué ménos célebre que ellos por sus virtudes y sus prodigios. Nada más dice Teodereto ; pero es muy suficiente para darnos una idea de su mérito. Dios la confirmó despues de su muerte con multitud de milagros que se realizaron en su tumba.

## SAN SIMEON, PRIMER ESTILITA <sup>1</sup>

Tillemont, cuya autoridad como crítico aceptan los espíritus fuertes, hace notar, tratándose de las actas de san Simeón Estilita, que su historia es tan cierta como extraordinaria, y tenemos el consuelo de oponer á los que rehúsen prestarles fé, pruebas tan ciertas de lo que vamos á decir, que seria preciso rechazar la autoridad de los mejores historiadores. Cuanto más increíble parece esta his-

<sup>1</sup> Cosme, Teodoreto, Antonio, Teodoro el lector, Evagrio, Baronio, los Bolandistas, Tillemont, Baillet.







Imp. G. Barthelemy del. Paris.

Gravé par J. B. de la Roche.

*St. Siméon, 1<sup>er</sup> Stylite.*

*San Siméon, primer Estilita.*



toria, tanto más ha querido Dios darle caracteres de autenticidad. Por una parte ha sido escrita por un discípulo que vivió á su lado, que le acompañó hasta la muerte, y cuya obra ha llegado hasta nosotros. Por otra parte Teodereto, uno de los más sabios obispos de Oriente, escribió todo lo que vió, y su relato también se ha conservado. Podemos añadir al mismo tiempo el testimonio de las Vidas de san Eutimio, san Teodosio, san Auxencio, y san Daniel Estilita, el de Teodoreto el Lector, el de Evagrio y el de otros muchos historiadores. Pero sobre todos estos testimonios tenemos como garantía un número infinito de personas, de todos los países, de todas condiciones y de toda clase de caracteres, á quienes Teodereto toma como testigos de lo que dice, y que vieron lo mismo que él. Lo cual no se hubiera atrevido á decir, si hubiese sospechado que algunos de los hechos que refiere eran contrarios á la verdad : pues todos los que cita hubieran podido argüirle de impostura. Teodereto no necesitaba justificar estos hechos para el tiempo en que escribía, pues eran conocidos de todo el mundo : sino que lo ha hecho por el temor de que en el trascurso de los tiempos pudiesen parecer tan extraordinarios, que se consideraran exagerados. Pero se consolaba pensando que siempre habrá personas suficientemente instruidas en las grandezas de Dios y en el poder de la gracia del Espíritu Santo, para no poner en duda su historia.

Todos los que se hallan, dice, bajo la dominación del imperio romano conocen al ilustre Simeón, que con mucha razón pudiera llamarse el milagro del universo. Los persas, los medos y los etiofes han visto sus trabajos, y su fama se ha extendido hasta los escitas y los nómadas ; pero aunque yo tenga tantos testigos de sus combates, como hombres hábil ; sobre la tierra, temo escribirlos, no sea que parezcan increíbles á los que vengan despues de nosotros, ó que los consideren como fábulas : pues los hombres acostumbran

á medirlo todo con arreglo al curso ordinario del mundo, y á considerar como falso todo aquello que parece salir de los límites de la naturaleza. Pero los que conocen la grandeza de Dios y las maravillas de su gracia no rehusarán darles fé : y como por todas partes se encuantran personas que pertenecen á este número, abrigo la confianza de que esta historia será acogida por ellas. »

Lo que confirma aún más la verdad de esta historia es la reputación de san Simeón, tan extraordinaria como su misma vida. Muchos solitarios se han hecho célebres por sus virtudes y por sus milagros ; pero puede decirse que san Simeón lo ha sido más que todos ellos, porque su vida es un puro milagro. Este concurso de testimonios de tantos pueblos no puede ménos de fundarse en un género de vida, que ha admirado á todo el mundo : pues no hay quién no vea en él una penitencia superior á las fuerzas de la naturaleza. No se trata de una acción pasajera, ni de un milagro publicado por testigos desconocidos, y de que puede dudarse sin peligro de pasar por incrédulo. Una acción pasajera, por singular que parezca, puede sernos sospechosa, porque no haya habido ocasión de examinarla, y un prodigio atestiguado por personas sin autoridad no puede considerarse como infalible, porque se teme, y con razón, que haya fraude ó demasida credulidad por parte de los testigos.

Pero todo lo contrario ocurre con san Simeón : los testigos de su vida son innumerables y autorizados. Esta vida que puede llamarse un prodigio continuo, ha durado treinta y siete años á los ojos de todo el mundo. Hé aquí porque Teodereto le llama el milagro del universo : mientras que otros le llaman un ciudadano del cielo revestido de carne mortal : un hombre que imitaba en la tierra la vida de los ángeles en el cielo, colocado entre el cielo y la tierra, conversando con Dios y glorificándole como los es-

píritus bienaventurados : la luz del Oriente, la columna y el apoyo de la verdad, elevado sobre los demás hombres más por la eminencia de su virtud que por la elevación de su columna, y que desde lo alto de esta columna ilustra toda la tierra con la claridad de su virtud.

Si se desea saber porque ha querido Dios conducir á este Santo por un camiuo tan singular y sin ejemplo hasta entónces, podemos responder con el cardenal Baronio, que Dios le elevó en medio de la Siria como sobre un trono eminente, para hacerle doctor del universo y defensor de la fé católica, en medio de las dificultades y densas tinieblas con que procuraba oscurecerla la herejia, queriendo singularmente salvar por este medio á los sencillos é ignorantes, que, á lo ménos, eran capaces de conocer que la verdadera fé era la que les enseñaba este ángel de la tierra, y que él confirmaba con tantos milagros, siendo imposible que fuese falsa la doctrina que enseñaba, pues entónces el mismo Dios suscribiria á sus palabras de una manera tan auténtica.

Hemos creido necesario hacer este preámbulo ántes de exponer la vida del Santo, á fin de justificar su verdad en aquellos espíritus que combaten las maravillas de los santos sólamente por falsas preocupaciones, en lugar de juzgarlos según las reglas de una crítica exacta y severa : reglas que hemos procurado seguir con los autores modernos, que tan sabiamente las han empleado para discernir las historias sospechosas de exageración, de las que merecen un justo crédito, fundado en pruebas racionales. Esto es lo que hace decir á Baillet, que no será sospechoso de excesiva credulidad el considerar á este Santo como uno de los objetos extraordinarios que Dios hace aparecer en el mundo, más bién como monumentos de su poder y de su gracia, que como modelos de una conducta humana, y que esto es lo que deben tener en cuenta los que juzgan de todo se-

gún el curso ordinario de las cosas del mundo, y que acostumbran á considerar como falso todo lo que excede á su razón, ó que va más allá de lo natural.

Pero aún cuando los testimonios que acabamos de referir sean más que suficientes para considerar como cierta la historia de san Simeón, parece que en un tiempo en que los pretendidos espíritus fuertes afectan excepcional, pero falsa instrucción contra todo lo maravilloso que se dice de los santos, ha querido Dios, para confundir mejor su incredulidad, que se encontrase una vida del Santo escrita extensamente por el sacerdote Cosme, autor contemporáneo, testigo ocular y amigo particular suyo, la cual sirve para confirmar más y más lo que los otros historiadores escribieron. Débese esta historia al docto Assemani, que la ha sacado de un manuscrito del Vaticano, escrito en lengua siriaca, y que él ha traducido al latin, poniéndola despues de las Actas de los Mártires, con prolegómenos y notas llenas de erudición y dictadas por una crítica severa.

Como la vida de san Simeón escrita por Teodoreto y por Antonio se halla en manos de todo el mundo en la Colección de los Padres de la soledad, dada en francés por Andilly, y como por otra parte la historia del sacerdote Cosme no fué conocida de Bolando, ni de Tillemont, ni de Baillet, ni de otros que han hablado de los solitarios, pues Assemani es el primero que la ha dado á luz, seguiremos de una manera especial su relato, y no añadiremos lo que dicen Antonio y Teodoreto sino en caso necesario, para no omitir cosa alguna que pueda contribuir á la gloria del Santo y á la edificación de los fieles.

#### Capítulo I.

El santo y muy amado de Dios Simeón nació en Sisán, aldea situada en el pais de los Maquíalos en Arabia, hacia

el año 388 según Tillemont, ó más bién en el 387 según el tiempo en que Assemani señala su muerte. Apenas nacido, le hicieron bautizar sus padres que eran cristianos. Tuvieron estos muchos hijos. de los cuales dos sólamente les sobrevivieron. á saber, Semiano, que fué religioso, y nuestro Santo que era más pequeño que éste.

Era muy jóven cuando su padre le dedicó á guardar sus ganados, y aún cuando vivió en los bosques y moutañas, y alejado de las iglesias en que se instruye al pueblo, daba, sin embargo, señales de gran piedad y sabiduría. Amasaba con sumo esmero una goma odorífera que encontraba en el desierto, y la hacia quemar sobre una hoguera, que levantaba á manera de altar, deseando significar con este perfume de olor agradable los homenajes de su corazón. A esta sencilla y dulce expansión de su piedad añadía la práctica de la mortificación y de la caridad, privándose de parte de su alimento para darlo á los que padecian hambre.

Habiendo muerto sus padres, se vió obligado á ir á su casa para arreglar los asuntos de la harenca, que debia partir con su hermano, Viendo que el pueblo acudia á la iglesia los domingos, hizolo él también para cumplir sus deberes de cristiano. Entónces oyó por primera vez la lectura de las santas Escrituras que se hacia á los fieles, y preguntó á los que iban con él, que era lo que se leia, y le dijeron que eran los Libros santos que contienen los oráculos dictados por el mismo Dios á los escritores sagrados. Esto le causó vivísima impresión, y le hizo entrar en grandes sentimientos de respeto y de admiración, deseando que llegase el domingo siguiente para no perder nada de la divina palabra, para comprender su sentido y poner en práctica los mandamientos del Señor.

En su ardiente deseo de tributar un culto al Señor, buscó con empeño la goma odorífera para quemarla en honra suya, diciendo á medida que se elevaba el humo: « Suba

este olor de suavidad hasta Dios que habita en los cielos ».

Pocos dias despues el Señor, que queria servirse de él para cosas grandes, comenzó à honrarle con sus divinas comunicaciones. Una noche, durante el sueño sintió que alguien le golpeaba dulcemente, y le llamaba por su nombre. Despertó y vio ante sus ojos un personaje de celestial belleza revestido con ropaje de brillante claridad, y teniendo un cetro en la mano. Lleno de espanto, se arrojó a tierra ; pero el espíritu celestial, tomándole de la mano y tranquilizándole, le dijo : No temas : sígueme, y está atento á lo que voy á decirte. El Señor quiere servirse de ti para la gloria de su nombre, para el sostén de su Iglesia, y para sacar á muchos del error y del pecado : si cumples dignamente el ministerio que vá á confiarte, los príncipes, los magistrados y los pueblos vendrán a tí para escuchar tus saludables instrucciones. Pero ten presente al mismo tiempo que has de sufrir mucho : que es preciso que prepares tu corazón con una grande paciencia y con una caridad perfecta, y que se extienda á todos los hombres de cualquier estado y condición que sean, y sobre todo es necesario que depongas todo espíritu de soberbia y de vanidad, y que no haya nadie en el mundo á quién no te creas inferior, por estar intimamente convencido de tu bajeza y de tu nada.

Se ve por esta lección del ángel, que por lo mismo que Dios llamaba á Simeón á un género de vida que debia servir de espectáculo á todo el universo, quiso que estableciese su fundamento sobre una sincera y profunda humildad, á fin de que no se apropiase á sí mismo los dones maravillosos que iba á concederle : lo cual nos enseña que la más perfecta virtud debe siempre estar fundada sobre la humildad, y que no puede elevarse muy alto el edificio de la perfección, miéntras no se caven muy profundamente sus cimientos por el conocimiento de sí mismo.



Tal vez sea ésta la visión á que se refiere Teodoreto, cuando dice que se le apareció un ángel, y le dijo que cavase muy profundamente los cimientos de una casa, y que cuatro veces le ordenó que los profundizase más: despues de lo cual no habia más que edificarla, sin temor á la solidez del edificio. Así es que si no es ésta la misma visión, no seria extraño que hubiese aprendido la misma lección de humildad en otra aparición de otro espíritu celeste.

Despues de esto le trasportó el mismo ángel á la cumbre de la montaña, en donde le dijo que levantase un altar con cuatro piedras que le mostró. Habiéndolo hecho, le manifestó que éste era el altar de Dios vivo en cuyo honor hacia quemar la goma odorifera, y cuyos oráculos habia oido en la iglesia, queriendo, sin duda, mortrarle con este símbolo, que debia hacer de su corazón una especie de altar, en el cual ofreciera á Dios, juntamente con el fuego de la caridad, el perfume de sus oraciones y de una oración continua.

El mismo ángel le hizo descender de la montaña, y le condujo á una iglesia dedicada á los santos Martires, inmediata á la casa de Timoteo, que más tarde fué del número de sus discípulos. A medida que se acercaba á esta iglesia, vió venir á él una multitud innumerable de gentes de todos los paises, de todos estados y condiciones, vestidos con ropas celestiales, y cuya modestia expresaba su excelente piedad. Simeón preguntó al que le acompañaba, quienes eran aquellas personas, y le respondió que eran los que debia convertir á Dios con la eficacia de sus ejemplos y de sus exhortaciones.

Fuera de la iglesia encontró una gran multitud de pájaros, semejantes á pavos reales, cuyas plumas centelleaban chispas de fuego, y que, al verle aparecer, desplegaron sus alas, y empezaron á dar gritos espantosos, lo cual demostraba la desesperación que sus conversiones habian de cau-

sar á los espíritus infernales. Por último, el ángel le mandó que entrase en la iglesia, y que llegase hasta el altar para orar con él, y durante la oración vió salir dél fondo del santuario á un personaje venerable, cuya claridad ofuscaba la del sol, y que acercándose á él, le invitó por tres veces con un aire de santa dulzura á besar la santa paz, y le puso en la boca una cosa de un gusto tan delicioso, que, confiesa el Santo, que no lo puede concebir ni mucho ménos expresar. Despues de lo cual le dijo : Estás destinado para alimentar espiritualmente el rebaño del Señor : no te dejes desanimar, sino llénate de gran valor para cumplir tu destino.

Tal fué, dice el historiador Cosme, la primera visión con que fué favorecido Simeón, cuando aún todavia se hallaba ocupado en la guarda de sus rebaños, y llenó su alma de tan grande unción de piedad, que, sintiéndose divinamente saciado con las dulzuras de esta gracia, estuvo veintiún dias sin comer ni beber. Al cabo de este tiempo fué á una aldea cercana para comprar pescado. La hija de un pescador, que habia cogido gran cantidad en un estanque inmediato, rehusó vendérselo, diciendo falsamente, y hasta asegurando con juramento que no tenia. Pero Dios le hizo sentir muy pronto la pena de su pecado ; pues el demonio entró en su cuerpo, y en seguida apareció la jóven en medio de la plaza con los cabellos en desórden, desgajados sus vestidos, dando gritos espantosos, é implorando los auxilios de Simeón, que habia ido á comprar el pescado en otra parte. Díjole el Santo que esta desgracia le habia ocurrido por haber tomado el santo nombre de Dios para sostener una mentira, y con sus oraciones la libró del maligno espíritu.

Este milagro tan evidente obrado por un pastor en un paraje tan público, admiró á todo el mundo, y le atrajo el respeto, no sólomente de la gente del pais, sino hasta de

los mismos romanos que se hallaban de guarnición. El historiador del Santo nombra entre estos á Silvano Braspciato, que quiso entablar con él una amistad muy estrecha, y que, cuando despues de subir á la columna, venia á visitarle frecuentemente, referia á todos el prodigio que habia obrado siendo muy jóven.

Simeón se aplicó desde entónces con más constancia á la oración y al ayuno. Muy de mañana se iba á la iglesia, en la cual pasaba todo el dia y hasta muchas noches enteras, permaneciendo de rodillas ó postrado en tierra. Los jóvenes de su edad que le conocian, no podian comprender como pasaba toda la noche en el lugar santo sin ser rendido por el sueño.

Para cerciorarse, le espiaban, sin que ni una sola vez le hubiesen encontrado dormido. Cosme asegura haber sabido por ellos esta circunstancia de su vida.

Ejercitábase en obras de piedad, cuando su hermano le llamó á la casa para terminar la partición de los bienes relictos por el fallecimiento de sus padres : pero Simeón le respondió que dispudiese como mejor le pareciera, lo que su hermano, que le amaba tiernamente, rehusó hacer : de modo que se vió obligado á ir á la casa. Su tia paterna habia muerto también dejándole por heredero universal de todos sus bienes, que eran muy considerables. Simeón no quiso aprovecharse de ellos : dió las tierras á su hermano, y distribuyó el resto á los pobres y monasterios más necesitados, á excepcion de una parte de los rebaños, de que dispuso, como veremos despues, en favor del primer monasterio en que entró, y de la recolección de los granos, que hizo trasportar á sus graneros para emplearlos en otras obras de caridad.

Dios hizo entónces un milagro para secundar esta virtud. Despues de la siega dejó su campo á los pobres y extranjeros para que tomasen todo lo que necesitaran ; sin

embargo, se vió que quedaba mucho más de lo que se habia recogido. Otro tanto hizo con el pan, con el vino y con todo lo demás que se habia preparado para el alimento de los segadores : pues no sólomente estos, sino todos los pobres que en gran número habian venido á espigar, se aprovecharon de éste beneficio, y tomaron todo cuanto necesitaron.

Habia cerca de Teledán un monasterio gobernado por Heliodoro, y que el historiador Cosme llama monasterio de san Eusebón, que habia sido su fundador, y á quién Heliodoro habia sucedido despues de Abibión. Simeón tenia en esta casa un primo hermano, religioso de una rara virtud, y que durante los treinta y cinco años que vivió en ella, guardó el retiro con tanto rigor, que ni una sola vez salió á la puerta por donde habia entrado al hacerse monje. Hacia tiempo que el Santo habia determinado imitarle, así es que despues de ordenar sus asuntos domésticos, se dirigió al monasterio, llevando consigo camellos y otras bestias de carga, que presentó al superior para el servicio de la comunidad, y para los usos á que éste quisiera destinarlos.

Heliodoro le recibió con mucha ternura, y tres días despues lo presentó al obispo de Gabales, para que de sus manos recibiese la tonsura monástica. Este prelado, personaje de una insigne piedad, y que ántes de su promoción á la sede episcopal habia abrazado la vida monástica, y á la cual habia conservado el mismo amor y estimación, así como á todos los que la profesaban, preguntó al jóven Simeón los designios que le movian á hacerse religioso, y observó en sus respuestas tanta prudencia y discreción, que quedó admirado. Por otra parte, aunque era de poca talla, desaparecia este pequeño defecto, si tal pudiera ser, ante la grandeza de su alma. Tenia también el cabello rizado, y el rostro muy bello, y Cosme, para acabar de hacer

su retrato, dice que todo su exterior era sumamente gracioso, y lleno de dignidad : que era muy activo en todo lo que emprendia, y que gozaba de una salud muy robusta y capaz de sotener los más rudos trabajos.

Admirando en él tan bellas cualidades el obispo de Gabales, tuvo una grande satisfacción en revestirle por sí mismo el hábito religioso. Semsén, hermano del Santo, hallábase presente á la ceremonia, y sin otro objeto que el de acompañarle en aquel solemne acto ; pero el obispo le dijo : Atiende, hijo mio, la excelente elección que ha hecho tu hermano, aunque más jóven que tú, y piensa que es preferible á todo cuanto hay en el mundo. Estas palabras le decidieron en aquel mismo instante : así es que rogó al prelado que le concediese la misma gracia, y cuando ambos hubieron recibido la tonsura monástica, los envió el obispo al monasterio, diciendo al superior y á los asistentes en órden á Simeón : No me cabe duda que este jóven es un vaso de elección, en el cual derramará el Señor sus más ricos dones, y que su nombre será un dia muy célebre en toda la tierra : pues yo sé lo que he visto á su lado. En efecto, durante el tiempo de la ceremonia le asistia un ángel.

Habiendo entrado Semsén en el monasterio al mismo tiempo que su hermano, permaneció cinco meses, viéndose obligado á salir para disponer, en favor de los pobres y de los monasterios, de los bienes que poseia en el mundo, despues de lo cual volvió para llevar una vida ejemplar, y dejando despues de su muerte, que acaeció ántes que la de su hermano, una gran reputación de santidad. En cuanto á Simeón, se abrasó su corazón en un amor de Dios tan ardiente, que la penitencia que se practicaba en el monasterio, aunque muy rigorosa, no bastaba á contener su fervor, y para satisfacerlo algún tanto, cavó una fosa en el jardín, en la cual se metió hasta la mitad del

cuerpo, y en donde permaneció todo el estio, expuesto á los ardientes rayos del sol, y sufriendo con heróica paciencia este calor sofocante. Pareceria que habria exceso en este género de mortificación, y así lo seria, en efecto, para cualquiera otro ; pero Dios, que le guiaba con su espíritu para hacerle un prodigio de penitencia, justificó su conducta extraordinaria con muchos milagros.

Permaneció durante dos años en esta fosa ; pero el demonio, para obligarle á salir de ella, tentó á muchos religiosos para que murmurasen de él, haciéndole entender que con la singularidad de su penitencia infringia la disciplina regular del monasterio, y turbaba su armonía. Cayeron todos en la emboscada, y hostigaron al superior á que echase á Simeón fuera del monasterio, si no queria conformarse con la vida común. Conocia el superior la eminente piedad del Santo, y el poderoso atractivo con que Dios le guiaba á la virtud en un grado heróico, y por otra parte comprendia que las intenciones de estos religiosos no estaban exentas de aversión y envidia. Pero viendo que no podia aplacarlos, creyó que debía condescender con ellos, y dijo á Simeón que dejase la compañía de los religiosos, si no se determinaba á seguir la vida común, añadiendo en presencia de los demás, y como para mostrarles que no echaba á Simeón como culpable de desobediencia, que no pretendia disuadirle del género extraordinario de vida que habia emprendido ; sino por el contrario, que alababa su fervor y su amor á la penitencia.

Simeón salió del monasterio, y se retiró á un bosque inmediato, en donde continuó sus austeridades, no comiendo más que los domingos y en tan corta cantidad que no llegaba á un huevo de gallina, y pasando algunas veces quince dias, y hasta tres semanas sin tomar cosa alguna. Cuando se ejercitaba en este género de vida, vinieron al bosque algunos de sus religiosos, y apercibién-

dole uno de ellos, se acercó á él para reprenderle su singularidad, y exhortarle á que se conformase con los demás ; pero este religioso se sintió como herido por una fuerza celestial, y durante cinco horas quedó en tierra destituido de conocimiento. Los demás que se habian quedado á la sombra de un árbol, corrieron en su auxilio y lo llevaron al Santo, y entónces empezó á dar algunas señales de vida y á vomitar sangre corrompida. Tres dias despues les dijo el Santo que le echasen agua, y el enfermo, volviendo enteramente en sí, bebió mucha agua, vomitó nuevamente sangre, y al cabo de dos dias estaba enteramente restablecido.

Fué tan evidente la curación milagrosa de este religioso, que el Santo temió que le sacasen de su retiro : así es que, para ocultarse á las miradas de los hombres, escogió una especie de cueva que habia en el recinto del monasterio, y en que nadie podia presumir que se hallase oculto. Esta cueva estaba cubierta con la leña que se reunia para el servicio de la casa. Y en efecto, allí estuvo sin que nadie le aparcibiese ; pero treinta dias despues el religioso que estaba de semana para el servicio de la comunidad, vino á tomar una poca de leña, y descubriéndolo, lo puso en conocimiento del superior, que acudió al punto con otros religiosos. El recuerdo del milagro de que hemos hablado, les impidió por el pronto manifestar su mala disposición contra él, y se unieron á su superior para exhortarle á entrar en comunidad y á asistir al santo sacrificio que iba á celebrarse.

Accedió a ello ; sin embargo, el enemigo de las almas que no dejaba de tenderle lazos para separarle de su vida penitente, movió nuevamente á los religiosos á acusarle de excentricidad, con objeto de obligarle á que viviese como los demás, ó á que se le arrojase del monasterio. Pero el superior, que conocia mejor que ellos la solidez de su vir-

tud, que se manifestaba en su paciencia invencible y en la pureza de sus costumbres, se resistió á ello, protestando que no debía oponerse al atractivo que sentia Simeón por las cosas grandes.

En efecto, su ardor por la penitencia iba siempre en aumento, y diríase que hubiera querido haber tenido muchos cuerpos para inmolarlos todos á Dios por medio de la penitencia : pues tan grande era su deseo de ser víctima de su amor. No contento con ayunar mucho más austeramente que los demás, pasaba las noches enteras de pié, y para no dormirse mucho tiempo, hizo un aparato, que lo despertase. Añade Cosme que se ceñía el cuerpo con una cuerda llena de nudos que se le metian en la carne. Teodoro describe más ampliamente este género de mortificación, que asegura haber oido del mismo Heliodoro, superior del monasterio. Hé aquí sus palabras.

« Habiendo ido un dia al pozo para sacar agua, tomó la sogá que era de palma, y tan basta que apenas se podia tomar, y ciñóse el cuerpo con ella. Nadie se habia apercibido de semejante cosa, hasta que, habiéndosele hecho llagas profundas, la sangre que de ellas manaba, el mal olor que desprendian, y los gusanos que habian criado, revelaron el secreto á los demás religiosos, que dieron parte al superior. Este quiso ante todo ver el lecho en que algunas veces tomaba ligerísimo reposo, y admirado de ver los gusanos que por todas partes brotaban, y el olor insoportable que despedian, exclamó con estupefacción : « Hé aquí un nuevo Job. » Pero queriendo informarse mejor, llamó al Santo, y le preguntó de donde procedia el mal olor y los gusanos que habia en su lecho. El Santo bajó la cabeza, y sólomente respondió con lágrimas.

El superior fingió montar en cólera, y ordenó que se desnudase, pero su hábito estaba tan pegado con las carnes podridas que fué necesario hacerlo poco á poco, y echando



aceite y agua caliente. Entónces se vió que la sogá estaba tan metida en la carne, que no se la veia, y se observó al mismo tiempo que de sus llagas manaba una multitud prodigiosa de gusanos. Los religiosos quedaron tan maravillados, que no podian darse cuenta de lo que ocurría, ni sabian de que medios valerse para sacar la sogá. Simeón les pidió con lágrimas que le dejaran morir en su penitencia ; pero el superior hizo venir á un médico, que al fin consiguió quitarle este instrumento de mortificación, lo que, sin embargo, no pudo hacerse sin causarle dolores agudísimos, que hicieron temer por su vida. Pero Dios le tenia reservado para otros combates, y los religiosos le asistieron con tanto esmero, que á los cincuenta dias estaba enteramente curado.

Despues de esto refiere Cosme un milagro hecho por el Santo : pues manejó un hierro encendido, y limpió con sus manos un horno que estaba todavía ardiendo sin sufrir el más leve daño. A este milagro añadió un acto de caridad en favor de un religioso, á quién el superior queria arrojar del monasterio por haberle insultado. Pidió gracia para el culpable, y éste fué perdonado.

Sin embargo, el demonio no cesaba de trabajar para obligarle á abandonar sus ejercicios extraordinarios de penitencia, y no habiendo conseguido nada indisponiéndole con los religiosos, le tentó directamente. Un dia en que el Santo se hallaba en oración, se le apareció cubierto de una nube tan negra y espantosa, que, lastimando sus ojos, le dejó enteramente ciego. El superior se afligió en extremo, y quiso llamar al médico para que le curase ; pero Simeón le pidió que le permitiera retirarse á un sepulcro para pasar algunos dias en oración, esperando que Dios le restituiria la vista.

Allí permaneció durante cuarenta dias, al cabo de los cuales una luz celestial iluminó el lugar, y recobró la vista.

Volvió, pues al monasterio, y siguió sus acostumbrados ejercicios de oración y de trabajo, llenando á todos los religiosos de admiración con las cosas extraordinarias que en él veían. Pero no permaneció mucho tiempo, pues se sentía agujoneado por el deseo de más severa penitencia.

En su virtud se retiró á una gruta no muy lejana del monasterio hacia la parte de oriente, como para sepultarse en ella, y entregarse más enteramente á la contemplación y á la penitencia. Era una caverna muy profunda en que jamás penetraba el sol, y en la que no se podia entrar sin sentir un horror secreto : así es que nadie entraba en ella, porque además de las tinieblas que allí reinaban, se oían con frecuencia ruidos subterráneos, como si la tierra quisiese abrirse bajo los pies. Era al mismo tiempo guarida de serpientes y de otros animales venenosos. Pero el intrépido Simeón entró en ella, cual si fuese un lugar de delicias : allí pasó cuarenta dias en ayunos y oraciones.

Durante este tiempo quiso el demonio turbarle con sus malas artes, haciendo que se le presentasen tigres, lobos, y gran número de serpientes y bestias salvajes, que con sus aullidos, bramidos y silvidos hubieran causado á cualquiera otro horror y espanto. Simeón, sin embargo, no experimentó la más leve turbación, y se entregó á la oración, cual si hubiera estado en el oratorio del monasterio. Contra todos estos fantasmas no usaba otra precaución que la señal de la cruz, que hacía sobre su frente y sobre su pecho, y al punto se desvanecían todos estos espíritus de las tinieblas, y la caverna se iluminaba con una luz celestial, en medio de la cual oía estas palabras : Simeón, tus hermanos te contrarian, y el infierno te ha declarado la guerra : no te desanimas ni temas nada : Dios no te abandonará, y llegará un dia en que tus hermanos vendrán á tí sumisos, y hollarás al demonio con tus pies.

No viéndole su superior en el monasterio, sintió grande pena, y envió á algunos religiosos para que lo buscasen por las cercanías ; pero inutilmente, porque jamás pudieron creer que estuviese en aquella caverna en que nadie se atrevia á entrar : pero su abad fué de distinta opinión, y les dijo que encendiesen antorchas, y fuesen á buscarlo allí en donde sin duda lo encontrarían. Hiciéronlo así, y le trajeron al monasterio.

Aúu cuando el historiador Cosme asegura que le buscaron con mucho empeño, ello es que, apénas pasaron algunos dias, empezaron nuevamente los murmuradores á manifestarle su aversión. Se presentaron al abad, y le dijeron que Simeón abandonase el monasterio, y que de no ser así, lo abandonarían ellos. Grande armadura experimentó el corazón de este superior, pues de una parte amaba tiernamente á Simeón, y queria conservarlo á su lado, y por otra, veia que iba á perder á casi todos sus religiosos, que eran ciento veinte. Contestóles que no se apresurasen, sino que esperasen algún tiempo, y ellos mismos resolverían lo que habia de hacerse.

Pasó un año, y no pudiendo dudar el superior que Dios llamaba á Simeón á esta penitencia extraordinaria, que disgustaba á los religiosos, y les daba ocasión de murmurar, le llamó en particular, y le dijo : No dudes, hijo mio, de la ternura que te profeso, y que me cuesta mucha pena el privarme de tu presencia ; pero tú mismo ves que tus hermanos, dispuestos á observar escrupulosamente las reglas del monasterio, no pueden permitir que se añada ni se quite cosa alguna, ni que se haga nada extraordinario, como yo tampoco permitiria que se relajase en lo más leve. Creo, pues, que obrarás muy sabiamente retirándote, para mayor tranquilidad tuya, al paraje que Dios te manifieste convenir á la vocación que te ha dado. Sé que le amas con todo tu corazón, y que le tienes entregados todos

tus afectos. El está presente en todo lugar, y no dudo que cumplirá los designios que tiene sobre tí. El es bueno y misericordioso, y te destina para gobernar un día á tus hermanos. Te recomiendo esta casa en la cual has sido educado : acuérdate de ella, y procura aumentarla : pues estoy persuadido que Dios te conferirá su dirección, y que ántes que yo muera tendré el consuelo de saber que ha hecho en tí grandes cosas. El suceso demostró que estas palabras eran una verdadera predicción : pues no tardó mucho tiempo en hacerse célebre el nombre de Simeón, y en que se hablase de él con veneración hasta en el palacio mismo del emperador. Cuando este superior sintió acercarse el fin de su vida, le encomendó el gobierno de su comunidad.

Ya hemos notado que este superior se llamaba Heliodoro, aunque Cosme no lo nombra ; pero dice que fué varón de conducta ejemplar y que poseia todas las virtudes. Habia entrado en el monasterio á la edad de cinco años, y vivió en él hasta la de setenta y nueve, habiendo consumado santamente su vida, sin desmentir nunca en lo más leve su profesión religiosa. Determinó, pues, el Santo retirarse á otra parte, y quiso el superior darle dinero para el viaje ; pero Siméon rehusó tomarlo, y despues de recibir su bendición, partió confiándose á los cuidados paternales de la Providencia.

Quando hubo dado algunos pasos fuera del recinto del monasterio, se volvió hacia el oriente, y dirigió al Señor esta corta pero fervorosa oración : Os pido, Señor y Dios mio, que sois toda mi fuerza y apoyo, que me conduzcáis al paraje en que quereis que os sirva. Despues emprendió su camino hacia el norte, y dirigiéndole Dios, llegó á las inmediaciones de la aldea de Tel-Nescín, llamada también Thalanipsín ó Telanisa, en donde habia un monasterio, y se detuvo á la sombra de un árbol. Allí dirigiéndose de nuevo al Señor, le dijo : Señor y Dios mio, que sois la

misma santidad y justicia, si es vuestra voluntad que yo ayune toda la santa cuaresma, que se aproxima, en el monasterio de este desierto, haced que, presentándome á la puerta, me dejen entrar sin preguntar mi nombre, ni hacerme ninguna otra pregunta. Permaneció algún tiempo en oración, y vino despues al monasterio de Maris, hijo de Barátón, señor del lugar de Tel-Nescín. Encontró en la puerta á un lego anciano y á un niño de siete años, que no pareció pertenecer al monasterio, el cual le abrió la puerta, diciéndole que entrase. Hizole presente Simeón que no debía entrar sin permiso del superior ; pero el niño le repitió que no tuviese ninguna dificultad en entrar, y en este mismo sentido le habló también el anciano con la mayor afabilidad, y cual si siempre le hubiese conocido. Cosme dice que en aquella hora se hallaban los religiosos fuera, ocupados en un trabajo del monasterio. Viendo Simeón tan favorable acogida, comprendió que Dios habia oído su oración, y que le habia manifestado suficientemente su voluntad. Pasó la noche en la hospedería, y á la mañana siguiente pidió al anciano que le diese una celda en que pudiese pasar todo el tiempo de cuaresma. El anciano le dijo con cierta sonrisa : Escoged la que os convenga, y yo pondré en ella los muebles que necesiteis, como así lo hizo. No se dice en la historia de Simeón que viese al superior ; pero es de creer que así lo hiciese.

Basso, sacerdote y corepíscopo <sup>1</sup>, personaje de gran mérito, de quién hemos hablado en otro lugar, vino en este tiempo al monasterio. Se le habló de Simeón, y se le llevó á su celda : celebró con él una conferencia sobre los deberes de la vida religiosa, y le dió su bendición. El San-

<sup>1</sup> La Iglesia dió este nombre hasta el siglo IX á los sacerdotes delegados de los obispos para ejercer las funciones episcopales. Tenian asiento en los concilios, y ocupaban el lugar mas inmediato á los obispos.

to se descubrió á él, y le manifestó sus designios de pasar la santa cuaresma sin tomar alimento alguno, rogándole que tapiase su celda. Basso opuso alguna dificultad; pero al fin se lo concedió, tapiando la puerta, pero dejándole seis panes y un vaso de agua para el caso de que se viese asediado por la necesidad.

Vino á verle despues de los cuarenta dias, y abriendo la puerta, vió que no habia tocado á los panes ni al agua, y que estaba en oración. Su sorpresa fué grande, y no menor la de los religiosos que le acompañaban. Le dió la santa Eucaristía, y pudo notar que sus fuerzas, extremadamente debilitadas por el ayuno, se repusieron tan luego como tomó este Pan de vida.

No era su intención permanecer mucho tiempo en aquel monasterio, y dijo á los religiosos que deseaba vivir en entera soledad, por lo cual le propusieron, que hiciese una cerca de piedras en una montaña inmediata, y que se encerrase en ella. El terreno pertenecia á un sacerdote llamado Daniel, que le cedió generosamente una caseta que en él habia. Al año siguiente pasó también la cuaresma sin comer, y Teodoreto dice que en el tiempo en que escribia su historia, llevaba veintiocho años de observar la misma abstinencia, y añade que en un principio le costaba mucho trabajo, pero que despues el hábito le hizo más fácil este extremado rigor. Así pues, dice este testigo ocular, que no asegura sino lo que él mismo vió: que pasaba de pié los primeros dias de su ayuno: que, hallándose en los siguientes disminuidas sus fuerzas, permanecia sentado para decir el oficio, y que estando en las últimos enteramente agotadas sus fuerzas, se recostaba en el suelo. Pero cuando subió á la columna, en que estaba siempre de pié, Dios derramó una gracia tan abundante en su alma, que pasaba toda la cuaresma sin comer, y con un vigor y un contento, que no podia ménos de admirar á todo el mundo.

Cuando Basso vió que el Santo habia concluido su ayuno el segundo año, no quiso ya ser el único testigo del rigor de su penitencia, y llevó consigo á otros corepiscopos y sacerdotes, y haciendo abrir la puerta, entraron todos, y Basso dió al Santo la sagrada Comunión. En esta ocasión hizo Simeón un milagro, con el cual quiso Dios dar á conocer á estos personajes illustres todo su mérito. Uno de los principales de Tel-Nescín le ofreció un vaso lleno de aceite, y se encomendó á sus oraciones; pero no quiso aceptarlo, y se contentó con darle la bendición y devolverlo. En el mismo momento empezó el aceite á hervir, como si estuviese al fuego, y saliendo del vaso en abundancia, y despues de caer en la tierra, se llenaron otros muchos vasos. El que lo habia presentado lo llevo á su casa lleno, y este aceite sirvió para curar á muchos enfermos. Este fué, dice el historiador Cosme, el primer milagro que hizo despues de haber salido del monasterio de Heliodoro.

Hizo ademas otros muchos que Basso referia en la iglesia al pueblo que acudia á oirlos. Cosme detalla las circunstancias de algunos, que nosotros nos contentarèmos con referir en pocas palabras. Dice entre otras cosas, que el demonio, ya fuese para probarle, ó ya para turbar su oración, hizo que se le presentase una culebra enorme, que se le enroscó en las piernas, silvando de una manera espantosa. Simeón no se turbó por esto, sino que prosiguió su oración hasta el fin: entónces la serpiente se desprendió por sí misma, y abriéndose en dos partes desde la cabeza hasta la cola, murió.

Hizo también desaparecer un dragón enorme, que parecia querer devorarle, y que no es extraño que fuese el mismo demonio que habia tomado su figura, bastándole para ahuyentarle levantar los ojos al cielo, y decir al animal estas palabras: Mátete Dios.

Habia á tres millas de Tel-Necín una aldea llamada

Beth-Laha, situada sobre una montaña. El señor de esta aldea tenia una hija paralítica desde su más tierna niñez, y no habia dejado el lecho en los veintidos años que tenia de edad. Su padre la hizo llevar en brazos de sus criados á la puerta del Santo, y entró en su celda para rogarle que pidiese á Dios su curación. El Santo bendecia ordinariamente aceite, que era la única medicina que empleaba para estas curaciones milagrosas ; pero entónces no lo tenia. Pidió un poco de arena, y le dijo que con ella hiciese frotar el cuerpo de la enferma en nombre de Jesucristo. Obedeció, y la hija quedó al punto tan perfectamente curada, que sin ningún trabajo subió a pié á la montaña, en cuya cumbre se hallaba situada la aldea. Este insigne favor la conmovió tanto, que quiso hacerse religiosa, y para ello le construyó su padre un monasterio, al cual consagró todos sus bienes, y en el que pasó el resto de su vida. En cuanto á su padre, no ménos reconocido á Dios que su hija, dejó el mundo, y se hizo discípulo del Santo. Este milagro ocurrió en presencia de mucha gente, que desde muy léjos atraia la reputación del Santo, lo que hacia que cada vez se le conociese más.

De la misma manera curó á dos paralíticos y á dos jóvenes vejados por el demonio. Cosme refiere más extensamente la curación de un sacerdote. Hé aquí en sustancia lo que dice. Explicando un dia este sacerdote las sagradas Escrituras, se sintió envuelto en una especie de niebla : era el demonio, que de esta manera habia fascinado sus ojos, y al mismo tiempo le dió una bofetada tan terrible, que lo echó á tierra, y lo dejó sin palabra y sin movimiento. Se le sacó fuera de la iglesia, llevándolo á una casa inmediata, en la cual estuvo nueve horas sin dar señal alguna de vida. Al cabo de este tiempo recobró el conocimiento, pero quedó paralítico. Sabia el don de milagros con que habia sido favorecido san Simeón, y rogó que le llevasen á su celda.



Emprendido el viaje, llegó á una aldea llamada Scihum, á una legua de Tel-Nescín, y sintiéndose fatigados los que le llevaban, quisieron detenerse, pues venian de un pais septentrional. Dios manifestó al Santo, durante su oración, la llegada de este sacerdote á la aldea, y valiéndose de un hombre á quién confiaba algunas comisiones de caridad, le dió un vaso de agua bendita, diciéndole: « Vé inmediatamente á Scihum: allí encontraras á un sacerdote acostado en un lecho á la entrada de la iglesia, y despues de asperjarlo con este agua, le dirás: El pecador Simeón me envia para deciros: Dejad en nombre de Jesucristo vuestro lecho en la iglesia, y sed curado. Hasta ahora ha sido necesario que seais traído en brazos de otros, pero en adelante de nadie necesitareis. » Este hombre partió en seguida, y al entrar en la aldea, á nadie ocultó la misión que llevaba. Así es que, siguiéndole una gran multitud, encontró, como el Santo le habia dicho, á este sacerdote á la entrada de la iglesia, pero en situación tan lastimosa, que la vida se le hacia penosa. Ejecutó exactamente las órdenes del Santo, y en el momento en que echó el agua bendita sobre el enfermo, se encontró éste completamente curado.

Lo primero que hizo fué dar gracias al Señor por el beneficio que le habia dispensado por mediación de Simeón: despues se dirigió á la morada de éste, seguido de numerosa multitud, que habia sido testigo de su curación prodigiosa, y se arrojó á sus pies para manifestarle su respeto y su gratitud. El Santo le hizo levantarse, y le dijo que nada temiese, pues el Señor le daría una gracia más abundante que el mal que habia recibido de parte de demonio, que se habia servido de sus emisarios para afligirle. « El mal que os han causado, añadió, va á caer sobre ellos, y no tardarán en venir á pedir os perdón. Usad, sin embargo, de misericordia con ellos, como Dios

la ha usado con vos. Llevad este agua y este polvo, y con ellos curareis. »

Penetrado el sacerdote de gozo y de reconocimiento, dió nuevamente gracias á Dios, y volvió á su casa. Al llegar á ella, vió á los dos malvados que, con sus mágicas artes, le habian causado la parálisis. El demonio les atormentaba cruelmente, pero asperjándolos con el agua y el polvo que llevaba consigo, quedaron curados. Vinieron estos á su vez á dar gracias al Santo por la gracia que habian obtenida por sus oraciones, y declararon ante todo el mundo los crímenes que habian cometido. El Santo les dirigió una enérgica corrección, y los mandó á su país.

Un pobre jardinero vino también á arrojarse á sus pies, diciéndole que habia sembrado pipas de melón y de calabaza, esperando hacer una buena recolección para atender á las necesidades de su familia ; pero que unos malvados arrancaban las plantas á medida que nacia, de modo que apenas habian quedado unas diez. Comovido Simeón, le dijo : « Levántate, y ten confianza en Dios : no quedarán impunes los que te han causado este daño. Toma esta arena, arrójala en forma de cruz sobre tu campo, y aún cuando no queden más que tres plantas, producirán tanto como todas las que han arrancado esos malvados. Cualquiera que sean estos, no escaparán á la venganza divina. Yo sé que entre ellos hay tres que han cometido muchos crímenes : pues han robado iglesias y monasterios : son perturbadores de la tranquilidad pública, y muy pronto vereis de que manera los castiga el mismo Dios. « Toda esta predicción se cumplió al pie de la letra. El jardinero recogió mayor cantidad de melones y calabazas de la que pudiera esperar, y tres días despues uno de aquellos tres hombres murió de lepra elefantina, que consumió todas sus carnes. El segundo se hinchó de una

manera horrorosa, y caminando á cuatro pies, como las bestias, se arrastró hasta llegar á la montaña del Santo, pues no se le podia llevar sobre una montura: tropezó y rodó por la pendiente, y rasgandose su vientre, se le salieron las entrañas, y espiró en aquel lastimoso estado. El tercero fué entregado al demonio, que le atormentó de una manera horrible, haciendo que se destrozase los brazos con los dientes. Se le llevó al Santo, el cual despues de muchas instancias rogó por él. Por último, despues de la pública confesión que hizo este miserable de sus crímenes y de los de sus compañeros, le dijo el Santo, que era necesario que comprendiese que se habia hecho indigno de la misericordia del Señor, y que debia tener mucho si no hacia penitencia.

San Simeón tuvo por este tiempo dos visiones, por las cuales le manifestó Dios sus designios. En la primera se le presentó en espíritu una escala de una altura prodigiosa, y sobre ella vió tres personajes: uno estaba en las primeras gradas, otro en medio, y el tercero en la parte más elevada. Oyó al mismo tiempo una voz que decia al que estaba en medio, que procurase escuchar al que estaba arriba, y esta misma voz añadió. « Aquí está Moisés, á quién el Señor dió su ley en el monte Sinai, y á quién hizo célebre en todo el mundo. Tú también lo serás, y así como Dios le protegió en todos sus caminos, también te protegerá á tí, siempre que cumplas fielmente el ministerio que te ha confiado. » Al mismo tiempo le entregaron tres llaves, y habiendo preguntado que significaba al que estaba en la parte baja de la escala, le dijo que subiese en pos de él. Y en efecto, le vió subir, y le siguió hasta el medio de la escala.

En la segunda visión se le apareció el profeta Elias en la forma que nos lo representa la Escritura santa, sobre un carro de fuego, cuando Dios le arrebató á la vista de

Eliseo, y le dijo que se animase de un santo ardor, porque Dios le destinaba para llevar su palabra á los potentados del siglo, y para ser el apoyo de los débiles y el consuelo de los pobres y de los afligidos. Que nada temiese de parte de los grandes del mundo, y que, aún cuando conspirasen contra él, no podrian dañarle, porque Dios le habia tomado bajo su protección.

## Capítulo II

Es imposible expresar, dice Cosme, el celo y santo amor de que el Santo se sintió abrasado despues de estas dos visiones. Muy grandes eran las austeridades que hasta entónces habia practicado; pero añadió otras mayores, y como si no quisiese poner límites a sus penitencias, y como si su cuerpo fuese de bronce ó de acero, se resolvió á no guardarle ningún género de consideraciones. Hallábase siempre animado del espíritu de Moisés y de Elias, á quienes Dios le habia hecho ver en éxtasis, y se decia á sí mismo: « Estudia bién las virtudes de estos dos ilustres personajes, que tan singulares favores merecieron de parte de Dios. Considera su fé, su caridad, su pureza y su ardor por la gloria de Dios, y cuán grandes fueron sus ayunos y contemplaciones. »

No contento con la que sabia sobre la vida de estos patriarcas, preguntaba á los demás para instruirse mejor, y meditaba en lo más recondito de su alma todo lo que se le decia. Llegó, por último, un dia en que se vió á este hombre escogido por Dios para hacer brillar su poder y sus misericordias sobre su pueblo, presentarse al universo entero con un ánimo intrépido y una virtud superior, levantar la cabeza, y con una frente que el Señor habia ceñido, por decirlo así, con su gloria y su fortaleza, combatir el vicio con autoridad, predicar con voz potente el reino de la

virtud, aterrar á los pecadores obstinados; invitar á los justos á las virtudes mas perfectas, desafiar al infierno y triunfar de toda su malicia, y lo que es aún más notable, autorizar la misión que Dios le ha confiado con prodigios casi continuos y con una vida verdaderamente sobrehumana, puesto qui excede á las fuerzas de la naturaleza, y sólomente una fuerza divina ha podido sostenerle en los trabajos de una penitencia hasta hoy desconocida.

Hasta ahora habia permanecido en la caseta de que hemos hablado. Despues subió á la cumbre de la montaña, que Evagrio dice estar distante trescientos estadios, ó sea quince leguas de Antioquía, y cuya pendiente tiene una legua de largo. El paraje que escogió era muy áspero, y se llama Mandra por los historiadores. Algunos autores han creido que Mandra significa un aprisco, nombre que algunas veces se daba á los monasterios, y que se le dió este nombre á causa del que se edificó cerca de la columna del Santo: pero Assemani opina que éste era el nombre propio de aquel lugar.

Allí construyó una cerca con piedras secas, en la cual se encerró, y para no salir de sus límites, ató a su pié derecho una cadena de veinte codos de largo, que sujetó por el otro extremo á una piedra enorme. Pero Teodoreto hace notar que, aunque su cuerpo estaba atado con esta cadena, su espíritu se elevaba libremente á contemplar con los ojos de la fé las cosas del cielo. Hallábase en este estrecho cercado sin techo, sin ningun abrigo, expuesto á las injurias de los tiempos y perseverando en la oración y en un ayuno rigoroso, cuyo tiempo ya no fijaba, pues á medida que se sentia más arrebatado por el fervor de la caridad, lo iba prolongando.

Melecio, á quién no debe confundirse, como algunos erróneamente lo hacen, con el obispo de Antioquía, llamado comunmente el gran Melecio, y que creemos que fué un

corepiscopo, Melecio, digo, personaje distinguido por su espíritu y su prudencia, habiéndole venido á visitar, le dijo, que, siéndo la razón suficientemente fuerte para sujetar el cuerpo, era inútil la cadena que llevaba atada al pié ; así es que Simeón, cuya virtud era humilde y sumisa, rogó que viniese un cerrajero para que se la cortase. Habia puesto un trozo de cuero para impedir que la cadena se introdujese en la carne, y cuando se quiso romper este cuero, se encontraron más de doscientas chinches, cuyas picaduras sufría con extremada paciencia.

Nadie pasaba la noche en su cercado, cuya puerta hacía cerrar por la tarde; pero el demonio, para turbar sus vigalias que pasaba en oración, inspiró á tres ladrones que saltasen la muralia, lo que fácilmente hicieron merced á las tinieblas de la noche. Su intención era matarle, y con este fin se adelantó uno de ellos, espada en mano, mientras que los otros dos tenian preparados sus venablos para lanzarlos contra él. Pero el mal que querian hacerle cayó sobre ellos : pues en lugar de herirle, se hirieron á sí mismos, y cayeron en tierra sin movimiento. Permanecieron así el resto de la noche y todo el dia siguiente. Cuando iba á ponerse el sol, se acercó el Santo á ellos y les dijo : « ¿ De donde sois, y á qué habeis venido aquí ? » Entónces volviendo en sí y llenos de verguenza, le confesaron que eran ladrones, y que habian venido con intención de matarle. Les mandó que se levantasen, y les dijo : « Retiraos, y en adelante á nadie hagais daño, porque os ocurrirá alguna cosa peor. »

Desde entónces se extendió más su reputación, y dice Teodoreto que era tal la multitud de personas de todos los paises, aún muy lejanos, que su cercado se asemejaba á un mar que por caminos diferentes, á modo de otros tantos rios, recibia este inmenso número de pueblos que á él acudian. Unos le llevaban paralíticos y toda clase de enfer-

mos para que los curase: otros le pedian oraciones para tener hijos: otros le pedian consejo, y otros iban con un espíritu de penitencia ó de mera curiosidad. Así pues, no se veian sólomente gentes de la misma provincia, sino ismaelitas, persas, armenios, íberos, etiopes, y de otros pueblos aún más lejanos. Venian también del Occidente, de España, de Francia y de Inglaterra y en cuanto á Italia, era allí tan célebre su nombre, que los artistas de Roma colocaban su retrato á la puerta de sus tiendas, para que les sirviese de salvaguardia y protección.

Pero esta afluencia de personas que incesantemente venian á él, y se esforzaban por tocar el hábito de cuero de que se hallaba vestido, esperando atraer sobre sí las bendiciones del cielo con esta muestra de veneración, se hizo pesada á su humildad. No pudo tolerar por más tiempo los honores que se le tributaban, y éste fué uno de los motivos que le inclinaron á pasar el resto de sus dias en una columna. Pero lo que se propuso hacer por humildad, quiso Dios que le sirviese de exaltación. No puede dudarse que lo hizo por una especial inspiración, puesto que se limitó á poner en ejecución lo que se le habia mostrado en una visión de que ya hemos hablado, cuando una voz del cielo le dijo que subiese á lo más alto de la escala que habia visto. El mismo Dios justificó con inauditos prodigios esta conducta.

Era esta conducta tan extraordinaria, que los hombres la juzgaron de diverso modo. Unos la condenaron: otros tacharon al Santo de vanidad: otros se mofaron de él, y Teodoro el Lector dice, que los monjes de Egipto no la aprobaron, porque les parecia nueva y extravagante, y hasta llegaron á declarar que se separaban de su comunión; pero cesó su preocupación, cuando sujetaron su virtud á la prueba de la obediencia, lo que el historiador Evagrio refiere en los términos siguientes.

« Los habitantes de esta santa soledad le enviaron á uno de ellos para preguntarle la razón de un género de vida tan extraordinario, y porque, abandonando los caminos de los antiguos Padres y Santos, se habia trazado uno nuevo y enteramente desconocido. Añadieron á esta exhortación que le ordenase bajar de la columna, y entrar en la vida común. Pero al mismo tiempo dijeron al comisionado, que, si despues de haberle intimado esta órden, se disponia á bajar, lo dejase en la columna: pues entónces habria demostrado suficientemente con su obediencia que habia subido á ella llevado por el espíritu de Dios, pero que si, por el contrario, rehusaba someterse, prefiriendo seguir su propia voluntad, se le obligase á la fuerza. »

« Tan luego como el comisionado manifestó al Santo la órden de los padres que le habian enviado, se dispuso á obedecerla, y comenzó á bajar de la columna; pero el comisionado le detuvo, y le significó que podia continuar diciéndole: Animaos, Padre mio, y armaos de fuerza: vuestra resolución viene del mismo Dios. »

Asegura Evagrio haber sabido esto por los solitarios que habian tenido cuidado de conservar su recuerdo, y se lamenta de que los que han escrito su vida hayan olvidado un hecho tan importante.

No debemos dejar de consiguar otra prueba que tuvo el Santo de la voluntad de Dios en el nuevo género de vida que habia emprendido, y que refiere el historiador Cosme. Para demostrar, dice, que Simeón no subió á la columna por su propio espíritu, sino por un movimiento divino, hé aquí como se le dió á conocer que Dios exigia de él este sacrificio. Habia en la caseta, en que hemos dicho que se retiró al salir del monasterio de las cercanias de Tel-Nescín, una ventana, por la cual se le daba la sagrada Eucaristía, y muy cerca habia también una piedra de tres codos, en la cual ponía la caja del incienso. Acaeciò, pues, que,



encerrado el Santo, según su costumbre, para pasar la cuaresma en ayunos y oraciones, fué trasportado en la tercera semana en espíritu á esta ventana, y vió delante de sí á un hombre, cuyo rostro estaba inflamado cual un carbón encendido, y armado como para un combate. Este hombre apareció primeramente delante de la ventana, despues se colocó de pié sobre la piedra en que se ponía el incienso, y comenzó á inclinarse profundamente: despues se levantó y oró. En seguida volviéndose al Santo, le miró fijamente, y volviéndose de nuevo, levantó las manos y los ojos el cielo, y continuó orando. Por último, mirándolo de nuevo, le significó que hiciese lo mismo. Durante tres noches consecutivas tuvo la misma visión. Simeón no dudó que era un ángel que el Señor le enviaba para enseñarle la regla que habia de seguir hasta el fin de su vida. Así es que, una vez que hubo concluido el ayuno de los cuarenta dias, dejó la caseta, y se colocó sobre esta piedra, en donde permaneció durante tres meses. Pero para acabar de conformarse enteramente á la visión de la escala de que ántes hemos hablado, subió sucesivamente sobre diferentes columnas. La primera fué de doce codos, la segunda de diecisiete, y la tercera de veintidos. Durante siete años permaneció sobre estas diferentes columnas, y la última, que fué la más alta, y sobre la cual murió despues de haber permanecido en ella treinta años, fué de cuarenta codos.

El historiador Cosme hace con este motivo una oportu-  
nísima observación, que pone de realce toda la eminencia de la gracia del Santo, y los méritos que alcanzó en la presencia de Dios con sus penitencias extraordinarias despues de su profesión monástica. Si los largos ayunos, dice, de Moisés, de Elias, de Daniel y de otros santos de la antigua alianza les hicieron tan agradables á Dios, que quiso hacerles en cierto modo participes de su poder para obrar los

más estupendos prodigios : si los escogió para que, en cualidad de ministros, llevasen sus órdenes á los hombres, ¿ qué deberemos pensar de Simeón, cuyos trabajos sólo Dios puede conocer? ¿ qué deberemos pensar del mérito que ha adquirido en su presencia con los trabajos que ha sufrido por su amor, y que podríamos llamar inmensos? El hambre la sed, el frio, el calor que ha sufrido continuamente : esas oraciones interminables, esa admirable contemplación por la cual estaba siempre elevado á Dios, esa posición molesta en que constantemente se conservaba, y que sufría con una fuerza invencible de espíritu, permaneciendo siempre de pié, no durmiendo jamás, ni dando dia ni noche descanso al cuerpo : hé aqui lo que ha hecho en el espacio de cincuenta años. Durante nueve estuvo en el monasterio, consagrado á las prácticas de penitencia de que ya hemos hecho mención, durante otros cuarenta y siete en el cercado ó Mandra, de que también hemos hablado, comprendiendo en este cálculo el tiempo que estuvo enfermo, y los treinta y cinco años que estuvo en las diferentes columnas : lo que forma un total de cincuenta y cinco años de penitencia no interrumpida y superior á las fuerzas de la naturaleza, sosteniéndole Dios con sus auxilios para hacer de él un prodigio de su gracia á los ojos del universo.

Dice también Cosme que, hallándose el Santo sobre su columna, repetía esta excelente oración : Señor y Dios mio, » que sois toda mi fuerza, no permitais que yo necesite ningún auxilio humano, que me obligue á bajar de esta columna. Puesto que por vuestra voluntad he subido á ella, concededme la gracia de permanecer hasta el último dia de mi vida, y que desde ella pase el alma de vuestro siervo al seno de vuestra misericordia en el momento en que vuestra majestad se digne recibirla. » Pero si alguno pregunta, prosigue el mismo scritor, porque Dios ha que-

rido que Simeón subiese á una columna siendo así que hubiera podido servirle fielmente de otra manera, como han hecho tantos otros solitarios, que han llegado á la más alta perfección sin emprender este género de vida, les contestaremos que Dios ha prescrito muchas veces cosas extraordinarias á algunos de sus siervos, á quienes habia escogido especialmente para anunciar su voluntad á los hombres, como consta de innumerables ejemplos que se encuentran en las sagradas Escrituras. Pues de la misma manera ha querido que Simeón subiese á una columna para que con este signo extraordinario se levantase el mundo del letargo mortal en que habia caído, y para excitarle á la penitencia, á fin de que todos le glorifiquen con la fiel observancia de sus santos mandamientos.

San Simeón recibió del ángel que se le apareció sobre la piedra la regla que debia observar sobre la columna. Todo el tiempo debia invertirlo en la adoración, en la oración, en la contemplación y en la exhortación á los pueblos. Así es que tenia las manos y los ojos elevados al cielo para contemplar las cosas celestiales y para implorar la gracia divina tanto para sí mismo como para los demás, ó bien hacia profundas inclinaciones tanto de espíritu como de cuerpo, y se prosternaba ante la divina majestad para rendirle al homenaje que le corresponde como á Sér supremo y dotado de todas las perfecciones. Esto era efecto de una gracia extraordinaria que le ilustraba clarísimamente sobre la excelencia de este Sér superior á todo é infinitamente perfecto: de una gracia que inundaba su espíritu, que arrobaba su corazón, que encantaba todas las potencias de su alma, y que le elevaba en transportes de respeto y de amor sobre sí mismo para fijarse únicamente en este divino objeto. En esta especie de sentimiento extático, parecia Simeón olvidarse de su cuerpo que abandonaba al sufrimiento, y como si hubiera sido otro el que sufría, no se

cuidaba en nada de él mirándolo, como un inmundo cadáver, y ocupándose únicamente de Dios.

Pero entrando más detalladamente en su regla de vida, la columna de cuarenta codos de altura sobre la cual permaneció durante treinta años, no tenía más que uno de diámetro <sup>1</sup>: de suerte que, para poder sostenerse, necesitaba tener juntos los dos pies, lo cual equivalía á tener dos trabajos; pero por lo mismo no podía acostarse, sino que tenía que estar de pié noche y día: situación insostenible á no estar ayudado de una fuerza superior. Ordinariamente se inclinaba para hacer la oración, y lo hacia tan profundamente, que tocaba con la frente la punta del pié. Estas inclinaciones eran algunas veces muy prolongadas, y también tomaba esta posición cuando queria dormir algún rato.

Muchas personas quisieron contar cuantas veces hacia estas adoraciones, y dice Teodereto, que uno llegó á contar mil doscientas cuarenta y cuatro. En las grandes solemnidades añadía siempre alguna austeridad extraordinaria, y oraba desde la puesta del sol hasta la mañana con las manos elevadas al cielo.

Hé aquí el órden que guardaba ordinariamente en sus ejercicios. Despues de orar durante la noche, á excepción del brevísimo tiempo que daba al sueño, volvía durante el día á la oración hasta la hora de Nona, es decir, hasta las tres de la tarde. Despues de la Nona hacia algunas exhortaciones á los que habian venido, ó escuchaba á los que le hacian alguna consulta, curaba á los enfermos, ó resolvía alguna contienda, lo que duraba hasta la puesta del sol. Entónces se despedía de los hombres para no hablar más que con Dios y daba al pueblo su bendición. Le llevaban

<sup>1</sup> Dice Evagrio que tenía dos codos; pero Cosme que la habia visto, podia hablar de ella con más exactitud.

para ello el incensario : se ponian todos de rodillas, y recibian con el mayor respeto la bendición.

Dice Teodereto que dos veces al dia dirigia sus exhortaciones al pueblo. No sabemos en que tiempo dirigiria esta segunda, á no ser que lo hiciese ántes de Nona, ó que despues de esta hora interrumpiese su discurso para hacer oración. Asegura este escritor que demostraba en sus discursos un juicio y una sabiduría admirables, y que asistido por el Espíritu Santo, difundia en el alma de sus oyentes instrucciones santas y saludables, para inclinarles á no mirar más que al cielo, á remontarse á él por sus deseos, á renunciar á la tierra, á pensar constantemente en el cielo que esperamos poseer, á temer los suplicios eternos, á despreciar, por último, las cosas presentes, y á no aspirar más que á las futuras.

No tenia otro hábito que una túnica de cuero que le llegaba hasta los pies, y cubria su cabeza con una cogulla de piel de oveja. Llevaba la barba muy larga, y una cadena al codo. ¿Quién podrá representarse cuán rudo y difícil de soportar es este género de vida? ¿Como podia estar de pié sin mudar de posición? Así es que, como tenia inmóviles los pies en un espacio tan reducido, se le inflamaron : se pudrieron sus carnes, y dejaron casi al descubierto los huesos y los nervios : todo lo cual no podia menos de causarle dolores agudísimos. Los que podian verle más de cerca descubrieron también que la espina dorsal no sufría ménos por estar separadas las vértebras, y que su vientre estaba destrozado á causa de las profundas inclinaciones que hacia con tanta frecuencia para adorar á Dios. Por último, sus continuadas vigiliias y su rigorosa abstinencia le debilitaron hasta tal punto la vista, que se creyó que la habia perdido enteramente.

Oigamos lo que dice el historiador Cosme acerca de este estado de sufrimiento á que le habia reducido el amor di-

vino y su deseo de sacrificarse por la gloria del Señor. « Tenia, dice, los pies inmóviles sobre la columna, pero la grandeza de su fé tenia su espíritu fijo en Dios, y mientras que la carne de sus pies caia en girones, su alma se elevaba con un amor, cuya rapidez igualaba á su ardor, hacia Aquel que únicamente podia estimar sus combates. Al mismo tiempo, mientras que la unión de las vértebras se habia relajado á causa de sus largas y profundas inclinaciones, su corazón se hallaba más estrechamente unido á Jesucristo por los lazos de la caridad. El fervor de su espíritu nunca se entibió por los vivos dolores que sufría su cuerpo, y á cada instante se le veia levantar al cielo sus manos con la misma actividad con que la llama se eleva á lo alto. Sufría sin abatirse la violencia de las tempestades, poniendo toda su esperanza en Dios. Veia su cuerpo cubierto de úlceras, y sin embargo, no disminuía los trabajos que le hacian sufrir. Si las largas vigiliás debilitaban su vista, su espíritu gozaba con más abundancia de las luces divinas. Su cuerpo estaba en la columna, pero su alma estaba fija en Dios : aquel estaba entre los hombres, y parecia haberse olvidado de ellos ; pero su alma vivía con los ángeles. Por último, dice Cosme, á la manera que Job, abandonado á los más acerbos dolores en un estercolero, no dejaba de elevar sus oraciones al cielo, cual perfume de exquisito olor, así Simeón, que muy bien pudiera llamarse hermano y compañero de Job en sus sufrimientos, penetraba desde su columna los cielos con el fervor de sus oraciones, y atraía desde el seno de la misericordia de Dios las gracias del perdón y de la reconciliación para los hombres.

Puede también, dice el sacerdote Cosme, encontrarse otra conformidad entre él y el santo Job ; pues así como el demonio recibió permiso de Dios para afligir á éste en su cuerpo, siempre que no atentase á su vida, así pudo hacer otro tanto con Simeón, como lo demostraron los efectos.

Orando un dia el Santo hacia la hora de Nona, sintió de pronto en el pié izquierdo un dolor más agudo que de ordinario, y aumentando éste progresivamente, hallóse el pié cubierto de pústulas á la hora de la puesta del sol, y creciendo éstas durante la noche, apareció por la mañana una úlcera tan horrible, que dejaba caer á tierra una cantidad considerable de gusanos mezclados de pus. El olor que despedia era insoportable, y nadie podia acercarse á la columna. Sin embargo, sufrió esta nueva prueba con la misma tranquilidad de espíritu y con la misma paciencia con que hasta entónces habia practicado todos los rigores de la penitencia. Pero la violencia de este mal debilitó de tal manera su cuerpo, que al fin de los nueve meses estaban casi extinguidas sus fuerzas, y se creia que estaba próximo el fin de su vida.

El temor de que se extinguiese esta luz del mundo alarmó á todas las ciudades y aldeas vecinas. No sóloamente los legos sino los obispos, los corepiscopos y los sacerdotes corrieron en tropel y rodeando la columna, le rogaron con las más vivas instancias, ó que disminuyese la mitad de la altura de la ésta, ó que descendiese algún tiempo de ella para curar la llaga. El emperador Teodosio le escribió con el mismo objeto, y le envió la carta por mediación de tres obispos, así como también le envió á su médico para que examinase la llaga, y le aplicase los remedios necesarios.

Simeón respondió con su humildad acostumbrada á todos estos respetables personajes; pero se excusó de hacer lo que se le exigia, exponiendo que por una vocación especial de Dios habia subido á la columna y que, habiendo emprendido por amor de Jesucristo la penitencia que practicaba, esperaba de su bondad que restableciese su salud sin el auxilio de la medicina: pues el Señor, decia, que es infinitamente bueno, tiene su obra en su mano: él la conservará, ó la destruirá, según sea su santa voluntad. Apro-

vechó también la necesidad de dar respuesta y manifestar su gratitud al emperador y á las princesas, sus hermanas, para indicarle lo que consideraba conveniente para edificar su piedad, y contribuir al bién general del imperio.

Sin embargo, el mal, en vez de disminuir, se agravaba de dia en dia, y despues de ocho meses y veinte dias de dolores extremos, que sufrió sin desmentir un solo momento su ánimo y su paciencia, se áproximó el tiempo de la cuaresma, en que tenia costumbre de cerrar la puerta de su cercado, para entregarse únicamente á Dios. Los sacerdotes y todo el pueblo, temiendo que en este tiempo muriese, le rogaron que dejase abierta la puerta, para que si Dios disponia de él, pudiesen recibir sus últimos consejos y su bendición. Pero él, dejando aparecer en su rostro un santo gozo, les dijo : Dios me guarde de ser infiel durante mi vida á la promesa que le tengo hecha : procuraré hacer todo lo que esté de mi parte para no desmentirla : lo demás lo dejo á su providencia : él hará lo que á bién tenga. Si es su voluntad que yo muera, estoy á su disposición : él es el dueño soberano. Si, por el contrario, quiere prolongar mi vida, no quiero sino que se cumpla su santa voluntad. Dichas estas palabras, hizo cerrar la puerta de su columna, y se consagró enteramente á Dios.

Así permaneció durante treinta dias sin hablar á nadie, y su mal hizo tantos progresos, que parecia no quedarle más que un soplo de vida. Súpose por algunos de sus discípulos, y de nuevo se insistió en que abriese la puerta de su columna ; pero ilustrado por una luz interior, les consoló diciéndoles, que esperaba que el Señor, á quién se habia consagrado desde su juventud, le curaria muy pronto.

En efecto, hallábase al final de la cuaresma, cuando en la noche del mártres al miércoles cayó en un dulce extasis, y vió una luz fulgentísima que disipó las tinieblas, y llenó de claridad el recinto que rodeaba la columna. Al mismo



tiempo un jóven vestido de blanco ropaje, y suspendido en los aires, se le apareció, y le dijo con voz dulce y graciosa : Depón, Simeón, todo temor y toda tristeza : el mal que el demonio te ha causado vá á cesar, y tendrás el consuelo de haber triunfado de su malicia, y de haber merecido una corona en el cielo. En seguida se aproximó á él, tocó su pié, é hizo salir toda la podre, y el Santo sintió recuperar todas sus fuerzas. Cesó el dolor ; su abatido rostro recuperó su color natural : se disipó el mal olor de las úlceras, y el mal desapareció enteramente.

Había dos de sus discípulos que le servian asiduamente, y durante el tiempo de su enfermedad, uno de ellos pasaba la noche á su lado, y subido en una escala. Pero como el Santo habia conocido por una luz interior la gracia que Dios iba á concederle, advirtió el dia anterior á este discípulo que bajase de la escala, porque queria pasar solo aquella noche. Cuando llegó el dia, ambos discípulos se apresuraron á subir á la escala para saber su estado, y quedaron en extremo sorprendidos al verle enteramente bueno. Vieron su pié, y no encontraron la úlcera, y en lugar del hedor que exhalaba, percibieron un olor suavísimo. Le rogaron que les dijese, como se habia verificado semejante mudanza, y se lo refirió, pero á condición de que á nadie dijese cosa alguna, mientras que él viviese. Les anunció bajo el mismo sigilo las desgracias que habian de sobrevenir sobre la ciudad de Antioquía, lo que le causaba mucha amargura, y que habia pedido á Dios que se dignase suspender este azote, ó que le separase de este mundo.

Aquel mismo dia muchos obispos y sacerdotes y una multitud innumerable se reunieron en el lugar que habitaba el Santo, cual si previamente se hubiesen dado cita. Pero cual fué su admiración, cuando vieron lleno de salud al que el dia anterior estaba á punto de espirar. ? Monseñor Segundo, de quién hemos hablado en otro lugar, y que

había sucedido á su tío Juán en el patriarcado de Antioquía, celebró en aquel mismo lugar los santos Misterios, y uno de sus discípulos subió á la columna del Santo, y le dió la sagrada Comuni3n. Todos dieron gracias al Señor por una curaci3n tan milagrosa, y el Santo, despues de desearles la gracia del Señor, volvió á su fervor ordinario en el combate espiritual.

Créese que no fué esta la única úlcera que tuvo el Santo en el pié, y preciso es que otra, de que habla Teodoreto y que vamos á referir, sea diferente de la que acabamos de exponer. « Un extranjero, dice Teodoreto, que vino á la montaña, le habló de esta manera : Os pido, padre mio, por el que es la verdad por esencia, que me digais si estais revestido de cuerpo como los demás hombres, ó si sois un espíritu. Los que se hallaban presentes no pudieron sopor- tar semejante pregunta, y empezaron á murmurar. El Santo les rogó que callasen, y pidió á este hombre la raz3n de esta pregunta. Es, respondió, que he oido decir á muchas personas que no comeis ni dormis, lo cual no es natural. El Santo mandó ent3nces que le pusiesen una escala para que subiera : le mostró las dos manos, y le enseñó una úlcera espantosa que tenia en un pié. Dijole también que de tiempo en tiempo tomaba alimento, y le despidió. » Teodoreto dice que en seguida vino á referirle lo que habia visto, y que volvió á su pais publicando las maravillas de Dios, que habia visto en su siervo. Metafraste dice que este extranjero era un diácono de grande virtud, que habia venido de Rávena, atraido por su reputaci3n.

Viviendo ahora á la curaci3n de esta segunda úlcera de que acabamos de hablar, Dios recompensó su fidelidad y su perseverancia en el sufrimiento con favores mucho más abundantes. Los prodigios se multiplicaron, y su nombre se hizo célebre y digno de veneraci3n en toda la tierra. Se recibian sus consejos como oráculos del cielo, y Dios ben-

decia á los que los seguian con docilidad; pero aquellos que los despreciaban experimentaban la justicia divina de una manera la más evidente. Su historia ofrece algunos ejemplos que vamos á referir muy brevemente.

Un magistrado de Antioquía, que se hallaba poseido de un espíritu de avaricia, vejaba tan cruelmente á algunos artesanos, que creyeron obtener alguna protección valiéndose de la mediación del Santo. Vinieron á verle algunos en número de trescientos, pidiéndole que escribiese al magistrado, á fin de que tuviese consideración de ellos. Hizolo así, pero este hombre duro y altanero, mirando con aire de cólera al que llevaba la carta, le respondió: Di á Simeón, que si quiere pagar con el dinero que recoge de unos y otros las cantidades que se me deben, podremos entendernos; de otra manera pondré en la cárcel á todos mis deudores, sin concederles un solo dia de dilación.

Al oír este respuesta el Santo, levantó sus ojos al cielo y dijo: Vos sabeis, Dios mio, que no poseo más que este hábito con que estoy cubierto, y que desde que abracé el estado monástico no ha caido dinero alguno en mis manos: no busco los bienes de la tierra, y os pido que perdoneis á los que me imputan el defecto contrario. En cuanto á estos artesanos, á quienes se persigue con tanta injusticia, protéjalos vuestra bondad.

Tres dias despues brilló la venganza del Señor sobre este despiadado magistrado. Su vientre se inflamó de pronto de una manera prodigiosa y le sobrevinieron dolores tan agudos, que, no pudiéndolos soportar, se retorcia sobre la tierra como un frenético entregado á la rabia y á la desesperación. Comprendió al fin de donde la venia este castigo, y despues de emplear inútilmente todos los recursos de la medicina, se apresuró á pedir perdón al Santo por su falta, y rogó á los sacerdotes que interpusiesen su mediación para obtenerlo. Simeón les dijo en un principio que era preciso

encomendarlo á Dios, y despues les presentó agua bendita, diciéndoles : Dadla á beber al enfermo : pero os hago saber que, si su conversión no es sincera, lo que solo Dios puede saber, morirá ántes que se la presenteis. Los sacerdotes volvieron á Antioquía, y al entrar en la casa supieron que el enfermo en la violencia de su dolor se habia arrojado del lecho : que su vientre se habia abierto arrojando las entrañas, y que en esta lastimosa situación habia espirado. Todos quedaron espantados con este terrible accidente, que sirvió para hacer más cautos á los demás.

La reina de los Arabes habia establecido en el pais de los Naquifalos un tribunal que desolaba la provincia con sus rapiñas y vejaciones. No pudiendo los habitantes soportar su tiranía, celebraron un consejo, en el cual resolvieron acudir á Simeón. El Santo escuchó sus quejas con mucha compasión, y envió á decir al tribuno estas palabras : Dejad de vejar al pueblo, no sea que miéntras os apoderais de los bienes de los demás, seais privado de los vuestros. Pero el inicuo oficial, que habia desterrado de su alma todo temor de Dios, en lugar de aprovecharse de tan justa reconvención, maltrató al que le habia comunicado las palabras del Santo, y le dijo : « Vuelve al que te ha enviado, y dile como te he recibido. » Poco tardó en experimentar el castigo debido á su temeridad y á sus crímenes : pues de pronto quedó seco y rígido como una vara, y no pudiendo sostenerse, cayó muerto ante los comisionados del Santo, diciendo : « Señor Simeón, tened compasión y rogad por mí. »

Viéndose Simeón importunado y como fatigado por las contiguas demandas que diariamente se le hacian sobre diferentes asuntos : conmovido ademas por la opresión que sufría el pueblo de parte de los que le gobernaban, y viendo que estos no se aprovechaban de sus exhortaciones, determinó no escuchar más quejas, y ordenó á sus

discípulos que despidiesen á los que vinieran á presentar-selas. « Dios sabe, decia, que, cuando hago alguna advertencia á los que cometen alguna injusticia, no llevo otro fin que su propia salvación; pero puesto que las reciben mal, mejor es dejarlo á la Providencia de Dios, para que lo disponga todo según su sabiduría y su boudad infinita. Sus discípulos ejecutaron sus órdenes, y esto afligió mucho á los que venian á implorar su auxilio que hasta entónces á nadie habia negado.

Pero esto era una falta contra la perfección de la caridad que Dios le habia ordenado al subir á la columna, para que fuese el apoyo y el consuelo de los pobres y desgraciados. Miéntras que por la noche le pedia que hiciese conocer su santa voluntad, el mismo Dios se la manifestó por medio de una visión que le llenó de espanto, y le hizo ser en adelante más fiel. Vió, pues, en medio de una grande claridad un ejército de hombres escogidos, y cubiertos de brillante armadura, á cuya cabeza iban dos jefes de una estatura extraordinaria, y cuyo majestuoso continente inspiraba temor y respecto. Uno de ellos le miró con ademán severo, y le dijo : « ¿ Es así como ejecutais la orden que se os ha dado de recibir á todos los que se os presenten y demanden vuestro auxilio? Aún no habeis aprendido á venceros, puesto que os habeis causado de consolar á los hombres en sus tribulaciones, y rehusais socorrerles. Por lo mismo que os desagrada éste ministerio, os quitaré las llaves que se os han dado, y las conferiré á otro, para que podais morir tranquilo en vuestra soledad. »

El otro jefe de este ejército, viendo á Simeón conmovido y atemorizado, se hizo su intercesor, y dijo al primero : Yo soy su fiador, y os prometo que en adelante hará lo que se le ha ordenado. Despues volviéndose al Sauto, le dijo : A vos sólamente os corresponde enseñar : Dios hará que sean eficaces vuestras enseñanzas. Haced por vuestra parte

lo que se os ha mandado, y dejad lo demás al cuidado de Dios. « Esta fué una gran lección para el Santo, de que no dejó de aprovecharse.

Después de esta visión, dos hermanos jóvenes de Antioquía se le presentaron para hablarle de un asunto enojoso. El conde de Oriente, hombre muy cruel, había concebido una grande aversión contra su padre, muy conocido del Santo, y ponía todos los medios que estaban á su alcance para satisfacer su odio contra ellos. No cesaba de tenderles lazos, y temiendo que realizase su venganza, vinieron al Santo, para exponerle el peligro á que se hallaban expuestos. Simeón quiso asesorarse de la verdad, y vista la justicia de su causa, mandó á decir al conde que no los inquietase, porque los miraba como á hijos suyos. Este oficial tan hipócrita como cruel, creyó que fácilmente le engañaría con fingidas palabras, y le respondió que nunca había tenido intención de perjudicar á ninguna persona, y que haría en favor de aquellos jóvenes todo lo que desearan.

Llegado el tiempo de cuaresma, durante el cual sabía el conde que el Santo cerraba la puerta de su clausura, y que á nadie recibía, hizo comparecer ante su tribunal á los dos jóvenes, bajo la pena de ser encarcelados, si no comparecían. Para demostrarles el poco caso que hacía de san Simeón, añadió que podían participarle el resultado de su recomendación. Hiciéronlo así, y el Santo, justamente indignado con un proceder tan grosero, le escribió en estos términos: « Me he dirigido una vez á vos, y lo hago la segunda, para exhortaros á que no hagais ningún mal á estos dos hermanos; de lo contrario, témed que os sobrevenga alguna desgracia, y os sean inútiles las recomendaciones de otros. »

El conde, tan obcecado como Faraón, dice Cosme, hizo comparecer ante una numerosa asamblea al que le había llevado la carta, y le dijo: « Dad esta despuesta á Simeón:

Sé que os vais á encerrar durante la cuaresma, para entregaros únicamente á la oración : yo tendré una gran satisfacción en que empleeis este tiempo en pedir á Dios que me sobrevenga el mal que os plazca, pues me preocupó muy poco de que le pidais algún bien en mi favor. « Al oír esta respuesta, bajó el Santo la cabeza, y sonriéndose, dijo : No es por él sólomente por quién debo pedir, sino por mí y por todo el mundo, pero puesto que prefiere la maldición á la bendición, le acaecerá el mal que pide. « Encerróse la semana primera de cuaresma, y el miércoles siguiente se dejó sentir sobre aquel desgraciado la cólera de Dios. Se habian presentado al emperador y al gobernador varias quejas contra el conde, y en el dia indicado se le detuvo en medio de la plaza, precisamente cuando atravesaba por ella seguido de un lujoso cortejo. Se le hizo bajar del carruaje : se le puso una cuerda al cuello y otra á los pies, y se le condujo por toda la ciudad hasta el tribunal del gobernador, quién le impuso una considerable multa pecuniaria, y lo encarceló.

Entónces conoció este desgraciado la falta que habia cometido contra el Santo, y quiso repararla haciendo llamar á los dos jóvenes á quienes tanto habia perseguido. Pidióles muy humildemente que se presentasen al Santo, y le rogasen que escribiese en su favor al emperador ; pero ellos le respondieron, que aún cuando no podian dudar de la caridad del Santo, pero que sabia que la puerta de su clausura estaba entónces cerrada, y que no se le podia ver hasta que pasase la cuaresma. Encontróse, pues sin auxilio de persona alguna. Se le sacó de la prisión, y se le condujo al emperador, sufriendo durante el viaje toda clase de vejaciones. El emperador confiscó todos sus bienes, y lo desterró ; pero murió en el camino víctima de la maldición que él mismo habia pedido.

Acabamos de ver la severidad con que Dios castigaba á

los pecadores obstinados que despreciaban los avisos del Santo: veamos ahora las misericordias que derramaba sobre los idólatras que escuchaban dócilmente sus instrucciones, y se convertían á vista de sus prodigios. La conversión de los paganos del monte Líbano fué una consecuencia de sus milagros, y merece que relatemos sus circunstancias.

Cuando pasada la cuaresma, abrió la puerta de su celda, todo el mundo se apresuró á entrar, y entre esta multitud innumerable habia mucha gente de la aldea de Afsona, que se le presentaron para que implorase en su favor la protección divina. Habia invadido toda la campiña una cantidad prodigiosa de insectos hasta entónces desconocidos, y que no sólomente atacaban las plantas y frutos, sino también los ganados, produciéndoles con sus afilados agujones unas picaduras tan dolorosas, qué, haciéndoles correr hacia todos lados, les dejaban caer en tierra llenos de cansancio. Cuando los tenían rendidos, les picaban en el vientre hasta descubrir las entrañas para devorarlas. Pero, lo que apenas puede concebirse, es que atacaban también á los niños, produciendo un zumbido semejante al gruñir de los puercos.

El Santo, á quién relataron esta plaga con las más conmovedoras frases, no pudo oirlas sin llenarse de compasión. Se detuvo un momento, como si dudase dar crédito á una cosa tan nueva, y con acento entrecortado por los gemidos y las lágrimas, les dijo: « Esto es un castigo de Dios, pero su misericordia no tiene límites. Tomad este polvo, y ponedle en nombre de Jesucristo en tres parajes de cada casa en forma de cruz. Haced lo mismo en los cuatro sitios principales de vuestra aldea, y en seguida pasareis tres noches en vigilia y oración: despues hareis celebrar los santos Misterios, y espero que el Señor os libraré de esta terrible plaga.



Regresaron llenos de confianza en las palabras del Santo, y tan luego como ejecutaron sus órdenes, desaparecieron los insectos.

Ya sea que la fama de este prodigio llegase hasta los habitantes de las montañas del Líbano, ya sea que estos, afligidos por una desgracia mucho más grande, se determinasen, aunque idólatras, á recurrir al Santo, ello es que se les vió venir en tropel, y rodear la columna con gritos y lamentos, y pedirle la misma gracia que habia obtenido del cielo en favor de los Afsonitas. Habian aparecido súbitamente en su pais unos animales, cuya piel era de diferentes colores, y que no se parecian á los tigres, ni á los lobos, ni á ninguna de las otras bestias feroces hasta entónces conocidas. Erraban en manadas por los campos, dando bramidos horribles, asolándolo todó, y dando muerte á todo lo que encontraban, hasta el punto que todos los dias eran víctimas de estas fieras dos ó tres personas. Nadie podia salir al campo sin exponerse á una sorpresa, y era necesario que se reuniesen muchos hombres y con muy buenas armas para defenderse : pues estos crueles animales fingian huir ante ellos, y cuando estaban desprevenidos, caian en tropel, y los devoraban. Entraban también en las aldeas, y quitando á los niños de los brazos de sus madres y nodrizas, los destrozaban y devoraban á su vista, sin que nadie se atreviese á ahuyentarlos. Por último, ya sea que estas gentes quisiesen exagerar su desgracia para excitar la compasión del Santo, ya sea que el mismo horror agrandase en sus imaginaciones el mal, decian que estos animales no se mostraban siempre bajo una misma forma sino que algunas veces se les veia correr por las campiñas bajo la figura de mujeres de desgrenaada cabellera, lanzando gritos horribles y espantosos.

San Siméon les escuchó con mucha caridad, pero aparentando dudar de lo que decian, se sirvió de sus mismos

temores para hacerles conocer la falsedad de la idolatría. Depuso por un momento su dulzura ordinaria para entregarse al ardor de su celo, y mirándolos con santa indignación, les dijo : « Dios os trata como mereceis, puesto que habiendo recibido la vida de él, y alimentándoos su providencia, léjos de darle el culto que le corresponde, adorais los ídolos que no os pueden socorrer. Ved aquí porque os ha entregado á estas bestias crueles ; y se sirve de ellas para castigar vuestra perfidia. Id, pues, miserables, id á implorar el auxilio de vuestros dioses. y si tienen algún poder, que os libren de esta plaga.

Comprendian que era muy justa esta reconvención, así es que, redoblando sus gritos y lamentaciones, no cesaban de pedirle que se compadeciese de ellos, confesando que eran culpables, pero que se hallaban dispuestos á hacer todo cuanto les ordenase. Muchos cristianos compadecidos de sus gemidos y lagrimas, se interesaron por ellos, y pidieron al Santo en su favor. En su consecuencia, preguntóles éste, si se hallaban dispuestos á déjar el culto de los ídolos, y á hacerse cristianos. Se lo prometieron todos á una voz, y firmaron un escrito comprometiéndose á hacerlo.

Tomad, les dijo, el polvo que os voy á dar, y señalad con él en forma de cruz las cuatro piedras que limitan á cada una de vuestras aldeas. Si hay algún sacerdote cristiano en vuestro pais, llamadle, para que, imprima tres cruces en cada una de estas piedras. Despues hareis las vigiliass según el uso de los cristianos, y espero que pronto experimentareis el auxilio de Jesucristo, y se pondrán en fuga las bestias feroces.

Ejecutaron puntualmente su promesa, y Dios cumplió la que les habia hecho por boca de su siervo, librándolos de aquellos crueles animales ; pero de una manera tan pronta y maravillosa, que todo el mundo, hombres, mujeres y niños, vinieron en busca del Santo para darle gracias y pedirle al

misimo tiempo el santo bautismo. Le refirieron que despues de haber hecho todo lo que les habia mandado, se vió á una gran parte de estos animales marchar precipitadamente á las montañas ; miéntras que otros venian á estrellar sus cabezas contra las piedras en que se habia impreso el signo de la cruz, y que á algunos de ellos se les habia oido articular voces humanas, y decir claramente : « ¡ Ay ! ¡ ay ! Simeón, ¡ cuantos males nos estás causando ! » Era sin duda el demonio el que se lamentaba por la voz de aquellos animales de la destrucción de la idolatría en su pais, para confirmar lo que decian, suspendieron á la puerta de la clausura del Santo la piel de tres de estas bestias que habian encontrado muertas, para que todo el mundo pudiese verlas. Eran de diversos colores, y no pertenecian á ninguna de las especies conocidas.

Entre las cosas que el Santo habia recomendado á estos nuevos convertidos, no habia olvidado la santificación de las fiestas, por la cesación de las obras serviles y la aplicación á los ejercicios de piedad. La infracción de esta ley fué castigada por Dios, y dió lugar á un nuevo milagro. Habia en un lugar del monte Libano llamado Anadaris, una fuente que suministraba agua en gran abundancia para regar todo el terreno y darle una fecundidad prodigiosa. Un hombre, sin guardar consideraciones á la recomendación del Santo, dirigió un domingo el agua á su campo : los demás, lejos de reprenderle, salieron de la iglesia, tomaron los azadones, é hicieron lo mismo.

Al dia siguiente dejó de correr la fuente, y se redujo á cenizas todo lo que habian regado, cual si un fuego desolador hubiera pasado por el campo. Quedaron espantados, y llenos de dolor y amargura. Para ver si era efecto de una causa natural, cavaron la tierra, y habiendo encontrado el manantial, se esforzaron por llevar el agua á su primitivo canal, pero inútilmente.

Vieron entónces que no les quedaba otro recurso que acudir al Santo, y vinieron efectivamente á verle y á suplicarle que les dijese lo que debian hacer ; pero no se atrevieron á confesarle el pecado que habia sido causa de aquel castigo. El santo conoció su falta de sinceridad, y les dijo : « Comprendo que hay un crimen que me ocultais : habladme claramente, y no me deis excusas frívolas. » Entónces comprendieron que no podian disimular su pecado, y se lo confesaron.

Es imposible explicar cuanto se inflamó el celo del Santo contra ellos. Les reprendió amargamente, y ordenó que saliesen de su morada. Pero ellos se quedaron á la puerta, llorando, gimiendo, humillándose, y suplicando á todos los que venian á ver al Santo, que intercediesen por ellos. Pero Siméon, que sólamente empleaba aquella severidad para hacerles fieles á sus promesas, no quiso por el pronto escuchar á nadie, lo que obligó á aquellas pobres gentes á acudir á los corepiscopos y sacerdotes para que interpusiesen su mediación. Hiciéronlo así, y viendo Siméon que aquellos desgraciados llevabán tres dias de estar á la puerta, consternados y sin dejar de llorar y de gemir, consintió que entrasen, y les habló de esta manera : « ¡ Desgraciados ! no podeis negar que os he dado un consejo provechoso para vuestras almas, cuya salvación únicamente deseo. No es vuestro oro lo que yo busco, sino vuestras almas, á las que deseo con extraordinario ardor presentar á Dios puras y exentas de todo pecado.

Estos hombres enteramente consternados y humillados, detestaron su falta, protestaron que no caerian más en ella, y consignaron por escrito la promesa de hacerlo así. Viéndoles contritos el Santo, les dijo : « Echad en la fuente tres piedras en las cuales este marcado el signo de la cruz : Echad al mismo tiempo este polvo que os doy : haced tres cruces en cada lado de la fuente, y pasad la noche siguiente

en la iglesia entregados à la vigilia. Volved à la fuente por la mañana, y vereis lo que Dios se haya dignado hacer. »

Ejecutaron todo esto con toda fidelidad, y vieron que brotaba tanta agua de la fuente, que los campos se inundaron enteramente. Desde este tiempo no cesó de dar la misma cantidad, y se asegura que subsiste aún, y que es uno de los manantiales más ricos del pais. Por esta razón, y en memoria de este milagro, se llama la fuente de san Simeón.

Los Arabes se aprovecharon también de las poderosas exhortaciones y milagros del Santo, que les atraia con su fama, y que à millares venian á verle. Cosme refiere à este propósito un hecho muy bien comprobado, y que sirvió para hacer florecer en aquel pais la fé de Jesucristo. Asegura el mismo autor haberlo oido de Antioco, hijo de Sabino, gobernador de Damas, el cual se lo refirió à Simeón en presencia de muchas personas de consideración. « Naamán, decia el citado Antioco, Naaman, príncipe de los Arabes, vino á acampar al desierto cerca de Damas, y como su nación estaba entouces en paz con los Romanos, me iuvitó á comer. Hablamos de diferentes cosas: el discurso vino á recaer sobre Simeón, y Naamán me dijo. Yo quisiera saber, si el que llamais Simeón es un hombre ó un Dios. Le respondí que no era un Dios, sino un gran siervo de Dios. Hé aquí porque os hago esta pregunta, repl.có. Como la fama de su nombre se habia extendido por todo nuestro pais, y muchas de nuestra gentes iban á verle, los jefes de nuestra nación me advirtieron que era de temer que muchos de los que le visitaban se hiciesen cristianos, y que, à causa de la religión, entregasen el pais à los Romanos. En su virtud, hice publicar un edicto, por el cual se prohibia à todos los Arabes el visitar al Santo bajo pena de muerte para ellos y sus familias.

La noche en que hice publicar esta orden en una asamblea general, y cuando despues dormia tranquilamente en mi tienda, ví ante mí á un hombre de una mirada tan majestuosa, que quedé lleno de respeto y de temor. No podia saber quién era, porque nunca le habia visto; pero me arrojé á tierra, y me postré á sus pies temblando y casi muerto. El me miró con un aire de cólera, y me dijo con una voz terrible « ¡O el más malvado de los hombres! ¿Eres tú el que prohibes que venga á mí el pueblo que el Señor me envia? » Al mismo tiempo ordenó á cinco jóvenes vestidos de blanco, que le servian de satélites, que se apoderasen de mí. Cuatro de ellos me ataron los pies y las manos, y el quinto descargó sobre mí multitud de azotes. Yo empecé á gritar, pero nadie me oia. Despues que destrozaron mi cuerpo con esta flagelación, ordenó que me dejaran, y amenazándome con una espada, me dijo con una voz aún más espantosa: « Guárdate de impedir en adelante que tu gente vaya á Simeón. Si caes segunda vez en la misma falta, te juro por el Dios vivo, que te haré pedazos y á toda tu familia con esta espada. »

Apénas llegó el dia, é instruido con este castigo, congregué á los principales de la nación, y les referí lo que me habia ocurrido. Revoqué mi edicto, y dí otro enteramente contrario, por el cual permitia abrazar el cristianismo á todo el que lo desease, y os confieso, que, si no me hubiera detenido el temor del rey de Persia, yo mismo hubiera ido á ver á Simeón, y me hubiera hecho cristiano. Desde entónces el cristianismo se ha extendido mucho por mi nación, y tenemos obispos y muchos sacerdotes.

Pero si el temor del rey de Persia impidió á Naamán abrazar la verdadera fé, el temor que un nuevo prodigio del Santo imprimió en el espíritu de los que perseguian

á los cristianos, fué muy saludable para muchos que de él supieron aprovecharse. Un mago de este imperio que ocupaba el primer rango entre los de la secta por sus imposturas y maldades, gozaba del favor del rey, y obtuvo de él un amplio poder para perseguir á los cristianos, que llevaban el nombre de nazarenos. En virtud de esta comisión, no hubo género alguno de males que no les hiciese sufrir este hombre cruel y dado á toda clase de crímenes. Como un lobo que entra en un rebaño, dice Cosme, y despedaza todos los ganados que encuentra á su paso, así este monstruo ejercía su odio implacable contra las ovejas de Jesucristo. No guardaba consideración alguna ni á la edad ni al sexo. Las prisiones, los azotes, las torturas, todo lo empleaba contra ellos. Después de haber atormentado á un gran número, hizo encarcelar en una oscura prisión á 350, y con el propósito de dejarlos morir de hambre, puso guardias á la puertas para que nadie pudiese prestarles auxilio.

Llevaban diez dias de sufrimientos, sin esperanza de que los favoreciese. Al cabo de este tiempo tuvieron el feliz acuerdo de encomendarse en espíritu á las oraciones de san Simeón y para ello, todos en común le dirigieron esta oración : ó Dios mio, que todo lo veis, y á quién nada es imposible, os suplicamos por las oraciones de Simeón, que vengais en auxilio nuestro, si así es vuestra santa voluntad, y no permitais que estos impuros idólatras insulten vuestro santo nombre, diciendo que los cristianos no tienen Dios. Su oración fué oída, y Dios hizo en su favor gran número de prodigios. A la media noche la prisión fué iluminada con una luz celestial, y rodeado de lámparas y fulgentes globos, apareció san Simeón subido sobre una columna, resplandeciente de luz y vestido con una túnica de piel muy blanca. Bajando de la columna, se aproximó á ellos, y los saludó diciéndoles : « La paz sea

con vosotros, hermanos míos, yo soy Simeón vuestro hermano, que habito sobre una columna en tierras de romanos hacia la parte de Occidente, como se os ha referido. No os dejéis abatir por los males que experimentais, pues dentro de tres días os vereis libres de ellos. Se os sacará de la prisión: volveréis á vuestras casas: cesará la persecución, y el mago, que ha sido el principal motor de ella, sufrirá la pena que ha merecido. Esta será tan terrible, que todo el Oriente quedará espantado. Dichas estas palabras, subió á su columna, y desapareció, dejando á todos maravillosamente consolados, y como si en aquel mismo momento se les hubiese puesto en libertad.

Después de haber animado á estos fervorosos confesores, apareció san Simeón al mago para hacerle sufrir el horrible castigo á que se habia hecho acreedor por su crueldad y malicia. Se mostró á este pérfido con ademán amenazador, teniendo en su mano fuego que despedía abrasadoras chispas, y dirigiendo una mirada sobre él, le causó un espanto tan grande, que cayó en tierra. ¿Eres tú, desgraciado, le dijo el Santo, eres tú el que te has atrevido á rebelarte contra Jesucristo, y el que has obtenido de tu rey facultades para perseguir á su Iglesia, y quieres obligar á sus servidores á abjurar de su fé? En este mismo instante vas á recibir la pena que merecé tu temeridad, y puesto que adoras el fuego, el fuego será el que te consumirá para que sepas que es una divinidad imaginaria é impotente para socorrerte. En aquel mismo momento un fuego que descendió del cielo envolvió al mago, y quemó todo su cuerpo, produciendo un hedor insoportable, que se extendió por toda la comarca vecina. No fué enteramente consumido este impío, sino que Dios le dió tiempo para que pudiese contar á todo el mundo la manera con que habia sido castigado por su siervo Simeón, quién al mismo tiempo le ordenó que devolviese al rey la orden



de perseguir á los cristianos, y que le notificase que, si en el espacio de tres dias no libraba de la prisión á los santos confesores, sufriria mayores tormentos que los que á estos tenia preparados.

Atormentado cruelmente el mago, lanzaba gritos y lamentaciones en demanda de auxilio. Una gran multitud acudió e á socorrerle, á la cual dijo derramando un torrente de lágrimas: Simeón el nazareno, que habita en tierra de romanos, me ha reducido á esta triste situación en que me veis. Les refirió todo lo que habia ocurrido, así como la órden que le habia dado Simeón para que la trasmitiese al rey.

Vaciló en un principio este príncipe, pero habiendo tomado informes, y asegurándose de la verdad, dió órden para que se pusiese en libertad á los prisioneros, é hizo publicar en todos sus estados una órden, en cuya virtud se prohibia á todos sus súbditos bajo las más severas penas el inquietar á las cristianos, y se facultaba á estos para ejercer públicamente su religión en todo el imperio. Los obispos y sacerdotes quedaron sorprendidos de una mudanza tan inesperada, ignorando cual pudiese ser la causa, pero habiéndola sabido de boca de los prisioneros, puestos en libertad, se reunieron en asamblea general para dar gracias á Dios. Escribieron una relación exacta de todo lo ocurrido, y la remitieron á Simeón por medio de tres sacerdotes, que tuvieron el consuelo de estar en su compañía tres semanas, y despues publicaron por todas partes la santidad y el poder que Dios habia comunicado á su siervo para obrar tantos prodigios.

El mago murió al cabo de veinte dias en medio de horribles sufrimientos, consumido por el fuego y los gusanos, y con este motivo la religión cristiana tomó en Persia prodigioso incremento. El nombre del Santo alcanzó tan grande veneración, que como asegura Teodoreto, envió

el rey embajadores para que se informasen de su vida y prodigios: su esposa, la reina, recibió, como un don precioso, aceite bendito por el Santo: los grandes de la corte le miraron como un hombre divino, y á pesar de las calumnias de los magos, el pueblo se apresuraba á pedir á los soldados de la comitiva de los embajadores algunas gotas del aceite bendito.

Refiere Cosme otro prodigio que contribuyó en gran manera á confirmar en la fé á los cristianos de Persia, y á hacer respetar el nombre del Santo. Una virgen consagrada á Jesucristo, dotada de una excelente belleza, pero cuya alma era mucho más bella á los ojos de Dios por las virtudes de que estaba adornada, fué perseguida durante mucho tiempo por un idólatra llamada Marzabnes, perteneciente á una secta que adoraba el agua y el fuego. Nada omitió para tomarla en matrimonio; pero no pudiendo conseguirlo, cegado por su amor y guiado por la malicia, formó el negro proyecto de arrebatarla, como lo ejecutó pretestando una orden del rey.

La llevó á su lugar, porque no era del mismo que ella, y cuando la tuvo en su poder, empleó toda clase de medios para que se desposase con él. La jóven se resistió con heroica constancia, protestando que moria ántes que preferir un idólatra á Jesucristo, y violar la fé que habia prometido al celestial Esposo. Su firmeza enfureció al idólatra: éste la cargó de injurias: la encerró en un paraje oscuro y estrecho; la azotó, y como la encontrarse firme y constante, ordenó á sus criados que le atasen una cuerda al cuello, y la precipitasen al rio, en el sitio en que el Tigris desemboca en el Eúfrates.

Cuando la piadosa jóven se vió en poder de aquellos hombres malvados, levantó los ojos al cielo, y dirigió al Señor esta plegaria: Señor y Dios mio, de quién Simeón es siervo fiel. bien veis que, por renunciar el matrimonio

con un impuro idólatra y por haberos consagrado mi amor, se me conduce á la muerte : dignaos, pues, asistirme en la injusticia que contra mí se ejerce.

Antes que concluyese su oración, la arrojaron al rio ; pero en medio de las aguas encontró á Simeón, que le tendió la mano, y la trasportó á la otra orilla sin que el agua le hubiese tocado. Quitóle el Santo la cuerda del cuello, y le dijo : Hija mia, nada temas : el Señor á quién has sido fiel, ha venido en tu ayuda, y muy pronto ese impío idólatra, que queria hacerte morir, sufrirá el castigo que merecen sus crímenes. Nada temas : vete tranquila á tu casa, y el Señor sea contigo. En seguida desapareció.

Sus padres, que la creian muerta, recibieron tal impresión al verla, que quedaron sin voz ; pero vueltos de su sorpresa, la abrazaron tiernamente, y le manifestaron con sus lágrimas el gozo que embargaba sus corazones. Todos los vecinos y las personas que la conocian corrieron á participar de su júbilo, y ella les refirió la manera como habia sido librada por san Simeón.

Miéntas tanto, el pagano que la habia arrebatado sufrió el cástigo de su crimen. Hallábase sentado á la mesa, cuando se le apareció un hombre desconocido y de un aspecto terrible, armado de una espada, con que amenazaba herirle. Quedó espantado, y quiso huir ; pero recibió un gran golpe en la cabeza que lo dejó sin movimiento, y que le produjo dolores horribles. En este estado se le oyó exclamar con grandes lamentos y derramando torrentes de lágrimas : « Qué desgraciado soy por haber ofendido á una sierva del Dios de los nazarenos ! ¡ Infeliz el que se atreva á resistir á un Dios tan poderoso ! No cesaba de dar gritos y de repetir á cada momento estas palabras, y en este estado continuó hasta la muerte. Tan extraordinario prodigio llenó de terror á los idólatras, que en adelante no se atrevieron á insultar á los cristianos.

El padre de la piadosa jóven vino en busca del Santo, seguido de una gran multitud de parientes y de otras personas que quisieron acompañarle : le refirió todo lo que le habia ocurrido, y lo publicó por todo el mundo. Permaneció durante una semana al lado de la columna, y volvió á su pais dando gracias al Señor.

### Capitulo III

Despues de referir el sacerdote Cosme los hechos que dejamos consignados en el capítulo precedente, detalla muchos milagros que hizo el Santo, tanto en favor de marinos, como de gran número de enfermos, siendo estos milagros tantos más ciertos é innegables, cuanto que los que experimentaron el efecto de sus oraciones eran personas de consideración, de quienes no es posible sospechar razonablemente que acreditasen imposturas. Curó efectivamente á uno de los más ilustres personajes de Sabea de una enfermedad cruel, en cuya curación habia agotado todos los recursos de la medicina. Curó también al hijo de un gran señor de Persia, que hacía quince años que estaba paralítico, lo cual movió á su madre y á su hermana á convertirse á la fé y á recibir el bautismo. Devolvió también la salud al hijo del gobernador de Avaunia, que gozaba de gran prestigio ante el rey de Persia, y á quién un accidente apoplético habia quitado el movimiento de medio cuerpo. El mismo beneficio hizo á Dénis, prefecto de la milicia del emperador, y por recomendación de éste curó también á un jóven de Anaceta en los confines de la Persia y de la Armenia, y poco ántes habia curado también á cuatro hombres, que padecian de lepra elefantina, tres de los cuales estaban poseidos del demonio.

Tendriamos que añadir un gran número de milagros, de que Teodoreto fué testigo ocular, así como muchas

predicciones hechas por el Santo, y cuyo cumplimiento presenció el mismo escritor; pero nos llevaria más allá de nuestro propósito. No debemos omitir, sin embargo, que con la humildad y el fervor de sus oraciones contuvo muchos azotes, con que Dios se disponia á castigar los pecados de los hombres: como cuando un dia vió caer del cielo dos varas, una sobre el Oriente, y otra sobre el Occidente, las cuales significaban las correrías y rapiñas, que habian de realizar en el imperio los Escitas, que parecen ser los hunos, hechos en aquella época señores de todo el septentrión, y los Persas de otra parte. En efecto, el Santo lo avisó al pueblo; pero con sus oraciones y lágrimas consiguió que no se verificase su invasión: pues los Persas se vieron agitados por turbulencias interiores, y los escitas, viendo que los Romanos les dejaban en paz, no quisieron turbarla.

Consignaremos aquí la admirable conversión de un ladrón, que refiere Antonio, discípulo del Santo. Los Isaurios tenian un jefe llamado Antioco Agonato, cuyas correrías tenian aterrados á todos los habitantes del pais, y en cuya persecución se habian empleado inútilmente numerosas tropas. Por último, se puso en conmoción toda la ciudad de Antioquía y envió á la campaña ciento cincuenta hombres escogidos y bién armados. Encontrároule en una cabaña, y viendo el salteador el peligro en que se hallaba, tomó su espada, amenazó con la muerte al que se le acercase, y montando en un caballo, corrió á refugiarse cerca del Santo, como en un asilo seguro.

Se abrazó á la columna, y exclamó en voz alta: « Siervo de Dios, salvadme, porque perece mi alma... ¿ Qué quieres de mí, le dijo el Santo?... Soy, respondió, Agonato, el famoso capitán de ladrones, y recurro á vos en busca de mi salvación... Concibe, le replicó Simeón, un sincero dolor de todos tus crímenes... No me he refugiado aquí, dijo Agonato, con otro objeto.

A poco llegaron los soldados que le perseguían, y dijeron á Simeón : Santo Padre, no es justo que deis protección á un malvado : entregadle á nosotros para que le impongamos el castigo que merece. Hijos míos, les respondió el Santo, no soy yo el que le he llamado ; pero tened presente que el que conoce sus crímenes y se arrepiente, Dios tendrá misericordia de él. En cuanto á mí, no puedo entregarlo, porque el reino de los cielos es de los penitentes. De dos ladrones que fueron crucificados con Jesucristo, uno entró inmediatamente en posesión de este reino, y el otro recibió el castigo que merecía. Si alguno de vosotros se atreve á oponerse al que le ha enviado aquí, entre por él.

Al oír estas palabras se retiraron los soldados, y entonces Agouato dijo al Santo : « Señor, me voy. ¿ Qué dices ? ¿ vuelves á tus crímenes... No, padre mio, es que el Señor me llama, y levantando las manos al cielo, dijo : Señor mio Jesucristo, hijo de Dios, recibid mi espíritu. » Lloró durante dos horas de una manera tan conmovedora, que el Santo y todos los asistentes derramaron también abundantes lágrimas. En seguida, inclinando su cabeza sobre la columna, entregó su espíritu al Señor. Retiraron su cuerpo, y lo enterraron en el monasterio.

De lo que llevamos expuesto se deduce la eficacia de su oración para con Dios y de sus exhortaciones para con el pueblo. Pero si empleó el ardor de su celo para los particulares, no lo hizo ménos, dice Teodoreto, para el bién general de la Iglesia, ya combatiendo la impiedad de los idólatras, ya quebrantando la pertinaz resistencia de los judíos, ya disipando las facciones de los herejes. Escribió al emperador con este motivo una carta apologética, que fué recibida, como todas las demás que le dirigió, con gran veneración. Animaba también el celo de los obispos y de los magistrados en todo lo que se referia al servicio de Dios.

De ello aduce Cosme una prueba muy célebre de que hacen mención todos los historiadores. El prefecto Asclepiades, abuelo de la emperatriz, y que gozaba de gran prestigio para con el emperador, dispensaba una decidida protección á los judíos y paganos, y era enemigo de los cristianos. Para favorecer á los judíos, sacó por sorpresa un edicto del emperador, por el cual se ordenaba á los cristianos que les devolviesen las sinagogas que se les habian quitado, y que edificasen á su costa las que habian sido destruidas. Habia empezado á publicarse este edicto en muchas ciudades, con órden expresa á los magistrados de que lo ejecutasen exactamente. Es imposible expresar la amargura y aflixión que este impío edicto produjo en todos. Los judíos y paganos empezaron á hacer alarde de su triunfo, apareciendo en público vestidos con blanco ropaje para manifestar su gozo é insultar á los fieles. Pero no tardó mucho tiempo en ser reprimida su audacia. Desde el momento en que se publicó el edicto, muchos obispos escribieron á san Simeón, que fué sumamente afligido. Se inflamó su celo, y escribió una carta muy enérgica al emperador, en la cual le hacia presente que en aquellas circunstancias se habia olvidado de Dios, de quién habia recibido su diadema y su imperio, que se habia declarado amigo y celoso protector de los judíos, impíos blasfemadores del nombre de Jesucristo : que debia temer que Dios le castigase muy severamente, así como á los que le habian aconsejado la publicación de este edicto, y que, si Dios le castigaba, como pudiera ocurrir muy pronto, se veria obligado á reconocer que habia descargado sobre él la cólera del cielo por haber faltado á la fidelidad prometida.

Teodoreto quedó espantado al leer estas amenazas, pues conocia la rectitud y la santidad de Simeón, y sabia que el espíritu de Dios residia en él. Sufrió grande amargura el

emperador por haberse dejado engañar por Asclepiades : revocó su edicto, y se apresuró á enviar órdenes para suspender su ejecución. Los judíos, pues, quedaron confundidos : la Iglesia cambió su tristeza en cánticos de gozo, y de acción de gracias y los ardides del demonio quedaron defraudados. Pues el emperador no se contentó con anular su edicto, sino que arrojó ignominiosamente de su corte á Asclepiades, que había sido el promotor, y envió á san Simeón, por medio de algunos de sus oficiales, una carta, en que le manifestaba la pena que le había producido su falta, y le pedia que le alcanzase el perdón de Dios.

Hallándose afligida la Iglesia despues del concilio de Éfeso por el cisma de algunos obispos orientales, adictos á Nestorio contra san Cirilo y algunos otros prelados ortodoxos, el mismo príncipe escribió dos cartas á san Simeón, en las cuales, despues de consignar que nada olvida para proteger la causa de la religión, le suplica que pida á Dios la gracia de traer los espíritus á una perfecta unión, y de dar la paz á la Iglesia.

La segunda carta comienza de esta manera : « Como sabemos muy bién que vuestra vida se halla únicamente consagrada á Dios, y que la santidad que practicais es un motivo muy poderoso para atraer sobre nosotros los efectos de su bondad, hemos creido conveniente escribiros, á fin de que alcanceis un feliz éxito en el asunto que nos preocupa, y que depende de la Providencia más que de nosotros. » Despues de ésto le exhorta el emperador á que emplee el prestigio que le da su piedad sobre los espíritus, para inclinar á Juán, patriarca de Antioquía, á suscribir la deposición de Nestorio, y á reconciliarse con san Cirilo de Alejandría, lo cual traeria indudablemente la paz. Añade, por último, que trabajando en este sentido, combatiría por la gloria de Dios, alcanzaria una señalada victoria sobre el demonio, que es el que ha promovido esta discordia, y haría



una obra digna de la santidad que profesa. Concluye su carta, recomendándole que pida la bendición de Dios, tanto para su persona como para su imperio y sus súbditos, pues el buén éxito de todo sólamente lo espera de sus oraciones.

Hemos visto en la vida de san Eutimio, que separó á la emperatriz Eudoxia, viuda de este mismo emperador, del partido del monje Teodosio, eutiquiano y usurpador de la silla de Jerusalem, y que la atrajo al partido de los católicos. El emperador Marciano, sucesor de Teodosio, se vistió de un hábito especial para ver al Santo, y volvió penetrado de veneración á su extraordinaria virtud. León, que reinó despues de él, queriendo saber los sentimientos de toda la Iglesia de Oriente relativamente al concilio de Calcedonia, y principalmente sobre Timoteo Eluro, que se habia intrusado en la Iglesia de Antioquía, escribió á los metropolitanos de su imperio y á algunos anacoretas ilustres. San Simeón no fué olvidado, y en su respuesta sostuvo con energía los dogmas de la Iglesia y las decisiones del concilio de Calcedonia, declarándose contra la intrusión de Eluro.

No poseemos la respuesta que dió al emperador ; pero el historiador Evagrio nos ha conservado una parte de la que dió á san Basilio en nombre de los obispos de Antioquía. Podemos asegurar, dice, y bendito sea Dios por ello, que nuestros votos no han sido rechazados, y que ha hecho brillar sobre mí su misericordia, por más que sea un gran pecador. Cuando recibí vuestras letras, no he podido ménos de admirar el celo y la piedad del emperador, tanto por los santos Padres, como por la fé que estos han defendido. No es un don nuestro sino del mismo Dios, como dice el Apóstol, el que por vuestras oraciones haya concedido esta buena voluntad á su Majestad imperial. « Y un poco despues añade. » Aunque soy vil y despreciable, y un aborto de monjes, he declarado también mis sentimientos

al emperador en órden á la fé de los seiscientos treinta Padres congregados en Calcedonia, adbiriéndome y confir-mándome en esta fé revelada por el Espíritu Santo. Pues si el Salvador se halla presente, siempre que se hallan congregadas dos ó tres personas en su nombre, ¿ como no podrá hallarse el Espíritu Santo entre tanto número de obispos? Sed, pues, tan firme y constante para la verda-dera religión, como Josué lo fuera para el pueblo de Israel. Os ruego que saludeis de mi parte á todo vuestro piadoso clero y á todo el pueblo fiel. »

Por último, dice el historiador Cosme, puede venirse en conocimiento de la alta estima que los magistrados y hasta los reyes habian concebido de su santidad, por el gozo in-creible que manifestaban al recibir sus cartas, por la dili-gencia con que se apresuraban á contestarle, á ejecutar lo que les ordenaba, y por el rendimiento de gracias que da-ban á Dios en vista de las maravillas que hacía brillar en las obras de su siervo, de tal manera que se realizaba en él lo que se dice en el Evangelo del siervo bueno y fiel, cuyas obras brillarán en las naciones desde los parajes en que sale el sol hasta aquellos en que se oculta.

En efecto, prosigue Cosme, ¿ quién podrá contar el nú-mero prodigioso de hombres, que, no conociendo ántes al verdadero Dios, le rindieron culto en vista de las obras maravillosas de su gran siervo Simeón? ¿ quién podrá enumerar los pecadores que ha convertido, y los liberti-nos, que, entregados á toda clase de excesos, aprendieron de sus enseñanzas á vivir en continencia? ¿ quién podrá decir cuantas mujeres, que, habituadas al mal, venian de los más remotos países, atraídas por la reputación de la santidad de Simeón, y que con solo verle en lo alto de la columna, se sentian interiormente movidas á encerrarse en un monasterio, para pasar el resto de su vida en los trabajos de la penitencia?

Como de todos los países venian personas, unas para que con sus oraciones las librase de algún mal corporal, otras en busca del remedio espiritual de sus almas, y otras para pedirle consuelo en sus tribulaciones temporales, se veia siempre su columna rodeada de gentes que venian de las más léjanas regiones de la Arabia, en donde no se conocia el uso del pan, y en donde la carne constituia el único alimento. Los bárbaros, los partos, los armenios, y los pueblos de todas las lenguas, admirados de su vida extraordinaria, y vivamente penetrados de sus admirables instrucciones, renunciaban al punto á sus supersticiones, abrazaban la fé de Jesucristo, y lavaban sus pecados en las aguas vivificantes del bautismo, llevando á sus hogares la verdadera fé.

Se veian al mismo tiempo en estas gentes unas mudanzas tan extraordinarias, que, en el celo que las animaba, unas veces perdonaban á sus deudores las cantidades que les debian, y otras daban libertad á sus esclavos. No se veian tampoco entre ellas ni la opresión, ni el vejámen; pues juntamente con la fé habian abrazado la práctica de la dulzura y de la caridad evangélica. Y no era sólomente entre la gente ignorante, en la que se obraban estas mudanzas maravillosas, sino hasta entre los príncipes y jefes de las tribus, entre las personas de más distinción y entre los nobles, los cuales compartian con sus subditos el don precioso de la gracia, que Dios distribuía entre los que tenian la dicha de venir á visitarle. Cosme asegura que fueron innumerables los poderosos del siglo que tuvieron esta felicidad.

El mismo historiador refiere muchas curaciones milagrosas que de Dios obtuvo este Santo por medio de sus oraciones, y prueba su certeza por tres circunstancias que las hacen indudables. La primera es, que muchos de aquellos, en cuyo favor las obró Dios, eran personas distin-

guidas, ya por los elevados cargos que desempeñaban, ya por su nobleza, ó ya también por sus bienes, La segunda es, que las curaciones que obraba el Santo eran instantáneas : pues se veía que los poseidos eran librados al punto del maligno espíritu ; los paralíticos saltaban de su lecho, y usaban de sus miembros con la misma libertad que si no hubieran estado enfermos, y otros, que, habiendo estado cubiertos de úlceras y casi consumidos por la lepra elefantina, se encontraban repentinamente curados, sin que en su carne quedase vestigio alguno de la terrible enfermedad que habian padecido. La tercera es, que hacía estas curaciones en presencia de una infinidad de testigos, que habian visto á los enfermos con sus enfermedades, y los veían despues curados de ellas por las oraciones del Santo, sin que pudiesen fingirlas, aún cuando su voluntad hubiese estado mal prevenida contra el Santo, ó interesados en hacer sospechosa su virtud. ¿ Qué de admirar es, por lo tanto, que unos prodigios tan brillantes produjesen admirables conversiones en todos los pueblos ? La evidencia de estos milagros no podia ménos de producir estas conversiones, que á su vez confirmaban la verdad de estos milagros.

Hemos dicho al principio de la vida del Santo, que tenia un hermano llamado Sémsis, que también abrazó la vida monástica. Dios le arrebató de este mundo cinco años ántes que el Santo subiese á la columna, y le dió á conocer el dia de su muerte tres meses ántes que ocurriera. Se lo participó á tres de los principales Labitantes de la aldea, rogándoles que preparasen una caja, para depositar su cuerpo, é impedir que fuese arrebatado. Sémsis mereció esta distinción por su piedad eminente. Dejó una gran reputación de santidad, que le habian merecido sus virtudes.

Nuestro Santo no le sobrevivió sino para hacer brillar en

el resto de su vida las maravillas del poder de Dios, tanto por su penitencia extraordinaria, como por los innumerables prodigios que obró, según Dios se lo dió á conocer en la visión en que le manifestó la próxima muerte de su hermano. Pero este divino Señor que le habia dado al universo para obrar la conversión de tantos idólatras y de tantos pecadores, para ser el consuelo de tantos desgraciados, para la salud de tantas almas, y para la gloria de su Iglesia, este divino Señor, digo, quiso al fin coronar con una gloria inmortal los trabajos que este siervo habia sufrido por su amor, y las innumerables obras de caridad que habia practicado. Como habia sido un hombre de prodigios durante su vida, no dejó de serlo también en su muerte que fué acompañada de circunstancias milagrosas. Debemos el conocimiento de ellas al sacerdote Cosme : pues los demás historiadores no nos han dado tantos detalles como él, y vamos á referirlos muy sucintamente, y sólo aquellos que son necesarios para la edificación de los fieles.

Si su vida, dice, fué un tejido de maravillas, no lo fué ménos su muerte, la cual le dió el mismo Dios á conocer cuarenta años ántes en una visión. Habian transcurrido siete años desde que se encerró en su clausura, cuando se le aparecieron dos personajes vestidos con blanco ropaje. Uno de ellos tenia en su mano una vara, de la cual se servia para medir hasta la altura de cuarenta codos, y volviéndose despues hacia el otro que le acompañaba, le dijo : Cuando se cumpla el número cuarenta, será éste separado del mundo ; pero ántes que esto suceda, daré á la tierra un signo extraordinario.

Aunque el espíritu celestial que así hablada no dirigia su palabra al Santo, comprendió que se referia á él, y que le anunciaba el tiempo de su muerte. Pero ¿ cual era este signo que habia de precederla ? Lo reconoció en un terrible terremoto, que destruyó la mayor parte de la ciudad de

Antioquía y los países inmediatos, y desde entónces no dudó de la proximidad de su fin.

Como todos los desgraciados habian encontrado en él un refugio, y era el consuelo de los pueblos en las públicas calamidades, todos los habitantes de Antioquía, horrorizados con la ruina de su ciudad y de los países inmediatos, acudieron á refugiarse á su lado. De todas partes venian, llenando el aire con sus lamentaciones y gemidos. Los sacerdotes les precedian llevando levantadas las cruces y encendidos los incensarios, pidiéndole que uniese sus oraciones á las suyas para aplacar la ira del Señor.

No dudando ya Siméon que éste era el signo que habia de preceder á su muerte, hizo que le dejasen solo, y llamando á uno de los discípulos que más asiduamente estaban á su lado, le dijo : Veo que el tiempo que me ha sido marcado desde lo alto, va á cumplirse, y que el signo que Dios me habia manifestado es más terrible de lo que yo pensaba. Por esto he querido comunicártelo en particular, y recomendarte muy expresamente, que no permitas que mi cuerpo sea sepultado con otro hábito, que con el que llevo.

Sin embargo, los habitantes de Antioquía y de los países comarcanos no dejaban de venir, porque nadie se atrevia á estar en la ciudad, temiendo una nueva sacudida. Todos estaban al rededor de la columna, llenos de terror, abatido el espíritu, poniendo toda su esperanza en las oraciones de Simeón, y protestando con gemidos y lágrimas hallarse dispuestos á hacer cuanto les prescribiese para apaciguar la cólera del cielo.

Pasados cincuenta dias en esta triste situación, se celebraron los santos misterios con gran solemnidad. Era el dia 29 de julio, y Dios, que queria hacer la muerte del Santo más ilustre que su vida, dispuso de tal manera las cosas, que se congregó más gente que nunca al rededor de

la columna. Hubiérase dicho, como asegura su historiador, que todos los pueblos se habían concertado para venir á darle el último adios y celebrar con más pompa sus exequias.

El Santo que con tan singular caridad había distinguido á los habitantes de Antioquia, trató de consolarlos en su desgracia, y les exhortó encarecidamente á observar la ley de Dios. Les dió muchos consejos dignos de su fé y de su piedad, cual un buen padre habla á sus hijos. Despues añadió : Volved con confianza á vuestras casas : pasad tres dias en vigilia según la costumbre de la Iglesia, y despues podreis entregaros con toda tranquilidad á vuestros ordinarios asuntos : pues espero que el Señor tendrá misericordia de vosotros. Dicho esto, los despidió.

Treinta dias despues, ó sea el 29 de agosto que caía en sábado, hallándose con algunos de sus discípulos, se sintió á las once de la noche con tal debilidad de fuerzas, que indicaba una enfermedad mortal. Estuvo en esta situación hasta el mártres, y durante este tiempo, queriendo Dios manifestar con un prodigio cuán preciosa le era la muerte de este justo, hizo que el ardor del sol, que era tan violento, que no podia soportarse, fuese templado con un dulce céfiro, y se vió caer un rocío sobre el Santo, cuyo cuerpo exhaló un olor tan suave como jamás se había percibido. Y lo más maravilloso era, que no se percibía más que desde la mitad de la columna hasta lo alto de su cabeza, desde donde se disfundia por todo el recinto. Como cosa extraordinaria en este prodigio, se observó que el olor de este perfume celestial no era siempre el mismo sino que variaba sucesivamente, como las olas del mar, dice su historiador, se suceden unas á otras.

Un discípulo que estaba acostado cerca de él, al sentir este olor milagroso, le dijo muy afablemente, y como para recrearle en el abatimiento á que le veía reducido : Hé aquí,

maestro, como os ama el Señor. Os ha dado dos pruebas muy evidentes : la una el haberse congregado en estos dias una multitud tan grande de personas para recibir vuestra bendicion, y la otra el olor celestial que despidе vuestro cuerpo, y que debeis considerar como una prenda de la recompensa que os está preparada. Pero puesto que pronto nos vais á dejar, os pido en nombre del Señor, á quién habeis amado desde la infancia, que me deis vuestra bendición.

El Santo se la dió con mucha ternura, pidiendo al Señor que le diese la suya ; pero al mismo tiempo le recomendó que no divulgase, ántes de su muerte, el milagro de este olor celestial, con que Dios le habia favorecido. Por último, el miércoles 2 de setiembre del año 459, según el cómputo de Assémani, hallándose congregados todos sus discípulos al rededor de la columna, así como un número muy considerable de todos los países, se inclinó de rodillas tres veces mirando al cielo, y como todo el pueblo, que tenia fijos sus ojos en él, le pidiese su bendición, dirigió sus miradas á todas partes, y bendijo á todos por tres veces. Después, mirando de nuevo al cielo, dejó inclinar su cabeza sobre el brazo de uno de sus discípulos, y entregó su alma á Dios.

Apénas hubo espirado, tuvieron sus discípulos que tomar precauciones para no ser ahogados por la muchedumbre, y para que no les arrebatasen violentamente el cadáver, pues todos se creian con derecho á él, llevaron una caja, y lo encerraron, esperando una ocasión para depositarlo en una tumba digna de sus santas reliquias.

La noticia de su muerte no tardó en propagarse por todas partes, siendo inexplicable el dolor que produjo en todos los ánimos. Todos tomaron parte en esta inmensa pérdida : se recordaban los actos de caridad que habia ejercido con todo el mundo : se referian sus prodigios : se enu-



meraban sus virtudes, se ensalzaban su humildad y los dones extraordinarios con que Dios le habia distinguido, y se admiraba la invencible paciencia con que habia sufrido una penitencia tan larga y desconocida. Pero al mismo tiempo que le lloraban, alababan á Dios por las gracias que sobre él habia derramado con tanta profusión, y se participaba del júbilo de su alma, que habia ido á gozar en el cielo de la recompensa debida á sus trabajos. Así es que su muerte fué al mismo tiempo un motivo de dolor y de gozo, de aflixión y de triunfo. Se mezclaron las lágrimas con los santos cánticos : no solamente el pueblo, sino el clero todo rindió á su memoria un tributo de dolor por su pérdida, de admiración á sus virtudes y prodigios, de homenaje á su santidad, y de gloria al Señor que le habia coronado.

Los habitantes de Antioquía no permitieron que se les disputase el honor de poseer sus preciosas reliquias. El patriarca, 'acompañado de muchos obispos y de su clero, se trasladó al lugar en que habia muerto, para llevarlo consigo. Ardaburo, hijo de Asparo, y nieto de otro Ardaburo, que era general del ejército imperial, vino con veintitún condes <sup>1</sup> y muchos tribunos y tropas romanas, tanto para impedir cualquier desórden, sino también para honrar al Santo.

Los obispos y los sacerdotes llevaron á hombros su

<sup>1</sup> El título de conde (*comes*) se aplicaba á funcionarios de muchos órdenes. En tiempo de la república romana se dió á los tribunos ; prefectos y escribas, que acompañaban á los procónsules, y á diversos oficiales civiles y militares enviados á las provincias. Más tarde tomó este título un carácter más elevado. En tiempo de san Simeón, el gran chabelán, el gran maestro de palacio, el director de hacienda, los comandantes del ejército y muchos gobernadores de ciudades y provincias se llamaban condes.

Se daba entónces el nombre de tribunos á diferentes funcionarios. Había tribunos militares, tribunos civiles, tribunos de hacienda, y tribunos que vigilaban sobre las fiestas públicas.

cuerpo hasta la aldea de Scihum, distante cuatro millas del recinto del Santo, y despues lo colocaron sobre un carro, que fué escortado por los oficiales, los magistrados y los guardias. Iban despues las tropas romanas, seguidas de una multitud considerable, que aumentaba á cada paso. Allí se veian ancianos, niños, mujeres y personas de toda condición, ansiosas de honrar aquellas reliquias, y de merecer por ello la protección del cielo. El humo de los perfumes y de las antorchas formaba en el aire una espacie de nube que producía triste oscuridad, á la que respondian las lamentaciones y llantos del pueblo, así como el cántico de los salmos. Todo lo cual formaba un concierto en extremo lúgubre y conmovedor. Cinco dias duró la marcha: pues el levantamiento del cádaver se verificó el lunes, y no llegaron á Antioquía hasta el viérnes.

Pero á cinco millas de la ciudad se detuvieron de pronto las mulas que arrastraban el carro en un lugar llamado Maro ó Méroe, sin que fuese posible hacerlas andar. Muy pronto se conoció la causa. Dios quiso enaltecer la pompa fúnebre con un brillante prodigio. Un energúmeno, á quién habia poseido el demonio, haciéndole sordo y mudo, y quitándole el uso de la razón, se hallaba retirado hacia muchos años en un sepulcro inmediato á aquel lugar. Estaba de ordinario sobre las gradas de este sepulcro á la vista de todos los que pasaban, que le oian rugir continuamente, sin que nadie se atreviera á acercarse. Cuando el carro llegó á esta paraje, fué detenido por una mano invisible, y al mismo tiempo una luz celestial ilustró la inteligencia de este desgraciado, que corrió precipitadamente al carro y se sintió enteramente curado tan luego como lo tocó. A vista de semejante maravilla, se levantó un grito universal: las mulas emprendieron nuevamente la marcha, y el agraciado con este singular beneficio siguió á las santas reliquias hasta la ciudad, haciendo oír su acción de

gracias, y publicando á grandes voces el favor que el cielo le habia concedido por mediación del Santo. Muchos dias perseveró el cadáver en la iglesia en que fué depositado, manifestando de esta manera su justo reconocimiento al Señor.

Todos lo habitantes que habian quedado en Antioquía salieron á recibir el santo cuerpo. El espectáculo no podia ser más magnífico y grandioso. El patriarca, los obispos, el clero, el duque Ardaburo con los oficiales y las tropas romanas, le conducian en triunfo. No se oian más que voces y gritos de gozo y de pena, exclamaciones y alabanzas. Por todas partes se escuchaba el canto de los salmos é himnos, y el aire exhalaba el suave olor de los perfumes que se quemaban. Con tan inusitada pompa entró el cadáver en la gran iglesia, comenzada por el emperador Constantino, y dedicada en el año 341 por noventa y siete obispos. Dice Cosme, que, como una prueba de distinción, se colocó el cadáver en un lugar en que ningún otro se habia depositado.

El Santo se apareció inmediatamente despues de su muerte á san Auxencio, que vivia en reclusión en Monte-Siope, próximo á Calcedonia, el cual, entre lágrimas y suspiros declaró á sus discípulos la muerte de Simeón, la cual fué por esta causa, conocida en la corte del emperador León, y confirmada al poco tiempo por las noticias recibidas de Antioquía.

Persuadido este príncipe de que, haciendo trasportar el cuerpo del Santo á Constantinopla, tendria un poderoso sostén para todo el imperio, además de que queria prestarle por sí mismo los honores que le eran debidos, mandó al patriarca y al general de las tropas que lo trasladasen á la ciudad imperial. Los antioquenses quedaron consternados con esta órden, y rogaron á Ardaburo, que suspendiese la órden, hasta que enviasen comisionados al emperador. Le

expusieron, pues, las calamidades que afligian á la ciudad : que los reiterados terremotos habian arruinado las murallas, y que no les quedaba otra defensa que los sagrados despojos del siervo de Dios. León se rindió á sus súplicas y se contentó con que le enviasen alguna reliquia.

Todo lo que habia servido en alguna manera al Santo fué piadosamente arrebatado ; pero en tiempo de Evagrio, ó sea más de cien años despues de su muerte, se conservaban en Antioquía las reliquias más considerables. Dice este historiador, que tuvo la dicha de ver su cabeza en presencia de varios obispos y de Gregorio, que gobernaba entonces la iglesia de Antioquía, la cual fué enviada á Filípico, general del ejército de Oriente, que habia pedido algunas reliquias para defender el imperio contra los persas.

Refiere Evagrio que no se habian caido sus cabellos, sino que se conservaban de la misma manera que cuando vivia. La piel de la frente estaba rígida y desecada, pero sin corromperse : sus dientes se hallaban bién encajados en los maxilares, y no faltaban más que los que violentamente se le habian arrancado para satisfacer la piedad de los fieles. Vió, por último, la cadena que llevaba al cuello, y que no se le habia quitado por respeto á este instrumento de su penitencia. No debemos olvidar que se obraban muchos milagros en su tumba, y aún en más número de los que habia realizado en vida.

Los habitantes de las inmediaciones edificaron cerca de la columna dos habitaciones con piedras secas, y nos consta por la vida de san Daniel, que habia también un monasterio en que este santo pasó catorce dias. Este monasterio se conocia con el nombre de Mandra de san Simeón. Despues se edificó una iglesia al rededor de la columna, la cual describe Evagrio. Estaba, dice este escritor, construida en forma de cruz, y embellecida de galerías en todo su exte-

rior, y su techumbre estaba sostenida por columnas de piedra muy bellas y bién trabajadas. La del Santo estaba en medio bajo una especie de cúpula. Sobre estas galerías habia una especie de azotea rodeada de dos balaustradas, una de las cuales estaba fuera, y la otra al lado de la columna.

Despues de esta corta descripción, habla Evagrio de un fenómeno que aparecia en esta iglesia, y de que él mismo fué testigo. « Hallándose, dice, reunido gran número de personas, y dando vueltas al rededor de la columna, ví una estrella de una magnitud extraordinaria, que brillaba con vivísima claridad en una ventana de la parte izquierda, la cual se agitaba dando vueltas y revueltas, desapareciendo y apareciendo de nuevo. Esto no sucede más que en el dia de la fiesta del Santo. Aseguran algunas personas muy dignas de fé, haber visto al Santo, andando de una parte á otra, con su larga cabellera y llevando en su cabeza la capucha, tal, en una palabra, como era en vida... lo que no tengo dificultad en creer despues de lo que yo mismo he visto. Todo los hombres tienen libertad para entrar en este lugar, y dar vueltas á la columna, tanto á pié como á caballo, pero no pueden entrar las mujeres, sin que yo sepa el motivo de esta prohibición. Permanecen á la entrada, y desde la puerta ven la estrella. » Tal es el relato de Evagrio.

Es de creer, según hace notar Bolando, que la prohibición impuesta á las mujeres de entrar en la iglesia del Santo, no era más que una consecuencia de la que éste les habia ímpuesto durante su vida, de entrar en el recinto de su clausura, al rededor de la columna. San Gregorio de Tours dice que esta prohibición, que subsistió despues de su muerte, era efecto de la admirable pureza que habia conservado durante toda su vida. Refiere además, que una mujer, que para entrar, se habia vestido de hombre, cayó

muerta en el momento en que puso el pié, lo que causó tanto terror en el pueblo, que ninguna otra se atrevió á intentarlo.

San Antonio, discípulo del Santo, refiere, que cuando éste estaba en la columna, una mujer concibió vehementes deseos de verle, y encontrando en el camino á unos soldados, tomó su traje militar, y les acompañó. Cuando llegaron á la puerta del recinto, les dijo : Yo me quedo al cuidado de los caballos, y despues que hayais recibido la bendición, iré yo á perderla. Pero cuando estaban al pié de la columna, el Santo les dió su bendición, y les dijo : « ¿ Habeis dejado á la puerta á algunos de vuestros compañeros ? Si, le respondieron, venerable Padre... Pues que se contente, añadió, con que Dios oiga su oración, y le de su bendición. Decidle, pues, que esté tranquila : que Dios ha oido su oración, y le ha dado su bendición. Viniendo á tomar sus caballos, le refirieron lo que habia dicho el Santo, y desearon saber como habia merecido esta gracia. Reconoció entónces la mujer que Dios le habia revelado sus intensiones, y confesó á los soldados, que era mujer, y que sólomente el deseo de ver al Santo la habia movido á vestirse de hombre, lo cual no habia podido conocer el Santo sino que por una luz celestial. Los soldados, en extremo maravillados, dieron gracias á Dios, y alabaron la caridad del Santo.

No podemos omitir lo que refiere el antiguo autor de la vida de santa Genoveva. « Habia, dice, en el Oriente un santo, llamado Simeón, que pasó cerca de cuarenta años sobre una columna, á algunas leguas de Antioquía, en la Siria. Este Santo « deseaba tener noticias de santa Genoveva por los mercaderes que veia : les mostraba una grande veneración hacia ella, y les decia que la interesasen, á que pidiese por él. » Este rasgo de la historia de la Santa confirma la eminencia de su virtud y el conocimiento que Dios

habia dado de ella al Santo desde un pais tan lejano.

Más adelante veremos que hubo otros dos Simones Estilitas, y algunos otros solitarios que practicaron el mismo género de penitencia ; pero el Santo, cuya historia acabamos de trazar es el que les dió ejemplo.

Entre las cartas de san Nilo se encuentran dos, dirigidas á un solitario llamado Nicandro Estilita, que vivia en tiempo de san Simeón. Tillemont duda que estas cartas sean de san Nilo. Como quiera que sea, Bulteau habla también de Nicandro, fundándose en lo que dicen estas cartas. « Cuando san Simeón estaba sobre su columna, dice, apareció en otra parte otro estilita llamado Nicandro, que no es conocido más que por dos cartas de san Nilo. Más ya sea que no hubiese tenido una virtud sólida, ó que no la hubiese conservado, demostró suficientemente que su espíritu era enteramente opuesto al de san Simeón, pues mientras que este santo no deseaba ser honrado, y no hablaba ni aun á su madre, Nicandro recibia con gozo los aplausos, y tenia siempre al lado de su columna á una porción de mujeres. Viendo san Nilo el peligro en que se hallaba su salvación, le reprendió agriamente su mala conducta, y le escribió, preguntándole en que pensaba : que considerase que era semejante á una serpiente condenada á arrastrarse sobre la tierra, pues en lugar de alimentarse con las verdades del cielo, se satisfacía con las falsas alabanzas y con vanas y peligrosas conversaciones, que eran cosas muy bajas y terrenas. »





## INDICE

	Pages
San Ciriaco, solitario . . . . .	1
El historiador Cirilo . . . . .	9
San Teodosio el Cenobiarca . . . . .	17
Monasterio de San Sérido. — San Barsanuvo y Juan el Pro- feta . . . . .	52
San Doroteo . . . . .	59
San Dositeo, discípulo de san Doroteo. . . . .	76
Doctrina espiritual de san Doroteo . . . . .	86
Primera instrucción. — De la renuncia . . . . .	88
Segunda instrucción. — De la humildad . . . . .	95
Tercera instrucción. — De la conciencia . . . . .	100
Cuarta instrucción. — Del temor de Dios. . . . .	103
Quinta instrucción. — Del espíritu propio . . . . .	108
Sexta instrucción. — De los juicios. . . . .	113
Séptima instrucción. — Acusarse y reprenderse á sí mismo. . . . .	117
Octava instrucción. — Del recuerdo de las injurias . . . . .	122
Novena instrucción. — De la mentira . . . . .	124
Décima instrucción. — Del cuidado que se debe tener en corregirse y adelantar en la virtud . . . . .	128
Undécima instrucción. — Del cuidado en combatir las pa- siones, ántes que se conviertan en hábitos. . . . .	132
Duodécima instrucción. — De las penas del infierno. . . . .	138
Décima tertia instrucción. — De la paciencia en las tentacio- nes . . . . .	142

Decima cuarta instruccion. — Del edificio espiritual de las virtudes en el alma . . . . .	
Avisos sobre la manera de gobernar y de obedecer. . . . .	
Remedios contra la insensibilidad del alma y el resfriamiento de la caridad . . . . .	
Cartas de consuelo á los religiosos . . . . .	
Zozimo el Ciliciano, Juan de Sapsas, Juan de Chozeba y Zozimo de Sindén . . . . .	
Juan el Sabaita . . . . .	

### Parte V

#### SOLITARIOS DE ARABIA.

Desiertos de Sina y de Railha. — Santos anacoretas martirizados por los bárbaros . . . . .	
San Moises, primer obispo de los sarracenos. . . . .	
El bienaventurado Silvano, Zenón y otros discípulos suyos.	
Los santos Nilo y Teodulo, su hijo, solitarios . . . . .	
Doctrina espiritual de San Nilo . . . . .	
Nicón y José . . . . .	
San Luciano . . . . .	
Flaviano y Diodoro, monjes ó ascetas de Alejandria, y la venerable Publia. . . . .	
San Juan Crisóstomo en el desierto. . . . .	
Solitarios perseguidos. — San Juan Crisostomo los defiende.	
Parabelo entre un rey y un monje por san Juan Crisóstomo.	
Virtudes y disciplina de los solitariós de Siria . . . . .	
Teodoro . . . . .	
Demetrio, Estelequio y Estagiros. . . . .	
Teodoreto, obispo de Ciro. . . . .	
San Macedonio, solitario de Antioquia . . . . .	
San Pedro de Salacia, solitario de Antioquia . . . . .	
San Zenón, romano, y otros solitarios de Antioquia . . . . .	
San Eusebio, abad de Corifo en Siria, y sus discípulos . . . . .	
San Simeón el Anciano, abad de Amán, y los bienaventurados	

Paladio y Abraham, solitarios de Sirio. . . . .	417
San Simeón, primer Estilita . . . . .	424
Capítulo I . . . . .	428
Capítulo II. . . . .	450
Capítulo III . . . . .	482

FIN DEL INDICE DEL TOMO CUARTO.